SÓFOCLES

TRAGEDIAS

EDITORIAL GREDOS

SÓFOCLES

TRAGEDIAS

INTRODUCCIÓN DE

JOSÉ S. LASSO DE LA VEGA

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ASSELA ALAMILLO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 40

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por CARLOS GARCÍA GUAL.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1981.

Depósito Legal: M. 31103-1981.

ISBN 84-249-0099-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1981. — 5305.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Vida

Nace en el seno de una familia pudiente. Rico por su casa, se cría en los «encantos de la burguesía»: una educación esmerada, el trato consiguiente con gentes aupadas. Su padre, Sófilo, era un industrial armero, actividad muy alejada de la literatura desinteresada y más lucrativa que ella (fabricante de armas fue también el padre de Demóstenes). En Sófocles, como quien era y de quien venía, el respeto a la tradición heredada de los mayores se compenetra espontáneamente con el espíritu de progreso, lo vigorosamente innovador con lo tradicional que, al aceptar, renovaba, transmitiéndolo igual y distinto a los que vinieron tras él. No fue un espíritu estacionario, de los que se quedan en el pasado; pero sí de los que renuncian al salto a partir de la nada. Cuando joven, no nos lo imaginamos ni en el gremio de los dóciles ni en el de los disfrazados de rebeldes, dóciles con el signo menos, que se creen independientes porque son indisciplinados. Si su obra tuvo tanta fuerza entre sus contemporáneos y eficacia tanta en lo porvenir, fue porque se apoyaba profundamente en la historia, en la raza y en el pueblo de cuyas entrañas salía, y ese amor intenso le llevaba a una visión de Atenas como empresa creadora de futuro.

Disfrutó largo curso mortal. El siglo tenía tres o cuatro años cuando él nació: había nacido en el 497/6, año arriba, año abajo, y murió en el 406/5. Su vida se extiende por casi todo el siglo opulento y glorioso, el Cuatrocientos griego: vivió los años cima de la grandeza de Atenas y también, el comienzo de su inevitable ocaso, cuando le llegaba la hora de la ruina; pero tuvo la suerte de no presenciar el choque brutal de la derrota [1].

Hay días, hay horas en los anales del mundo que valen por siglos. Uno de ellos fue cuando una suerte divina favoreció a los griegos y éstos hicieron comer tierra a la grey persa. En la *Vida* anónima de Sófocles (datable en el siglo I a. C.) [2] encontramos un sincronismo ingenioso en torno al año (480) de la victoria naval de Salamina. Esquilo participó como combatiente y un hermano suyo (asido al espolón de nave enemiga) prestó el cruento sacrificio de su vida. Desnudo a la usanza griega y tocando la lira, Sófocles, jovencito de diecisiete años, condujo el coro pueril que entonaba el peán celebrativo. Ese año, Eurípides saludó al mundo con el primer berrido. En torno a esa fecha coincidente se centra el triángulo de la tragedia ateniense, con sus tres vértices, adulto, adolescente y naciente: *si non è vero...* So capa de ingenuidad, la combinación puramente conjetural de la biografía antigua esconde un

---

1 Más pormenores biográficos en W. SCHMID, *Geschichte der griechischen Literatur,* I, 2, Munich, 1934, págs. 309-325; G. PERROTTA, *Sofocle,* Mesina, 1935 (reimpr. Roma, 1963), págs. 1-58; T. B. L. WEBSTER, *An Introduction to Sophocles,* Oxford, 1936 (reimpr. Londres, 1969, con «addenda»), págs. 1-17.

2 El texto griego de *Sophokléous génos kaì bíos* suele preceder a todas las ediciones griegas de Sófocles (salvo la de DAWE, que tiene también esta originalidad). La traducción de P. MAZON la editó, con algunas notas propias, A. DAIN, «La *Vie* de Sophocle», *Lettres d'Humanité* XVII (1958), 3-6.

sabio contraste. Al severo Esquilo se contrapone el jovial Sófocles, seguramente. Pero hay algo más. Lo que fue positivamente para quien la vivió, aquella aventura decisiva para el destino de Grecia, es cosa que acompañó al «soldado de Maratón», Esquilo, toda su vida. En cambio, para Eurípides, hijo del 480, aquello remontaba a una época anterior a su propia vida, era un pasado que encontraba solamente bajo especie de recuerdo de otros. Para Esquilo, un ejemplo, inmediato, de experiencia. Para Eurípides, un pasado que ya está pasado. Para Sófocles era un recuerdo infantil, pero propio y que le acompañó en su juventud, al entrar en la nueva época que bautizamos con el nombre de Pericles. ¿Será ligereza contemplar, en el sincronismo de marras, el símbolo del modo de pensar de un poeta que se sentía muy de su tiempo, pero también muy dentro de la tradición heredada, del poeta que si, una vez, ha llamado al hombre «lo más terrible» *(Antígona* 332-375), esto es, campo de batallas donde alternan maravillas y horrores, otra, ha considerado a los hombres, diminutos, iguales a «nada» *(Edipo Rey* 1186-1188), la palabra más horrible que puede pronunciar una boca viva? Son dos ejemplos, tomados entre otros.

Su relieve en Atenas no fue sólo literario. No se limitó a participar, como ciudadano raso, en los actos civiles, sino que condujo una vida política activa en cargos útiles a la república [3]. A su espíritu clarividente no se le ocultaría la dirección que tomaba la vida política en Atenas bajo la agencia de Pericles y luego de que el Areópago perdiera su influencia en el 462. El caso es que Pericles (a quien sus contiguos aplicaban el cognomento de «el Olímpico») fue su «jefe político»

[3] Cf. V. Ehrenberg, *Sophokles und Perikles*, Munich, 1956, páginas 144-173. Una actitud hipercrítica adopta H. C. Avery, «Sophocles' political career», *Historia* XXII (1973), 509-514.

y cuando aquél tronaba sobre Atenas, desempeñó Sófocles altas magistraturas: en el 443/2, en un momento particularmente delicado, administró la hacienda de la Liga ateniense, o sea, el tesoro de Atenas y el de una cuantía de repúblicas; en el 441-439, en la Guerra Samia, fue estratego juntamente con Pericles y, por cierto, vencida la flota ateniense, que teóricamente capitaneaba el general-poeta, por la que mandaba Meliso, un general-filósofo, y eleata por más señas; en el 428 puede que fuera otra vez estratego en el conflicto armado con los Anaítas; y, según alguno[4], también con Nicias, en el 423/2. Después del 421 (aquél fue el año de la Paz de Nicias), Sófocles no parece haber tenido cargos políticos; pero, consecutivamente al desastre de Sicilia, ha pertenecido, en el 413-411, al supremo Consejo de los Diez Probulos (Aristóteles, *Ret.* III 18, 1419 *a* 26).

Lo dice, y lo dice casi bien, el biógrafo de la *Vida* anónima, cuando asegura que Sófocles como político no era gran cosa, pero sí «un buen ateniense». Por modesta, sin embargo, que haya sido la influencia de Sófocles como hombre público, si su pueblo, el alto y el bajo, le confió sus soldados y sus dineros en horas agudas, fue porque confiaba en su crédito moral para cumplir la encomienda. En su elección como estratego en el 441 influyó, según el biógrafo, el éxito de *Antígona.* Una crítica positivista se apresura a afirmar que aquí tropezamos con el típico error *post hoc, ergo propter hoc.* Tal vez. Se comprende perfectamente que no se trataba de premiar con el generalato al buen dramaturgo: la historia ofrece pocos casos de tan hermoso prodigio. Pero acaso, y con toda seguridad, fue el buen sentido político (política, en la acepción moral de la palabra) evidenciado en esa pieza por un dramaturgo que hace

4 H. D. WESTLAKE, «Sophocles and Nicias as colleagues», *Hermes* LXXXIV (1956), 110-116.

decir al hijo del tirano «una ciudad que pertenece a uno solo, no es una ciudad» (v. 737), el que le atrajo la simpatía de muchos espíritus francos y graves y le abrió un crédito liberal en cuanto a cumplir con perfecta honestidad las obligaciones de su cargo.

En correspondencia ferviente al amor de sus convillanos, amó Sófocles a su ciudad. Como «el más amante de Atenas», lo pondera el biógrafo y señala *(Vita* 10) que, por no abandonar físicamente Atenas, rechazó las invitaciones de príncipes poderosos. Términos obligados de comparación son Esquilo y Eurípides, rindiendo el viaje de la corte siracusana de Hierón y macedónica de Arquelao, respectivamente. En otro sentido, en cuanto mínimamente extranjerizado, lo es Sócrates, el gran urbano; pero éste no se llevaba bien con todos sus conciudadanos, por tanto moscardearlos. (Es de advertir que el círculo socrático ha simpatizado particularmente con la tragedia sofoclea [5].)

Esa armonía entre la tradición y la novedad (y no necesariamente un cambio de su modo de sentir, conforme iba empujando el volumen de su vida) explica algún aparente contradicho biográfico. Como amigo de Pericles, nuestro poeta debió de conocer y tratar, en el círculo pericleo, a una nueva generación ateniense, en filosofía y literatura, que hacía alarde de gran tibieza en materia de religión. De ese lado soplaban las corrientes (a veces, esas corrientes son un vendaval). No olvidemos el caso Anaxágoras que, de no ponerse en cobro oportunamente, acaso hubiera sido expilado y quemado (quiero decir, suprimido) por ateo. Pero a ese mismo Sófocles, amigo de Pericles, lo conocía su pueblo con el bienaventurado vocablo de *theosebéstatos,* como el hombre más piadoso del mundo, desde que, en el 420, acogió en su propia casa la estatua del

[5] Cf. JENOFONTE, *Memorables* I 4, 3.

dios Asclepio, traída de Epidauro, y le dedicó un altar y un himno, ejerciendo el oficio de preste de los héroes Halón y Amino. Es poco decir que el sacerdocio era allí «acto político». La verdad es que ideas muy arraigadas en lo religioso (como «mancha», «purificar», «sanar») tienen particular importancia en la obra conservada de Sófocles [6]. Otra anécdota: un día fue robada una corona de oro de la Acrópolis, Heracles le reveló al poeta el lugar donde estaba escondida y Sófocles, con el premio conseguido, edificó un santuario al héroe Denunciador (una especie de San Antonio, buen auxiliador en la recuperación de objetos perdidos).

Como poeta dramático tuvo una gloria popular y plebiscitaria. Su primera intervención en el teatro, en el 468, fue premiada con el máximo galardón, en competencia con Esquilo. Tomó parte en treinta concursos trágicos, año tras año en la temporada teatral (o sea, en las grandes fiestas dionisíacas), a lo largo de más de sesenta: dieciocho veces el jurado popular le otorgó el primer premio (lo que hace un total de setenta y dos piezas premiadas, y aún hay que añadir seis victorias en las fiestas Leneas); nunca quedó el tercero. El pueblo bonachón le amaba con un afecto obtenido en reciprocidad graciosa al que el poeta le profesaba. Esto le libró de caídas monumentales en su carrera dramática, como las que a Eurípides le amargaban la vida y le turbaban el sosiego. Sófocles acertaba, en el más elevado sentido, con los gustos y disgustos de sus contemporáneos. Eurípides, en algunas cosas, hasta tal punto se adelanta a su tiempo y anuncia la dramática del porvenir lejano, que nos parece un dramaturgo aquejado del «mal del siglo»... XIX. Quizás por esto, algunas piezas suyas triunfaron sólo en el escándalo y el poeta

[6] Cf. L. MOULINIER, *Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs d'Homère à Aristote*, París, 1952, págs. 147 sigs.

que, como es natural, consideraría su propia obra alta como la luna, tan ladrada de perros, vivía amargado. La «felicidad» de Sófocles era proverbial en Atenas y, asimismo, su buen carácter (Aristófanes, *Las ranas* 82). En sus tratos diarios de sociedad tenía un encanto humano particular. Un botón de muestra: cuando murió Eurípides (más joven que Sófocles, pero a quien éste sobrevivió unos meses), tuvo Sófocles el bello gesto de presentar en el teatro a su propio Coro enlutado y sin corona, en duelo por su rival, cuya muerte estaba reciente. En la vejez se dijo que estuvo un poco tocado de la manía del dinero, de cierta cicatería o codicia pecuniaria, pasando de ahorrativo a tacaño: que, por ahorrarse el alquiler de un barco, era capaz de «darse a la mar sobre una estera» (Aristófanes, *La Paz* 695-699). Este cargo y arruga de su vejez, de ser fundado, empañaría muy poco, relativamente a las normales chocheces de otros viejos, la imagen de su buen carácter.

Estuvo adornado de perfección de rostro y cuerpo muy cumplida. La voz, algo débil, fue uno de los pocos dones naturales que le habían sido negados. Por esto, quizás (¡pero recordemos a Demóstenes!), no se distinguió en la oratoria pública, como otros políticos que aspiraban a dirigir la ciudad con el timón de sus laringes; y, por esto, tampoco representó en persona papeles de sus dramas, sacando alguna excepción: la Nausícaa lavandera jugando a la pelota y el Támiris portaliras tañendo el instrumento. Porque, eso sí, de joven se distinguió en los ejercicios gimnásticos (Eurípides, en cambio, detestaba el deporte), danzaba extremadamente y de la música sintió siempre Sófocles toda la fascinación. En lo erótico, toda su vida, en la mocedad ardorosa y en la edad provecta («cuanto más envejezco, más me entusiasmo», pudo haber dicho), estuvo consagrado a lo bello, y a los bellos muchachos, de los

que era un apasionado y muy vulnerable. Cicerón *(De offic.* I 40) y Plutarco *(Pericl.* 8, 8) nos recuerdan el siguiente chichisveo: como en medio de una muy seria deliberación política llamara el poeta la atención de Pericles sobre un bello muchacho, hubo de oír del estadista lo que Cicerón llama *iusta reprehensio:* «un caudillo debe tener no solamente manos puras, sino también ojos puros». No mucho después del 460, algo menos que treinteno, desposó a Nicóstrata, quizás imperfecta casada, de la que hubo un hijo, Yofonte, de oficio dramaturgo como el padre. Ya cincuentón traspuesto, cayó en amor con Teóride de Sición, meretriz respetuosa, y se envolvió con ella: de este amor nació Aristón, padre de Sófocles el Joven, poeta trágico y nieto predilecto del abuelo, por encima de otro nieto homónimo y legítimo. Por cierto que algunos filólogos [7] han atribuido esta historia del casamiento con Nicóstrata y del amor a Teóride a una mala interpretación, por chiste verbal, de un verso del poeta (fr. 765); pero aquí el único chiste es el de esos filólogos (el chiste de filólogo que, rara vez, hace reír y, alguna, hiela la sangre), pues ni Aristón ni Sófocles el Joven son productos de la imaginación.

Muy viejo ya y como algún impertinente le preguntara si era capaz todavía de cohabitar con mujer, «No digas palabras de mal agüero. ¡Qué beneficio escapar de un amo rabioso!», replicóle en bello elogio de la edad que lleva aparejada consigo la inmunidad contra ciertos enardecimientos (Platón, *República* 329 *b*). Las ocurrencias certeras de Sófocles eran famosas. En la Atenas de su tiempo se vivía en un medio de refinamiento espiritual que se reflejaba en la conversación entre personas cultivadas, en las tertulias misceláneas.

---

[7] E. MAAS, en págs. 18-19, de «Die Erigone des Sophokles», *Philologus* LXXVII (1921), 1-25.

Entre los tertuliantes que brillaban con desenvoltura graciosa, con franqueza elegante, revelábase Sófocles como el más finamente mundano y capaz, en una sola frase, de dar cuenta y razón de acontecimientos y personas. Sobre sus colegas de profesión se recuerdan algunos juicios recortadamente reveladores. Del misógino Eurípides (Ateneo, XIII 557 *e*): «Sí, en la escena; pero no en la cama». Del mismo (Aristóteles, *Poética* 4, 1460 *b* 33): «Representa a los hombres cuales son, yo como deben ser», frasecita que revienta de significaciones y que tanto ha dado que hablar. De Esquilo, que según malas lenguas componía en estado de ebriedad (hasta tal punto tenía el vino dichoso), esta flechilla envirolada (Ateneo, I 22 *b*): «Acierta, sin saberlo», con la que también Sófocles parece hablar en platónico, sin saberlo, al pensar así del trance creativo (bromas aparte, la obra esquilea fue hecha «con furor y con paciencia»). Los dos últimos dichetes revelan una plena conciencia de su propio arte por parte del poeta que escribió un tratado (perdido) *Sobre el Coro* y que fundó un «tíaso de las Musas», donde los entendidos rendían culto a las Musas y hablaban de arte. Estas noticias son muy interesantes, porque nos presentan a un Sófocles teorizador de la poesía, también él «un poeta de la poesía», en relación sabia con su arte (inquietudes literarias, problemas profesionales) y tratando de conocer lo que significaban sus experiencias.

Fue muy amigo de sus amigos. Con Heródoto, verbigracia, mantuvo relaciones amistosas, afectuosas relaciones. Contaba el poeta cincuenta y cinco años, cuando compuso en honor de su amigo una oda: de estos plácemes versificados solamente se conserva el dístico inicial, una especie de rúbrica titular [8]. Un fino homenaje de amistad rinde el poeta al historiador al tener

[8] E. Diehl, *Anth. Lyr. Graeca,* fasc. 1, Leipzig, 1949³, pág. 79.

muy presentes algunos pasajes herodoteos, en ciertos lugares señales de sus dramas. Los tan traídos y llevados vv. 904-920 de *Antígona* (que Goethe, por razones de gusto [9], querría atetizar, encontrando algunos filólogos que le han dado gusto) pudieran responder a un pensamiento a la oriental [10], con ciertos ecos folklorísticos griegos; pero no es fácil negar que, en esos versos, funcione un apoyo memorístico en el episodio de Intafernes (Heródoto, III 119). *Edipo en Colono* 339 y *Edipo Rey* 980 se inspiran, acaso, en Heródoto, II 35,2 y VI 107, respectivamente, y, quizás, *Electra* 59-66 sea un eco de Heródoto, IV 95 ss. y IV 14 ss. De la cortesía de Sófocles da prueba su contestación a su colega el estratego Nicias, como éste le invitara a tomar la palabra el primero, por ser el más viejo: «Sí, el más viejo en años, pero tú en mérito y dignidad» (Plutarco, *Nic.* 15,2).

Otro de sus amigos fue el poeta Ión de Quíos (fr. 8). Por cierto que, en su libro de memorias *Epidemias* («Las estadías»), nos legaba una bella estampa del carácter de Sófocles en sus mejores años. Esta información inapreciable nos es referida por Ateneo, XIII 603 *e*-604 *d*; por su materia no puede ser más característica y por la persona de que procede no puede ser más autorizada. Encontró Ión a Sófocles de recalada en Quíos, cuando con ocasión de la Guerra Samia el dramaturgo-estratego viajaba hacia Lesbos. Su anfitrión, el próxeno de Atenas Hermesilao, le daba una comida. Estando a manteles, el copero, un bello mozo, servía cabe la lumbre del hogar, a cuya luz se encendían las mejillas del criadito. Muy impresionado Sófocles se di-

---

9 Cf. ECKERMAN, *Conversaciones con Goethe,* 29-III-1827 (hay trad. esp., Madrid, 1921).

10 Cf. J. TH. KAKRIDIS, *Homeric Researches,* Lund, 1949, páginas 152-164.

rige al muchacho y le pregunta si le complacería que él, Sófocles, bebiera suavemente y, recibida una respuesta afirmativa, le encarece que no se dé tanta prisa al colmarle y retirarle la copa. Se sonroja el copero todavía más y, entonces, Sófocles, dirigiéndose a su vecino de mesa, le comenta: «Con cuánta razón y belleza dice Frínico *resplandece sobre las mejillas purpúreas, de Eros la luz*». Eritrieo, un maestro de letras *(didáskalos grammátōn)* y asno solemne, interviene con su cuarto a espadas: «Sófocles, tú eres un entendido en poesía. Pero Frínico no lo ha expresado bien. ¡Llamar "purpúreas" a las mejillas de un bello! Si un pintor pintara con púrpura las mejillas de este muchacho, no parecería bello. Luego no cuadra que a lo bello se lo compare con lo que no parece bello». Como se ve, el maestrillo, además de hombre de ninguna mundanidad y desprovisto de buenas formas, era un insensato, pues locura es la pérdida del sentido de lo irreal y el buen hombre confundía el ser real con el ser metafórico, el ser *como*. Riéndose del pedante, Sófocles le responde: «Tampoco te place, entonces, el dicho de Simónides, que sin embargo es generalmente considerado como un acierto *Cuando la doncella desde su purpúrea boca envía la voz*. Ni tampoco cuando el poeta se refiere al *cabello de oro* de Apolo. Si un pintor pintara el cabello del dios color amarillo de oro y no negro, la pintura desmerecería. O cuando dice *de dedos de rosa*. Porque si alguien pintara los dedos color de rosa, resultarían las manos de un pintor, no las de una beldad». Se rió la blanda burla y el don Pedancio quedó cortado. Volviéndose de nuevo Sófocles hacia el muchacho que, con el dedo meñique, quería apartar una pajilla de la copa, le preguntó si la veía y, como dijera que efectivamente sí, añadióle: «Sóplala y así no te mojarás el dedo»; y cuando el mocito acercó el rostro hacia la copa, apro-

ximándola Sófocles a la boca, de arte que cabeza y cabeza se juntaban, cuando lo tuvo muy cerca, cogiéndolo con la mano, le dio un beso. Todos rieron la astucia y la fina malicia. Comentaban: «Finamente ha engañado al chico». A lo que Sófocles respondió: «Amigos, me ejercito en la estrategia. Pericles dice que yo entiendo algo de poesía y nada del arte bélico. Pero, ¿no ha sido buena mi estratagema?» Ión añade que Sófocles solía hacer y decir cosas finas de esa suerte, cuando se sentaba a echar un trago de vino o cuando, en la sobremesa de una comida, se hablaba *inter pocula*. La persona del referente, amigo de Sófocles, presta plausibilidad a la historieta, como memoria fidedigna de algo así sucedido y como testimonio impar del carácter del poeta trágico, compatible con ciertas alegrías y ciertas eutrapelias.

No deja de alcanzárseme que la biografía antigua es un hervidero de anécdotas (a veces, graciosas y divertidas) y que el terreno de lo anecdótico, propicio a la indiscreción y a la irreverencia, lo es también a la invención pura y simple. El lector obrará con prudencia si, después de lo que acabo de escribir sobre las anécdotas, me pregunta por qué, pues, las utilizo yo ahora. Si se me dice que es arriesgado fiarse de ciertas fuentes, en las que casi todo es más dudoso que cierto, declaro que pienso lo mismo; pero también creo que, muchas veces, las anécdotas responden a noticias fidedignas, son un modo de transmitirlas (casi el único que conoce la biografía antigua), y que aunque, después, los que las reciben de segunda y tercera mano pongan en ellas los adornos que pongan y les metan añadiduras e hijuelas, adornos aparte, todavía se descubre en el curioso anecdotario un fondo de verdad. Lo que sí decididamente me parece cierto es que las que aquí he referido nos proveen no tanto ni sólo de unos cuantos

rasgos biográficos sabrosos, sino de varias facciones decisivas del retrato moral del poeta biografiado.

Ayudará lo dicho para, relacionándolo con la obra de Sófocles, tomar el primer contacto con un problema que la misma nos plantea. Algo quisiera yo decir aquí de la «psicología» de Sófocles, de su manera de vivir (tomando la frase en un sentido elevado) y del íntimo y profundo sesgo que su obra tiene. La leyenda nos presenta al artista como hombre jocundo y gran amador de la vida, y la realidad dice claramente, en sus tragedias, que Sófocles nos aparece como siendo el trágico por excelencia. Al mismo tiempo que nos dice que la vida es amarga, sonríe con gracia adorable a la vida. Es verdad que en la obra literaria de cualquier trágico griego tropezamos también con lo que a nosotros nos semeja una antinomia. Sabida cosa es que el mismo poeta que componía tragedias, componía igualmente dramas satíricos. En Sófocles, en Eurípides y en el más solemne de todos e ilustre, Esquilo, el público contemporáneo admiraba también a los maestros del drama satírico. Salvo en el caso de Eurípides, por haberse conservado su *Ciclope,* nuestro conocimiento de estos talentos en los grandes poetas trágicos era nulo hasta no hace muchos años. Pero negarles este aspecto es mutilarlos. Hoy en día, los restos de un drama satírico como *Los sabuesos* son tan importantes para nuestro conocimiento de la historia de este género literario, como en cuanto complemento de nuestra imagen de Sófocles (algo parecido nos ha sucedido con Esquilo). Nos muestran la cara jovial del poeta. Pero la antinomia a la que aquí me refiero es particularmente hiriente en el caso de Sófocles, porque Sófocles es el trágico del dolor absoluto (supremo, insacudible) del hombre, afirmación ésta que hoy ya parece vulgar, de puro corriente y admitida, y, de otra parte, fue un hombre feliz y

jovial en su vida, bien habido con la vida. No creo que se oculte a nadie el interés y la rara sugestión que emana de este tema.

Feliz Sófocles. Vivió largo tiempo
y murió como un hombre feliz y diestro.
Hizo muchas hermosas tragedias.
Finó bellamente y no soportó dolor alguno.

Este elogio fúnebre escribió Frínico en *Las musas* (fr. 1 = fr. 31 Kock) y, seguramente, lo suscribían los contemporáneos. Sobre el sentido que tiene el dolor absoluto en la tragedia sofoclea, he escrito de largo en otro lugar y, aunque no quiero repetirme, algo diré también aquí más adelante. Que tal alegría vital y conciencia tan aguda del dolor humano, una vida así y una obra así hayan hecho residencia en una misma persona parécenos el más bello de los ejemplos. Para sacar a luz la obra bella, se necesita que el espíritu creador participe, en alguna medida, de la experiencia del dolor. En Sófocles ha debido de ocurrir también así. La calma, la ponderación espiritual, el equilibrio de la propia personalidad no fueron, en Sófocles, una fortuna del temperamento, por una fatalidad de la naturaleza, sino el premio de una gran victoria, conquistada no al abrigo del puerto, sino venciendo entre el fragor de las tempestades. La biografía antigua nos presenta el retrato jovial y ponderado. El cordón vincular entre creador y criatura, que sin duda se da en la tragedia sofoclea, nos permite adivinar, por vislumbres, la otra cara. *Edipo en Colono,* hija de su vejez, suena a amarguras no disimuladas. Pero ya los gritos, en términos alarmistas, del Coro en *Edipo Rey,* juntamente con el coro central entero (vv. 863-910), constituyen la prueba de que, después de la peste de Atenas y de la revolución subsiguiente de costumbres y creencias (por no hablar

de la revolución de la política, muerto Pericles muy antes de tiempo), Sófocles veía que la ausentación del sentido de lo divino en el mundo ambiente estaba en peligro terriblemente próximo de producirse, que el sentido de lo divino se cuarteaba envejecido, derruyéndose, y que, de ocurrir así, perdería su finalidad el oficio mismo que el poeta oficiaba. Por aquí ha de buscarse la experiencia dolorosa que el poeta debió experimentar, por lo hondo, para convertirse en el trágico por antonomasia y, sin embargo, legarnos un ejemplo de suprema calidad personal, por el que le estamos agradecidos. Un artista anónimo, pero excelente, contemporáneo de la restauración del teatro ateniense bajo el arcontado de Licurgo (por los años treinta del siglo IV a. C.), esculpió inmortalmente la figura de Sófocles. No era, desde luego, copia del natural, pues el buen arte griego no es copia de las cosas, sino creación de formas. Era la incorporación plástica de la idea, en la mente del escultor, del poeta trágico en la plenitud de sazón. Mejor que bien consiguió el artista plasmar la imagen de la hombría del ateniense «como debe ser». Copia de esa obra de arte es el Sófocles del Museo Laterano. La cabeza fue malaventuradamente restaurada al peor gusto clasicista; pero el vaciado de Villa Medici, anterior a la restauración, nos permite admirar un rostro sereno y grave, que parece recordarnos que no ha vivido plenamente quien no ha rozado peligros de muerte.

No ha sido, en otras épocas y manos, el teatro el modo literario que refleja más de cerca el carácter de un pueblo. Pero, en manos del genio y en épocas socialmente propicias, sí ha podido serlo. En Sófocles, lo es. Poeta de casta viva, con profundas raíces en emociones étnicas fundamentales (de la urbe ateniense y también de la Atenas profunda y agarrada al terruño), su poesía

es concordataria de los sentimientos íntimos de un público que estuvo aplaudiéndole más de sesenta años en vida. Muerto el poeta, cuando estaba para acabar la guerra más terrible que entre sí movieron los griegos, es fama que Lisandro, el general espartano que asediaba Atenas, se vio forzado por una doble admonición del dios Dioniso a dejar paso franco a las postreras pompas que conducían al muerto egregio hasta la necrópolis familiar de Decelia, a ocho millas de Atenas (*Vita* 15; Plinio, *Hist. Nat.* VII 109; Pausanias, I 21,2). Al pueblo ateniense, que tenía un corazón agradecido y memorioso, el amor de gratitud le empujó a guardar piadosamente la memoria de Sófocles, el poeta que había hecho de su obra misión de alta piedad patria. Tan pronto muerto, comenzó el culto de Sófocles. Los atenienses canonizaron a Sófocles, o sea, lo heroizaron bautizándolo con el nombre de Dexión, «el Acogedor» (*Etym. Magn.* 256,6), y estableciendo, en honor suyo, un sacrificio anual. Este trato, propio de antiguos reyes y fundadores de ciudades, le fue concedido en atención a sus antecedentes y hoja de servicios en el terreno religioso, «porque había recibido al dios de Epidauro» (según más arriba alegamos); pero también, «por su excelencia», esto es, en hacimiento de gracias a su obra de poeta. En casos tales, la lengua griega habla de «destreza» (*dexiós* es vocablo de laude muy familiar refiriéndose a Sófocles): el poeta poseía esa destreza moral y cívica, inseparable de la destreza artística, a la que sus paisanos dirigían su aplauso.

Las fechas de su vida demuestran una particular vinculación entre Sófocles y su pueblo. La muestra igualmente su teatro, hijo de su época y de su pueblo. Pronto está dicho: hijo de su época. Pronto y mal, si no se lo entiende debidamente. Pues aquí, una advertencia. Corren ciertas interpretaciones (yo las juzgo

caricaturales) de la tragedia sofoclea, que ven en cada drama un reflejo ocasional de la anécdota política de la vida ateniense. Nada es la tragedia sofoclea en menor grado que un teatro que se atiene con dócil exactitud a las órdenes del tiempo en ese sentido pequeño, de menuda realidad. Un gran teatro, hijo de su pueblo y de su tiempo, puede muy bien no ser, acaso deba no ser eso. Tales interpretaciones atenúan y restringen a ciertos accidentes exteriores la irrupción de la vida en el arte. Nada más insofocleo. No nos referimos a eso. Nos referimos a una vinculación profunda que hace del teatro sofocleo un arte genuinamente ateniense del siglo v, en características suyas esenciales. Aquí se trata de radicar, esto es, determinar dónde se asientan sus raíces, la actitud profunda que adopta frente al tema trágico el espíritu creador de un momento histórico determinado, la visión del sino dramático del ser humano; de ver cómo el artista convierte la sustancia (no los accidentes) de su vida en materia de arte. Schadewaldt[11] ha escrito bella y penetrantemente sobre este tema, centrándolo en tres aspectos:

En la tragedia sofoclea se da un juego, muy suyo, de cercanía y distancia en todos los planos: desde la lengua cordial y fría, al mismo tiempo, pasando por la configuración de la acción dramática a través de episodios y escenas, hasta llegar a aspectos más profundos en la visión de la mudanza de la vida humana, tal y como la contemplan los personajes, particularmente cuando van a perderla y se despiden de ella en los típicos «adioses», al separarse de aquello que tenían y en lo que estaban y eran. Trátase de una tensión entre lo que une y separa: un hombre nacido para la comunidad y que siente ese desgarramiento. Presente desde

[11] «Sophokles und Athen», en *Hellas und Hesperien*, I, Zurich, 1970, págs. 370-384.

el principio, esta nota se acentúa a medida que el poeta se va haciendo más viejo...

También, en la concepción sofoclea del héroe y su grandeza: una visión del hombre, como campo dinámico de la acción trágica, sometido a fuerzas poderosas que hacen de él, a la vez, algo poderoso y una nadería...

Igualmente, al enfrontar la relación entre lo divino y lo humano. En las tragedias de la primera manera, hasta *Edipo Rey*, el héroe (salvador, purificador), entregado a un alto fin de pureza, se siente un colaborador de la divinidad; en las últimas obras, lo divino se eleva a una proceridad distante del hombre, desde la cual se le manifiesta al final, desde luego; pero al héroe le falta la seguridad de su colaboración...

Estas características, que son esenciales en el teatro de Sófocles, las comprendemos muy bien, cuando relacionamos, en función respiratoria, al trágico con la atmósfera histórica (y sus cambios) de la Atenas de su tiempo y con la tensión, en su alma, entre la Atenas real y la ideal, por Sófocles trascendida hasta la categoría de lo clásico. Vistas así las cosas, entonces sí, lo biográfico carga de emoción este teatro.

El clasicismo de la tragedia sofoclea no es simple trasunto exterior de una personalidad, la del poeta, clásico de nacimiento y por su esfuerzo personal. Hay una perfecta compenetración con su pueblo y su cultura; se nutre de ésta, para elevarse luego a una altura universal y genéricamente humana. Es el resultado natural de la conjunción de una personalidad excepcional y de un gran contenido de humanidad histórica (que el Mito representa poéticamente): esta última es la materia, a la que el poeta ha sabido dar forma.

Las formas de la tragedia sofoclea

Más que otros géneros literarios pide, de suyo, el teatro variación y reformas. Éstas fueron considerables en el desarrollo del teatro griego que comenzó en el drama sacro de las oscuras épocas, de donde salen, como de entre nubes, las tragedias clásicas. La evolución del teatro clásico ateniense, corta en años, ha sido larga en iniciativas que traen novedad en los procedimientos escénicos, en la técnica composicional o en el manejo de la lengua y de los motivos temáticos, además de en lo tocante a materialidades y recursos de presencia del teatro. También por este respecto, el teatro de Sófocles ensancha los moldes y patrones antiguos, sin romperlos: su acomodación al odre viejo no es la sumisa del agua al entrar en la vasija, sino la activa de la luz que llena un ámbito y le da un nuevo sentido. Las innovaciones, cuya conquista e invención habían de ocupar parte de la existencia de Sófocles, fueron bien acogidas, porque hacían falta y porque no rompían violentamente con lo admitido. No así siempre los propósitos reformistas del *statu quo* escénico, emprendidos por Eurípides en su primera época. Curiosamente (pero es reversión nada infrecuente), en su segunda manera, Eurípides volvió a empalmar directamente, en bastantes cosas, con el viejo Esquilo, gravitando hacia el arcaísmo sus propios procedimientos dramáticos; por lo que, pese a las apariencias, ha sido Sófocles en este terreno el verdadero innovador. En su obra dramática arde más de medio siglo de fatigas por hacer progresar el teatro.

Según admitida noticia, aunque no en todos los casos igualmente fehaciente, débense a Sófocles una serie de innovaciones o, dicho al modo griego, fue nuestro poeta el «primer inventor» (*prõtos heuretés*) de unas

cuantas reformas, que voy a enumerar comenzando por las que nos presentan a un dramaturgo atento a los problemas de la corporeidad escénica de sus obras. Si hoy generalmente gustamos de Sófocles por la lectura, es a más no poder, y, en todo caso, que lo leamos en nuestra casa y, quizás, por la noche, en zapatillas y junto al fuego no debe hacernos olvidar que el poeta componía sus obras para ser representadas como espectáculo y en condiciones muy precisas.

Acabó Sófocles pronto (*Vita* 4) con la tradición de que los autores representaran como actores sus propias obras, *et pour cause,* pues, como antes se dijo, la voz no le acompañaba. Los farsantes de sus dramas fueron actores de oficio, un Tlepólemo (*schol. Aristoph., Nub.* 1266), un Clidémides (*schol. Aristoph., Ran.* 791), un Calípides (a este último lo recuerda Aristóteles como actor importante y discutido).

Subió hasta tres el número de actores (*Vita* 4; Suda; Aristóteles, *Poética* 4. 1449 *a* 19; Diógenes Laercio, III 56), que todavía en sus obras primerizas seguían siendo dos. Esquilo ha encajado lo nuevo en su *Orestea* (también Sófocles tiene influencias bien aprovechadas de su rival más joven, Eurípides, acogiendo algunas de sus novedades). Esta reforma fue muy importante, pues no afectó sólo al movimiento de personajes y a los pormenores y servicio de la escena, sino que permitió a Sófocles triangularizar el diálogo, lo que no es lo mismo que hacer intervenir en el diálogo a tres actores en dúo, de dos en dos (el ejemplo es muy conocido; pero no renuncio a un ejemplo exacto, por el hecho de ser muy conocido: compárese la escena final de *Ayante,* donde hay tres personajes que dialogan, pero no diálogo triangular —el patetismo «estacionario» no lo toleraba—, con el verdadero trío entre Edipo, Yocasta y Creonte en *Edipo Rey).*

Subió a quince el número de coristas o «coreutas», que eran docena hasta entonces (*Vita* 4; Suda). Acaso su escrito *Sobre el Coro* tocaba este asunto.

Con Sófocles acredita fuero de admisión la escenografía (Aristóteles, *Poética* 4. 1449 *a* 19). Aunque no sabemos exactamente el alcance de la innovación en el atalaje y decorado de la escena, es obvio que estos asuntos de bastidores teatrales y decoración de los lugares buscaban dar una impresión más viva y colorista; el estímulo fomentador más influyente procedería de la pintura, pues el público, contemporáneo de los progresos del arte pictórico, buscaría también en la escena teatral algunos atractivos pictóricos y sugestivos [12]. Todo autor teatral es también un poco alfayate: se dice que, en cuestión de patrones indumentarios, Sófocles (*Vita* 6) introdujo el bastón recurvado y el color blanco del coturno de gruesa suela (lo grueso de ésta explica precisamente el bastón, para evitar en lo posible las caídas; el inconveniente era un andar con lento paso de vaca por la escena): este pormenor del color del calzado, con blancura hermana del lino, materializaba acaso una interpretación plástica y cromática de la escena, para que impresione en la distancia del teatro. En cuanto a la música, asegura Aristóxeno que Sófocles acogió el modo musical frigio.

Todas esas innovaciones nos ponen delante los ojos al hombre de teatro, que no olvida que este género es, además de otras cosas, un teatro para la vista y para el oído, un espectáculo de color, sonido y movimiento.

Reforma más importante: desechó la trilogía (Suda),

---

[12] Cf., en general, K. JOERDEN, en págs. 379-389 de «Die Bedeutung des Ausser- und Hinterszenischen», en el vol. col. (ed. W. JENS), *Die Bauformen der griechischen Tragödie*, Munich, 1971. Derrochan fantasía en sus reconstrucciones H. BULLE-H. WIRZING, *Szenenbilder zum griechischen Theater des 5. Jahrhunderts v. Chr.*, Berlín, 1950, págs. 40-42.

que Esquilo había mantenido primordialmente. Es posible que Sófocles, en sus comienzos, utilizara la forma trilógica (así, quizás, la trilogía de Télefo) para dar nexo y trabazón a las tres tragedias que, seguidas de un drama satírico, el dramaturgo griego presentaba al concurso. Pero pronto hizo de cada una de las tres piezas un todo autónomo, así en la materia dramática como en la acción; desde entonces, las tres piezas presentadas al concurso se juntan por la sola voluntad del poeta. Parece excusado insistir sobre la trascendencia que esta innovación externa hubo de tener en la concentración de la acción sobre un solo individuo, el héroe trágico, así como en la pérdida de importancia de motivos temáticos tradicionales, como el de la maldición familiar. Sófocles no presenta, como Esquilo, grandes sucedidos a lo largo de toda una historia familiar. Lo suyo es el individuo que obra su acción, conlleva su destino y sufre su dolor. De donde se genera un nuevo tipo de tragedia, de composición cerrada, rotunda.

Con certera visión de los nuevos intereses teatrales, modifica Sófocles las normas y cánones de la arquitectura de la tragedia, y tanto las formas como su contenido, y no menos la función de las estructuras tradicionales, sufren los cambios precisos. Veámoslo.

Los cánticos corales reducen su extensión, pero no su relieve dramático. El papel del Coro sofocleo ha sido cuestión muy porfiada [13]. Algunos han visto en él lo que, con expresión acuñada por Augusto Schlegel, se denomina «el espectador ideal». Otros, un portavoz de las ideas del poeta. Otros, un actor que tiene su personalidad definida, la cual determina sus acciones y palabras. En términos generales, a esta última opinión, que

[13] C. Becker, *Studien zum sophokleischen Chor*, tesis doct., Francfort, 1950, págs. 1-16.

era la de Aristóteles (*Poética* 4. 1456 *a* 26 ss.), se ha inclinado la erudición inglesa, que ha dado al problema una interpretación, en efecto, muy inglesa, reduciéndolo a algo habitual y consuetudinario y, en definitiva, negando la existencia del problema. Entre nosotros, el jesuita Ignacio Errandonea se pasó la vida defendiendo la tesis de que el Coro sofocleo es, en toda la extensión de la palabra, persona dramática [14]. En cambio, la filología alemana, inserta en una tradición estética de signo idealista, solía ver, hasta no hace mucho, en el Coro sofocleo más un intérprete de la acción que persona inmersa en la ilusión dramática, más la boca del poeta que un «carácter».

¿Cómo orientarse en esta diversidad de pareceres? Que el Coro sofocleo no ha de verse como instrumento de intempestiva predicación del poeta, llevado de furia ética o de prurito docente, parécenos evidente. Que el Coro es actor en Sófocles, lo admitimos porque, en esta tragedia, el poeta dramático y el poeta lírico no son entidades distintas y los trozos líricos no están nunca artificiosamente superpuestos a la acción, sino que son participantes naturales en su desarrollo, ya en un papel consiliario, ya reflexivo, ya prospectivo. Pero que sea el

---

[14] Cf., como resumen de sus ideas, I. ERRANDONEA, *Sófocles. Investigaciones sobre la estructura dramática de sus siete tragedias y sobre la personalidad de sus coros,* Madrid, 1958, y *Sófocles y la personalidad de sus coros. Estudio de dramática constructiva,* Madrid, 1970. Me parece que Errandonea tiene razón en algunas cosas; sólo que a veces ¡tiene un modo de tenerla!, como cuando defiende que en *Edipo en Colono* el Coro es el verdadero protagonista, que confiere unidad a la pieza, o que, en *Electra,* ésta y el Coro forman una alianza y el papel director lo tiene el Coro... No hablo aquí de otros temas de su exégesis, verbigracia, cuando diputa demasiado sutilmente que en el Heracles del final de *Filoctetes* arreboza la cara el mismísimo Ulises, o que la Deyanira de *Las Traquinias* es una especie de Medea hipócrita, etc.

Coro sofocleo un actor como los demás, nos parece un prejuicio no menos dañino que la opinión tajantemente contraria; y que además olvida las diferencias que hay entre los demás actores y el Coro, que tiene otras funciones en su lirismo: suspensión, amplificación del episodio anterior descrito por modo lírico, contraste irónico con el episodio siguiente[15]... El papel de los coros sofocleos es algo más complejo y sinuoso. Es actor y expone en forma lírica y actúa según su carácter, de la manera y humor que le es peculiar: aconseja, comenta, jalea el infortunio del héroe como orquesta de acompañamiento. Pero quien lee un coro sofocleo solamente desde esa perspectiva, en lo que el sentido patente y superficial de sus palabras dice, como diciendo cosa clara y sencilla, se queda sin comprender mucho de lo que en esas palabras, de aparente facilidad, se dice. Por contraria manera, hay intérpretes que evidencian gran penetración hasta el sentido soterrado (en profundidad y latencia) de los coros sofocleos, pero una como presbicia para captar el sentido cercano.

El Coro es «parte del todo» de una tragedia sofoclea; pero la «*orquestra*» no se sitúa en el mismo plano exactamente que la acción escénica, sino en un nivel distinto (algo parecido les ocurre a los símiles homéricos o a los relatos míticos en la lírica coral arcaica). También en este punto puede ayudarnos (desde conceptos que hoy son familiares en el análisis de otras estructuras literarias, como el relato) un poco de atención a la estructura del plano comunicativo en el teatro. Puede que ocurra como en la narración literaria, cuando el narrador no sabe sólo lo que el personaje que habla o, incluso, menos que éste, sino que, en todo momento, sabe más (lo que técnicamente se llama «fo-

---

15 Cf. G. M. Kirkwood, *A Study of Sophoclean Drama*, Ithaca, N. York, 1958, cap. 4.

calización cero»). También el autor dramático puede ser una especie de cripto-narrador, a condición de poseer el arte necesario para, en ningún momento, parecerlo. Sófocles poseía ese talento, que, tocante al diálogo dramático, le ha sido reconocido desde siempre: me refiero, claro, a la «ironía trágica», en la cual a la visión limitada del personaje se asocia y se yuxtapone la visión ilimitada del dramaturgo que comunica su mensaje opuesto por el sentido al que comunica la intención de la persona que habla. ¿Por qué negar, en los Coros, al poeta un recurso que le concedemos en el diálogo? La ignorancia de este hecho sencillísimo hace caminar muy desnortados a muchos intérpretes de los coros sofocleos.

El cariz sutilísimo de un coro de Sófocles consiste en que el poeta ha sabido acoplar a las palabras del Coro como actor (pensamientos superficiales, a veces; a sus orígenes dionisíacos sigue siendo el espejo que son un comentario más general, en los que el Coro fiel a sus orígenes dionisiacos sigue siendo el espejo que recibe la imagen de lo divino, y también pensamientos suyos propios. Ni Sófocles se da todo en sus coros, ni se esfuma totalmente de sus dramas. El Coro es actor, sí; pero las frases y pensamientos del Coro, aparte de poetizarlos líricamente, los somete Sófocles —maravilloso taumaturgo del idioma— a un proceso de profundización y elevación y los convierte en una expresión cargada, para nuestros oídos, de otro sentido no menos dramático y, para nuestro espíritu, de un brillo nuevo. El reflejo de las palabras del Coro aparece sobre el agua quieta, pero por debajo hay una hondura que da a la imagen profundidad y la dota de una nueva dimensión. Haber organizado en una lengua poética integradora, en un nivel de superior categoría lírica ambos sentidos, es en Sófocles una de las cosas más definiti-

vamente hermosas de la literatura griega. Los coros sofocleos juegan ese juego, pura inteligencia, de armonía perfecta. Un leer pensativo de entrambos sentidos es la clave que nos proporciona su mejor entendimiento y el de la preciadísima segunda realidad que tiene esta obra de arte. Dicha lectura tiene su técnica no siempre fácil. La facultad elevadora del sentido se aplica mediante una táctica esencialmente evocadora, porque las palabras elegidas tienen ciertos dobles fondos y las frases, a veces, parecen lo que no son y son lo que no parecen (por lo demás, la táctica no es exclusiva de Sófocles: se me acuerdan los medios sutiles, casi pérfidos, de que se vale Eurípides para dar expresión a ciertas ideas peligrosas, nadando y salvando la ropa). Pero no se piense que nos las habemos con una poesía de intelectual clausura, de artificio mental. Para que su mensaje sea recibido, comprendido y convivido por los espectadores (cada cual, conforme a sus posibles) el poeta ofrece asideros convenientes: lo que debe entenderse se nos da por relaciones, en definitiva, ostensibles, por una combinación de espejos claros; por el juego acordado de expresiones nucleares insistentes en proximidad o a distancia *(Fernverbindungen);* por el contraste y como contrapeso de un pasaje con otro corresponsal suyo. No se trata de todo un cuerpo de módulos y reglas de exquisitez técnica, de una complicada estética (del orden de las que alimentan el quehacer de los matemáticos), sino que la cosa es de una construcción tan sencilla como penetrante su efecto... para el oído griego que fácilmente percibía las implicaciones, insinuaciones, alusiones. Para nosotros, en cambio, es un poco tratar la frase hecha deshaciéndola y rehaciéndola en una lectura restauradora de la unidad de su doble sentido... Para desentramar los secretos de una tal lectura, deberíamos hacer alguna cala

y dar una muestra del método. No es éste su lugar más indicado. Para esto, léanse los comentarios a los coros de *Antígona,* por diligencia de G. Müller [16]. Yo propio he intentado algo semejante, tratando por menudo los coros de *Edipo Rey* [17].

En cuanto a aspectos formales en el manejo sofocleo de los coros, he aquí unos pocos datos. Su extensión es intermedia, relativamente a los otros dos trágicos: una media de 48 versos, frente a 69 en Esquilo y 46 en Eurípides. Por buscado contraste los más breves son los que preceden al éxodo, o sea, en Sófocles (y Eurípides) al cuarto o quinto estásimo (en Esquilo, al tercero); los más largos se sitúan hacia la mitad de la pieza y tienen una extensión aproximada de vez y media mayores que los primeros. Esta proporción es todavía mayor entre el párodo y el coro final (tantos por ciento expresivos: en Sófocles, 2,7/1; Esquilo, 2,5/1; Eurípides, 2,2/1). Los cánticos corales sofocleos son, generalmente, antistróficos y en una proporción del sesenta por ciento se cantan con la escena vacía; pero en el Sófocles tardío *(Electra, Filoctetes* y *Edipo en Colono)* aumenta la frecuencia de los amebeos, es decir, cantos alternados entre Coro y actor. No se olvide que los coros generalmente separan episodios y, rara vez, los suplantan (*chorikà epeisodiká*); al quedar vacía la escena, esto permitía que el actor que desempeñaba más de un papel, pudiera cambiar de vestido: el haber de incorporar más de un personaje en la mis-

---

16 *Sophokles: Antigone. Einleitung und Kommentar,* Heidelberg, 1967; «Ueberlegungen zum Chor der *Antigone*», *Hermes* LXXXIX (1961), 398-422; «Chor und Handlung bei den griechischen Tragikern», en el vol. col. (ed. H. DILLER) *Sophokles,* Darmstadt, 1967, págs. 212-238.

17 «Los Coros de *Edipo Rey:* notas de métrica», *Cuad. Fil. Clás.* II (1971), 9-95.

ma obra (lo que en el argot teatral de nuestros días se dice «doblar») es hoy cosa excepcional, reservada a partiquinos, por razones de economía, o bien al lucimiento de divos en dobles papeles; pero en el teatro ateniense, con sólo dos o tres actores, era cosa normal. También «llenan» los coros intervalos temporales, por supuesto que de un tiempo absoluto y que no guarda relación con la duración real del canto: esto menos en Sófocles (8 de 36 coros, un 22 %) que en Esquilo (8 de 29, un 28 %) y mucho menos que en Eurípides (38 de 87, un 44 %). La «pausa» más fuerte la marca, en Sófocles, el estásimo primero, tras el primer tercio más o menos de la pieza, mientras que en Eurípides suele estar en el estásimo segundo, delante aproximadamente de la segunda mitad de la pieza. En cambio, son débiles las «pausas» después del párodo y antes del éxodo, de donde surte que un drama en cinco episodios tendería naturalmente a originar un drama en tres «actos».

No puedo en este lugar hacer expresa (porque ello exigiría mucho espacio y una disciplina de alto tecnicismo) una caracterización del verso coral sofocleo. Más que de grandes audacias en la renovación de formas, se trata de lo perfecto de la ejecución artística en una serie de delicadas, diminutas maravillas, así en el uso de los diferentes tipos de verso, como en el diseño primoroso de los periodos métricos compuestos de números concordes: los «números poéticos», que es el concepto antiguo de la poesía, afectan también, y muy particularmente, a este territorio de la periodología, tan esencial como hoy sabemos (harto más que la colometría, que algunos traductores presentan como el único dios que merece sacrificios; ante todo hay un deber de trasladar con fidelidad esta arquitectura periodológica); Sófocles compone los periodos de una manera

muy suya y elegantemente sencilla [18]. En especial admiramos en Sófocles la maestría soberana con la que articula la métrica y el sentido, la compostura de las formas métricas y el moldeamiento conceptual, de suerte que la adecuación metro y sentido —tal el cristal— parece orgánica y no producto del arte [19]. Cuando leemos estos coros, nos sorprende la abundancia de responsiones verbales que, por el cauce del verso, se comunican con paladinos o secretos hilos de intención y sentido. Nos convencemos de que toda colaboración entre métodos métricos y estilísticos es aquí posible... y necesaria. Creo que quienes no lo ven así, sólo rozan las orillas de esta poesía exquisita e intensa.

A la reducción en extensión de las partes corales corresponde el enriquecimiento de la escena en múltiples aspectos en la construcción y organización de las formas, en el fondo y en la función dentro de la economía dramática.

Empezaremos por los últimos. La articulación del drama en episodios y escenas y la construcción interna de los mismos (cambios variados y, a veces, bruscos; acciones contrarias, acciones paralelas...) nos muestran no ya al dramaturgo diestro y efectivo, sino la seguridad del maestro ajedrecista y formidable arquitecto de estructuras teatrales. Se percibe cierta evolución al respecto. Mientras las primeras tragedias conservadas (*Ayante, Las Traquinias*) están dominadas por lo paté-

---

18 Cf. W. Kraus, *Strophengestaltung in der griechischen Tragödie, I: Aischylos und Sophokles*, Viena, 1957, págs. 116-179; H. A. Pohlsander, *Metrical Studies in the Lyrics of Sophocles*, Leiden, 1964; K. Thomamüller, *Die aiolischen und daktyloepitritischen Masse in den Dramen des Sophokles*, tesis doct., Hamburgo, 1965.

19 Cf. D. Korzeniewski, «Zum Verhältnis von Wort und Metrum in sophokleischen Chorliedern», *Rhein. Mus.* CV (1962), 142-152.

tico y el relato, en *Antígona, Edipo Rey* y *Electra* domina un plan riguroso en los episodios y escenas, que se suceden con sujeción a sabias normas, ya por contraste, ya por gradaciones; finalmente, en *Filoctetes* y *Edipo en Colono* lo dominante es una construcción simétrica del conjunto, de traza concéntrica en torno a un eje de aplomo de una serie de movimientos: las escenas se despliegan como dos alas simétricas a ambos lados del eje [20].

El prólogo (una o tres escenas) forma un preludio relativamente independiente, «exposición» y etopeya que contienen *in nuce* la tragedia, en *Ayante, Traquinias, Antígona* y *Edipo Rey;* en las tres tragedias posteriores prepara y ya inicia la acción.

Primer episodio: bipartito, o sea, con dos escenas (coro-actor, segunda entrada de actor); en *Ayante* y *Traquinias* se continúa la exposición del conflicto iniciada en el prólogo (junto con la etopeya de personajes); en las demás piezas, es ya el primer eslabón de la cadena conflictiva; la primera escena funciona como retardación y como recapitulación de los motivos de la «introducción»; la entrada que abre la escena segunda se presenta como sorpresa (opuestamente a lo que sucede en Esquilo) y, entre ambas escenas, se da un contraste. *Segundo episodio:* hasta *Electra,* el conflicto se extiende y tropezamos con el «nudo»; en *Ayante* y *Traquinias* lo constituye una sola escena entre actor y coro, sin entrada de personero nuevo; en *Antígona, Edipo Rey* y *Electra,* lo integran dos escenas, con un segundo conflicto en la primera y, entre ambas, se produce la nueva entrada que origina un clímax o contramovimiento; en *Filoctetes* y *Edipo en Colono* trátase del mismo motivo central en movimiento, interrumpi-

[20] Cf. E. García Novo, *Estructura composicional de «Edipo en Colono»*, Madrid, 1978, págs. 272-279.

do por un breve momento de reposo. *Tercer episodio:* en *Ayante* y *Traquinias* se revela el destino en una escena doble, dividida por la correspondiente entrada; en *Antígona, Edipo Rey* y *Electra* se prosigue el contramovimiento del episodio anterior, con una nueva entrada de personaje (Hemón, el mensajero corintio...); en *Filoctetes* y *Edipo en Colono* se retrasa hasta aquí el segundo ataque conflictual y el más fuerte. *Cuarto episodio:* tanto en *Ayante* como en *Traquinias* catástrofe en escena (el cadáver, el muriente); en *Edipo Rey* y *Electra,* tercer grado del contramovimiento; en *Antígona* se ofrece un quinto episodio, al intercalarse en cuanto tal el *ecce* de Antígona ante Creonte. *Éxodo:* lo normal es el tipo de relato-*ecce;* son excepciones *Ayante* (en forma de conflicto entre Teucro, Agamenón y Ulises, en *pendant* con la introducción), *Electra* (*mēchánēma* en una serie de tiempos) y *Filoctetes (deus ex machina).* En resumen: en la factura de las piezas conservadas todos los episodios tienen carácter dramático, salvo el primero de *Ayante,* el cuarto de *Antígona* y el segundo de *Filoctetes;* son biscénicos, antitéticos por su mitad; el clímax procede en cinco escalones, graduados: en marcha ascensional sube hasta el tercero, aquí cae la cumbre climáctica y, desde ella, inicia la bajada; el principio y final de la escala corresponden a relato y *ecce* [21].

Asistimos a un movimiento cada vez mayor del diálogo. La precisión del lenguaje, la rapidez elíptica de las respuestas, exactamente representativas de la reacción psicológica inmediata, la capacidad verbal para traducir los movimientos del alma en la ágil contradanza del diálogo (movido, rico, de fuerza plástica certera

---

[21] Estas averiguaciones las pormenoriza K. Aichele en páginas 68-73 de «Das Epeisodion», en el vol. col. *Die Bauformen der griechischen Tragödie* (vid. nuestra nota 12), págs. 47-83.

y de sutileza bastante), algunas felicidades expresivas que provocan nuestro asombro; en una palabra, un diálogo exactamente fiel a su cometido de reproducir los pequeños cambios en que consiste el vivir humano, todo eso es en Sófocles maravilloso. La esticomitía, esto es, el canje alternativo y continuo de un verso para cada interlocutor (funcionalmente afines son la disticomitía y la hemisticomitía), tiene en Sófocles una técnica fraguada[22]: evoluciona desde una forma estática, subordinada en su función a las *rhéseis* vecinas (*Ayante, Traquinias*), a una forma dinámica (desde *Edipo Rey*) que hace progresar la acción dramática y colabora al desarrollo de las relaciones entre los caracteres. Del «diálogo triangular» algo se dijo más arriba. En los discursos se afina, más cada vez, la expresión de los variados sentimientos del alma: vemos en ella una ganancia progresiva, más que de intensidad de timbre, de riqueza en atinos y atisbos de matiz, en que está estribada la eficacia psicológica del drama. Cierto sofocleísmo de nuestro pasado inmediato (pienso, claro está, en Tycho von Wilamowitz[23]) nos reveló lo que Sófocles vale como carpintero teatral. Ahora está de moda no agradecérselo, sin duda porque, junto a ese mérito, tuvo el demérito de ser muy ciego para apreciar lo que vale Sófocles como psicólogo. Verdad es que en esto de la psicología y del desenvolvimiento psicológico en el teatro hay quien reputa gran psicólogo al dramaturgo que pinta muy a la moderna todo lo que hay que pintar...

---

[22] Cf. W. Jens, *Die Stichomythie in der frühen griechischen Tragödie*, Munich, 1955, págs. 84-104, y B. Seidensticker, en páginas 200-209 de «Die Stichomythie», en el vol. col. *Die Bauformen der griechischen Tragödie*, págs. 183-220.

[23] *Die dramatische Technik des Sophokles*, Berlín, 1917 (reimpr., Zurich, 1969), y cf. H. Lloyd-Jones, «Tycho von Wilamowitz-Moellendorf on the dramatic technique of Sophocles», *Class. Quart.* XXII (1972), 214-228.

menos los cuatro rasgos necesarios. Si abandonamos prejuicios (bien sean wilamowitzianos, bien simplemente vulgares), daremos la razón al biógrafo antiguo, cuando asevera: «*con un pequeño hemistiquio* (soy yo quien subraya) sabe Sófocles dibujar todo un carácter». En esa pintura psicológica, el dominio de los recursos de la lengua y su capacidad de virtuosismo (palabras de doble filo) brillan en Sófocles particularmente en la expresión de la ironía, la «ironía trágica» que destila de las limitaciones y quimeras gnoseológicas del ser humano y que en la tragedia sofoclea está poco menos que omnipresente.

El verso del diálogo y discursos es, como se sabe, siempre el mismo; pero hay que añadir que en Sófocles tiene la gracia proteica de ser siempre uno y siempre vario, cambiante de cesuras expresivas de notas agresivas o relentas, flexible en el reparto de vocablos en la entidad versal o por el ritmo partido de un verso con *antilabai;* en una palabra, muy lejos de cualquier anquilosamiento o momificación. El verso camina solemne o se desasosiega con elegante naturalidad de palabra hablada. Sólo en Sófocles puede este verso cabalgar sobre el siguiente, quiero decir, que una palabra se alarga de un verso al siguiente y suelda dos versos consecutivos [24].

Completará nuestra imagen del arte de Sófocles un sumario bosquejo de su lengua. El estudio del diccionario del poeta y de su retórica, en cuanto variedad bella del hablar, se puede encarar según direcciones

[24] Cf. J. Descroix, *Le trimètre iambique dès iambographes à la Comédie nouvelle,* Mâcon, 1931, págs. 46 sigs., 109-115, 262, 288 sigs.; M. D. Olcott, *Metrical variations in the iambic trimeter as a function of dramatic technique in Sophocles' Philoctetes and Ajax,* tesis doct., Stanford Univ., 1974 (micr.); S. L. Schein, *The iambic Trimeter in Aeschylus and Sophocles,* Leiden, 1979, páginas 35-50.

gramaticales y semasiológicas[25] y a modo de inventario[26], respectivamente; pero también, como necesidad de crearse el poeta un nuevo instrumento de expresión literaria. Esta última perspectiva es la única que aquí nos interesa.

La lengua sofoclea trae un nuevo estilo, que pone novedad en el teatro ateniense. Se desarrolla en un sentido muy diferente al de la lengua de Esquilo y al de la de Eurípides. En Esquilo domina la suntuosidad verbal, el poderío mágico de la palabra llevado hasta el frenesí; el poeta agarra con zarpazo de genio las metáforas y un lenguaje altamente figurado agita y huracana su verso. El intervalo estético entre Esquilo y Sófocles es aquí notorio y se nos aparece como contención y refreno (a veces, lo revolucionario consiste en el refreno). Elimina Sófocles bastante de la magnilocuencia esquilea, que parece puesta bajo la divisa de aquel verso final del soneto gongorino: «¡Goza, goza el color, la luz, el oro!» La imaginería, menos frecuente, se hace cada vez más eficaz. Pero de esa renuncia hace Sófocles virtud, pues su lengua tiene densidad, se ausentan de ella los vocablos de valor irresponsable y vago. En cuanto a la música, lo suyo no es la sonoridad brillante, sino la calidad de sonido, dando la nota justa. Un botón de muestra: la pasión del adjetivo, pasión entusiasta y ferviente que tiene Esquilo, no conduce al epíteto ornamental (los adjetivos que suenan y brillan sobre la frase sólo porque dan formas eufónicas), salvo

---

[25] D. M. CLAY, *A formal analysis of the vocabulary of Aeschylus, Sophocles and Euripides*, tesis doct., Minnesota, 1958, y J. C. F. NUCHELMANS, *Die Nomina des sophokleischen Wortschatzes*, tesis doct., Nimega, 1949.

[26] Cf. E. BRUHN, *Anhang* (vol. VIII), a F. W. SCHNEIDEWIN-A. NAUCK, *Sophokles*, Berlín, 1899 (repr. 1963); F. R. EARP, *The style of Sophocles*, Cambridge, 1944; y W. B. STANFORD, *Sophocles «Ajax»*, Londres, 1963, págs. 263-280.

en los «relatos de mensajero» por homerismo [27]. La familiaridad y comercio con Homero dejan numerosos sedimentos en todo poeta griego; pero Sófocles (en otro sentido el «más homérico» de los trágicos) utiliza con mesura el almacén adjetivatorio épico, y lo propio sucede con otros rasgos característicos de la casaca común de la lengua épica: la enorme serie de coincidencias de este tipo entre el gran poeta épico y Esquilo, que ha acumulado Sideras [28], no tiene paralelo en Sófocles.

En relación con Eurípides, la lengua del diálogo sofocleo es otramente coloquial, tiene otra jugosidad y nunca se avulgara. Lo peculiar de la palabra hablada sofoclea es haber logrado lo que llamaríamos perfecta fusión de un lenguaje que llega al espectador en un resultado total de naturalidad y la dignidad literaria, la realeza de la palabra, de lo que, en definitiva, es una trasposición estética (más distante que la de Eurípides de la lengua vulgar de la vida diaria, más *exēllagménē* como dice Aristóteles, *Ret.* III 1404 *b* 8 y 1406 *a* 15).

Esta lengua resulta inconfundible y no sólo ni tanto por sus giros idiomáticos o por la preferencia de ciertas figuras retóricas (como el oximoro o juntura de opósitos, que va contra la ley lógica «dos contrarios no pueden caber en un mismo sujeto») o por la receta sintáctica propia y con pequeña variación, que también la tiene: verbigracia, el giro dialéctico binario (ni-ni, no-sino, tanto-cuanto), que responde a una costumbre mental muy de los griegos, se reitera constantemente y la

[27] Cf. L. BERGSON, *L'epithète ornementale dans Eschyle, Sophocle et Euripide*, tesis doct., Uppsala, 1956, y «Episches in den *rhêseis aggelikaí*», *Rhein. Mus.* CII (1959), 9-39.

[28] A. SIDERAS, *Aeschylus Homericus. Untersuchungen zu den Homerismen der aischyleischen Sprache*, Gotinga, 1971.

insistencia del procedimiento acaba por convertirlo en rasgo propio; o ciertos tipos de trimembración a que acostumbra acomodarse; o dos tipos muy sofocleos de expresión afectiva, uno que opera a base de parataxis, asíndeton y frases breves (*Filoctetes* 468-506) y otro que opera a base de un estilo periódico, en el cual el énfasis radica en la estructura lógica del periodo (*Edipo en Colono* 1405-1410)[29], etc. Se trata, sin embargo, de algo más sutil y residente en el andar mismo de la frase, con una rapidez y un *tempo* peculiares, y en la calidad personal de una lengua de inconfundible trazo hasta el punto de que, anónima la obra, no podríamos vacilar al atribuirle autor, porque los diálogos de Sófocles, sin nombre, están ya firmados y los Coros de Sófocles, muy llenos de elisiones y alusiones y con una gracia más bailada, parece que el poeta los ha resellado con firma en todo tan inequívocamente suya: como muy bien se ha escrito[30], ante un texto sofocleo difícilmente se produciría la situación irritante que ha ocurrido ante algún texto anónimo, que unos han considerado «muy Eurípides», y otros, «muy Menandro».

La pregonada sencillez de esta lengua es aparente. La claridad de entendimiento que, al primer pronto, se crea en torno a lo que el diálogo dice, es ilusoria. Con alguna frecuencia comprobamos su dificultad, inclusive sobre algunos de sus traductores que tampoco la en-

---

[29] Cf. FR. ZUCKER, «Formen gesteigert affektischer Rede in Sprechversen der griechischen Tragödie», *Indog. Forsch.* LXII (1955), 62-77 (recogido en el vol. col. [ed. H. DILLER] *Sophokles*, Darmstadt, 1967, págs. 252-267).

[30] A. LESKY, *Die tragische Dichtung der Hellenen*, Gotinga, 1956, pág. 141. Quiere decirse que algo falla en el planteamiento de principio, cuando se plantean disputas como la suscitada en torno a *POxy* 2452: cf. R. CARDEN-W. BARRETT, en pág. 117 de *op. cit.* en nuestra nota 41.

tienden por completo (alguno hay que, después de calificarla de sencilla y diáfana, demuestra luego que no tenía razón y que no la entiende ni aun en el sentido material). Un crítico antiguo hablaba ya de la «anomalía» de la lengua sofoclea. Oigo decir que el viejo Wilamowitz, después de haber tenido cátedra de tanta autoridad en estas materias, confesaba encontrar en la lengua de Sófocles dificultades para adueñarse de ella que no había encontrado en los otros dos grandes trágicos [31]. La descolocación en el enlace de palabras, tantas veces inesperado en el orden común de asociaciones, es una dificultad más bien aparente: un desorden con que se viste, en apariencia, un orden secreto. Cuando tratamos de ponerle orden, ¿orden?, pronto vemos que se trata de palabras en mejor orden que el buen orden esperable. Dificultad más real es la que toca a bastantes cosas idiomáticas, para apreciarlas debidamente, y a una sintaxis que permite casi todas las aventuras posibles. Pero, sobre todo, es la dificultad natural de una lengua que, desnudándose relativamente de sonoridades exteriores, busca músicas y matices del alma, que procede por matices y medias tintas más que por contrastes violentos. ¿Frialdad, como pregona el vulgo de los cultos? Nada es la lengua sofoclea en menos grado

---

[31] Téngase presente, para comprender el alcance de la modesta confesión del gran filólogo, que en la producción wilamowitziana (que es ella sola una biblioteca de más de setenta volúmenes) la ocupación con la tragedia ática fue tema constante hasta el *sketch* titulado «Die griechische Tragödie und ihre drei Dichter» *(Griechische Tragödien,* IV, Berlín, 1923), contando Wilamowitz setenta y cinco años, y desde un escrito de despedida de colegio, o cosa así («Valediktionsarbeit», en la Escuela de Pforta), redactado a los dieciocho años, en 1867, editado recientemente por W. M. CALDER, III: *Inwieweit befriedigen die Schlüsse der erhaltenen griechischen Trauerspiele? Ein ästhetischer Versuch,* Leiden, 1974 (sobre Sófocles, págs. 70-95).

que fría: no mate [32], sino matizada; no sorda, sino con sordina; no con voz débil, sino a media voz.

Tanto en el plano de la acción como en el de la lengua, asistimos a la evolución desde algo estático todavía a algo mucho más funcional. Vemos surgir leyes de la composición y de la expresión seguras en Sófocles. Cuando el oído y el ojo se familiarizan con ellas, reconocemos una dinamicidad, una fluencia dinámica admirable. El vocabulario y sus combinaciones eléctricas, cuya onda tantos siglos después aún nos sacude: una palabra trágica, que no es cifra secreta del alma, sino algo fáctico y actuante [33], plástica, corporal, elástica. La trayectoria de la frase y de la acción dramática tienen en Sófocles una vibración peculiar. La frase ahora se tensa elástica, ahora crece, ahora lanza hacia lo más alto la palabra exacta. La acción progresa paso a paso para elevarse hasta su clímax —¡y qué alta va la acción en esa cumbre!— y, paso a paso, descender hasta el acorde final del drama. Es un juego de arcaduces que voltean, se cruzan y superponen, se elevan más y más alto. Todo vibra y se estremece como en un arco iris o encrucijada de vientos, es decir, no con un único color o viento constante; pero todo según un orden conveniente: «lo adecuado del modo adecuado y en el adecuado tiempo», como viene a decir el biógrafo antiguo (*Vita* 21). Tal en *Edipo Rey:* frase tras frase se suceden en tensa curva, conducida a través de inauditos hipérbatos; las entradas escénicas cierran y abren escena tras escena, episodio tras episodio y, entremedias del metal del diálogo, suena la cuerda de los Coros; la tragedia marcha hacia adelante y hacia arriba, y luego

---

[32] «Mattigkeit» dice, hablando de *Filoctetes*, Wilamowitz en página 84 de la obra juvenil que acabamos de citar.

[33] Cf. W. SCHADEWALDT, en el concienzudo epílogo galeato a su *Griechisches Theater*, Francfort, 1964, págs. 493 sigs.

refluye en sentido contrario hasta que, al fin, la acción se hace *pathos* y todo se recoge en la corriente de lamentos, que interrumpen las palabras de Creonte, recién llegado al poder... Tanto movimiento y variedad se articulan, por ministerio artístico del poeta, en la unidad a la vez más libre y más estricta.

La lengua, verdadero órgano *natural* de la palabra del héroe y de sus acompañantes; la acción dramática, equidistante de la rigidez constructiva, algo ingenua, de Esquilo y del esquematismo excesivamente artificioso de Eurípides... nos explican lo que la tragedia sofoclea tiene de *clásica,* en cuanto polaridad y concierto entre majestad y belleza [34]. Pero, para terminar de aclarar el secreto, debemos dirigir nuestra atención a otro factor esencialmente coadyuvante: los personajes.

El héroe trágico

Y entramos a hablar del héroe trágico sofocleo, «una imagen luminosa proyectada sobre una pared oscura»: esta definición la sienta Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia.*

La relación entre el hombre y lo divino en el teatro de Esquilo es, en fin de cuentas, de consonancia y ajuste. Para Esquilo, robusto afirmador del orden de la Justicia representado por Zeus, el curso del tiempo da a las tragedias de los hombres la luz de un sentido: en lo porvenir encuentran, en una conciliación final, consuelo de su desconsuelo. De diferente manera ocurren las cosas en el teatro de Eurípides, reflejo y transparencia de la revolución de valores contemporánea: rota la conciencia de aquella consonancia, la relación entre

[34] Cf. lo que decimos en págs. 57-70 de «Sobre lo clásico», en el libro *Experiencia de lo clásico,* Madrid, 1971.

el hombre y los dioses toma nuevo giro. El hombre debe vivir por cuenta propia y el dramaturgo, con una sensibilidad muy suya, encuentra una nueva manera de ver la tragedia de los hombres. El teatro euripideo es flor amarga de un espíritu que acepta como hecho inevitable la discrepancia radical entre el hombre y el dios y que no espera gran cosa de los dioses. Los hombres sufren, con digna amargura, las burlerías de este mundo y los encontrados giros de fortuna loca. Cobran la libertad de organizar su propia existencia por natural impulso de su ingenio, en cuanto es posible a un pobre humano. Descubren tesoros recatados dentro de sí mismos, unos valores autónomos y una dignidad propia que, en los viceversas y complicaciones de la existencia, saben mantener. La relación entre el hombre y lo divino no es, en Sófocles, de consonancia, como en Esquilo, creyente en una conciliación futura como si la viera. El héroe sofocleo advierte una discrepancia entre sí mismo y las fuerzas realmente actuantes en el mundo; pero no a la manera de Eurípides. El disolvente del conocimiento no ha liquidado, en el héroe sofocleo, el sentimiento íntimo de que el hombre no es nada sin el dios. Su terrible drama íntimo radica, precisamente, en que su soledad no es la de un individualismo desesperado, sino un reflejo existencial de la «excentricidad» del humano en su relación con lo divino; y como el desarraigo del hombre con respecto al dios es íntimo, es cosa de dentro que no tiene cura externa, por eso es particularmente doloroso.

En este sentido, el teatro de Sófocles está concordado íntima y espiritualmente con la crisis del espíritu griego irrumpiente en los días que el poeta corría. Como en todos los momentos de crisis, la vida es dual, coexisten una persistencia de lo antiguo con una germinación de algo nuevo en conflicto con lo antiguo. El

hombre que una vez (una vez que ha durado varios siglos) ha vivido en un repertorio sincero de creencias, arrojado a una circunstancia nueva y conflictiva, vive en una situación espiritual infinitamente dramática. Más adelante, saldrá de una creencia para vivir en otra: cuando se queda sin aquellas convicciones, pero se instala en otras y en los nuevos entusiasmos que informan su época, su vida pierde poco a poco ese dramatismo. Sin embargo, mientras dura el tránsito, mientras vive en dos creencias situado en un umbral que es a la vez entrada y salida, su desarraigo de lo divino es un desgarro íntimo, el de poder o no poder el hombre hacer sin el dios, el de no tener en lo divino el hombre el asidero que tuvo y que no se sabe ahora quién lo llenará. Y si es esa ausentación y presencia de lo divino como de veras lo es, característica del drama sofocleo, más cada vez, así se explica una manera suya de ser exclusiva, y síguese de ahí que Sófocles fundamenta la situación trágica en bases diferentes, y mucho más radicales, que Esquilo y Eurípides.

La separación entre hombre y dios concentra el drama sobre el hombre, sobre su soledad, que ocupa el espacio escénico y constituye la situación trágica. Y porque efunde de la condición humana misma, insacudible, dicha soledad existencial está penetrada por la amargura de un dolor supremo.

La fuerza incomparable de la tragedia sofoclea reside en la figura aislada, en el dolor que descarga sobre la figura del protagonista (el aislamiento empieza ya en el título, que es, en seis de las siete tragedias, un nombre individual). El dolor del héroe sofocleo es absoluto, sin salida, y por eso es un dolor hasta la congelación de los huesos. Los personajes de cualquier tragedia griega son hombres y mujeres doloridos: se duelen gravemente de sus desdichas con frases de brío o con acento

desengañado y tristón. Pero ningún otro trágico griego ha sentido, como Sófocles, la absolutez del dolor de sus héroes, sin el menor esperanzamiento en la interinidad del dolor. Es un dolor *a limine* y definitivo. No está enderezado *ad maiorem gloriam Dei*, como lección moral constituida por materia ejemplificadora. Tampoco cabe hablar de condición expiatoria de este dolor que, una vez apurado hasta las heces del cáliz, asegura su galardón al hombre que ha sufrido y ha sabido penitenciarse y es como la prima que le garantiza un seguro de eterna bienaventuranza. Fuera un error sustantivo (pero es error bastante común) confundir a Sófocles con Esquilo o con un poeta cristiano. No es el dolor en Sófocles trámite intermediario entre el sufrimiento presente y el gozo futuro. No tiene, para el hombre, salida, porque es la señal de su humanidad. Pero, precisamente por ser un dolor tan absoluto, es la condición, y no hay otra, para que el héroe doliente cobre conciencia de su ser verdadero. El hallazgo de la propia alma, del más íntimo centro de ella, lo consigue el héroe en el alumbramiento doloroso. El dolor insoluble, condición irremediable de la vida del héroe trágico, es el medio en el cual encara aquél su verdadero fondo sustantivo.

Estoy repitiendo, con la mayor economía de palabras, algo que va siendo ya de común aceptación. No entro en pormenores ni cito pasajes demostrativos, que en este lugar omito, por ser cosa en otra parte referida y ventilada [35]. Son incontables las expresiones [36] que el

---

[35] «El dolor y la condición humana en el teatro de Sófocles», en *De Sófocles a Brecht*, Barcelona, 1974², págs. 13-83.

[36] Cf. J. C. Opstelten, *Sophocles and Greek Pessimism*, Amsterdam, 1952, págs. 118-156. De un modo circunstanciado y escrupuloso, desde una perspectiva de semántica estructural, ha estudiado el venero de léxico del dolor en Sófocles Marcos Martínez Hernández, *La esfera semántico-conceptual del dolor en Sófocles*, tesis doct., Univ. Complutense de Madrid, 1981 (2 vols.).

poeta pone en boca de sus personajes y en los melancólicos comentarios del Coro para señalar que la vida del hombre es dolor, la desventura de vivir y la ventura de no haber nacido. Innumerables son también los lugares en que los héroes y heroínas de este teatro descargan su dolor con gritos y requisitorias pesimistas, jaleados por el Coro, en son querulante, con sus exclamaciones dolorosas y versículos de tipo más clamador que métrico. Sófocles ha experimentado más profundamente que ningún otro poeta griego, trágicos incluidos, la condición doliente de la existencia humana. Sus héroes, transidos de dolor, sufren la limitación de la humana condición sin esperanza, sin tener siquiera el desahogo de la rebeldía o de la desesperación que corre por el subsuelo del teatro euripideo. Ocurre, además, que el espectador no puede preguntarse por culpas y castigos, sino que, y a causa de que esos desdichados son generalmente inocentes, su sufrimiento les viene de la condición humana, nacida en el dolor. Esto, por una parte.

Pero, por otra parte, precisamente por ser un dolor tan absoluto, es el lugar humano donde sale a luz lo mejor y más verdadero del hombre: es de calidad que, al que lo padece, revela su verdadera verdad. El dolor sin salida, por su carácter inclusivo y total, porque no admite soluciones externas, posee la fuerza de revelar al hombre, levantándose éste desde lo más suyo hasta que llega a la conciencia de sí mismo por el dolor. Aquí palpamos la condición aneja al dolor, de crisol que separa la verdad de la apariencia, la pulpa del hollejo, la esencia desnuda, en cueros, de un carácter de su fisonomía ficticia. Este dolor hace que el héroe sea por primera vez lo que él es y que su puesto en el mundo se le revele como lo que realmente es. El dolor genera

sabiduría. Tal es la fuerza terrible del dolor, en una tragedia sofoclea cualquiera.

El héroe sufre un dolor sin salida y sin confortación, que tiene la virtud de revelarle su verdadera imagen, su yo más genuino, generalmente de un golpe y en un instante, *in ictu oculi.* Una vez que se le ha revelado la imagen, en la que él se reconoce, de acuerdo con ella decide irrevocablemente, sin dar su brazo a torcer, sin apearse de eso. Antes que dimitir de su ser, prefiere el desastre, mortal con frecuencia. No puede, no sabe, no quiere transigir; de donde se saca que la consecuencia de su intransigencia es su soledad, el aislamiento total [37]: esta idea de que el hombre sólo es en su verdad, sólo es en sí mismo, cuando es en su soledad, ha encontrado en la fisonomía del héroe sofocleo su perfil representativo. En su arisca insularidad, en medio de una humanidad circuidora que no le comprende, el héroe se siente solo, abandonado. Parece que, entre las otras que tiene, una de las misiones del Coro es hacer que el héroe se sienta solo: cuándo le trae su misericordia y su consuelo locuaz, pero, al condolerse, se alimenta de tópicos sociales que contrarían al héroe; cuándo le trae su desaprobación y le aconseja que cambie de opinión. De un sentimiento raíz de sentirse solo, incomprendido de las gentes, que exacerba su dolor, deriva en parte el autorreconocimiento del héroe y la voluntad de mantener su decisión a todo precio, contracorriente de los hombres. En medio de un mundo de lo razonable y de lo utilitario, el héroe es

[37] Cf. B. M. W. KNOX, *The Heroic Temper. Studies in Sophoclean Tragedy*, Berkeley-Los Angeles, 1964, págs. 10-25 (ésta es la tirada que tengo a la vista, pero hay otra de 1966), y H. DILLER, «Ueber das Selbstbewusstsein der sophokleischen Personen», *Wiener Stud.* LXIX (1956), 70-85 (recogido en *Kleine Schriften zur antiken Literatur*, Munich, 1971, págs. 272-285).

el gran incomprendido, el inconvencible, el que no atiende lo que le dicen, para los mediocres el hombre sin mesura; en realidad, el que no oye ni ve más que aquello que le sale del corazón: un deber ser así y un no poder ser de otro modo. Ayante tiene un solo pensamiento, el recobro de su honra perdida. Antígona, el derecho del muerto a sepultura. Edipo, la persecución de la verdad que, revelada, purificará a Tebas. Electra, la venganza de la muerte paterna, para que la casa se purifique... Por esa vía caen en graves malaventuras: dolor aún más intenso, muerte.

Pero sería ligereza insigne interpretar que la soledad del héroe le nace de sentirse abandonado de los humanos, sin alma amiga, cuando la verdad es que esa última soledad simplemente se sobreañade y exacerba la más radical soledad que le nace a la existencia humana de su excentricidad con respecto a lo divino. Lo imperecedero y sempiterno de la Divinidad —que, con esta pureza, ni Esquilo ni Eurípides han reconocido— constituye, en cualquier tragedia de Sófocles, el fondo sobre el cual se destaca lo flaco y fallecedero humano, su caducidad y efimerismo a merced del tiempo y la fragilidad de su dicha y su grandeza. Ahora bien, la voluntad del dios, que ejerce su dominio premioso sobre el hombre, es una fuerza extraña a éste, hostil. Su hostilidad no proviene de avieso natural, sino que el dios es hostil al hombre, en cuanto incognoscible para éste o cognoscible solamente al precio y al término de una experiencia dolorosa, que coincide con la acción trágica en su conjunto. Así el problema de lo trágico se hace, en Sófocles, problema de conocimiento o, mejor digo, de ignorancia, esto es, no de ausencia de conocimiento, sino de un *conocimiento ilusorio*, de apariencia que entra en tensión con la verdad. El sentimiento trágico de la existencia (que, en otros trágicos, efunde de

otros contrastes: vitalidad y razón, naturaleza y cultura, etc.) surge, en Sófocles, de la conciencia de la limitación del conocimiento humano[38]. Precisado en estos términos el contraste divino-humano, en cuanto dilema trágico, se convierte en el ángulo insustituible, desde el cual debe leerse la tragedia sofoclea, no sólo en casos evidentes, como *Edipo Rey* o el «discurso engañoso» de *Ayante,* sino en todos los casos. Lo trágico de su existencia le viene a la simiente humana más por defecto de cabeza que por vicio de corazón.

Claro que, al procurar el héroe sofocleo por que la justicia y la verdad no solamente valgan y sean reconocidas, sino, en cierta manera, por hacerlas *originarse,* nacer de nuevo en este mundo, está y se pone, en cuanto hombre, en consonancia con lo divino y es, en la voluntad del poeta, un hombre «como debe ser» el hombre. Sólo que tal consonancia no es la tranquila del sabio que se recoge a sus solas y se abisma en soledad, sino que es dolor indecible, soledad total, muerte. En cualquier caso, el sucedido trágico centrado en el dolor del héroe es acreditación de lo divino, todavía documento literario del «misterio» del hombre.

Me importa añadir, muy por lo sumario, dos notas complementarias. La primera se refiere a cierta compensación, esperable en un teatro que pinta tan a lo vivo la soledad del hombre vista desde su relación con lo divino. El contrapeso lo constituye el descubrimiento de finos valores de humanidad en la relación interindividual. A un nivel distinto de la proceridad escotera, insolidarizable, del héroe solitario hay, en el

[38] Tema que ha rendido, en su labranza, frutos exquisitos en el estudio de H. Diller, «Göttliches und menschliches Wissen bei Sophokles»: coleccionado está este trabajo en el vol. col. *Gottheit und Mensch in der Tragödie des Sophokles,* Darmstadt, 1963, págs. 1-28, y en *Kleine Schriften zur antiken Literatur,* páginas 255-271.

teatro de Sófocles, algunas figuras nobles (Ulises en *Ayante*, Neoptólemo en *Filoctetes*, Teseo en *Edipo en Colono*...) que descubren su humanidad a la luz de su finitud y de su reconocimiento en la desdicha de los otros [39], con quienes fraternizan, comunican y se socializan.

En segundo lugar, debo salir al paso de una objeción previsible. En efecto, pudiera argüirse que, cuando se hace pivote fundamental del pensamiento sofocleo la contraposición: apariencia del mundo humano frente a realidad del mundo divino, estamos olvidando que esa contraposición puede traducir la modalidad misma de la escena dramática, admirablemente explotada por ministerio artístico del dramaturgo, y saltándonos los límites entre realidad y arte, en deplorable confusión. El hasta dónde llega el efecto teatral y hasta dónde el pensamiento íntimo del hombre Sófocles, es cuestión sobre la que no puedo hacer juicio seguro. Pero yo me pregunto si la frontera entre arte y realidad es tajante, cuando el arte consiste en la teatralización de la tragedia del hombre, y la realidad es el gran teatro de la existencia. Nos sentimos solicitados a objetivar la experiencia literaria del artista en experiencia humana suya y a pensar que el arte devuelve a la vida lo que la vida le dio. Si el lector de este teatro considera igualmente auténticas y esenciales, para su propio uso, las fuerzas que se expresan en el mismo, vehiculadas por la palabra trágica y por el gesto escénico, y tiene estos dramas por texto sagrado (Hölderlin, W. F. Otto), ésa es cuestión personal suya.

Lo que me queda por decir, en este capítulo, se ha dicho muchas veces. No buscamos originalidad. Porque Sófocles es el trágico del dolor absoluto, es también

---

[39] Cf. A. Lesky, «Sophokles und das Humane», recogido en *Gesammelte Schriften*, Berna-Stuttgart, 1966, págs. 190-203.

titularmente el trágico del hombre, que ha esculpido al hombre «como debe ser». La correspondencia entre el arte temporal, la tragedia, y el arte espacial, la escultura, es obligada y justa. El dolor limpia al hombre de todo lo accesorio y lo reduce y aprieta a su figura verdadera. El dolor ha delineado, en la escena sofoclea, unas figuras de exacta cuadratura, siempre admirables para vistas. Dotados de magnífica arquitectura son personajes imposibles de olvidar, se hincan para siempre en la memoria. La tragedia sofoclea es bello arte plástico y la más verdadera escultura de hombres. El trágico verdaderamente *lapidario*, escultor de figuras de hombres como deben ser, ni semidioses ni demasiado humanos, nos significa también en este respecto, sobre todo en este respecto, un ejemplo de arte clásico por excelencia, de tragedia clásica *ne varietur*[40].

La obra y su cronología

La tradición atribuye a Sófocles unas 123 piezas, entre tragedias y dramas satíricos, caso portentoso de fecundidad, aunque sean, en número, diez veces menos que las comedias de Lope. De todo ese latifundio dramático el tiempo, que cura o mata, hizo su tría y ya, al menos, en el siglo IV d. C. se había hecho una selección con las siete tragedias que conservamos íntegras. A lo mucho que se puede encontrar en la tradición indirecta (en citas, obras eclógicas, traducciones latinas), los papiros han añadido nuevos fragmentos[41], algunos tan

[40] Cf. A. Lesky, «Wesenszüge der griechischen Klassik», en *Gesammelte Schriften*, págs. 443-460.

[41] Cf. R. Carden-W. S. Barrett, *The Papyrus Fragments of Sophocles*, Berlín, 1974 (esta colectánea no comprende los fragmentos de *Los sabuesos* ni los que corresponden a las siete tragedias completas). La edición general de fragmentos sofocleos

superlativamente interesantes como los oxirrinquitas, publicados en 1912 y 1927, con extensas porciones de *Los sabuesos* o los tebtunitas (restos de 78 versos en un cartonaje que envolvía una momia) y oxirrinquitas con restos de otro drama satírico *Ínaco*, editados en 1933 y 1956, respectivamente. Por regla general, empero, son frases truncadas, menuzas inzurcibles, trizas desglosadas de contexto; aunque su aparición tiene siempre la emoción que acompaña a todo salvamento. La mayor parte de los fragmentos no papirológicos son también briznas miserables en extensión. El todo constituye como un conjunto madrepórico o montón de trozos dispersos, resultado de una explosión caótica. El filólogo se acerca a estos fragmentos con ánimo de salvación, para reintegrarlos al conjunto de que, en su día, formaban parte. Procura reducir el número de los *incertae sedis*, intenta someter el desorden a forma. La restitución y recobro de las grandes líneas del argumento, a partir de los fragmentos, como trocitos de un espejo, de un espejo de cuerpo entero que el tiempo ha roto en pedazos y los más se han perdido, es una tarea filológica emocionante. Se deducen corolarios generales de gran interés: los fragmentos de dramas satíricos enriquecen nuestra imagen de Sófocles y la de un género conocido antaño sólo por *El Cíclope* euripideo; la reconstrucción de la *Telefía* nos lleva a un Sófocles que todavía componía trilogías; más de un cuarenta por ciento de los temas sofocleos (doblando la cifra correspondiente a Esquilo y Eurípides) viene del Ciclo troyano, y se confirma el aserto de Cameleonte (Ateneo, VI 277 *e*) de que Sófocles se abastece de la cantera homé-

---

ya no sigue siendo la de A. C. PEARSON (Cambridge, 1917, 3 vols.; el texto original con la versión suplementaria va acompañado de una orla de comentarios); consúltese ahora ST. RADT, *Sophokles*, en *Tragicorum Graecorum Fragmenta IV*, Gotinga, 1977.

rica... Por lo demás, Sófocles, aun fragmentariamente, es admirable muchas veces y, alguna, nos es dable sacar de esas escombreras preciosas partículas de lirismo; aparte de que la particular expresividad de lo fragmentario añade maravilla a la maravilla... Pero toda esa problemática más pertenece a monografías especializadas que a estas sencillas páginas de introducción muy general. Aquí queremos reducirnos a los grandes problemas que plantean las siete tragedias completas conservadas.

El primero de esos problemas es la cronología. Sabemos que *Edipo en Colono,* tragedia ultimogénita de Sófocles, se representó en el 401, muerto ya el poeta, y que *Filoctetes* fue representada en el año 409. La ignorancia de la cronología de las piezas restantes plantea un pleito filológico importante a la hora de juzgar estos dramas que, como cualquier obra de arte, tienen dos significaciones, una por lo que en sí representan y otra por lo que representan en relación con las demás del mismo autor, un valor intrínseco e individual y otro valor, el que representan en la serie de obras que demuestran una evolución. La filología sofoclea se ha empleado en seriar cronológicamente estos dramas con los métodos que, en casos tales, le son habituales y que, como todas las cosas de este mundo, tienen su más y su menos. El procedimiento que, a mi ver, tiene menos que dar y que no consigue mi adhesión es el que contempla en las tragedias de Sófocles respuestas concretas a hechos precisos de política interna ateniense o de política exterior, amistades y enemistades con otras ciudades y cosas por el estilo [42], como si Sófocles fuera de

[42] Este punto de vista rige la obra entera de G. RONNET, *Sophocle poète tragique,* París, 1969, en una monotonía que la empobrece sobremanera.

la clase de poetas de lance y políticos que se nutren de pequeñas anécdotas para reverterlas convertidas en materia teatral o como si la tragedia sofoclea fuera una especie de novela en clave: que si *Electra* es un alegato en favor de la política de Terámenes, que si el rey Edipo es Pericles y Filoctetes es Alcibíades, que si en *Ayante* el protagonista simboliza a Salamina y Ulises y la diosa a Atenas, que si el estásimo primero de *Antígona* (vv. 332-375) celebra la fundación de Turios en el 443, etc. Por lo demás, estos eruditos, a quien detesto, aficionados al drama en clave, practican un método tan dúctil que la cronología de una misma pieza lo mismo se acomoda a un acaecimiento que a otro. Nos fijaremos, pues, en otro tipo de argumentos.

La fecha de *Electra* ha sido muy discutida, sobre todo en su relación con la pieza homónima de Eurípides, cuya data también se discute: algunos, por razones métricas, la sitúan hacia el 418; otros, en el 413; en todo caso, cree hoy la opinión más común que la de Sófocles es algo anterior, de hacia el 420 lo más pronto; lo más importante es que, como lo patentiza el tratamiento de la intriga, el movimiento escénico y otros rasgos, forma grupo con *Filoctetes* y *Edipo en Colono*. *Ayante* debe de ser de *ca.* 447 y, aunque algunos filólogos (los Wilamowitz padre e hijo, Perrotta, Mazon) han considerado algo anterior *Antígona,* hoy se piensa generalmente que esta última es unos años posterior y se da crédito a la «hipótesis» primera, que invita a fechar su estreno en el 442; el debate final en *Ayante* sobre la sepultura del héroe parece que prefigura el conflicto central de *Antígona.* Como, en el año 425, *Los acarneos* de Aristófanes (v. 267 paródico del v. 629 de la tragedia sofoclea) la presuponen, éste es el *terminus ante quem* y si la peste de Atenas, del año 431, está implícita en la misma (véase el párodo), éste sería el

terminus post quem de *Edipo Rey*, fechable en los inicios del octavo decenio del siglo (*ca.* 429).

Las Traquinias completa la nómina y presenta el problema más grave. Para unos (Dain-Mazon, Zielinski, Ronnet, que la data *ca.* 464-62), es la pieza más antigua de las conservadas. Para otros (Schmid, Kranz), se sitúa entre *Edipo Rey* y *Electra.* Schiassi llega a datarla *ca.* 410. Son opiniones extremosas. Los más de los eruditos actuales la sitúan antes de *Edipo Rey* (así Lesky) y todavía más, antes de *Antígona* (Reinhardt). No digamos nada definitivo: el problema se alza todavía. Muchas razones abonan por una datación antigua, anterior desde luego a *Edipo Rey* y, tal creemos, algunas invitan a adelantar aún más la fecha y ponerla antes de *Antígona.* Estas razones, las de uno y otro grupo, si una a una consideradas, acaso pudiera pensarse que son apreciaciones subjetivas (eterna cuestión del «todavía no» o del «ya no»), producto de mucha imaginación interpretativa, y que cualquiera podría sostener una interpretación contraria. Pero esa impresión de *isosthéneia tõn lógōn* no resiste la fuerza de convicción que de todas las pruebas, en su conjunto, se deduce: la fusión entre la saga y el fatalismo no es perfecta, como lo es en *Edipo Rey; Las Traquinias* es una «tragedia de la ceguera», como *Edipo Rey,* pero, a diferencia de ésta, está ausente toda distinción entre culpa voluntaria e involuntaria; el descubrimiento del yo en *Edipo Rey* acontece en la intimidad de dos almas que se aproximan, en *Las Traquinias* se mantiene el carácter «monológico» primitivo; Heracles carece de la autorrevelación de Edipo; el signo precursor de la catástrofe no está enviado por el dios tan claramente como en *Edipo Rey* y *Antígona;* las oposiciones y contrastes son más complejos en *Antígona;* la ironía divina comienza, en esta última, a animar el juego escénico; en el contraste

entre lo fatal y lo racional interviene ya en *Antígona* la contraposición divino-humano... E. R. Schwinge ha dedicado, en 1962, a la cronología de *Las Traquinias* un libro importante [43], poniéndola detrás de *Ayante* y antes de *Antígona.* Su análisis se detiene en cuatro puntos: «diálogo triangular» propiamente dicho, ausente de *Ayante* y *Las Traquinias,* pero presente ya en *Antígona* y perfectamente manejado en *Edipo Rey* (Edipo, Creonte y Yocasta, Edipo, el pastor y el mensajero corintio); «forma díptica», que Webster [44] ha señalado como característica de las piezas anteriores a *Edipo Rey,* o sea, presencia de una cesura en la acción, producida por la muerte de un personaje, pero mientras que en *Ayante* y *Las Traquinias* el muerto (Ayante, Deyanira) deja paso a un nuevo «protagonista», en *Antígona* Creonte está presente en escena desde el comienzo; desarrollo de un diálogo más maduro que tiene eficacia sobre los interlocutores: mientras que, al final de *Ayante,* Menelao y Agamenón no cambian después de discutir con Teucro y Ulises, ni en *Las Traquinias* Hilo ante su padre, que vence pero no convence al hijo que obedece, ya en *Antígona* el resultado, por ejemplo, del diálogo Creonte-Tiresias es que, de amigos que eran, pasan a ser enemigos; finalmente, aprécianse ciertos distingos en la utilización de los oráculos y avisos del más allá: en *Ayante* y *Las Traquinias* tropezamos (como tantas veces en Heródoto) con vaticinios oscuros, cuyo sentido solamente se desentraña una vez que la profecía se ha cumplido, cosa totalmente adversa a lo que acontece en *Edipo Rey,* que el oráculo no es algo *a posteriori* de la acción dramática, sino algo que condicio-

---

[43] *Die Stellung der «Trachinierinnen» im Werk des Sophokles,* Gotinga, 1962.

[44] *Op. cit.,* págs. 102-103, y J. A. Waldock, *Sophocles the Dramatist,* Cambridge, 1951 (repr. 1966), págs. 50-61.

na el drama mismo. Y ya que nos hemos demorado en este problema cronológico, añadiremos una última observación: autores (como Lesky y Paduano) que ponen *Las Traquinias* después de *Antígona,* porque, como se dijo, esta última pieza se data comúnmente en el 442 y porque entienden que hay en *Las Traquinias* una escena, la despedida de Deyanira (vv. 920 ss.), que se inspira en otra análoga de *Alcestis* de Eurípides (del año 438), los «adioses» de Alcestis (vv. 175 ss.) no aciertan, creo, a persuadirnos de que ése, y no el contrario, es el *versus* de la relación [45].

Evolución

«En efecto, así como Sófocles decía que estando jugada por él hasta su término la solemnidad de Esquilo y luego lo amargo y artificioso de su propia invención, en tercer lugar cambiaba ya a la forma del estilo, que es precisamente la más propia del carácter y la mejor, así también los que filosofan, cuando desde lo propio de las solemnidades y lo artificial descienden al discurso que toca al carácter y la pasión, empiezan a progresar el progreso verdadero y sin orgullo.» Esto es Plutarco, en el capítulo séptimo del tratado moral dirigido a Sosio Senecio y que, en traslado latino, se titula *De profectibus in uirtute (Mor.* 79 *b*). Es un testimonio, impar entre los autores clásicos, que nos da proporción de conocer lo que el propio Sófocles pensaba de la evolución de su estilo. El texto griego ofrece algunas

[45] No me convencen los argumentos métricos de H. Pohlsander, «Lyrical meters and chronology in Sophocles», *Amer. Journ. Phil.* LXXXIV (1963), 280-286, para poner *Las Traquinias* detrás de *Antígona.*

dificultades de interpretación[46], cuya solución va implícita en la traducción literal que ofrecemos. Esta declaración preciosa (palabras de confidencia y de tanto encanto) nos muestra a Sófocles convirtiendo la mirada hacia atrás, haciendo examen de conciencia y comparando al Sófocles que fue con el que ahora es. En el arranque, un escritor muy influido por el estilo de Esquilo, por su *ónkos,* que no ha de declararse por solemne bambolla, sino por grandeza orgullosa en palabras que desplazan gran volumen fonético y también en la inventiva. En los comedios, reconociendo en su estilo un no sé qué de áspero y teatralesco. En la meta, el punto de madurez de un estilo «más ético», que efunde directamente del ser íntimo del hombre (ético en el sentido, verbigracia, con que Aristóteles así designa los discursos del Ulises de la *Odisea).*

Así dijo de sí mismo el propio Sófocles un día en que se supo conocer y distinguió tres etapas en su poesía. En su primera etapa seguía la manera de Esquilo en el vocabulario, en el relato, en lo escénico: en los miserables fragmentos restantes de *Triptólemo* y de *Támiris* son, en efecto, muy pronunciadas las reminiscencias léxicas esquileas y la relación influenciadora de Esquilo se aprecia también en el relato, en la «relación geográfica» donde hay tierras y mares para todos los gustos. Lo «amargo» de la segunda etapa (en el sentido en que amargo, opuesto a dulce, se aplica a cosas literarias) y lo artificioso de ella debe de referirse, en lo escénico, a ciertos golpes de efecto para estremecer al espectador (la muerte en escena de algún hijo de Níobe o, en *Tereo,* las metamorfosis en pájaros de Tereo y

---

46 Cf. C. M. Bowra, «Sophocles on his own development», *Amer. Journ. Phil.* LXI (1940), 385-401, recogido en *Problems of Greek Poetry,* Oxford, 1953, págs. 108-125, y, en versión alemana, en el vol. col. (ed. H. Diller) *Sophokles,* págs. 126-146.

Procne, el suicidio de Ayante solitario); en el vocabulario, a la inflación de adjetivos privativos, compuestos verbales con ciertos dobles preverbios, mucho nombre abstracto[47], adverbios no adjetivales con sufijo poco corriente, formaciones anómalas para acomodarlas al verso; a una imaginería excesiva (todavía en *Antígona* contamos más del doble de metáforas que en *Electra* y *Edipo en Colono* y casi el triple que en *Filoctetes);* a cierta dureza en la construcción del periodo; a cierta rigidez en la argumentación «circular», en la forma se entiende; exceso de amplificaciones; a un manejo, menos flexible y personal, del verso del diálogo... Este resabio de sequedad y artificio se va corrigiendo por efecto de un cambio natural (*metabállein* dice el texto plutarquiano, que no hay que enmendar en *metalabeîn*) y, por último, viene lo que Sófocles considera su mejor estilo propio, por compulsa con lo anterior. El poeta se ve en su maestría y modo, seguro ya en el rumbo de su producción: un nuevo drama que lleva consigo cierta eficacia «ética».

¿De dónde ha tomado Plutarco este testimonio? De la respuesta que demos a esa pregunta depende la casación de muchas discusiones sobre la manera de computar en años cada etapa y de establecer las correspondientes divisorias. Algunos sabios (Schadewaldt, Earp) opinan que, dentro de la obra sofoclea conservada, *Ayante* es muestra de la primera etapa, hasta los cincuenta años del poeta; *Antígona, Las Traquinias* y *Edipo Rey,* muestras de la segunda etapa, entre los cincuenta y cinco y sesenta y tantos años de Sófocles; y reservan la tercera etapa para *Electra ca.* 413, *Filoctetes* del 409 y *Edipo en Colono ca.* 406. Ahora bien, si el testimonio en cuestión procede, como puede supo-

[47] Cf. A. A. LONG, *Language and Thought in Sophocles (A study of abstract nouns and poetic technique),* Londres, 1968.

nerse, de Ión de Quíos (fuente segura de Plutarco en otras ocasiones; el vocabulario del texto, en su acepción técnica y literaria, es perfectamente datable a fines del siglo V), fallaría tal vez el cómputo anterior. En efecto, la amistad de Ión con Sófocles, como quedó dicho páginas más arriba, arranca de hacia el 441, recién estrenada *Antígona.* Sófocles hace su confidencia, instalado ya en la tercera manera, en el estar haciendo después de haber hecho (cf. *ḗdē* y *diapepaichṓs,* porque la primera y segunda etapas son ya conclusas); luego, por una parte, el nuevo estilo podría estar ya de cuerpo entero en *Antígona* (aunque si la confidencia data de años más tarde, verbigracia del 428, estando Ión en Atenas con ocasión de participar en un concurso trágico, la tercera etapa deberíamos iniciarla con *Edipo Rey*[48]). Por otra parte, Ión de Quíos ha muerto en el 421: por varias razones, pero ante todo por esa bien sencilla, cuando Sófocles le hacía esa confidencia, no estaba dicha aún la última palabra de su poesía. (Creo recordar que también ha hablado de los tres estadios o periodos de su obra poética Nietzsche... a los catorce años.) El poeta (salvo que lo supongamos encaramado al trípode de las predicciones, adelantando porvenires) no podía saber si, más tarde, su estilo tomaría nuevo giro, ni si su obra, después de la otoñada fecunda, inauguraría otra nueva etapa en el invierno fructuoso: como así fue, en efecto. En resumen: es probable que la primera de las tres etapas que Sófocles —ingenio viril en lo maduro de su edad— ha distinguido en su propia obra abarque una fase anterior a la producción conservada, desde *Triptólemo,* su primer estreno en el 468, cuando el poeta reunía ya veintiocho años; que la única representación conservada de su segunda etapa sea *Ayante,* de hacia el 447; y que *Las Traquinias, Antígona* y *Edipo*

---

48 Así T. B. L. Webster, *op. cit.,* pág. 193.

Rey sean documento de la tercera etapa. Luego vendría un cuarto Sófocles, junto a los tres que él mismo ha considerado al hacer historia de su carrera desde un Sófocles, que no es Sófocles pero que presupone a Sófocles, hasta un Sófocles que se siente dueño de su arte y su camino propio. El cuarto Sófocles no otro, no, sino el mismo en perfección es el poeta octogenario de *Electra, Filoctetes* y *Edipo en Colono.*

Trepado a esa altura de años, Sófocles nos ofrece un caso portentoso de juventud, de capacidad de renovación y rejuvenecimiento. Hasta traspasar la barrera de los noventa años sigue echando hijos artísticos al mundo y, en lugar de sufrir la natural decadencia de todo lo criado, se embala en una nueva manera y remudación de estilo. Dante compara la vejez con una rosa muy abierta que da sus perfumes, los de la experiencia, a todos. Tal la de Sófocles. En la altitud de los años y del talento el poeta, que tuvo una salud fisiológica de hierro, seguía poseyendo inspiración lírica, poder plástico, don verbal sabiamente esgrimido. Pero, sobre todo, Sófocles, que se ha envejecido en el cultivo del arte, nos asombra y pasma (como es fama que pasmó a los jueces) por su energía espiritual. La evolución que nos lleva al último Sófocles concierne, desde luego, a aspectos importantes de la lengua y de la escena (a algo de esto aludimos más arriba); pero, sobre todo, a su visión de la vida y su conducta, a la manera de entender la actitud del héroe trágico frente a sí mismo y frente a la deidad y al carácter mismo de las situaciones trágicas.

También de esto último hablábamos antes. Pero ahora ya se nos hace forzosa la referencia al *Sófocles* de Karl Reinhardt [49], que tanto ha sensibilizado, en esa

---

[49] *Sophokles,* Francfort, 1933 (1941^2, 1947^3, 1976^4). Hay traducción francesa: *Sophocle,* París, 1971, que las Ediciones de

dirección al sofocleísmo del actual presente. Este libro, por los blancos que elige y por el tino de sus disparos, el mejor libro de Reinhardt (que tan buenos ha escrito), debiera ser la compañía inseparable de todos los lectores cultos que se acercan a Sófocles. Ya empieza a serlo, aunque todavía algún sofocleísta (de los seminoticiados) acredita su rara insensibilidad al desconocerlo.

La verdad es que la fama internacional de Reinhardt († 1958) ha sido una fama póstuma. Su propia concepción del método filológico, como algo intransmisible, le condenó en vida al aislamiento. Hay otras razones. Su formación intelectual avanzó siempre en contacto directo con la filosofía. Su estilo expositivo, con haber aprovechado el saber menudo que un largo asedio filológico ha almacenado, prescinde del lastre de la erudición allegadiza y, como la mucha ciencia no estorba para la bella marcha del texto, tiene la calidad de verdadera creación poética. Estas calidades no le predisponían para ser bien acogido ni comprendido por cierta filología al uso. Pero una buena formación filosófica, siempre que no lleve a interpretar lo antiguo a partir del presente y siempre que no sustituya por grandes construcciones apriorísticas lo que nunca debe dejar de ser exégesis «de lo particular y de lo singular», puede y debe ser bien recibida por la filología sofoclea, y en efecto, para bien y no para mal de la misma, ha forjado una nueva imagen del teatro sofocleo. Es ella el resultado de una lectura enteramente «autónoma» de Sófocles: el autor y el intérprete *(in angello cum libello)* cara a cara, otra novedad, ¡quién lo diría!, sin interposición de la erudición ajena, porque la crítica no puede sustituir, tampoco para el filólogo, el contacto directo entre la obra y el lector. Se lee al poeta con

---

Medianoche, de selecto gusto, han querido para sus catálogos. Trad. inglesa: Oxford, Blackwell, 1979.

profundo respeto por la organicidad del texto (sin mutilarlo) y a la búsqueda del sistema inherente del organismo literario, que surge de las relaciones fundamentales entre las fuerzas que lo determinan: el héroe, lo divino, los demás hombres. Por otra parte, también la hermenéutica, más cuando es de poesía, necesita su ángel: aquí el crítico literario no se avergüenza de su estilo, un estilo poético que no facilita la lectura, pero la hace más remunerativa. En fin, hoy ya se tiene para Reinhardt un movimiento de merecida reflexión; pero aún merece más fama de la mucha que ya tiene. Me refiero al juicio de la filología profesional (en el que Reinhardt es recientemente famoso), pues, desde otros campos, la obra de Reinhardt hace tiempo que había sido apreciada como merece: Heidegger consideraba «grandiosa» su interpretación de *Edipo Rey* y Gadamer (un filósofo tan atento a los problemas de la hermenéutica) diputa al *Sófocles* como el libro que más se acerca al modelo ideal de ensayo literario.

La técnica del análisis reinhardtiano consiste en un examen comparativo de los módulos escénicos y lingüísticos que, en la obra sofoclea conservada, definen una situación humana sustancialmente unitaria, pero que se configura variablemente a través, entre otras cosas, de la diversa relación entre sus términos dialécticos fundamentales. El hombre sofocleo se constituye según las incidencias de dos coordenadas, se coloca en el centro de dos ejes definidores de su existencia: el eje vertical de su relación con lo divino y el horizontal de su relación con los demás hombres. El primero determina el sucedido trágico; el segundo, la reacción humana ante el mismo. El primero es constante, y el segundo, variable y subordinado al primero. Páginas más arriba hemos perfilado nosotros el marco general de esta situación trágica. Destacamos ahora solamente lo

que Reinhardt añade tocante a la evolución cronológica en el tratamiento sofocleo de la misma.

La evolución en el teatro de Sófocles y los problemas conexos de cronología los ha visto Reinhardt como evolución de la «forma interior», que él considera sobre todo al nivel del pensamiento, viendo en el estilo algo así como una *forma mentis* (lo cual poco tiene que ver con lo que hoy se llama «morfología literaria»). Persiguiendo la «cronología de la forma interior» se descubre también una evolución formal en la carrera dramática de Sófocles. Dos tipos de drama se contraponen. Hay una «primera manera», representada por *Ayante* y *Las Traquinias,* en la cual el centro de la acción dramática es el yo estanco y la escena adopta la, mejor o peor llamada, forma estática o estacionaria. Es una forma «monológica», no en el sentido técnico-escénico ni en lo que este vocablo tiene de equivalente fronterizo con soliloquio: apunta a una forma de poesía que tiende a la autorrepresentación del yo, a un proceso de excavación en la personalidad individual, basada en datos que se refieren a la esfera subjetiva, dentro de los límites del autismo. El hombre «monológicamente» *desde su* destino habla *al* «démon», por el cual está limitado y encerrado. Por «démon» se entiende el destino doloroso del hombre como conjunción de la fuerza sobrenatural que lo decide y de su recepción humana que, absorbiéndolo, lo transforma en módulos de la existencia trágica, ilustrativos de la libertad de sufrir, de advertir una discrepancia radical entre uno mismo y las fuerzas que realmente actúan en el mundo. En la manera tardía, desde *Electra* a *Edipo en Colono* pasando por *Filoctetes,* el centro es el tú o la penetración del yo en otro yo, un juego dinámico, juego mutuo de los hombres que realmente dialogan (diálogo es la organización de la existencia que se funda en posibles

contactos entre los hombres y en el influjo mutuo entre los mismos) y participan uno con otro en su acción, voluntad y dolor; entre tanto, lo divino se ausenta de la escena, el poeta lo extraña a un círculo más exterior al acontecer dramático, desde el cual contempla cómo los hombres, abandonados a sí mismos, se debaten en estériles esfuerzos. Cesante el dios, en apariencia, los hombres tienen licencia para, con optimismo de ilusos, arbitrar planes inteligentes: el hombre que, ande por donde ande, sólo nuevos dolores se acarrea. Pero, finalmente *(Edipo en Colono)*, la deidad se acerca de nuevo al hombre en una vecindad que supone un clima completamente nuevo en el teatro sofocleo, o bien *(Filoctetes)* interviene enseñando y reconciliando. Entremedias de ambas maneras, los dramas de la madurez *Antígona* y *Edipo Rey:* en la escena, el «démon» ausente-presente y el hombre obrando, sufriendo, errando en libertad, en disociación con los demás hombres, pero de acuerdo con el dios.

En una palabra, el cambio de estilo y de procedimientos viene de un cambio en la visión de la realidad humana, de una nueva visión de la situación existencial del hombre. Adquirimos así un sentido más exacto de las conquistas progresivas del poeta. En el plano de la visión trágica de la existencia, desde el aislamiento del hombre en *Ayante* y *Las Traquinias,* que es pura experiencia de la realidad de la vida, a un aislamiento humano que es centro y núcleo del que irradia la fuerza que da forma y sentido a la tragedia. En *Electra,* Apolo y Orestes, el que impone la intriga y el que la ejecuta, son un mundo extraño para Electra, entre ese mundo y el suyo propio hay una verdadera cesura: el individuo, que se identifica con su «démon», puede afirmarse en su aislamiento. La conclusión del trabajo artístico, verdaderamente constructivo, del poeta la representa

Edipo en Colono, donde todas las conquistas precedentes intentan realizar, en el arte y en el mundo, el traspaso del hombre al «démon». Aquí radica el salto con que este drama se separa, o aventaja, a sus hermanos anteriores.

Al fulgor de esta profunda intuición reinhardtiana se nos alumbra una visión nueva de muchos problemas perennes de la tragedia sofoclea: problemas de función dramática, como el exacto valor de los oráculos en *Las Traquinias* y *Edipo Rey;* composicionales, como la relación entre la primera y segunda parte de *Ayante,* a la luz de la exégesis del *lógos eschēmatisménos,* sacándolo de algunas confusiones que la crítica ha venido enredando en torno suyo (mira, lector, lo que escribimos más adelante), o la unidad composicional de *Las Traquinias;* problemas técnicos, como la valoración e importancia del tercer actor; un planteamiento profundo de los problemas cronológicos, en particular el de la fecha relativa de *Las Traquinias,* que debe seriarse, conforme más arriba alegamos, delante de *Antígona...* Casi siempre y en casi todo nos convencen estas ideas menores de Reinhardt; pero, dado el carácter muy general de estas páginas nuestras, más nos importa señalar algunas consecuencias de significación más amplia. En lo formal, nace una nueva concepción de la acción dramática y de sus diferentes momentos: los episodios no representan ya situaciones estáticas (en fin, así pueden llamarse, sin poner gran empeño en la exactitud del epíteto) en sucesión rígida, sino que advienen lugar propio de peripecias y cambios que informan la escena; el *pathos* arcaico, en el que el dolor se esteriliza, se hace dramático en la medida en que viene convivido por diferentes individuos; el nivel narrativo, a base de «relatos de mensajero» [50] sobre todo, se anima con una

[50] Cf. J. KELLER, *Struktur und dramatische Funktion des Bo-*

tensión interna que lo sustrae a paralelos fáciles con la novelística y va tendiendo a ahondar y a barrenar en la autenticidad de la condición humana; los coros, que tenían un solo tono desde el principio al fin, se animan con un movimiento interior más rico, hasta formar «pequeños dramas», con peripecia y final propios...

Podemos nosotros, a nuestro libérrimo arbitrio, preferir la una o la otra manera en el teatro de Sófocles, gustar más de *Edipo Rey* como dechado de la tragedia griega, la primera tragedia sofoclea en jerarquía, o ver en *Edipo en Colono* el mejor momento del poeta. Pero la existencia misma de una «última manera» en la tragedia sofoclea (*Electra, Filoctetes, Edipo en Colono*), dándonos a gustar un Sófocles distinto al de antes, está fuera de duda.

La cesura decisiva, y volvemos con esto al terreno biográfico, se sitúa en el tiempo que siguió a la muerte de Pericles y gran peste de Atenas, a comienzos de los años veinte. Fue entonces cuando Sófocles vio que «lo divino trasponía» (*Edipo Rey* 910: *érrei dè tà theia*), es decir, que, entre otras cosas, se ponía en tela de juicio lo que era, sin duda, la razón de ser del poeta trágico, la que legitimaba su oficio (*Edipo Rey* 896: *tí deî me choreúein*). Su respuesta no fue sentirse inseguro con respecto a lo divino, como le ocurrió a Eurípides; pero parece como si entonces el poeta, como los dioses se alejaran del hombre a una distancia homérica, hubiera querido refugiarse en lo «humano» del carácter noble (*gennaîon ēthos*), que con tanta maestría diseñó en *Electra* y *Filoctetes*. Pero, al final de sus días, de nuevo el poeta nos pone delante de los ojos la misteriosa verdad que hay en el esfuerzo humano que, en el dolor, tiende como un imán a lo divino y éste, finalmente, res-

---

tenberichtes bei Aischylos und Sophokles, tesis doct., Tubinga, 1959 (mee.).

ponde a la llamada con una vecindad, que no se ve en sus obras del inmediato antaño, pero sí en *Edipo en Colono*, hija de su vejez.

«Ayante» *

La leyenda de la muerte de Ayante sube hasta *La Etiópide* y *La pequeña Ilíada*. Muerto Aquiles, aspiran a heredar sus armas el corajudo Ayante, que con tozudez indómita ha protegido el cadáver del Pelida hasta ponerlo a salvo en el campamento aqueo, y el astuto Ulises. A este último le dan su voto los griegos. No pudiendo sufrir Ayante el menoscabo de su honra lastimada, para vengar el agravio decide dar muerte a Ulises y a los Atridas, sus enemigos ostensibles y decididos. Pero es víctima de una amarga burla de Atenea, cuyo favorito es Ulises. La insania, que la diosa le produce, llévale a dar muerte, a prima noche, a un inocente rebaño de reses, tomándolas por sus enemigos. Revelada por la luz de madrugada la verdad del caso, Ayante se siente cubierto de ridículo. Para un guerrero, que piensa en puro homérico, la honra consiste en la vista pública y en lo que defuera parece. La vergüenza de lo que hizo, perdida la cabeza, en aquella noche medrosa, sólo puede lavarla el suicidio. Ayante abandona la vida por propio designio.

El drama tiene forma de díptico: dos terceras partes, que acaban con la muerte del Ayante, y el tercio final, con el regreso de su medio hermano Teucro (Teucro de Ayante, como Alvarfáñez del Cid, su «derecha mano») y la disputa, diálogo sacudido de violencias y de intransigencias, sobre la sepultura del héroe. La

* En español hay dos formas correctas de este nombre: Ayante y Ayax (que es la preferida por el traductor).

intención del poeta, ya en la primera parte, está mirando a la segunda, tan esencial como la primera, y determina la característica construcción del drama. No es un díptico con «carga inicial» en su primera parte no más esencial que la segunda: la reivindicación póstuma del suicida, guardador puntilloso de su honra, la salvación de su imagen heroica. Es, precisamente, Ulises quien cubre con sus discreciones las indiscreciones de los dos Atridas que, en su rencor, siguen dando grandes lanzadas a moro muerto. Este gesto muy señor de Ulises nos recuerda aquel momento de la *Ilíada*, cuando da su merecido al insolente Tersites, cuya plebeyez moral Homero ha doblado de otra física, pintándolo achaparrado, hombriangosto, anquiboyuno y piernicorto. La ejemplar magnanimidad de Ulises está preparada desde el prólogo, donde no falta en él un ingrediente de compasión y respeto hacia Ayante. Con calor suficiente consigue Ulises, en el desenlace de la pieza, la digna sepultura de Ayante, cuyo cadáver ha estado presente en la escena hasta el final: documento y aviso, ya en este drama, de humanidad muy sofoclea, que efunde de la conciencia en el hombre de su mortalidad. Este rasgo de humanidad, juntamente con la libertad del suicida al ejecutar su acto y con la dureza de la diosa, son los tres acentos resaltantes que ha puesto Sófocles al viejo tema. Composicionalmente el drama se revela como un organismo muy trabado [51].

La primera parte es, como en *Edipo en Colono*, el camino del héroe hacia su muerte. Al principio, la imagen del héroe enloquecido, en tiniebla mental, en círculo de fiebre y melancolía y, al punto, envuelto en una red de pensamientos, roto, deshecho. En el lamento lírico, la catástrofe predecible. Y los tres grandes dis-

[51] Cf. R. Gruetter, *Untersuchungen zur Struktur des sophokleischen Aias*, tesis doct., Kiel, 1971.

cursos. El primero es el de la toma de conciencia (vv. 430-480) y reconocimiento de que desde el punto en que hizo lo que hizo, no hay más salida que el suicidio. El tercero es el típico discurso de los «adioses» al mundo que Ayante ha amado (vv. 815-865). Entre ambos, el *lógos eschēmatisménos* (vv. 642-692), gesto de condición ambigua y asendereado lugar, que ha dado lugar a bastantes malas inteligencias. Texto oscuro, se dice. Sí, pero un texto oscuro puede serlo por mérito propio o por mérito del lector que no sabe ver claro o del comentador que le traspasa graciosamente al autor su propia oscuridad mental [52].

Varían los ingenios de los intérpretes en declarar el sentido de las palabras del héroe. ¿Miente Ayante, héroe homérico de la veracidad, en este discurso de engaño? La pintura literaria de los procesos de engaño tiene una larga tradición en la literatura griega [53]. ¿Dice la verdad, pero se engañan sus oyentes, porque Ayante habla de un suicidio glorioso, esto es, después de matar a los Atridas, y ellos refieren sus palabras al suicidio de Ayante, tal y como tiene que ser? ¿Es el discurso de un loco? ¿Dice Ayante su verdad de ese momento y es auténtico su cambio, pero el impulso determinante de las fuerzas divinas le llevan luego a retornar a su primera actitud? ¿Busca que le dejen camino libre para su acto y engaña, pero, al mismo tiempo, denuncia una concesión íntima de su alma a aquellos que bien le

[52] Bien lo comprendió W. SCHADEWALDT. El ilustradísimo profesor protagonizó, en este punto, una ejemplar palinodia, como se infiere del cotejo entre dos trabajos suyos: «Sophokles, *Aias* und *Antigone*», *Neue Wege zur Antike* VIII (Leipzig, 1929), 61-109, y «Das Drama der Antike in heutiger Sicht», *Universitas* VIII (1953), 591-599 (cf. pág. 595): este último trabajo, recogido en *Hellas und Hesperien*, I, 187-194.

[53] Cf. U. PARLAVANTZA-FRIEDRICH, *Täuschungsszenen in den Tragödien des Sophokles*, Berlín, 1969, s t., págs. 16-24.

quieren? ¿Es la lucha entre un Ayante irreductible y un «anti-Ayante» dispuesto a aceptar ciertos valores, con la victoria final del primero? ¿Es, en fin, explicable por simple conveniencia de técnica teatral, como retardación? (Esta última explicación, desde luego, no es suficiente.)

Pero la «mentira» se verá solamente una vez que se haya producido el salto desde la apariencia a la verdad. En realidad, las palabras del héroe reconocen la verdad de lo que el mundo es, elogian el orden de la existencia como ésta es. En el espectador provocan un conflicto de simpatía: la nobleza de Ayante le despierta una simpatía que no hay que decir; pero sin dejar de solidarizarse emocionalmente con el héroe y su elección, no puede evitar identificarse igualmente con el contenido ético de la ficción de Ayante, que se funda en máximas de *sōphrosýnē*, tan cálidas al corazón de los atenienses. Este conflicto refleja el contraste humano-divino que se produce en lo íntimo de Ayante, puesto en capilla para el encuentro supremo. Demasiado tarde, como siempre, alcanza el héroe el conocimiento de sí propio, del mundo y de la relación entre estas dos realidades. La armonía del Universo está gobernada por leyes superiores que se inspiran en un ceder y adaptarse. Pero esas leyes no tienen ya su lugar en el mundo de Ayante. Serían el lugar de Ayante en un mundo diferente al suyo. La lógica de su existencia hace de Ayante la única excepción a aquella harmonía: él debe irse de este mundo.

¡Cosa más curiosa! Esta tragedia comienza después de la catástrofe, consumado ya el acto de locura (como en la *Níobe* esquilea), se nos muestra un destino ya decidido, que el héroe debe sustanciar. Tiene también nuestro drama otra cosa, que es la presencia visible, en la escena inicial, de un dios que viene a señalar a la víctima de su ira. Procedimientos de los que el poeta

no tardará en prescindir se mezclan con el anuncio de otros característicos de la obra futura que se prepara: muy en particular, el arte de trazar una figura en el marco de una o dos situaciones que emergen resueltamente del plan general de la obra. Todo lo restante viene a ser reflexión, comentario, interpretación de ese núcleo central; pero todavía la interpretación no se eleva al nivel de una concepción fundamental, surgiendo del núcleo poético mismo, como en *Edipo Rey*.

«*Las Traquinias*»

Repútase por lo menos vivo y fuerte de la obra conservada. La sagacidad ajena, que se ha empleado en declararlos, nos ahorra pormenorizar los defectos, reales y supuestos, de esta pieza. En descargo de las inculpaciones circulantes sobre el drama señalaré que la refundición de Ezra Pound [54] se ha considerado henchida de sentido para nuestra moderna sensibilidad y que algunas representaciones recientes han demostrado que la actualidad de *Las Traquinias* es reivindicable. Como ya se dijo, es cuestión muy contenciosa la cronología, y no sabemos gran cosa de hasta qué grado Sófocles ha rebozado con peculiares ingredientes los antiguos materiales (*La toma de Ecalia* de Creófilo de Samos, Pisandro, el poema épico *Heraclea* de Paniasis): ignorancias que no dejan de influir en nuestra gustación de la obra, pues, por ejemplo, una datación muy baja lleva a algunos a ver en *Las Traquinias* una imitación de Eurípides, algo al gusto del drama psicológico; y la originalidad de Sófocles, una vez devueltos a sus due-

[54] *The Women of Trachis* (1954): cf. H. A. MASON, «The Women of Trachis», *Arion* II, 1 (1963), 59-81, y G. K. GALINSKY, *The Herakles Theme*, Oxford, 1972, págs. 240-244.

ños lo que de ellos tomó, depende, en buena parte, de la imaginación de los críticos.

La pieza tiene forma de díptico, articulado de tal guisa que Deyanira y Heracles son, respectivamente, centro de la acción dramática en la primera y segunda parte, esta última más breve. Ni Heracles es el protagonista ni tampoco una cantidad negativa, relativamente a Deyanira. Rasgo técnico curioso: no coinciden en escena y es probable que un mismo actor representara ambos papeles. Aunque, para la leyenda, el destino de Deyanira era un capítulo más del destino de Heracles, el drama sofocleo disocia ambos destinos o, para decirlo con Reinhardt, no nos muestra «un destino a dos», sino «dos destinos en uno»: no como el destino de Fedra e Hipólito o el de Romeo y Julieta, sino dos destinos que se presentan en una especie de inversión rítmica, así en su sucesión como en su sentido. Dos figuras encadenadas una a otra, pero a las que el destino impone una autonomía propia. Esta actitud fundamental condiciona la forma escénica.

Deyanira no pertenece a la terrible galería de mujeres euripideas, tipo Medea. Su alegría por la llegada inminente de Heracles cede al dolor de enterarse de que su esposo piensa casarse con Yola, la joven cautiva. Deyanira no se irrita con la muchacha, cuya belleza destroza su matrimonio y su vida. En este paso, se acuerda de la túnica del centauro Neso y de sus virtudes de encanto amoroso. Para reconducir a Heracles a su amor, le envía la camisa, untada con sangre de la hidra de Lerna, y, sin quererlo ni saberlo, le causa la muerte. Deyanira hace mutis y se suicida. No es un monstruo de maldad, disimulada con sigilos e hipocresías (así de bellacona la pinta Errandonea). Es una figura atractiva, dulce con la muerte como lo fue en vida con todo el mundo.

La inocencia del humano en la desgracia que le sobreviene: éste es el primer motivo de la pieza. El segundo motivo es el tránsito desde el error a la verdad (sueño profundo de Heracles, crisis de delirio, reconocimiento de sí mismo, todo ello en un episodio único). Puesto en las últimas y rodeado de su hijo y servidores que le asisten a bien morir, Heracles aprende (*ex eventu,* como en los oráculos de Heródoto) el verdadero sentido del antiguo vaticinio relativo a su muerte y reconoce que todo lo sucedido lo ha sido por ordenación del cielo («y nada de eso que no sea Zeus», es el acorde final de la tragedia, puesto en boca del corifeo). La divinización del héroe (que son para benditos los dolores que llevan a ella), de que hablaba la leyenda herculina, queda aquí fuera en el final, tan sordo como el comienzo, de este drama. A la dulce esposa y al hijo terrible del dios más poderoso el destino les asalta igualmente.

En suma, no sería justo concluir, con paradoja atractiva, que *Las Traquinias* es una de las peores tragedias de Sófocles y prueba, sin embargo, que Sófocles es un gran dramaturgo. No, no es el mejor de los dramas de Sófocles, pero sí de los excelentes [55].

«*Antígona*»

El evento trágico de esta pieza, predilecta de los públicos, se ha interpretado desde puntos de vista muy diferentes y, en ocasiones, harto anacrónicos [56]. Se ha hablado mucho de la interpretación hegeliana. Fascina-

---

55 Cf. G. W. DICKERSON, *The structure and interpretation of Sophocles' Trachiniae,* tesis doct., Princeton, 1972 (micr.).

56 Cf. E. EBERLEIN, «Ueber die verschiedenen Deutungen des tragischen Konflikts in der Tragödie *Antigone*», *Gymnasium* LXVIII (1961), 16-34.

do por esta tragedia, Hegel *(Estética,* II 2.1 y en otros lugares) la interpretaba, conforme a su modo de avistar el curso de la historia, como conflicto entre tesis (derecho del Estado, Creonte) y antítesis (derecho de la familia), superable en una síntesis que congruye los contrarios y compone inconveniencias. Un precursor del existencialismo contemporáneo, Kierkegaard (en el capítulo «Symparanekroúmenoi» de *O esto o aquello)* vio en Antígona la novia de la muerte que, con acezante impulso, por incompatibilidad con la vida que le rodea, busca abandonarla. Considerándolo desde este viso hay más de un rejuvenecimiento literario del tema, alguno recibido con mucho éxito en la escena francesa contemporánea. Desde un vértice de óptica diferente, de política de oportunidad, otros han visto en Antígona la rebelde revolucionaria que se alza contra un gobierno tiránico [57]. O bien se ha visto, en el drama, el conflicto entre dos formas de religión, la ortodoxia convencional y la libre, que los ortodoxos llaman herética: Blumenthal, por ejemplo, incorporaba en Antígona lo dionisíaco, irracional, instintivo, y en Creonte, la racionalidad político-religiosa. Todo esto, y más todavía, se ha visto en el tema sofocleo: la oposición dialéctica entre la juventud y el desprendimiento, de una parte, y, de otra, la ceguera de la edad, la estrechez del corazón [58]...

En alguna de esas interpretaciones puede haber, hay su dosis de verdad; pero presentada desde una óptica

---

[57] Cf. «La Antígona de Sófocles de Bertolt Brecht», en nuestro libro *De Sófocles a Brecht,* 311-379.

[58] En unas páginas, probablemente hoy poco conocidas, el elocuente Emilio Castelar, en el prólogo a su *Galería histórica de mujeres célebres,* I, Madrid, 1886, págs. 273-293, traza un retrato de Antígona como «hermana de la caridad» y prototipo de femineidad. Más conocida es la interpretación de Miguel de Unamuno (en el prólogo a *La tía Tula*) de la «sororidad» de Antígona, en función de ser hermana carnal de su padre.

lateral y exclusivista, que asegura que todo el hilo se debe sacar del mismo ovillo. Además, alguna de ellas ha llevado a plantear ciertos equívocos que no vienen al caso. Pienso en la «culpa» de Antígona, que buscan algunos obligados del método hegeliano que aplican, y que dicen encontrar, cada uno a su modo: la causa de Antígona es en el fondo justa, pero se acompaña de excesiva falta de respeto a ciertos fueros clásicos del derecho; su acto ofrece cierta ambivalencia, es piadoso e impío, a la vez; Creonte tiene su parte de razón, se dice, y se le presenta más humano y simpático que en su retrato tradicional.

A nuestra contemporaneidad, esta tragedia se nos ofrece, sobre todo, desde una perspectiva religiosa, que fue raíz sagrada de la tragedia griega. Se trata del conflicto entre religión y utilismo humano, dos concepciones de la existencia, que a veces hacen rostro hacia horizontes opuestos [59]. Para preservar y mejorar la sociedad humana se crea el hombre normas sociales, reglas políticas y decreta medidas ejemplares para precaver que el individuo no se aparte de ellas. Ahora bien, esta armadura de normas, que el hombre ha ido fabricando para defenderse de la anarquía y de la conducta meramente impulsiva del individuo, tiene un límite, ante el cual debe detenerse, pues, si lo sobrepasa, esa transgresión puede constituir un crimen: es la esfera de lo divino, de las leyes no escritas sublimes a todo código. Las prudentes ordenanzas de Creonte le llevan a prohibir, por ejemplaridad, que el enemigo de la ciudad, Polinices, sea sepultado. Quizás no pueda decirse que, en todos los casos y con carácter general, la ética griega condenara esa prohibición. Pero Sófocles sí, según su voluntad y su idea. Aquí está completamente del

[59] Cf. K. Reinhardt, *Sophokles: «Antigone»*, Gotinga, 1961[3], páginas 9-13.

lado de Antígona. Negar al hermano muerto el descanso en la tierra maternal y centenaria es un crimen contra los dioses infernales *(in inferis)*, huella un derecho divino y no hay utilidad de la política tirana que lo justifique. En nombre de aquellas leyes que no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, Antígona, en pugna con la ley humana por no quebrantar la ley divina, le lleva la contra al tirano, entierra simbólicamente a su hermano y salva aquel deber intocable, a costa de la propia vida. Para que sangre de un pariente no la derrame un pariente, Creonte la enclaustra en gruta pétrea, en cuyo umbral Antígona prorrumpe en aquellos sus conmovedores adioses. Cuando, en hora tardía, Creonte vuelve de su acuerdo, los remordimientos no le sirven de nada: Antígona ya se ha colgado, ya es ida para siempre, su prometido e hijo de Creonte se suicida y esta desgracia arrastra el suicidio de su madre Eurídice. Roto, deshecho Creonte abandona la escena: que, aunque equivocado, todavía el dolor le confiere una cierta grandeza humana.

El hombre es lo que es por contraste. En esta tragedia los personajes que conllevan el conflicto trágico los ha visto Sófocles a través de un juego constante de contrastes [60]. Antígona y su hermana Ismena incorporan dos estilos de vida que no engranan el uno al otro. Lo mismo digo de Creonte y Hemón, padre e hijo, y de Creonte y Tiresias, el rey y el adivino. Se ha hecho notar que también en contraste con Creonte se nos retrata la figura del guardián que sorprende a Antígona en su acto y la trae a presencia del tirano. Persona de traza cómica, es un típico personaje que entra aquí en escena. Si no se me entiende mal, diré que es un lejano

---

[60] Cf. J. Goth, «*Antigone*». *Interpretationsversuche und Strukturuntersuchungen*, tesis doct., Tubinga, 1966.

antecedente de nuestro «gracioso»; su lenguaje está taraceado de giros populares.

Antígona y Creonte se contraponen tajantemente. Antígona es una muchacha, como debe ser una muchacha de elemental ingenuidad. Nada de heroísmo romántico, ni de figura ideal. Sabe y está segura de pocas cosas: que hay unos dioses arriba y otros de abajo, que aquende están los vivos y allende los muertos y que a los difuntos, que son del reino de los dioses de abajo, menester es enterrarlos. Esto lo cree firmemente y desde ésa su convicción saca fuerzas para enfrentarse al tirano y a la muerte. Al otro lado, Creonte, tan estricto en el cumplimiento de sus obligaciones de rey y de padre y, en el fondo, tan débil. En lugar de abrirse a la comprensión y corregir actitudes, se enrigidece, se endurece más cada vez y acaba por asistir al fracaso de sus principios demasiado estrechos y, ¡cosa para él más terrible!, los que más quería (su hijo, su esposa) declinan también. Pierde lo que tenía. Antígona gana lo que era.

Ese contraste condiciona la estructura misma de la obra. Es un drama «de dos figuras», cuyo enfrentamiento condiciona el movimiento dramático. Las acciones de Antígona y Creonte se cruzan, de arte que Antígona, la vencida, vence, y Creonte, el vencedor por su fuerza, en definitiva sucumbe: esto nada tiene que ver con la justicia poética y toca algo más al, para nosotros familiar, tema *de morte persecutorum*. Drama de dos ocasos humanos separados esencialmente, pero unidos demónicamente, lo ha definido Reinhardt con soberana agudeza, es decir, conflicto existencial entre los dos personajes y no como representantes de dos derechos opuestos y pariguales en importancia ética *(Recht gegen Recht)*, por una parte, y, por otra, son dos ocasos, de

los cuales el uno sigue al otro como su imagen invertida.

Además, la dramática del contraste adquiere un dinamismo particular, en el conjunto y en los pormenores, por virtud del cual se pasa progresivamente de una posición a otra, de acto en acto, de principio al fin. Se preludia un modo nuevo, el de *Edipo Rey*.

«*Edipo Rey*»

Es medida profiláctica: ante todo, digamos lo que *Edipo Rey* no es [61]. No es un drama del destino inquebrantable (que es cosa muy tardía, estoica) en su contraposición con la libertad: este conflicto destino-libertad será cosa perdidamente romántica; pero es una idea confusa y barata querer traspasarlo a la tragedia de Sófocles, viendo en ella una pintura de los esfuerzos del hombre por escapar a su destino, a la «fuerza del sino» que, en definitiva, se impone. En la perspectiva dramática de esta tragedia, el hado pertenece al pasado lejano, mientras que el espacio auténtico del drama es el presente de la revelación. No es un drama psicológico de caracteres, tendencia que unge y aun satura el ambiente dramático de tantas piezas teatrales del siglo XIX y de más de un neo-Edipo finisecular.

No es un drama de culpa y castigo que descarga sobre la enhiesta cabeza del culpable. ¿Cuáles son los hechos punibles de Edipo? ¿Satisfacción de sí propio, excesos en su reacción, sin ser dueño a contenerse, ante Tiresias o Creonte, o es la suya una *hybris post even-*

---

[61] Cf. E. R. DODDS, «On Misunderstanding the *Oedipus Rex*», en *Greece and Rome* XIII, 1966, 37-49, recogido en *The Ancient Concept of Progress and other Essays on Greek Literature and Belief*, Oxford, 1973, págs. 64-77 (hay trad. alemana: *Der Fortschrittsgedanke in der Antike*, Munich, 1977).

tum? ¿O no hay culpa y la *hamartía,* de que habla Aristóteles, es simplemente su ignorancia? ¿O la culpa es de Yocasta, por su ataque a la religión tradicional? El problema de la culpa, se resuelva positiva o negativamente, esencial en Esquilo y Eurípides, no tiene cabida aquí. Un tribunal, divino o humano, que, como a Orestes, declarara a Edipo libre de mancha, no resolvería la contradicción entre lo que Edipo imagina ser y lo que realmente es.

¿Qué es, entonces, *Edipo Rey?* Porque hasta ahora sólo vamos reparando en lo que no es.

Destino, carácter, culpa son nociones que pueden, de alguna manera, entrar aquí en juego. Pero no es esto lo esencial. Por ley de cortesía histórica vemos hoy la tragedia sofoclea más como acto religioso que como diversión pública. *Edipo Rey* es fundamentalmente un documento religioso. Hase de añadir que un documento de religión griega, precisión que no huelga, porque a algunas interpretaciones de esta tragedia se les ve lo cristiano y hasta lo católico-romano: por simpática que haya sido la influencia de Mauricio Bowra, muy discreto helenista y catedrático de Poesía, debe reconocerse que, en su visión de la tragedia sofoclea [62], ha ingerido algo de religión nada griega. Más que teatro, en el sentido actual del término, es una especie de «misterio»: a los sentados en la gradería se les ofrece el espectáculo de un hombre muy importante, inocentemente culpable, al que le ocurre una caída terrible que, sin embargo, es documento de lo divino [63].

Edipo Rey es un «drama de revelación», de progre-

[62] *Sophoclean Tragedy,* Oxford, 1944, págs. 162-211. Una interpretación católica: E. SCHLESINGER, *El «Edipo Rey» de Sófocles,* La Plata, 1950.

[63] Cf. W. SCHADEWALDT, «Der *König Ödipus* des Sophokles in neuer Deutung», *Schweizer Monatshefte* XXXVI (1956), 21-31 (recogido en *Hellas und Hesperien,* I, 466-476).

so inexorable, por exigencia de verdad, hacia el descubrimiento de lo que se encubre bajo lo que parece. Drama policiaco, se ha dicho muchas veces: bueno, pero siempre que se añada que se trata mucho más que del descubrimiento intelectual, por un juego ingenioso de observación y deducción, del criminal, un juego policiaco del gato y del ratón. Es el camino existencial desde la apariencia al ser. El carácter gnoseológico de este drama lo entrevió ya Schiller, al definirlo como «análisis trágico». Los dos mundos de la apariencia y del ser se superponen al final, después de un lento proceso que les hace envolverse el uno al otro: todo un sistema poético-dramático (escena de Tiresias, de Yocasta, racionalidad de Edipo como manifestación de la apariencia) hace revelarse al ser bajo la superficie de la apariencia. No se trata simplemente de la incerteza o falibilidad que informa ocasionalmente la existencia humana. El de Edipo no es un error o una cuantía de ellos, sino un «sistema de errores», capaz de organizarse autónomamente y que se realiza, particularmente, a través de la ironía omnipresente.

Tres nociones religiosas presiden el proceso de la revelación de Edipo: es una revelación querida por el dios de la verdad; es una purificación del mundo manchado y una salvación de lo divino amenazado; es una prueba de la fragilidad y caducidad de la grandeza y felicidad humanas.

Primero. Desde su altar instalado en la escena Apolo preside la acción entera del drama [64]. Es el dios de la verdad, y la verdad busca de suyo revelarse. Apolo, a la vez que Edipo, mueve la acción, es el dios el que da el primer toque de arrebato y el que luego sigue haciendo progresar la acción. Esta tragedia es el asalto

[64] Cf. W. ELIGER, «Sophokles und Apollon», en *Synusia. Festgabe W. Schadewaldt*, Pfuhlingen, 1965, págs. 79-109.

de la verdad contra la apariencia, es la ruta que va de la apariencia al ser. El Coro, llorándole la voz, no entona ningún canto contra el destino, sí uno (vv. 1189 ss.) contra la apariencia, penetradísimo y de gran intención melancólica: al leer aquello se siente profunda piedad, el corazón salta a la garganta. En una primera perspectiva, la tragedia de Edipo es el drama de la revelación de cómo y de qué suerte acontece la verdad.

Segundo. Como dios de la verdad, Apolo es también el dios de la pureza. La verdad es una purificación desde lo físico y ritual hasta lo moral e intelectual. Así, en una segunda perspectiva, el drama de Edipo es el camino de una purificación completa. El parricida e incestuoso es la ponzoña y foco de contagio que impurifica a todo su pueblo: debe ser descubierto y expulsado, para que la pureza se restablezca, por muy dolorosa, muy quirúrgica que deba ser la purificación. La tragedia abre con un «ecce» que presenta la grandeza de Edipo como médico, juez y soberano ante su pueblo suplicante. Se desenlaza con un «ecce» final, en el cual el médico resulta ser el enfermo, el juez es el acusado y el soberano debe ser expulsado de la ciudad [65]. Entremedias, la acción dramática es como una tormenta purificadora [66]. Se anuncia en el aire cargado, irrespirable, paisaje dramático de la epidemia pestilencial. La nube torva cubre el horizonte lívido, fosco. Gradualmente la amenaza se hace más cercana: recado que trae Creonte de Delfos, palabras y amenazas del vidente ciego, recuerdo ominoso de la encrucijada de tres caminos que fue escenario del parricidio. Las nubes amenazadoras se amontonan sobre la erguida cabeza de Edipo. Cuando su verdadera personalidad se le revela

---

65 Cf. G. Kremer, *Strukturanalyse des Oedipus Tyrannos von Sophokles*, tesis doct., Tubinga, 1963, 1-47 y 155-174.

66 Cf. W. Schadewaldt, *Hellas und Hesperien*, I, 424.

fulminantemente, un rayo da su latigazo. La tormenta le ha lavado y purificado. Al *crescendo* sinfónico del meteoro sigue un suave *diminuendo.* El impuro resulta ser un hombre de noble grandeza espiritual y de riqueza anímica, un sediento de pureza. El enceguecido y boto de vista es ahora, cuando se ciega, el conocedor. La gracia del dios evita que la mutación de Edipo se convierta en destrucción y aniquilamiento sin sentido. Y Edipo toma el camino que le ausenta de Tebas.

Tercero y de sustancia más abarcadora. *Edipo Rey* es expresión de la caducidad de la felicidad humana. La tragedia concluye con unas palabras (vv. 1528-30), en las que se nos viene a decir que la canción de la vida sólo se entiende cuando se canta entera hasta el final, que hasta el final nadie es dichoso. En tal respecto, se sitúa bajo el mandamiento délfico de la autognosis, esto es, «si quieres mejorarte, conócete bien», sabe que eres mortal, para ser plenamente hombre ten presente el límite de tu mortalidad.

Va todo esto al tanto de reafirmar que esta tragedia es, como decíamos, un «misterio» del hombre. Es como un *ecce homo* en sentido délfico, una representación dramática de la condición humana. La representan no solamente Edipo, espécimen de existencia trágica, sino también, en otros niveles, una pequeña galería de hombres desde el grave Tiresias hasta el correo de Corinto (un hálito de humor que corre, un momento, por el drama sombrío), pasando por el menudo «burgués» que es Creonte.

Edipo Rey es la áurea tragedia clásica griega y una de las pocas tragedias cardinales del arte universal. Ha sido la tragedia griega favorita y trae un arrastre literario sin parangón a lo largo de los siglos y por toda el haz de la tierra de cultura literaria, como tema eterno propuesto a la reflexión teatral. Gana, en vez de per-

der, con el tiempo. Sófocles produjo aquí la obra definitiva, y que da la casualidad que, cuando se representó en Atenas, obtuvo un segundo premio; el primero se otorgó a Filocles, un sobrino de Esquilo (cf. Dicearco, fr. 80 Wehrli). Este Filocles ¿era un genio o un ingenio segundón y un trágico hebén? La historia literaria deja su figura en indecisa penumbra o, por mejor decir, el río del olvido se la ha tragado. Pero, para nosotros, el veredicto del jurado parece desconcertante, irritante (o quizás lo que le sorprende a uno, de pronto, es sentir que, alguna vez, por casualidad tiene razón). ¡Eso se llama dar en el blanco!

«*Electra*»

El gusto selectivo de la Antigüedad nos ha salvado las tres tragedias, una de cada trágico, sobre el tema de Electra: *Las coéforos* esquilea y las dos *Electras* de Sófocles y Eurípides. Aunque la datación del drama euripideo no es unánime (Zuntz lo data en el 420, Webster en el 418, otros en el 413), ni tampoco la cronología relativa de ambas piezas, generalmente se opina que la *Electra* de Sófocles es algo anterior y, en cualquier caso, fruto del sereno invierno del poeta [67].

Los dioses se ajenan, en su acción directa, del mundo de los hechos y dolores humanos. Naturalmente el orden, que reside en el regazo de los dioses, se cumple finalmente y lo que ha de suceder, sucede; pero la intriga humana gana importancia, aunque sólo sea para a la postre, en imprevista tornavuelta, acarrear nuevo dolor al hombre. Al anunciarse a Electra, conforme al

[67] Una buena crítica de la tesis de Zuntz (aceptada por Webster, Theiler y Newiger) en A. Vögler, *Vergleichende Studien zur sophokleischen und euripideischen «Elektra»*, Heidelberg, 1967.

plan de su hermano para facilitar la venganza, la muerte de Orestes, la falsa noticia provoca un dolor indecible en Electra. El dolor revela su verdadera esencia: ella es «la vengadora». (El paso de la apariencia —muerte de Orestes— a la verdad afecta aquí no a los protagonistas, sino a sus enemigos.) Pero Electra, en su dolor y en su decisión, no se siente en aquella inmediatez con lo divino que tenían Ayante o Edipo. Esta mujer, de dolor probado, tampoco se siente segura, como lo estaba Antígona, de luchar en nombre de una ley divina. De modo que, mirándolo por este lado, el drama se concentra, en su primera parte, en un *crescendo* que sirve gradualmente para revelar la naturaleza de Electra (la acción se centra en torno a un personaje que no actúa, que sólo sufre) y el autor se delecta en la expresión de las manifestaciones del dolor, creciente de escena en escena; en la segunda parte, el drama se centra, mediante una utilización prudente de la suspensión, en el acto de la venganza. La economía dramática es de una gran sabiduría. Las manifestaciones del dolor de Electra se dilatan por muchos versos; el acto matricida se sucinta en extremo: la acción condensadísima, rápida, avanza con celeridad y el poeta aguija y acelera para la escena el ritmo andante de la vida. Y porque el flujo de la palabra endolorida y la acción humana se reparten el volumen de la tragedia muy desigualmente, de aquí le nace al drama su equilibrio artístico; se potencia su eficacia. El grito de Electra a su hermano (v. 1415): «pega, si tienes fuerza, por segunda vez», concentra, en el instante debido, toda la intensidad del dolor que antes se describió escrupulosa, amorosamente. Electra, que se reveló antes como la vengadora (porque propiedad es de un dolor como el suyo revelar la verdadera naturaleza del hombre que lo endura), se muestra ahora como autora virtual de una venganza que le

trae a ella la liberación expiatoria (?) y a la casa de los Atridas, mancillada por el crimen, la libertad.

Pero sería torpe ver en *Electra* un drama de almas, sin más. ¿Qué postura adopta Sófocles ante el acto matricida, lo justifica [68], lo critica como Eurípides [69], se mantiene en una neutralidad «amoral»? [70]. El matricidio y la ley de retaliación son, también en el drama sofocleo, centrales y lo son sus consecuencias, esto es, el tema de las Erinis; sólo que en una visión todavía más pesimista, dado que el futuro y la conciliación que éste puede traer no son tomados en consideración. Otramente que Esquilo, Sófocles no avista el problema del matricidio desde la óptica culpa-castigo, orden de Apolo (v. 1425, *Apóllōn ei kalôs ethéspisen,* significa un lavarse las manos del poeta) y horror del crimen de un hijo. El castigo de los culpables, previsto desde el principio, es la única salvación posible de la casa, la sola purificación posible de un mundo manchado por el asesinato de Agamenón. El presunto drama de almas es aquí la tragedia de la purificación del mundo mediante el dolor y el acto nacido del dolor. Los coros iniciales y los de acompañamiento de la acción matricida elevan la muerte de la madre, que en una perspectiva humana sería algo incomportable, a un plano mucho más que humano. Orestes y Pílades son los agentes de una justicia divina.

Hay en *Electra* un clasicismo verdaderamente ático

---

68 T. B. L. Webster, *op. cit.*, pág. 195, y *The tragedies of Euripides*, Londres, 1967, pág. 15.

69 J. T. Sheppard, «*Electra:* A defense of Sophocles», *Class Review* XLI (1927), 2-9, y J. H. Kells, *Sophocles: «Electra»*, Cambridge U. P., 1973, págs. 5-12 (con un resumen de estas disputas interpretatorias). Pero cf. H. Erbse, «Zur *Elektra* des Sophokles», *Hermes* CVI (1978), 284-300.

70 H. Friis Johansen, «Die *Elektra* des Sophokles», *Classica et Mediaevalia* XXV (1964), 8-32.

de las formas: la palabra trágica, la composición de las escenas (agrupadas simétricamente en torno a las quejas de Electra contra Clitemestra y la «escena de la urna»), la técnica dramática. Con razón se la compara al arte maravilloso de las figuras del Partenón.

«Filoctetes»

También el tema de Filoctetes lo ha tratado la tragedia ática en sus tres eminencias. Cada uno de los trágicos ha debido de tratarlo con diferente sensibilidad. Las piezas de Esquilo y de Eurípides se han perdido; pero una noticia fidedigna (Dión de Prusa, *Or.* 52) nos proporciona una primera y decisiva observación sobre la originalidad de Sófocles. Un oráculo había anunciado que Troya solamente sería tomada por el arco de Filoctetes, el guerrero a quien sus camaradas griegos habían abandonado al no poder resistir su incómoda presencia, pudriéndose y hediendo día a día su llaga. Pero ¿cómo convencer ahora, pasados los años, al héroe amargado contra sus antiguos camaradas? En Esquilo esto sucedía, como en *Prometeo* y *Níobe*, por eficacia de los consejos de otros (Ulises y el coro de lemnios, que procuran convencerlo); el destino seguía su curso y el oráculo se cumplía. En el drama euripideo *Filoctetes* (del 431, coetáneo de *Medea* y veintidós años anterior al de Sófocles), por eficacia de largos duelos de palabras, razonamientos y contrarrazonamientos a cargo de helenos y troyanos: lo griego (y el sentimiento nacionalista del héroe) y lo genérico humano intervenían. Es cosa particular, e inventada de su cabeza, que Sófocles finge en Lemnos (localización más tradicional de las fraguas de Hefesto) una ínsula desierta (v. 2), cendida y virgen aún de pie humano: el coro lo forman los marineros que acaban de poner pie en tierra firme. Esta

idea del poeta nada tiene que ver, por supuesto, con la busca de un paisaje de desolación romántica o de una isla ideal para bucolistas y árcades. En Lemnos vive, en apartamiento y soledad sin mitigación, como un Robinsón griego, Filoctetes; de arte que su dolor físico y moral se exacerba al máximo: ningún humano puede responder a sus quejas, a voz en grito, cuando el héroe se lamenta de su mala dicha. La herida del pie pudiera curarse, la del alma no tiene vendaje. Esta «acción de dolor» es la base del sucedido escénico en la primera parte del drama, en la que también se encuentra la preparación del plan, a cargo de Ulises, tan maestro del intrigar; los intentos para convencer a Filoctetes se reservan a la segunda parte [71].

El segundo punto de gran originalidad sofoclea es por lo que mira a la persona de Neoptólemo, a cuyo cargo parece que, en Esquilo, corría el prólogo, pero no un papel importante. En Sófocles es tan importante que algunos críticos equivocadamente lo consideran protagonista del drama, cuando en realidad él es solamente el mediador y el portador de una llamada a la sociabilidad, único consuelo del héroe solitario y desarraigado. Al hijo de Aquiles su nobleza constitutiva le viene de abolengo, por el tirón hereditario. Cuanto a Ulises, que no es ningún cobarde, sino un patriota que juega en frío, él ha urdido la intriga para que, conforme al oráculo, el arco de Filoctetes vuelva a Troya. Un juego entre tres almas, Filoctetes, Neoptólemo y Ulises, llevado con notable habilidad artística, es esta pieza madura del estilo «ético» de Sófocles: ético, explica Aristóteles *(Poética* 6, 1450 *b)*, es «aquello que muestra cuál clase de elección» hace el hombre; no la noción moderna del carácter como unidad orgánica. Los movimientos del

[71] Cf. J. U. Schmidt, *Sophokles: «Philoktet». Eine Strukturanalyse,* Heidelberg, 1973.

alma de Neoptólemo no deben explicarse anacrónicamente por un psicologizar «muy siglo diecinueve», *ni* se trata tampoco de exigencias automáticas de la acción teatral. Neoptólemo, el hijo de su amigo, es la persona más indicada para llegar al corazón de Filoctetes. Se gana, más de cada vez, la confianza del héroe. Ocurre el momento de la crisis de su herida, que el poeta ha pintado a lo vivo con una descripción nosográfica muy exacta, pero sin insistir en la pintura de lo asqueroso material para ver nuestra fuerza de estómago, y entre gritos horadantes: estos gritos los critican el estoico Cicerón *(Tusc. disp.* II 14, 33) y algún moderno (con una manía de imperturbabilidad y de no descomponerse veintiún siglos más grave que la de Cicerón). En ese momento, Filoctetes cede al joven el arco, con que son conseguidos los fines del griego, y a Ulises está a punto de sucederle su intento. Pero la reacción moral que esto provoca en Neoptólemo parece que cambia las tornas. Porque la compasión hace su oficio y entra en juego el temblor de humana comprensión por parte de un alma juvenil y noble. En ley de humanidad el hijo de Aquiles juega limpio, descubre la mentira, devuelve el arco y, fiel a la palabra dada, se declara dispuesto no ya a no llevar a Filoctetes a Troya, sino a repatriarlo a su casa, alturas de Eta. Es, otra vez, el camino tan sofocleo desde la apariencia a la verdad, pero trasladado ahora al terreno personal, a la verdad personal de un Neoptólemo que se opone al determinismo del destino. Los hombres pueden intrigar, pero pueden también ser fieles a sí mismos y veraces [72]. El desistimiento de Neoptólemo deja las cosas sin camino humano de salida.

Aquí se produce la epifanía de Heracles, viejo camarada de Filoctetes (de aquél recibió éste el arco) y hoy

---

[72] Cf. K. Alt, «Schiksal und *phýsis* in Sophokles», *Hermes* LXXXIX (1961), 141-179.

deificado. Enseña Heracles el sentido del destino de Filoctetes, que toda su existencia es, a su vez y sucesivamente, desgracia y felicidad. Adivina porvenires que escapan a los humanos, para su enseñamiento. El héroe, qué remedio, obedece: si el cristiano sabe dar a la libertad toda la dignidad de la obediencia, el griego sabe dar a la obediencia toda la dignidad de la libertad. La solución de Heracles preserva la dignidad de Filoctetes y, a la vez, se cumple la voluntad de los dioses. Este episodio final ¿es, como pretenden algunos, el *deus ex machina* que, con desprecio de todo lo anterior en el drama, metiéndose al quite satisface las exigencias de la leyenda, como en Eurípides? ¿Esta epifanía es una interiorización del mito tradicional, en el sentido de una revelación íntima de la virtud del propio héroe, como pretende Whitman? [73]. Heracles habla al hombre Filoctetes, se pone a sí mismo como ejemplo humano y la respuesta de Filoctetes se explica en el marco de lo que es la piedad sofoclea. Retirados los dioses de la acción dramática, queda al hombre un amplio territorio de actuación; pero toda su inteligencia y sus planes solamente consiguen que las cosas se enreden inextricablemente hasta que lo divino restaura, al final, el orden. Filoctetes cede y emprende el camino hacia Troya y hacia su propia gloria.

«*Edipo en Colono*»

Edipo en Colono la hizo representar el año 401 el nieto del poeta, Sófocles el Joven. El abuelo, que nunca se jubiló como dramaturgo, había muerto cinco años

[73] C. H. WHITMAN, *Sophocles. A Study of heroic Humanism*, Cambridge Mass., 1951, págs. 186-188. Pero, sobre todo, confróntese W. SCHMIDT, *Der deus ex machina*, tesis doct., Tubinga, 1963, páginas 95-112.

antes. En el 404 se había cerrado la guerra, con la derrota de Atenas. Esta obra, hija de la vejez[74], es cabo de la obra dramática de un poeta nonagenario que, desde el fondo de sus largos años, se despide de la musa trágica, de un buen tiempo fenecido y de una ciudad que fue, en otros días, capital del planeta, pero que hoy parece una fuerza que ha perdido toda su fuerza.

Edipo Rey y *Edipo en Colono* (segunda lectura sofoclea del caso Edipo) están separadas por veinte años. La última pieza no es una «segunda parte» de la primera; sin embargo, semeja que la figura de Edipo y el propio poeta, el ente de ficción y su creador, fueran algo así como mellizos especulares, quiero decir, como si en los dos *Edipos,* que Sófocles esculpió inmortalmente, pudiéramos contemplar cómo el poeta se prolonga del plano personal al literario. Diré, otra vez, que no hay en el segundo *Edipo* una continuación del primero; pero si borrando la distancia del tiempo juntamos ante la vista ambos *Edipos,* sí un complemento que añade a la imagen del dolor absoluto, inalienable, intransferible con la que el rey Edipo se despide, la otra cara de la gracia que, por fin, recae sobre el sufridor absoluto. Edipo anciano, sirviéndole de zagalejo Antígona, ha llegado al final de su muy aporreada peregrinación, sin nunca reposarse, ante el bosque benéfico y misterioso de las Euménides, en la colina de Colono Hipio. Final de jornada de su tránsito mortal, que será también su glorificación.

En un primer plano, la acción dramática es ese camino de Edipo. Su meta está prefijada desde el comienzo, cuando Edipo reconoce en el bosque de las Eumé-

---

74 Los rasgos estructurales de una «obra de vejez» han sido bien estudiados por H. W. Schmidt, *Das Spätwerk des Sophokles. Eine Strukturanalyse des «Oidipus auf Kolonos»*, tesis doct., Tubinga, 1961.

nides la «palabra de liberación de su destino» (vv. 42-46). Sin necesidad alguna se ha puesto en duda la unidad de la acción dramática, pensando que ésta la interrumpen digresiones o que está engrosada con materia adventicia [75]. La glorificación final está en razón directa de la jerarquía de dificultades que el héroe debe vencer todavía: del hombre que le ilustra sobre el lugar sagrado; del Coro de colonenses que se erizan en invectivas apenas oyen su nombre; de Creonte que, por fuerza de mañas o mañas de fuerza, quiere repatriarlo a Tebas, pues muerto Edipo, predicho está que ha de ser el *homo missus a deo* para derramar bendiciones sobre el suelo que lo entierre; de su hijo Polinices que, con las mesnadas argivas, pretende sitiar y expugnar Tebas...

En un segundo plano, la estructura formal de la pieza está articulada como «súplica», *hikesía*, esto es, como motivo del suplicante que acude para pedir ayuda y favor, un motivo proveniente de la vida real y configurado dramáticamente, con gran eficacia, por Esquilo y Eurípides [76]. Este motivo disciplina y da unidad orgánica a la pieza. La acogida que Edipo solicita se entiende en un doble sentido. Se acoge Edipo al acorro de Atenas y Teseo. La buena disposición de Atenas para el suplicante era tópico máximo de la vanidad ateniense. El poeta le tocaba al público auditor en la cuerda sensible con un motivo cálido y próximo a su corazón. Pero, en un sentido más profundo, son los dioses quienes acogen a Edipo como héroe salutífero en el recinto sacro de las Euménides. También este motivo depotenciaría su eficacia, si no hubiera el poeta interpuesto im-

---

[75] Una doxografía al respecto (cf. nuestra nota 20), en E. GARCÍA NOVO, *op. cit.*, páginas 262-264.

[76] Cf. J. KOPPERSCHMIDT, *Die Hikesie als dramatische Form*, Bamberg, 1967, y «Hikesie als dramatische Form», en el vol. col. *Die Bauformen der griechischen Tragödie*, págs. 321-346, s. t. 329-335.

pedimentos y cortapisas que ponen alguna dramática dificultad, hacen intervenir lo inesperado, el asombro, y parece que darían al traste con el final previsto. Es decir, que las escenas de Creonte o Polinices se deben, no más no menos, a esta necesidad dramática. Ensayemos imaginariamente suprimirlas. Tras su imaginaria supresión, la acción perdería eficacia dramática. Esas partes pertenecen a la concepción originaria del drama.

El sucedido dramático toca, como en *Edipo Rey*, pero en un sentido todavía más trascendente, al misterio del hombre. La glorificación de Edipo no es el premio y compensación de sus dolores, para advertencia ejemplar de los hombres. Tampoco Edipo ha «mejorado» de carácter. Si su gesto es cordial cuando se despide de las hijas, frente a otros personajes del drama Edipo es un desapacible y un áspero, como suelen serlo los «héroes» locales: contra Creonte se revuelve con bronquedad y con acritud explicables; pero también a su hijo Polinices, en situación apiadable, lo trata con rudeza, fieramente, y acaba maldiciéndolo... Tropezamos aquí con una provincia de misterio en la relación entre lo divino y el hombre. El hombre más apaleado por el destino es también el elegido por los dioses, que tienen estos viceversas. ¡Cosa bien extraordinaria! El herido por los dioses, que más que hacer padeció sus crímenes (matar a su padre, arar el tálamo materno), aquel a quien el dios otorgó la gracia de ser desgraciado, es también el elegido para héroe. También el Antiguo Testamento es vocero de una complacencia de Dios con el hombre al que otorga su gracia, con independencia de los méritos del agraciado: un regalo imprevisible que cae sobre el hombre.

Otros motivos se imbrican en la acción admirablemente una en sus grandes líneas tectónicas y, sin embargo, varia. Melancolía, y hasta desesperación, de la

vejez: uno de los mejores coros de Sófocles, por humanamente melancólico y profundo, es el tercero de esta pieza (vv. 1211-1248); es incomparable la emoción que suavemente se evapora de este coro. Fe en la fuerza de la Atenas eterna, incorporada dramáticamente en la figura de Teseo y líricamente en el famoso canto en rendimiento y loor de las glebas de Colono: parece Sófocles aquí, por un respecto, que, con alboque bucólico, canta la alabanza de la aldea ante el vecindario y parroquia urbanos; y, por otro respecto, parece que el lugar ameno y deleitoso (prado liento, verde veste botánica de narciso y azafrán, rumor de aguas claras y el oleandro fecundo bajo un cielo azul bruñido, que surca el canto de la delicada filomena), que el poeta exalta con ojos enamorados, simboliza tanto y tan bien a su patria entera. El tiempo es otro de lo que era antes. Muchas cosas se lleva el tiempo inexorablemente; pero la Atenas ideal permanece. En giro exacto, en un precipitado verbal admirable, el elogio se resume en la frase del corifeo (vv. 726-27): «Yo soy viejo, pero la fuerza de la tierra no envejece».

Edipo en Colono es una despedida en varios sentidos. Edipo, llamado por los dioses, entra en el soto de las Euménides, su gran descanso, su liberación. Desenganchado de todo, extranjero a todo, deja tras de sí el mundo de sus acciones y dolores, las ambiciones y brillos de la política; purgado acerca de todas particulares aficiones, también deja atrás el mundo de los sentimientos, de la comprensión, de la ternura. También para Sófocles *Edipo en Colono* significó personalmente la despedida de la escena y de la escena del mundo; y quizás también, en un sentido histórico, la despedida de un mundo que se iba alejando río abajo del tiempo. Pero así como la tumba de Edipo envía grandes halos de bendición para los hombres, así del teatro de Sófo-

cles efunden estímulos imperecederos para el espíritu y la poesía. Porque las creaciones del arte son libérrimas, incomparablemente autónomas, y, cuando las armas quedan humilladas y periclitan las formas políticas, ellas se salvan y perduran, pues son espíritu (y el espíritu rara vez alienta en la política).

La fortuna del texto sofocleo

La fama de Sófocles, grande en vida, se ha mantenido dotada de intacto prestigio a través de los siglos. En el siglo IV se han repuesto sus dramas en escena. Ha sido un autor escolar y la filología alejandrina se ha empleado en su comentario y edición. El Aticismo le ha dado mucho precio. El teatro romano de la época republicana lo ha tomado por modelo más o tanto como a Eurípides [77]... Las obras clásicas hacen linaje. Conocida y reconocida es la pervivencia de Sófocles en la tradición literaria universal a través de nuevas encarnaciones y renuevos de sus dramas. Lo que hay de vivaz en las figuras de su teatro lo demuestra la enorme nómina de arreglos y refundiciones en todas las épocas [78], también en la escena contemporánea. A través de las edades llama el teatro sofocleo a la sensibilidad de los dramaturgos que lo reinterpretan desde distintos ángulos de interpretación. La beatería literaria de casi todas las épocas ha hecho de Sófocles uno de sus ídolos reinantes. Lo que, a mi ver, falta añadir es que, por regla general, Sófocles es un poeta que reina, pero no gobier-

---

[77] Cf. W. Schmidt, *Geschichte der griechischen Literatur*, I, 2, Munich, 1934, págs. 501-507

[78] Véanse los artículos correspondientes (bajo los nombres propios de seis piezas y s. u. «Herakles») en E. Frenzel, *Stoffe der Weltliteratur*, Stuttgart, 1976⁴ (hay trad. esp., *Diccionario de argumentos de la Literatura universal*, Madrid, 1976).

na, quiero decir, que una cosa son los títulos de estas obras y su pretendida raigambre sofoclea y otra, bien distinta, la realidad, que nada de Sófocles se conoce en esos renuevos...

Pero, en fin, hablamos aquí de la historia de la transmisión del texto griego que, en relación con las variables circunstancias históricas, ha sufrido los avatares consiguientes desde el momento en que el autor enviara el original para la primera representación hasta su fijación impresa en la «editio princeps» Aldina de 1502, siete años después de haberse impreso cuatro piezas de Eurípides y dieciséis años antes de la primera edición de Esquilo. Difícil, muy difícil es que aquel texto, que durante dos siglos circuló indefenso ante las corrupciones, se haya salvado de éstas, entre las otras, de las llamadas «interpolaciones de actor»; sin embargo, parece que estas últimas han sido menores que en los otros dos trágicos [79]. Un decreto de Licurgo *(ca.* 338-326 a. C.) mandó conservar, en archivo oficial, copia autorizada de las obras de los tres grandes poetas trágicos, posiblemente la misma que, en tiempos de Ptolomeo III (246-211 a. C.), fue llevada a Alejandría y sirvió de base a los trabajos filológicos de los sabios alejandrinos, particularmente de Aristófanes de Bizancio *(ca.* 257-180 a. C.), a cuya diligencia se debió una edición de Sófocles, que presentaba todas las piezas en orden alfabético de títulos y probablemente con separación de la colometría lírica; y de Aristarco *(ca.* 216-144 a. C.), comentarista de nuestro poeta [80]. Estos trabajos y otros de primera mano han sido la base del

---

[79] Cf. D. L. PAGE, *Actor's interpolations in Greek Tragedy*, Oxford, 1934, pág. 91.

[80] Cf. R. PFEIFFER, *Geschichte der klassischen Philologie von den Anfängen bis zum Ende des Hellenismus*, trad. alemana, Hamburgo, 1970, págs. 272-273.

comentario de Dídimo (s. II a. C.), al cual se remontan bastantes escolios conservados [81]. En el siglo II de la Era cristiana (según la opinión ortodoxa de Wilamowitz, hoy en día cuestionada [82]) se llevó a cabo la «selección» de siete piezas de cada trágico. En el siglo IV d. C., Salustio preparó su edición de la selecta, acompañada de una revisión de los escolios. Entre los siglos VI y IX el interés hacia la tragedia clásica estuvo reducido al pequeño mundo de algunos sabios y eruditos. Nuestro manuscrito medieval sofocleo más antiguo (L del s. X) es ya el resultado del renovado interés hacia la literatura clásica, también la poesía, en los círculos del llamado «segundo Helenismo», que la hizo transliterar a un nuevo tipo de escritura, la «minúscula». Ahora bien, huellas de una actividad propiamente filológica sobre el texto de los poetas trágicos no se encuentran hasta la filología de la época de los Paleólogos (*ca.* 1290-1320). Máximo Planudes no parece haber dado una recensión propia de Sófocles; pero sí compuso escolios para las piezas de la «tríada» bizantina (*Ayante, Electra, Edipo Rey*). La recensión de la tríada por su discípulo Manuel Moscopulo (*ca.* 1290) marca un hito importante e influyente. Tomás Magistro preparó una edición de las siete piezas y de escolios a la tríada y *Antígona.* Su discípulo Demetrio Triclinio se ocupó especialmente de la métrica de las partes líricas: su recensión la tomó por base de su edición Turnebo, en

[81] J. HAVEKOSS, *Untersuchungen zu den Sophokles-Scholien,* Hamburgo, 1961, y V. DE MARCO, *Scholia in Sophoclis «Oedipum Coloneum»,* Roma, 1952, págs. XVI-XXVII. Hay dos buenas ediciones recientes de escolios: O. LONGO, *Scholia Byzantina in Sophoclis «Oedipum Tyrannum»,* Padua, 1971, y la que citamos en nuestra nota 103.

[82] Cf. A. TUILIER, *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide,* París, 1968, págs. 91-113.

1553, edición dominante hasta la de R. F. Ph. Brunck (1786-89, en Argentina de Francia)[83].

En el respecto de los manuscritos sofocleos, un estudio fundamental, verdadero *magnum opus*, de A. Turyn, publicado en 1952[84], situó sobre bases firmes nuestro conocimiento de la tradición manuscrita de Sófocles. Turyn identifica las recensiones de los sabios bizantinos, cuya mención acabamos de hacer: Manuel Moscopulo[85], Tomás Magistro y Demetrio Triclinio[86], y separa los manuscritos procedentes de esas recensiones bizantinas (muy numerosos: unos 68 moscopuleos, unos 30 tomanos y unos 15 triclinianos) de los manuscritos «antiguos», éstos son manuscritos que, aunque de data muy diferente, ofrecen un texto menos afectado por conjeturas de ediciones bizantinas. Distingue dos familias, designadas como «laurenciana» y «romana», por sendos códices representativos. La familia «laurenciana» comprende: *a*) Un manuscrito de Florencia, *Laurentianus* 32,9 (L) fols. 1-118 (contiene también, de distinta mano contemporánea, el texto de Apolonio Rodio y de Esquilo, designándose, en este último caso, como *Mediceus*, [M]), copiado entre los años 960-980 directamente de un

[83] Sobre la historia del texto impreso, cf. R. C. Jebb, *Sophocles, the text of the seven Plays*, Cambridge, 1897, págs. XXXI-XLIV.

[84] *Studies in the manuscript Tradition of the Tragedies of Sophocles*, Urbana, Illinois, 1952. El sabio polaco había publicado previamente el catálogo de los manuscritos sofocleos: «The Manuscripts of Sophocles», *Traditio* II (1944), 1-41, inventariando un total de 191. A. Dain, *Sophocle*, I, París, 1955, pág. XXIII, añade *Par. suppl. gr.* 1348 (s. xvii: *Ayante* 1-1417; cf. Ch. Astruc-M. L. Concasty, *Catalogue des manuscrits grecs. Le supplément*, París, 1960, págs. 666-667).

[85] Cf. A. Turyn, «The Sophocles recension of Manuel Moschopulus», *Trans. Amer. Phil. Ass.* LXXX (1949), 94-173.

[86] Cf. R. Aubreton, *Demétrius Triclinius et les recensions médiévales de Sophocle*, París, 1949.

códice uncial del siglo V (Dain). Este códice, en pergamino, fue adquirido en Constantinopla por Giovanni Aurispa, en su célebre viaje (1421-23), y enviado a su amigo Niccolo de Niccoli; utilizado por Petrus Victorius en la segunda edición Giuntina, en 1547, cayó luego en olvido, hasta que P. Elmsley lo redescubrió; bien conocido de los editores modernos desde que Dindorf, en su edición oxoniense de 1832, lo tomó como base de su texto. *b*) El palimpsesto de Leiden, *B. P. G.* 60 A (Λ o P), contemporáneo de L y quizá su *gemellus,* dado a conocer en 1926 por J. Vürtheim[87]: sobre el texto sofocleo (aproximadamente, las dos quintas partes de un manuscrito) se han copiado, en el s. XIV, distintos textos cristianos, cosa habitual en estos casos y de ahí aquel *bon mot* del poeta Heine, cuando comparaba con un palimpsesto el rostro de una dama piadosísima entonces, pero de muy alegre pasado, en cuya faz penitenciada se descubrían todavía restos de las pretéritas alegrías. *c*) *Laurentianus* 28,25 (F, de hacia 1300) y otros cuatro manuscritos, que contienen solamente el texto de la tríada bizantina (reducida selección escolar que data, probablemente, del siglo XII).

La «familia romana», identificada originalmente por Vittorio De Marco (aunque su independencia ha sido puesta en duda por P. Maas, H. Lloyd-Jones y R. D. Dawe), comprende: *a*) *Laur. conv. soppr.* 152 (G, cuatro piezas), suscrito en 1282 y ampliamente utilizado por los editores, desde Dindorf; *b*) *Vat. gr.* 2291 (R, falto de *Trach.* 372 al final), del siglo XV; *c*) otros manuscritos de los siglos XV-XVI. Esta familia, según la opinión hoy más común, está suficientemente libre de interpolaciones para que el editor la tenga en cuenta, si bien

[87] Cf. J. Irigoin, «Le palimpseste de Sophocle», *Rev. ét. grecques* LXIV (1951), 443-455.

sus contribuciones positivas para la constitución del texto son relativamente pocas [88].

La cuestión más controvertida afecta al manuscrito *Par. Gr.* 2712 (A), datado por unos a fines del siglo XIII y por Turyn a comienzos del siglo XIV, muy prestigioso desde que Brunck lo utilizara para su edición; un códice afín a éste (Leningrad. gr. 741) ha servido de base para la edición príncipe Aldina (a cargo de Juan Gregoropulo) y a su escriba se debe la introducción en L de correcciones (L^2), cuya procedencia identificó Turyn: sostiene que, esencialmente, A procede de una edición bizantina, en conexión para el texto de la tríada con la recensión moscopulea [89], con más algunas lecciones procedentes de L, y, para las otras cuatro piezas, basado en la «familia romana», más algunas correcciones propias, que son simple enmienda bizantina; en conclusión: carece de valor en la tríada y lo tiene muy pequeño en el resto (salvo en los escolios, que ha conservado también para esta pieza). Sin embargo, otros eruditos [90] sostienen que A translitera y enmienda un

---

[88] Cf. P. E. EASTERLING, «Sophocles' *Ajax,* Collations of the Manuscripts G, R and Q», *Class. Quart,* n. s., XVII (1967), 52-79, y «Sophocles' *Philoctetes.* Collations of the Manuscripts G, R and Q», *Class. Quart.,* n. s., XIX (1969), 57-85.

[89] Cf. A. TURYN, «On the sophoclean scholia in the manuscript Par. 2712», *Harvard Stud. Class. Phil.* LXIII (1958), 161-170, y P. E. EASTERLING, «The Manuscript A of Sophocles and its Relation to the Moschopulean Recensio», *Class. Quart.,* n. s., X (1960), 51-64.

[90] Cf. A. DAIN, *Sophocle,* I, París, 1955, págs. XLIII-XLVI, y A. COLONNA, «De Sophoclis codicum familia Parisina», *Studi classici in onore di Q. Cataudella,* I, Catania, 1972, págs. 205-212. Ésta es también la opinión de J. C. KAMERBEEK, «De Sophoclis memoria», *Mnemosyne* XI (1958), 25-31: acaso la existencia de estos problemas ha sido la causa de que el ilustre sofocleísta no haya dado todavía un texto crítico del texto sofocleo y sí excelentes comentarios: *Ayante* (1953), *Traquinias* (1959), *Edipo Rey* (1967), *Electra* (1973) y *Antígona* (1978).

códice uncial encontrado en el siglo XIII, o que, en todo caso, el copista tuvo acceso a una fuente antigua que ha colacionado. El problema no está todavía claro; pero últimamente se va imponiendo una revalorización de este manuscrito, por un doble camino: por un estudio más ahincado de sus lecciones propias [91] y por la coincidencia de algunas de éstas con las de códices considerados por Turyn como *deteriores* [92].

No es posible actualmente determinar la fecha de la fuente común medieval de nuestros manuscritos sofocleos (para Turyn, un códice en minúscula de los siglos IX-X). En cualquier caso, textualmente éstos evidencian una notable homogeneidad (y los papiros suelen estar de acuerdo igualmente). Quiere decirse que se puede reconstruir bastante bien el texto de la «vulgata» sofoclea. Pero entre ésta y el original sofocleo hay un gran trecho cronológico que sólo se salva con el recurso a la crítica textual.

En cuanto a la *recensio*, nos resultan hoy harto simplistas las ediciones que basaban su texto en los códices de la primera familia o en el parisino A. Frente al excesivo atenerse a L de un P. Masqueray (edición Budé, de 1922-24), se recomienda la actitud ecléctica de A. C. Pearson (edición oxoniense de 1924, todavía hoy reimpresa con algunas correcciones), que se basa en un amplio número de manuscritos con L y A como testigos principales, G como testigo frecuente y, entre los *recentiores*, T (símbolo de la recensión tricliniana); o de

---

[91] Cf., en general, H. P. DIETZ, *Thomas Magistros' recension of the Sophoclean plays «Oedipus Coloneus», «Trachiniae», «Philoctetes»*, tesis doct., Illinois, 1965, págs. 201-222, y «Einige echte Lesarten des Sophoklestextes in der thomanischen Rezension», *Riv. Cult. Class. Med.* XIII (1971), 171-181. Desde un punto de vista diferente: E. CH. KOPFF, «Thomas Magister and the text of Sophocles' *Antigone*», *Trans. Amer. Phil. Ass.* CVI (1976), 240-266.

[92] En este sentido, R. D. DAWE, *op. cit.* (cf. nuestra nota 95).

A. Dain, responsable del texto griego en el nuevo Sófocles de la Colección Budé (en tres volúmenes: 1955-1958-1960; la traducción se debe a P. Mazon), que basa su texto (además de, en su caso, en los papiros) en LP, Φ («familia romana») y A; o de A. Colonna, responsable de una de las dos ediciones críticas sofocleas que últimamente han empezado a sacarse de molde [93] y que ofrece un texto basado en presupuestos teóricos muy similares a los de Dain y a la imagen que de la historia del mismo ofreció Turyn, salvo la defensa por Colonna del valor de A y su mayor valorización de la «clase véneta» (V). En la otra edición que recientemente se ha editado, el nuevo Sófocles teubneriano a cargo de R. D. Dawe [94], el «eclecticismo» es cosa de método y resultado de unas ideas particulares sobre la transmisión del texto sofocleo, expuestas previamente por el filólogo británico en un libro estimulante, pero discutible [95], obra que constituye una casi total *retractatio* de los puntos de vista de Turyn. Si la «familia romana» (y fundamentalmente el grupo GQR, tan estimado por Turyn) está fuertemente interpolada; si el valor, como testigos, de A y de algunos supuestos *deteriores* (ADXrXsZr) mutuamente se defiende, y no ha habido nunca una edición moscopulea, ni tomana, de Sófocles; y si, en definitiva, la *parádosis* no permite establecer familias claramente diferenciadas..., el resultado es que «lo bueno» puede encontrarse en cualquier parte, y así, en su edición de la tríada, Dawe basa su

[93] *Sophoclis Fabulae I: «Aiax»-«Electra»*, Turín, Paravia, 1975.

[94] *Sophoclis Tragoediae I: Aiax, Electra, Oedipus Rex*, Leipzig, B. G. Teubner, 1975; *II: Trachiniae, Antigone, Philoctetes, Oedipus Coloneus*, ibíd., 1979.

[95] *Studies in the Text of Sophocles. I: The Manuscripts and the Text. II-III: The Collations*, Leiden, 1973-1978. A. Colonna ha tomado postura crítica frente a esta obra en *op. cit.* en nuestra nota 93 (apéndice).

texto no en los *vetustiores,* sino sobre 19 manuscritos (seleccionados entre los aproximadamente 163 que, según Turyn, traen el texto de la tríada) y una crítica interna de las variantes.

Manuscritos sofocleos en España (prescindiendo de un misceláneo, con insignificantes extractos, como *Scor.* X.I.13 del siglo XVI^{in}) se conservan cinco, tres escurialenses y dos matritenses. Dos de los escurialenses presentan el texto moscopuleo de la tríada [96]: *Scor.* Y.III. 15 (s. XVI, procedente de la Biblioteca de Hurtado de Mendoza; tríada completa) y *Scor.* Ψ.IV.15 *(Ayante, Electra* 1-469 y *schol. ad Ai. et El.* 1-129; papel; s. XV^{med}; viene de la biblioteca de Antonio Agustín; en el texto poético, básicamente moscopuleo, se descubre ocasionalmente algún rasgo procedente de la recensión tricliniana). El tercer manuscrito en esta biblioteca (procedente también de la de Hurtado de Mendoza) *Scor.* Ω.I.9, s. XV^{ex}, contiene, además de seis piezas de Eurípides, el texto de las siete tragedias de Sófocles: es un apógrafo de A [97], copiado por Zacarías Callierges [98].

En nuestra Biblioteca Nacional se guardan dos códices sofocleos. El *Matrit.* 4617 *(olim* N 75), manuscrito en papel, s. XIV (suscripción del copista Jorge Cinnamo, año 1344, al final del texto de *Edipo Rey* [99]), contiene un texto moscopuleo [100] de la tríada sofoclea y, además, la tríada esquilea, *Los trabajos y días* de Hesíodo, y *Olímpicas* de Píndaro. El *Matrit.* 4677 *(olim* N 47), en

[96] Cf. A. TURYN, *Studies,* 27 y 192, y S. Bernardinello, en páginas 272-73 de «La tradizione manoscrita di Sofocle», *Scriptorium* XXX (1976), 271-78.

[97] Cf. A. TURYN, *Studies,* 190.

[98] Cf. CH. G. PATRINELIS, en pág. 89 de «Ἕλληνες κωδικογράφοι τῶν χρόνων τῆς Ἀναγεννήσεως», Ἐπ. τοῦ Μεσαιωνικοῦ Ἀρχείου, VIII-IX (1958-59), 63-124.

[99] Cf. CH. G. PATRINELIS, *op. cit.,* 94, núm. 3.

[100] Cf. A. TURYN, *Studies,* 28.

papel, s. XIV, 205 folios, contiene las tres tríadas de los trágicos y *Pluto* de Aristófanes. Fue propiedad (como el otro matritense) de Constantino Láscaris, de cuya mano están suplidos los folios perdidos (lazo de unión y complemento) del códice que nuestro humanista adquirió en tres fragmentos inconexos. En fol. 180, Láscaris explica que este códice «muy vetusto» (*pampálaios*), que estaba en Constantinopla, después de la conquista hallólo en Feras, donde lo compró; lo perdió por haberlo prestado a un amigo y, dieciocho años más tarde, lo reencuentra y vuelve a comprar en Mesina: historia curiosa, pero harto frecuente en la época. El texto de la tríada sofoclea hállase en fols. 76^{r} al 131^{r} siendo de letra de Láscaris (etapa de Mesina [101]) los fols. 76^{r}-77^{v} y 131^{r} y, de la letra original del copista, fols. 78^{r} al 130^{v}. Este manuscrito (N) es, junto con F (*Laur. plut.* 28,25 de *ca.* 1300), el principal representante, dentro de la «familia laurenciana», de la clase φ (tríada, escolios laurencianos y texto básicamente afín al de la clase λ); aunque con alguna interpolación moscopulea [102], ofrece un texto anterior al manipulado por los filólogos de la edad de los Paleólogos. Desgraciadamente, en la única edición crítica publicada en España (la de Errandonea), cuyo aparato registra las variantes de los tres códices escurialenses, no se ha colacionado este matritense, el único que ofrece algún interés y que sí ha sido colacionado posteriormente por Dawe en su edición de la tríada y por G. A. Christodoulou en su edición de los escolios a *Ayante* [103].

---

[101] Cf. J. Fernández Pomar, en pág. 286 de «La colección de Uceda y los manuscritos griegos de Constantino Láscaris», *Emerita* XXXIV (1966), 211-288.

[102] Cf. A. Turyn, *Studies*, 147-148.

[103] G. A. Christodoulou, Τὰ ἀρχαῖα σχόλια εἰς Αἴαντα τοῦ Σοφοκλέους, Atenas, 1977.

Resultaría de mal ver que, al frente de este volumen, no se dijera algo sobre la tradición de los estudios sofocleos en España. Poco, la verdad, hay que decir. Hasta llegar el siglo XX esa tradición ha sido, entre nosotros, el hueco de una ausencia agresiva. Esa veinticuatrocentenaria realidad literaria universal que es Sófocles no fue ni siquiera traducida a lengua española en una versión completa: otros clásicos griegos se han traducido, bien o mal, en español; Sófocles, no. Menos todavía ha sido Sófocles objeto de un trabajo filológico.

El primer texto sofocleo de mediana extensión impreso en griego en España es, si no yerro, el que se contiene en una antología escolar de Lázaro Bardón, *Lectiones graecae*, Madrid, 1856, págs. 302-311 (1859^{2}, páginas 421-29): cuatro pasajes y doscientos versos en total. El primer drama completo impreso en griego se saca de molde ya en nuestra centuria: *Sófocles, Electra. Texto griego con la versión directa y literal por el Dr. José Alemany y Bolufer y traducción en verso castellano por Vicente García de la Huerta y en verso catalán por Joseph Franquesa i Gomis*, Barcelona, Bosch, 1911 (corren ejemplares sin la traducción catalana y con fecha 1912). Hasta 1921 no se ha publicado una traducción castellana completa: José Alemany y Bolufer, *Las siete tragedias de Sófocles traducidas al castellano*, Madrid, 1921 (Biblioteca Clásica, núm. 247). Las existentes hasta esa fecha eran de alguna pieza suelta y, generalmente, refundiciones más que traducciones, de esas en las que el traductor vierte a su talante, escribiendo lo que quiere y como él quiere y sin tener delante el original griego. La nómina es, además, bien parva. Una refundición libre de *Electra* es *La venganza de Agamenón. Tragedia que hizo Hernán Pérez de Oliva, Maestro, cuyo argumento es de Sophoclẽs poeta griego*, Burgos,

1528 [Burgos, 1531; Sevilla, 1541; reimpresa en la edición por su sobrino Ambrosio de Morales de *Las Obas* (sic) *de Fernán Pérez de Oliva,* Córdoba, Gabriel Ramos, 1586 (ff. 76-101)]. En el XVIII, el poeta Vicente García de la Huerta produce una versión muy libremente arreglada de *Electra* (más de la que hiciera el maestro Oliva que de la del propio Sófocles), con el título de *Agamenón vengado* (en *Obras poéticas,* Madrid, Sancha, 1768, y en *Theatro Hespañol,* XVI, Madrid, Imp. Real, 1786). En la «Nota» que figura en cabeza de la versión podemos leer esta declaración adorable por lo candorosa: «En cierto tiempo deseaban unas damas representar y declamar una tragedia griega, y no hallándose otra más a propósito, se puso en verso ésta por el autor con aquellas adiciones y moderaciones que bastaban a que quedase con menos impropiedades». No una traducción, sino una imitación libérrima, es la pieza del novicio jesuita José Arnal (1729-1790: cf. F. de Latassa, *Biblioteca Nueva de los Escritores Aragoneses,* V, Pamplona, 1801, págs. 494-96): *El Philoctetes de Sophocles. Tragedia, puesta en verso español y dedicada por las Escuelas de Latinidad de Zaragoza a su Ilustrísimo Ayuntamiento el año de 1764,* Zaragoza, Francisco Moreno (in-4.º, 36 págs., hay dos ediciones barcelonesas s. a. y otra de Madrid, 1866): Sófocles empieza y acaba en el título. Mucho más estimable (pero no nos metamos a pedir cotufas en el golfo) es: *Edipo Tirano, traducida del griego en verso castellano, con un Discurso preliminar sobre la Tragedia antigua y moderna por Don Pedro Estala, Presbítero. En Madrid, en la Imprenta de Sancha, año MDCCXCIII* (el tal discurso, muy «fin-de-siglo» XVIII, es notable). Una impresión partenopea (Nápoles, 1820), con varias piezas de Pedro de Montengón (1745-1820), que pasó, sin serlo, por traducción de Sófocles, contiene en realidad algunas creaciones propias del

citado ingenio [104]. En el siglo XIX se publican sendas traducciones de dos piezas sofocleas: Ángel Lasso de la Vega (y Argüelles, 1834-1899) *Sófocles: Filoctetes. Tragedia. Traducción en verso. Juvenal. Sátiras,* Madrid, 1886 (reimpr. Madrid, 1918. Biblioteca Universal, t. 108; Sófocles, págs. XXII-152, y Juvenal, págs. 153-192), y Antonio González Garbín, *La Antígona de Sófocles. La Apología de Sócrates. Las Poetisas de Lesbos,* Madrid, 1889 (Biblioteca Andaluza, 2.ª serie, VI 16; la traducción de Sófocles ocupa las págs. V-124). Este último traductor fue catedrático universitario y su versión está hecha, en efecto, sobre el original griego, no como las de otros que traducen libros griegos con ayuda de vecino... francés. En la Biblioteca Menéndez Pelayo, de Santander, se conservan manuscritas las traducciones de tres piezas, obradas también en el siglo pasado [105]: *Áyax flagelífero,* por el ingenio lorquino José Musso y Valiente (1785-1838), doble versión en prosa y en verso; *La Antígona de Sófocles,* por el canónigo doctoral de Canarias Graciano Afonso, y *El Edipo en Colona* (así dice) *de Sófocles,* por Emeterio Suaña y Castellet.

De venir ya en nuestro siglo un cierto renacimiento

---

[104] Cf. M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de Traductores Españoles,* III, Madrid (Edición nacional), 1953, págs. 374-75. No menciono más que traducciones españolas de existencia acreditada; por esta razón, no cito la traducción latina de Vicente Mariner († 1642), fechada en 1619 (cf. M. Menéndez Pelayo, *op. cit.,* III, páginas 65-67), ni meros proyectos de volver a Sófocles en castellano, que luego se dejaron en el tintero: a José Antonio Conde (1765-1820) parece que le sonreía mucho el proyecto de traducir *Electra* (cf. M. Menéndez Pelayo, *op. cit.,* I, pág. 360), pero no pasó de proyecto. Una buena junta de noticias sobre otros aspectos, y no solamente sobre las versiones, en José M.ª Díaz-Regañón, *Los trágicos griegos en España,* Valencia (Anales de la Univ. de Valencia, XXIX, 3, curso 1955-56).

[105] Cf. José M.ª Díaz-Regañón, *op. cit.,* 237-249.

de los estudios clásicos españoles, tenía que venir después una mayor curiosidad por la obra de Sófocles. Me limito a reseñar las traducciones completas de Sófocles, posteriores a la de Alemany de 1921 (reimpresa varias veces para el público español y americohispano) y anteriores a la de D.ª Assela Alamillo, cuya firma responde de la que en el presente volumen se ofrece: Ignacio Errandonea, S. J., *Sófocles y su teatro. Estudio dramático, traducción y comentario de sus siete tragedias*, Madrid, Escelicer, 1942, en dos vols. (la traducción ha sido reimpresa repetidas veces); *Sófocles: Dramas y tragedias*, traducción y notas de Agustín Blánquez, Barcelona, Iberia, 1954 (varias reimpresiones); *Sófocles, Las siete tragedias*, traducción y notas por J. Motta Salas, Bogotá, 1958; A. Espinosa Pólit, *El teatro de Sófocles en verso castellano*, Quito, 1959 (reimpr. *Las siete tragedias y los 1129 fragmentos*, Méjico, Jus, 1960); Ángel M.ª Garibay, *Sófocles: Las siete tragedias*, Méjico, Porrúa, 1962 (reimpresa varias veces); Mariano Benavente Barreda, *Sófocles: Tragedias*, Madrid, 1971 (Nueva Biblioteca Clásica Hernando; del mismo traductor: *Fragmentos de Sófocles*, Granada, 1975); Julio Pallí Bonet, *Sófocles: Teatro completo*, Barcelona, Bruguera, 1973. Se han publicado también bastantes traducciones parciales, de una sola pieza o de un ramillete de ellas, alguna estimable y de decoroso despacho literario. En catalán tradujo a Sófocles el poeta Carles Riba en una versión poética parcial, muy elogiada por los entendidos (por impericia del idioma nosotros no debemos opinar), y también, en una versión completa en prosa que acompaña a un texto griego sin pretensiones de originalidad (Barcelona, Bernat Metge, 1951-1963, 4 vols.). Como se aprecia, en pocos años es relativamente crecido el número de traslados españoles de Sófocles (no cuento alguno que confiesa serlo del francés). Ignacio

Errandonea publicó un Sófocles bilingüe greco-castellano en la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, en tres volúmenes (I: *Edipo Rey, Edipo en Colono,* Barcelona, 1959; II: *Antígona, Electra,* Barcelona, 1965; III: *Ayante, Filoctetes, Las Traquinias,* Barcelona, 1968)[106].

JOSÉ S. LASSO DE LA VEGA

---

[106] Para información bibliográfica sofoclea, son recomendables la relación de H. FRIIS JOHANSEN (años 1939 al 1959) en *Lustrum* VII (1962), 94-288, y las relaciones, a cargo de A. LESKY y luego H. STROHM, en *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* XIV (1961), 1-26; XVI (1963), 129-156; XX (1967), 193-216; XXIV (1971), 129-162; XXIV (1973), 1-5; XXVII (1974), 33-54; XXX (1977), 129-144.

LINAJE Y VIDA DE SÓFOCLES *

Sófocles era de linaje ateniense, hijo de Sofilo, el cual no tenía el oficio de carpintero o herrero, como dice Aristóxeno, ni de fabricante de sables, como dice Istro, sino que, precisamente, era él dueño de esclavos herreros o carpinteros. Pues no sería natural que, de haber nacido de alguien de tal clase, hubiera sido considerado digno del cargo de estratego, juntamente con Pericles y Tucídides, los más importantes de la ciudad; tampoco se hubiera librado del ataque de los cómicos, que no perdonaron ni a Temístocles. 1

Tampoco hay que creer a Istro cuando dice que no era ateniense sino de Fliunte. Si por sus orígenes era fliasio, en ningún otro autor, excepto en Istro, es posible documentarlo. Así pues, Sófocles fue de linaje ateniense, del demo de Colono, famoso por su vida y por su obra; recibió esmerada educación y fue criado en el bienestar, y no sólo fue destacado en política, sino también en embajadas.

Dicen que nació en el segundo año de la Olimpíada 71, bajo 2
el arcontado de Filipo en Atenas. Era siete años más joven que
Esquilo y veinticuatro mayor que Eurípides. En su niñez fue 3
adiestrado en la palestra y en la música, y en ambas disciplinas recibió honores, según afirma Istro. Lampro fue su maestro de música y, después de la batalla naval de Salamina, estando los atenienses celebrando la victoria, equipado sólo con una lira, dirigió a los que entonaban el peán en los cantos triunfales.

Aprendió la tragedia en Esquilo. Llevó a cabo muchas inno- 4

* Recogemos la antigua biografía anónima del trágico que acompaña, tradicionalmente, la edición de sus obras.

vaciones en las obras; abandonó tempranamente las representaciones por la debilidad de su voz —en efecto, al principio era el propio poeta el que recitaba—, aumentó los coreutas de doce a quince e introdujo el tercer actor.

5 Dicen que también en una ocasión, en *Támiris* [1], tocó la cíta-
ra, por lo cual fue representado con una cítara en el Pórtico
6 Pecile [2]. Sátiro cuenta que también él ideó la cachava [3]. Istro
afirma que fue el inventor de los blancos zapatos que calzan los
actores y los coreutas; que escribía los dramas atendiendo al
natural de ellos y que había formado con hombres instruidos
un tíaso dedicado a las Musas.

7 Y para decirlo de una vez: el agrado de su carácter fue tan grande que en todas partes y por todos fue querido [4].

8 Obtuvo veinte victorias, según Caristio dice; muchas veces el segundo puesto y nunca el tercero.

9 Los atenienses le eligieron estratego a los sesenta y nueve años, siete años antes de las Guerras del Peloponeso, en la guerra contra los Aneos.

10 Era tan amante de Atenas que, aunque muchos reyes le invitaban, él no quiso abandonar la ciudad.

11 Desempeñó el sacerdocio de Alcón, héroe que acompañó a Asclepio junto a Quirón..., fue consagrado [5] por su hijo Yofonte después de su muerte.

12 Llegó también a ser Sófocles querido a los dioses cual ningún otro, a juzgar por lo que nos cuenta Jerónimo acerca de una corona de oro. En efecto, habiendo sido ésta robada de la Acró-

---

[1] Conocemos el argumento de esta tragedia y conservamos algún fragmento. Támiris, rey de los tracios por su belleza y por el arte en tañer la lira, desafió a las musas en dicho arte y fue vencido por ellas perdiendo la vista, la razón y el arte musical.

[2] La Estoa Pintada, galería cubierta, en el ágora ateniense, cuyas paredes se adornaban con famosas pinturas.

[3] Bastón curvo que utilizaban, sobre todo, en la comedia los ancianos de humilde rango.

[4] El carácter afable y la magnanimidad de Sófocles eran proverbiales entre los antiguos.

[5] Laguna en el texto, que hace pensar en la falta de una palabra como «templo, recinto o monumento recordatorio».

polis[6], Heracles se le apareció en sueños a Sófocles diciendo que la buscara en una casa no habitada en el lado derecho según se entraba, en donde estaba oculta. Él la mostró al pueblo y recibió un talento, pues esto era lo convenido. Tras recibir el talento, consagró el templo de Heracles Menito[7].

Ante muchos tuvo lugar el juicio entre él y su hijo Yofonte. 13
Teniendo a Yofonte de Nicóstrata y a Aristón de Teoris de Sición, sin embargo amaba más al hijo nacido de este último, de nombre Sófocles. En una obra[8] denuncia que Yofonte le odiaba y que ante los miembros de su fratría había acusado a su propio padre de haber perdido el juicio por su avanzada edad. Éstos censuraron a Yofonte. Sátiro dice que él replicó: «si soy Sófocles no estoy loco y si desvarío no soy Sófocles», y, a continuación, leyó en voz alta el *Edipo*.

Istro y Neante cuentan que Sófocles murió de la siguiente 14
manera: que el actor Calípides, al volver de una actuación desde Opunte, llegando por la fiesta de las Libaciones, envió un racimo de uvas a Sófocles, quien, tras llevarse a la boca un grano aún verde, murió asfixiado a causa de su mucha vejez.

Sátiro nos refiere que estaba leyendo la *Antígona* y, al llegar al final de un largo parlamento que no tenía pausa ni comas para hacer algún descanso, como había alzado demasiado la voz, se le fue la vida al tiempo que la voz. Otros cuentan que después de la lectura pública de la obra, cuando fue proclamada su victoria, murió de alegría.

Fue depositado en el sepulcro familiar, situado en el camino 15
que lleva a Decelia, a once estadios delante de la muralla. Unos dicen que colocaron encima para su recuerdo una sirena y otros que una hechicera en bronce. Como los lacedemonios habían sitiado este lugar frente a los atenienses, Dioniso se apareció en sueños a Lisandro y le ordenó que permitiera dar sepultura a este hombre. Como Lisandro no le hizo caso, por segunda vez se presentó Dioniso ordenándole lo mismo. Informado Lisandro

---

6 En Cic., *De Div.* I 54, se encuentra también esta anécdota.

7 «El declarador», que le declaró (*emēnyse*) dónde estaba la corona.

8 Se ha querido ver aquí una alusión a la escena de Polinices en *Edipo en Colono*, pero es una referencia poco clara.

por los refugiados de quién era el que había muerto y enterado de que se trataba de Sófocles, tras enviar un heraldo, permitió enterrarle.

16 Lobón dice que sobre su tumba están escritas las siguientes palabras:

«En esta tumba cubro a Sófocles, el que consiguió los primeros puestos en el arte de la tragedia, la más noble figura.»

17 Istro cuenta que los atenienses, a causa de la virtud de tan gran hombre, decretaron incluso ofrecerle un sacrificio anual.
18 Escribió ciento treinta dramas, según afirma Aristófanes, de
19 ellos diecisiete apócrifos. Disputó con Esquilo, Eurípides, Quérilo, Aristias y otros muchos, incluso con su hijo Yofonte.

20 En todo emplea las palabras de Homero. Trata los mitos siguiendo la huella del poeta y, en muchos dramas, recibe influencia de la *Odisea* y hace derivar el nombre de Odiseo como Homero [9]:

«Con razón soy Odiseo, llamado así por mis desgracias. Pues son muchos los que se han enojado, infames, contra mí.»

Crea los caracteres, los adorna y utiliza con maestría sus invenciones, influenciado al tiempo por el encanto de Homero. De ahí que se pueda decir que Sófocles es el único discípulo jónico de Homero. Muchos de los otros imitaron a alguno de sus antecesores o de sus contemporáneos, pero sólo Sófocles toma lo mejor de cada uno, al igual que la abeja. Él logró reunir oportunidad, dulzura, arrojo y variedad.

21 Ha sabido también calibrar oportunamente las acciones, hasta el punto de retratar totalmente a una persona en un pequeño hemistiquio o en un solo parlamento. Esto es lo más importante en el arte poético: mostrar carácter o sentimiento.

22 Afirma Aristófanes que «se apoyaba en el corazón» y, en otro lugar, «Sófocles tenía untada la boca de miel».

23 Aristóxeno nos dice que fue el primero de los poetas de Atenas que utilizó canciones frigias para sus propios cantos y los mezcló con el estilo del ditirambo.

[9] Fr. 965.

ÁYAX

INTRODUCCIÓN

ESTRUCTURA DEL DRAMA

PRÓLOGO (1-133). Atenea se aparece a Odiseo y le confirma en sus sospechas acerca de la culpabilidad del Áyax. Le hace ver las atrocidades cometidas por el héroe en su locura y moraliza sobre ellas.

PÁRODO (134-200). Consta de dos partes. La primera, hasta el v. 171, es un canto de marcha mientras el coro hace su entrada en la escena. En la segunda tenemos el canto lírico, propiamente, compuesto de estrofa, antístrofa y epodo que entonan una vez instalados en la orquesta. En él dan cuenta de los rumores que corren sobre Áyax y de sus recelos, y piden la presencia del héroe para tranquilizarlos.

EPISODIO 1.º (201-595). Hay dos partes claramente diferenciadas con una estructura simétrica. La primera da comienzo con el diálogo lírico entre Tecmesa y el Corifeo (hasta el v. 262), en el que se va sacando a la luz la difícil situación en que se encuentra Áyax, y sigue con una parte recitada (hasta el v. 332) en que Tecmesa cuenta sus temores por el presente estado de ánimo del héroe y relata los hechos sucedidos. La segunda parte se inicia también con el diálogo lírico, en este momento con intervención también del propio Áyax que ha salido de la tienda (hasta el v. 427) y se lamenta amargamente, a lo que sigue la parte recitada entre los mismos personajes en que Áyax anuncia, con sus palabras, su decisión de morir. Tecmesa y el Coro intentan disuadirle. Le traen a su hijo (v. 545).

ESTÁSIMO 1.° (596-645). Compuesto de dos pares de estrofas. En él se lamenta el Coro de la locura de Áyax que les sugiere funestos presagios y evoca a sus ancianos padres.

EPISODIO 2.° (646-692). Brevísimo episodio durante el que Áyax sale de la tienda y se dirige a sus fieles marineros para darles a conocer los propósitos que ha formado, acordes con su nuevo estado de ánimo. El espectador capta en estas palabras llenas de trágica ironía las verdaderas intenciones del héroe.

ESTÁSIMO 2.° (693-718). De corta duración también, compuesto de estrofa y antístrofa. Es un *hyporquema* de tono festivo en que el Coro celebra la nueva disposición de ánimo en Áyax.

EPISODIO 3.° (719-865). Dividido en dos escenas diferentes entre las cuales cambia, incluso, la localización. La primera (719-814) se inicia con la llegada del mensajero de Teucro, que con sus palabras suscita el temor del Coro y de Tecmesa. El Coro abandona la escena a la búsqueda de Áyax. La segunda (815-865) consiste en un bello soliloquio del héroe ante la muerte, en el que se dirige a Zeus y otras deidades.

ESTÁSIMO 3.° (866-973). El Coro retorna a la escena dividido en dos semicoros cada uno por un extremo de la orquestra, tras infructuosa búsqueda (hasta el v. 878).

El diálogo lírico entre el Coro y Tecmesa, que sustituye al Coro propiamente dicho, se inicia en el v. 879 y consta de estrofa y antístrofa. Tecmesa ha descubierto el cadáver de Áyax y entona lúgubres lamentos.

EPISODIO 4.° (974-1184). Se compone de dos escenas. La primera (hasta el v. 1039), donde aparece Teucro, que a la vista del penoso espectáculo se lamenta y considera las circunstancias de la muerte de Áyax y la reacción que tendrán los ancianos padres del héroe. La segunda, en que Menelao llega para prohibir a Teucro dar enterramiento a Áyax. Teucro le desafía con despreciativas palabras.

ESTÁSIMO 4.° (1185-1222). Compuesto por dos breves estrofas y dos antístrofas. En ellas el Coro enumera las penalidades que trae consigo la guerra y se duele del destino de Áyax.

ÉXODO (1223-1420). Distinguimos tres partes diferentes: primero, escena entre Teucro y Agamenón (hasta el v. 1315) en el

mismo tono y con los mismos argumentos que con Menelao; una segunda en la que Odiseo se presenta para mediar en favor de Áyax (hasta el v. 1401), y la tercera, en que se disponen brevemente los preparativos del enterramiento de Áyax.

NOTA BIBLIOGRAFICA

El texto crítico que ha servido de base para la traducción presente ha sido el de A. C. Pearson, *Sophoclis Fabulae*, Oxford, 1924.

Han sido de utilidad, para fijar el texto definitivo y para la selección de notas, las siguientes ediciones críticas, bilingües o traducciones:

R. C. JEBB, *Ajax*, Cambridge, 1883.

J. C. KAMERBEEK, *Ajax*, Leiden, 1953.

A. DAIN y P. MAZON, *Sophocle, II: Ajax, Oedipe Roi, Électre*, París, 1958.

W. B. STANDFORD, *Ajax*, Londres, 1963.

M. BENAVENTE, *Sófocles. Tragedias*, Madrid, 1970.

J. PALLÍ, *Sófocles. Teatro Completo*, Barcelona, 1973.

J. DE ROMILLY, *Ajax*, París, 1976.

J. M. LUCAS, *Sófocles. Áyax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey*, Madrid, 1977.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Señalamos los pasajes en los que no hemos seguido el texto de A. C. Pearson.

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
45	ἐξέπραξεν	ἐξεπράξατ'
89	Αἴας	Αἶαν
155	ἁμάρτοι	ἁμάρτοις
190	μὴ μηκέτ' ὦναξ,	μὴ μ' ἄναξ ἔθ'

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
269	νοσοῦντος	νοσοῦντες
309	ἐρεισθεὶς	ἐρειφθεὶς
372	χεροῖν	χερὶ μὲν
379	πάντα δρῶν	πάνθ' ὁρῶν
384	ἴδοιμι δή νιν	ἴδοιμι μήν νιν
573	μήτε	μέθ' ὁ
626	φρενοβόρως	φρενομόρως
756	τήνδ' ἔθ' ἡμέραν μόνην	τῇδε θ' ἡμέρᾳ μόνῃ
784	δυσμόρων γένος	δύσμορον γένος
791	ὤνθρωπε	ἄνθρωπε
869	ἐπισπᾶται	ἐπίσταται
903	ταλαῖφρον	ταλαίφρων
1012	κακόν,	κακόν
1027	ἀποφθίσαι	ἀποφθίσειν
1101	ἡγεῖτ'	ἦγετ'
1137	κακῶς	καλῶς
1339	οὐκ οὖν ἀτιμάσαιμ'	οὐκ ἀντατιμάσαιμ'
1357	κινεῖ	νικᾷ

ARGUMENTO

La acción es de tema troyano, como *Antenóridas*, *Cautivos*, *Rapto de Helena* y *Memnón*. Después de que Aquiles cayó en la batalla, Áyax y Odiseo creyeron, cada uno por su lado, que habían sobresalido más en la recuperación del cuerpo. Haciendo un juicio en torno a las armas, es Odiseo el que resulta vencedor. A partir de esto, Áyax, que no ganó el juicio, se trastorna y pierde la razón, de suerte que, agarrando unos corderos, creía estar matando a los Helenos. De los animales, a unos los mató, y a otros se los llevó atados a la tienda. Entre éstos hay un carnero, de tamaño superior, al que toma por Odiseo y al que, habiéndolo atado, le daba latigazos, de donde el subtítulo de la obra: *El que lleva el látigo*, para distinguirlo del *Locrio*. Dicearco la titula *Muerte de Áyax*, pero en los catálogos está reseñada como *Áyax* solamente.

Esto hace Áyax. Atenea, por su parte, sorprende delante de la tienda a Odiseo espiando qué puede estar haciendo Áyax, y le aclara los hechos. Llama al exterior a Áyax que aún está en su arrebato de locura y se vanagloria de haber matado a sus enemigos. Aparece éste en la actitud de estar azotando a Odiseo. Acude el coro de marineros salaminios conocedor de lo sucedido: que los rebaños helenos habían sido sacrificados, pero

sin saber quién lo había hecho. Sale también Tecmesa, concubina esclava de Áyax, que sabe que el asesino de los corderos es Áyax, pero ignora de quién son los rebaños. Así pues, aprendiendo cada uno del otro lo que desconoce —el Coro, de Tecmesa, que el autor era Áyax, y Tecmesa, del Coro, que los rebaños sacrificados eran helenos— se lamentan, sobre todo el Coro. Entonces Áyax, entrando ya con el juicio recuperado, llora por sí mismo. Tecmesa le pide que ponga fin a su irritación. Él, respondiendo que había ya cesado, sale con la excusa de unas purificaciones y lleva a cabo su propia muerte. Hay también, al final de la obra, unas palabras de Teucro a Menelao que no permite enterrar el cadáver. Por último, Teucro, tras darle sepultura, se lamenta.

La lección de la tragedia destaca que, a partir de la ira y del gusto por las disputas, los hombres pueden llegar a situaciones tan malas como Áyax que, esperando ser dueño de las armas, al no obtenerlas, resolvió quitarse la vida a sí mismo. Tales pendencias no son provechosas ni siquiera para los que creen haber vencido. En efecto, considera lo que, con pocas palabras y muy expresivamente, se encuentra en Homero acerca de la derrota de Áyax:

«Sola el alma de Áyax Telamonio lejos está, llena de cólera por causa de las armas» (*Odisea* 543 ss.).

Y luego oye al que ha quedado vencedor:

«¡Ojalá que no hubiera vencido con semejante premio!» (*Odisea* XI 548).

Efectivamente no le aprovechó la victoria, al haber muerto un hombre como aquél a causa de la derrota.

La escena de la obra tiene lugar en el fondeadero de junto a la tienda de Áyax. Extrañamente se presen-

ta a Atenea para que recite el prólogo, pues nos resultaría poco convincente que Áyax se presentara para hablarnos acerca de sus propias acciones como acusándose a sí mismo. Nadie conocía esos hechos, ya que Áyax lo hizo en secreto y durante la noche. A una divinidad, pues, tocaba esclarecer el asunto y por ser Atenea la que protegía a Odiseo es por lo que dice:

«... desde hace rato me puse en tu camino como resuelto guardián de tu persecución» (vv. 36 ss.).

En cuanto a la muerte de Áyax, se tienen diversas noticias. Unos dicen que, herido por Paris, llegó a las naves desangrándose, y otros, que el oráculo respondió a los troyanos que arrojaran barro sobre él, pues no era vulnerable con la espada, y así murió. Otros, que él mismo fue su propio asesino, entre los que también está Sófocles. En cuanto al costado, puesto que era lo único que tenía vulnerable, cuenta Píndaro, que la parte del cuerpo que había cubierto la piel del león era invulnerable, mientras que la que no había sido cubierta permanecía vulnerable.

PERSONAJES

ATENEA.
ODISEO.
ÁYAX.
CORO de marineros salaminios.
TECMESA.
MENSAJERO.
TEUCRO.
MENELAO.
AGAMENÓN.

PERSONAJES MUDOS

EURISACES.
PEDAGOGO.
MENSAJERO del ejército.

(La acción tiene lugar en el campamento de los griegos. Odiseo está ante la tienda de Ayax examinando unas huellas en el arena. Atenea aparece y le habla.)

ATENEA. — Siempre te veo, hijo de Laertes, a la caza de alguna treta para apoderarte de tus enemigos [1]. También ahora te veo junto a la marina tienda de Áyax en la playa —que ocupa el puesto extremo [2]—, siguiendo desde hace un rato la pista y midiendo las huellas recién impresas de aquél, para conocer si está dentro o no lo está. Tu paso bien te lleva, por tu buen olfato, propio de una perra laconia [3]. En efecto, dentro se encuentra el hombre desde hace un instante, bañadas en sudor su cabeza y sus manos asesinas con la espada. Y no te tomes ya ningún trabajo en escudriñar al otro

---

[1] Odiseo, calificado en la epopeya griega como «rico en ardides», ilustra las palabras de Atenea mediante sus acciones anteriores. La trampa contra Palamedes, en JENOFONTE, *Memorables* IV 2,33; la captura de Heleno, que se cuenta en *Filoctetes* 606 ss.; la propia estratagema para capturar a Filoctetes, y la expedición nocturna con Diomedes, en *Ilíada* X, son ejemplos característicos de su astucia.

[2] Los puestos extremos del campamento, al E. y al O. —y, por tanto, los más peligrosos—, estaban ocupados por las tiendas de Aquiles y de Áyax, respectivamente. (Cf. *Ilíada* II 8,55.)

[3] Los perros laconios, según nos cuenta ARISTÓTELES (*Hist. Anim.* 8,28 a 3), resultaban de un cruce con zorros. Físicamente eran de pequeño tamaño, anchos hocicos y penetrante olfato. Eran los mejores perros de caza (PÍNDARO, frag. 106). El propio ARISTÓTELES hace una alusión especial a las hembras de esta raza y dice que son de fina inteligencia (*Hist. Anim.* 8,28 a 27).

lado de esta puerta, y sí en decirme por qué tienes ese afán, para que puedas aprenderlo de la que lo sabe.

ODISEO. — ¡Oh voz de Atenea, la más querida para mí de los dioses! ¡Qué claramente, aunque estés fuera de mi vista, escucho tu voz y la capta mi corazón, como el sonido de tirrénica trompeta de abertura broncínea! [4]. También en esta ocasión me descubres merodeando al acecho de un enemigo, de Áyax, el del gran escudo [5]. De él, que de ningún otro, sigo el rastro desde hace rato. Pues ha cometido contra nosotros durante esta noche una increíble acción, si es que él es el autor. Nada sabemos con exactitud sino que estamos faltos de datos y yo me he sometido gustoso a esta tarea.

Hemos descubierto, hace poco, destrozadas y muertas todas las reses del botín por obra de mano humana, junto con los guardianes mismos del majadal. Todo el mundo echa la culpa de esto a aquél. Un testigo presencial que lo vio a él solo, dando saltos por la llanura con la espada aún chorreante, me lo cuenta y me lo muestra. Yo, al punto, me lanzo sobre sus huellas y por algunas lo confirmo, pero estoy desconcertado por otras y no puedo saber de quién son. Te has presentado en el momento oportuno; pues en todo, tanto en el pasado como en el futuro, tu mano es la que me guía.

ATENEA. — Yo ya lo sabía, Odiseo, y desde hace rato

---

[4] Esta trompeta es frecuentemente aludida en la literatura griega (ESQUILO, *Euménides* 567; EURÍPIDES, *Fenicias* 1377). La forma que tenía era recta, ampliándose gradualmente su diámetro hasta terminar en una abertura acampanada. Los tirrenos, según una tradición de la que HERÓDOTO es el primero en hacerse eco (I 94), eran de origen lidio, por tanto puede haber sido de invención lidia.

[5] Remito a *Ilíada* VII 219, donde se da la descripción del espectacular escudo de Áyax.

me puse en tu camino como resuelto guardián de tu persecución.

ODISEO. — Y bien, soberana querida, ¿me afano con algún provecho?

ATENEA. — Sí, pues esas acciones son obra de este hombre.

ODISEO. — ¿Por qué descargó así su mano tan insensatamente?

ATENEA. — Vejado por el resentimiento a causa de las armas de Aquiles.

ODISEO. — ¿Y por qué arremetió contra los rebaños?

ATENEA. — Creyendo que manchaba sus manos en vuestra sangre.

ODISEO. — ¿Conque ésta era su decisión, la de ir contra los Argivos?

ATENEA. — Y, de haberme yo descuidado, hubiera sido llevada a cabo.

ODISEO. — ¿Qué clase de audacia era ésta y qué osadía de ánimo?

ATENEA. — Se lanza contra vosotros solo, durante la noche y con engaños.

ODISEO. — ¿Es que ya estuvo cerca y llegó a su meta?

ATENEA. — Sí, ya estaba junto a las puertas de los dos jefes [6].

ODISEO. — ¿Y cómo retuvo a su ávida mano del asesinato?

ATENEA. — Yo se lo impedí infundiéndole en sus ojos falsas creencias, de una alegría fatal [7], y le dirigí contra los rebaños y el botín que, mezclado y sin repartir, guardan los boyeros. Cayendo allí, causó la muerte a hachazos de muchos animales cornudos rompiendo espinazos a su alrededor. Unas veces creía tener a los dos Atridas

---

[6] Agamenón y Menelao.

[7] Es decir, su imaginación le proporciona la alegría de un supuesto triunfo que le va a ser fatal.

y que los mataba con su propia mano, otras, que caía contra cualquier otro de los generales. Y cuando nuestro hombre iba y venía preso de furiosa locura, yo le incitaba, le empujaba a la trampa funesta.

Y luego, después que se tomó un descanso en esta faena, habiendo atado a los bueyes que quedaban vivos y a todas las reses, los lleva a la tienda como quien lleva a hombres y no un botín de hermosos cuernos. Y ahora, atados, en su morada los está maltratando.

Te mostraré esta manifiesta locura para que, tras verlo, se lo cuentes a todos los Argivos. Resiste con valor y no recibas a nuestro hombre como una calamidad. Yo haré que las miradas de sus ojos se vuelven a otra parte e impediré que vean tu rostro.

(Dirigiéndose a la entrada de la tienda grita.) ¡Eh, tú, que atas con lazos las manos de los prisioneros a la espalda, te invito a venir aquí! A Áyax estoy llamando. Ven delante de la puerta.

ODISEO. — ¿Qué haces, Atenea? De ningún modo le llames afuera.

ATENEA. — ¿No vas a mantenerte en silencio y dejar de dar muestras de cobardía?

ODISEO. — No, por los dioses, pero es suficiente con que se quede en el interior.

ATENEA. — ¿Qué temes que ocurra? ¿Acaso antes no era éste un hombre?

ODISEO. — Y enemigo del hombre aquí presente por cierto, y ahora aún más.

ATENEA. — Reírse de los enemigos, ¿acaso no es la risa más grata?

ODISEO. — A mí me basta que él se quede en la tienda.

ATENEA. — ¿Temes ver cara a cara a un hombre que está loco?

ODISEO. — No le evitaría por miedo, si estuviera cuerdo.

ATENEA. — Pero es que ahora, ni aunque estés cerca, te verá.

ODISEO. — ¿Cómo, si aún ve con los mismos ojos? [8].

ATENEA. — Yo haré que sus ojos queden oscurecidos, aun cuando esté mirando.

ODISEO. — Ciertamente, todo puede suceder si lo maquina un dios.

ATENEA. — Permanece callado y quédate como estás.

ODISEO. — Me quedo, pero hubiera querido encontrarme en otro lugar.

ATENEA. — ¡Eh tú, Áyax!, por segunda vez te llamo. ¡Qué poco caso haces, pues, de tu aliada! [9].

(Áyax sale de la tienda llevando en la mano el látigo ensangrentado del que se está sirviendo.)

ÁYAX. — Te saludo, Atenea, te saludo, hija de Zeus. ¡Cuán propicia me asististe! Por este botín te honraré con áureos despojos.

ATENEA. — Bien has hablado. Pero dime una cosa, ¿has hundido bien la espada en el ejército argivo?

ÁYAX. — Me cabe ese orgullo y no voy a negarlo.

ATENEA. — ¿También contra los Atridas has blandido tu armado brazo?

ÁYAX. — De tal modo que no deshonrarán nunca más a Áyax.

ATENEA. — Muertos están, por lo que puedo entender de tus palabras.

ÁYAX. — Estando muertos ya, ¡que me vengan a arrebatar mis armas! [10].

---

8 Ha olvidado lo prometido por la diosa en el v. 69.

9 Palabras dichas con ironía. Áyax rechazó la ayuda de la diosa, de ahí el resentimiento de ella. Ver, más adelante, los vv. 770 ss.

10 Las armas de Aquiles que, habiendo muerto, pertenecían

ATENEA. — Sea. ¿Qué hay, pues, del hijo de Laertes? ¿Qué destino le has deparado? ¿O es que se te ha escapado?

ÁYAX. — ¿Me preguntas acaso dónde se encuentra ese astuto zorro?

ATENEA. — Sí, hablo de Odiseo, tu adversario.

ÁYAX. — Mi más dulce presa, oh señora, dentro está [11]. No quiero que muera todavía...

ATENEA. — ¿Qué le quieres hacer antes o qué mayor provecho quieres sacar?

ÁYAX. — ... antes de que atado en el poste de la tienda...

ATENEA. — ¿Qué daño le infligirás al infeliz?

ÁYAX. — ... enrojecidas, previamente, sus espaldas por los latigazos, muera.

ATENEA. — No maltrates así al desgraciado.

ÁYAX. — En todo lo demás deseo agradarte, Atenea, pero ése expiará con este castigo y no con otro.

ATENEA. — Ya que tu gusto es el hacerlo, sírvete tú, pues, de tu brazo y por nada dejes de hacer lo que piensas.

ÁYAX. — Me voy a hacerlo. Una cosa deseo de ti, que me asistas siempre como la aliada que eres.

(Entra Ayax de nuevo en la tienda.)

ATENEA. — ¿Ves, Odiseo, cuánto es el poder de los dioses? ¿A quién te podrías haber encontrado más previsor que este hombre o que actuara con más oportunidad?

ODISEO. — Yo, por lo menos, no conozco a nadie. No obstante, aunque sea un enemigo, le compadezco, infor-

---

por derecho a Áyax y que, al negárselas los Atridas, dan lugar a la venganza del héroe, objeto de esta tragedia.

[11] Se observa en griego una clara aliteración en silbante que, creo, confirma las indicaciones de Dionisio de Halicarnaso sobre este sonido. En efecto, la frase rezuma un profundo odio por tratarse del aborrecido Odiseo.

tunado, porque está amarrado a un destino fatal. Y no pienso en el de éste más que en el mío, pues veo que cuantos vivimos nada somos sino fantasmas o sombra vana [12].

ATENEA. — Por eso precisamente, viendo tales cosas, nunca digas tú mismo una palabra arrogante contra los dioses, ni te vanaglories si estás por encima de alguien o por la fuerza de tu brazo o por la importancia de tus riquezas. Que un solo día abate y, otra vez, eleva todas las cosas de los hombres [13]. Los dioses aman a los prudentes y aborrecen a los malvados.

(Atenea desaparece. Odiseo sale de escena y entra el Coro de marineros.)

CORO.

Hijo de Telamón, que tienes por trono a Salamina, la que, situada en el cercano mar [14]*, está rodeada por él, me alegro de tu bienestar. Pero cuando una aflicción de parte de Zeus o el vehemente y malsonante lenguaje de los Dánaos te atacan, gran temor siento y espantado estoy como la mirada de una alada paloma.*

Así también en la noche que ahora termina, incesantes murmullos nos envuelven, referentes a tu deshonor, de que, irrumpiendo en el prado, gratísimo a los caballos, has dado muerte a las reses y acabado con el botín que, capturado por nuestras lanzas, aún quedaba, matándolo con el reluciente hierro.

Tales maledicientes palabras ha inventado Odiseo y las dice en los oídos de todos y los persuade completa-

---

12 Un lugar común de la poesía griega. (Ver, en esta misma tragedia, v. 131; *Filoctetes* 947; PÍNDARO, VIII 95, etc.)

13 Esta imagen de la balanza la encontramos también, repetidas veces, en SÓFOCLES (*Antígona* 1158, *Filoctetes* 866).

14 Sófocles habla desde su perspectiva local, la de Atenas, frente a la cual se encuentra, realmente, Salamina. Estas inconexiones no extrañaban al público ateniense.

mente. Anda murmurando de ti cosas que convencen fácilmente, y todo el que le escucha, más que el que lo ha contado, se complace en injuriarte en tus desgracias.

Apuntando a los espíritus grandes [15] *no puedes errar. Pero si tales cosas se dijeran contra mí no convencerían. La envidia se desliza contra el poderoso. Sin embargo, los pequeños sin los poderosos son débil protección de la torre. Porque, junto a los grandes, el pequeño perfectamente se acopla y el grande se endereza con ayuda de los pequeños* [16]. *Pero no es posible instruir a tiempo a los insensatos en estas máximas. Tal clase de hombres son los que alborotan y nosotros, contra esto, no tenemos fuerzas para defendernos sin ti, señor.*

Cuando ahora han esquivado tu mirada, meten ruido cual bandadas de aves, pero ante el gran buitre, si tú aparecieras de repente, tal vez por espanto, en silencio, se agazaparían sin voz [17].

Estrofa.

¿Acaso la guardadora de toros, Artemis la hija de Zeus —¡oh tremendo rumor, o causa de mi deshonra!—, le impulsó contra los bueyes, propiedad de todos, de la majada? ¿Fue por causa de alguna infructuosa victoria, o por estar decepcionada ante los gloriosos despojos [18],

---

[15] Los aqueos importantes, como Áyax, eran calificados, según el ideal homérico, de *megáthymoi*, es decir: por encima del común de los hombres.

[16] Estas palabras deben de estar inspiradas en un proverbio, conocido en el mundo de la albañilería y del que nos habla Platón en *Leyes* 902 *c*; según dicho proverbio, las piedras grandes sin las pequeñas no forman nada sólido.

[17] La comparación con el mundo de las aves, en el que la gran rapaz: águila, buitre, etc., se opone a las indefensas, es imagen dilecta en la literatura griega. (Cf. *Ilíada* XIII 64,65; Hesíodo, *Trabajos* 203; Esquilo, *Suplicantes* 62; Eurípides, *Andrómaca* 1140, 1141, entre otros.)

[18] Los que se le tenían que ofrendar a Artemis después de la cacería.

o por haber hecho cacerías de ciervos sin ofrendas? ¿O pudo ser Enialio[19] *el de broncínea coraza que de su lanza aliada tiene queja y venga el ultraje con ardides nocturnos?*[20].

Antístrofa.

Nunca, por propio impulso, hijo de Telamón, te has apartado de tu razón como para arrojarte entre rebaños. Un mal divino debe haberte llegado. Que Zeus[21] *y Febo quieran alejar este funesto rumor de los argivos.*

Y si los grandes reyes inventan calumnias y las divulgan, o proceden de la corrompida raza de los hijos de Sísifo[22] *no mantengas por más tiempo, oh señor, tu rostro así*[23], *en la tienda a la orilla del mar, aumentando el nefasto rumor.*

Epodo.

Antes bien, álzate de la morada donde te has instalado en esta inactividad respecto al combate que ya dura largo tiempo, inflamando tu desgracia hasta el cie-

---

[19] Enialio es considerado, en la *Ilíada*, o bien como un dios de la guerra, deidad aparentemente idéntica a Ares (II 651), o bien como un epíteto de Ares (XVII 211). Aquí debe ser mencionado como una deidad independiente, al existir en Salamina, patria del héroe, un templo de Enialio, fundado por Solón para conmemorar la victoria por la que Atenas obtuvo la isla. Aquí se da a entender que Enialio había ayudado a Áyax, mientras que Ares favorecía a los troyanos.

[20] Obsérvese que no se nombra a la verdadera causante, a la diosa Atenea.

[21] Zeus era invocado, especialmente, por ser fuente de voces y rumores misteriosos. (Cf. *Ilíada* VIII 250.)

[22] Sísifo era el más astuto y menos escrupuloso de los mortales. Fue fundador de Corinto. Según una tradición, sedujo a la joven Anticlea la víspera misma de su boda con Laertes y así ella concibió a Odiseo. Este innoble origen es el que se le reprocha cuando se habla de él con desprecio. (Cf. *Filoctetes* 417, 625, 1311; EURÍPIDES, *Ciclope* 104.)

[23] Oculto.

lo. La insolencia de tus enemigos se lanza sin miedo a través de valles bien expuestos a los vientos, carcajeándose todos en sus lenguas con dichos que nos causan vivo dolor.

(Sale Tecmesa, esposa de Áyax.)

TECMESA. — Ayudantes de la nave de Áyax, el de la raza de los Erecteidas que proceden de la propia tierra[24], tenemos motivos para gemir los que nos preocupamos por la casa de Telamón lejos de ella, porque ahora el fiero, el grande, el robusto Áyax yace afectado por turbulenta agitación.

CORIFEO. — ¿Cuál es la pesadumbre que esta noche nos ha traído en lugar de la tranquilidad? Habla, hija del frigio Teleutante, porque tras conquistarte con su espada y hacerte su esposa, en su amor por ti es constante el impetuoso Áyax. Por eso, no nos darías una explicación sin conocer los hechos.

TECMESA. — ¿Cómo, pues, puedo contar un relato que es inenarrable? Te vas a informar de un suceso que equivale a una muerte: preso de un ataque de locura, nuestro ilustre Áyax ha quedado en esta noche deshonrado. Dentro de la tienda puedes ver víctimas bañadas en sangre, degolladas por su mano, sacrificio de ese hombre.

CORO.

Estrofa.

¡Qué noticia de este fiero varón, insufrible y sin escapatoria me confirmas, divulgada por los poderosos dánaos y a la que un insistente rumor acrecienta!

---

[24] Erecteo es el héroe ateniense que representa la pretensión de los atenienses de ser autóctonos. Aquí los habitantes de Salamina, aunque políticamente fuera una isla independiente, se consideran descendientes del mismo fundador y, por tanto, de la misma estirpe que los atenienses, y reverencian a la sagrada Atenas como la metrópoli de su raza.

¡Ay! ¡Siento temor ante lo que se avecina! Este hombre a la vista de todos morirá tras haber dado muerte por frenética mano al ganado, a la vez que a los pastores que apacientan las yeguadas.

TECMESA. — ¡Ay de mí! De allí, de allí nos vino con cautivo rebaño, de los que a unos degollaba dentro, sobre la tierra, y a otros, rompiéndoles las costillas, los abría en dos partes. Después cogió dos carneros de blancas patas: a uno le cortó la cabeza y el extremo de la lengua, y los tira lejos, y al otro, erguido, lo ata a un pilar y, con una gran correa de atar caballos, le golpea con un sonoro látigo doble, denostándole con insultos que un dios, no un hombre, le enseñó.

CORO.

Antístrofa.

Es momento ya de que cada uno, cubierto el rostro con velos, emprenda en secreto la huida o, sentado en banco de remeros con rápido movimiento, se vaya en la nave que surca el alta mar. ¡Qué amenazas agitan contra nosotros los dos poderosos Atridas! Temo que, golpeado, una muerte por lapidación[25] *comparta yo con éste, de quien un terrible destino se apodera.*

TECMESA. — Ya no. Pues tras un fulgente relámpago se calma, después de irrumpir violentamente, como el viento del Sur. Ahora, consciente, experimenta un nuevo dolor. En efecto, el contemplar las desgracias propias, en las que nadie más ha intervenido, causa enormes dolores.

CORIFEO. — Si ya está calmado, creo que podrá irle bien. La importancia del mal que ya se ha ido es menor.

TECMESA. — Si alguien te permitiera elegir, ¿qué pre-

[25] En el texto griego encontramos la palabra Ares, pero la hemos traducido aquí por «muerte», porque éste es su sentido.

ferirías: ser feliz tú afligiendo a los tuyos, o estar con ellos compartiendo las penas?

CORIFEO. — La que es doble, oh mujer, es mayor desgracia.

TECMESA. — Nosotros, sin estar enfermos, sufrimos más ahora.

CORIFEO. — ¿Cómo dices eso? No comprendo tus palabras.

TECMESA. — Nuestro hombre[26] cuando se encontraba en pleno ataque disfrutaba con las atrocidades en las que estaba inmerso, aunque a nosotros, que a su lado estábamos en nuestro juicio, nos afligiera. Pero ahora, una vez que ha cesado y ha vuelto en sí de su locura, él mismo está hundido por completo en un fatal abatimiento, mientras que nosotros en nada sufrimos menos que antes. ¿Acaso, entonces, no son dobles los males a partir de uno solo?

CORIFEO. — Te comprendo y temo que algún golpe procedente de la divinidad llegue. Porque, ¿cómo no, si cuando está calmado no está mejor que cuando estaba enfermo?

TECMESA. — Debes conocer que la situación es ésta.

CORIFEO. — ¿Qué principio de locura se le presentó súbitamente? Háznoslo saber a los que compartimos sus sufrimientos.

TECMESA. — Vas a conocer todos los hechos, puesto que eres partícipe. Aquél, en las altas horas de la noche cuando las hogueras vespertinas ya no ardían[27], tomó la espada de doble filo y trataba de marcharse en una injustificada salida. Yo le increpo y le digo: ¿Qué haces, Áyax, por qué sin ser llamado ni convocado por

---

26 Áyax.

27 Eran hogueras que se encendían, en sitios fijos, con maderas de pino y que servían para alumbrar y para dar calor.

mensajeros ni por trompeta alguna te lanzas a este ataque? Ahora todo el ejército duerme.

Él me dirigió pocas palabras, de las siempre repetidas: «Mujer, el silencio es un adorno en las mujeres»[28]. Cuando lo oí, yo no proseguí y él salió solo. No puedo contar lo que allí sucedió. Lo cierto es que entró trayendo atados juntamente toros, perros pastores y una presa de hermosa lana. A unos los desnucaba, a otros, haciéndoles levantar sus cabezas, los degollaba y abría en canal. A otros, atados, los maltrataba como si de hombres se tratara, precipitándose sobre el ganado. Por último, saliendo fuera a través de la puerta, a una sombra[29] dirige sus palabras, en contra unas veces de los Atridas, otras hablando de Odiseo, añadiendo a grandes carcajadas, con cuánta arrogancia se había vengado de ellos en su ataque.

Y después de eso, irrumpiendo otra vez en su tienda con dificultad y a medida que pasa el tiempo, va volviéndose a su juicio. Y cuando observa su tienda llena de estragos, golpeándose la cabeza se pone a gritar y, hundido entre los despojos de los cadáveres de la matanza de corderos, se sentó y se arrancaba con fuerza los cabellos con la mano y con las uñas.

Durante mucho tiempo se mantuvo sin hablar; luego me amenazó con terribles palabras, si no le manifestaba todo lo que había sucedido, y me preguntaba en qué aprieto se encontraba metido. Y yo, amigos, temerosa, le dije todo cuanto había hecho que yo supiera. Al punto, él prorrumpió en penosos lamentos como nunca antes le había yo escuchado —pues siempre consideraba que tales lamentos eran propios de un hombre

---

28 Expresión proverbial. (Cf. Eurípides, *Heracles* 476.)

29 Era Atenea, que, como el lector recuerda, era visible para el héroe, pero no para Tecmesa, que interpreta este hecho como una prueba más de la locura de Áyax.

cobarde y pusilánime—. Se quejaba sordamente, sin proferir agudos gritos, como cuando un toro muge. Y ahora, expuesto ese hombre a tan infausta suerte, sin comer, sin beber, postrado entre los rebaños muertos por su espada, está sentado inmóvil. Es evidente que algo aciago maquina, pues eso da a entender en sus palabras y lamentos. Mas, ¡ea, amigos!, que por este motivo me llegué aquí, venid en mi ayuda entrando, si es que algún poder tenéis, que los que son de este modo, con los consejos de los amigos se doblegan.

CORIFEO. — Tecmesa, hija de Teleutante, nos dices cosas terribles: que nuestro héroe se ha enloquecido por sus males.

(Se oye dentro la voz de Ayax.)

ÁYAX. — ¡Ay de mí!

TECMESA. — Pronto, según parece, estará peor. ¿O es que no habéis escuchado a Áyax qué grito ha lanzado?

ÁYAX. — ¡Ay, aay de mí!

CORIFEO. — Parece que el hombre está enfermo o que sufre al encontrarse con pasados motivos de desgracias.

ÁYAX. — ¡Ay, hijo, hijo! [30].

TECMESA. — ¡Ay de mí, infortunada! Eurísaces, por ti clama. ¿Qué está tramando? ¿Dónde estás? ¡Desdichada de mí!

ÁYAX. — A Teucro llamo, ¿dónde está Teucro? [31]. ¿Es que constantemente va a estar saqueando, mientras yo me estoy muriendo?

CORIFEO. — El hombre parece que razona. Ea, abrid.

---

[30] El primer pensamiento antes de morir, porque ya está decidido a ello —y ésta es una prueba—, es para su hijo. No podrá descansar hasta que lo vea, hasta ver al heredero de su fama. El siguiente será pára Teucro.

[31] Teucro, hermano de padre de Áyax. De su genealogía nos habla él mismo (v. 1308). A él quiere encomendarle el cuidado del hijo.

Tal vez adquiera un cierto respeto cuando me haya visto.

TECMESA. — Mira, abro. Te es posible ver sus acciones y cómo está él mismo.

(Abre la puerta[32] *y aparece Áyax sentado en medio de las reses muertas*[33].)

Estrofa 1.ª

ÁYAX. — *¡Ah, mis marineros, los únicos de mis amigos, los únicos que permanecéis fieles a una recta ley!*[34]. *Ved qué ola desde ha poco me envuelve, rodeándome bajo los efectos de la sangrienta tempestad.*

CORIFEO. — ¡Ah, cuán fidedignamente pareces probarlo! Se demuestra que su acción procedió de la locura.

Antístrofa 1.ª

ÁYAX. — *¡Ah raza protectora del arte naval! Tú te*[35] *embarcaste haciendo girar el marino remo. A ti, a ti sólo veo que puedas apartar mi desgracia. ¡Ea, degolladme!*

CORIFEO. — Di palabras de buen agüero, no vayas a acrecentar el sufrimiento de tu destino ofreciendo un mal remedio a la desgracia.

Estrofa 2.ª

ÁYAX. — *¿Ves al intrépido, al animoso, al que en des-*

---

[32] El recurso escénico era el *ekkyklēma* que se abría en la puerta central. Era un escenario más pequeño, que permitía mostrar a Áyax rodeado por algunos de los animales degollados. Este mismo recurso está usado en *Antígona* 1294, y *Electra* 1464.

[33] Esta imagen de Áyax meditando su propia destrucción entre las reses muertas fue el tema de un famoso cuadro de Timómaco de Bizancio.

[34] La de lealtad a la amistad, lo que no han hecho los aqueos.

[35] Aunque lo hace en singular, sigue dirigiéndose al Coro en su conjunto.

tructores combates no tembló jamás? A mí, terrible por mis manos, entre animales que no producen temor[36]. *¡Ay de mí, motivo de irrisión! ¡Cómo he sido ultrajado!*

TECMESA. — Áyax, dueño mío, te lo suplico, no digas eso.

ÁYAX. — *¿No te irás fuera? ¿No te volverás sobre tus pasos? ¡Ay, ay!*

TECMESA. — ¡Oh por los dioses, cede y sé sensato!

ÁYAX. — *¡Ay infortunado de mí, que con mi mano solté los genios vengadores y, cayendo sobre cornudos bueyes y lustrosas cabras, derramé negra sangre!*

CORIFEO. — ¿Por qué te afliges, si es por hechos ya pasados? No podría suceder que estas cosas no fueran así.

Antístrofa 2.ª

ÁYAX. — *¡Ah el que todo lo observas, constante instrumento de todos los males, hijo de Laertes, el más sucio truhán del ejército!*[37]. *Ciertamente, para tu contento llevas gran motivo de risa.*

CORIFEO. — Con la intervención de un dios, cualquiera ríe o se lamenta.

ÁYAX. — *¡Ojalá lo viera, aun estando así de afligido, ay de mí!*

CORIFEO. — Nada hables orgullosamente. ¿No ves en qué punto de desgracia estás?

ÁYAX. — *¡Oh Zeus, padre de mis antepasados!*[38]. *¿Cómo, tras destruir al muy astuto, odioso truhán, y a*

---

[36] MAZON da otra sugestiva interpretación cuando traduce: «aquel cuyo brazo hacía temblar a las fieras que no temen...», aunque me parece menos justificable en este contexto.

[37] Literalmente dice «harina», que he traducido por «truhán». Podemos relacionar esta expresión con la nuestra: «trigo limpio».

[38] El parentesco que invoca Áyax es el de fundador de su estirpe. Zeus, con la ninfa Egina, tuvo un hijo, Éaco, que fue el abuelo de Áyax.

los dos poderosos reyes, podría finalmente morir también yo?

TECMESA. — Cuando esto pidas, pide también mi muerte a la vez. Pues, ¿por qué tengo que vivir yo, si tú estás muerto?

Estrofa 3.ª

ÁYAX. — *¡Ah oscuridad que eres luz para mí! ¡Oh Érebo, que me resultas muy luminoso! Recibidme, recibidme como habitante, recibidme. Ni a la estirpe de los dioses ni a la de los efímeros hombres soy ya digno de mirar esperando ayuda alguna. La poderosa diosa*[39] *hija de Zeus, a mí, desdichado, me atormenta. ¿Adónde puede uno huir? ¿Adónde iré a quedarme, si nuestras cosas se consumen, amigos, y el castigo está cerca de mí*[40] *y estoy dedicado a una loca cacería? El ejército entero podría venir a matarme a mandobles.*

TECMESA. — ¡Oh desdichada! ¡Que un hombre cabal diga cosas semejantes, que nunca antes él mismo hubiera osado!

Antístrofa 3.ª

ÁYAX. — *¡Ah, pasos que resuenan con el ruido del mar*[41]*, cuevas marítimas y prado costero, mucho, mucho, largo tiempo ya me retenéis en torno a Troya! Pero ya no más, ya no conservaré el aliento. ¡Sépalo esto todo el que entienda! ¡Oh vecinas corrientes del Escamandro, favorables a los argivos!*[42]. *Ya no veréis a este hombre —voy a hacer una orgullosa afirmación—,*

---

39 Atenea.

40 Pasaje sometido a múltiples interpretaciones. Acepto la lección de Lobeck introduciendo el término *tísis* porque entiendo que los rebaños que tiene a su alrededor son su castigo.

41 Seguramente está pensando aquí en los estrechos marinos franqueados a su paso para Troya en aguas del Helesponto.

42 Es el río más veces nombrado en la *Ilíada*. Es el más importante de la Tróade. Nace en el monte Ida.

a un hombre cual Troya no ha visto ningún otro en el ejército que vino de la tierra helénica; y ahora, en cambio, deshonrado, yace aquí.

CORIFEO. — Yo no puedo impedírtelo y no sé cómo permitirte hablar, caído como estás en tales desgracias.

ÁYAX. — ¡Ay, ay! ¿Quién hubiera pensado nunca que mi nombre se iba a adecuar tan significativamente a mis males? [43]. Ahora me es posible dar ayes dos y tres veces ya que en tales infortunios me encuentro. Mi padre, después de obtener como premio los primeros galardones del ejército [44], desde esta tierra del Ida regresó a su patria con gran gloria. Yo, sin embargo, hijo de aquél, habiendo llegado más tarde a esta misma tierra troyana con un arrojo no inferior y habiendo rendido no menores servicios con mi propia mano, muero así deshonrado por los argivos.

No obstante, creo estar seguro de una cosa: que si Aquiles viviera y fuera a adjudicar a alguien con sus armas el premio del heroísmo, ningún otro que no fuera yo se lo hubiera llevado. Pero ahora los Atridas actuaron en esto de acuerdo con un hombre malvado, con desprecio de las hazañas de mi persona.

Y si estos ojos y la mente extraviada no se hubieran desviado de mi intención, nunca hubieran vuelto a sentenciar así contra otro hombre. Ahora la indómita diosa hija de Zeus, la de aterradora mirada, cuando dirigía

---

[43] El nombre de Áyax queda relacionado así por Sófocles con la interjección de dolor, recurso que agradaba al pueblo y que resalta expresivamente la situación de miseria y dolor en que está inmerso nuestro héroe. Otros ejemplos de esta etimología popular son Odiseo con el verbo *odýssomai* (*Odisea* I 62), Penteo con *pénthos* (EURÍPIDES, *Bacantes* 507), Polinices con *polynéikos* (ESQUILO, *Siete contra Tebas* 577).

[44] Telamón acompañó a Heracles en la primera guerra contra Troya y fue recompensado con la mano de Hesíone (PÍNDARO, *Ístmicas* V 27), hija de Laomedonte y hermana de Príamo.

ya mi brazo contra ellos, me hizo fracasar, infundiéndome un rapto de locura, de suerte que en estos animales he ensangrentado mis manos. Y aquéllos se ríen porque se han librado contra mi voluntad. Pero, cuando es un dios el que inflige el daño, incluso el débil podría esquivar al poderoso.

Y ahora, ¿qué debo hacer? Yo que soy claramente aborrecible a los dioses, al que el ejército de los helenos odia, y Troya entera, así como estas llanuras, detestan... ¿Acaso atravesaré el mar Egeo en dirección a mi casa abandonando estos lugares que nos sirven de puertos y dejando solos a los Atridas? ¿Y qué rostro mostraré cuando me presente ante mi padre Telamón? ¿Cómo va a soportar verme, si aparezco sin galardones, de los que él obtuvo una gran corona de gloria? No es cosa soportable.

Entonces, pues, ¿iré hacia la fortificación de los troyanos y combatiré yo solo contra ellos sin nadie más, para hacer alguna proeza y, por último, morir? Pero de esta manera yo daría gusto a los Atridas. No es posible esto. Tengo que buscar un proyecto de unas características tales que evidencien a mi anciano padre, de algún modo, que no he nacido de él para ser un cobarde. Porque vergonzoso es que un hombre desee vivir largamente sin experimentar ningún cambio en sus desgracias. ¿Cómo puede alegrarnos añadir un día a otro y apartarnos de morir?[45]. No compraría por ningún valor al hombre que se anima con esperanzas vanas; el noble debe vivir con honor o con honor morir. Mi discurso por entero has escuchado.

CORIFEO. — Ninguno dirá nunca que has hablado palabras fraudulentas, Áyax, sino de tu propio sentir. Desiste, sin embargo, y permite a los amigos que preva-

[45] Interpreto que lo que desea expresar es que al final siempre está la muerte, aunque ésta se retrase.

lezcan sobre tu determinación y echa en olvido estas consideraciones.

TECMESA. — ¡Oh Áyax, dueño mío, ningún mal hay mayor para los hombres que el destino que se nos ha impuesto. Yo nací de un padre libre y poderoso y rico cual ninguno entre los frigios. Ahora soy una esclava porque así les plugo a los dioses y, sobre todo, a tu brazo. Por tanto, una vez que compartí tu lecho, bien miro por lo tuyo y te imploro, por Zeus protector de nuestro hogar y por tu tálamo en el que conmigo te uniste, que no me hagas merecedora de alcanzar dolorosa fama entre tus enemigos, si me dejas sometida a otro.

Porque si tú mueres y, con ello, me dejas abandonada, piensa que en ese día también yo, arrebatada a la fuerza por alguno de los argivos, juntamente con tu hijo, tendré el régimen de vida de una esclava. Y alguno de mis amos [46], hiriéndome con sus palabras, me lanzará mordaz saludo: «Ved a la esposa de Áyax, el que fue el más poderoso del ejército, qué servidumbre soporta, en vez de ser objeto de envidia». Así hablará alguien y, mientras un dios a mí me maltratará, para ti y para tu linaje estas palabras serán motivo de oprobio.

Ea, avergüénzate de abandonar a tu padre en la penosa vejez, siente respeto por tu madre, de edad avanzada, que muchas veces implora a los dioses que vuelvas a casa sano y salvo. Apiádate, señor, de tu hijo, si, privado del cuidado que requiere su niñez, separado de ti, va a pasar su vida bajo tutores que no le quieran. Piensa qué gran infortunio nos dejas a él y a mí con ello, en el caso de que mueras. Para mí no hay ya a qué

46 En todo este pasaje (vv. 495-515) y más adelante en las palabras de Áyax (vv. 560-565) notamos la influencia y el recuerdo de la *Ilíada* (VI 459 y ss.) en el momento de la despedida de Héctor y Andrómaca.

dirigir la mirada si no estás tú. Porque tú aniquilaste mi patria con tu espada y otro sino[47] arrebató a mi madre y al que me engendró para que, muertos, fueran habitantes del Hades. ¿Qué patria podría tener yo que no fueras tú? ¿Qué riqueza? En ti estoy yo completamente a salvo. Así pues, tenme también a mí en el recuerdo: pues es preciso que el hombre recuerde, si es que algún contento ha sentido. Un favor otro favor siempre engendra. Aquel para quien el recuerdo de un beneficio se pierde, no podrá llegar a ser un hombre de noble linaje.

CORIFEO. — Áyax, quisiera que tú sintieras en tu ánimo la compasión que yo siento. En ese caso aprobarías las palabras de ésta.

ÁYAX. — Y, ciertamente, obtendrá alabanza por mi parte, si sólo lo que yo ordene se resigna a cumplir[48].

TECMESA. — Sea, querido Áyax, yo te obedeceré en todo.

ÁYAX. — Tráeme, pues, a mi hijo para que lo vea.

TECMESA. — En verdad que por causa de mis temores lo saqué de aquí.

ÁYAX. — ¿Mientras estaba en estos males, o qué me dices?

TECMESA. — No fuera a ser que al toparse contigo el infeliz encontrara la muerte.

ÁYAX. — ¡Esto hubiera sido digno de mi destino!

TECMESA. — En cualquier caso yo vigilé para evitarlo.

---

[47] Con esta expresión Sófocles moraliza la situación. Áyax fue quien asoló el país de Tecmesa y el que ocasionó en última instancia la muerte de los padres de ella. Pero el poeta no quiere presentarnos a Tecmesa viviendo con el asesino de sus padres e inventa este recurso.

[48] En griego notamos una clara aliteración en dental sorda que creo tiene por objeto un refuerzo estilístico de la orden. Otra aliteración semejante encontramos en *Edipo Rey* 371.

Áyax. — Alabo tu acción y la previsión que has tenido.

Tecmesa. — Según esto, ¿en qué podría serte útil?

Áyax. — Permíteme hablarle y verle cara a cara.

Tecmesa. — Está cerca de aquí, vigilado por los servidores.

Áyax. — ¿Por qué, pues, se retarda su presencia?

Tecmesa. — Hijo mío, tu padre te llama. Tráelo aquí, tú, siervo, que lo guías con tu mano.

Áyax. — ¿Se lo dices a uno que viene a rastras o a quien es tardo en obedecer?

Tecmesa. — Aquí cerca viene ya el servidor.

(Entra un esclavo con Eurísaces. Tecmesa lo coge y lo acerca a Áyax.)

Áyax. — Levántalo, levántalo aquí, que no se asustará [49] por mirar esta carnicería recién cometida, si es que en verdad es hijo mío. Antes bien, hay que adiestrarlo en seguida en las duras costumbres de su padre y asemejarle en su naturaleza.

¡Oh hijo, ojalá alcances a ser más feliz que tu padre y semejante a él en las demás cosas, y no serías un cobarde! Sin embargo, ahora, por esto te envidio, por no ser consciente de ninguna de estas desgracias. La vida más grata está en la inconsciencia hasta que llegas a conocer las alegrías y las penas [50]. Y cuando llegues a esto, deberás mostrar entre los enemigos de tu padre quién eres y por quién has sido formado. Mientras tanto, aliméntate de brisas vanas, robusteciendo tu joven vida para contento de tu madre. Que ninguno de los Aqueos, lo sé, te humillará con hostiles ultrajes, ni aun-

---

[49] Recurso humano y tierno. Indudablemente estaría en la mente de Sófocles el pasaje de la *Ilíada* VI 466-470.

[50] Es otro tema típico en la literatura griega, el de la inconsciencia de la infancia. (Cf. Eurípides, *Medea* 1041; *Ilíada* VI 400, etc.)

que estés separado de mí: tal será el protector que como guardián tuyo dejaré, Teucro, que no descuidará tu crianza, a pesar de que ahora lejos se ha ido a la caza de enemigos.

Pero, guerreros amigos, tropa marina, a vosotros os suplico este favor común, que a aquél [51] comuniquéis mi encargo de llevar a este hijo mío a mi casa y mostrárselo a Telamón y a mi madre, a Eribea me refiero, para que llegue a ser para ellos un constante sustento de su ancianidad hasta que alcancen los abismos del dios de los infiernos [52]. En cuanto a mis armas, que ni unos jueces de certámenes ni el que es mi ruina [53], las expongan entre los aqueos, sino que tú mismo, hijo, Eurísaces, tomando lo que te ha dado el nombre [54], sujétalo por la correa fuertemente unida haciendo girar el indestructible escudo de siete capas. Las demás armas juntamente conmigo serán enterradas [55].

(Devolviendo el niño a Tecmesa.) Pero cuanto antes recibe ya a este niño, cierra el cuarto y no te lamentes llorando delante de la tienda. La mujer es muy amiga de gimotear. No es de médico sabio entonar palabras de conjuros ante un mal que hay que sajar.

CORIFEO. — Siento miedo al escuchar esta decisión. No me gusta tu tajante modo de hablar.

TECMESA. — ¡Oh Áyax, mi señor! ¿Qué maquinas en tu corazón?

ÁYAX. — No me interrogues, no me preguntes. Bueno es ser prudente.

---

[51] Teucro.

[52] De Hades, o sea, hasta que muera.

[53] Odiseo.

[54] El nombre significa «de ancho escudo».

[55] La práctica de enterrar a los guerreros con sus armas es muy primitiva. Los enterramientos de Micenas dan prueba de ello. Sófocles sigue la leyenda de que el cuerpo de Áyax fue enterrado, no incinerado según era costumbre en la época heroica.

TECMESA. — ¡Ay, qué angustiada estoy! En nombre de tu hijo y de los dioses te suplico, no nos traiciones.

ÁYAX. — Mucho me importunas. ¿No comprendes que yo no estoy ya obligado por gratitud a contentar en nada a los dioses?

TECMESA. — Di palabras respetuosas.

ÁYAX. — Dilo a los que quieran oír.

TECMESA. — ¿No nos harás caso?

ÁYAX. — Estás diciendo ya demasiadas cosas.

TECMESA. — Es que estoy asustada, señor.

ÁYAX. — *(A los criados.)* ¿No vais a cerrar cuanto antes?

TECMESA. — ¡Ablándate, por los dioses!

ÁYAX. — Me parece que discurres como una necia, si precisamente ahora esperas educar mi carácter[56].

(Áyax entra en la tienda. Tecmesa y su hijo se van.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh ilustre Salamina!, allí donde estás eres feliz, batida por el mar, famosa desde siempre para todos[57]. *Yo, infortunado, desde largo tiempo aguardando en el Ida, durante incontable número de meses estoy tendido siempre en la pradera cubierta de hierba, consumido por el tiempo, con el funesto presentimiento de que cualquier día recorreré el horrible y oscuro camino del Hades.*

---

[56] Conocido era el carácter testarudo del héroe, al que se le compara con un asno al que los niños se esfuerzan en vano por sacar del sembrado. (*Ilíada* XI 558 ss.)

[57] Salamina es famosa, sobre todo, por la batalla de su nombre en las Guerras Médicas, que supuso la victoria naval contra los persas. Anacronismo con relación a la época en la que se desarrolla la acción. Ya hemos hablado de ello en nota 14. La referencia sería, sin duda, muy grata a los atenienses del s. v.

Antístrofa 1.ª

Y sentado se encuentra cerca de mí Ayax, difícil de cuidar, ¡ay de mí!, poseído de divina locura, a quien tú en tiempos pasados enviaste poderoso en el violento Ares[58]*. Ahora, en cambio, apacentando en la soledad sus pensamientos, manifiesta ser una gran aflicción para los suyos. Las antiguas acciones de enorme valor de sus manos han caído, han caído hostiles a juicio de los hostiles y miserables Atridas.*

Estrofa 2.ª

Ciertamente que su madre, cargada de años y compañera de blanca ancianidad, cuando oiga que él ha perdido la razón lanzará, desdichada, un grito de dolor, un canto de dolor y no el lamento del quejumbroso pájaro, del ruiseñor[59]*. Más bien entonará agudos cantos y en su pecho caerán sordos golpes producidos con sus manos y se arrancará los cabellos de la blanca melena*[60].

Antístrofa 2.ª

Mejor es que se oculte en el Hades el que sufre este delirio, el que por linaje paterno vino a ser el mejor de los Aqueos que arrostran muchos trabajos. Y ya no es constante en sus habituales impulsos, sino que se mantiene alejado. ¡Oh infortunado padre!, ¡qué penosa locura de tu hijo te resta por conocer: nunca destino alguno de los Eácidas la alimentó antes que éste![61].

(Ayax se presenta con una espada en la mano. Por la derecha de los espectadores entra Tecmesa con el hijo.)

ÁYAX. — El tiempo largo y sin medida saca a la luz

---

58 Sinónimo de «guerra». Véase la nota 25.

59 Alusión al mito de Procne, que explico con detalle en *Electra*, nota 9.

60 Gestos de duelo en las mujeres.

61 Ver nota 38 de esta misma tragedia.

todo lo que era invisible, así como oculta lo que estaba claro. Nada hay que no se pueda esperar, sino que son doblegados, incluso, el terrible juramento y las mentes obstinadas. Yo, que hace un momento resistía tan violentamente, cual el hierro al temple, me he sentido ablandado en mi afilado lenguaje a causa de esta mujer. Siento compasión de dejarla viuda entre mis enemigos, y huérfano a mi hijo.

Ea, iré a bañarme y a las praderas junto al mar para que, purificando mis manchas [62], pueda evitar la terrible cólera de la diosa y, llegando allí donde encuentre un lugar sin pisar, tras excavar la tierra, ocultaré esta espada mía, la más odiosa de las armas, donde no sea posible que nadie la vea. ¡Que la noche y el Hades la guarden allá abajo! Pues yo desde que la recibí en mis manos como ofrenda de Héctor, mi peor enemigo, nunca recibí un beneficio de parte de los Aqueos. Cierto es el dicho de los hombres: «los dones de los enemigos no son tales y no aprovechan».

Así pues, de aquí en adelante sabré ceder ante los dioses y aprenderé a respetar a los Atridas; jefes son, por tanto hay que obedecerles, ¿por qué no? Las más terribles y resistentes cosas ceden ante mayores prerrogativas [63]. Y así, los inviernos con sus pasos de nieve dejan paso al verano de buenos frutos. Y el círculo sombrío de la noche se aparta ante el día de blancos corceles [64] para que brille su luz. Y el soplo de terribles

---

[62] Acto de purificación para él mismo, que va a llevar a cabo su propia muerte cruenta. Al lavarse las manos en agua del mar, cree que arrojará sobre él las manchas que, de otra manera, irían a recaer sobre sí mismo por darse muerte.

[63] Término, de amplio significado, que aquí podría también haber traducido por «dignidades» o «jerarquías» aplicables a las fuerzas más elementales de la naturaleza.

[64] Es una constante en la mitología adscribir caballos blancos a los dioses o héroes. (*Electra* 706; ESQUILO, *Los Persas* 386.)

vientos calma el ruidoso mar; el omnipotente sueño libera tras haber encadenado y no te tiene por siempre aunque te haya apresado. Y nosotros, ¿no vamos a aprender a ser sensatos? Yo, al menos, acabo de aprender que el enemigo deberá ser odiado por nosotros hasta un punto tal que también pueda ser amado en otra ocasión, y que voy a desear ayudar al amigo prestándole servicios en tanto que no va a durar siempre [65]. Pues para la mayor parte de los hombres no es de fiar el puerto de la amistad. Y por ello, en relación con esto, todo saldrá bien. Tú, mujer, entra y suplica a los dioses que se cumplan enteramente los deseos de mi corazón. Y vosotros, compañeros, dadme honra en las mismas cosas que ella y comunicadle a Teucro, cuando llegue, que se ocupe de mí, al tiempo que se porte bien con vosotros. Yo voy allí donde debo encaminarme. Vosotros haced lo que os digo y, tal vez pronto, os enteréis de que estoy salvado, aunque ahora sufra el infortunio [66].

CORO.

Estrofa.

Me estremezco de gozo y, de alegría, me echo a volar [67]. *¡Ió, ió, Pan, Pan! ¡Oh Pan, Pan* [68], *que vagas por la orilla del mar, muéstrate desde la cumbre del monte*

---

[65] No va a durar siempre la amistad y, por tanto, las manifestaciones de ella.

[66] Ironía clara en estas palabras.

[67] Volveremos a encontrar un canto de alegría del Coro, precediendo a noticias de desgracias, en más tragedias de Sófocles. (*Edipo Rey* 1086-1109.)

[68] Pan, invocado aquí por los marinos salaminios, dios de los rebaños y pastores, es también una deidad doméstica para los habitantes de la isla, porque uno de sus lugares de residencia conocidos era el islote de Psitalia, al E. de Salamina. (ESQUILO, *Persas* 448 ss.)

Cileno[69]*, batida por la nieve, oh señor organizador de los coros de los dioses, para que en mi compañía impulses las danzas que se aprenden solas de Nisa y de Cnoso!*[70]*. Ahora me interesa danzar y que Apolo Delio*[71]*, viniendo por encima de los mares de Ícaro*[72]*, fácilmente reconocible, me asista en todo propicio.*

Antrístofa.

Ares nos quitó la terrible aflicción de los ojos. ¡Ió, ió! Ahora de nuevo, ahora, oh Zeus, es posible que la reluciente luz, anuncio de días felices, se acerque a las veloces naves que se deslizan rápidas por el mar. Cuando Áyax se ha vuelto a olvidar de sus males y, otra vez, cumple los ritos con toda clase de sacrificios a los dioses[73]*, honrándoles con el mayor sometimiento.*

Todo lo marchita el tiempo poderoso y nada diría yo que no pueda decirse cuando, contra lo que podría esperarse, Áyax ha desistido de su cólera contra los Atridas y de sus grandes querellas.

(Llega corriendo un mensajero procedente del campamento de los griegos.)

MENSAJERO. — Amigos, quiero en primer lugar anunciaros que Teucro está entre nosotros, que acaba de

---

[69] Monte de Arcadia, donde, según una tradición, nacieron tanto Hermes como su hijo Pan.

[70] Danzas en honor de Dioniso. Nisa es el legendario escenario de la infancia del dios, que se sitúa en diferentes regiones desde la India hasta Tracia. Los coribantes de Cnosos, que danzaban en honor de Zeus y Apolo, eran famosos.

[71] Apolo, nacido en la isla de Delos, era, como Pan, dios de la danza, pero aquí parece ser invocado como el dios sanador que ha contribuido a la recuperación de Áyax.

[72] El mar de Ícaro estaba situado entre Samos y Mikonos. Recibió este nombre de Ícaro, hijo de Dédalo, que cayó en sus aguas.

[73] El coro supone que Áyax, después de purificarse, ofrecerá a los dioses —a Atenea y a Ártemis, a las que había ofendido— los sacrificios debidos. Ironía trágica.

llegar de los barrancos de Misia[74]. Al llegar junto a la tienda de los generales[75], fue insultado por todos los argivos al tiempo. Pues cuando supieron que se acercaba, le empezaron a rodear desde lejos para después, todos sin excepción, imprecarle con insultos desde ambos lados. Le llaman hermano del loco, del que es enemigo solapado del ejército, diciendo que no conseguirá evitar el morir destrozado por completo a pedradas. A tal punto han llegado, que, incluso, blanden al aire en sus manos las espadas ya desenvainadas.

La pendencia que había ido muy lejos, cesó por la mediación de las palabras de los ancianos. Pero, ¿dónde está Áyax para que le diga esto? Es a los de mayor autoridad a quienes debo comunicarles todo.

CORIFEO. — No está dentro. Hace poco que se ha ido, después de haber adecuado sus nuevos planes a sus nuevas disposiciones de ánimo.

MENSAJERO. — ¡Ay, ay! El que me envió con esta misiva lo hizo demasiado tarde o, acaso, yo me mostré calmoso.

CORIFEO. — ¿En qué se ha dejado de cumplir este cometido?

MENSAJERO. — Teucro prohibió que nuestro hombre saliera del interior de la morada antes de que él, en persona, se encontrara presente.

CORIFEO. — Pues ya se ha ido[76], orientado a lo más

---

[74] Durante los años que duró el asedio a la ciudad de Troya, los jefes de los griegos organizaban expediciones de castigo de las que volvían con abundante botín. Teucro sobresalía en ello. Los montes Misios estaban al NO. de Asia Menor. Una de las elevaciones de esta cordillera se llamaba también Olimpo. Los misios eran aliados de los troyanos.

[75] Agamenón y Menelao.

[76] Eufemismo que, en griego como en español, significa muerte, resaltando así la ironía trágica de la situación presente.

provechoso de su plan, para reconciliarse con los dioses por su ira.

MENSAJERO. — Estas palabras están llenas de gran insensatez, si Calcas profetiza con clarividencia.

CORIFEO. — ¿Cómo? ¿Qué sabes tú acerca de este asunto?

MENSAJEROS. — Esto sé, pues me encontraba presente. Del círculo de los consejeros reales, sólo Calcas [77] se levantó, lejos de los Atridas, y, colocando su mano afablemente sobre el brazo derecho de Teucro, le dice y le encomienda que por todos los medios, mientras dure el día que está aún luciendo, encierre a Áyax bajo el techo de la tienda y que no le permita salir, si quiere ver a aquél vivo. Según sus palabras, la cólera de la divina Atenea sólo le alcanzará durante este día. Porque los mortales orgullosos y vanos caen —seguía diciendo el adivino— bajo el peso de las desgracias que envían los dioses, como aquél que, naciendo de naturaleza mortal, no razona después como hombre. Ése [78], por su parte, nada más abandonar su casa, se mostró un inconsciente, a pesar de los buenos consejos de su padre, que le decía: «Hijo, desea la victoria con la lanza, pero siempre con la ayuda de la divinidad».

Pero él, de forma jactanciosa e insensata, respondía: «Padre, con los dioses, incluso el que nada es, podría obtener una victoria. Yo, sin ellos estoy seguro de conseguir esa fama». Con palabras tales alardeaba.

En otra segunda ocasión, a la divina Atenea, cuando le decía, animándole, que dirigiera la mano homicida contra los enemigos, le contestó, enfrentándosele, con terribles e inusitadas palabras: «Señora, asiste a otros

---

[77] Calcas, hijo de Téstor, adivino de los aqueos, se aparta de los demás y le dice a Teucro lo que por su inspiración conoce. El mensajero estaría cerca y lo ha oído.

[78] Áyax.

argivos, que por mi lado nunca flaqueará la lucha»[79]. Con estas palabras, se ganó la cólera hostil de la diosa, por no razonar como un hombre.

Pero, si vive en este día, tal vez podríamos ser sus salvadores con la ayuda de un dios. Esto dijo el adivino y, apartándose al punto del sitio, me envía a ti con estas órdenes para que sean cumplidas. Y si hemos llegado tarde, no vive ya aquel hombre —si Calcas es sabio.

CORIFEO. — ¡Oh desventurada Tecmesa, ser desdichado! Ven a ver qué palabras dice éste, pues hieren en lo vivo y no pueden alegrar a nadie.

(Sale Tecmesa de la tienda.)

TECMESA. — ¿Por qué, desventurada de mí, cuando acabo de descansar de mis incesantes desgracias, de nuevo me levantas de mi puesto?

CORIFEO. — Escucha a este hombre, porque ha venido trayéndonos una noticia acerca de la suerte de Áyax que me ha apesadumbrado.

TECMESA. — ¡Ay de mí! ¿Qué dices, hombre? ¿Es que estamos perdidos?

MENSAJERO. — No conozco tu suerte, pero acerca de la de Áyax, si es que está fuera, no estoy confiado.

TECMESA. — Sí está fuera, de modo que estoy angustiada ante lo que dices.

MENSAJERO. — Teucro manda que retengamos a aquél dentro de la tienda y que no salga solo.

TECMESA. — ¿Dónde está Teucro y por qué razón dice esto?

MENSAJERO. — Él está aquí desde hace muy poco. Piensa que esta salida de Áyax es funesta.

TECMESA. — ¡Ay de mí, desdichada! ¿De qué hombre lo ha sabido?

MENSAJERO. — Del adivino hijo de Téstor. En este

---

[79] La batalla se ganaba, siempre que la línea de guerreros fuese rota. El término *ekrréxei* es lo que significa: «romper».

día de hoy le ocurrirá lo que le vaya a traer muerte o vida.

TECMESA. — ¡Ay de mí, amigos!, protegedme contra un destino ineluctable. Apresuraos vosotros [80] para que Teucro venga cuanto antes. Vosotros, yendo unos hacia los recodos de occidente y otros, a los del levante, tratad de hallar la fatal salida del héroe. Me doy cuenta de que he sido engañada por este hombre y despojada del favor de antaño. ¡Ah! ¿Qué haré, hijo? No debo quedarme sentada. Ea, iré también yo allá hasta donde resista. Partamos, apresurémonos. No es momento de sentarse cuando queremos salvar a un hombre que se afana por morir.

CORIFEO. — Estoy dispuesto a salir y no lo demostraré sólo de palabra. La prontitud de la acción se acomodará, a la vez, a la de mis pasos.

(Salen de la escena el Coro [81], Tecmesa y el mensajero. Ahora estamos en un paraje solitario a orillas del mar. Se distinguen unos arbustos. Áyax entra en escena y clava la espada en tierra con la punta hacia arriba.)

ÁYAX. — La que me ha de matar está clavada por donde más cortante podrá ser, si alguno tiene, incluso, la calma de calcularlo. Es un regalo de Héctor, el que me es el más aborrecible de mis huéspedes, y el más odioso a mi vista. Está hundida en tierra enemiga, en la Tróade, recién afilada con la piedra que roe el hierro. Yo la he fijado con buen cuidado, de modo que, muy complaciente para este hombre, cuanto antes le haga morir. Y así bien equipados vamos a estar.

Después de estos preparativos, tú el primero, ¡oh Zeus!, como es justo, socórreme. No te pido alcanzar

[80] A los servidores de Áyax.

[81] El Coro abandona la escena en dos semicoros. En otras piezas también ocurre así. (Cf. ESQUILO, *Euménides*, y EURÍPIDES, *Alcestis* y *Helena.*)

un gran privilegio: que envíes un mensajero que lleve la noticia fatal a Teucro, a fin de que él, el primero, me levante, cuando haya caído en esta espada, con la sangre aún reciente, y no suceda que, reconocido antes por alguno de mis enemigos, me dejen expuesto, presa y botín de perros y aves de rapiña [82]. Esto es lo que te suplico, oh Zeus, y a la vez invoco a Hermes, el que conduce al mundo subterráneo, que bien me haga dormir [83], después que, sin convulsiones y en rápido salto, me haya traspasado el costado con esta espada.

Invoco también en mi ayuda a las siempre vírgenes, que sin cesar contemplan los sufrimientos de los mortales, a las augustas Erinis, de largos pasos, para que sepan cómo yo perezco, desdichado, por culpa de los Atridas. ¡Ojalá los arrebaten a ellos, malvados, del peor modo, destruidos por completo, igual que ven que yo caigo muerto por mi propia mano! ¡Así perezcan aniquilados por sus más queridos familiares! [84]. Venid, rápidas y vengadoras Erinis, hartaros, no tengáis clemencia con ninguno del ejército.

Y tú también, oh Sol, que el inaccesible cielo recorres en tu carro, cuando veas mi tierra patria, sujeta la rienda dorada y anuncia mi desgracia y mi destino a mi anciano padre y a mi desgraciada madre. De seguro que la infeliz, cuando oiga esta noticia, un gran gemido lanzará por toda la ciudad [85]. Pero no es provechoso lamentarse en vano de estas cosas, sino que hay que poner manos a la obra cuanto antes.

---

[82] Acción terrible para la mentalidad religiosa griega. Eso, en el caso de Polinices, da origen a la tragedia de *Antígona*. Electra amenaza a Egisto con hacer lo mismo con su cuerpo (cf. *Electra* 1487-88).

[83] Eufemismo.

[84] No olvidar que Agamenón muere a manos de su esposa.

[85] Ecos homéricos. Recuérdese el anuncio de la muerte de Héctor y el grito de Casandra (cf. *Ilíada* XXIV 703 ss.).

¡Oh Muerte, Muerte!, ven ahora a visitarme. Pero a ti también allí[86] te hablaré cuando viva contigo, en cambio a ti, oh resplandor actual del brillante día, y a ti, el auriga Sol, os saludo por última vez y nunca más lo haré de nuevo. ¡Oh luz, oh suelo sagrado de mi tierra de Salamina!, ¡oh sede paterna de mi hogar, ilustre Atenas y raza familiar![87], ¡oh fuentes y ríos de aquí, llanura Troyana!, a vosotros os hablo y os digo adiós, ¡oh vosotros que habéis sido alimento para mí! Esta palabra es la última que os dirijo, las demás se las diré a los de abajo en el Hades.

(Ayax se lanza sobre la espada y muere. Queda oculto entre la maleza. Entra el Coro buscando a Ayax. Viene dividido en dos semicoros.)

PRIMER SEMICORO.

La angustia arrastra angustia sobre angustia. Pues ¿por dónde, por dónde, por dónde no he pasado yo? Ningún lugar sabe socorrerme. Atención, atención, de nuevo oigo un ruido.

SEGUNDO SEMICORO.

De nosotros, tus compañeros de la nave.

PRIMER SEMICORO.

¿Y qué, pues?

SEGUNDO SEMICORO.

Está explorado todo el lado occidental de las naves.

PRIMER SEMICORO.

¿Has obtenido...?

---

[86] En el Hades. La Muerte y el Sueño, según HESÍODO (*Teogonía* 758 ss.), son hijos de la Noche y viven cerca del Hades.

[87] La presencia de Atenas es constante en la tragedia griega.

SEGUNDO SEMICORO.

Enorme fatiga y nada nuevo a la vista.

PRIMER SEMICORO.

Pero tampoco el hombre se ha aparecido por parte alguna en la ruta del Oriente.

CORO.

Estrofa.

¿Quién, quién entre los afanados pescadores que sin descanso hacen su pesca, o cuál de las diosas del Olimpo[88]*, o de los ríos que corren al Bósforo, si en alguna parte ha visto errante al de fiero corazón, podría decírmelo a voces? Es terrible que yo, que ando errante con grandes fatigas, no pueda llegar junto a él en un recorrido favorable y no pueda ver dónde está ese hombre de descarriada mente.*

(Se oyen lamentos detrás de los matorrales.)

TECMESA. — ¡Ay de mí, ay!

CORIFEO. — ¿De quién es ese grito cercano que ha partido del bosque?

TECMESA. — ¡Ah, desdichada!

CORIFEO. — Reconozco a la infeliz mujer conquistada por la lanza, a Tecmesa, profundamente afectada, a juzgar por este lamento.

(Aparece Tecmesa.)

TECMESA. — ¡Estoy perdida, estoy muerta, destrozada, amigos!

CORO.

¿Qué sucede?

TECMESA. — Áyax yace aquí, se nos acaba de sacrificar atravesado por la espada que está oculta.

---

[88] El Olimpo de los montes Misios, cercano a la Tróade. Véase nota 74 de esta misma tragedia.

CORO.

¡Ay de mi regreso! ¡Ay, has matado a la vez, oh señor, a este compañero de travesía, oh desgraciado de mí! ¡Oh desdichada mujer!

TECMESA. — Estando éste como está, hay motivo para dar ayes.

CORIFEO. — ¿Y por mano de quién el desdichado lo llevó a cabo?

TECMESA. — Él mismo por sí mismo. Es evidente: la espada sobre la que ha caído, clavada por él en tierra, lo manifiesta.

CORO.

¡Ay, qué desgracia la mía! Por lo visto tú solo te has dado muerte, sin protección de amigos. Y yo, sordo a todo, sin enterarme de nada, me despreocupé. ¿Dónde, dónde yace el obstinado Ayax, de funesto nombre?

TECMESA. — No está para ser visto. Yo lo cubriré con este manto que le abarca por completo [89], ya que nadie, ni siquiera un amigo, podría soportar verle expulsando negra sangre por las narices y de su mortal herida por su propio suicidio. ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Quién de tus amigos te levantará? ¿Dónde está Teucro? ¡Qué a punto vendría, si llegara, para ayudarme a enterrar a su hermano! Aquí yaces muerto, ¡oh infortunado Ayax!, siendo cual eres. ¡En qué estado te encuentras, que te hace merecedor de alcanzar lamentos, incluso, de tus enemigos!

---

[89] El actor que desempeñaba el papel de Ayax, ahora hace el de Teucro. Este túmulo era una efigie tapada casi por completo, visible en la escena. Lo mismo encontramos en *Antígona* (v. 1258) representando a Hemón y en *Electra* con el cuerpo de Clitemestra (v. 1466).

Coro.

Antístrofa.

¡Desventurado! Al final ibas, ibas a cumplir, por tu obstinado corazón, tu fatal destino de inmensos males. ¡Qué odiosas quejas exhalabas, corazón cruel, contra los Atridas de día y de noche, con funesto sentimiento! ¡Grande en desgracias fue aquel día desde el principio, cuando tuvo lugar un certamen de valor por las armas!

Tecmesa. — ¡Ay de mí!

Corifeo. — Llega a tus entrañas una auténtica aflicción.

Tecmesa. — ¡Ay, ay de mí!

Corifeo. — Nada me asombra que doblemente te lamentes, mujer, cuando acabas de perder tal ser querido.

Tecmesa. — A ti te es posible imaginarlo, pero en mí hay un desmesurado sentimiento.

Coro.

Lo confirmo.

Tecmesa. — ¡Ay de mí, hijo! ¡Hacia qué yugos de esclavitud nos encaminamos, qué clase de protectores nos vigilan!

Coro.

¡Ah! En tu aflicción has nombrado inenarrables hechos de los dos implacables Atridas. Pero, ¡ojalá lo impida la divinidad!

Tecmesa. — No se habría llegado a esta situación sin la colaboración de los dioses!

Corifeo. — Pesada, por encima de nuestras fuerzas, es la carga que nos han impuesto.

Tecmesa. — Palas, la terrible diosa hija de Zeus, ha causado, sin embargo, tal dolor para agrado de Odiseo.

CORO.

Sin duda que el muy osado varón [90] *se ensoberbece en su sombrío corazón y ríe por estos frenéticos males con estentórea carcajada, ¡ay, ay!, y juntamente los dos soberanos Atridas al escucharlo.*

TECMESA. — Pues bien, ¡que ellos se rían y se regocijen con las desgracias de éste! Que, tal vez, aunque no le echaban de menos mientras vivía, le lamenten muerto por la necesidad de su lanza [91]. Los torpes no conocen lo valioso, aun teniéndolo en sus manos, hasta que se lo arrebatan.

Su muerte me es amarga, en la medida que es dulce para aquéllos y, para él mismo, es agradable. Lo que deseaba obtener lo ha conseguido para sí: la muerte que quería. ¿Por qué, en ese caso, podrían reírse de él? A los dioses concierne su muerte, no a aquéllos, no. Según eso, que se jacte Odiseo con argumentos vanos. Áyax no existe ya para ellos, se ha ido dejándome penas y lamentos.

(Tecmesa sale. Se oyen los lamentos de Teucro antes de que aparezca en escena.)

TEUCRO. — ¡Ay de mí, ay!

CORIFEO. — Silencio. Me parece estar oyendo la voz de Teucro, que deja oír un canto acorde con esta desgracia.

(Aparece Teucro.)

TEUCRO. — ¡Oh muy querido Áyax! ¡Oh rostro fraterno para mí! ¿Es verdad que has sucumbido como el rumor asegura?

CORIFEO. — El héroe ha perecido, Teucro, entérate.

TEUCRO. — ¡Ay de mí! ¡Cruel es, pues, mi suerte!

CORIFEO. — Como que estando así las cosas...

TEUCRO. — ¡Ah, desgraciado de mí, desgraciado!

---

[90] Odiseo.

[91] En los combates contra los troyanos.

CORIFEO. — ... hay razón para gemir.

TEUCRO. — ¡Oh impetuoso sufrimiento!

CORIFEO. — Excesivo, en verdad, Teucro.

TEUCRO. — ¡Ah, infortunado! ¿Qué es de su hijo? ¿Dónde se encuentra en la tierra de Troya?

CORIFEO. — Está solo junto a las tiendas.

TEUCRO. — ¿No lo traerás cuanto antes aquí, no sea que alguno con malas intenciones lo arrebate como a un cachorro de leona sin protección? Ve, apresúrate, socórrele[92]. Todos suelen reírse de los muertos tan pronto como están caídos.

CORIFEO. — Ciertamente que cuando aquel varón aún vivía, Teucro, encargó que te cuidaras de él[93] como lo estás haciendo.

TEUCRO. — ¡Oh el más doloroso, para mí, de cuantos espectáculos he contemplado con mis ojos, y camino, de todos los caminos, el que más ha afligido mi alma, el que ahora he hecho, oh queridísimo Áyax, lanzándome a seguir tu rastro, una vez que me enteré de tu muerte! La noticia acerca de ti rápidamente, como si fuera de una divinidad, corrió a través de todos los Aqueos: que habías muerto. Yo, desdichado, al oírlo, mientras estaba ausente, gemía y ahora, al verte, me muero. ¡Ay!

(A un esclavo.) Ea, descúbrelo para que vea la desgracia en todo su alcance. ¡Oh rostro terrible de contemplar y de cruel audacia[94], cuántas amarguras siembras en mí con tu muerte! ¿Adónde me es posible ir, a qué mortales, ya que no te serví de ayuda en tus dolores? ¡Sí que me va a recibir con buena cara y propicio Telamón, tu padre a la vez que mío, cuando llegue

---

[92] No está claro si esta orden va dirigida al Corifeo o a Tecmesa.

[93] El hijo de Áyax, Eurísaces.

[94] Rostro que refleja la audacia del suicida.

sin ti! Y ¿cómo no?, si a él ni en la prosperidad le es natural una agradable sonrisa. ¿Qué guardará, qué insulto no dirá al bastardo nacido de una cautiva enemiga [95], al que te ha traicionado por temor y por cobardía, a ti, muy querido Áyax, acaso con engaños, para obtener tus privilegios y tu palacio, una vez muerto? Tales cosas dirá ese hombre iracundo, pesaroso en su vejez, que por nada se encoleriza y llega hasta la disputa.

Y, finalmente, seré desterrado, echado del país, mostrándome en habladurías como un esclavo, en lugar de como un hombre libre. Tales cosas me aguardan en mi patria. Y en Troya tengo muchos enemigos y pocas ayudas, y todo esto lo he encontrado con tu muerte, ¡ay de mí! ¿Qué haré? ¿Cómo te arrancaré de esta cortante espada de resplandeciente filo, desdichado, por la cual has perecido? ¿Has visto cómo al cabo del tiempo iba Héctor, incluso muerto, a matarte?

Considerad, por los dioses, la suerte de estos dos hombres: Héctor, sujeto al barandal del carro por el cinturón con el que precisamente fue obsequiado por éste [96], fue desgarrándose hasta que expiró [97]. Y éste, que poseía este don de aquél, ha perecido en mortal caída por causa de la espada. ¿No es Erinis, acaso, la que forjó esta espada y Hades, fiero artesano, lo otro? Yo, ciertamente, diría que éstas, así como todas las cosas, las traman siempre los dioses para los hombres. Y para quien estos pensamientos no sean aceptables en

[95] Se refiere a él mismo, hijo de Telamón y de una mujer tomada en campaña como botín de guerra, Hesíone.

[96] Por Áyax.

[97] Versión extraña para nosotros en relación con el final que, en la *Ilíada*, se relata del héroe, muerto por Aquiles y arrastrado su cuerpo (*Ilíada* XXII 395 ss.). No sabemos de dónde ha tomado Sófocles esta versión. Tal vez de uno de los poemas del ciclo épico, de la *Etiópida* o de la *Pequeña Ilíada*.

su creencia, que él se conforme con los suyos y yo con éstos.

CORIFEO. — No te extiendas demasiado, antes bien, piensa en seguida cómo enterrarás al hombre y qué vas a decir. Pues veo un enemigo, y tal vez venga a reírse de nuestras desgracias, cual haría un malvado.

TEUCRO. — ¿Quién es el guerrero del ejército que ves?

CORIFEO. — Menelao, en cuyo provecho emprendimos esta travesía.

TEUCRO. — Ya veo, pues de cerca no es difícil reconocerlo.

(Entra Menelao con su séquito.)

MENELAO. — ¡Eh, tú, te ordeno que no entierres ese cadáver con tus manos, sino que lo dejes como está!

TEUCRO. — ¿Con qué objeto has malgastado tantas palabras?

MENELAO. — Porque así nos parece bien a mí y al que manda el ejército.

TEUCRO. — ¿Y no podrías decir qué razón invocáis?

MENELAO. — Que, habiendo creído traernos de la patria con él a un aliado y amigo de los Aqueos, nos hemos encontrado, tras una prueba, a alguien peor que los frigios [98], un hombre que, tras maquinar la destrucción para todo el ejército, salió por la noche a sembrar la muerte con su espada. Y, si uno de los dioses no hubiera amortiguado este intento, seríamos nosotros los que yaceríamos muertos de la peor de las muertes, cual el destino que ése ha obtenido, mientras que él estaría vivo. Pero un dios cambió el rumbo de su insolencia para hacerla recaer en carneros y rebaños.

Por ello, ningún hombre existe con tanto poder como para enterrar en la sepultura su cuerpo, sino que,

---

[98] Frigios es aquí sinónimo de Troyanos. En la *Ilíada* eran distintos, aunque aliados.

abandonado en la parda arena, será pasto para las marinas aves. Y, ante esto, no te exaltes en cólera terrible; pues, si estando vivo no fuimos capaces de dominarle, lo haremos por completo ahora que está muerto, aunque tú no quieras, controlándole en nuestras manos.

Nunca quiso escuchar mis palabras cuando vivía. Y en verdad que es propio de un malvado el que, como hombre del pueblo, no tenga en nada el obedecer a los que están al frente. En efecto, en una ciudad donde no reinase el temor, nunca se llevarían las leyes a buen cumplimiento, ni podría ser ya prudentemente guiado un ejército, si no hubiera una defensa del miedo y del respeto [99]. Y es preciso que el hombre, aunque sea corpulento, crea que puede caer, incluso por un pequeño contratiempo. Quien tiene temor y, a la vez, vergüenza sabe bien que tiene salvación. Y donde se permite la insolencia y hacer lo que se quiera, piensa que una ciudad tal, con el tiempo caería al fondo, aunque corrieran vientos favorables. Que tenga yo también un oportuno temor, y no creamos que, si hacemos lo que nos viene en gana, no lo pagaremos a nuestra vez con cosas que nos aflijan.

Alternativamente llegan las situaciones. Antes era éste el fiero insolente, y ahora soy yo, a mi vez, el que estoy engreído y te mando que no des sepultura a éste para que no caigas tú mismo en la tumba, si lo haces.

CORIFEO. — Menelao, después de haber dado sabias sentencias, no seas luego tú el insolente con los muertos [100].

---

99 Recuérdense las palabras de Creonte (*Antígona* 666 ss.), que, en términos semejantes, pide la obediencia a las normas establecidas. Ya en HOMERO aparecen argumentos en pro del orden y la obediencia (*Ilíada* II 204).

100 Menelao ha condenado la conducta de Ayax, porque desafió las leyes humanas. Ahora, los marineros le advierten de si no estará él desafiando las leyes de los dioses con sus palabras.

TEUCRO. — Nunca, varones, me podré extrañar de que un hombre que no haya sido nada en sus orígenes después cometa faltas, cuando los que parecen haber nacido nobles yerran con tales razones en sus discursos. ¡Ea, dilo otra vez desde el principio! ¿Es que afirmas tú que trajiste a este hombre aquí por haberlo elegido como aliado de los aqueos? ¿No se embarcó espontáneamente, siendo como era dueño de sí mismo? ¿Con qué razón eres tú el jefe de éste? ¿Con qué razón te permites mandar sobre unas tropas que él trajo de su patria?

Has llegado como rey de Esparta, no como soberano nuestro. Nunca ha sido establecida una norma de autoridad, según la cual dispusieras tú sobre él más que él sobre ti. Has navegado aquí en calidad de lugarteniente de los demás, no de general de todos como para mandar alguna vez sobre Áyax. Así que da órdenes a los que gobiernas y repréndeles a ellos con las altivas palabras; que a éste, ya ordenes tú que no, ya lo haga otro general, yo lo pondré en una tumba con todo derecho sin temor a tu lengua. Porque él no entró en campaña por causa de tu mujer, como los que están llenos de agobio por doquier [101], sino por los juramentos a los que estaba ligado [102]. Y para nada lo hizo por ti, pues no tenía en cuenta a los don nadies.

Para refutar esto, ven aquí con más heraldos y con el general en jefe. No me volvería yo por el ruido que hagas, mientras seas cual precisamente eres.

CORIFEO. — No me gusta tampoco un lenguaje así en las desgracias. Las palabras duras, aunque estén cargadas de razón, muerden.

---

[101] Otro ejemplo del anacronismo. Parece estar pensando Sófocles en los periecos e hilotas, clases sociales inferiores en el Peloponeso, que servían en las armadas de los nobles espartanos.

[102] Ver luego *Filoctetes,* nota 4.

MENELAO. — El arquero parece no razonar con humildad [103].

TEUCRO. — No he adquirido un arte mezquino.

MENELAO. — Grande sería tu jactancia, si tomaras un escudo.

TEUCRO. — Incluso desarmado me defendería de ti, aunque tú tuvieras armas.

MENELAO. — ¡A qué terrible valor da aliento tu lengua!

TEUCRO. — Con la razón de mi parte, es posible mostrarse orgulloso.

MENELAO. — ¿Es que es justo portarse bien con el hombre que me ha matado?

TEUCRO. — ¿Que te ha matado? Extraño es, en verdad, lo que dices, si vives después de muerto.

MENELAO. — Un dios me puso a salvo, pues por éste estaría muerto.

TEUCRO. — No deshonres, pues, a los dioses, si has sido salvado por ellos.

MENELAO. — ¿Es que yo estoy reprobando las leyes de los dioses?

TEUCRO. — Sí, si impides enterrar a los muertos con tu presencia.

MENELAO. — Yo mismo lo impido a los que son mis propios enemigos. Pues no es decoroso.

TEUCRO. — ¿Es que Áyax se colocó frente a ti como tu enemigo? [104].

MENELAO. — Nuestro odio era mutuo y tú lo sabías.

---

103 El término «arquero» había adquirido en Atenas una connotación peyorativa, ya que muchos de los arqueros eran bárbaros escitas. En la *Ilíada*, no obstante, se reconoce la habilidad y el valor de Teucro como arquero. Los mejores arqueros entre los aqueos eran Filoctetes, Odiseo y Teucro.

104 Teucro quiere probar que Menelao tenía algo personal contra Áyax y que éste no era un enemigo común.

TEUCRO. — Porque fuiste descubierto como un ladrón amañador de votos contra él [105].

MENELAO. — Por los jueces, que no por mí, se vio en eso frustrado.

TEUCRO. — Tú podías a escondidas haber hecho hábilmente muchas acciones perversas.

MENELAO. — Esta acusación va contra algún otro para su tormento.

TEUCRO. — No mayor, a lo que parece, que el que causaremos nosotros.

MENELAO. — Sólo una cosa te diré: a éste no se le va a enterrar.

TEUCRO. — Tú, a tu vez, escucha: a éste se le enterrará.

MENELAO. — En una ocasión, ya conocí yo a un hombre osado en sus palabras que animaba a los marineros a navegar en medio del mal tiempo. Su voz, en cambio, no la hubieras encontrado cuando estaba en lo peor de la tempestad, sino que, oculto por su manto, se dejaba pisotear por cualquiera de los marineros. Así también, respecto a ti y a tu fiera boca, tal vez un gran huracán que sople desde una pequeña nube podría ahogar tu incesante griterío.

TEUCRO. — Yo también he visto a un hombre lleno de insensatez que se comportaba insolentemente con ocasión de las desgracias de los que le rodeaban. Entonces, observándolo alguien parecido a mí y semejante en su carácter, le dijo lo siguiente: «¡Oh hombre, no te comportes mal con los muertos. Si lo haces sabe que te dolerás!» Así amonestaba, a la cara, al malhadado varón. Le estoy viendo y me parece que no es otro que tú. ¿Acaso he hablado enigmáticamente?

MENELAO. — Me voy. Sería una vergüenza que alguien

---

105 Alusión al juicio por las armas de Aquiles.

se enterara de que castigo con palabras a quien es posible someter por la fuerza.

TEUCRO. — Vete, entonces. También para mí sería muy vergonzoso escuchar a un hombre necio que dice palabras desagradables.

(Sale Menelao.)

CORO.

Habrá una contienda de gran porfía. Ea, Teucro, apresurándote cuanto puedas, lánzate a buscar una oquedad profunda para éste, y allí ocupará su sombría tumba de eterno recuerdo para los hombres.

(Entra Tecmesa acompañada de su hijo.)

TEUCRO. — Ciertamente en el momento oportuno se presentan aquí el hijo y la mujer de este hombre para cuidar de la sepultura de este desventurado cadáver [106]. ¡Oh hijo, acércate aquí, colócate a su lado y, como suplicante, toca al padre que te engendró! [107]. Siéntate implorante, teniendo entretanto en tus manos cabellos míos, de éste y, en tercer lugar, tuyos [108], tesoro del suplicante. Y, si algún guerrero te apartara por la fuerza de este cadáver, que, como criminal, sea arrojado por las malas de esta tierra, insepulto, extinguido todo su

---

106 Frase, de amplio significado, que incluye los ritos funerarios debidos a un cadáver: lavarlo y vestir el cuerpo (*Antígona* 901), que correrán a cargo de Tecmesa, y derramar libaciones, en lo que Eurísaces también puede participar.

107 Teucro va a marcharse a buscar un lugar para la sepultura de Áyax; pero antes insiste en que el niño ponga la mano en el cuerpo de su padre en actitud de suplicante estando de rodillas, porque sabe que mientras está en tal actitud nadie podrá tocar el cuerpo sin una ofensa a Zeus, dios de los suplicantes.

108 Para ofrecérselos al muerto. Así también Electra se lo propone a Crisótemis (*Electra* 449). El simbolismo de esta acción es que la persona de la que se ha cortado el rizo se inmola al muerto y le acompaña a la región de las sombras.

linaje desde la raíz, así como yo corto este rizo [109]. Tenlo, oh niño y cuídalo, y que nadie te mueva, antes bien, arrodillándote, sujétate a él. Y vosotros [110], no estéis parados a su lado como mujeres, en lugar de como hombres, y socorredle hasta que yo vuelva de ocuparme de la sepultura para éste, aunque nadie me lo permita.

CORO.

Estrofa 1.ª

¿Cuál será el último? ¿Para cuándo se terminará el número de los errantes años que me trae, constantemente, la desgracia sin fin de las fatigas marciales en la espaciosa Troya, afrenta infortunada de los helenos?

Antístrofa 1.ª

¡Ojalá antes se hubiera sumergido en el amplio cielo o en el Hades, común a todos, aquel hombre que mostró a los helenos la guerra de odiosas armas [111] *que a todos afecta! ¡Oh infortunios creadores de infortunios nuevos! Ella fue la que empezó a destruir a los hombres.*

Estrofa 2.ª

Aquélla no me concedió que me acompañara la satisfacción de las coronas ni de las profundas copas, ni el dulce sonido de las flautas, desdichado, ni pasar la noche en suave reposo. De los amores, de los amores me apartó, ¡ay de mí! Y yazco así, desamparado, empapados mis cabellos siempre por abundantes rocíos, recuerdos de la funesta Troya.

---

[109] Acompañaba las palabras con la acción.

[110] Al Coro.

[111] Se refiere al supuesto inventor de la guerra, no a un personaje concreto.

Antístrofa 2.ª

Antes yo tenía en el aguerrido Áyax una defensa del incesante temor nocturno. Pero ahora él está entregado a un odioso destino. ¿Qué goce, qué goce aún me queda? ¡Ojalá estuviera allí donde me protegiera el promontorio cubierto de bosque y bañado por el mar, al pie de la alta meseta de Sunion, para saludar a la sagrada Atenas!

(Teucro entra en escena.)

TEUCRO. — Me he dado prisa al ver venir hacia aquí al jefe Agamenón. Es evidente que contra mí va a desatar su infausta lengua.

(Entra Agamenón.)

AGAMENÓN. — ¿Eres tú el que te atreves a proferir impunemente —según me dicen— terribles palabras contra mí? A ti me dirijo, al hijo de la esclava. En verdad que te jactarías con mucho orgullo y andarías muy estirado [112], si de una madre noble hubieras nacido, ya que, no siendo nada, nos has hecho frente defendiendo a quien nada era y has afirmado solemnemente que nosotros no hemos venido como generales ni como almirantes de los aqueos ni de ti, sino que, según tú dices, Áyax se embarcó mandando sobre sí mismo.

¿No son grandes afrentas para escuchar de esclavos? ¿Por qué clase de hombre has dado esos arrogantes gritos? ¿Adónde ha ido él o en dónde ha estado que yo no estuviera? ¿Es que no tienen los aqueos más guerrero que éste? Cruel fue el concurso, al parecer, que proclamamos entonces entre los argivos por las armas de Aquiles, si por doquier vamos a aparecer como malvados según Teucro, y si no va a bastar ni el que quedéis vencidos para que os sometáis a lo que a la mayoría de los jueces pareció bien, sino que siempre los que

112 Literalmente: «sobre la punta de los pies».

habéis perdido nos vais a saetear con insultos o a agredir con traición.

Como resultado de esta conducta, sin embargo, nunca se podría llegar a establecer ninguna ley, si rechazamos a los que con justicia han vencido y llevamos adelante a los que están atrás. ¡Hay que impedir eso! No son los más seguros los hombres grandes y de anchas espaldas, sino que en todas partes vencen los que razonan prudentemente. A un buey de anchos costados con un pequeño látigo, sin embargo, se le conduce derecho en su camino. Y yo veo que este remedio a no tardar te convendrá a ti, si no adquieres algo de juicio. Porque, no existiendo ya ese hombre, sino que es ya una sombra, te insolentas con arrojo y te expresas audazmente. ¿No te harás razonable? Y si te das cuenta de quién eres por tu origen, ¿no traerás aquí a algún otro hombre, a uno libre, para que ante nosotros defienda tu causa en tu lugar? [113]. Yo no te comprendería cuando hablases, pues no conozco la lengua bárbara [114].

Corifeo. — ¡Ojalá tuvierais vosotros dos la inteligencia de ser sensatos! Nada mejor que esto puedo deciros.

Teucro. — ¡Ay! ¡Cuán rápidamente se pierde para los mortales el agradecimiento al que ha muerto! ¿Puede ser considerada una *traición* el que este hombre ya no guarde de ti ni un pequeño recuerdo en sus palabras, Áyax, por quien tantas veces tú te has esforzado exponiendo tu vida con la lanza? ¡Todas estas cosas dejadas de lado se han desvanecido! ¡Oh tú, que acabas de decir muchas e insensatas palabras!, ¿no te acuerdas ya cuando, en cierta ocasión en que vosotros

---

113 El derecho ático contemporáneo de Sófocles no daba validez al testimonio de un esclavo que no fuera avalado por su amo. Teucro reacciona agriamente ante este insulto.

114 Sigue el tono ofensivo. Hesíone era troyana.

estabais encerrados dentro de vuestros muros, reducidos ya a la nada en la fuga del ejército, éste, yendo él solo, os salvó, a pesar de estar ardiendo ya el fuego en torno a las cubiertas extremas de los barcos y de que Héctor estaba a punto de saltar desde arriba por encima de los fosos a las naves? [115]. ¿Quién lo impidió? ¿No fue éste el que lo hizo, de quien tú dices que nunca puso el pie donde tú no estuvieras? [116]. ¿Es que para vosotros no lo hizo según debía?

¿Y cuando otra vez él, en persona, porque le tocó en suerte [117] y no por haber sido mandado, se enfrentó solo a Héctor, también solo, echando ante todos no la bola que desertara, un grumo de húmeda tierra [118], sino la que iba a saltar en primer lugar del yelmo de hermoso penacho? Él era quien hacía estas hazañas y yo a su lado, el esclavo, el nacido de madre bárbara.

¡Desdichado! ¿Adónde podrías mirar al pronunciar tus palabras? ¿Es que no sabes que el legendario Pélope, el que fue padre de tu padre, era bárbaro, un frigio; que Atreo, el que, a su vez, te engendró, ofreció a su hermano [119] el más impío banquete, el de sus propios hijos; que tú mismo has nacido de una madre cretense [120], y que, sorprendiendo en brazos de ella a

---

[115] Combate narrado en *Ilíada* VII 38-312.

[116] Técnica, propia de la sofística, en que a un discurso, como tesis, se le opone otro que lo refuta, contratesis o antítesis. Sófocles no puede sustraerse a la influencia ambiental.

[117] Las situaciones que nos describe no se corresponden exactamente con las que la *Ilíada*.

[118] Alude a la estratagema de Cresfonte, uno de los Heraclidas, quien, al repartirse el Peloponeso, echó en la urna un terrón de tierra húmeda que se deshizo y, así, consiguió el último lote, que era el que deseaba. Aquí se utilizó un casco como recipiente para los guijarros del sorteo, a modo de improvisada urna de guerra.

[119] Tiestes.

[120] Aérope, nieta de Minos e hija de Catreo. Según esta ver-

un hombre extranjero, su propio padre la hizo arrojar a los mudos peces como pasto? Y siendo de tal clase, ¿me haces reproches sobre mi origen, a mí que he nacido de mi padre Telamón, aquel que, por sobresalir en el ejército por su valor, obtuvo a mi madre como esposa, la que era por su nacimiento princesa, hija de Laomedonte? Se la ofreció como escogido regalo el hijo de Alcmena [121].

Si he nacido así noble, de padre y madre nobles, ¿podría acaso deshonrar al que es de mi sangre, al que en tan gran miseria yace y a quien tú ahora quieres arrojar insepulto? ¿Y no te avergüenzas de decirlo? Pues bien, entérate de esto: si echáis a éste a alguna parte tendréis que echarnos a la vez a nosotros tres, muertos, a su lado [122]. Porque es evidente que es más honroso para mí morir esforzándome en defensa de Áyax, que por tu mujer, o ¿por la de tu hermano he de decir? Ante esto, atiende no a mi interés, sino al tuyo, puesto que, si me ofendes en algo, preferirás algún día haber sido, incluso, cobarde conmigo a valiente.

(Entra Odiseo.)

CORIFEO. — Soberano Odiseo, sabe que has llegado muy oportunamente, si te presentas no para complicar las cosas, sino para resolverlas.

ODISEO. — ¿Qué ocurre, guerreros? Desde lejos oí el griterío de los Atridas sobre el cadáver de este valiente.

AGAMENÓN. — ¿Acaso no estábamos escuchando hace

---

sión, su padre la entregó a Nauplio para que la arrojara al mar por haberse entregado a un esclavo. Éste, sin embargo, la casó con Atreo.

121 Heracles, que la había salvado del monstruo a quien estaba ofrecida en sacrificio y al que había enviado Posidón por haber sido defraudado en las promesas que le había hecho Laomedonte.

122 Teucro, Tecmesa y Eurísaces.

muy poco, rey Odiseo, palabras muy ultrajantes en boca de este hombre?

ODISEO. — ¿Cuáles? Porque yo soy indulgente con el hombre que lanza palabras injuriosas cuando también él las oye.

AGAMENÓN. — Oyó afrentas, porque él hacía lo mismo contra mí.

ODISEO. — ¿Y qué hizo contra ti como para que lo tengas por una ofensa?

AGAMENÓN. — Dijo que no permitiría que este cadáver quedara privado de sepultura, sino que lo enterrará contra mi voluntad.

ODISEO. — ¿Le es posible a un amigo decirte la verdad y seguir siendo tan amigo como antes?

AGAMENÓN. — Dímela. Si no fuera así, estaría loco, ya que te considero el mejor amigo entre los argivos.

ODISEO. — Escucha, pues. No te atrevas, por los dioses, a exponer así cruelmente a este hombre insepulto, y que la violencia no se apodere de ti para odiarle hasta el punto de pisotear la justicia. También para mí era el peor enemigo del ejército desde que me hice con las armas de Aquiles, pero yo no le respondería con injurias hasta negar que he visto en él al más valiente de cuantos argivos llegamos a Troya, después de Aquiles. De modo que en justicia no podría ser deshonrado por ti, pues no destruirías a éste sino las leyes de los dioses. Y no es justo dañar a un hombre valiente si muere, ni aunque le odies.

AGAMENÓN. — ¿Tú, Odiseo, tomas en este asunto la defensa de éste contra mí?

ODISEO. — Sí, le odiaba cuando hacerlo era decoroso.

AGAMENÓN. — ¿No debías tú también pisotear al muerto?

ODISEO. — No te alegres, Atrida, de provechos que no son honestos.

AGAMENÓN. — No es fácil que un tirano sea piadoso.

ODISEO. — Pero sí que honre a los amigos que le dan buenos consejos.

AGAMENÓN. — Es preciso que el hombre noble obedezca a los que tienen el poder.

ODISEO. — Desiste. Seguirás mandando aunque seas vencido por un amigo.

AGAMENÓN. — Recuerda a qué clase de hombre le estás concediendo el favor.

ODISEO. — Este hombre era un enemigo, pero de noble raza.

AGAMENÓN. — ¿Qué harás, entonces?, ¿así respetas un cadáver enemigo?

ODISEO. — El valor puede en mí más que su enemistad.

AGAMENÓN. — ¿Así de volubles son entre los mortales algunos hombres?

ODISEO. — Ciertamente, muchos son amigos en un momento y después son enemigos.

AGAMENÓN. — ¿Son ésos los amigos que tú aconsejas que tengamos?

ODISEO. — Yo no suelo aconsejar tener un alma inflexible.

AGAMENÓN. — Nos harás aparecer cobardes en el día de hoy.

ODISEO. — No, sino hombres justos a los ojos de todos los helenos.

AGAMENÓN. — ¿Me ordenas que permita sepultar al cadáver?

ODISEO. — Sí, pues yo mismo también llegaré a esa situación.

AGAMENÓN. — ¡Todo es igual! Cada cual se afana por sí mismo.

ODISEO. — ¿Para quién es más natural que me afane que para mí mismo?

AGAMENÓN. — Tuya será considerada esta acción, que no mía.

ODISEO. — De cualquier modo que obres serás honrado.

AGAMENÓN. — Pero al menos sabe bien esto: que yo te concedería un favor incluso mayor que éste; pero que ése [123], aquí y allí, será para mí siempre el más odioso. Tú puedes hacer lo que quieras.

(Sale Agamenón.)

CORIFEO. — Aquel que diga que tú, Odiseo, siendo de esta manera, no eres en tus decisiones un sabio, es un hombre necio.

ODISEO. — Y ahora, a partir de este momento, comunico a Teucro que, en la medida en que era antes enemigo, es ahora amigo y que estoy dispuesto a ayudarle a sepultar este cadáver y a hacer con él los preparativos sin omitir ninguna de cuantas cosas deben los hombres preparar a los varones excelentes.

TEUCRO. — Muy noble Odiseo, todos los motivos tengo para alabarte por tus palabras. Mucho me has engañado en mi presentimiento, pues siendo el mayor enemigo de entre los argivos para éste, sólo tú has acudido a su defensa con actos y no has osado, estando tú vivo, hacer ultrajes desmesurados en presencia del muerto, como ha hecho el jefe, ese loco, que, habiéndose presentado él en persona y su hermano, quiso arrojarle ignominiosamente sin sepultura.

Por ello, que el Padre que domina en el Olimpo, la implacable Erinis y la Justicia que castiga les hagan perecer de mala manera a los malvados, al igual que indignamente querían echar ellos a nuestro héroe con afrentas.

En cuanto a ti, oh vástago del anciano Laertes, no me atrevo a permitirte que intervengas en este enterra-

123 Áyax.

miento, no sea que haga, con ello, algo enojoso para el muerto. Pero en todo lo demás participa también y, si quieres traerte a alguien del ejército, no tendremos inconveniente. Yo prepararé lo que me corresponde y tú sabe que eres para nosotros un hombre noble.

ODISEO. — Hubiera sido mi deseo, pero si no te es grato que haga esto, dándote la razón me voy.

(Sale Odiseo.)

TEUCRO. — *Basta, pues ya ha pasado mucho tiempo. Así que apresuraos los unos a hacer con vuestros brazos una fosa profunda, otros disponed un elevado trípode rodeado de fuego, propio para lavatorios rituales. Que un grupo de hombres traiga de la tienda su armadura y su escudo. Hijo, tú coge tiernamente a tu padre con todas tus fuerzas y ayúdame a levantarle por los costados. Las venas aún calientes exhalan una negra sangre. Pero vamos, que todo hombre que diga ser su amigo se apresure, que venga, afanándose por este hombre que fue noble en todo, y ninguno fue mejor entre los mortales; hablo de Ayax, cuando estaba vivo.*

CORIFEO. — *Ciertamente que a los mortales les es posible conocer muchas cosas al verlas. Pero antes nadie es adivino de cómo serán las cosas futuras.*

LAS TRAQUINIAS

INTRODUCCIÓN

ESTRUCTURA DEL DRAMA

PRÓLOGO (1-93). Deyanira declara a la nodriza su preocupación por Heracles, que lleva quince meses sin volver. Envía a Hilo, su hijo, a buscarlo.

PÁRODO (94-140). Entrada del Coro compuesto de mujeres de Traquis. Ellas no saben que Heracles está ya en Eubea y piden al dios Sol que les diga dónde se encuentra, si en el mar o en un continente. Mientras tanto, Deyanira no debe perder la esperanza, pues a los sufrimientos sigue la alegría, y Zeus no va a dejar de preocuparse por su hijo. Está compuesto de dos estrofas, dos antístrofas y epodo.

EPISODIO 1.º (141-496). Deyanira confía al Coro su especial motivo de preocupación por Heracles: ya se ha cumplido el tiempo que había señalado el oráculo. Se presenta un mensajero anunciando la llegada gloriosa de Heracles. El Coro lo celebra con un canto de danza o *hyporchema* (205-224). Llega Licas y cuenta la historia de Yole que luego desmiente el mensajero. Licas reconoce ante la reina la verdadera historia de la joven.

ESTÁSIMO 1.º (497-530). El Coro recuerda el día en que Deyanira, una bella joven, era el premio por el que Heracles lucha contra Aqueloo. Dos estrofas y dos antístrofas.

EPISODIO 2.º (531-632). Deyanira confía al Coro su plan para atraer el amor perdido de Heracles. Le envía como regalo una túnica que ha untado secretamente con un filtro de amor que le dio el centauro Neso. Licas parte para ofrecérsela al héroe.

ESTÁSIMO 2.º (633-662). El Coro celebrará con festivos sones la vuelta de Heracles victorioso y prendido en el amor de Deyanira por el efecto del hechizo. Se compone de dos estrofas y dos antístrofas.

EPISODIO 3.º (663-820). Deyanira sale del palacio y transmite al Coro su temor de que algún peligro aceche a Heracles por culpa del manto que le ha enviado. Entra Hilo y describe lo que aconteció, al llegar Licas con el presente de la túnica para Heracles, y los sufrimientos de éste, a quien transportan hacia casa maldiciendo a su madre. Deyanira en silencio entra en palacio.

ESTÁSIMO 3.º (821-862). El oráculo, dado doce años antes, se cumple ahora. Heracles muere por obra de Neso, pero la mano inconsciente ha sido Deyanira. Se adivina que Afrodita es la autora de estas cosas. Se compone de dos estrofas y dos antístrofas.

EPISODIO 4.º (863-946). Anuncio y descripción de la muerte de Deyanira.

ESTÁSIMO 4.º (947-970). El Coro lamenta la agonía de Heracles, que es conducido en comitiva a palacio. Está compuesto por dos estrofas y dos antístrofas.

ÉXODO (971-1278). Heracles lamenta su destino y da las últimas órdenes a su hijo. Incluye un diálogo lírico (1004-1043).

NOTA BIBLIOGRAFICA

R. C. JEBB, *The tragedies of Sophocles*, Cambridge, 1904.

— *Trachiniae*, Cambridge, 1908.

A. C. PEARSON, *Sophoclis Fabulae*, Oxford, 1924.

A. DAIN y P. MAZON, *Sophocle, I: Les Trachiniennes, Antigone*, París, 1955.

J. C. KAMERBEEK, *Trachiniae*, Leiden, 1959.

M. BENAVENTE, *Sófocles. Tragedias*, Madrid, 1970.

J. PALLÍ, *Sófocles. Teatro Completo*, Barcelona, 1973.

J. M. LUCAS, *Sófocles. Ayax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey*, Madrid, 1977.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Señalamos los pasajes en los que no hemos seguido el texto de A. C. Pearson.

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
88-89	[. . . ἐᾷ . . .]	εἶα
98	παῖς	[παῖς]
205	ἀνολολυξάτω	ἀνολολύξεται
219	εὐοῖ	⟨εὐοῖ⟩ εὐοῖ
222	ἴδε ἴδ'	ἴδ'
226	φρουρὰν	φρουρὰ
272	θατέρᾳ	θἀτέρᾳ
323	διήσει	διοίσει
328	αὕτη	αὑτῇ
331	. . . ἄλλην . . . λύπην	. . . λύπην . . . διπλῆν
379	ἡ κάρτα . . .	ΑΓ. Ἦ κάρτα . . .
384	πρέπονθ' αὑτῷ	πρέποντ' αὐτῷ
470	πιθοῦ	πείθου
526	μάτηρ	θατὴρ
564	ἡνίκ' ἦ 'ν	ἡνίκ' ἦν
621	οὔ τι	οὔ τοι
623	ἣν λέγεις	ὧν ἔχεις
628	αὐτή θ' ὡς	αὐτὴν ὡς
654	ἐπίπονον	ἐπιπόνων
660	πανάμερος	πανίμερος
661-2	τᾶς πειθοῦς παγχρίστῳ συντακεὶς θηρὸς ὕπο παρφάσει	τῷ Πειθοῦς παγχριστῷ συγκραθεὶς ἐπὶ προφάνσει θηρός
675	ἔχριον, ἀργῆς οἰὸς	ἔχριον ἀργῆτ', οἰὸς
770	ἀδαγμὸς	ὀδαγμὸς
816	καλός	καλῶς
837	νήματι;	φάσματι,
843	τὰ μὲν αὐτὰ	τὰ μὲν οὔτι
852-3	ἀναρσίων ⟨ὕπ'⟩ οὔπω . . .	⟨ἐξ⟩ ἀναρσίων οὔπω ⟨ποτ' ἄνδρ'⟩

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
869	ἀηδὴς	ἀήθης
879	σχετλίῳ	σχετλιώτατα
883	αἰχμὰ	αἰχμᾷ
911	τάς ἄπαιδας ... οἰκίας	τῆς ἐπ' ἄλλοις ... οὐσίας
941	ὀθούνεχ' εἶς	ὀθούνεκ' ἐκ
944	ἢ κἄτι	ἢ καί τι
946	παρῇ	πάθῃ
951	μελόμεν'	μένομεν
1014	οὐκέτι τρέψει	οὐκ ἐπιτρέψει
1019	σοὶ γὰρ ἑτοίμα	σοί τε γὰρ ἅμμα
1020	ἐς πλέον ἢ δι' ἐμοῦ	ἓν πλέον ἢ δύ' ἐμοῦ
1022	ἐξανύσαι βίοτον·	ἐξανύσαι· βιότου
1062	φύσις	φύσιν
1096	βίᾳ	βίαν
1160	ποτε	ὕπο
1191	ὑψίστου	ὕψιστον
1277	καινοπαγῆ	καινοπαθῆ

ARGUMENTO DE LA *BIBLIOTECA* DE APOLODORO (II 7, 5-7)

Habiéndose presentado Heracles en Calidón, pretendió en matrimonio a Deyanira, hija de Eneo, y en la lucha por las bodas con Aqueloo, que se había transformado en toro, le rompió uno de los cuernos. Se casó con Deyanira, pero Aqueloo le pidió su cuerno dándole a cambio el de Amaltea. Amaltea era hija de Hemonio y tenía un cuerno de toro. Éste, según dice Ferécides [fr. 37], tenía tal poder que ofrecía en abundancia bebida o comida, lo que se le pidiera. Heracles combatió, junto a los Calidonios, contra los Tesprotios y, tras tomar la ciudad de Éfira donde reinaba Filante, uniéndose a Astíoque, la hija de éste, llega a ser padre de Tlepólemo. Tras estos sucesos, estando en un festín con Eneo, habiéndole golpeado con el puño, mató, sin ninguna dificultad, a Éunomo, hijo de Arquíteles, que era pariente de Eneo. El padre del chico, por haber sido un accidente involuntario, le perdonó. Pero Heracles, según la ley, quiso imponerse el destierro y decidió irse a Traquis junto a Ceix. Llevándose a Deyanira, llegó al río Eveno, en donde estaba instalado Neso, el Centauro, y cruzaba por dinero a los que llegaban, diciendo que esta travesía la había conseguido de los dioses por ser justo. Heracles por sí mismo atravesó el río, pero

a Deyanira, pidiéndole que la transportara por una paga, se la confió a Neso. Durante la travesía, éste intentó violarla. Heracles, al oír sus gritos, saliendo, disparó a Neso una flecha en el corazón. Él, cuando estaba a punto de morir, llamando a Deyanira junto a sí, le dijo que prestara atención a recoger su sangre en una concha, si quería mantener el amor de Heracles; sacó el dardo sobre la concha y, habiéndola mezclado, le dio la sangre que manaba del extremo de la herida. Y ella, tras tomarla, la guardaba consigo. Al atravesar Heracles el territorio de los Dríopes y faltarle alimento, haciéndole frente Tiodamante que conducía una yunta de bueyes, soltó a uno de los bueyes y, sacrificándolo, se dio un banquete. Cuando llegó a Traquis, junto a Ceix, acogido por él, venció en combate a los Dríopes; y, a su vez, allí luchó juntamente con Egimio, rey de los dorios. En efecto, los lapitas combatían contra él por las lindes del país, al mando de Corono. Egimio, que estaba sitiado, mandó llamar a Heracles para que le ayudara a cambio de una parte del país. Habiendo acudido Heracles en su ayuda, mató a Corono, junto con los demás, y dejó libre todo el territorio. Mató también a Lágoras con sus hijos, rey de los Dríopes, aliado de los lapitas, en el recinto sagrado de Apolo. Cicno, el hijo de Ares y de Pelopia, cuando acudió él a Itono, le provocó a un combate singular. Tras haberse entablado, también a éste le mató. Cuando llegó a Ormenio, el rey Amintor no le permitió entrar con sus armas y, al ver que se le prohibía entrar, igualmente le mató. Una vez que llegó a Traquis, reunió en Ecalia un ejército deseando vengarse de Éurito. Con él estaban aliados los Arcadios, los Melios descendientes de Traquis y los Locrios epicnemidios y, tras matar a Éurito y a sus hijos, captura la ciudad y, después de enterrar a los que habían muerto entre los que habían combatido con él —a Hípaso,

el hijo de Ceix, y a Argio y Melas, hijos de Licimnio— y de haber saqueado la ciudad, se lleva a Yole como prisionera. Y abordando el promontorio Ceneo en Eubea, fundó un templo dedicado a Zeus Ceneo. Cuando estaba a punto de celebrar la ceremonia religiosa, envió a Licas como heraldo a Traquis que habría de venir con la brillante túnica. Deyanira, enterada por éste del asunto de Yole y temiendo que desde entonces amara a aquélla, creyendo que de verdad era un filtro la sangre que manó de Neso, con ella untó la túnica. Una vez que el manto estuvo expuesto al calor del sol, el veneno de la hidra le iba devorando; él despeñó a Licas y fue conducido en una nave hasta Traquis. Deyanira, sintiéndose culpable, se dio muerte a sí misma. Heracles, después de ordenar a Hilo, hijo mayor suyo y de Deyanira, que, al hacerse hombre, se casara con Yole, transportado al Eta, que es un monte de Traquis, y habiendo hecho una pira, le ordenó, al llegar, que prendiera fuego. Éste no quiso y Peante, que había acudido a buscar sus rebaños, tras ser el que prendiera fuego, recibió en recompensa el arco y las flechas de él. Se dice que, encendida la pira, surgió una nube acompañada de un trueno que le arrebató al cielo. Allí, habiendo obtenido la inmortalidad, se casó con Hebe, hija de Hera, y tuvo dos hijos, Alexiares y Aniceto.

PERSONAJES

DEYANIRA.
NODRIZA.
HILO.
CORO de mujeres.
MENSAJERO.
LICAS.
HERACLES.
ANCIANO.

DEYANIRA. — Hay una máxima que surgió entre los hombres desde hace tiempo, según la cual no se puede conocer completamente el destino de los mortales, ni si fue feliz o desgraciado para uno, hasta que muera. Sin embargo, yo sé, aun antes de llegar al Hades, que el mío es infortunado y triste. Yo, cuando habitaba aún en Pleurón [1], en la casa de mi padre Eneo, experimenté una repugnancia muy dolorosa por el matrimonio, en mayor grado que cualquier mujer etolia. En efecto, tenía como pretendiente un río, me refiero a Aqueloo [2], el cual, bajo tres apariencias, me pedía a mi padre. Se presentaba, unas veces, en figura de toro, otras, como una serpiente de piel moteada y, otras, con cara de buey en un cuerpo humano. De su sombrío mentón brotaban chorros de agua como de una fuente. Mientras yo esperaba temerosa a semejante pretendiente, pedía una y otra vez, desventurada, morir antes que acercarme nunca a este tálamo.

Algún tiempo después, llegó a mí, causándome gran

---

[1] Sófocles ha preferido designar a Pleurón como la ciudad donde reinaba Eneo, tal vez siguiendo a algún poeta anterior. Esta ciudad se encontraba a poca distancia de Calidón, que es la que tradicionalmente se ha considerado reino de Eneo. (Cf. *Ilíada* IX 529; APOLODORO, II 7, 5.) OVIDIO llama Calidonia a Deyanira (*Metamorfosis* IX 112).

[2] Es el mayor río de Grecia. Se le personifica como el dios Aqueloo y se le considera el primogénito de los dioses-río. Era hijo mayor de Océano y Tetis. Discurre formando la frontera occidental de Etolia, región a la que pertenecía Pleurón.

alegría, el ilustre hijo de Zeus y Alcmena [3], quien, entrando en combate con aquél, me libera. Y cómo fue la lucha no podría decirlo, pues no lo sé. Sin embargo, quien haya permanecido sentado ante el espectáculo sin miedo, éste podría contarlo. Yo, en efecto, me hallaba fuera de mí por el temor de que mi belleza me pudiera proporcionar algún día pesadumbre.

Zeus, el que dirime los combates, puso un término feliz, si es que verdaderamente fue feliz, ya que, desde que he sido unida a Heracles como esposa elegida, alimento siempre temor tras temor en mi preocupación por él. Una noche trae consigo sufrimiento y la noche siguiente lo quita. Hemos tenido hijos a los que él, como un labrador que adquiere un campo distante, sólo ha visto una vez en la siembra y en la recogida [4]. Tal es el destino que hace a este hombre marcharse continuamente del palacio y volver a él, siempre al servicio de alguien.

Y ahora, cuando ha dado fin a estos trabajos [5], es cuando estoy más aterrada. Pues, desde que él mató a Ífito [6], nosotros habitamos desterrados aquí en Traquis, junto a un hombre que nos ha acogido como huésped [7],

---

[3] Heracles, quien, por consejo de Meleagro, fue a pedir la mano de Deyanira.

[4] Metáfora de la vida campesina. Es el símil del labrador que alquila un campo, pero que no se encarga personalmente de él y que sólo acude en los dos momentos culminantes de la temporada, en la siembra y en la recolección.

[5] Alusión a los famosos doce trabajos de Heracles bajo las órdenes de Euristeo, su primo, personaje de categoría humana y física muy por debajo de la de Heracles, pero a quien estaba sometido en virtud del cumplimiento del oráculo de la Pitia. Heracles, enloquecido por Hera, que buscaba la venganza por celos de Alcmena, dio muerte a sus propios hijos y, después, acudió a Delfos a consultar a Apolo.

[6] Hijo de Éurito y, por tanto, hermano de Yole.

[7] Es Ceix, rey de Traquis, al que no nombra en la obra. En Hesíodo, *Escudo* 353, es nombrado por boca de Heracles.

pero nadie sabe dónde se encuentra aquél. Lo único cierto es que su marcha me ha causado amargos dolores. Y casi estoy segura de saber que él sufre algún infortunio, porque, no por breve tiempo, sino que ya hace diez meses más otros cinco, que permanece sin dar noticias. Es posible que alguna terrible desgracia haya sucedido. Al marcharse me dejó esta tablilla [8], y yo pido muchas veces a los dioses que haberla recibido no sea causa de sufrimiento.

NODRIZA. — Reina Deyanira, te he visto ya repetidamente lamentando la marcha de Heracles con quejas anegadas en lágrimas, pero ahora, si es justo que los libres entren en razón por los consejos de esclavos, también yo debo hablar en lo que te concierne. ¿Por qué, teniendo tantos hijos, no envías a uno en busca de su padre y, especialmente, a Hilo, como es natural, si es que tiene alguna inquietud por saber si su padre está bien? Pero, justamente, es él en persona el que, presuroso, se precipita hacia el palacio, de modo que, si a ti te parece que en algo he hablado oportunamente, es preciso que te sirvas de tu hijo y de mis consejos.

(Entra Hilo llamado por su madre.)

DEYANIRA. — ¡Oh hijo, oh muchacho! También de personas no nobles se desprenden palabras acertadas. Pues esta mujer es esclava, pero ha hecho un razonamiento digno de hombres libres.

HILO. — ¿Cuál? Dímelo, madre, si yo debo conocerlo.

DEYANIRA. — Que es vergonzoso que, llevando tu padre tanto tiempo ya ausente, no te enteres tú de dónde está.

---

[8] Tablilla cubierta de cera, donde, con un estilo o punzón, se marcaban las letras. Era usada en las escuelas. Recordemos, en EURÍPIDES, *Hipólito* 857, la tablilla en la que Fedra deja escrito su falso mensaje.

HILO. — Pero yo lo sé, si se debe dar crédito a los rumores.

DEYANIRA. — ¿En qué parte de la tierra has oído, hijo mío, que se encuentra?

HILO. — Dicen que, a lo largo del tiempo, en el año que ha pasado, él ha trabajado como siervo para una mujer lidia [9].

DEYANIRA. — Si verdaderamente soportó esto, ya todo se puede oír.

HILO. — Pero se ha liberado de ello, al menos según yo tengo oído.

DEYANIRA. — Y, ¿dónde, vivo o muerto, se dice que está ahora?

HILO. — Dicen que ha emprendido una expedición contra la tierra Eubea, contra la ciudad de Éurito [10] o que está a punto de hacerlo.

DEYANIRA. — ¿Sabes acaso, hijo, que me dejó oráculos dignos de crédito acerca de esa tierra?

HILO. — ¿Cuáles, madre? Pues desconozco de qué me hablas.

DEYANIRA. — Que o bien está a punto de alcanzar el final de su vida, o bien de llevar una vida feliz el resto de su existencia, si obtiene esta victoria. Encontrándose en semejante trance, hijo, ¿no correrás en su ayuda,

---

[9] Ónfale, reina de Lidia, a donde Hermes condujo a Heracles, cumpliendo los deseos de Zeus, para que sirviera junto a esta reina en calidad de esclavo durante tres años. Era una expiación que debía ofrecer por el asesinato de Ífito. Ónfale compró a Heracles por tres talentos, «precio de sangre» que fue pagado a Éurito como compensación (APOLODORO, II 6, 2).

[10] Éurito era rey de Ecalia, ciudad que se sitúa, en esta obra, en la isla de Eubea, pero, en otras ocasiones, en Tesalia o Mesenia. Era padre de cinco hijos, de los que conocemos a Ífito y a Yole. Una vez que Heracles terminó el periodo de expiación en Lidia, emprendió una expedición de castigo contra Ecalia, en la que mató a Éurito y a sus hijos y se llevó a Yole.

cuando o nos habremos salvado si se salva, o nos perdemos con él?

HILO. — Iré, madre. Si yo hubiera conocido la respuesta de estos oráculos, me habría presentado hace tiempo. Pero el destino habitual de mi padre no permitía que nosotros temiésemos por él ni que estuviéramos en exceso asustados. Ahora que me doy cuenta, no descuidaré nada para enterarme de toda la verdad acerca de esto.

DEYANIRA. — Parte ahora, hijo, pues también para el que va con retraso, el actuar con éxito, una vez informado, le reporta provecho.

(Sale de escena. Entra el Coro formado por muchachas del país.)

CORO.

Estrofa 1.ª

A aquel a quien la noche tachonada de estrellas, al extinguirse, engendra y le hace acostar cuando aún está inflamado, a Helios, a Helios suplico que me anuncie esto: dónde, dónde me habita el hijo de Alcmena, ¡oh tú, que alumbras con brillante esplendor!, si está situado en los estrechos marinos o en uno de los dos continentes. Dímelo tú, que tienes el mayor poder en la mirada.

Antístrofa 1.ª

Pues estoy enterada de que la siempre disputada Deyanira, con corazón anhelante, como un infortunado pájaro, nunca adormece el deseo de sus ojos ya sin lágrimas, sino que, alimentando un temor obsesivo por el esposo a causa de su marcha, se consume en el lecho vacío de varón, llena de inquietud, esperando, desdichada, un funesto destino.

Estrofa 2.ª

De igual modo que se pueden ver muchas olas pro-

ducidas por el infatigable Noto o por el Bóreas[11]*, que van y vienen en el dilatado mar, así al del linaje de Cadmo*[12] *le trastornan y le levantan los interminables trabajos de su vida, como ocurre con el mar de Creta*[13]*. Pero alguno de los dioses le aparta a él, infalible siempre, de la mansión de Hades.*

Antístrofa 2.ª

Reprochándote estos lamentos me dirigiré a ti, de forma respetuosa pero haciéndote frente. Pues digo que no debes agotar la buena esperanza, ya que nada sin dolores ha enviado a los mortales el rey que todo lo domina, el Crónida, sino que sufrimientos y alegría van rodando para todos, como las rutas circulares de la Osa[14]*.*

Epodo.

Pues ni dura la estrellada noche para los mortales, ni la desgracia, ni la riqueza, sino que aprisa se va y, para otro, viene la alegría y su privación. Por tanto, te aconsejo, señora, que retengas esto siempre en medio de la esperanza, ya que, ¿quién ha visto que Zeus no se preocupe de sus hijos?[15]*.*

---

[11] Pasaje que recuerda a *Ilíada* II 396, pero con mención expresa, aquí, de los dos vientos opuestos, el Noto o viento del Sur, cálido y húmedo, y el Bóreas, viento del N. que trae frío.

[12] Heracles era tebano por su nacimiento accidental en la ciudad fundada por Cadmo, aunque sus padres eran argivos, y también porque fue admitido desde su juventud entre la nobleza de la ciudad.

[13] Era reconocida por los antiguos la peligrosidad de este mar, en donde se producía un cruce de distintos vientos. Esta misma metáfora la emplea Horacio, *Odas* I 26, 2.

[14] El porqué de esta metáfora queda aclarado por Homero, en *Ilíada* XVIII 487 y sigs., que explica que la Osa gira siempre sobre su eje.

[15] El que Heracles sea hijo de Zeus es la mejor razón para tener confianza, según el Coro.

DEYANIRA. — Estás aquí porque te has enterado de mi sufrimiento, según yo me figuro. Ahora no sabes cómo se consume mi corazón y ¡ojalá no lo aprendas nunca por experiencia! Pues la juventud pace en sus propios campos y, a ella, ni el ardor de la divinidad ni la lluvia ni ningún viento la turban, sino que entre placeres lleva una vida sin fatigas, hasta que una es llamada mujer en lugar de doncella y toma parte en las preocupaciones nocturnas, sintiendo temor, bien por el marido, bien por los hijos.

En este momento, alguien podría considerar, observando su propia situación, las desgracias bajo las que yo estoy agobiada. Muchas penas, ciertamente, he llorado yo, pero una, cual nunca hasta ahora, os expondré a continuación. Cuando el rey Heracles partió de palacio en el último viaje, dejó en él una antigua tablilla escrita con unas notas, las cuales a mí nunca antes, a pesar de que partía para numerosas expediciones, se atrevió a nombrarme, pues salía como para llevar a cabo una hazaña y no para morir.

Esta vez, sin embargo, como quien no existe ya, me dijo qué bienes del matrimonio debía yo tomar y también qué parte de tierra paterna dejaba para ser distribuida entre los hijos, y señaló por anticipado el tiempo diciendo que, cuando hubiera estado ausente del país un año y tres meses desde su partida, entonces debería o morir en ese momento, o, si superaba el término del plazo, pasar ya, en el futuro, una vida carente de penas. Decía que tales hechos, decretados por los dioses, pondrían fin a los trabajos de Heracles, según había anunciado, en cierta ocasión, la antigua encina en Dodona [16]

[16] Antiguo santuario de Zeus, famoso por los oráculos. Éstos se revelaban por el susurro de las hojas de las sagradas encinas o por el vuelo de las palomas. Los sacerdotes eran llamados *Selli* y las sacerdotisas «Palomas», nombre que les da aquí, pero

por boca de las dos sacerdotisas. Y la exactitud de estas profecías, de cumplirse, se comprueba en el día de hoy. De modo que, aunque dormía dulcemente, con miedo he saltado de la cama, mujeres, temerosa no sea que me haya de quedar privada del más noble de todos los hombres.

CORIFEO. — Contén ahora tus palabras, pues veo que un hombre se aproxima coronado en señal de buena nueva.

(Entra apresuradamente un mensajero.)

MENSAJERO. — Señora Deyanira, con mi mensaje seré el primero en liberarte del temor. Sabe que el hijo de Alcmena está vivo y victorioso y que trae, desde el combate, las primicias para los dioses locales.

DEYANIRA. — ¿Qué palabras acabas de decirme, anciano?

MENSAJERO. — Que muy pronto a tu casa llegará el esposo muy amado y se mostrará con victorioso poder.

DEYANIRA. — ¿A quién, ciudadano o extranjero, has oído esto que dices?

MENSAJERO. — En la pradera donde pacen los bueyes, Licas, el heraldo, está contándolo ante una gran multitud. Yo, al oírlo, me eché a correr para obtener de ti algún provecho y ganar tu favor por anunciártelo el primero.

DEYANIRA. — ¿Cómo no está presente él mismo, si es que es para bien?

MENSAJERO. — No tiene mucha facilidad de movimientos, mujer, pues todo el pueblo de Mélide [17], colocado en torno suyo, le interroga y no puede ni dar un

---

que he traducido por el de la profesión. Más adelante, verso 1165, habla sobre las costumbres de los sacerdotes.

[17] Es el nombre del llano y del golfo que forma el mar en esta costa. La cordillera traquinia, donde estaba situada la ciudad de Traquis, limitaba por el SO. con la llanura de Malia. (Cf. *Filoctetes*, nota 32.)

paso adelante. Cada uno quiere satisfacer su deseo enterándose y no le suelta antes de oírle a placer. Y así aquél está allí no por su gusto, sino para dárselo a ellos. Pero en seguida se mostrará a tu vista.

DEYANIRA. — ¡Oh Zeus, tú que dominas la pradera indivisible del Eta![18], nos has dado por último una alegría. Cantad, oh mujeres, las que estáis dentro del palacio y las que estáis fuera, porque disfrutamos ahora del consuelo de esta noticia que se presenta inesperada para mí.

CORO.

La casa que espera al esposo estallará en gritos de júbilo alrededor del hogar. Vaya, común, el canto de los jóvenes a Apolo protector, el de bella aljaba. Y al mismo tiempo vosotras, doncellas, entonad el peán, el peán. Clamad a su hermana Ártemis, de Ortigia[19]*, la flechadora de ciervos, la que porta una antorcha en cada mano, y a las Ninfas sus vecinas.*

Yo me siento transportada y no desdeñaré la flauta, ¡oh dueño de mi alma! Mírame, la hiedra me perturba, ¡evohé, evohé!, trayéndome rivalidad báquica. ¡Ah, ah, Peán! Contempla, oh querida amiga, esto ante tus ojos. Te es posible verlo claramente.

(Entra Licas, seguido de un grupo de prisioneras entre las que se encuentra Yole.)

DEYANIRA. — Lo veo, amigas; no escapó a la vigilancia de mi mirada y no dejo de observar este cortejo. Y yo le digo públicamente al heraldo que se presenta tras mucho tiempo que se alegre[20], si es que también tú traes alegría.

---

[18] La cumbre más alta de la cordillera traquinia, que estaba consagrada a Zeus.

[19] Ortigia es un antiguo nombre de Delos, patria de Ártemis.

[20] El saludo griego consistía en desear alegría; en castellano, por tanto, no se puede conservar el doble sentido de la frase.

Licas. — Hemos llegado bien y bien somos acogidos, señora, como corresponde al feliz término de una acción. Es forzoso que el hombre que viene triunfante obtenga excelentes saludos.

Deyanira. — ¡Oh queridísimo entre los hombres!, ante todo infórmame de lo que primero deseo, si recibiré a Heracles vivo.

Licas. — Yo lo dejé fuerte, vivo, en plena energía y no bajo el peso de una enfermedad.

Deyanira. — ¿En qué tierra, patria o extranjera? Dímelo.

Licas. — Hay un promontorio Eubeo donde está ofreciendo altares y ofrendas de frutos en honor de Zeus Ceneo[21].

Deyanira. — ¿Para cumplir una promesa o por causa de algún oráculo?

Licas. — Por votos hechos cuando quería obtener la tierra devastada por la lanza de estas mujeres que ves ante tus ojos.

Deyanira. — ¡Por los dioses! ¿De dónde son y quiénes? Pues son dignas de lástima, si no me engañan sus desgracias.

Licas. — Aquél[22], después de destruir la ciudad de Éurito, las escogió como botín selecto para él mismo y para los dioses.

Deyanira. — ¿Y frente a esa ciudad ha estado un tiempo imprevisto durante días sin cuento?

Licas. — No, sino que la mayor parte del tiempo estuvo retenido en Lidia, según cuenta él mismo, no como hombre libre, sino obtenido por compra. Y no

---

21 El cabo Ceneo está en el extremo noroccidental de la isla de Eubea y, por tanto, frente al golfo Málico. Era lugar de paso para el héroe viniendo de Ecalia, que estaba más hacia el S., en la región de Eretria.

22 Heracles.

debemos, mujer, añadir repulsa por la palabra a algo de lo que Zeus se muestra autor. Aquél, vendido a la bárbara Ónfale, pasó un año[23], como él dice, y de tal modo se ofendió al recibir este ultraje que, haciéndose a sí mismo un juramento, prometió que esclavizaría al causante de este sufrimiento, juntamente con su hijo y su mujer, y no frustró esta palabra, sino que, cuando estuvo purificado, reclutando a un ejército aliado, se dirigió contra la ciudad de Éurito. Pues decía que, entre los mortales, sólo éste era culpable de semejante oprobio contra él[24]: cuando llegó a su casa en calidad de huésped —pues lo era de antiguo— estalló en provocaciones, muchas con razones, otras muchas con ánimo ofuscado, diciendo que, a pesar de tener flechas infalibles[25] en sus manos, quedaría por debajo de sus hijos en la prueba del arco, y, además, voceaba que sería destruido por su calidad de esclavo de un hombre libre. Con ocasión de un banquete, cuando estaba embriagado, le arrojó fuera. Estando resentido por estas cosas, una vez que Ífito, a su vez, se dirigió a la acrópolis Tirintia[26] siguiendo las huellas de unos caballos errantes, entonces, cuando tenía la vista en una parte y la mente en otra, le arrojó desde una de las explanadas de una torre. A causa de esta acción, se irritó el soberano Zeus Olímpico, padre de todos, y le echó fuera para ser vendido, no tolerando que hubiese matado a traición, aunque fuera a éste sólo. Si se hubiera vengado pública-

---

23 Obsérvese la contradicción, tal vez intencionada, con la versión popular, que habla de tres años.

24 Heracles.

25 Éurito era famoso por la destreza en el manejo del arco, y ofende a Heracles insinuándole que el mérito de sus triunfos está en las infalibles flechas.

26 Acrópolis aquea, donde reinaba Euristeo, a cuyo servicio realizó Heracles los trabajos. Era el lugar habitual de residencia del héroe.

mente, Zeus hubiera consentido en que le sometiera con justicia, pues ni siquiera los dioses aman la insolencia. Aquellos que mostraron su arrogancia con palabras desmesuradas [27], todos son habitantes del Hades y su ciudad es esclava; y éstas que ves vienen hacia ti habiendo encontrado una vida nada deseable desde una situación dichosa. Pues tu esposo ordenó esto y yo, que soy fiel, lo ejecuto. En cuanto a él mismo, cuando lleve a cabo los sagrados sacrificios a Zeus paterno debidos por la conquista, piensa que vendrá. En efecto, esto, después de pronunciar un largo y feliz discurso, es lo más agradable de oír.

CORIFEO. — Señora, ahora tienes claro motivo de gozo, de un lado, por lo que tienes presente y, de otro, por lo que te has enterado de sus palabras.

DEYANIRA. — ¿Cómo no iba yo a experimentar una alegría sincera, al oír las hazañas afortunadas de mi esposo? Por muchos motivos es forzoso que esto vaya unido a lo otro [28]. Y, sin embargo, es posible que los que observan bien sientan algún temor de que el vencedor fracase alguna vez. A mí me ha entrado una fuerte compasión, amigas, cuando he visto a estas desdichadas en tierra extranjera, sin casa y sin padres, desterradas, que antes, tal vez, eran de familias libres y ahora, sin embargo, soportan una vida de esclavas. ¡Oh Zeus, que alejas los males! ¡Ojalá nunca te vea avanzar con esta actitud contra mis hijos y, si algo hicieras, que no sea estando yo con vida! Tanto es mi temor al ver a éstas.

(Dirigiéndose a Yole.)

¡Oh infortunada! ¿Quién eres entre estas jóvenes, aún doncella o ya con hijos? Por tu aspecto no tienes

---

[27] Constante del pensamiento griego, el castigo de la *hybris* por parte de los dioses.

[28] La alegría, al éxito del héroe y esposo.

nada que ver con todo esto y pareces alguien de noble linaje. Licas, ¿de qué mortal ha nacido la extranjera? ¿Quién es su madre? ¿Quién el padre que la ha engendrado? Dime, ya que, al mirarla, por ella sentí más compasión que por éstas, en cuanto que ella también es la única que sabe mantenerse con compostura.

LICAS. — ¿Y qué sé yo? Es más, ¿por qué me interrogas? Tal vez sea un vástago de los nobles de allí.

DEYANIRA. — ¿Acaso de los reyes? ¿Había alguna hija de Éurito?

LICAS. — No sé, pues yo no preguntaba mucho.

DEYANIRA. — ¿Ni sabes el nombre por alguna de las compañeras?

LICAS. — Ciertamente no. En silencio cumplía mi trabajo.

DEYANIRA. — Di, oh desdichada, pero dínoslo por ti misma, ya que es una pena no saber de ti[29] al menos quién eres.

(Yole no contesta.)

LICAS. — Por lo visto no abrirá la boca, al igual que antes, la que nunca se ha hecho oír ni mucho ni poco, sino que, angustiada siempre por el peso de la desgracia, derrama lágrimas, infeliz, desde que abandonó su patria expuesta a los vientos. El destino es funesto para ella, ciertamente, pero lleva consigo indulgencia.

DEYANIRA. — Dejémosla tranquila y que entre, así, en la casa del modo más agradable posible, y que no reciba otra pena, además de las desgracias que ya tiene, por lo menos de mi parte, porque es suficiente la actual. Entremos ya todos al palacio, para que tú te apresures a ir adonde quieres y yo disponga en orden lo de adentro.

(Se va Licas y, al disponerse a hacerlo también la

---

[29] Clara muestra de la ironía sofoclea. La pena de no saber quién es se convertirá en verdadera desgracia cuando lo sepa.

reina, la retiene el Mensajero, que ha permanecido en escena.)

MENSAJERO. — Primero espera aquí un poco para que te enteres, sin la presencia de éstos, a quiénes conduces adentro y para que conozcas lo que debes acerca de lo que nada has oído. Pues sobre esto yo tengo información completa.

DEYANIRA. — ¿Qué hay? ¿Por qué me detienes en mi marcha?

MENSAJERO. — Deténte y escúchame, pues no oíste en vano, antes, mi discurso y, ahora, creo que tampoco.

DEYANIRA. — ¿Llamamos aquí de nuevo a aquéllos, o quieres hablarme a mí y a éstas?

MENSAJERO. — A ti y a éstas, nada se opone; pero a ésos déjalos.

DEYANIRA. — Ya se han ido. Hazme saber tus palabras.

MENSAJERO. — Este hombre no ha hablado con imparcialidad y justicia en nada de lo que dijo hace un momento, sino que, o ahora es mentiroso, o antes era un mensajero desleal.

DEYANIRA. — ¿Qué dices? Expónme con claridad todo lo que piensas, pues lo que me has dicho me es incomprensible.

MENSAJERO. — Yo oí a este hombre cuando contaba, delante de muchos testigos, que, por causa de esta joven [30], aquél destruyó a Éurito y a Ecalia la de altas torres, y que Eros, el único de los dioses, le cegó para emprender esta lucha, no el estar en el país de los lidios ni la servidumbre de los trabajos bajo Ónfale, ni el despeñamiento, causa de la muerte de Ífito. Éste ahora, menospreciando al Amor, lo dice del revés. En resumen, cuando no lograba convencer al padre de que le diera a la hija para celebrar un matrimonio secreto,

[30] Yole.

habiéndose agenciado un pretexto pequeño y una ocasión, combatió la patria de ésa, en la que —dijo— Éurito era dueño del trono, mató al rey, su padre, y devastó la ciudad. Y llega, como ves, enviándola a esta casa, ni irreflexivamente, señora, ni como una esclava —no supongas eso ni sería verosímil, ya que está inflamado de pasión—. Por ello, me pareció bien, señora, revelarte todo lo que aprendí de éste por encontrarme allí casualmente. Muchos oían esto al mismo tiempo que yo, en medio de la plaza de Traquis, y podrían refutarle. Si no digo cosas amables, no lo hago por gusto, pero, sin embargo, he dicho la verdad.

DEYANIRA. — ¡Ay de mí, infortunada! ¡En qué situación estoy! ¿Qué encubierta desgracia he recibido en mi casa, desdichada? ¿Acaso no tiene nombre, como juraba el que la trajo?

MENSAJERO. — Por el contrario, es ilustre tanto por su nombre como por su origen, ya que es por su nacimiento hija de Éurito, y es llamada Yole. Aquél nada hablaba respecto a su origen, sin duda porque nada había preguntado.

CORIFEO. — ¡Ojalá perezcan no todos los malvados, pero sí quien prepara ocultamente actos indignos que le perjudican!

DEYANIRA. — ¿Qué debo hacer, mujeres? Porque yo con estas palabras de ahora me encuentro turbada.

CORO.

Ve y pregunta al hombre, pues tal vez dijera la verdad si quisieras interrogarle con rigor.

DEYANIRA. — Sí, iré. No te falta razón en lo que dices.

MENSAJERO. — Y yo, ¿me espero o qué debo hacer?

DEYANIRA. — Espera, pues ese hombre sale del palacio, no por nuestro aviso, sino espontáneamente.

(Licas sale de palacio y se dirige a la reina.)

LICAS. — ¿Qué debo decir a Heracles al llegar, oh señora? Dímelo, porque me marcho, como puedes ver.

DEYANIRA. — ¿Por qué te vas rápidamente, después de haber llegado con tardanza, antes, incluso, de que reanudemos la conversación?

LICAS. — Si deseas preguntar algo, yo estoy dispuesto.

DEYANIRA. — ¿Acaso observarás fidelidad a la verdad?

LICAS. — ¡Zeus grande sea testigo! Al menos de lo que yo soy conocedor.

DEYANIRA. — ¿Quién es la mujer que has traído contigo?

LICAS. — Una eubea. De quiénes nació no sé decirlo.

MENSAJERO. — *(Interviene el mensajero.)* ¡Eh tú, éste, mira aquí! ¿A quién te parece que te diriges?

LICAS. — Y tú, ¿por qué me has preguntado esto?

MENSAJERO. — Atrévete a responder, si entiendes lo que te pregunto.

LICAS. — A la dueña Deyanira, hija de Eneo y esposa de Heracles, y, si no estoy mirando equivocadamente, a mi reina.

MENSAJERO. — Eso es lo que pretendía: saberlo de ti. ¿Dices que ésta es tu reina Deyanira?

LICAS. — Lo es, cierto.

MENSAJERO. — ¿Y qué castigo consideras que se debe aplicar, si eres sorprendido en actitud desleal para ella?

LICAS. — ¿Cómo desleal? ¿Qué embrollos traes entre manos?

MENSAJERO. — Ninguno. Tú, en cambio, eres el que actúas precisamente así.

LICAS. — Me voy, pues soy necio por escucharte tanto tiempo.

MENSAJERO. — No antes de que, por lo menos, respondas a una breve pregunta.

LICAS. — Habla, si algo quieres, pues no estás en silencio.

MENSAJERO. — ¿Conoces a la cautiva que escoltaste a palacio?

LICAS. — Sí, ¿por qué lo preguntas?

MENSAJERO. — ¿Y no es cierto que tú decías que llevabas a Yole, ésa a la que miras con desconocimiento, la hija de Éurito?

LICAS. — ¿Entre qué hombres? ¿De dónde podría venir quien testificara ante ti que me oyó esto?

MENSAJERO. — Entre muchos ciudadanos. En medio de la plaza de Traquis, una gran multitud te lo escuchó.

LICAS. — En efecto. Yo decía que, al menos, lo había oído. No es lo mismo decir una opinión que dar cuenta exacta de una palabra.

MENSAJERO. — ¿Qué clase de opinión? ¿Acaso no decías, afirmándolo bajo juramento, que llevabas a ésta como esposa para Heracles?

LICAS. — ¿Yo? ¿Esposa? ¡Por los dioses! Dime, querida reina, ¿quién es este extranjero?

MENSAJERO. — Quien, al estar presente, te oyó decir que, por el deseo de ésa [31], toda la ciudad fue sometida y que no fue la lidia [32] la que le dominó, sino la pasión que brotó por ella.

LICAS. — Que se vaya el hombre, oh señora, pues la charla con un loco no es propia de hombres prudentes.

DEYANIRA. — No, ¡por Zeus que fulmina rayos en la alta cima del Eta!, no me ocultes la historia, pues hablarás a una mujer prudente y que sabe que la naturaleza humana no se complace siempre con las mismas cosas. Porque quien con Eros se enfrenta [33] de cerca,

---

[31] Yole.

[32] Ónfale.

[33] *Eros* como un competidor desigual en el *agón*. Esto es un lugar común en la literatura. (Cf. *Antígona* 781-801; EURÍPIDES, *Hipólito* 525 ss.)

como un púgil, no razona con cordura. Él, en efecto, que dispone como quiere incluso de los dioses, y de mí con mayor motivo, ¡cómo no va a disponer también de otras iguales a mí! De manera que, si yo reprochara algo a mi esposo, atrapado por este mal, estaría muy loca, o si lo hiciera a esta mujer, que no es cómplice de nada vergonzoso ni perjudicial para mí. No es posible esto. Pero, si mientes por haberlo aprendido de aquél [34], no has aprendido una bella lección; y, si por ti mismo te adoctrinas así, cuando quieras mostrarte noble, resultarás malvado. Así que dime toda la verdad, porque para una persona libre, ser tenido por mentiroso no es un bello destino, y ocultarlo no puedes, pues hay muchos a los que has hablado que me lo dirán. Y, si tienes miedo, no lo tienes con motivo. El no enterarme sí me dolería, mientras que el saberlo, ¿qué tiene de terrible? ¿Acaso no desposó ya Heracles a otras muchas? Y ninguna de ellas soportó de mí una mala palabra ni un reproche, y tampoco ésta, aunque esté totalmente consumida por su amor, ya que yo sentí mucha compasión precisamente por ella cuando la vi, porque su belleza arruinó su vida, y, sin querer, la desgraciada asoló y esclavizó la tierra de los suyos.

Pero estas cosas, que sigan su curso. Y yo te digo que seas desleal con otro; a mí no me mientas nunca.

CORIFEO. — Convéncete de que ha hablado con toda razón. No podrás hacer reproches a esta mujer más adelante y, además, obtendrás mi agradecimiento.

LICAS. — Pero, ¡oh amada reina!, ya que me doy cuenta de que tú, como humana, sientes cosas humanas y no insensatas, te diré toda la verdad y no te la ocultaré. En efecto, es tal como ése lo cuenta. Un tremendo deseo de ésta invadió a Heracles y, por causa suya, fue devastada enteramente con la lanza la Ecalia paterna.

---

[34] Heracles.

Y esto —pues el decirlo es necesario también en favor de aquél— ni él dijo que lo ocultara ni lo negó nunca, sino que yo mismo, ¡oh señora!, temeroso de producir dolor a tu corazón con estas noticias, he cometido falta, si en algo lo consideras una falta. Y puesto que sabes ya todo, en tu provecho, que es igualmente el de aquél, acepta a la mujer y desea que las palabras que dijiste respecto a ella sean inalterables. Porque, aunque aquél ha triunfado en todas las demás cosas con sus medios, ha sido vencido completamente por el amor de ésta.

DEYANIRA. — También así pienso yo, de modo que lo llevaré a cabo. Y por lo menos no provocaré un mal voluntario, luchando en inferioridad con los dioses. Pero entremos al palacio, para que lleves mis encargos en palabras y para que lleves también los regalos a los que, en correspondencia a los suyos, debo ajustarme. Pues no es razonable que te vayas de vacío, cuando te has presentado aquí con un séquito tan grande.

(Ambos entran en el palacio y el Mensajero se retira.)

CORO.

Estrofa.

Grande es la fuerza con que Cipris[35] *se lleva siempre la victoria. Paso de largo los asuntos de los dioses y no hablo de cómo engañó al Crónida, ni al sombrío Hades, o a Posidón el que sacude la tierra. Pero para tener a ésta*[36] *como esposa, ¿quiénes, adversarios robustos, han descendido al combate con vistas a las bodas? ¿Quiénes salieron adelante en los premios de lides llenas de golpes y fatigosas?*

---

[35] Epíteto de Afrodita que hace referencia a su lugar de nacimiento.

[36] Deyanira.

Antístrofa.

El uno era un río poderoso, de altos cuernos, erguido sobre cuatro patas, con aspecto de toro, el Aqueloo de Eníades. El otro llegó de la tierra de Baco, de Tebas, blandiendo curvo arco, lanzas y maza, hijo de Zeus. Éstos, entonces, juntos se lanzaron al medio, deseosos de las bodas. Y sola, en el medio, propicia al matrimonio, Cipris dirime.

Epodo.

Entonces hubo estruendo de brazos, de arcos y de cuernos de toro entrechocados. Había lances trabados y también dolorosos golpes de frentes y gemidos por parte de ambos. Y ésta, de hermoso aspecto, delicada, estaba sentada junto a una distante altura, aguardando al esposo. Yo, como espectadora, hablo. El rostro de la joven disputada, digno de lástima, espera, y en seguida se queda lejos de su madre, como una ternera abandonada.

(Deyanira sale de palacio con una esclava que lleva una urna cerrada.)

DEYANIRA. — Mientras el extranjero, amigas, preparado para salir, habla en la casa a las jóvenes cautivas, me vengo hasta vosotras a la puerta, a escondidas, para contaros, por una parte, lo que con mis manos acabo de preparar, y, por la otra, para lamentarme con vosotras de lo que sufro.

En efecto, no creo haber recibido a una doncella, sino a una desposada, igual que un marinero recibe la carga, desastroso negocio para mi corazón. Y ahora somos dos las que esperamos los abrazos bajo la misma manta. ¡Semejante paga me envía Heracles, el que llamábamos leal y noble, por la larga vigilancia de su casa! Y yo no puedo irritarme con el que muchas veces ha recaído en este mal. Y, por otra parte, el vivir con esta joven en el mismo lugar, ¿qué mujer podría ha-

cerlo compartiendo el mismo esposo? Yo veo, en un caso, una juventud en pleno vigor, mientras que, en el otro, algo que se marchita. De una suele el ojo arrebatar la flor, pero se aparta de la otra. Y, por esta razón, yo temo que Heracles sea llamado mi esposo, pero sea amante de la más joven.

Pero no conviene, como dije, que se enoje la mujer que es sensata. Os voy a hablar del medio que tengo para liberarme. Tenía yo, desde hace tiempo, un regalo de un viejo centauro[37], oculto en un cofre de bronce, regalo que cogí, siendo aún una niña, de las mortales heridas de Neso, el del velludo pecho, a punto de morir. Éste transportaba sobre sus brazos por una paga a los hombres sobre el río Eveno[38], de profundas corrientes. Ni se servía de remos conductores, ni de velas de nave. También a mí —cuando, por mandato de mi padre, seguía por primera vez a Heracles en calidad de esposa— llevándome en sus hombros, una vez que estaba en el medio de la travesía, me tocó con sus insolentes manos. Entonces yo grité y el hijo de Zeus, volviéndose rápidamente, de sus manos soltó una flecha cubierta de plumas que le atravesó, silbando, el pecho hasta las entrañas.

Y el centauro, al morir, dijo sólo: «Hija del anciano Eneo, en esto vas a sacar provecho de mis travesías, si me obedeces, puesto que eres la última que transporté. Si tomas en tus manos sangre coagulada de mis

---

[37] Neso es un centauro y, como todos, de fiereza brutal. Ya se había enfrentado con el héroe por la jarra de vino que tenía Folo, otro centauro. En este nuevo encuentro es el instrumento de la profecía que le señala como autor de la muerte de He racles.

[38] Río de escarpada corriente que discurre por lo alto de la ladera occidental del Eta. En su descenso atraviesa Etolia y desemboca en el golfo de Corinto, en la actual Patras.

heridas, en donde la hidra de Lerna[39] bañó sus flechas envenenadas de negra hiel, tendrás en ello un hechizo para el corazón de Heracles, de modo que aquél no amará más que a ti a ninguna mujer que vea. Habiendo reflexionado sobre esto, ¡oh amigas! —pues lo tenía bien guardado en casa desde la muerte de aquél—, impregné esta túnica, ajustándome a cuantas cosas me dijo mientras aún tenía vida.

Ya está hecho. ¡Ojalá no sepa yo nunca malos ardides, ni los llegue a aprender! Aborrezco a las que los llevan a cabo. Si con filtros y hechizos puedo aventajar a esta joven ante Heracles, para esto tal acción está pensada, a no ser que dé la impresión de emprender algo inútil; en ese caso me abstendré.

CORIFEO. — Si tú tienes alguna confianza en lo que has hecho, nos parece que no has tomado una mala decisión.

DEYANIRA. — La confianza es ésta: que se puede creer, aunque no lo he experimentado nunca.

CORIFEO. — Pero hay que saberlo llevándolo a la práctica. Porque, aunque creas tener un conocimiento, no lo tendrías si no lo experimentas.

DEYANIRA. — En seguida lo sabremos. Pues veo que éste ya está en las puertas. Rápidamente se irá. Solamente deseo que, por vuestra parte, mantengáis bien en secreto mi plan: si las acciones inicuas las realizas en la oscuridad, nunca caerás en vergüenza.

(Licas sale del palacio.)

LICAS. — ¿Qué tengo que hacer? Indícamelo, hija de

---

[39] Las flechas de Heracles estaban envenenadas por haber sido anteriormente sumergidas en la sangre de la Hidra. El Centauro ordena a Deyanira que tome sangre suya, de la que está en contacto con la flecha y, por tanto, con el veneno. Se diferencia por el color más oscuro. Sófocles racionaliza la anterior versión de la leyenda, según la cual el veneno —presunto filtro— era la mezcla de la sangre del Centauro con el semen del mismo.

Eneo, porque estamos ya en retraso desde hace largo tiempo.

DEYANIRA. — Precisamente en esto mismo me ocupaba, mientras tú, Licas, hablabas dentro con las extranjeras, para que le lleves de mi parte este fino manto, obsequio preparado con mis manos para aquel hombre y, al dárselo, adviértele que ningún mortal antes que él lo ciña a su cuerpo, y que no lo vea ni el resplandor del sol, ni el fuego de un recinto sagrado o de un hogar, antes de que él, colocado en pie de modo visible ante los ojos de todos, lo muestre a los dioses en un día en que se inmolen toros. Pues prometí que, si alguna vez veía o llegaba a saber con seguridad que estaba a salvo en casa, le vestiría con esta túnica y le mostraría ante los dioses como un sacrificador nuevo envuelto en nueva túnica [40]. Y presentarás como señal de esto algo que, cuando lo tenga delante, reconocerá fácilmente en el cerco de este anillo. Pero ponte en camino y observa primeramente esta ley, la de no desear hacer nada especial [41] en tu condición de mensajero, y, después, ten en cuenta que puede mostrársete un doble agradecimiento en lugar de uno solo, si el de aquél y el mío se unen.

LICAS. — Pues bien, si yo en la profesión de Hermes tomo parte con firmeza, no voy a fracasar precisamente, en lo que a ti respecta, en mostrar este cofre, llevándolo como está, y en agregar la garantía de las palabras que dices.

DEYANIRA. — Podrías partir ya, pues sabes cómo se encuentran los asuntos en palacio.

---

[40] Debemos pensar que el rito exigía un vestido nuevo. Así parece indicarse en *Odisea* IV 750. O, también, puede ser un recurso dentro de la característica ironía trágica tan frecuente en Sófocles.

[41] Esto es, no excederse en la misión del mensajero, sino transmitir exclusivamente las noticias sin tener iniciativa propia.

LICAS. — Lo sé y diré que está todo a salvo.

DEYANIRA. — Conoces, porque la has visto, la acogida que he hecho de la extranjera, cómo la recibí amistosamente.

LICAS. — De modo tal que mi corazón está conmovido de satisfacción.

DEYANIRA. — ¿Qué otra cosa podrías decir? Pues temo que sería demasiado pronto para hablar de mi deseo, antes de saber si allí soy deseada.

(Deyanira entra en palacio y Licas abandona la escena.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh vosotros, que habitáis entre el puerto y las rocosas regiones de aguas calientes y las cumbres del Eta![42]. *¡Y los que habitáis la zona media, a lo largo del mar de Mélide, así como la costa de la doncella del arco de oro*[43], *donde se celebran las asambleas de las Puertas*[44] *entre los griegos!*

Antístrofa 1.ª

Pronto la flauta de bello sonido volverá a vosotros haciendo oír no un eco hostil, sino un son que iguala a la lira de la divina música[45]. *Pues el hijo de Zeus y de Alcmena se dirige a su casa con todo el botín, fruto del valor.*

---

[42] Describe la región de las Termópilas desde la parte más alta —las cumbres del Eta—, pasando por la parte baja donde está Mélide, hasta la costa (cf. nota 32 de *Filoctetes*).

[43] Ártemis, cuyo símbolo es el arco.

[44] Esta asamblea era la de la Anfictionía de Delfos, que se celebraba en Antele, ciudad al O. de las Termópilas.

[45] La lira, instrumento de Apolo y las Musas, estaba especialmente asociada a cultos de carácter festivo. (Cf. *Edipo en Colono* 1222.)

Estrofa 2.ª

Le teníamos totalmente alejado de la ciudad, en los mares, esperándole durante doce meses, sin saber nada de él. Y ésta, su querida esposa, infeliz, consumía sin descanso su desgraciado corazón. Pero ahora Ares iracundo los ha liberado de los penosos días.

Antístrofa 2.ª

¡Ojalá llegue, ojalá llegue! Y que no se detenga la nave de muchos remos que le transporta hasta llegar a la ciudad, tras abandonar el altar de la isla, donde es celebrado como sacrificador. ¡Y ojalá que venga de allí lleno de deseos, impregnado de Persuasión, según consejo del Centauro!

(Vuelve Deyanira claramente alterada.)

DEYANIRA. — ¡Mujeres! ¡Cómo temo haberme sobrepasado en todo lo que acabo de hacer!

CORIFEO. — ¿Qué ocurre, Deyanira, hija de Eneo?

DEYANIRA. — No lo sé, pero estoy asustada de que pronto sea evidente que he realizado un gran mal a partir de una bella esperanza.

CORIFEO. — ¿En relación con algo de tus dones a Heracles?

DEYANIRA. — Sí, de tal modo que yo no aconsejaría nunca a nadie concebir sobre un hecho una ilusión que no sea segura.

CORIFEO. — Dime, si es posible, por qué temes.

DEYANIRA. — Ha sucedido un prodigio tal que, si os lo digo, mujeres, no espero que lo entendáis: aquello con lo que hace poco unté el blanco manto de gala —un vellón de una oveja de hermosa lana— ha desaparecido, no destruido por ninguno de los de dentro de la casa, sino que se desvaneció consumido por sí mismo, y se diluyó en la arcillosa superficie.

Para que tú sepas todo tal como pasó, me extenderé en un relato más amplio. Yo, en efecto, de los pre-

ceptos que el fiero Centauro me enseñó cuando sufría por amarga flecha en el costado, ninguno dejé de hacer, sino que los recordé como la imborrable escritura de una tablilla de bronce. Se me aconsejó esto y así lo hice: que conservara el ungüento sin contacto con el fuego y escondido siempre sin que fuera alcanzado por el calor hasta que lo aplicara, en el momento de untarlo. Y de esta manera obré.

Ahora, cuando debía llevarlo a cabo, lo unté en el palacio, en mi habitación, a escondidas, con un copo de lana que había arrancado de una oveja de la casa y también coloqué el regalo en el fondo del cofre, después de plegarlo lejos de los rayos del sol, como sabéis. Al entrar en la casa, diviso algo indecible, inexplicable para la comprensión de un hombre: casualmente había tirado el vellón de la oveja con el que hice la untura en medio del resplandor de un rayo de sol. A medida que se iba calentando, se disolvía, haciéndose invisible, y quedó deshecho en tierra, lo más parecido por su aspecto a las serraduras que se pueden ver cuando se corta la madera. Así yace disuelto, y de la tierra donde estaba echado borbotean espumas que forman grumos, como si se hubiera derramado por el suelo la espesa bebida del blanco fruto que procede de la viña báquica.

De modo que no sé, infortunada, qué pensar. Veo que he llevado a cabo una terrible acción, pues, ¿por qué motivo y en agradecimiento de qué me iba a ofrecer el centauro al morir un favor a mí, que era la causa de que sucumbiera? No es posible, sino que, deseando que pereciera el que arrojó la flecha, me estaba engañando. Y yo demasiado tarde llego a la comprensión de esto, cuando ya no aprovecha. Yo sola, desdichada, si no me engaño en mi impresión, seré causa de su ruina, pues sé que la flecha que disparó ha dañado incluso a

un dios, a Quirón[46], y que destruye todas las fieras que toca. Así, pues, el negro veneno de sangre que ha atravesado las heridas de éste[47], ¿cómo no le va a matar también a él?[48]. Ésta es mi opinión, al menos. Sin embargo, está decidido: si Heracles sufre desgracia, con el mismo golpe moriré yo también con él, pues no es soportable que viva con mala reputación quien estima no haber nacido con malos sentimientos.

CORIFEO. — Hay que sentir temor ante hechos terribles, pero no hay que optar por la sospecha antes de que lo decida el azar.

DEYANIRA. — En las decisiones desafortunadas no existe ninguna esperanza que procure algún aliento.

CORIFEO. — Pero, en el caso de los que han errado involuntariamente, la inquietud debe ser sosegada, lo cual conviene que tú alcances.

DEYANIRA. — Tales palabras no podría decir el que participa de la culpa, sino el que no tiene ninguna carga en su casa.

CORIFEO. — Convendría que silenciaras el resto de tu relato, si es que no quieres decir nada a tu hijo. Pues el que se fue antes en busca de su padre está presente.

(Entra Hilo, visiblemente afectado.)

HILO. — ¡Oh madre! ¡Cómo preferiría una de estas tres cosas, o que tú ya no estuvieras viva, o que, ya que lo estás, fueses llamada madre de otro, o que cambiases a mejores sentimientos que los que tienes ahora!

DEYANIRA. — ¿Qué ocurre, hijo mío, para que tengas estas manifestaciones de odio respecto a mí?

---

46 Quirón era el más célebre de los centauros por sus cualidades. Hijo de Crono y de la ninfa Fílira, tenía un origen divino que no tenían los otros centauros. Fue herido por Heracles por error, cuando el héroe llevaba a cabo un enfrentamiento contra los demás centauros.

47 Del centauro Neso.

48 A Heracles.

HILO. — Sábete que a tu marido, a mi padre me refiero, le has dado muerte en este día.

DEYANIRA. — ¡Ay de mí! ¿Qué noticia me has traído, hijo?

HILO. — Una que no puede dejar de realizarse. Pues lo que ha sido visto, ¿quién podría conseguir que no hubiera pasado?

DEYANIRA. — ¿Cómo dices, oh hijo? ¿De quién entre los hombres lo has sabido para decir que yo he cometido una acción tan deplorable?

HILO. — Yo mismo he visto con mis ojos la terrible desgracia de mi padre y no la he oído de boca de otro.

DEYANIRA. — Pero, ¿dónde te acercaste a él y lo encontraste?

HILO. — Si te tienes que enterar, es preciso que lo cuente todo. Cuando, tras haber destruido la ciudad ilustre de Éurito, él volvía con los trofeos y primicias de victoria, en un promontorio de Eubea, bañado en sus dos lados por el mar —el cabo Ceneo—, allí donde a su padre Zeus dedicó altares y un frondoso recinto, en este lugar le vi por primera vez, feliz por el deseo de verle. Llegó junto a él, en el momento que se disponía a preparar gran número de sacrificios, su propio heraldo Licas, procedente de su palacio, llevando tu regalo, el manto mortal. Heracles, poniéndose el vestido, según tú habías dado previamente las órdenes, sacrifica doce bueyes que estaban sin tacha, como primicia del botín, y además se prepara a llevar al ara todo el ganado mezclado, en número de cien. Y, en primer lugar, ¡infortunado!, con ánimo bien dispuesto y alegre por el vestido con que se engalana, hacía su plegaria. Pero cuando ardía la llama que procede del resinoso árbol, rociada con sangre de los solemnes sacrificios, un sudor le subió a la piel, el manto se ciñó muy ajustado a todas las

articulaciones, como la obra de un artesano[49], y le llegó un convulsivo dolor desde los huesos, devorándole luego como un veneno de una hostil y mortífera víbora. Entonces le gritó al desdichado Licas que para nada era causante de tu mala acción, que con qué intenciones había traído este manto. Pero él, ¡desventurado!, que no sabía nada, dijo que lo traía como un regalo de tu parte, y de ti sola, tal como se había dispuesto. Aquél lo oyó al tiempo que se apoderaba de sus entrañas una dolorosísima convulsión y, cogiéndole por el pie, donde se dobla la articulación, le arroja contra una roca que emerge del mar, bañada por todas partes, y le hace saltar entre la cabellera el blanco cerebro, esparciéndose el cráneo partido en dos y la sangre. Toda la multitud lanzó un grito de lamento a la vista de la locura de uno y del final de otro, y ninguno se atrevía a enfrentarse al héroe, que se tiraba por tierra y se levantaba por el aire gritando, dando alaridos. En torno suyo las rocas, los montañosos cabos de Lócride y los acantilados de Eubea, resonaban. Después que quedó agotado de arrojarse a sí mismo, el infortunado, muchas veces por tierra y de lanzar muchos gritos de lamento, al tiempo que maldecía el funesto lecho, el tuyo, infeliz, y la boda de Eneo —cómo había sido dispuesta para ruina de su vida—, entonces, desde el humo que le rodea me ve, llorando, entre la numerosa muchedumbre y, dirigiéndome la mirada, me llama: «¡Oh hijo!, acércate, no rehúyas mi desgracia, ni siquiera si es preciso que tú mueras juntamente conmigo en mi destrucción. Pero apártame y, sobre todo, colócame allí donde ningún mortal me pueda ver. Y si tienes compasión, en tal caso,

49 Imagen plástica que nos recuerda las obras de Fidias, cuya técnica es conocida como la de «paños mojados», por estar los ropajes estrechamente ajustados al cuerpo.

llévame fuera de esta tierra lo más rápidamente posible, no vaya a morir aquí».

Después de que me hiciera estas pocas recomendaciones, colocándole en el fondo de un barco, le condujimos a esta tierra con dificultad, porque daba gritos de dolor entre convulsiones. Y pronto lo veréis, vivo o muerto recientemente. ¡Has sido sorprendida, madre, habiendo tramado y realizado tales cosas contra mi padre, por las que ojalá Justicia vengadora y las Erinis te hagan pagar! Y si es de justicia, hago una imprecación, y sí es justo, ya que tú antes me has proporcionado argumento de justicia al matar al mejor varón de todos los de la tierra, cual no conocerás nunca a otro.

(Deyanira entra en palacio.)

CORIFEO. — ¿Por qué sales en silencio? [50]. ¿No sabes que al callar le das la razón al acusador?

HILO. — ¡Dejadla que se vaya y que un viento favorable se presente para ella y la arrastre bien lejos de mis ojos! Pues, ¿por qué debe conservar en vano la dignidad del nombre de madre quien no hace nada como tal? ¡Que se vaya con mi adiós y que ojalá alcance ella misma el placer que está dando a mi padre!

CORO.

Estrofa 1.ª

Ved cómo, oh hijos, se nos ha acercado en seguida la profética palabra del oráculo, hace tiempo anunciada, según la cual, cuando llegara a fin el duodécimo año, al acabarse del todo el último mes, terminaría la carga de los trabajos para el hijo de Zeus, y esto, puntualmente, irreversible, se cumple. Porque, ¿cómo el que ya no ve podría tener aún, una vez muerto, una penosa servidumbre?

---

[50] Es importante el significado trágico que tiene el silencio. El Coro lo hace notar. Recuérdense (*Edipo Rey* 1075, y *Antígona* 1245) las salidas también silenciosas de Yocasta y Eurídice.

Antístrofa 1.ª

Pues si una insidiosa angustia, por medio de la nube mortal del Centauro, le roza los costados, una vez aplicado el veneno[51] *que la Muerte engendró y alimentó el centelleante dragón*[52], *¿cómo podría éste ver otro sol, después del de hoy, acechado por el terrible espectro de la Hidra, y al mismo tiempo atormentado por los sangrientos, engañosos dardos inflamados del de negros cabellos?*[53].

Estrofa 2.ª

De todas estas cosas, ella, la desgraciada, no estaba temerosa, aunque veía en su casa gran daño al irrumpir nuevas bodas. Unas cosas no comprendió, otras llegaron procedentes de opinión ajena a través de fatales encuentros. ¡De seguro que, en más de una ocasión, desesperadamente se lamenta! ¡De seguro que derrama un delicado rocío de abundantes lágrimas! Y el destino que llega evidencia una engañosa y tremenda desgracia[54].

Antístrofa 2.ª

Una fuente de lágrimas estalló, una calamidad se ha extendido, ¡ay!, y cual nunca, ni aun de sus enemigos, llegó al ilustre varón sufrimiento digno de lamentarse. ¡Ay, oscura punta de lanza, en primera línea de lucha, que rápida trajiste desde la escarpada Ecalia, tras el combate, a esta joven![55]. *Pero Cipris, ayudando en silencio, resultó claramente autora de estas cosas*[56].

---

[51] La Sangre era tenida por hija de la Muerte.

[52] La hidra de Lerna, a la que se representaba como una serpiente de varias cabezas.

[53] Neso. (Cf. Hesíodo, *Escudo* 186.)

[54] La muerte de Heracles.

[55] A Yole.

[56] Es decir que fue Afrodita la que infundió el amor en el héroe.

CORIFEO. — ¿Soy yo necio, u oigo un gemido que acaba de salir de la casa? ¿Qué digo?

Alguien profiere dentro un lamento no confuso, sino doloroso, y algo insólito sucede en la casa.

Observad a esta anciana, con qué extraño y turbado aspecto viene hacia nosotros queriendo indicarnos algo.

(La Nodriza entra en escena.)

NODRIZA. — ¡Oh hijos, de qué manera el regalo enviado a Heracles ha dado lugar a grandes desgracias!

CORIFEO. — ¿Qué nuevo suceso cuentas, oh anciana?

NODRIZA. — Deyanira ha recorrido el último de todos los viajes sin mover los pies.

CORIFEO. — ¿No dirás entonces que ha muerto?

NODRIZA. — Todo lo has comprendido.

CORIFEO. — ¿Está muerta, la infeliz?

NODRIZA. — Por segunda vez lo oyes.

CORIFEO. — *¡Pobre desgraciada! ¿Y de qué manera dices que ha muerto?*

NODRIZA. — *De la más terrible, por las circunstancias al menos.*

CORIFEO. — *Dime, mujer, ¿qué muerte ha encontrado?*

NODRIZA. — *A sí misma se destruyó.*

CORIFEO. — *¿Qué impulso, qué sufrimientos?*

NODRIZA. — *La punta de un maligno dardo la aniquiló.*

CORIFEO. — *¿De qué manera planeó llevar a cabo sola, además de una muerte, otra?*

NODRIZA. — *Con el filo de un funesto hierro.*

CORIFEO. — *¿Has visto tú, oh insensata, semejante desmesura?*

NODRIZA. — *La vi, pues estaba a su lado.*

CORIFEO. — *¿Quién fue? ¿Cómo? ¡Ea, habla!*

NODRIZA. — *Ella misma, con sus propias manos lo ha hecho.*

CORIFEO. — *¿Qué dices?*

NODRIZA. — *La verdad.*

CORIFEO. — *La recién aparecida, esta doncella*[57]*, ha engendrado, ha engendrado una gran Erinis*[58] *para esta casa.*

NODRIZA. — Y tanto. Seguro que la hubieras compadecido más si, estando cerca de ella, hubieras visto qué cosas hizo.

CORIFEO. — ¿Y una mano de mujer se atrevió a hacer esto?

NODRIZA. — ¡Y de forma terrible! Te enterarás, de modo que seas testigo en favor mío. Una vez que se presentó, dentro de la casa, sola y vio que su hijo en la habitación preparaba una cama vacía para volver a salir al encuentro de su padre, encerrándose donde ninguno la pudiera ver, daba gritos de dolor, echada a los pies de los altares, diciendo que iba a ser abandonada. Y gemía al tocar cualquier objeto de los que, desventurada, antes se había servido. Iba de un lado a otro del palacio. Si veía a alguno de sus queridos servidores, lloraba la desgraciada al mirarlo, lamentando a gritos ella misma su propio destino y el de la hacienda en poder ajeno en el futuro[59]. Y cuando terminó de hacer estas cosas, repentinamente la veo que se precipita al lecho de Heracles. Yo, entretanto, con oculta mirada vigilaba en la sombra, y observo que la señora extiende las mantas sobre el lecho de Heracles. Cuando

[57] Yole.

[58] Las Erinias son las divinidades que no reconocen el poder de Zeus y cuya misión es la venganza de los crímenes. Divinidades violentas nacidas de las gotas de sangre con las que se impregnó la tierra cuando la mutilación de Urano. Se representan como genios alados, de cabellos entremezclados con serpientes, y con látigos en la mano. En general, son causantes de desgracias.

[59] Verso de difícil interpretación.

terminó, subiéndose encima, se sentó en medio y, derramando un ardiente caudal de lágrimas, dijo: «¡Oh lecho y cámara nupcial mía! Adiós ya para siempre, porque nunca me recibiréis como esposa en este tálamo». Después de decir esto, se quita con mano diligente su peplo, al que un broche labrado en oro había fijado al pecho, y se descubrió todo el costado y el brazo izquierdo. Yo me echo a correr todo lo que me permiten las fuerzas y le informo a su hijo de lo que ella está planeando. Nos precipitamos de allí a aquí y vemos que, con una espada de doble filo, se ha herido en el costado, bajo el corazón y el diafragma. Al verla, el hijo estalla en sollozos, pues conoció, infeliz, que había ejecutado esta acción a consecuencia de su cólera, informado demasiado tarde por los de la casa de que lo había hecho involuntariamente, por recomendación del Centauro.

Y, entonces, el desventurado hijo no cejaba para nada en sus lamentos, gimiendo sobre ella, ni dejaba de apretarse sobre su rostro, sino que, dejándose caer de costado al lado de ella, yacía, al tiempo que se lamentaba muchas veces de cómo irreflexivamente la había herido con una perversa acusación, llorando porque de los dos al mismo tiempo, del padre y de aquélla, iba a quedar huérfano durante su vida. Así están las cosas allí, de modo que, si alguien hace cálculos para dos o aun para más días, es insensato. Pues no hay mañana hasta que se acaba con bien el día presente.

(La Nodriza entra en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¿Cuál de los dos infortunios lloro primero? ¿Cuál de los dos lo es en más alto grado, una vez cumplido? Es de difícil juicio para mí, desdichada.

Antístrofa 1.ª

El uno podemos verlo en palacio, el otro lo esperamos por presagios. El tenerlos y esperarlos son cosas afines.

Estrofa 2.ª

¡Ojalá una fuerte brisa llegara, favorable, a mi hogar y me alejara de estos lugares, para que no muera espantada al ver al ilustre hijo de Zeus! Pues dicen que entre dolores sin remedio se acerca ante la casa, ¡espectáculo inenarrable!

Antístrofa 2.ª

Por lo visto está al lado y no lejos aquello por lo que yo lloraba antes sonoramente, cual un ruiseñor[60]*. Extraña es esta comitiva de extranjeros. Y, ¡de qué modo le transportan, como cuidando a un ser querido, marcando el paso lento y silencioso! ¡Ay, es conducido sin voz! ¿Qué hay que pensar, que está muerto o bajo la acción del sueño?*

(Entra un cortejo que transporta a Heracles en una camilla. Hilo y un anciano caminan a su lado.)

HILO. — ¡Ay de mí! Yo por tu causa, padre, ¡ah!, por tu causa, soy desgraciado. ¿Qué puedo hacer yo? ¿A qué atenderé?

ANCIANO. — Silencio, hijo, no remuevas el violento dolor de un padre que sufre cruelmente. Vive, aunque postrado; así que contente, mordiéndote tus labios.

HILO. — ¿Cómo dices, anciano? ¿En verdad vive?

ANCIANO. — Mira, no despiertes al que está sujeto al sueño, ni suscites o provoques la terrible enfermedad, hijo.

HILO. — Encima de mí, desdichado, hay un peso enorme. Mi ánimo está fuera de sí.

---

[60] Véase *Electra*, nota 9. La referencia al ruiseñor es un lugar común en la poesía griega.

Heracles. — ¡Oh Zeus! ¿A qué tierra llego? ¿Junto a qué hombres yazco afligido por incesantes dolores? ¡Ay de mí, desgraciado! Este maldito mal me consume de nuevo, ¡ay!

Anciano. — ¿Te has dado bien cuenta de qué ventaja era ocultar tu angustia en silencio y no dejar escapar el sueño de su cabeza y de sus ojos?

Hilo. — No sé cómo hubiera podido resignarme, viendo esta desgracia.

Heracles. — ¡Oh tierra Cenea, cimiento de altares! ¡Qué agradecimiento he obtenido para mí, infortunado, en pago de tales sacrificios! ¡Oh Zeus, en qué ruina me convertiste, en qué ruina! ¡Nunca yo, desventurado, debía haberla visto con mis ojos! ¡No debía haber contemplado nunca la inexorable fuerza de esta locura! Pues, ¿quién es el encantandor, quién el habilidoso en medicina que, aparte de Zeus, pueda suavizar este dolor? ¡Lejos se podría ver tal portento! [61].

Dejadme, dejadme a mí, desgraciado, descansar. Por última vez, dejadme descansar.

(Al anciano.) ¿Dónde me tocas? ¿Hacia dónde me mueves? ¡Me matas, me matas! Has reavivado lo que ya estaba calmado. Se ha apoderado de mí, ¡ay, ay!, se introduce de nuevo ésta. ¿De dónde sois, oh varones, los más injustos de todos los griegos, por los que yo, infeliz, me arriesgaba a morir cuando os liberaba de numerosos peligros tanto en el mar como en los bosques todos? Y ahora, en esta enfermedad, nadie aportará fuego ni espada que me socorra, ¡ah, ah!, y ninguno quiere llegarse para cortar por la fuerza la cabeza de un ser abominable, ¡ay, ay!

Anciano. — ¡Oh hijo de tal varón! Esta tarea se presenta superior a mis fuerzas, pero tú ayúdame, pues

61 El sentido es que ya no espera ver logrado esto.

una sola ayuda con tus brazos vale más que dos mías para salvarle.

HILO. — Yo le sujeto, pero no está ni dentro de mí ni fuera el poner remedio a sus dolores. Pues tales remedios en la vida los distribuye Zeus.

HERACLES. — ¡Ah, ah! ¡Oh hijo! ¿Dónde estás? Por aquí, por aquí, agárrame para levantarme. ¡Ay, ay! ¡Oh destino! Avanza de nuevo, avanza, cobarde, para destruirme la incurable, cruel enfermedad. ¡Oh Palas, Palas! Esto de nuevo me deshace. ¡Ay, hijo! Compadece a tu padre, saca la espada, que no será censurable; hiéreme bajo la clavícula. Remedia el sufrimiento con el que tu madre impía me ha irritado, a la que ¡ojalá yo viera caer así, de la misma manera que me destruyó! ¡Oh dulce Hades, oh hermano de Zeus, adorméceme, adorméceme matándome a mí, inerme, con rápido fin!

CORIFEO. — He temblado, amigas, al oír estas desgracias del rey, con las que, siendo él cual es, ha sido maltratado.

HERACLES. — ¡Oh numerosos y ardientes sufrimientos —incluso al narrarlos— que yo he soportado con mis manos y con mis hombros![62]. Y, sin embargo, nunca ni la esposa de Zeus[63] ni el odioso Euristeo[64] me impuso algo semejante a esto; red tejida por las Erinias, que la traidora hija de Eneo echó sobre mis hombros, por la que perezco. Pues, adherida a mis costados,

---

[62] A continuación enumera algunos de los más significativos trabajos que hubo de realizar para satisfacer la cólera de Hera y que le dieron gloria. La alusión a los hombros debe estar hecha pensando en el que consistió en sostener la bóveda celeste sustituyendo a Atlante.

[63] La diosa Hera.

[64] Primo de Heracles, que reinaba en Micenas y Tirinto por la voluntad de Hera (ver nota 5 de esta misma tragedia), la que evitaba así que reinase Heracles.

está devorando la carne desde lo más profundo y secando, por estar unido a ellas, las arterias del pulmón. Y, por otra parte, ha bebido ya mi vigorosa sangre. Tengo el cuerpo entero destrozado, prendido en este lazo indescriptible. Y esto ni la lanza en la llanura [65], ni el ejército de los Gigantes nacido de la tierra, ni la violencia de las Fieras [66], ni la Hélade, ni la tierra extranjera, ni región alguna a la que yo llegué para liberar [67], me lo hicieron nunca. Mientras que esta mujer, siendo hembra y sin tener, por tanto, la naturaleza de un hombre, sola, me ha aniquilado sin la espada.

¡Oh muchacho! Sé para mí un verdadero hijo y no respetes más el nombre de tu madre. Tú mismo con tus manos trayéndola, pónmela en mis brazos, para que sepa claramente si tú sientes más dolor ante mi desfigurado cuerpo que ante el de ella, cuando la veas maltratada con *justicia*.

Ve, hijo, ten valor, compadécete de mí, que para muchos soy digno de lástima, yo que he dado gritos de dolor lamentándome como una muchacha. Y nunca ninguno podría decir que vio a este hombre hacerlo antes, sino que siempre, sin emitir gemidos, se sometía a las desgracias. Pero ahora, a consecuencia de tal situación, infortunado, me muestro como una mujer. En seguida, acercándote, colócate cerca de tu padre, contempla bajo qué sufrimientos estoy padeciendo. Yo te lo mostraré sin velos encubridores. Mirad, contemplad todos un cuerpo digno de compasión, ved al desgraciado, en qué lamentable estado me encuentro. ¡Oh infortunado! ¡Ah! ¡Ah!

---

65 Se debe referir a los combates frente a frente, en contraposición a aquellos en los que había de emplear astucias.

66 Se refiere a los centauros.

67 Región que liberó de algún monstruo o fiera que la tenía oprimida, así: Nemea, del león.

De nuevo este espasmo de dolor me abraza ahora mismo, atraviesa los costados y parece que la miserable y devoradora enfermedad no va a dejar de hostigarme. ¡Oh señor Hades, recíbeme! ¡Oh rayo de Zeus, hiéreme! Impulsa, oh rey, descarga el dardo de tu rayo, padre.

Pues me devora de nuevo, ha resurgido, se ha agudizado. ¡Oh manos, manos! ¡Oh espalda y pecho, oh brazos queridos! Vosotros fuisteis los que sometisteis en una ocasión por la fuerza al habitante de Nemea [68], al león, azote de los pastores, animal inabordable y feroz, y a la hidra de Lerna, y a la biforme e insociable tropa de centauros, insolente, sin ley, de fuerza superior [69], y a la fiera del Erimanto [70], y al subterráneo perro de tres cabezas del Hades [71], monstruo invencible, criatura de la terrible Equidna, y al dragón guardián de las manzanas de oro en las regiones más extremas [72]. Y experimenté otras innumerables fatigas, y nadie erigió trofeos de mi valor.

Y ahora, así, sin fuerzas, deshecho, estoy destruido por un destino ciego, ¡desventurado! ¡Yo que he sido

---

68 Al león cuya piel y cabeza, a modo de casco, llevará con él en las demás aventuras, y que son un signo de reconocimiento del héroe. Para acabar con el león, tuvo que obligarle a entrar en la cueva y ahogarlo allí.

69 Como ya hemos visto, los centauros son seres mitad hombre mitad caballo, de costumbres brutales y temperamento salvaje. Sólo Quirón y Folo son una excepción.

70 El tercer trabajo era dar caza a un monstruoso jabalí que vivía en el río Erimanto y llevarlo vivo.

71 El can Cerbero, guardián del Hades, a quien debía llevar a Micenas, ante Euristeo. En esta difícil empresa le ayudaron Hermes y Atenea. El héroe luchó contra el animal sin sus armas habituales y, a pesar de ello, le venció.

72 El jardín de las Hespérides, de difícil y dudosa localización.

llamado hijo de la más excelente madre y que soy invocado como hijo de Zeus bajo los cielos!

Pero al menos aprended bien esto: aunque no sea yo nada, y aunque no pueda arrastrarme, someteré a la que me hizo estas cosas incluso en estas circunstancias. Que se acerque sólo para que le enseñe a anunciar a todos que yo, tanto vivo como muerto, castigué a los traidores.

CORIFEO. — ¡Oh Hélade desventurada! ¡Qué aflicción veo que tendrás, si pierdes a este hombre!

HILO. — Ya que permites contestar, padre, guardando silencio, óyeme aunque sufras. Pues te voy a pedir lo que es justo alcanzar. Escúchame, para que no estés irritado hasta el punto en que lo estás ahora por la cólera. Porque, si no, no podrías discernir en qué cosas estás dispuesto a alegrarte y con cuáles sufres en vano.

HERACLES. — Termina de decir lo que deseas, porque yo, a causa del sufrimiento, no comprendo nada de las astucias que tú tramas desde hace un rato.

HILO. — He venido para hablarte de mi madre, en qué situación está ahora y qué fallos cometió en contra de su voluntad.

HERACLES. — ¡Oh el más malvado! ¿Y me recuerdas otra vez a la madre asesina de tu padre pretendiendo que yo te escuche?

HILO. — Sí, ya que ella está de tal modo que no conviene guardar silencio.

HERACLES. — No, ciertamente, a causa de los errores cometidos antes.

HILO. — No seguirás hablando así, debido a lo sucedido en el día de hoy.

HERACLES. — Dilo, pero evita mostrarte como un mal nacido.

HILO. — Lo digo: ella ha muerto sacrificada hace poco tiempo.

HERACLES. — ¿Por quién? Un prodigio me has profetizado con estas funestas palabras.

HILO. — Ella por sí misma, y no por mano de un extraño.

HERACLES. — ¡Ay de mí! ¿Antes de que, como era preciso, muriera a mis manos?

HILO. — Cambiaría de parecer tu ánimo si supieras todo.

HERACLES. — Empezaste un extraño discurso. Dime en qué piensas.

HILO. — Esto es todo el asunto: se equivocó en su intento de hacer lo mejor.

HERACLES. — ¿Hace lo mejor, oh perverso, matando a tu padre?

HILO. — Creyendo que te aplicaba un filtro amoroso cuando vio a la desposada dentro de la casa, se equivocó.

HERACLES. — ¿Y quién es ese hacedor de fármacos entre los traquinios?

HILO. — Neso, el centauro, hace tiempo la convenció de que con ese filtro encendería tu pasión.

HERACLES. — ¡Ah, ah, negro destino! ¡Me muero, infortunado! ¡Estoy perdido, estoy perdido! ¡Ya no hay para mí luz del sol! ¡Ay de mí, me doy cuenta en qué grado de desgracia nos hallamos! Vete, hijo mío, ya no tienes padre. Llama a todos mis hijos, tus hermanos. Llama a la infortunada Alcmena, en vano esposa de Zeus, para que estéis enterados por mí de la última predicción de los oráculos, pues yo ya la conozco.

HILO. — Tu madre no está aquí, sino que se ha ido a la costera Tirinto para establecer su residencia. Y de tus hijos, a unos se los ha llevado consigo ella misma para educarlos, mientras que otros te informo que habitan la ciudad de Tebas. Pero nosotros, los que esta-

mos presentes, si hay que hacer algo, padre, obedientes te serviremos.

HERACLES. — Tú, oye lo que tienes que hacer. Ha llegado el momento en que vas a mostrar qué clase de hombre es llamado hijo mío. En efecto, yo tenía desde antiguo una profecía de mi padre, según la cual, yo moriría no por obra de ninguno de los vivos, sino de quien, ya muerto, fuera habitante del Hades. Éste, el Centauro, muerto, me ha matado a mí que estoy vivo, cumpliendo el oráculo divino. Y yo voy a revelar qué nuevos oráculos resultaron iguales a éstos, concordantes con los antiguos, los que yo, al llegar al recinto sagrado de los Selos —los que viven en la montaña y duermen en el suelo—, me hice inscribir de acuerdo con la encina paterna de muchas lenguas, la cual me decía que, en el tiempo en que estamos y en la situación actualmente presente, se cumpliría para mí la liberación de los trabajos impuestos [73]. Yo creía que se realizaría felizmente, pero no se refería, por lo visto, a otra cosa que a mi muerte, pues para los muertos ya no existe la fatiga. Y así, ya que éstos resultan claros, hijo, debes aliarte con este hombre y no esperar provocar mi lengua, sino que, cediendo, colabora con él, reconociendo que la más bella de las normas es obedecer a un padre.

HILO. — Pero, ¡oh padre!, me espanta el llegar a semejante punto de tus palabras; no obstante, obedeceré en lo que tú creas oportuno.

HERACLES. — En primer lugar, dame tu mano derecha [74].

HILO. — ¿Por qué te vuelves hacia esta garantía?

HERACLES. — ¿No la acercarás rápidamente sin desconfiar de mí?

---

[73] Una prueba más de la ambigüedad de los oráculos.

[74] Señal de garantía que encontramos también en *Filoctetes* 813.

HILO. — Mira, la tiendo; en nada te pienso contradecir.

HERACLES. — Jura ahora por la cabeza de Zeus, el que me engendró...

HILO. — ¿Qué he de hacer? ¿Me será dado a conocer?

HERACLES. — ... cumplir lo que te diga.

HILO. — Lo juro y pongo a Zeus como testigo.

HERACLES. — Y, si faltas, haz votos para que recibas pesares.

HILO. — No los voy a recibir, pues lo haré; sin embargo, los hago.

HERACLES. — ¿Conoces la cumbre más alta del Eta, donde estás Zeus?

HILO. — La conozco. Como sacrificador he estado muchas veces arriba.

HERACLES. — Allí es necesario que ahora, tras levantar mi cuerpo con tus propias manos y con la ayuda de los amigos que necesites, después de cortar una buena cantidad de madera de la encina de profundas raíces y de arrancar, asimismo, abundante cantidad de fuertes olivos, metas tú mi cuerpo y lo quemes con el fuego de una tea de pino. Que no se derrame ni una lágrima, señal de lamentación, sino que debes hacerlo sin proferir gemidos ni emitir sollozos, si es que eres hijo mío, y, si no, yo te aguardaré, incluso en los infiernos, como una pesada maldición para siempre.

HILO. — ¡Ay de mí, padre! ¿Qué dices? ¿Qué cosas me haces realizar?

HERACLES. — Las que deben realizarse y, en otro caso, sé hijo de otro padre y no seas llamado ya hijo mío.

HILO. — ¡Ay de mí otra vez! ¡A qué cosas me invitas, padre! ¡A ser tu asesino y criminal!

HERACLES. — Yo no lo veo así, sino médico y único sanador de mis males.

HILO. — ¿Y cómo, prendiendo fuego a tu cuerpo, podría sanarte?

HERACLES. — Pero, si ante esto estás temeroso, lleva a cabo al menos las demás cosas.

HILO. — No vacilaré en trasladarte.

HERACLES. — ¿Y levantar la pira a la que me he referido?

HILO. — Por lo menos en cuanto que no la toque con mis propias manos. Lo demás lo haré, y no tendrás dificultades por mi parte.

HERACLES. — Bastará con esto. Concédeme un pequeño favor, además de los otros grandes.

HILO. — Aunque sea muy grande, te lo haré.

HERACLES. — ¿Conoces, pues, a la hija de Éurito?

HILO. — Te refieres a Yole, según supongo.

HERACLES. — Has comprendido. Te encomiendo lo siguiente, hijo. Cuando yo muera, si tú quieres obrar piadosamente y recordar los juramentos paternos, tómala por esposa y no desobedezcas a tu padre. Que ningún otro de los hombres que no seas tú la reciba nunca, a ella, que se ha acostado junto a mí, sino que tú mismo, oh hijo, cultiva este lecho. Obedece, pues, ya que has confiado en mí para las grandes cosas, el desconfiar en las pequeñas inutiliza el agradecimiento anterior.

HILO. — ¡Ay de mí! Está mal irritarse contra un enfermo, pero el ver que razona de esta manera, ¿quién podría soportarlo?

HERACLES. — Gritas como si no quisieras hacer nada de lo que digo.

HILO. — ¿Quién, cuando ella es la única causante de la muerte de mi madre y de que tú estés como estás, quién podría nunca elegir esto, si no es que ha perdido

la razón a causa de espíritus vengadores? Sería preferible que muriera, oh padre, a convivir junto con los que son más odiados.

Heracles. — Este muchacho, a lo que parece, no me va a conceder mi destino en el momento de mi muerte. Pero la maldición de los dioses te acechará, si tú desobedeces mis palabras.

Hilo. — ¡Ay de mí! Pronto, según das a entender, te mostrarás bajo los efectos de la enfermedad.

Heracles. — Pues tú me despiertas un mal adormecido.

Hilo. — ¡Infortunado de mí! ¡Cómo estoy indeciso respecto a muchas cosas!

Heracles. — Porque no tienes entre lo justo el obedecer a tu padre.

Hilo. — ¿He sido instruido, pues, para ser impío, padre?

Heracles. — No es impiedad el dar gusto a mi corazón.

Hilo. — ¿Me ordenas que yo haga esto con plena justificación?

Heracles. — Sí, e invoco a los dioses como testigos de ello.

Hilo. — En ese caso lo haré y no rehusaré, mostrando a los dioses que el hecho es obra tuya. Nunca podría yo aparecer como malvado por obedecerte, padre.

Heracles. — Terminas bien, pero sobre esto, oh hijo, concédeme pronto el favor de colocarme en la pira antes de que un espasmo o algún otro tormento se presente. ¡Ea, apresuraos, levantadme! Éste es el final de los padecimientos, el postrero fin de este hombre.

Hilo. — Nada impide que lo llevemos a término en tu provecho, ya que lo ordenas y fuerzas, padre.

Heracles. — Id ahora, antes de que se remueva este mal. ¡Oh alma endurecida!, ofreciendo un freno de ace-

ro con piedras ensamblado, haz cesar los gritos, como si fueras a cumplir con alegría una acción a que te obligan.

HILO. — Alzadlo, compañeros, siendo en gran manera indulgentes conmigo por ello, y viendo gran desconsideración de los dioses ante estas acciones realizadas. Éstos, aunque han engendrado y son invocados como padres, consienten sin protesta tales sufrimientos.

Pues el futuro ninguno lo contempla, pero nuestra situación actual es lamentable para nosotros y vergonzosa para ellos, y, lo más duro de todo, para el que sufre esta desgracia entre todos los hombres.

Tú, doncella, no te quedes lejos de la casa, después de ver terribles y recientes muertes, y también numerosos e inauditos infortunios; y nada hay en esto que no sea Zeus.

ANTÍGONA

INTRODUCCIÓN

ESTRUCTURA DEL DRAMA

PRÓLOGO (1-99). Al amanecer del día siguiente a la muerte de los dos hijos de Edipo y de la retirada de los argivos, Antígona llama fuera del palacio a su hermana Ismene, le comunica la proclama de Creonte prohibiendo enterrar el cadáver de su hermano Polinices y le anuncia su intención de hacerlo a pesar de ello, por si presta Ismene su colaboración. Ésta no lo acepta e intenta disuadir a Antígona, quien llevará a cabo sola la acción.

PÁRODO (100-161). Está compuesto por dos estrofas y dos antístrofas. El Coro ignora con qué objeto ha sido convocado por Creonte al palacio. Ellos saludan al nuevo día y se regocijan por la partida de los argivos, recordando la mala conducta de Polinices, que ha puesto a Tebas en una situación de gran peligro de la que ya han escapado.

EPISODIO 1.° (162-331). Sale Creonte, el nuevo rey de Tebas tras la muerte de Eteocles, de la puerta principal del palacio y reconoce la lealtad que los ancianos coreutas mostraron a sus predecesores, expresándoles su propia concepción de las obligaciones que tendrá en su misión. De acuerdo con éstas, anuncia el edicto que ha mandado proclamar sobre los dos hermanos. El Coro lo acepta sumisamente, pero no lo aprueba. Se presenta en escena un guardián (v. 223) anunciando que alguien ha cubierto de tierra el cadáver de Polinices. Creonte le despide, con amenaza de muerte para todos si no descubren al autor.

ESTÁSIMO 1.º (332-383). Consta de dos pares de estrofas. Es un canto al hombre, el ser más admirable de la creación, dueño del mar, de la tierra y de las demás criaturas. Ha descubierto todos los recursos, excepto el de hacer frente a la muerte. Si observa las leyes divinas y humanas será feliz, y desgraciado, si las desprecia.

Del 375 al 383 el Coro reconoce asombrado a Antígona.

EPISODIO 2.º (384-581). Antígona, conducida ante Creonte, reconoce haber realizado los hechos y los justifica. Creonte la condena a muerte. Dos esclavos traen (v. 531) también a Ismene, que quiere asociarse al hecho. Antígona no se lo permite. Creonte ordena hacer a ambas prisioneras.

ESTÁSIMO 2.º (582-630). Abarca dos pares de estrofas. Es una reflexión acerca del destino de los Labdácidas y del poder del destino, en general, en la vida de los humanos. Estas hermanas eran la última esperanza de la familia y ahora están condenadas. No se puede reprimir el poder de Zeus. Anuncian la aparición de Hemón (626-630).

EPISODIO 3.º (631-780). Hemón se presenta a interceder por Antígona. Discuten acaloradamente, y el joven abandona bruscamente la escena (765). Creonte ordena que Antígona sea encerrada viva en una cueva excavada en la roca.

ESTÁSIMO 3.º (781-805). Está formado por una estrofa y una antístrofa. Es un bellísimo canto al amor, que prepara bien el diálogo lírico que va a seguir entre Antígona y el Coro. Del 801 al 805, el Coro compadece a la joven que se dirige a la muerte.

EPISODIO 4.º (806-943). La primera parte es un diálogo lírico o *kommós* (hasta el 882), compuesto por tres estrofas y tres antístrofas seguidas de anapestos y un epodo. Antígona es sacada del palacio por dos esclavos para ser conducida a la tumba. Ella comenta su destino desgraciado con el Coro, comparándose con Níobe y recordando las desgracias de su familia. El Coro trata de consolarla, pero le da a entender que ella sola se ha perdido. Creonte aparece y ordena que, sin perder más tiempo, sea cumplida su orden.

ESTÁSIMO 4.º (944-987). Se compone de dos estrofas y dos antístrofas. El Coro recuerda otras tres personas de sangre real

que han sufrido un destino semejante al de Antígona con duro encierro: Dánae, Licurgo y Cleopatra. Todos mostraron que ningún mortal puede hacer frente a su destino.

EPISODIO 5.º (988-1114). Entra Tiresias, conducido por un niño, y comunica las señales de la cólera divina. Creonte le acusa de tener parte en un complot contra él. Ante los terribles vaticinios que, a continuación, profiere el anciano adivino, aquél, aterrado, ordena dar sepultura al cadáver de Polinices y liberar a la muchacha.

ESTÁSIMO 5.º (1115-1154). Consiste en un *hiporquema,* o canto de danza de alegre tono, que invoca la presencia sagrada del festivo dios protector de Tebas, Baco.

ÉXODO (1155-1352). En el que se cuentan las tres fatales desgracias: muerte de Antígona, de Hemón y de Eurídice. Las dos primeras las cuenta el mensajero y, tras escucharlo, Eurídice entra en palacio (1244). Con la aparición de Creonte en escena, se inicia un diálogo lírico. Consta de tres pares de estrofas. Creonte, arrepentido, se lamenta cuando el mensajero le comunica la muerte de su mujer.

NOTA BIBLIOGRAFICA

R. C. JEBB, *Antigone,* Cambridge, 1902.

— *The Tragedies of Sophocles,* Cambridge, 1904.

A. C. PEARSON, *Sophoclis Fabulae,* Oxford, 1924.

A. DAIN - P. MAZON, *Sophocle, I: Les Trachiniennes, Antigone,* París, 1955.

L. GIL, *Sófocles. Antígona, Edipo Rey, Electra,* Madrid, 1969.

M. BENAVENTE, *Sófocles. Tragedias,* Madrid, 1970.

J. PALLÍ, *Sófocles. Teatro Completo,* Barcelona, 1973.

J. M. LUCAS, *Sófocles. Ayax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey,* Madrid, 1977.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Señalamos los pasajes en los que no hemos seguido la edición de A. C. Pearson.

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
24	†χρησθεὶς δικαίᾳ†	χρῆσθαι δικαιῶν
196	ἀφαγνίσαι	ἐφαγνίσαι
241	στιχίζῃ	στοχάζῃ
351	ὑπαξέμεν	ὑπάξεται
368	περαίνων	γεραίρων
575	ἔφυ	ἐμοί
602	κοπίς	κόνις
606	ὁ παντογήρως	ὁ πάντα κηλῶν
674	τ' ἐν μάχῃ	συμμάχου
858	οἶτον	οἶκτον
1134	ἐπετᾶν	ἐπέων
1247	γόου	γόους
1279	φέρειν	φέρων

1

ARGUMENTO DEL GRAMATICO ARISTÓFANES SOBRE *ANTÍGONA*

Antígona fue sorprendida enterrando a Polinices en contra de la prohibición de la ciudad, y, colocándola en una tumba subterránea, fue condenada a muerte por orden de Creonte. En consecuencia, también Hemón, que sufría por su amor, se dio muerte a sí mismo con una espada. De resultas de la muerte de éste, también su madre, Eurídice, se dio muerte a sí misma.

El mito está también en la *Antígona* de Eurípides, salvo que allí, siendo sorprendida con Hemón, es entregada a él en matrimonio y le da un hijo.

La escena de la obra transcurre en la Tebas beocia. El Coro está compuesto de ancianos del lugar. El prólogo corre a cargo de Antígona y la acción transcurre en el palacio de Creonte. El tema principal es el enterramiento de Polinices, la muerte de Antígona, la muerte de Hemón y el destino funesto de Eurídice, la madre de Hemón. Dicen que Sófocles fue considerado digno de ostentar el mando del ejército en Samos, al haber sido premiado en la representación de la *Antígona*. Esta obra está catalogada con el número treinta y dos.

II

ARGUMENTO DE SALUSTIO SOBRE *ANTÍGONA*

La obra es de las más bellas de Sófocles. Es objeto de controversia lo que se cuenta acerca de la heroína y de su hermana Ismene. En efecto, Ión en sus ditirambos dice que ambas fueron quemadas en el templo de Hera por Laodamante, hijo de Eteocles. Mimnermo [fr. 21] dice que Ismene, manteniendo relaciones con Teoclímeno, murió a manos de Tideo por indicación de Atenea. Así que esas cosas son las que se cuentan acerca de las heroínas. No obstante, la opinión común ha tenido a éstas por honradas y buenas hermanas por encima de lo corriente, opinión que comparten los poetas trágicos y según la cual exponen lo relativo a ellas. La obra recibió el nombre de *Antígona,* al ser ella la que proporcionaba el argumento. El cuerpo de Polinices yace insepulto, y Antígona, que intenta darle sepultura, es impedida por Creonte y, al ser sorprendida mientras lo sepultaba ella misma, es destruida. Hemón, el hijo de Creonte, enamorado de ella y siéndole insoportable semejante desgracia, se mata él mismo. Por lo cual, también su madre, Eurídice, pone fin a su vida con el lazo.

III

A Polinices, que había muerto en lucha cuerpo a cuerpo contra su hermano, Creonte, habiéndolo dejado fuera de la ciudad, insepulto, ordena públicamente que nadie lo entierre, bajo amenaza de pena de muerte. Antígona, su hermana, intenta enterrarlo y levanta un

túmulo, ocultándose de los guardias; a éstos Creonte los amenaza con la muerte si no encuentran al autor de aquello. Ellos, tras quitar la tierra arrojada encima, intensifican la guardia. Al llegar Antígona y encontrar el cadáver descubierto, prorrumpiendo en gemidos se descubrió a sí misma. Y a ella, entregada por los guardias, Creonte la condena y la encierra viva en una tumba. Tras esto, Hemón, hijo de Creonte, que la pretendía, enfurecido se mata a sí mismo junto a la muchacha, que se había quitado la vida con una soga, habiendo Tiresias predicho estas cosas por anticipado. A consecuencia de esto, dolorida, Eurídice, esposa de Creonte, se mata ella misma. Creonte, finalmente, entona un lamento por la muerte de su hijo y su esposa.

PERSONAJES

ANTÍGONA.
ISMENE.
CORO de ancianos tebanos.
CREONTE.
GUARDIÁN.
HEMÓN.
TIRESIAS.
MENSAJERO.
EURÍDICE.
Otro MENSAJERO.

(La escena tiene lugar delante del palacio real de Tebas. Primeras luces de madrugada. Salen de palacio Antígona y su hermana Ismene.)

ANTÍGONA. — ¡Oh Ismene, mi propia hermana, de mi misma sangre!, ¿acaso sabes cuál de las desdichas que nos vienen de Edipo va a dejar de cumplir Zeus en nosotras mientras aún estemos vivas? Nada doloroso ni sin desgracia, vergonzoso ni deshonroso existe que yo no haya visto entre tus males y los míos. Y ahora, ¿qué edicto es éste que dicen que acaba de publicar el general [1] para la ciudad entera? ¿Has oído tú algo y sabes de qué trata? ¿O es que no te das cuenta de que contra nuestros seres queridos se acercan desgracias propias de enemigos?

ISMENE. — A mí, Antígona, ninguna noticia de los nuestros, ni agradable ni penosa, me ha llegado desde que ambas hemos sido privadas de nuestros dos hermanos, muertos los dos en un solo día por una acción recíproca. Desde que se ha ido el ejército de los Argivos, en la noche que ha pasado, nada nuevo sé que pueda hacerme ni más afortunada ni más desgraciada.

ANTÍGONA. — Bien lo sabía. Y, por ello, te he sacado fuera de las puertas de palacio para que sólo tú me oigas.

---

[1] Se refiere a Creonte y señala una de las más importantes actividades del jefe del estado, la de general del ejército. Por otra parte, en poesía se utiliza, a veces, el término *stratós* significando *dēmos* (ESQUILO, *Euménides* 566).

ISMENE. — ¿Qué ocurre? Es evidente que estás meditando alguna resolución.

ANTÍGONA. — Pues, ¿no ha considerado Creonte a nuestros hermanos, al uno digno de enterramiento y al otro indigno? A Eteocles, según dicen, por considerarle merecedor de ser tratado con justicia y según la costumbre, lo sepultó bajo tierra a fin de que resultara honrado por los muertos de allí abajo. En cuanto al cadáver de Polinices, muerto miserablemente, dicen que, en un edicto a los ciudadanos, ha hecho publicar que nadie le dé sepultura ni le llore, y que le dejen sin lamentos, sin enterramiento, como grato tesoro para las aves rapaces que avizoran por la satisfacción de cebarse.

Dicen que con tales decretos nos obliga el buen Creonte a ti y a mí —sí, también a mí— y que viene hacia aquí para anunciarlo claramente a quienes no lo sepan. Que el asunto no lo considera de poca importancia; antes bien, que está prescrito que quien haga algo de esto reciba muerte por lapidación pública en la ciudad. Así están las cosas, y podrás mostrar pronto si eres por naturaleza bien nacida, o si, aunque de noble linaje, eres cobarde.

ISMENE. — ¿Qué ventaja podría sacar yo, oh desdichada, haga lo que haga [2], si las cosas están así?

ANTÍGONA. — Piensa si quieres colaborar y trabajar conmigo.

ISMENE. — ¿En qué arriesgada empresa? ¿Qué estás tramando?

ANTÍGONA. — *(Levantando su mano.)* Si, junto con esta mano, quieres levantar el cadáver.

---

[2] En griego, literalmente se dice «atando o desatando». Es una expresión hecha en la que se contienen los dos términos de una oposición para indicar la imposibilidad de algo. Es un giro frecuente.

ISMENE. — ¿Es que proyectas enterrarlo, siendo algo prohibido para la ciudad?

ANTÍGONA. — Pero es mi hermano y el tuyo, aunque tú no quieras. Y, ciertamente, no voy a ser cogida en delito de traición.

ISMENE. — ¡Oh temeraria! ¿A pesar de que lo ha prohibido Creonte?

ANTÍGONA. — No le es posible separarme de los míos.

ISMENE. — ¡Ay de mí! Acuérdate, hermana, cómo se nos perdió nuestro padre, odiado y deshonrado, tras herirse él mismo por obra de su mano en los dos ojos, ante las faltas en las que se vio inmerso. Y, a continuación, acuérdate de su madre y esposa —las dos apelaciones le eran debidas—, que puso fin a su vida de afrentoso modo, con el nudo de unas cuerdas. En tercer lugar, de nuestros hermanos, que, habiéndose dado muerte los dos mutuamente en un solo día, cumplieron recíprocamente un destino común con sus propias manos.

Y ahora piensa con cuánto mayor infortunio pereceremos nosotras dos, solas como hemos quedado, si, forzando la ley, transgredimos el decreto o el poder del tirano. Es preciso que consideremos, primero, que somos mujeres, no hechas para luchar contra los hombres, y, después, que nos mandan los que tienen más poder, de suerte que tenemos que obedecer en esto y en cosas aún más dolorosas que éstas.

Yo por mi parte, pidiendo a los de abajo que tengan indulgencia, obedeceré porque me siento coaccionada a ello. Pues el obrar por encima de nuestras posibilidades no tiene ningún sentido.

ANTÍGONA. — Ni te lo puedo ordenar ni, aunque quisieras hacerlo, colaborarías ya conmigo dándome gusto. Sé tú como te parezca. Yo le enterraré. Hermoso será morir haciéndolo. Yaceré con él al que amo y me

ama, tras cometer un piadoso crimen [3], ya que es mayor el tiempo que debo agradar a los de abajo que a los de aquí. Allí reposaré para siempre. Tú, si te parece bien, desdeña los honores a los dioses.

ISMENE. — Yo no les deshonro, pero me es imposible obrar en contra de los ciudadanos.

ANTÍGONA. — Tú puedes poner pretextos. Yo me iré a levantar un túmulo al hermano muy querido.

ISMENE. — ¡Ah, cómo temo por ti, desdichada!

ANTÍGONA. — No padezcas por mí y endereza tu propio destino.

ISMENE. — Pero no delates este propósito a nadie; mantenlo a escondidas, que yo también lo haré.

ANTÍGONA. — ¡Ah, grítalo! Mucho más odiosa me serás si callas, si no lo pregonas ante todos.

ISMENE. — Tienes un corazón ardiente para fríos asuntos [4].

ANTÍGONA. — Pero sé agradar a quienes más debo complacer.

ISMENE. — En el caso de que puedas, sí, pero deseas cosas imposibles.

ANTÍGONA. — En cuanto me fallen las fuerzas, desistiré.

ISMENE. — No es conveniente perseguir desde el principio lo imposible.

ANTÍGONA. — Si así hablas, serás aborrecida por mí y te harás odiosa con razón para el que está muerto.

---

3 Figura definida en retórica como un oxímoron. Es un recurso estilístico que resalta la idea por el fuerte contraste. Quiere expresar que irá en contra de las leyes humanas, pero agradando con ello a los dioses. Doble plano patente en la problemática de toda la obra.

4 Eufemismo que oculta la idea de la muerte, la amenaza decretada para quien lleva a cabo esta acción. Esto permite al autor un bello recurso estilístico para poner de relieve las dos ideas calificadas con estos adjetivos.

Así que deja que yo y la locura, que es sólo mía, corramos este peligro. No sufriré nada tan grave que no me permita morir con honor.

ISMENE. — Bien, vete, si te parece, y sabe que tu conducta al irte es insensata, pero grata con razón para los seres queridos.

(Antígona sale. Ismene entra en palacio. El Coro se presenta llamado por Creonte.)

CORO.

Estrofa 1.ª

Rayo de sol, la más bella luz vista en Tebas, la de las siete puertas, te has mostrado ya, ¡oh ojo del dorado día!, viniendo sobre la corriente del Dirce[5]*, tú, que al guerrero de blanco escudo*[6] *que vino de Argos con su equipo, has acosado como a un presuroso fugitivo en rápida carrera, y al que Polinices condujo contra nuestra tierra, excitado por equívocas discordias*[7]*. Lanzando agudos gritos, voló sobre nuestra tierra como un águila cubierta con plumas de blanca nieve, con abundante armamento, con yelmos guarnecidos con crines de caballos.*

---

5 Dirce es el río que discurre por el O. de Tebas, mientras que el Ismeno lo hace por el E. (cf. *Edipo Rey*, nota 5). Aquí debería haber sido nombrado el Ismeno, sobre cuya corriente brilla primero el sol al salir, pero, sin embargo, se nombra el Dirce, tal vez por ser el más representativo. También se llama así un importante manantial (ver el v. 844 de esta obra).

6 El blanco escudo del ejército argivo es, en el terreno de la metáfora, el plumaje, blanco como la nieve, del águila con la que es comparado. Las imágenes se entremezclan en los dos campos. El color blanco propio del ejército argivo podría haber sido elegido por la asociación del nombre propio con *argós*, adjetivo que significa blanco.

7 La lucha que mantenía con Eteocles por los derechos al trono de Tebas.

Antístrofa 2.ª

Detenido sobre nuestros tejados, y habiendo abierto sus fauces en torno a los accesos de las siete puertas con lanzas ansiosas de muertes, se marchó antes de saciar su garganta con nuestra sangre y de que el fuego[8] *de las antorchas de pino se apoderara del circulo que forman las torres. Tal fue el estrépito de Ares que se extendió en torno a nuestras espaldas, difícil prueba para el dragón adversario*[9].

Zeus odia sobremanera las jactancias pronunciadas por boca arrogante y, viendo que ellos avanzan en gran afluencia, orgullosos del dorado estrépito, rechaza con su rayo a quien se disponía a gritar victoria desde las altas almenas[10].

Estrofa 2.ª

Sobre la dura tierra cayó, como un Tántalo[11] *portador de fuego, el que, dominado por maníaco impulso, resoplaba con los ímpetus de odiosos vientos.*

Pero las cosas salieron de otro modo, y el gran Ares impetuoso fue distribuyendo a cada cual lo suyo sacudiendo fuertes golpes.

Pues siete capitanes, dispuestos ante las siete puertas frente a igual número, dejaron a Zeus, el que aleja

[8] En griego aparece el nombre propio Hefesto, dios del fuego. El mismo caso que cuando traducimos por «guerra» el nombre de Ares (cf. nota 25 de *Ayax*).

[9] El dragón simboliza a Tebas. Los tebanos, según el mito, nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo, el fundador. Por otra parte, la lucha entre el águila y la serpiente es un viejo y conocido tema en la literatura griega (*Ilíada* XII 200 y sigs.).

[10] Se refiere a Capaneo, príncipe argivo, impetuoso y arrogante, que intenta escalar las torres de la ciudad de Tebas para incendiarla. Un rayo enviado por Zeus le da muerte. A él se refiere también la segunda estrofa.

[11] Hijo de Zeus que sufrió un castigo por su arrogancia.

los males, todo su armamento como tributo, excepto los dos desgraciados que, nacidos de un solo padre y de una sola madre, tras colocar en posición sus lanzas —ambas poderosas—, obtuvieron los dos su lote de muerte común.

Antístrofa 2.ª

Llegó la Victoria, de glorioso nombre, y se regocijó con Tebas, la rica en carros. De los combates que acaban de tener lugar, que se haga el olvido. Vayamos a todos los templos de los dioses en coros[12] *durante la noche, y Baco, el que hace temblar la tierra de Tebas, sea nuestro guía.*

Pero aquí se presenta el rey del país, Creonte, el hijo de Meneceo, nuevo jefe a la vista de los recientes sucesos enviados por los dioses. ¿A qué proyecto está dándole vueltas, siendo así que ha convocado especialmente esta asamblea de ancianos y nos ha hecho venir por una orden pregonada a todos?

(Sale Creonte del palacio, rodeado de su escolta, y se dirige solemne al Coro.)

CREONTE. — Ciudadanos, de nuevo los dioses han enderezado los asuntos de la ciudad que la habían sacudido con fuerte conmoción. Por medio de mensajeros os he hecho venir a vosotros, por separado de los demás, porque bien sé que siempre tuvisteis respeto a la realeza del trono de Layo, y que, de nuevo, cuando Edipo hizo próspera a la ciudad, y después de que él murió, permanecisteis con leales pensamientos junto a los hijos de aquél.

Puesto que aquéllos, a causa de un doble destino, en un solo día perecieron, golpeando y golpeados en crimen parricida, yo ahora poseo todos los poderes y

[12] Con las danzas dedicadas al dios. Otra alusión a los coros en honor de Dioniso la hemos visto en *Ayax*, verso 669.

dignidades por mi cercano parentesco con la familia de los muertos.

Pero es imposible conocer el alma, los sentimientos y las intenciones de un hombre hasta que se muestre experimentado en cargos y en leyes. Y el que al gobernar una ciudad entera no obra de acuerdo con las mejores decisiones, sino que mantiene la boca cerrada por el miedo, ése me parece —y desde siempre me ha parecido— que es el peor. Y al que tiene en mayor estima a un amigo que a su propia patria no lo considero digno de nada. Pues yo —¡sépalo Zeus que todo lo ve siempre!— no podría silenciar la desgracia que viera acercarse a los ciudadanos en vez del bienestar, ni nunca mantendría como amigo mío a una persona que fuera hostil al país, sabiendo que es éste el que nos salva y que, navegando sobre él, es como felizmente haremos los amigos [13]. Con estas normas pretendo yo engrandecer la ciudad.

Y ahora, de acuerdo con ellas, he hecho proclamar un edicto a los ciudadanos acerca de los hijos de Edipo. A Eteocles, que murió luchando por la ciudad tras sobresalir en gran manera con la lanza, que se le sepulte en su tumba y que se le cumplan todos los ritos sagrados que acompañan abajo a los cadáveres de los héroes. Pero a su hermano —me refiero a Polinices—, que en su vuelta como desterrado quiso incendiar completamente su tierra patria y a las deidades de su raza, además de alimentarse de la sangre de los suyos, y quiso llevárselos en cautiverio, respecto a éste ha sido ordenado por un heraldo a esta ciudad que ninguno le tribute los honores postreros con un enterramiento, ni le llore. Que se le deje sin sepultura y que su cuerpo

---

13 Alusión, muy repetida, al símil de la nave del estado, que encontramos desde Arquíloco (fr. 163), en los líricos, trágicos, en la comedia, historia y oratoria.

sea pasto de las aves de rapiña y de los perros, y ultraje para la vista. Tal es mi propósito, y nunca por mi parte los malvados estarán por delante de los justos en lo que a honra se refiere. Antes bien, quien sea benefactor para esta ciudad recibirá honores míos en vida igual que muerto.

CORIFEO. — Eso has decidido hacer, hijo de Meneceo, con respecto al que fue hostil y al que fue favorable a esta ciudad. A ti te es posible valerte de todo tipo de leyes, tanto respecto a los muertos como a cuantos estamos vivos.

CREONTE. — Ahora, para que seáis vigilantes de lo que se ha dicho...

CORIFEO. — Ordena a otro más joven que sobrelleve esto [14].

CREONTE. — Pero ya están dispuestos guardianes del cadáver.

CORIFEO. — Conque, ¿qué otra cosa nos encargas, además de lo dicho?

CREONTE. — Que no os ablandéis ante los que desobedezcan esta orden.

CORIFEO. — Nadie es tan necio que desee morir.

CREONTE. — Éste, en efecto, será el pago. Pero bajo la esperanza de provecho muchas veces se pierden los hombres.

(Entra un guardián de los que vigilan el cadáver de Polinices.)

GUARDIÁN. — Señor, no puedo decir que por el apresuramiento en mover rápido el pie llego jadeante, pues hice muchos altos a causa de mis cavilaciones, dándome la vuelta en medio del camino. Mi ánimo me hablaba muchas veces de esta manera: «¡Desventurado! ¿Por qué vas adonde recibirás un castigo cuando hayas lle-

---

[14] El Coro no disimula la mala acogida que en él tienen las órdenes de Creonte acerca de Polinices.

gado? ¡Infortunado! ¿Te detienes de nuevo? Y si Creonte se entera de esto por otro hombre, ¿cómo es posible que no lo sientas?» Dándole vueltas a tales pensamientos venía lenta y perezosamente, y así un camino corto se hace largo. Por último, sin embargo, se impuso el llegarme junto a ti, y, aunque no descubriré nada, hablaré. Me presento, pues, aferrado a la esperanza de no sufrir otra cosa que lo decretado por el azar.

CREONTE. — ¿Por qué tienes este desánimo?

GUARDIÁN. — Quiero hablarte primeramente de lo que a mí respecta. El hecho ni lo hice yo, ni vi quién lo hizo, y no sería justo que me viera abocado a alguna desgracia.

CREONTE. — Bien calculas y ocultas el asunto con un rodeo. Está claro que algo malo vas a anunciar.

GUARDIÁN. — Las palabras terribles producen gran vacilación.

CREONTE. — ¿Y no hablarás de una vez y después te irás lejos de aquí?

GUARDIÁN. — Te lo digo ya: alguien, después de dar sepultura al cadáver, se ha ido, cuando hubo esparcido seco polvo sobre el cuerpo y cumplido los ritos que debía.

CREONTE. — ¿Qué dices? ¿Qué hombre es el que se ha atrevido?

GUARDIÁN. — No lo sé, pues ni había golpe de pala ni restos de tierra cavada por el azadón. La tierra está dura y seca, sin hendir, y no atravesada por ruedas de carro. No había señal de que alguien fuera el artífice. Cuando el primer centinela nos lo mostró, un embarazoso asombro cundió entre todos, pues él [15] había desaparecido, no enterrado, sino que le cubría un fino polvo, como obra de alguien que quisiera evitar la impu-

[15] El cadáver.

reza. Aun sin haberlo arrastrado, no aparecían señales de fiera ni de perro alguno que hubiese venido.

Resonaban los insultos de unos contra otros, acusándonos entre nosotros mismos, y se habría producido al final un enfrentamiento sin que estuviera presente quien lo impidiera. Pues cada uno era el culpable, pero nadie lo era manifiestamente, sino que negaban saber nada. Estábamos dispuestos a levantar metales al rojo vivo con las manos, a saltar a través del fuego [16] y a jurar por los dioses no haberlo hecho, ni conocer al que había tramado la acción ni al que la había llevado a la práctica.

Finalmente, puesto que en la investigación no sacábamos nada nuevo, habla uno que nos movió a todos a inclinar la cabeza al suelo por el temor. Y no sabíamos replicarle, ni cómo actuaríamos para que nos saliera bien. La propuesta era que había de serte comunicado este hecho y que no lo ocultaríamos. Esto fue lo que se impuso y la suerte me condenó a mí, desafortunado, a cargar con esta «buena» misión. Estoy aquí en contra de mi voluntad y de la tuya, bien lo sé. Pues nadie quiere un mensajero de malas noticias.

CORIFEO. — Señor, mis pensamientos están, desde hace un rato, deliberando si esto es obra de los dioses.

CREONTE. — No sigas antes de llenarme de ira con tus palabras, no vayas a ser calificado de insensato a la vez que de viejo. Dices algo intolerable cuando manifiestas que los dioses sienten preocupación por este cuerpo. ¿Acaso dándole honores especiales como a un bienhechor iban a enterrar al que vino a prender fuego a los templos rodeados de columnas y a las ofrendas, así como a devastar su tierra y las leyes? ¿Es que ves que los dioses den honra a los malvados? No es posible.

---

16 Sin entrar en suposiciones hago constar que esto es lo que en la Edad Media se llamaban ordalías o juicios de Dios.

Algunos *hombres de la ciudad, por el contrario,* vienen soportando de mala gana el edicto y murmuraban contra mí a escondidas, sacudiendo la cabeza, y no mantenían la cerviz bajo el yugo, como es debido, en señal de acatamiento. Sé bien que ésos, inducidos por las recompensas de aquéllos [17], son los que lo han hecho.

Ninguna institución ha surgido peor para los hombres que el dinero. Él saquea las ciudades y hace salir a los hombres de sus hogares. Él instruye y trastoca los pensamientos nobles de los hombres para convertirlos en vergonzosas acciones. Él enseñó a los hombres a cometer felonías y a conocer la impiedad de toda acción. Pero cuantos por una recompensa llevaron a cabo cosas tales concluyeron, tarde o temprano, pagando un castigo.

Ahora bien, si Zeus aún tiene alguna veneración por mi parte, sabed bien esto —y te hablo comprometido por un juramento—: que, si no os presentáis ante mis ojos habiendo descubierto al autor de este sepelio, no os bastará sólo la muerte. Antes, colgados vivos, evidenciaréis esta insolencia, a fin de que, sabiendo de dónde se debe adquirir ganancia, la obtengáis en el futuro y aprendáis, de una vez para siempre, que no debéis desear el provecho en cualquier acción. Pues, a causa de ingresos deshonrosos, se pueden ver más descarriados que salvados.

GUARDIÁN. — ¿Me permitirás decir algo, o me voy así, dándome la vuelta?

CREONTE. — ¿No te das cuenta de que también ahora me resultas molesto con tus palabras?

GUARDIÁN. — ¿En tus oídos te hieren o en tu alma?

CREONTE. — ¿Por qué precisas dónde se sitúa mi aflicción?

---

[17] De los que murmuran a escondidas.

GUARDIÁN. — El culpable te aflige el alma, yo los oídos.

CREONTE. — ¡Ah, está claro que eres por naturaleza un charlatán!

GUARDIÁN. — Pero esa acción no la he cometido nunca.

CREONTE. — Sí, y encima traicionando tu alma por dinero.

GUARDIÁN. — ¡Ay! Es terrible, ciertamente, para quien tiene una sospecha, què le resulte falsa.

CREONTE. — Dátelas de gracioso ahora con mi sospecha. Que, si no mostráis a los que han cometido estos hechos, diréis abiertamente que las ganancias alevosas producen penas.

(Entra Creonte en palacio.)

GUARDIÁN. — ¡Que sea descubierto, sobre todo! Pero, si es capturado como si no lo es —es el azar el que lo resuelve—, de ningún modo me verás volver aquí. Y ahora, sano y salvo en contra de mi esperanza y de mi convicción, debo a los dioses una gran merced.

CORO.

Estrofa 1.ª

Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre. Él se dirige al otro lado del blanco[18] *mar con la ayuda del tempestuoso viento Sur, bajo las rugientes olas avanzando, y a la más poderosa de las diosas, a la imperecedera e infatigable Tierra, trabaja sin descanso, haciendo girar los arados año tras año, al ararla con mulos.*

Antístrofa 1.ª

El hombre que es hábil da caza, envolviéndolos con los lazos de sus redes, a la especie de los aturdidos pá-

---

18 Epíteto que alude al color de la espuma de las olas del mar al romper en la superficie.

jaros, y a los rebaños de agrestes fieras, y a la familia de los seres marinos. Por sus mañas se apodera del animal del campo que va a través de los montes[19], *y unce al yugo que rodea la cerviz al caballo de espesas crines, así como al incansable toro montaraz.*

Estrofa 2.ª

Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensamiento, así como las civilizadas maneras de comportarse, y también, fecundo en recursos, aprendió a esquivar bajo el cielo los dardos de los desapacibles hielos y los de las lluvias inclementes[20]. *Nada de lo por venir le encuentra falto de recursos. Sólo del Hades no tendrá escapatoria. De enfermedades que no tenían remedio ya ha discurrido posibles evasiones.*

Antístrofa 2.ª

Poseyendo una habilidad superior a lo que se puede uno imaginar, la destreza para ingeniar recursos, la encamina unas veces al mal, otras veces al bien. Será un alto cargo en la ciudad, respetando las leyes de la tierra y la justicia de los dioses que obliga por juramento.

Desterrado sea aquel que, debido a su osadía, se da a lo que no está bien. ¡Que no llegue a sentarse junto a mi hogar ni participe de mis pensamientos el que haga esto!

(Entra el Guardián arrastrando a Antígona.)

Corifeo. — Atónito quedo ante un prodigio que procede de los dioses. ¿Cómo, si yo la conozco, podré negar que ésta es la joven Antígona? ¡Ay desventurada, hija de tu desdichado padre Edipo! ¿Qué pasa? ¿No

---

19 Debe tratarse de la cabra, nombrada por Homero (*Odisea* IX 155; Hesíodo, *Escudo* 407; *Filoctetes* 955).

20 P. Mazon expone, aquí, la teoría de que estas palabras aluden a la construcción de sus cuevas y moradas para resguardarse de las inclemencias del tiempo.

será que te llevan porque has desobedecido las normas del rey y ellos te han sorprendido en un momento de locura?

GUARDIÁN. — Ésta es la que ha cometido el hecho. La cogimos cuando estaba dándole sepultura. Pero, ¿dónde está Creonte?

CORIFEO. — Oportunamente sale de nuevo del palacio.

CREONTE. — ¿Qué pasa? ¿Por qué motivo llego a tiempo?

GUARDIÁN. — Señor, nada existe para los mortales que pueda ser negado con juramento. Pues la reflexión posterior desmiente los propósitos. Yo estaba completamente creído de que difícilmente me llegaría aquí, después de las amenazas de las que antes fui objeto. Pero la alegría que viene de fuera y en contra de toda esperanza a ningún otro goce en intensidad se asemeja. He venido, aunque había jurado que no lo haría, trayendo a esta muchacha, que fue apresada cuando preparaba al muerto [21]. Y en este caso no se echó a suertes, sino que fue mío el hallazgo y de ningún otro. Y ahora, rey, tomando tú mismo a la muchacha, júzgala y hazla confesar como deseas. Que justo es que yo me vea libre de esta carga.

CREONTE. — A ésta que traes, ¿de qué manera y dónde la has cogido?

GUARDIÁN. — Ella en persona daba sepultura al cuerpo. De todo quedas enterado.

CREONTE. — ¿En verdad piensas lo que dices y no me mientes?

GUARDIÁN. — La he visto enterrar al cadáver que tú habían prohibido enterrar. ¿Es que no hablo clara y manifiestamente?

---

[21] Para los ritos del sepelio: esto es, cubrirle de tierra y derramar libaciones.

CREONTE. — ¿Y cómo fue vista y sorprendida?

GUARDIÁN. — La cosa fue de esta manera: cuando hubimos llegado, amenazados de aquel terrible modo por ti, después de barrer toda la tierra que cubría el cadáver y de dejar bien descubierto el cuerpo, que ya se estaba pudriendo, nos sentamos en lo alto de la colina, protegidos del viento, para evitar que nos alcanzara el olor que aquél desprendía, incitándonos el uno al otro vivamente con denuestos, por si alguno descuidaba su tarea. Durante un tiempo estuvimos así, hasta que en medio del cielo se situó el brillante círculo del sol. El calor ardiente abrasaba. Entonces, repentinamente, un torbellino de aire levantó del suelo un huracán —calamidad celeste— que llenó la meseta, destrozando todo el follaje de los árboles del llano, y el vasto cielo se cubrió. Con los ojos cerrados sufríamos el azote divino.

Cuando cesó, un largo rato después, se pudo ver a la muchacha. Lanzaba gritos penetrantes como un pájaro desconsolado cuando distingue el lecho vacío del nido huérfano de sus crías. Así ésta, cuando divisó el cadáver descubierto, prorrumpió en sollozos y tremendas maldiciones para los que habían sido autores de esta acción. En seguida transporta en sus manos seco polvo y, de un vaso de bronce bien forjado, desde arriba cubre el cadáver con triple libación [22].

Nosotros, al verlo, nos lanzamos, y al punto le dimos caza, sin que en nada se inmutara. La interrogábamos sobre los hechos de antes y los de entonces, y nada negaba. Para mí es, en parte, grato y, en parte, doloroso. Porque es agradable librarse uno mismo de desgracias, pero es triste conducir hacia ellas a los deu-

[22] La triple libación era ritual. La primera era con leche y miel, la segunda con vino dulce y la tercera con agua.

dos[23]. Ahora bien, obtener todas las demás cosas es para mí menos importante que ponerme a mí mismo a salvo.

CREONTE. — *(Dirigiéndose a Antígona.)* Eh, tú, la que inclina la cabeza hacia el suelo, ¿confirmas o niegas haberlo hecho?

ANTÍGONA. — Digo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE. — *(Al guardián.)* Tú puedes marcharte adonde quieras, libre, fuera de la gravosa culpa. *(A Antígona de nuevo.)* Y tú dime sin extenderte, sino brevemente, ¿sabías que había sido decretado por un edicto que no se podía hacer esto?

ANTÍGONA. — Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era manifiesto.

CREONTE. — ¿Y, a pesar de ello, te atreviste a transgredir estos decretos?

ANTÍGONA. — No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Éstas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a obtener castigo por ellas[24] de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre alguno.

Sabía que iba a morir, ¿cómo no?, aun cuando tú no lo hubieras hecho pregonar. Y si muero antes de tiempo, yo lo llamo ganancia. Porque quien, como yo, viva entre desgracias sin cuento, ¿cómo no va a obtener provecho al morir? Así, a mí no me supone pesar alcanzar este destino. Por el contrario, si hubiera consentido que el cadáver del que ha nacido de mi madre

---

[23] También podría traducirse por «amigo». El guarda formaba parte como esclavo de la familia real.

[24] Por transgredirlas, se entiende.

estuviera insepulto, entonces sí sentiría pesar. Ahora, en cambio, no me aflijo. Y si te parezco estar haciendo locuras, puede ser que ante un loco me vea culpable de una locura.

CORIFEO. — Se muestra la voluntad fiera de la muchacha que tiene su origen en su fiero padre. No sabe ceder ante las desgracias.

CREONTE. — Sí, pero sábete que las voluntades en exceso obstinadas son las que primero caen, y que es el más fuerte hierro, templado al fuego y muy duro, el que más veces podrás ver que se rompe y se hace añicos. Sé que los caballos indómitos se vuelven dóciles con un pequeño freno. No es lícito tener orgullosos pensamientos a quien es esclavo de los que le rodean. Ésta conocía perfectamente que entonces estaba obrando con insolencia, al transgredir las leyes establecidas, y aquí, después de haberlo hecho, da muestras de una segunda insolencia: ufanarse de ello y burlarse, una vez que ya lo ha llevado a efecto.

Pero verdaderamente en esta situación no sería yo el hombre —ella lo sería—, si este triunfo hubiera de quedar impune. Así, sea hija de mi hermana, sea más de mi propia sangre que todos los que están conmigo bajo la protección de Zeus del Hogar [25], ella y su hermana no se librarán del destino supremo. Inculpo a aquélla de haber tenido parte igual en este enterramiento. Llamadla. Acabo de verla adentro fuera de sí y no dueña de su mente. Suele ser sorprendido antes el espíritu traidor de los que han maquinado en la oscuridad algo que no está bien. Sin embargo, yo, al me-

[25] Creonte conoce que incurre en una falta contra los dioses en la persona de Zeus protector del hogar —al que se tenía consagrado un altar en el patio del palacio—, juzgando y castigando a un miembro de ese hogar, pero cree estar obligado a ello en su condición de guardián de las leyes de la ciudad.

nos, detesto que, cuando uno es cogido en fechorías, quiera después hermosearlas.

ANTÍGONA. — ¿Pretendes algo más que darme muerte, una vez que me has apresado?

CREONTE. — Yo nada. Con esto lo tengo todo.

ANTÍGONA. — ¿Qué te hace vacilar en ese caso? Porque a mí de tus palabras nada me es grato —¡que nunca me lo sea!—, del mismo modo que a ti te desagradan las mías. Sin embargo, ¿dónde hubiera podido obtener yo más gloriosa fama que depositando a mi propio hermano en una sepultura? Se podría decir que esto complace a todos los presentes, si el temor no les tuviera paralizada la lengua. En efecto, a la tiranía le va bien en otras muchas cosas, y sobre todo le es posible obrar y decir lo que quiere [26].

CREONTE. — Tú eres la única de los Cadmeos que piensa tal cosa.

ANTÍGONA. — Éstos también lo ven, pero cierran la boca ante ti.

CREONTE. — ¿Y tú no te avergüenzas de pensar de distinta manera que ellos?

ANTÍGONA. — No considero nada vergonzoso honrar a los hermanos.

CREONTE. — ¿No era también hermano el que murió del otro lado?

ANTÍGONA. — Hermano de la misma madre y del mismo padre.

CREONTE. — ¿Y cómo es que honras a éste con impío agradecimiento para aquél? [27].

ANTÍGONA. — No confirmará eso el que ha muerto.

CREONTE. — Sí, si le das honra por igual que al impío.

---

[26] Frase solemne de aguda crítica al aborrecido régimen de la tiranía. No es una referencia aislada en la época clásica (EURÍPIDES, *Ión* 621-632).

[27] Eteocles.

ANTÍGONA. — No era un siervo, sino su hermano, el que murió.

CREONTE. — Por querer asolar esta tierra. El otro, enfrente, la defendía.

ANTÍGONA. — Hades, sin embargo, desea leyes iguales.

CREONTE. — Pero no que el bueno obtenga lo mismo que el malvado.

ANTÍGONA. — ¿Quién sabe si allá abajo estas cosas son las piadosas?

CREONTE. — El enemigo nunca es amigo, ni cuando muera.

ANTÍGONA. — Mi persona no está hecha para compartir el odio, sino el amor.

CREONTE. — Vete, pues, allá abajo para amarlos, si tienes que amar, que, mientras yo viva, no mandará una mujer.

(Sale Ismene entre dos esclavos.)

CORIFEO. — He aquí a Ismene, ante la puerta, derramando fraternas lágrimas. Una nube sobre sus cejas afea su enrojecido rostro, empapando sus hermosas mejillas.

CREONTE. — Tú, la que te deslizaste en mi casa como una víbora, y me bebías la sangre sin yo advertirlo. No sabía que alimentaba dos plagas que iban a derrumbar mi trono. Ea, dime, ¿vas a afirmar haber participado también tú en este enterramiento, o negarás con un juramento que lo sabes?

ISMENE. — He cometido la acción, si ésta consiente; tomo parte en la acusación y la afronto.

ANTÍGONA. — Pero no te lo permitirá la justicia, ya que ni tú quisiste ni yo me asocié contigo.

ISMENE. — En estas desgracias tuyas, no me avergüenzo de hacer yo misma contigo la travesía de esta prueba.

ANTÍGONA. — De quién es la acción, Hades y los dio-

ses de abajo son testigos. Yo no amo a uno de los míos, si sólo de palabra ama.

ISMENE. — ¡Hermana, no me prives del derecho a morir contigo y de honrar debidamente al muerto!

ANTÍGONA. — No quieras morir conmigo, ni hagas cosa tuya aquello en lo que no has participado. Será suficiente con que yo muera.

ISMENE. — ¿Y qué vida me va a ser grata, si me veo privada de ti?

ANTÍGONA. — Pregunta a Creonte, ya que te eriges en defensora suya.

ISMENE. — ¿Por qué me mortificas así, cuando en nada te aprovecha?

ANTÍGONA. — Con dolor me río de ti, si es que lo hago.

ISMENE. — Pero, ¿en qué puedo aún serte útil ahora?

ANTÍGONA. — Sálvate tú. No veo con malos ojos que te libres.

ISMENE. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Y no alcanzaré tu destino?

ANTÍGONA. — Tú has elegido vivir y yo morir.

ISMENE. — Pero no sin que yo te diera mis consejos.

ANTÍGONA. — A unos les pareces tú sensata, yo a otros [28].

ISMENE. — Las dos, en verdad, tenemos igual falta.

ANTÍGONA. — Tranquilízate: tú vives, mientras que mi alma hace rato que ha muerto por prestar ayuda a los muertos.

CREONTE. — Afirmo que estas dos muchachas han perdido el juicio, la una acaba de manifestarlo, la otra desde que nació.

ISMENE. — Nunca, señor, perdura la sensatez en los

---

28. Ismene se lo parçcía a Creonte, Antígona a Polinices y a los que ya estaban en el Hades.

que son desgraciados, ni siquiera la que nace con ellos, sino que se retira.

Creonte. — En ti por lo menos, cuando has preferido obrar iniquidades junto a malvados.

Ismene. — ¿Y qué vida es soportable para mí sola, separada de ella?

Creonte. — No digas «ella»: no existe ya.

Ismene. — ¿Y vas a dar muerte a la prometida de tu propio hijo?

Creonte. — También los campos de otras se pueden arar [29].

Ismene. — No con la armonía que reinaba entre ellos dos.

Creonte. — Odio a las mujeres perversas para mis hijos.

Antígona. — ¡Oh queridísimo Hemón! ¡Cómo te deshonra tu padre!

Creonte. — Demasiadas molestias me producís tú y tu matrimonio.

Corifeo. — ¿Vas a privar, en verdad, a tu hijo de ésta?

Creonte. — Hades será quien haga cesar estas bodas por mí.

Corifeo. — Está decidido, a lo que parece, que muera.

Creonte. — Tanto en tu opinión como en la mía. No más dilaciones. Ea, esclavas, llevadlas dentro. Preciso es que estas mujeres estén encerradas y no sueltas. Pues incluso los más animosos intentan huir cuando ven a Hades cerca ya de su vida.

(Entran en palacio todos.)

---

[29] Ésta es una imagen usual que encontramos repetida en el mismo autor (*Traquinias* 33; *Edipo Rey* 1211, 1497) y en otros (Eurípides, *Ión* 49; Menandro, *Díscolo* 842).

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Felices aquellos cuya vida no ha probado las desgracias! Porque, para quienes su casa ha sido estremecida por los dioses, ningún infortunio deja de venir sobre toda la raza, del mismo modo que las olas marinas, cuando se lanzan sobre el abismo submarino impulsadas por los desfavorables vientos tracios, arrastran fango desde el fondo del negro mar, y resuenan los acantilados azotados por el viento con el ruido que producen al ser golpeados.

Antístrofa 1.ª

Veo que desde antiguo las desgracias de la casa de los Labdácidas se precipitan sobre las desgracias de los que han muerto[30]*, y ninguna generación libera a la raza, sino que alguna deidad las aniquila y no les deja tregua. Ahora se había difundido una luz en el palacio de Edipo sobre las últimas ramificaciones. Pero de nuevo el polvo sangriento de los dioses infernales lo siega, la necedad de las palabras y la Venganza de una resolución*[31].

Estrofa 2.ª

¿Qué conducta de los hombres podría reprimir tu poder, Zeus? Ni el sueño, el que amansa todas las cosas, lo domina nunca, ni los meses incansables de los dioses, y tú, que no envejeces con el tiempo, dominas poderoso el centelleante resplandor del Olimpo. Para lo que sucede ahora y lo que suceda en el futuro, lo mismo que para lo que sucedió anteriormente, esta ley

[30] Layo, Edipo, Eteocles y Polinices.

[31] Pasaje lleno de simbología difícil. Parece que la «luz» era la esperanza en el proyectado matrimonio de Antígona con Hemón. Antígona forma parte de las «últimas ramificaciones». La «necedad de las palabras» de Creonte y la «Venganza» o Erinis que surgirá de las «resoluciones» de Antígona.

prevalecerá: nada extraordinario llega a la vida de los mortales separado de la desgracia.

Antístrofa 2.ª

La esperanza errante trae dicha a numerosos hombres, mientras que a otros trae la añagaza de sus tornadizos deseos. Se desliza en quien nada sabe hasta que se quema el pie con ardiente fuego. Sabiamente fue dada a conocer por alguien la famosa sentencia: lo malo llega a parecer bueno a aquel cuya mente conduce una divinidad hacia el infortunio, y durante muy poco tiempo actúa fuera de la desgracia.

Pero he aquí a Hemón, el más joven vástago de tus hijos. ¿Acaso llega disgustado por el destino de su prometida Antígona, afligiéndose en exceso por la frustración de sus bodas?

(Hemón entra en escena.)

CREONTE. — Pronto lo sabremos mejor que lo saben los adivinos. *(Dirigiéndose a Hemón.)* ¡Oh hijo! ¿No te presentarás irritado contra tu padre, al oír el decreto irrevocable que se refiere a la que va a ser tu esposa? ¿O sigo siéndote querido de todas maneras, haga lo que haga?

HEMÓN. — Padre, tuyo soy y tú me guías rectamente con excelentes consejos que yo seguiré. Ningunas bodas son para mí más importantes de obtener que tu recta dirección.

CREONTE. — Así, hijo mío, debes razonar en tu interior: posponer todo a las resoluciones paternas. Por este motivo piden los hombres tener en sus hogares hijos sumisos tras haberlos engendrado, para que venguen al enemigo con males y honren al amigo igual que a su padre. En cambio, el que trae a la vida hijos que no sirven para nada, ¿qué otra cosa podrías decir de él sino que ha hecho nacer una fuente de sufrimientos para sí mismo y un motivo de burla para sus enemi-

gos? Por tanto, hijo, tú nunca eches a perder tu sensatez por causa del placer motivado por una mujer, sabiendo que una mala esposa en la casa como compañera se convierte en eso, en un frío abrazo[32]. ¿Qué mayor desgracia podría haber que un pariente malvado? Así que, despreciándola como a un enemigo, deja que esta muchacha despose a quien quiera en el Hades, puesto que sólo a ella de toda la ciudad he sorprendido abiertamente en actitud de desobediencia. Y no voy a presentarme a mí mismo ante la ciudad como un embustero, sino que le haré dar muerte.

¡Que invoque por ello a Zeus protector de la familia! Pues si voy a tolerar que los que por su nacimiento son mis parientes alteren el orden, ¡cuánto más lo haré con los que no son de mi familia! Quien con los asuntos de la casa es persona intachable también se mostrará justo en la ciudad. Y quien[33], habiendo transgredido las leyes, las rechaza o piensa dar órdenes a los que tienen el poder, no es posible que alcance mi aprobación.

Al que la ciudad designa se le debe obedecer en lo pequeño, en lo justo y en lo contrario[34]. Yo tendría confianza en que este hombre gobernara rectamente en tanto en cuanto quisiera ser justamente gobernado y permanecer en el fragor de la batalla en su puesto, como un leal y valiente soldado. No existe un mal ma-

---

[32] Es frecuente el juicio negativo acerca de la mujer en la literatura griega. Podemos comparar los consejos de Hesíodo acerca de la elección de mujer (*Trabajos* 373). El mismo tono encontramos en los líricos (Simónides, 8; Esquilo, *Siete contra Tebas* 187-188; Eurípides, *Hipólito* 616 y sigs.).

[33] Sigo el orden de los manuscritos y no el que sigue la edición de Pearson.

[34] Eufemismo, por no citar la palabra «injusto», pudor explicable en boca de un tirano en un parlamento ante sus súbditos.

yor que la anarquía. Ella destruye las ciudades, deja los hogares desolados. Ella es la que rompe las líneas y provoca la fuga de la lanza aliada. La obediencia, en cambio, salva gran número de vidas entre los que triunfan.

Y, así, hay que ayudar a los que dan las órdenes y en modo alguno dejarse vencer por una mujer. Mejor sería, si fuera necesario, caer ante un hombre, y no seríamos considerados inferiores a una mujer.

CORIFEO. — A nosotros, si no estamos engañados a causa de nuestra edad, nos parece que hablas con sensatez en lo que estás diciendo.

HEMÓN. — Padre, los dioses han hecho engendrar la razón en los hombres como el mayor de todos los bienes que existen. Que no hablas tú estas palabras con razón ni sería yo capaz de decirlo ni sabría. Sin embargo, podría suceder que también en otro aspecto tuviera yo razón. A ti no te corresponde cuidar de todo cuanto alguien dice, hace o puede censurar [35]. Tu rostro resulta terrible al hombre de la calle, y ello en conversaciones tales que no te complacerías en escucharlas. Pero a mí, en la sombra, me es posible oír cómo la ciudad se lamenta por esta joven, diciendo que, siendo la que menos lo merece de todas las mujeres, va a morir de indigna manera por unos actos que son los más dignos de alabanza: por no permitir que su propio hermano, caído en sangrienta refriega, fuera exterminado, insepulto, por carniceros perros o por algún ave rapaz. «¿Es que no es digna de obtener una estimable recompensa?» Tal oscuro rumor se difunde con sigilo.

Para mí, sin embargo, no existe ningún bien más preciado que tu felicidad. Pues, ¿qué honor es para los

---

[35] La versión que acepta P. Mazon: *soû d'oûn péphyka,* nos daría otra interpretación: «Yo he nacido de ti para cuidar por ti en todo cuanto alguien dice, etc.».

hijos mayor que la buena fama de un padre cuando está en plenitud de bienestar, o qué es más importante para un padre que lo que viene de los hijos? No mantengas en ti mismo sólo un punto de vista: el de que lo que tú dices y nada más es lo que está bien. Pues los que creen que únicamente ellos son sensatos o que poseen una lengua o una inteligencia cual ningún otro, éstos, cuando quedan al descubierto, se muestran vacíos.

Pero nada tiene de vergonzoso que un hombre, aunque sea sabio, aprenda mucho y no se obstine en demasía. Puedes ver a lo largo del lecho de las torrenteras que, cuantos árboles ceden, conservan sus ramas, mientras que los que ofrecen resistencia son destrozados desde las raíces. De la misma manera el que tensa fuertemente las escotas de una nave sin aflojar nada, después de hacerla volcar, navega el resto del tiempo con la cubierta invertida.

Así que haz ceder tu cólera y consiente en cambiar. Y si tengo algo de razón —aunque sea más joven—, afirmo que es preferible con mucho que el hombre esté por naturaleza completamente lleno de sabiduría. Pero, si no lo está —pues no suele inclinarse la balanza a este lado—, es bueno también que aprenda de los que hablan con moderación.

CORIFEO. — Señor, es natural que tú aprendas lo que diga de conveniente, y tú, por tu parte, lo hagas de él. Razonablemente se ha hablado por ambas partes.

CREONTE. — ¿Es que entonces los que somos de mi edad vamos a aprender a ser razonables de jóvenes de la edad de éste?

HEMÓN. — Nada hay que no sea justo en ello. Y, si yo soy joven, no se debe atender tanto a la edad como a los hechos.

CREONTE. — ¿Te refieres al hecho de dar honra a los que han actuado en contra de la ley?

HEMÓN. — No sería yo quien te exhortara a tener consideraciones con los malvados [36].

CREONTE. — ¿Y es que ella no está afectada por semejante mal?

HEMÓN. — Todo el pueblo de Tebas afirma que no.

CREONTE. — ¿Y la ciudad va a decirme lo que debo hacer?

HEMÓN. — ¿Te das cuenta de que has hablado como si fueras un joven?

CREONTE. — ¿Según el criterio de otro, o según el mío, debo yo regir esta tierra?

HEMÓN. — No existe ciudad que sea de un solo hombre.

CREONTE. — ¿No se considera que la ciudad es de quien gobierna?

HEMÓN. — Tú gobernarías bien, en solitario, un país desierto.

CREONTE. — Éste, a lo que parece, se ha aliado con la mujer.

HEMÓN. — Sí, si es que tú eres una mujer. Pues me estoy interesando por ti.

CREONTE. — ¡Oh malvado! ¿A tu padre vas con pleitos?

HEMÓN. — Es que veo que estás equivocando lo que es justo.

CREONTE. — ¿Yerro cuando hago respetar mi autoridad?

HEMÓN. — No la haces respetar, al menos despreciando honras debidas a los dioses.

CREONTE. — ¡Oh temperamento infame sometido a una mujer!

HEMÓN. — No podrías sorprenderme dominado por acciones vergonzosas.

---

[36] En veladas palabras notamos la diferente consideración que merece Antígona a Creonte y a Hemón.

Creonte. — Todo lo que estás diciendo, en verdad, es en favor de aquélla.

Hemón. — Y de ti, y de mí, y de los dioses de abajo.

Creonte. — A ésa no es posible que, aun viva, la desposes.

Hemón. — Va a morir, ciertamente, y en su muerte arrastrará a alguien.

Creonte. — ¿Es que con amenazas me haces frente, osado? [37].

Hemón. — ¿Qué amenaza es hablar contra razones sin fundamento?

Creonte. — Llorando vas a seguir dándome lecciones de sensatez, cuando a ti mismo te falta.

Hemón. — Si no fueras mi padre, diría que no estás en tu sano juicio.

Creonte. — No me canses con tu charla, tú, el esclavo de una mujer.

Hemón. — ¿Pretendes decir algo y, diciéndolo, no escuchar nada?

Creonte. — ¿De veras? Pero, ¡por el Olimpo!, entérate bien, no me ofenderás impunemente con tus reproches. *(Dirigiéndose a los servidores.)* Traed a ese odioso ser para que, a su vista, cerca de su prometido, al punto muera.

Hemón. — No, por cierto, no lo esperes. Ella no morirá cerca de mí, y tú jamás verás mi rostro con tus ojos. ¡Muestra tu locura relacionándote con los amigos que lo consientan!

(Sale precipitadamente.)

Corifeo. — Se ha marchado, rey, presuroso a causa de la cólera. Un corazón que a esa edad sufre es terrible.

---

[37] Creonte interpreta que Hemón se refiere a él al utilizar el indefinido «alguien», cuando, en realidad, tras el pronombre se encuentra el propio Hemón, como el espectador sabe.

CREONTE. — ¡Que actúe! ¡Que se vaya haciendo proyectos por encima de lo que es humano! Pero a estas dos muchachas no las liberará de su destino.

CORIFEO. — ¿Piensas, pues, dar muerte a las dos?

CREONTE. — No a la que no ha intervenido. En eso hablas con razón.

CORIFEO. — ¿Y con qué clase de muerte has decidido matarla?

CREONTE. — La llevaré allí donde la huella de los hombres esté ausente y la ocultaré viva en una pétrea caverna [38], ofreciéndole el alimento justo, para que sirva de expiación sin que la ciudad entera quede contaminada [39]. Así, si suplica a Hades —único de los dioses a quien venera—, alcanzará el no morir, o se dará cuenta, por lo menos en ese momento, que es trabajo inútil ser respetuoso con los asuntos del Hades. *(Entra en palacio.)*

CORO.

Estrofa.

Eros, invencible en batallas, Eros que te abalanzas sobre nuestros animales [40], *que estás apostado en las*

---

[38] El tipo de cámara sepulcral, supuesto por Sófocles al hacerle decir a Creonte estas palabras, es el de unas tumbas artificiales excavadas en las rocas que bordean la llanura tebana. Este tipo está, tal vez, mejor representado en las tumbas de piedra descubiertas en Nauplia y en alguna zona del Ática, que consistían en cámaras dispuestas horizontalmente en la roca a las que se llegaba por un corredor que puede responder al que Creonte y sus hombres tienen que atravesar antes de acceder a la abertura de la tumba (cf. v. 1216).

[39] Creonte había anunciado que el que transgrediera la ley sería lapidado (v. 36). Ahora vemos que ha cambiado la decisión por la de dejarla morir de inanición, para evitar la violencia física y hacer que la muerte tuviera el aspecto de algo natural y no obra de un hombre.

[40] He traducido «animales» y no «posesiones», como sería más común, para dar crédito al comentario de P. Mazon a este

delicadas mejillas de las doncellas. Frecuentas los caminos del mar y habitas en las agrestes moradas, y nadie, ni entre los inmortales ni entre los perecederos hombres, es capaz de rehuirte, y el que te posee está fuera de sí.

Antístrofa.

Tú arrastras las mentes de los justos al camino de la injusticia para su ruina. Tú has levantado en los hombres esta disputa entre los de la misma sangre. Es clara la victoria del deseo que emana de los ojos de la joven desposada[41]*, del deseo que tiene su puesto en los fundamentos de las grandes instituciones. Pues la divina Afrodita de todo se burla invencible.*

(Entra Antígona conducida por esclavos.)

También yo ahora me veo impelido a alejarme ya de las leyes[42] *al ver esto, y ya no puedo retener los torrentes de lágrimas cuando veo que aquí llega Antígona para dirigirse al lecho, que debía ser nupcial, donde todos duermen.*

Estrofa 1.ª

ANTÍGONA. — *Vedme, ¡oh ciudadanos de la tierra patria!, recorrer el postrer camino y dirigir la última mirada a la claridad del sol. Nunca habrá otra vez. Pues*

---

pasaje. Afirma que la palabra *ktémata* puede designar también «rebaño», según el lenguaje popular, y que este uso aún se conserva en algunas regiones campesinas de la actual Grecia. De ahí pudo haberlo tomado Sófocles. Así se favorece la antítesis del comportamiento del amor en las bestias y del amor delicado que brota entre los humanos ante la belleza del rostro de las doncellas.

41 PLATÓN, en *Fedro* 251 *b*, describe el amor como el deseo infundido en el alma por una emanación de la belleza que procede del ser querido y que se recibe a través de los ojos del amante. También está recogido en SÓFOCLES, frs. 161, 733 y 430, y en ESQUILO, *Agamenón* 742, y *Suplicantes* 1004.

42 Las leyes que ha dictado Creonte.

Hades, el que a todos acoge, me lleva viva a la orilla del Aqueronte[43] *sin participar del himeneo y sin que ningún himno me haya sido cantado delante de la cámara nupcial, sino que con Aqueronte celebraré mis nupcias.*

CORIFEO. — *Famosa, en verdad, y con alabanza te diriges hacia el antro de los muertos, no por estar afectada de mortal enfermedad, ni por haber obtenido el salario de las espadas, sino que tú, sola entre los mortales, desciendes al Hades viva y por tu propia voluntad.*

Antístrofa 1.ª

ANTÍGONA. — *Oí que de la manera más lamentable pereció la extranjera frigia, hija de Tántalo*[44]*, junto a la cima del Sípilo: la mató un crecimiento de las rocas a modo de tenaz hiedra. Y a ella, a medida que se va consumiendo, ni las lluvias ni la nieve la abandonan, según cuentan los hombres. Y se empapan las mejillas bajo sus ojos que no dejan de llorar*[45]*. El destino me adormece de modo muy semejante a ella.*

CORIFEO. — *Pero era una diosa y del linaje de los dioses, mientras que nosotros somos mortales y de linaje mortal. Sin embargo, aun muriendo es glorioso oír decir que has alcanzado un destino compartido con los dioses en vida y, después, en la muerte.*

---

[43] Río que han de atravesar las almas de los muertos en el mundo subterráneo antes de llegar al Hades.

[44] Antígona trae a su recuerdo la historia de Níobe (cf. *Electra,* nota 10), con la que quiere identificarse: la roca en la que Níobe fue convertida la compara a su propia tumba en la roca; las dos están en el esplendor de su vitalidad cuando van al encuentro de su trágico destino. En ello encuentra el Coro un argumento de consolación, haciéndole concebir la esperanza de alcanzar fama después de la muerte.

[45] Una roca de formas semejantes a las humanas hace que se utilicen términos de la anatomía del rostro, favorecido porque la palabra *deirádas* significa tanto «laderas», como «mejillas».

Estrofa 2.ª

ANTÍGONA. — *¡Ay de mí! Me tomas a risa. ¿Por qué, por los dioses paternos, no me ultrajas cuando me haya marchado, sino que lo haces en mi presencia? ¡Oh ciudad! ¡Oh varones opulentos de la ciudad! ¡Ah fuentes Dirceas y bosque sagrado de Tebas, la de los bellos carros! A vosotros os tomo por testigos de cómo, sin lamentos de los míos y por qué clase de leyes, me dirijo hacia un encierro que es un túmulo excavado de una imprevista tumba. ¡Ay de mí, desdichada, que no pertenezco a los mortales ni soy una más entre los difuntos, que ni estoy con los vivos ni con los muertos!*

CORO. — *Llegando a las últimas consecuencias de tu arrojo, has chocado con fuerza contra el elevado altar de la Justicia, oh hija. Estás vengando alguna prueba paterna.*

Antístrofa 2.ª

ANTÍGONA. — *Has nombrado las preocupaciones que me son más dolorosas, el lamento tres veces renovado por mi padre y por todo nuestro destino de ilustres Labdácidas. ¡Ah, infortunios que vienen del lecho materno y unión incestuosa de mi desventurada madre con mi padre, de la cual, desgraciada de mí, un día nací yo! Junto a ellos voy a habitar, maldita, sin casar. ¡Ah, hermano, qué desgraciadas bodas*[46] *encontraste, ya que, muerto, me matas a mí, aún con vida!*

CORO. — *Ser piadoso es una cierta forma de respeto, pero de ninguna manera se puede transgredir la autoridad de quien regenta el poder. Y, en tu caso, una pasión impulsiva te ha perdido.*

---

[46] El matrimonio de Polinices con Argía, hija de Adrasto, rey de Argos, supuso la alianza con los argivos y, por tanto, la invasión de Tebas.

Epodo.

ANTÍGONA. — *Sin lamentos, sin amigos, sin cantos de himeneo soy conducida, desventurada, por la senda dispuesta. Ya no me será permitido, desdichada, contemplar la visión del sagrado resplandor, y ninguno de los míos deplora mi destino, un destino no llorado.*

(Creonte sale del palacio.)

CREONTE. — ¿Es que no sabéis que, si fuera menester, nadie cesaría de cantar o de gemir ante la muerte? Llevadla cuanto antes y, tras encerrarla en el abovedado túmulo —como yo tengo ordenado—, dejadla sola, bien para que muera, bien para que quede enterrada viva en semejante morada. Nosotros estamos sin mancilla en lo que a esta muchacha se refiere. En verdad que será privada de residencia a la luz del sol.

ANTÍGONA. — ¡Oh tumba, oh cámara nupcial, oh habitáculo bajo tierra que me guardará para siempre, adonde me dirijo al encuentro con los míos, a un gran número de los cuales, muertos, ha recibido ya Perséfone![47]. De ellos yo desciendo la última y de la peor manera con mucho, sin que se haya cumplido mi destino en la vida.

Sin embargo, al irme, alimento grandes esperanzas de llegar querida para mi padre y querida también para ti, madre, y para ti, hermano, porque, cuando vosotros estabais muertos, yo con mis manos os lavé y os dispuse todo y os ofrecí las libaciones sobre la tumba. Y ahora, Polinices, por ocultar tu cuerpo, consigo semejante trato. Pero yo te honré debidamente en opinión de los sensatos. Pues nunca, ni aunque hubiera sido madre de hijos, ni aunque mi esposo muerto se estuviera corrompiendo, hubiera tomado sobre mí esta tarea en contra de la voluntad de los ciudadanos.

¿En virtud de qué principio hablo así? Si un esposo

---

[47] Mujer de Hades y, por tanto, diosa de los muertos.

se muere, otro podría tener, y un hijo de otro hombre si hubiera perdido uno, pero cuando el padre y la madre están ocultos en el Hades no podría jamás nacer un hermano. Y así, según este principio, te he distinguido yo entre todos con mis honras, que parecieron a Creonte una falta y un terrible atrevimiento, oh hermano.

Y ahora me lleva, tras cogerme en sus manos, sin lecho nupcial, sin canto de bodas, sin haber tomado parte en el matrimonio ni en la crianza de hijos, sino que, de este modo, abandonada por los amigos, infeliz, me dirijo viva hacia los sepulcros de los muertos. ¿Qué derecho de los dioses he transgredido? ¿Por qué tengo yo, desventurada, que dirigir mi mirada ya hacia los dioses? ¿A quién de los aliados me es posible apelar? Porque con mi piedad he adquirido fama de impía. Pues bien, si esto es lo que está bien entre los dioses, después de sufrir, reconoceré que estoy equivocada. Pero si son éstos los que están errados, ¡que no padezcan sufrimientos peores que los que ellos me infligen injustamente a mí!

CORIFEO. — *Aún dominan su alma las mismas ráfagas de idénticos vientos.*

CREONTE. — *Precisamente por eso habrá llanto para los que la conducen, a causa de su lentitud.*

CORIFEO. — *¡Ay! Estas palabras llegan muy cercanas a la muerte.*

CREONTE. — *No te puedo animar a que confíes en que esto no se va a cumplir para ella.*

ANTÍGONA. — *¡Oh ciudad paterna del país de Tebas! ¡Oh dioses creadores de nuestro linaje! Soy arrastrada y ya no puedo aplazarlo. Mirad vosotros, príncipes de Tebas, a la única que queda de las hijas de los reyes*[48]*, cómo sufro y a manos de quiénes por guardar el debido respeto a la piedad.*

---

[48] Evita hablar de Ismene.

(Sale Antígona de la escena conducida por los guardas. Creonte entra en el palacio.)

CORO [49].

Estrofa 1.ª

También Dánae[50] *soportó renunciar a la luz del cielo a cambio de broncínea prisión y, oculta en la sepulcral morada, se vio uncida al yugo. Y, sin embargo, era también noble por su nacimiento —¡oh hija, hija!— y conservaba el fruto de Zeus nacido de la lluvia. Pero lo dispuesto por el destino es una terrible fuerza. Ni la felicidad, ni Ares, ni las fortalezas, ni las negras naves azotadas por el mar podrían rehuirla.*

Antístrofa 1.ª

Fue subyugado también el irascible hijo de Driante[51], *rey de los Edones, por los injuriosos arrebatos de*

---

[49] Aporto aquí la interpretación que de este estásimo hace I. ERRANDONEA, *Sófocles. Investigaciones sobre la estructura dramática de sus siete tragedias y sobre la personalidad de sus coros*, Madrid, 1958, cap. III. Cree que aquí el Coro predice, veladamente a causa de la presencia de Creonte, lo que va a suceder a toda la familia. A Antígona alude bajo la figura de Dánae, a Creonte y Hemón bajo la de Licurgo y su hijo, y a la reina Eurídice bajo la de Cleopatra.

[50] Dánae es hija de Acrisio, rey de Argos a quien el dios le había profetizado que el hijo que tuviera Dánae le causaría la muerte. Asustado ante esta amenaza, mandó construir una cámara subterránea de bronce donde recluyó a su hija. Pese a ello, Zeus la fecundó descendiendo en forma de lluvia de oro, y ella dio a luz un hijo, Perseo. Este tema había sido tratado por Sófocles en dos tragedias tituladas *Dánae* y *Acrisio*, y por Eurípides, en su *Dánae*.

[51] Licurgo, rey de los edonios de Tracia, se oponía al culto de Dioniso en su tierra y fue enloquecido por el dios. En este estado cometió violentos hechos, entre ellos dar muerte a su propio hijo confundiéndolo con una vid. Por último, los edonios lo encerraron prisionero en una gruta en el monte Pangeo por mandato de un oráculo (APOLODORO, III 5, 1). Hay otras versiones de los hechos. Esquilo trató el tema en su trilogía *Licurgia*.

cólera, por orden de Dioniso encerrado en una pétrea prisión. Y así se va extinguiendo el furor desatado y terrible de su locura. Y se dio cuenta de que atacaba al dios en su locura con mordaces palabras. Pues pretendía detener a las mujeres poseídas por el dios y el fuego del evohé[52]*, y provocaba a las Musas amigas de las flautas.*

Estrofa 2.ª

Junto a las rocas Cianeas, en el doble mar[53]*, están las costas del Bósforo y el litoral tracio, y Salmideso, donde Ares, cercano a la ciudad, vio inferir una abominable herida que dejó ciegos a los dos hijos de Fineo a manos de su violenta esposa, herida que quitó la vista de los ojos, golpeados en las cuencas —que ahora claman venganza— por ensangrentadas manos y con agujas de lanzadera*[54]*.*

Antístrofa 2.ª

Se consumían, infortunados, en infortunada prueba, y se lamentaban por tener su origen en un desgraciado casamiento de su madre. Ella por su linaje se remontaba a los primitivos Erectidas[55]*, y fue criada en lejanas grutas, en medio de vendavales paternos, la hija de Bóreas, rápida como un corcel al correr por encima*

---

52 Las antorchas que llevaban las bacantes cuando en procesión proferían los gritos rituales.

53 Las «Rocas sombrías» estaban situadas, según la leyenda, a la entrada del Helesponto, marcando la división entre el mar Negro y el mar de Mármara o Propóntide.

54 Fineo, rey de Salmideso, casó en primeras nupcias con Cleopatra, hija de Bóreas, de la que tuvo dos hijos. Tras repudiarla, Fineo volvió a casarse con Idea o Idótea. Ésta, con sus intrigas, logró que les fueran arrancados los ojos a los niños. Este tema lo había tratado ya Sófocles en sus dos *Fineos.*

55 La madre de Cleopatra, Oritía, era hija de Erecteo, mítico fundador de la ciudad de Atenas.

de escarpadas rocas; pero también a ella la atacaron las Moiras inmortales, oh hija.

(Entra Tiresias, el adivino ciego, guiado por un niño.)

TIRESIAS. — Príncipes de Tebas, por un camino común hemos venido dos que ven por uno solo[56]. Pues para los ciegos el camino es posible gracias al guía.

(Sale Creonte.)

CREONTE. — ¿Qué nuevas hay, oh anciano Tiresias?

TIRESIAS. — Yo te las revelaré y tú obedece al adivino.

CREONTE. — Hasta ahora, en verdad, no me he apartado de tu buen juicio.

TIRESIAS. — Y así has dirigido el timón de esta ciudad por la recta senda.

CREONTE. — Puedo atestiguar que he experimentado provecho.

TIRESIAS. — Sé consciente de que estás yendo en esta ocasión sobre el filo del destino.

CREONTE. — ¿Qué ocurre? ¡Cómo tiemblo ante tus palabras!

TIRESIAS. — Lo sabrás si escuchas los indicios de mi arte. Cuando estaba sentado en el antiguo asiento destinado a los augures, donde se me ofrece el lugar de reunión de toda clase de pájaros, escuché un sonido indescifrable de aves que piaban con una excitación ininteligible y de mal agüero. Me di cuenta de que unas a otras se estaban despedazando sangrientamente con sus garras, pues el alboroto de sus alas era claro. Temeroso, me dispuse al punto a probar con los sacrificios de fuego sobre altares totalmente ardientes[57]. Pero de las ofrendas no salía el resplandor de

[56] Alusión al lazarillo, que también encontramos en *Edipo en Colono* 33 y 867.

[57] El aceite se extendía por todo el altar en torno a las ofrendas y se prendía en varios puntos. Las ofrendas consistían

Hefesto, sino que la grasa de los muslos, después de gotear sobre la ceniza, se consumía, se llenaba de humo y salpicaba. Las bolsas de hiel se esparcían por los aires, y los muslos se desprendían y quedaban libres de la grasa que les cubría. De este muchacho aprendí tales cosas: que no se obtenían presagios de ritos confusos, pues él es para mí guía como yo soy para los demás.

La ciudad sufre estas cosas a causa de tu decisión. En efecto, nuestros altares públicos y privados, todos ellos, están infectados por el pasto obtenido por aves y perros del desgraciado hijo de Edipo que yace muerto. Y, por ello, los dioses no aceptan ya de nosotros súplicas en los sacrificios, ni fuego consumiendo muslos de víctimas; y los pájaros no hacen resonar ya sus cantos favorables por haber devorado grasa de sangre de un cadáver.

Recapacita, pues, hijo, ya que el equivocarse es común para todos los hombres, pero, después que ha sucedido, no es hombre irreflexivo ni desdichado aquel que, caído en el mal, pone remedio y no se muestra inflexible. La obstinación, ciertamente, incurre en insensatez. Así que haz una concesión al muerto y no fustigues a quien nada es ya. ¿Qué prueba de fuerza es matar de nuevo al que está muerto? Por tenerte consideración te doy buenos consejos. Muy grato es aprender de quien habla con razón, si ha de reportar provecho.

CREONTE. — ¡Oh anciano! Todos, cual arqueros, disparáis vuestras flechas contra mí como contra un blanco, y no estoy libre de intrigas para vosotros ni por parte de la mántica. Desde hace tiempo soy vendido

en los huesos de las reses, especialmente los muslos, con algo de carne adherida a ellos y recubiertos de grasa.

y tratado como una mercancía por la casta de éstos [58]. Lucraos, comprad el ámbar de Sardes, si queréis, y el oro de India, que no pondréis en la sepultura a aquél, ni aunque, apoderándose de él, quisieran llevárselo como pasto las águilas de Zeus junto al trono del dios. Ni en ese caso, por temor a esta impureza, yo permitiré que enterréis a aquél. Sé muy bien que ningún mortal tiene fuerza para contaminar a los dioses. Pero, ¡oh anciano Tiresias!, los hombres más hábiles caen en vergonzosas caídas, cuando por una ganancia intentan embellecer, con sus palabras, vergonzosas razones.

TIRESIAS. — ¡Ay! ¿Acaso sabe alguien, ha considerado...?

CREONTE. — ¿Qué cosa? ¿A qué te refieres tan común para todos?

TIRESIAS. — ... que la mejor de las posesiones es la prudencia?

CREONTE. — Tanto como, en mi opinión, el no razonar es el mayor perjuicio.

TIRESIAS. — Tú, no obstante, estás lleno de este mal.

CREONTE. — No quiero contestar con malas palabras al adivino.

TIRESIAS. — Pues lo estás haciendo, si dices que yo vaticino en falso.

CREONTE. — Toda la raza de los adivinos está apegada al dinero.

TIRESIAS. — Y la de los tiranos lo está a la codicia.

CREONTE. — ¿Es que no sabes que te estás refiriendo a los que son tus jefes?

TIRESIAS. — Lo sé. Por mí has salvado a esta ciudad.

CREONTE. — Tú eres un sabio adivino, pero amas la injusticia.

---

[58] Por la casta de los adivinos, a los que Creonte supone que han sobornado los tebanos para asustarle.

TIRESIAS. — Me impulsarás a decir lo que no debe salir de mi pecho.

CREONTE. — Sácalo, sólo en el caso de que no hables por dinero.

TIRESIAS. — ¿Ésa es la impresión que te doy, cuando sólo procuro por ti?

CREONTE. — Entérate de que no compraréis mi voluntad.

TIRESIAS. — Y tú, por tu parte, entérate también de que no se llevarán ya a término muchos rápidos giros solares antes de que tú mismo seas quien haya ofrecido, en compensación por los muertos[59], a uno nacido de tus entrañas a cambio de haber lanzado a los infiernos a uno de los vivos, habiendo albergado indecorosamente a un alma viva en la tumba, y de retener aquí, privado de los honores, insepulto y sacrílego, a un muerto que pertenece a los dioses infernales. Estos actos ni a ti te conciernen ni a los dioses de arriba, a los que estás forzando con ello.

Por ello, las destructoras y vengadoras Erinias del Hades y de los dioses te acecharán para prenderte en estos mismos infortunios. Considera si hablo sobornado. Pues se harán manifiestos, sin que pase mucho tiempo, lamentos de hombres y mujeres en tu casa. Están unidas contra ti en una alianza de enemistad todas las ciudades cuyos cadáveres despedazados encontraron enterramiento en perros o fieras, o en cualquier alado pajarraco que transporte el hedor impuro por los altares de la ciudad.

Tales son las certeras flechas que —pues me ofendes— he disparado contra ti como un arquero airado, y tú no podrás escapar a su ardor *(Al esclavo.)* Muchacho, condúceme hacia casa, para que éste descargue su

[59] De Antígona y de Polinices.

cólera contra los más jóvenes y advierta que hay que mantener la lengua más callada y, en su pecho, un pensamiento mejor que los que ahora arrastra.

CORIFEO. — El adivino se va, rey, tras predecirnos terribles cosas. Y sabemos, desde que yo tengo cubiertos éstos mis cabellos, antes negros, de blanco, que él nunca anunció una falsedad a la ciudad.

CREONTE. — También yo lo sé y estoy turbado en mi ánimo. Es terrible ceder, pero herir mi alma con una desgracia por oponerme es terrible también.

CORIFEO. — Necesario es ser prudente, hijo de Meneceo.

CREONTE. — ¿Qué debo hacer? Dime. Yo te obedeceré.

CORIFEO. — Ve y saca a la muchacha de la morada subterránea. Y eleva un túmulo para el que yace muerto.

CREONTE. — ¿Me aconsejas así y crees que debo concederlo?

CORIFEO. — Y cuanto antes, señor. Pues los daños que mandan los dioses alcanzan pronto a los insensatos.

CREONTE. — ¡Ay de mí! ¡Con trabajo desisto de mi orden, pero no se debe luchar en vano contra el destino!

CORIFEO. — Ve ahora a hacerlo y no lo encomiendes a otros.

CREONTE. — Así, tal como estoy, me marcharé. Ea, ea, servidores, los que estáis y los ausentes, coged en las manos hachas y lanzaos hacia aquel lugar que está a la vista [60]. Mientras que yo, ya que he cambiado mi decisión a ese respecto, igual que la encarcelé, del mismo modo estaré presente para liberarla. Temo que lo me-

[60] Creonte señala, al hablar, hacia la parte donde yacía el cuerpo de Polinices, no lejos de la cueva donde ha sido recluida Antígona.

jor sea cumplir las leyes establecidas por los dioses mientras dure la vida.

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh dios, el de las numerosas advocaciones, gloria de la joven desposada cadmea[61] *e hijo de Zeus el que emite sordos truenos, tú que proteges la ilustre Italia*[62] *y reinas en los valles frecuentados de la eleusina Deo*[63], *¡oh Baco!, que habitas Tebas, ciudad madre*[64] *de las Bacantes situada al borde de las fluidas aguas del Ismeno y sobre la semilla del fiero dragón*[65].

Antístrofa 2.ª

La llama humeante que brilla cual relámpago te ha visto sobre la doble cima de la roca[66], *donde se dirigen las ninfas Coricias, tus Bacantes. Te han visto también las aguas de Castalia*[67]. *A ti, los ribazos cubiertos de hiedra de los montes Niseos*[68] *y la verde costa de abundantes viñedos te envían, mientras resuenan divinos cantos con el grito del evohé, a inspeccionar las calles tebanas.*

---

[61] La joven desposada es Sémele, hija de Cadmo y madre de Baco, que murió fulminada por el rayo de Zeus cuando éste, a petición de la joven, se le presentó dotado de sus atributos. Éste fue el resultado de la estratagema de Hera, que quería vengarse de Sémele.

[62] La Magna Grecia.

[63] Deo es otro nombre de Deméter.

[64] Se la llama así por ser la ciudad de Sémele y la primera ciudad donde se estableció el culto a Dioniso, que venía de Tracia. Desde Tebas pasó a Delfos, donde se asoció al culto de Apolo.

[65] Véase nota 9.

[66] El Parnaso. En las laderas del Helicón moraban las Musas, y en las mismas laderas, cerca de la gruta Coricia y la fuente Castalia, danzaban las Bacantes.

[67] Fuente sagrada en Delfos.

[68] Véase *Ayax*, nota 70.

Estrofa 2.ª

Tebas, a la que honras por encima de todas las ciudades, junto con tu madre, la destruida por el rayo. Y ahora, cuando la ciudad entera está sumida en violento mal, ven con paso expiatorio por encima de la pendiente del Parnaso o del resonante estrecho[69].

Antístrofa 2.ª

¡Ah, tú que organizas los coros de los astros que exhalan fuego, guardián de las voces nocturnas, hijo retoño de Zeus, hazte visible, oh señor, a la vez que tus servidoras las Tiíades[70], *que, transportadas, te festejan con danzas toda la noche, a ti, Yaco*[71], *el administrador de bienes!*

(Llega un mensajero.)

MENSAJERO. — Vecinos del palacio de Cadmo y de Anfión[72], no existe vida humana que, por estable, yo pudiera aprobar ni censurar. Pues la fortuna, sin cesar, tanto levanta al que es infortunado como precipita al afortunado, y ningún adivino existe de las cosas que están dispuestas para los mortales. Creonte, en efecto, fue envidiable en un momento, según mi criterio, porque había liberado de sus enemigos a esta tierra cadmea y había adquirido la absoluta soberanía del país. Lo gobernaba mostrándose feliz con la noble descendencia de sus hijos.

Ahora todo ha desaparecido. Pues, cuando los hombres renuncian a sus satisfacciones, no tengo esto por

---

[69] Estrecho de Euripo, al E., entre Eubea y Beocia.

[70] Las Ménades o «mujeres posesas» son las bacantes que siguen a Dioniso. Personifican los espíritus orgiásticos de la naturaleza.

[71] Yaco, dios que preside la procesión de los misterios de Eleusis, compañero de Deméter y Core. Aquí el nombre de Yaco parece referirse al propio Baco como un epíteto.

[72] Anfión, junto con su hermano Zeto, reyes de Tebas, construyeron las murallas de la ciudad.

vida: antes bien lo considero un cadáver que alienta. Hazte muy rico en tu casa, si quieres, y vive con el boato de un rey, que, si de ello está ausente el gozo, no le compraría yo a este hombre todo lo demás por la sombra del humo, en lugar de la alegría.

CORIFEO. — ¿Con qué nueva desgracia de los reyes nos llegas?

MENSAJERO. — Han muerto, y los que están vivos son culpables de la muerte.

CORIFEO. — Y, ¿quién es el que ha matado? ¿Quién el que está muerto? Habla.

MENSAJERO. — Hemón ha muerto. Su propia sangre le ha matado.

CORIFEO. — ¿Acaso a manos de su padre o de las suyas propias?

MENSAJERO. — Él en persona, por sí mismo, como reproche a su padre por el asesinato.

CORIFEO. — ¡Oh adivino! ¡Cuán exactamente has acertado en tu profecía!

MENSAJERO. — Ya que están así las cosas, queda tomar una decisión sobre lo demás.

CORIFEO. — Veo a Eurídice, la infortunada esposa de Creonte. Sale de palacio, porque ha oído hablar de su hijo o bien por azar.

EURÍDICE. — ¡Oh ciudadanos todos! He oído vuestras palabras cuando me dirigía hacia la puerta para llegarme a invocar a la diosa Palas con plegarias. En el momento en que estaba soltando los cerrojos de la puerta, al tiempo que la abría hacia mí, me llega a los oídos el rumor de una desgracia que me afecta. Presa de temor, me caigo de espaldas en brazos de las criadas y me desvanezco. Pero, sea cual sea la noticia, decidla de nuevo. Pues la escucharé como quien está avezado a las desgracias.

MENSAJERO. — Yo, querida dueña, por estar presente

hablaré y no omitiré nada que sea verdad. Pues, ¿por qué iba yo a mitigarte cosas por las que más adelante quedaríamos como mentirosos? La verdad prevalece siempre. Yo acompañé en calidad de guía a tu esposo hasta lo alto de la llanura, donde yacía aún destrozado por los perros, sin obtener compasión, el cuerpo de Polinices.

Después de suplicar a la diosa protectora del camino [73] y a Plutón que contuvieran su cólera y resultaran benévolos, y tras lavarle con agua purificada, entre todos quemamos con ramas recién cortadas lo que había quedado de él y levantamos un elevado túmulo de tierra materna. A continuación nos introducimos en la pétrea gruta, cámara nupcial de Hades para la muchacha. Alguien oye desde lejos un sonido de agudos plañidos en torno al tálamo privado de ritos funerarios, y, acercándose, lo hace notar al rey Creonte. Éste, al aproximarse más aún, escucha también confusos gemidos de un funesto clamor y, entre lamentos, lanza estas desgarradoras palabras: «¡Ay, infortunado de mí! ¿Soy acaso un adivino? ¿Estoy recorriendo tal vez el más desdichado camino de los que he recorrido? La voz de mi hijo me recibe. Ea, criados, llegaos más cerca rápidamente y, una vez que os coloquéis junto a la tumba, mirad, introduciéndoos en el mismo orificio por la abertura producida al apartar la piedra del túmulo, si estoy escuchando la voz de Hemón o si estoy engañado por los dioses».

Miramos, según nos lo ordenaba nuestro abatido dueño, y vimos a la joven en el extremo de la tumba colgada por el cuello, suspendida con un lazo hecho del hilo de su velo, y a él, adherido a ella, rodeándola por

[73] Hécate, diosa de los caminos que preside la magia y los hechizos. Recibe culto en las encrucijadas, y tenía muchas estatuas dedicadas a ella en los campos.

la cintura en un abrazo, lamentándose por la pérdida de su prometida muerta por las decisiones de su padre, y sus amargas bodas.

Creonte, cuando le vio, lanzando un espantoso gemido, avanza al interior a su lado y le llama prorrumpiendo en sollozos: «Oh desdichado, ¿qué has hecho? ¿Qué resolución has tomado? ¿En qué clase de desastre has sucumbido? Sal, hijo, te lo pido en actitud suplicante». Pero el hijo, mirándole con fieros ojos, le escupió en el rostro y, sin contestarle, tira de su espada de doble filo. No alcanzó a su padre, que había dado un salto hacia delante para esquivarlo. Seguidamente, el infortunado, enfurecido consigo mismo como estaba, echó los brazos hacia adelante y hundió en su costado la mitad de su espada. Aún con conocimiento, estrecha a la muchacha en un lánguido abrazo y, respirando con esfuerzo, derrama un brusco reguero de gotas de sangre sobre su pálida faz. Yacen así, un cadáver sobre otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en la casa de Hades y después de mostrar que entre los hombres la irreflexión es, con mucho, el mayor de los males humanos.

(Eurídice entra en palacio sin pronunciar palabra.)

CORIFEO. — ¿Qué podrías conjeturar ante esto? La reina se ha ido de nuevo sin decir una palabra buena o mala [74].

MENSAJERO. — Yo también estoy atónito. Pero alimento esperanzas de que, enterada de las penas del hijo, no considere apropiados los lamentos ante la ciudad, sino que, bajo el techo, dentro de la casa, impondrá a sus criadas un duelo íntimo para llorarle. Pues no está privada de juicio como para cometer una falta.

---

[74] El Coro hace notar el misterioso silencio con que se retira la reina, lo que no presagia nada bueno. La misma apreciación hace en *Edipo Rey* 1075, y en *Traquinias* 813.

CORIFEO. — No lo sé. A mí me parece que son funestos, tanto el demasiado silencio como el exceso de vano griterío.

MENSAJERO. — Vamos a saberlo entrando en palacio, no sea que esté ocultando algo reprimido en secreto en su corazón irritado. Tienes razón, también existe motivo de pesadumbre en el mucho silencio.

(Entra en palacio y se cierra la puerta.)

CORIFEO. — *Aquí llega Creonte en persona, llevando en sus brazos la señal clara, si es lícito decirlo, de la desgracia, no por mano ajena, sino por su propia falta.*

Estrofa 1.ª

CREONTE. — *¡Ah, porfiados yerros causantes de muerte, de razones que son sinrazones! ¡Ah, vosotros que veis a quienes han matado y a los muertos del mismo linaje! ¡Ay de mis malhadadas resoluciones! ¡Ah hijo, joven, muerto en la juventud! ¡Ay, ay, has muerto, te has marchado por mis extravíos, no por los tuyos!*

CORIFEO. — ¡Ay, demasiado tarde pareces haber conocido el castigo!

CREONTE. — *¡Ay de mí! Ya lo he aprendido, ¡infortunado! Un dios entonces, sí, entonces, me golpeó en la cabeza con gran fuerza y me metió por caminos de crueldad, ¡ay!, destruyendo mi pisoteada alegría. ¡Ay, ay, ah, penosas penas de los mortales!*

(Sale un mensajero de palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh amo, cuántas desgracias posees y estás adquiriendo, unas llevándolas ahí en tus manos, las otras parece que, tras llegar, pronto las verás en palacio!

CREONTE. — ¿Qué? ¿Existe, pues, aún algo peor que mis desgracias?

MENSAJERO. — Tu mujer ha muerto, la abnegada ma-

dre[75] de este cadáver, ¡infeliz!, por golpes recién infligidos.

Antístrofa 1.ª

CREONTE. — *¡Ah, puerto del Hades nunca purificado! ¿Por qué a mí precisamente, por qué me aniquilas? ¡Oh tú que me causas dolores con estas malas noticias! ¿Qué palabras dices? ¡Ah, ah! Nueva muerte has dado a un hombre que ya estaba muerto. ¿Qué dices, oh hijo? ¿Qué novedad me cuentas? ¡Ay, ay! ¿La muerte a cuchillo de mi mujer me acecha para mi ruina?*

(Se abre la puerta de palacio y se muestra el cuerpo de Eurídice.)

CORIFEO. — Te es posible verlo, pues no está ya oculto.

CREONTE. — *¡Ay, ésa es la segunda desgracia que contemplo, desdichado! ¿Cuál es, cuál es el destino que a partir de ahora me aguarda? Acabo de sostener en mis manos, desventurado, a mi hijo, y ya contemplo ante mí otro cadáver. ¡Ay, infortunada madre! ¡Ay, hijo!*

MENSAJERO. — Ella, herida por afilado instrumento al pie del altar, relaja sus párpados en la oscuridad, no sin lamentar antes el vacío lecho de Megareo[76], que murió primero, y, después, el de éste, y, por último, deseándote desgracias a ti, asesino de sus hijos.

---

[75] El griego aplica a Eurídice el epíteto *pammétor*, literalmente: «plenamente madre», destacándolo sobre el de *gyné*, «esposa», que le ha asignado primero.

[76] Megareo, nombre que parece referirse al que Eurípides llama Meneceo, el otro hijo de Creonte y Eurídice, sacrificado antes del combate para obtener la victoria de Tebas ante el asedio de los argivos. Véase EURÍPIDES, *Fenicias* 930-1018. En la versión de ESQUILO (*Siete contra Tebas* 474), Megareo es un guerrero tebano, hijo de Creonte, que guarda una de las puertas. Según P. Mazon, no hay razón para identificar a Megareo, aunque ignoremos los hechos gloriosos que le dieron fama, con Meneceo.

Estrofa 2.ª

CREONTE. — *¡Ay, ay, estoy fuera de mí por el terror! ¿Por qué no me hiere alguien de frente con espada de doble filo? ¡Infortunado de mí, ah! Estoy sumido en una desgraciada aflicción.*

MENSAJERO. — Como si tuvieras la culpa de esta muerte y de la de aquél eras acusado por la que está muerta.

CREONTE. — Y, ¿de qué manera se dio sangriento fin?

MENSAJERO. — Hiriéndose bajo el hígado a sí misma por propia mano, cuando se enteró del padecimiento digno de agudos lamentos de su hijo.

Estrofa 3.ª

CREONTE. — *¡Ay de mí! Esto, que de mi falta procede, nunca recaerá sobre otro mortal. ¡Yo solo, desgraciado, yo te he matado, yo, cierto es lo que digo! Ea, esclavos, sacadme cuanto antes, llevadme lejos, a mí que no soy nadie.*

CORIFEO. — Provechosos son tus consejos, si es que algún provecho hay en las desgracias. Los males que se tienen delante son mejores cuanto más breves.

Antístrofa 2.ª

CREONTE. — *¡Que llegue, que llegue, que se haga visible la que sea la más grata para mí de las muertes, trayendo el día final, el postrero! ¡Que llegue, que llegue, y yo no vea ya otra luz del día!*

CORIFEO. — Eso pertenece al futuro. Es preciso ocuparnos de lo que nos queda por hacer. De eso se ocuparán aquellos de quienes sea menester.

CREONTE. — Pero lo que yo deseo lo he suplicado con esas palabras.

CORIFEO. — No supliques ahora nada. Cuando la desgracia está marcada por el destino, no existe liberación posible para los mortales.

Antístrofa 3.ª

CREONTE. — *Quitad de en medio a este hombre equivocado que, ¡oh hijo!, a ti, sin que fuera ésa mi voluntad, dio muerte, y a ti, a la que está aquí. ¡Ah, desdichado! No sé a cuál de los dos puedo mirar, a qué lado inclinarme. Se ha perdido todo lo que en mis manos tenía, y, de otro lado, sobre mi cabeza se ha echado un sino difícil de soportar.*

CORIFEO. — *La cordura es con mucho el primer paso de la felicidad. No hay que cometer impiedades en las relaciones con los dioses. Las palabras arrogantes de los que se jactan en exceso, tras devolverles en pago grandes golpes, les enseñan en la vejez la cordura.*

EDIPO REY

INTRODUCCIÓN

ESTRUCTURA DEL DRAMA

PRÓLOGO (1-150). Edipo aparece, en toda su majestad —considerado como el primero de los hombres—, ante el pueblo tebano azotado por la peste. Creonte trae la solución de Delfos: buscar al asesino de Layo y expulsarlo. Edipo promete hacerlo.

PÁRODO (151-215). Consta de tres pares de estrofas. El Coro, en sus lamentos, describe la peste que le angustia e invoca a los dioses en su ayuda.

EPISODIO 1.º (216-462). Edipo lanza públicamente una maldición contra el desconocido asesino de Layo. Por indicación de Creonte envía a buscar al adivino Tiresias que rehúye hablar, para, finalmente, aguijoneado por las amenazas de Edipo, acusar al propio rey de ser el asesino que están buscando y anunciarle terribles hechos acerca de su propia persona. Edipo le acusa de estar sobornado por Creonte.

ESTÁSIMO 1.º (463-512). Abarca dos pares de estrofas. El Coro vaticina que el asesino desconocido está ya condenado a muerte. En las dos últimas estrofas se niega a aceptar la acusación no probada que sobre su rey ha lanzado el adivino.

EPISODIO 2.º (513-862). Creonte se presenta para defenderse de la grave acusación de querer conspirar contra Edipo; pero éste no acepta sus razones y discuten fuertemente por la

obstinada actitud de Edipo. Yocasta interviene para apaciguarlos. Creonte sale (v. 645). Edipo cuenta a la reina que le han acusado a él de ser el asesino de Layo. Ella lo tranquiliza respecto a los vaticinios de los adivinos contándole que, según éstos, Layo debía ser matado por su propio hijo y que, sin embargo, la criatura pereció y Layo fue asesinado, al cabo del tiempo, por unos ladrones en el cruce de caminos. La mención del lugar despierta una primera señal de alarma en Edipo, que le hace preguntas a Yocasta sobre el hecho.

Todo parece confirmar que el autor fue en verdad él. Edipo cuenta su propia historia hasta llegar al punto del cruce de caminos. La única esperanza que le queda es que el servidor de Layo que escapó a la muerte habló de varios bandidos y Edipo iba solo. Manda llamar al anciano protagonista para interrogarle.

ESTÁSIMO 2.° (863-910). Comprende dos estrofas y sus correspondientes antístrofas. En ellas, el Coro expresa su repulsa contra la arrogancia que ha mostrado Edipo en sus palabras a Creonte. En la segunda estrofa, lo hace contra la impiedad de Yocasta, que desconfía de los oráculos.

EPISODIO 3.° (911-1085). Un mensajero de Corinto anuncia que Pólibo ha muerto y que, por tanto, Edipo va a ser proclamado rey de esa ciudad. Yocasta y Edipo se alegran de la noticia que parece confirmar la inefectividad de los oráculos. Edipo expresa en alta voz su temor por la otra predicción del oráculo, la que anunciaba su unión con su madre. El mensajero cree tranquilizarle, diciéndole que Mérope no es su madre y que él mismo lo recibió a él de un pastor en el monte Citerón con los tobillos atravesados. Yocasta implora que no siga adelante; pero Edipo, que cree que no quiere verse rebajada por el humilde origen que puede descubrirse para él, no le hace caso. Con una exclamación de desesperación abandona Yocasta la escena.

ESTÁSIMO 3.° (1086-1109). En un brevísimo coro que consta sólo de una estrofa y una antístrofa, el Coro vaticina, en tono

festivo, el origen tebano de Edipo y su probable linaje divino.

EPISODIO 4.º (1110-1185). El pastor tebano es reconocido por el Coro y por el mensajero corintio. Muy poco a poco va diciendo toda la verdad: de quién lo recibió y de quién era hijo. Edipo, con un grito de angustia, se precipita dentro.

ESTÁSIMO 4.º (1186-1222). Está compuesto de dos pares de estrofas y, en él, el Coro lamenta el actual destino de Edipo, caído desde lo más encumbrado.

ÉXODO (1223-1530). Un mensajero proveniente del palacio anuncia que Yocasta se ha quitado la vida y que Edipo, ante este espectáculo, se ha sacado los ojos. Aparece el infortunado Edipo que inicia un diálogo lírico con el Corifeo. Con apasionado tono, suplica al Coro que le destierren del país o le maten. Aparece Creonte para llevarle a palacio. Edipo obtiene de él la promesa de que cuidará de sus hijas. Éstas son traídas ante su padre, que se despide de ellas como si fuera la última vez que las ve.

NOTA BIBLIOGRAFICA

R. C. JEBB, *Oedipus Tyrannus*, Cambridge, 1885.
— *The tragedies of Sophocles*, Cambridge, 1904.
A. C. PEARSON, *Sophoclis Fabulae*, Oxford, 1924.
A. DAIN y P. MAZON, *Sophocle, II: Ajax, Oedipe Roi, Elèctre*, París, 1958.
F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Sófocles. Edipo Rey*, Madrid, 1959.
J. C. KAMERBEEK, *Oedipus Tyrannus*, Leiden, 1967.
L. GIL, *Sófocles. Antígona, Edipo Rey, 'Electra*, Madrid, 1969.
M. BENAVENTE, *Sófocles. Tragedias*, Madrid, 1970.
J. PALLÍ, *Sófocles. Teatro Completo*, Barcelona, 1973.
J. M. LUCAS, *Sófocles. Ayax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey*, Madrid, 1977.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Señalamos los pasajes en los que no se ha seguido el texto de A. C. Pearson.

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
107	τινὰ	τινὰς
161	Εὔκλεα	εὐκλέα
198	τέλει	τελεῖν
276	εἷλες	ἔλαβες
293	δὲ δρῶντ'	δ' ἰδόντ'
378	τοῦ	σοῦ
425	ὅσ' ἐξιώσεις	ἅ σ' ἐξιώσει
478	πετραῖος ὁ ταῦρος	πέτρας ὡς ταῦρος
493	βασάνῳ ⟨πεῖραν ἔχων⟩	βασανίζων
685	προνοουμένῳ	προπονουμένας
696	εἰ γένοιο	εἰ δύναι γενοῦ
741	εἶρπε	εἶχε
808	ὄχους	ὄχου
876	ἀκρότατα γεῖσ' ἀναβᾶσ'	ἀκροτάταν εἰσαναβᾶσ' ⟨ἄκρον⟩
894	ἔρξεται ... ἀμύνων	εὔξεται ... ἀμύνειν
971	προδόντα	παρόντα
1280	ἐς δυοῖν ... κάρα	ἐκ δυοῖν ... κάτα
1526	ὅστις	ὃν τίς

I

ARGUMENTO DE ARISTÓFANES EL GRAMÁTICO SOBRE *EDIPO REY*

Habiendo Edipo abandonado Corinto al ser insultado por todos como hijo bastardo y extranjero, acudió a conocer los oráculos píticos, buscando su propio origen y el de su familia. Tras encontrarse en una estrecha encrucijada a Layo, el infortunado mató involuntariamente a su padre. Y habiendo resuelto el mortífero canto de la terrible Esfinge, mancilló el lecho de su desconocida madre. La peste y una larga epidemia se apoderaron de Tebas. Enviado Creonte al santuario délfico para informarse de un remedio del mal, escuchó, de la divina voz profética, que había que vengar el crimen de Layo. Por ello, dándose cuenta el desdichado Edipo de que había sido él mismo, con sus manos destruyó las niñas de sus ojos, y Yocasta, su madre, murió estrangulada.

II

POR QUÉ ADEMÁS SE TITULA *TIRANO* *

Está escrito *Edipo tirano* a alguna distancia del otro. Acertadamente todos lo titulan *tirano* como sobresalien-

* *Týrannos*, es decir, «rey».

te entre toda la obra de Sófocles, aunque fue derrotada por Filocleón, según nos cuenta Dicearco. Hay quienes la titulan *Primero*, no *tirano*, debido a las fechas de los catálogos y a los hechos. En efecto, vagabundo y ciego llega a Atenas Edipo el de *en Colono*. Alguna connotación especial advirtieron los poetas, de después de Homero, cuando llaman «tiranos» a los reyes anteriores a la Guerra de Troya después que fue dado este nombre a los griegos en tiempos de Arquíloco, como dice Hipias el sofista (fr. *9 D*). Homero, por lo menos *(Od.* XVIII 85) llama rey y no tirano a Equeto, el más inicuo de todos:

«Hacia el rey Equeto, funesto para los mortales.»

Y dicen que empezó a utilizarse el nombre de tirano desde los Tirrenos, pues éstos fueron molestos por su piratería. Es evidente que el nombre de tirano es bastante reciente, porque ni Homero ni Hesíodo ni ningún otro de los antiguos utilizan el nombre de tirano en sus poemas. Y Aristóteles, en la *Constitución de los Cimeos* (fr. 524), dice que los tiranos anteriormente se llamaban príncipes, pues aquel nombre es más respetable.

III

DE OTRA MANERA

El *Edipo Rey* se titula así para diferenciarlo del *en Colono*. El punto principal de la obra es el conocimiento de las desgracias particulares de Edipo, la mutilación de sus ojos y la muerte por estrangulamiento de Yocasta.

ORÁCULO DADO A LAYO EL TEBANO

«Layo, hijo de Lábdaco, suplicas una próspera descendencia de hijos. Te daré el hijo que deseas. Pero está

decretado que dejes la vida a manos de tu hijo. Así lo consintió Zeus Crónida, accediendo a las funestas maldiciones de Pélope cuyo hijo querido raptaste. Él imprecó contra ti todas estas cosas.»

EL ENIGMA DE LA ESFINGE

«Existe sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo, que tiene sólo una voz, y es también trípode. Es el único que cambia su aspecto de cuantos seres se mueven por tierra, por el aire o en el mar. Pero, cuando anda apoyado en más pies, entonces la movilidad en sus miembros es mucho más débil.»

SOLUCIÓN DEL ENIGMA

«Escucha, aun cuando no quieras, musa de mal agüero de los muertos, mi voz, que es el fin de tu locura. Te has referido al hombre, que, cuando se arrastra por tierra, al principio, nace del vientre de la madre como indefenso cuadrúpedo y, al ser viejo, apoya su bastón como un tercer pie, cargando el cuello doblado por la vejez.»

PERSONAJES

EDIPO.
SACERDOTE.
CREONTE.
CORO de ancianos tebanos.
TIRESIAS.
YOCASTA.
MENSAJERO.
SERVIDOR DE LAYO.
Otro MENSAJERO.

(Delante del palacio de Edipo, en Tebas. Un grupo de ancianos y de jóvenes están sentados en las gradas del altar, en actitud suplicante, portando ramas de olivo. El sacerdote de Zeus se adelanta solo hacia el palacio. Edipo sale seguido de dos ayudantes y contempla al grupo en silencio. Después les dirige la palabra.)

EDIPO. — ¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo[1]! ¿Por qué estáis en actitud sedente ante mí, coronados con ramos de suplicantes[2]? La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos de súplica y de gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime

---

1 Fundador mítico de la ciudad de Tebas. Es hijo de Agenor y hermano de Europa. Vino de Tiro en compañía de sus hermanos en busca de Europa, empresa que pronto abandonaron. El oráculo de Delfos le ordenó fundar una ciudad en el lugar donde una vaca a la que debía seguir cayera exhausta, resultando de ahí la localización de Tebas. Cadmo dio muerte a un dragón que cuidaba de la Fuente de Ares, próxima a Tebas, y por consejo de Atenea sembró los dientes de la bestia. En seguida brotaron del suelo hombres armados, de los que sobrevivieron sólo cinco, primitivos habitantes de Tebas.

2 Los que acudían en actitud de súplica llevaban en la mano, como señal, unos ramos de olivo o laurel atados con hilos de lana. Los dejaban sobre el altar, de donde los retiraban cuando la petición era satisfecha. Traduzco literalmente «coronados» aclarando que este término es sólo metafórico, según se deduce de lo dicho.

en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estéis así ante mí? ¿El temor, o el ruego? Piensa que yo querría ayudaros en todo. Sería insensible, si no me compadeciera ante semejante actitud.

SACERDOTE. — ¡Oh Edipo, que reinas en mi país! Ves de qué edad somos los que nos sentamos cerca de tus altares: unos, sin fuerzas aún para volar lejos; otros, torpes por la vejez, somos sacerdotes —yo lo soy de Zeus—, y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El resto del pueblo con sus ramos permanece sentado en las plazas[3] en actitud de súplica, junto a los dos templos de Palas[4] y junto a la ceniza profética de Ismeno[5].

La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida. Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflije la ciudad. ¡Odiosa epidemia[6], bajo cuyos efectos está desploblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos! Ni yo ni estos jóvenes estamos sentados como

---

[3] Era corriente que las ciudades tesalias tuvieran dos plazas, a una de las cuales no se admitían sino ciudadanos libres. Tebas estaba dividida en dos partes, la ciudad alta al O. y la ciudad baja, en cada una de las cuales había una plaza.

[4] Uno de los templos estaba dedicado a Palas Onca, y es citado por Pausanias. El otro, a Atenea Cadmea o Atenea Ismenia, no citados por él, pero sí por los escoliastas.

[5] Ismeno no es el dios fluvial del mismo nombre, sino el semidiós tebano, hijo de Apolo, que tenía dedicado en la ciudad un altar en el que se practicaba la piromancia.

[6] Es posible que Sófocles tuviera presente la peste que asoló a Atenas al principio de la Guerra del Peloponeso. El adjetivo aplicado a la divinidad y traducido por: «que produce la peste», significa, literalmente: «que lleva fuego abrasador», haciendo, tal vez, alusión a la fiebre, uno de los síntomas de la peste.

suplicantes por considerarte igual a los dioses, pero sí el primero de los hombres en los sucesos de la vida y en las intervenciones de los dioses. Tú que, al llegar, liberaste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos a la cruel cantora[7] y, además, sin haber visto nada más ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda de un dios, se dice y se cree que enderezaste nuestra vida.

Pero ahora, ¡oh Edipo, el más sabio entre todos!, te imploramos todos los que estamos aquí como suplicantes que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal. Pues veo que son efectivos, sobre todo, los hechos llevados a cabo por los consejos de los que tienen experiencia. ¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora te celebra como su salvador por el favor de antaño. Que de ninguna manera recordemos de tu reinado que vivimos, primero, en la prosperidad, pero caímos después; antes bien, levanta con firmeza la ciudad. Con favorable augurio, nos procuraste entonces la fortuna. Sénos también igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave privadas de hombres que las pueblen.

EDIPO. — ¡Oh hijos dignos de lástima! Venís a hablarme porque anheláis algo conocido y no ignorado por mí. Sé bien que todos estáis sufriendo y, al sufrir, no hay ninguno de vosotros que padezca tanto como yo. En efecto, vuestro dolor llega sólo a cada uno en sí mismo

---

7 La Esfinge enviada por Hera contra Tebas para castigar el crimen de Layo de amar al hijo de Pélope. El monstruo se cobraba muchas víctimas. Cuando Edipo supo responder al enigma que proponía, el monstruo, despechado, se mató arrojándose desde la roca. Se la llama «cantora», porque sus enigmas estaban en verso.

y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al tiempo, por la ciudad y por mí y por ti. De modo que no me despertáis de un sueño en el que estuviera sumido, sino que estad seguros de que muchas lágrimas he derramado yo y muchos caminos he recorrido en el curso de mis pensamientos. El único remedio que he encontrado, después de reflexionar a fondo, es el que he tomado: envié a Creonte, hijo de Meneceo, mi propio cuñado, a la morada Pítica de Febo[8], a fin de que se enterara de lo que tengo que hacer o decir para proteger esta ciudad. Y ya hoy mismo, si lo calculo en comparación con el tiempo pasado, me inquieta qué estará haciendo, pues, contra lo que es razonable, lleva ausente más tiempo del fijado. Sería yo malvado si, cuando llegue, no cumplo todo cuanto el dios manifieste.

SACERDOTE. — Con oportunidad has hablado. Precisamente éstos me están indicando por señas que Creonte se acerca.

EDIPO. — ¡Oh soberano Apolo! ¡Ojalá viniera con suerte liberadora, del mismo modo que viene con rostro radiante!

SACERDOTE. — Por lo que se puede adivinar, viene complacido. En otro caso no vendría así, con la cabeza coronada de frondosas ramas de laurel[9].

EDIPO. — Pronto lo sabremos, pues ya está lo sufientemente cerca para que nos escuche. ¡Oh príncipe, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿Con qué respuesta del oráculo nos llegas?

(Entra Creonte en escena.)

CREONTE. — Con una buena. Afirmo que incluso las aflicciones, si llegan felizmente a término, todas pueden resultar bien.

---

[8] A Delfos, el santuario más famoso de Grecia.

[9] El laurel era el árbol sagrado de Apolo y con sus ramas se coronaba a los mensajeros portadores de gratas nuevas.

EDIPO. — ¿Cuál es la respuesta? Por lo que acabas de decir, no estoy ni tranquilo ni tampoco preocupado.

CREONTE. — Si deseas oírlo estando éstos aquí cerca, estoy dispuesto a hablar y también, si lo deseas, a ir dentro.

EDIPO. — Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida.

CREONTE. — Diré las palabras que escuché de parte del dios. El soberano Febo nos ordenó, claramente, arrojar de la región una mancilla que existe en esta tierra y no mantenerla para que llegue a ser irremediable.

EDIPO. — ¿Con qué expiación? ¿Cuál es la naturaleza de la desgracia?

CREONTE. — Con el destierro o liberando un antiguo asesinato con otro, puesto que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad.

EDIPO. — ¿De qué hombre denuncia[9 bis] tal desdicha?

CREONTE. — Teníamos nosotros, señor, en otro tiempo a Layo como soberano de esta tierra, antes de que tú rigieras rectamente esta ciudad.

EDIPO. — Lo sé por haberlo oído, pero nunca lo vi.

CREONTE. — Él murió y ahora nos prescribe claramente que tomemos venganza de los culpables con violencia.

EDIPO. — ¿En qué país pueden estar? ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa, difícil de investigar?

CREONTE. — Afirmó que en esta tierra. Lo que es buscado puede ser cogido, pero se escapa lo que pasamos por alto.

EDIPO. — ¿Se encontró Layo con esta muerte en casa, o en el campo, o en algún otro país?

CREONTE. — Tras haber marchado, según dijo, a con-

[9 bis] Febo. Es la tercera persona que aparece en todo este contexto.

sultar al oráculo, y una vez fuera, ya no volvió más a casa.

EDIPO. — ¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje lo vio, de quien, informándose, pudiera sacarse alguna ventaja?

CREONTE. — Murieron, excepto uno, que huyó despavorido y sólo una cosa pudo decir con seguridad de lo que vio.

EDIPO. — ¿Cuál? Porque una sola podría proporcionarnos el conocimiento de muchas, si consiguiéramos un pequeño principio de esperanza.

CREONTE. — Decía que unos ladrones con los que se tropezaron le dieron muerte, no con el rigor de una sola mano, sino de muchas.

EDIPO. — ¿Cómo habría llegado el ladrón a semejante audacia, si no se hubiera proyectado desde aquí con dinero?

CREONTE. — Eso era lo que se creía. Pero, después que murió Layo, nadie surgía como su vengador en medio de las desgracias.

EDIPO. — ¿Qué tipo de desgracia se presentó que impedía, caída así la soberanía, averiguarlo?

CREONTE. — La Esfinge, de enigmáticos cantos, nos determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista.

EDIPO. — Yo lo volveré a sacar a la luz desde el principio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera digna, pusisteis tal solicitud en favor del muerto; de manera que veréis también en mí, con razón, a un aliado para vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a aquél me ayudo a mí mismo.

Vosotros, hijos, levantaos de las gradas lo más pronto que podáis y recoged estos ramos de suplicantes. Que otro congregue aquí al pueblo de Cadmo sabiendo que yo voy a disponerlo todo. Y con la ayuda de la divinidad apareceré triunfante o fracasado.

(Entran Edipo y Creonte en el palacio.)

SACERDOTE. — Hijos, levantémonos. Pues con vistas a lo que él nos promete hemos venido aquí. ¡Ojalá que Febo, el que ha enviado estos oráculos, llegue como salvador y ponga fin a la epidemia! *(Salen de la escena y, seguidamente, entra en ella el Coro de ancianos tebanos.)*

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh dulce oráculo de Zeus[10]*! ¿Con qué espíritu has llegado desde Pito, la rica en oro*[11]*, a la ilustre Tebas? Mi ánimo está tenso por el miedo, temblando de espanto, ¡oh dios, a quien se le dirigen agudos gritos, Delios, sanador*[12]*! Por ti estoy lleno de temor. ¿Qué obligación de nuevo me vas a imponer, bien inmediatamente o después del transcurrir de los años*[13]*? Dímelo, ¡oh hija de la áurea Esperanza, palabra inmortal!*

Antístrofa 1.ª

Te invoco la primera, hija de Zeus, inmortal Atenea, y

---

10 Zeus habla por boca de su hijo Apolo.

11 Alusión a los inmensos tesoros depositados en Delfos como ofrendas al dios. Desde Homero se conoce a Delfos como Pito (=*Pýtho*), donde Apolo venció al dragón indígena Pitón.

12 Apolo es designado con muchos epítetos en la tragedia. El de Delio viene del lugar de su nacimiento, la isla de Delos. Personificando el adjetivo se le invoca como *Peán,* aunque también más adelante (v. 186) se llama peán al canto dirigido al dios para implorar la salud. Otros epítetos son Febo, Loxias, Flechador, etc.

13 Se pregunta el Coro si la actual epidemia es el castigo de una reciente impiedad o, como efectivamente lo será, de una antigua.

a tu hermana, Ártemis, protectora del país, que se asienta en glorioso trono en el centro del ágora[14], *y a Apolo el que flecha a distancia. ¡Ay! Haceos visibles para mí, los tres, como preservadores de la muerte.*

Si ya anteriormente, en socorro de una desgracia sufrida por la ciudad, conseguisteis arrojar del lugar el ardor de la plaga, presentaos también ahora.

Estrofa 2.ª

¡Ay de mí! Soporto dolores sin cuento. Todo mi pueblo está enfermo y no existe el arma de la reflexión con la que uno se pueda defender. Ni crecen los frutos de la noble tierra ni las mujeres tienen que soportar quejumbrosos esfuerzos en sus partos. Y uno tras otro, cual rápido pájaro, puedes ver que se precipitan, con más fuerza que el fuego irresistible, hacia la costa del dios de las sombras[15].

Antístrofa 2.ª

La población perece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo, portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y, también, canosas madres gimen por doquier en las gradas de los templos, en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el peán y se oye, al mismo tiempo, un sonido de lamentos. En auxilio de estos males, ¡oh áurea hija de Zeus!, envía tu ayuda, de agraciado rostro.

---

14 Literalmente «circular»; no por querer significar que el ágora era de esta forma, sino porque la estatua de la diosa ocupaba el puesto central de la misma sobre un pedestal de forma circular o bien (se puede pensar con P. Mazon) porque hubiera un *thólos* dedicado a Ártemis.

15 Hades es el dios del reino de las sombras, situado al Occidente, según una antigua tradición mítica.

Estrofa 3.ª

Concede que el terrible Ares, que ahora sin la protección de los escudos[16] *me abrasa saliéndome al encuentro a grandes gritos, se dé la vuelta en su carrera, lejos de los confines de la patria, bien hacia el inmenso lecho de Anfitrita*[17]*, bien hacia la inhóspita agitación de los puertos tracios. Pues si la noche deja algo pendiente, a terminarlo después llega el día. A ése, ¡oh tú, que repartes las fuerzas de los abrasadores relámpagos, oh Zeus padre!, destrúyelo bajo tu rayo.*

Antístrofa 3.ª

Soberano Liceo[18]*, quisiera que tus flechas invencibles que parten de cuerdas trenzadas en oro se distribuyeran, colocadas delante, como protectoras y, también, las antorchas llameantes de Ártemis con las que corre por los montes de Licia. Invoco al de la mitra de oro, el que da nombre a esta región*[19]*, a Baco, el de rojizo color, al del* evohé, *compañero de las ménades, ¡que se acerque resplandeciente con refulgente antorcha contra el dios odioso entre los dioses!*

(Sale Edipo y se dirige al Coro.)

EDIPO. — Suplicas. Y de lo que suplicas podrías obtener remedio y alivio en tus desgracias, si quisieras

---

[16] Ares, divinidad guerrera odiada por los mortales y por los mismos dioses, suele representar la muerte violenta en el combate. Aquí no es el caso —y lo destaca el poeta—, sino que representa la epidemia que también trae la muerte.

[17] El mar. Anfitrita es una nereida de la que se enamoró Poseidón y a la que hizo su esposa.

[18] Epíteto frecuentemente aplicado a Apolo y de difícil interpretación etimológica. Las tres palabras griegas con las que podría relacionarse son: *lýkos* «lobo», *Lykía* «Licia» y *lykē* «luz».

[19] Tebas es conocida como la «tierra de Baco» (cf. *Traquinias* 510) por ser éste hijo de Sémele y ésta, a su vez, de Cadmo. El «rojizo color» es el del vino, del que era dios. Sobre las ménades, véase nota 70 de *Antígona.*

acoger mis palabras cuando las oigas y prestar servicio en esta enfermedad. Y yo diré lo que sigue, como quien no tiene nada que ver con este relato ni con este hecho. Porque yo mismo no podría seguir por mucho tiempo la pista sin tener ni un rastro. Pero, como ahora he venido a ser un ciudadano entre ciudadanos, os diré a todos vosotros, cadmeos, lo siguiente: aquel de vosotros que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que aleje la acusación que pesa contra sí mismo, ya que ninguna otra pena sufrirá y saldrá sano y salvo del país. Si alguien, a su vez, conoce que el autor es otro de otra tierra, que no calle. Yo le concederé la recompensa a la que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, calláis y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata de rechazar esta orden, lo que haré con ellos debéis escucharme. Prohíbo que en este país, del que yo poseo el poder y el trono, alguien acoja y dirija la palabra a este hombre, quienquiera que sea, y que se haga partícipe con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le permita las abluciones. Mando que todos le expulsen, sabiendo que es una impureza para nosotros, según me lo acaba de revelar el oráculo pítico del dios. Ésta es la clase de alianza que yo tengo para con la divinidad y para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a escondidas lo ha hecho, sea en solitario, sea en compañía de otros, desventurado, consuma su miserable vida de mala manera. E impreco para que, si llega a estar en mi propio palacio y yo tengo conocimiento de ello, padezca yo lo que acabo de desear para éstos [20].

Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas cosas por mí mismo, por el dios y por este país tan consumido en medio de esterilidad y desamparo de los dio-

[20] Los asesinos, o el criminal y sus posibles cómplices.

ses. Pues, aunque la acción que llevamos a cabo no hubiese sido promovida por un dios, no sería natural que vosotros la dejarais sin expiación, sino que debíais hacer averiguaciones por haber perecido un hombre excelente y, a la vez, rey.

Ahora, cuando yo soy el que me encuentro con el poder que antes tuvo aquél, en posesión del lecho y de la mujer fecundada, igualmente, por los dos, y hubiéramos tenido en común el nacimiento de hijos comunes, si su descendencia no se hubiera malogrado —pero la adversidad se lanzo contra su cabeza— [20 bis], por todo esto yo, como si mi padre fuera, lo defenderé y llegaré a todos los medios tratando de capturar al autor del asesinato para provecho del hijo de Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y del antiguo Agenor [21]. Y pido, para los que no hagan esto, que los dioses no les hagan brotar ni cosecha alguna de la tierra ni hijos de las mujeres, sino que perezcan a causa de la desgracia en que se encuentran y aún peor que ésta. Y a vosotros, los demás Cadmeos, a quienes esto os parezca bien, que la Justicia como aliada y todos los demás dioses os asistan con buenos consejos.

CORIFEO. — Tal como me has cogido inmerso en tu maldición, te hablaré, oh rey. Yo ni le maté ni puedo señalar a quien lo hizo. En esta búsqueda, era propio del que nos la ha enviado, de Febo, decir quién lo ha hecho.

EDIPO. — Con razón hablas. Pero ningún hombre podría obligar a los dioses a algo que no quieran.

CORIFEO. — En segundo lugar, después de eso, te podría decir lo que yo creo.

---

20 bis En este pasaje se produce un anacoluto que refleja el texto griego utilizado con la presencia del signo menos.

21 Enumera la genealogía de la familia real de Tebas. Agenor es el fundador de la dinastía, rey de Sidón y Tiro, y padre de Europa y Cadmo. (Véase nota 1.)

EDIPO. — También, si hay un tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORO. — *Sé que, más que ningún otro, el noble Tiresias ve lo mismo que el soberano Febo, y de él se podría tener un conocimiento muy exacto, si se le inquiriera, señor.*

EDIPO. — No lo he echado en descuido sin llevarlo a la práctica; pues, al decírmelo Creonte, he enviado dos mensajeros. Me extraña que no esté presente desde hace rato.

CORIFEO. — Entonces los demás rumores son ineficaces y pasados.

EDIPO. — ¿Cuáles son? Pues atiendo a toda clase de rumor.

CORIFEO. — Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO. — También yo lo oí. Pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEO. — Si tiene un poco de miedo, no aguardará después de oír tus maldiciones.

EDIPO. — El que no tiene temor ante los hechos tampoco tiene miedo a la palabra.

(Entra Tiresias con los enviados por Edipo. Un niño le acompaña.)

CORIFEO. — Pero ahí está el que lo dejará al descubierto. Éstos traen ya aquí al sagrado adivino, al único de los mortales en quien la verdad es innata.

EDIPO. — ¡Oh Tiresias, que todo lo manejas, lo que debe ser enseñado y lo que es secreto, los asuntos del cielo y los terrenales! Aunque no ves, comprendes, sin embargo, de qué mal es víctima nuestra ciudad. A ti te reconocemos como único defensor y salvador de ella, señor. Porque Febo, si es que no lo has oído a los mensajeros, contestó a nuestros embajadores que la única liberación de esta plaga nos llegaría si, después de ave-

riguarlo correctamente, dábamos muerte a los asesinos de Layo o les hacíamos salir desterrados del país. Tú, sin rehusar ni el sonido de las aves ni ningún otro medio de adivinación[22], sálvate a ti mismo y a la ciudad y sálvame a mí, y líbranos de toda impureza originada por el muerto. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicio con los medios de que dispone y es capaz, es la más bella de las tareas.

Tiresias. — ¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividencia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera venido aquí.

Edipo. — ¿Qué pasa? ¡Qué abatido te has presentado!

Tiresias. — Déjame ir a casa. Más fácilmente soportaremos tú lo tuyo y yo lo mío si me haces caso.

Edipo. — No hablas con justicia ni con benevolencia para la ciudad que te alimentó, si le privas de tu augurio.

Tiresias. — Porque veo que tus palabras no son oportunas para ti. ¡No vaya a ser que a mí me pase lo mismo...!

(Hace ademán de retirarse.)

Edipo. — No te des la vuelta, ¡por los dioses!, si sabes algo, ya que te lo pedimos todos los que estamos aquí como suplicantes.

Tiresias. — Todos han perdido el juicio. Yo nunca revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

Edipo. — ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no hablarás, sino que piensas traicionarnos y destruir a la ciudad?

Tiresias. — Yo no quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás por mí.

---

22 Otro medio de adivinación nos lo encontramos en *Antígona* 1005, donde el mismo Tiresias explica el del fuego.

Edipo. — ¡Oh el más malvado de los malvados, pues tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿No hablarás de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e inflexible?

Tiresias. — Me has reprochado mi obstinación, y no ves la que igualmente hay en ti, y me censuras.

Edipo. — ¿Quién no se irritaría al oír razones de esta clase con las que tú estás perjudicando a nuestra ciudad?

Tiresias. — Llegarán por sí mismas, aunque yo las proteja con el silencio.

Edipo. — Pues bien, debes manifestarme incluso lo que está por llegar.

Tiresias. — No puedo hablar más. Ante esto, si quieres irrítate de la manera más violenta.

Edipo. — Nada de lo que estoy advirtiendo dejaré de decir, según estoy de encolerizado. Has de saber que me parece que tú has ayudado a maquinar el crimen y lo has llevado a cabo en lo que no ha sido darle muerte con tus manos. Y si tuvieras vista, diría que, incluso, este acto hubiera sido obra de ti solo.

Tiresias. — ¿De verdad? Y yo te insto a que permanezcas leal al edicto que has proclamado antes y a que no nos dirijas la palabra ni a éstos ni a mí desde el día de hoy, en la idea de que tú eres el azote impuro de esta tierra.

Edipo. — ¿Con tanta desvergüenza haces esta aseveración? ¿De qué manera crees poderte escapar a ella?

Tiresias. — Ya lo he hecho. Pues tengo la verdad como fuerza.

Edipo. — ¿Por quién has sido enseñado? Pues, desde luego, de tu arte no procede.

Tiresias. — Por ti, porque me impulsaste a hablar en contra de mi voluntad.

EDIPO. — ¿Qué palabras? Dilo, de nuevo, para que lo aprenda mejor.

TIRESIAS. — ¿No has escuchado antes? ¿O es que tratas de que hable?

EDIPO. — No como para decir que me es comprensible. Dilo de nuevo.

TIRESIAS. — Afirmo que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando.

EDIPO. — No dirás impunemente dos veces estos insultos.

TIRESIAS. — En ese caso, ¿digo también otras cosas para que te irrites aún más?

EDIPO. — Di cuanto gustes, que en vano será dicho.

TIRESIAS. — Afirmo que tú has estado conviviendo muy vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son más queridos y que no te das cuenta en qué punto de desgracia estás.

EDIPO. — ¿Crees tú, en verdad, que vas a seguir diciendo alegremente esto?

TIRESIAS. — Sí, si es que existe alguna fuerza en la verdad.

EDIPO. — Existe, salvo para ti. Tú no la tienes, ya que estás ciego de los oídos, de la mente y de la vista.

TIRESIAS. — Eres digno de lástima por echarme en cara cosas que a ti no habrá nadie que no te reproche pronto.

EDIPO. — Vives en una noche continua, de manera que ni a mí, ni a ninguno que vea la luz, podrías perjudicar nunca.

TIRESIAS. — No quiere el destino que tú caigas por mi causa, pues para ello se basta Apolo, a quien importa llevarlo a cabo.

EDIPO. — ¿Esta invención es de Creonte o tuya?

TIRESIAS. — Creonte no es ningún dolor para ti, sino tú mismo.

EDIPO. — ¡Oh riqueza, poder y saber que aventajas a cualquier otro saber en una vida llena de encontrados intereses! ¡Cuánta envidia acecha en vosotros, si, a causa de este mando que la ciudad me confió como un don —sin que yo lo pidiera—, Creonte, el que era leal, el amigo desde el principio, desea expulsarme deslizándose a escondidas, tras sobornar a semejante hechicero, maquinador y charlatán engañoso, que sólo ve en las ganancias y es ciego en su arte! Porque, ¡ea!, dime, ¿en qué fuiste tú un adivino infalible? ¿Cómo es que no dijiste alguna palabra que liberara a estos ciudadanos cuando estaba aquí la perra cantora[23]? Y, ciertamente, el enigma no era propio de que lo discurriera cualquier persona que se presentara, sino que requería arte adivinatoria que tú no mostraste tener, ni procedente de las aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros. A mí es a quien tú intentas echar, creyendo que estarás más cerca del trono de Creonte. Me parece que tú y el que ha urdido esto tendréis que lograr la purificación entre lamentos. Y si no te hubieses hecho valer por ser un anciano, hubieras conocido con sufrimientos qué tipo de sabiduría tienes.

CORIFEO. — Nos parece adivinar que las palabras de éste y las tuyas, Edipo, han sido dichas a impulsos de la cólera. Pero no debemos ocuparnos en tales cosas, sino en cómo resolveremos los oráculos del dios de la mejor manera.

TIRESIAS. — Aunque seas el rey, se me debe dar la misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no

[23] Se refiere a la Esfinge no porque tuviera forma de perra, sino por su misión de «guardiana» del cumplimiento de los designios de Hera.

vivo sometido a ti sino a Loxias[24], de modo que no podré ser inscrito como seguidor de Creonte, jefe de un partido. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego, te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes desciendes? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad. ¡Qué lugar no será refugio de tus gritos!, ¡qué Citerón[25] no los recogerá cuando te des perfecta cuenta del infausto matrimonio en el que tomaste puerto en tu propia casa después de conseguir una feliz navegación[26]! Y no adviertes la cantidad de otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto, ultraja a Creonte y a mi palabra. Pues ningún mortal será aniquilado nunca de peor forma que tú.

Edipo. — ¿Es que es tolerable escuchar esto de ése? ¡Maldito seas! ¿No te irás cuanto antes? ¿No te irás de esta casa, volviendo por donde has venido?

Tiresias. — No hubiera venido yo, si tú no me hubieras llamado.

Edipo. — No sabía que ibas a decir necedades. En tal caso, difícilmente te hubiera hecho venir a mi palacio.

---

[24] El epíteto de Apolo «Loxias» está conectado con el adjetivo *loxós* «oblicuo», y hace alusión a las ambiguas respuestas del oráculo.

[25] Citerón es el nombre del monte en que fue abandonado Edipo. Aquí, en una clara figura estilística, está empleado como el nombre genérico de «monte».

[26] Los términos griegos empleados en esta frase están tomados, una vez más, del vocabulario de la marina, tan conocido y usado por el pueblo ateniense.

TIRESIAS. — Yo soy tal cual te parezco, necio, pero para los padres que te engendraron era juicioso.

EDIPO. — ¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS. — Este día te engendrará y te destruirá.

EDIPO. — ¡De qué modo enigmático y oscuro lo dices todo!

TIRESIAS. — ¿Acaso no eres tú el más hábil por naturaleza para interpretarlo? [27].

EDIPO. — Échame en cara, precisamente, aquello en lo que me encuentras grande.

TIRESIAS. — Esa fortuna, sin embargo, te hizo perecer.

EDIPO. — Pero si salvo a esta ciudad, no me preocupa.

TIRESIAS. — En ese caso me voy. Tú, niño, condúceme.

EDIPO. — Que te lleve, sí, porque aquí, presente, eres un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que no atormentes más.

TIRESIAS. — Me voy, porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás perder. Y te digo: ese hombre que, desde hace rato, buscas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato de Layo está aquí. Se dice que es extranjero establecido aquí, pero después saldrá a la luz que es tebano por su linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será manifiesto que él mismo es, a la vez, hermano y padre de sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que nació y de la misma raza, así como asesino de su padre.

---

27 Alude a la actuación de Edipo descifrando el enigma de la Esfinge.

Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira, di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.

(Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¿Quién es aquel al que la profética roca délfica nombró como el que ha llevado a cabo, con sangrientas manos, acciones indecibles entre las indecibles? Es el momento para que él, en la huida, fuerce un paso más poderoso que el de caballos rápidos como el viento, pues contra él se precipita, armado con fuego y relámpagos, el hijo de Zeus. Y, junto a él, siguen terribles las infalibles diosas de la Muerte[28].

Antístrofa 1.ª

No hace mucho resonó claramente, desde el nevado Parnaso[29]*, la voz que anuncia que, por doquier, se siga el rastro al hombre desconocido. Va de un lado a otro*[30] *bajo el agreste bosque y por cuevas y grutas, cual un toro que vive solitario, desgraciado, de desgraciado andar, rehuyendo los oráculos procedentes del centro de la tierra*[31]*. Pero éstos, siempre vivos, revolotean alrededor.*

Estrofa 2.ª

De terrible manera, ciertamente, de terrible manera me perturba el sabio adivino, ya lo crea, ya lo niegue. ¿Qué diré? Lo ignoro. Estoy traído y llevado por las es-

---

[28] Perífrasis con la que he traducido el nombre griego *Kēres*, espíritus vengadores, de horrible aspecto, que ejecutan el destino de muerte. En Esquilo se confunden con las Moiras o también con las Erinias.

[29] El santuario de Delfos está en la ladera de un monte que pertenece a la misma cadena montañosa donde se eleva el monte Parnaso.

[30] El Coro describe al asesino tal como él lo imagina, exiliado y fugitivo.

[31] Delfos era considerado el *ómphalos* u ombligo del mundo.

peranzas, sin ver ni el presente ni lo que hay detrás. Yo nunca he sabido, ni antes ni ahora, qué motivo de disputa había entre los Labdácidas y el hijo de Pólibo[32], *que, por haberlo probado, me haga ir contra la públíca fama de Edipo, como vengador para los Labdácidas de muertes no claras.*

Antístrofa 2.ª

Por una parte, cierto es que Zeus y Apolo son sagaces y conocedores de los asuntos de los mortales, pero que un adivino entre los hombres obtenga mayor éxito que yo, no es un juicio verdadero. Un hombre podría contraponer sabiduría a sabiduría. Y yo nunca, hasta ver que la profecía se cumpliera, haría patentes los reproches. Porque, un día, llegó contra él, visible, la alada doncella[33] *y quedó claro, en la prueba, que era sabio y amigo para la ciudad. Por ello, en mi corazón nunca será culpable de maldad*[34].

(Entra Creonte.)

CREONTE. — Ciudadanos, habiéndome enterado de que el rey Edipo me acusa con terribles palabras, me presento sin poder soportarlo. Pues si en los males presentes cree haber sufrido de mi parte con palabras o con obras algo que le lleve a un perjuicio, no tengo deseo de una vida que dure mucho tiempo con esta fama. El daño que me reporta esta acusación no es sin importancia, sino

---

32 Pólibo, rey de Corinto, recibió al pequeño Edipo y lo crió como a un hijo. Para el Coro, es el padre verdadero de Edipo.

33 Nueva alusión a la Esfinge, esta vez como un monstruo femenino con rostro de mujer, pecho, patas y cola de león, y alas como las de un ave de rapiña. Evitan llamarla por su nombre y recurren a todos los atributos.

34 El predominio del valor de la razón en la Atenas de Sófocles se manifiesta en las dudas que expresa el Coro entre la confianza en su propio juicio acerca de la persona de Edipo y la creencia religiosa en el augurio del adivino.

gravísimo, si es que voy a ser llamado malvado en la ciudad, y malvado *ante ti* y ante los amigos.

CORIFEO. — Tal vez haya llegado a este ultraje forzado por la cólera, más que intencionadamente.

CREONTE. — ¿Fue declarado por éste abiertamente que, persuadido por mis consejeros, el adivino decía palabras falaces?

CORIFEO. — Eso dijo, pero no sé con qué intención.

CREONTE. — ¿Y, con la mirada y la mente rectas, lanzó esta acusación contra mí?

CORIFEO. — No sé, pues no conozco lo que hacen los que tienen el poder. Pero él, en persona, sale ya del palacio.

(Entra Edipo en escena.)

EDIPO. — ¡Tú, ése! ¿Cómo has venido aquí? ¿Eres, acaso, persona de tanta osadía que has llegado a mi casa, a pesar de que es evidente que tú eres el asesino de este hombre y un usurpador manifiesto de mi soberanía? ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Te decidiste a actuar así por haber visto en mí alguna cobardía o locura? ¿O pensabas que no descubriría que tu acción se deslizaba con engaño, o que no me defendería al averiguarlo? ¿No es tu intento una locura: buscar con ahínco la soberanía sin el apoyo del pueblo y de los amigos, cuando se obtiene con la ayuda de aquél y de las riquezas?

CREONTE. — ¿Sabes lo que vas a hacer? Opuestas a tus palabras, escúchame palabras semejantes y, después de conocerlas, juzga tú mismo.

EDIPO. — Tú eres diestro en el hablar y yo soy torpe para comprenderte, porque he descubierto que eres hostil y molesto para mí.

CREONTE. — En lo que a esto se refiere, óyeme primero cómo lo voy a contar.

EDIPO. — En lo que a esto se refiere, no me digas que no eres un malvado.

CREONTE. — Si crees que la presunción separada de la inteligencia es un bien, no razonas bien.

EDIPO. — Si crees que perjudicando a un pariente no sufrirás la pena, no razonas correctamente.

CREONTE. — De acuerdo contigo en que has dicho esto con toda razón. Pero infórmame qué perjuicio dices que has recibido.

EDIPO. — ¿Intentabas persuadirme, o no, de que era necesario que enviara a alguien a buscar al venerable adivino?

CREONTE. — Y soy aún el mismo en lo que a ese consejo se refiere.

EDIPO. — ¿Cuánto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE. — ¿Qué fue lo que hizo? No entiendo.

EDIPO. — ... sin que fuera visible, pereciera en un asesinato?

CREONTE. — Podrían contarse largos y antiguos años.

EDIPO. — ¿Ejercería entonces su arte ese adivino?

CREONTE. — Sí, tan sabiamente como antes y honrado por igual.

EDIPO. — ¿Hizo mención de mí para algo en aquel tiempo?

CREONTE. — No, ciertamente, al menos cuando yo estaba presente.

EDIPO. — Pero, ¿no hicisteis investigaciones acerca del muerto?

CREONTE. — Las hicimos, ¿cómo no? Y no conseguimos nada.

EDIPO. — ¿Y cómo, pues, ese sabio no dijo entonces estas cosas?

CREONTE. — No lo sé. De lo que no comprendo, prefiero guardar silencio.

EDIPO. — Sólo lo que sabes podrías decirlo con total conocimiento.

CREONTE. — ¿Qué es ello? Si lo sé, no lo negaré.

EDIPO. — Que, si no hubiera estado concertado contigo, no hubiera hablado de la muerte de Layo a mis manos.

CREONTE. — Si esto dice, tú lo sabes. Yo considero justo informarme de ti, lo mismo que ahora tú lo has hecho de mí.

EDIPO. — Haz averiguaciones. No seré hallado culpable de asesinato.

CREONTE. — ¿Y qué? ¿Estás casado con mi hermana?

EDIPO. — No es posible negar la pregunta que me haces.

CREONTE. — ¿Gobiernas el país administrándolo con igual poder que ella?

EDIPO. — Lo que desea, todo lo obtiene de mí.

CREONTE. — ¿Y no es cierto que, en tercer lugar, yo me igualo a vosotros dos?

EDIPO. — Por eso, precisamente, resultas ser un mal amigo.

CREONTE. — No si me das la palabra como yo a ti mismo. Considera primeramente esto: si crees que alguien preferiría gobernar entre temores a dormir tranquilo, teniendo el mismo poder. Por lo que a mí respecta, no tengo más deseo de ser rey que de actuar como si lo fuera, ni ninguna otra persona que sepa razonar. En efecto, ahora lo obtengo de ti todo sin temor, pero, si fuera yo mismo el que gobernara, haría muchas cosas también contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, iba a ser para mí más grato el poder absoluto, que un mando y un dominio exentos de sufrimientos? Aún no estoy tan mal aconsejado como para desear otras cosas que no sean los honores acompañados de provecho. Actualmente, todos me saludan y me acogen con cariño. Los que ahora tienen necesidad de ti me halagan, pues en esto está, para ellos, el obtener todo. ¿Cómo iba yo, pues, a pretender aquello desprendiéndome de esto? Una mente que razona

bien no puede volverse torpe. No soy, por tanto, amigo de esta idea ni soportaría nunca la compañía de quien lo hiciera. Y, como prueba de esto, ve a Delfos y entérate si te he anunciado fielmente la respuesta del oráculo. Y otra cosa: si me sorprendes habiendo tramado algo en común con el adivino, tras hacerlo, no me condenes a muerte por un solo voto, sino por dos, por el tuyo y el mío; pero no me inculpes por tu cuenta a causa de una suposición no probada. No es justo considerar, sin fundamento, a los malvados honrados ni a los honrados malvados. Afirmo que es igual rechazar a un buen amigo que la propia vida, a la que se estima sobre todas las cosas. Con el tiempo, podrás conocer que esto es cierto, ya que sólo el tiempo muestra al hombre justo, mientras que podrías conocer al perverso en un solo día.

CORIFEO. — Bien habló él, señor, para quien sea cauto en errar. Pues los que se precipitan no son seguros para dar una opinión.

EDIPO. — Cuando el que conspira a escondidas avanza con rapidez, preciso es que también yo mismo planee con la misma rapidez. Si espero sin moverme, los proyectos de éste se convertirán en hechos y los míos, en frustraciones.

CREONTE. — ¿Qué pretendes, entonces? ¿Acaso arrojarme fuera del país?

EDIPO. — En modo alguno. Que mueras quiero, no que huyas.

CREONTE. — Cuando expliques cuál es la clase de aborrecimiento...

EDIPO. — ¿Quieres decir que no me obedecerás ni me darás crédito?

CREONTE. — ... pues veo que tú no razonas con cordura.

EDIPO. — Sí, al menos, en lo que me afecta.

CREONTE. — Pero es preciso que lo hagas también en lo mío.

EDIPO. — Tú eres un malvado.

CREONTE. — ¿Y si es que tú no comprendes nada?

EDIPO. — Hay que obedecer, a pesar de ello.

CREONTE. — No al que ejerce mal el poder.

EDIPO. — ¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE. — También a mí me interesa la ciudad, no sólo a ti.

CORIFEO. — Cesad, príncipes. Veo que, a tiempo para vosotros, sale de palacio Yocasta, con la que debéis dirimir la disputa que estáis sosteniendo.

(Yocasta sale de palacio.)

YOCASTA. — ¿Por qué, oh desdichados, originasteis esta irreflexiva discusión? ¿No os da vergüenza ventilar cuestiones particulares estando como está sufriendo la ciudad? ¿No irás tú a palacio y tú, Creonte, a tu casa sin transformar un disgusto que no es nada en algo importante?

CREONTE. — Hermana, Edipo, tu esposo, pretende llevar a cabo decisiones terribles respecto a mí, habiendo elegido entre dos calamidades: o desterrarme de la patria o, tras hacerme prisionero, matarme.

EDIPO. — Asiento. Pues le he sorprendido, mujer, tramando contra mi persona con mañas ruines.

CREONTE. — ¡Que no sea feliz, sino que perezca maldito, si he realizado contra ti algo de lo que me imputas!

YOCASTA. — ¡Por los dioses!, Edipo, da crédito a esto, sobre todo si sientes respeto ante un juramento en nombre de los dioses y, después, también por respeto a mí y a los que están ante ti.

Estrofa 1.ª

CORO. — *Obedece de grado y por prudencia, señor, te lo suplico.*

EDIPO. — *¿En qué quieres que ceda?*

CORO. — *En respetar al que nunca antes fue necio y ahora es fuerte en virtud del juramento.*

EDIPO. — *¿Sabes lo que pides?*

CORIFEO. — *Lo sé.*

EDIPO. — *Explícame qué dices.*

CORO. — *Que, por un rumor poco probado, nunca lances una acusación de deshonor a un pariente obligado por su propio juramento.*

EDIPO. — Entérate bien ahora: cuando esto pretendes, me estás buscando la ruina o mi destierro de este país.

Estrofa 2.ª

CORO. — *No, ¡por el dios primero entre todos los dioses, el Sol! ¡Qué muera sin dios, sin amigos, de la peor manera, si tengo semejante pensamiento! Pero esta tierra que se consume aflige mi ánimo, desventurado, si los males que os atañen a vosotros dos se unen a los que ya había.*

EDIPO. — ¡Que se vaya éste, aun cuando deba yo morir irremediablemente o ser expulsado por la fuerza, deshonrado, de esta tierra! Ante tus palabras dignas de lástima me apiado, que no ante las de éste. Él, en donde se encuentre, será objeto de mi aborrecimiento.

CREONTE. — Es evidente que lleno de odio cedes, y estarás molesto cuando termines de estar airado. Las naturalezas como la tuya son, con motivo, las que más se duelen de soportarse a sí mismas.

EDIPO. — ¿No me dejarás tranquilo y te irás fuera?

CREONTE. — Me voy sin que me hayas entendido, pero para éstos soy el mismo. *(Se aleja.)*

Antístrofa 1.ª

CORO. — *Mujer, ¿qué estás esperando para llevarlo a palacio?*

YOCASTA. — *Conocer qué es lo que ocurre.*

CORO. — *Una oscura sospecha surgió de unas palabras, pero también me desgarra lo que puede ser injusto*[35].

YOCASTA. — ¿Del uno y del otro?

CORIFEO. — Sí.

YOCASTA. — ¿Y cuál fue el motivo?

CORO. — *Basta, me parece que es suficiente, estando atormentado el país. Que se quede el asunto allí donde cesó.*

EDIPO. — Date cuenta dónde has llegado, aun siendo hombre honesto en tu intención, haciendo caso omiso y embotando mi corazón.

Antístrofa 2.ª

CORO. — *¡Oh señor!, no te lo he dicho sólo una vez: sabe que habría de mostrarme insensato, falto de razonable juicio, si te abandonara. Tú, que dirigiste con justicia el rumbo*[36] *de mi querido país, cuando estaba sacudido entre desgracias, llegarás a ser también ahora un buen guía, si puedes.*

YOCASTA. — ¡En nombre de los dioses! Dime también a mí, señor, por qué asunto has concebido semejante enojo.

EDIPO. — Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más que a éstos. Es a causa de Creonte y de la clase de conspiración que ha tramado contra mí.

YOCASTA. — Habla, si es que lo vas a hacer para denunciar claramente el motivo de la querella.

EDIPO. — Dice que yo soy el asesino de Layo.

---

[35] Es decir, que la sospecha recayó en Edipo a partir de las palabras del adivino y, también, a partir de ellas Edipo ofende a Creonte acusándole sin razón.

[36] El tema de la nave del estado de la que el gobernante dirige el rumbo aparece por primera vez en ARQUÍLOCO (fr. 163) y, desde entonces, lo encontramos repetido en líricos, trágicos, historiadores, etc.

YOCASTA. — ¿Lo conoce por sí mismo o por haberlo oído decir a otro?

EDIPO. — Ha hecho venir a un desvergonzado adivino, ya que su boca, por lo que a él en persona concierne, está completamente libre.

YOCASTA. — Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mortal tiene parte en el arte adivinatoria [37]. La prueba de esto te la mostraré en pocas palabras.

Una vez le llegó a Layo un oráculo —no diré que del propio Febo, sino de sus servidores— que decía que tendría el destino de morir a manos del hijo que naciera de mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandoleros extranjeros le mataron en una encrucijada de tres caminos [38]. Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, después de atarle juntas las articulaciones de los pies [39], le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable. Por tanto, Apolo ni cumplió el que éste llegara a ser asesino de su padre ni que Layo sufriera a manos de su hijo la desgracia que él temía. Afirmo que los oráculos habían declarado tales cosas. Por ello, tú para nada te preocupes, pues aquello en lo que el dios descubre alguna utilidad, él en persona lo da a conocer sin rodeos.

EDIPO. — Al acabar de escucharte, mujer, ¡qué delirio se ha apoderado de mi alma y qué agitación de mis sentidos!

---

37 Otra interpretación sería traducir: «ninguno de los asuntos de los mortales está afectado por el arte adivinatoria».

38 No es exactamente un cruce de caminos, porque entonces no quedarían cuatro caminos, sino la bifurcación de un camino. En algunos escolios queda aclarado por la inserción del signo de la *Ypsilón:* Y.

39 Los tobillos. De ahí el nombre de Edipo, que significa «pie hinchado».

Creonte. — ¿A qué preocupación te refieres que te ha hecho volverte sobre tus pasos?

Edipo. — Me pareció oírte que Layo había sido muerto en una encrucijada de tres caminos.

Yocasta. — Se dijo así y aún no se ha dejado de decir.

Edipo. — ¿Y dónde se encuentra el lugar ese en donde ocurrió la desgracia?

Yocasta. — Fócide es llamada la región, y la encrucijada hace confluir los caminos de Delfos y de Daulia.

Edipo. — ¿Qué tiempo ha transcurrido desde estos acontecimientos?

Yocasta. — Poco antes de que tú aparecieras con el gobierno de este país, se anunció eso a la ciudad.

Edipo. — ¡Oh Zeus! ¿Cuáles son tus planes para conmigo?

Yocasta. — ¿Qué es lo que te desazona, Edipo?

Edipo. — Todavía no me interrogues. Y dime, ¿qué aspecto tenía Layo y de qué edad era?

Yocasta. — Era fuerte, con los cabellos desde hacía poco encanecidos, y su figura no era muy diferente de la tuya.

Edipo. — ¡Ay de mí, infortunado! Paréceme que acabo de precipitarme a mí mismo, sin saberlo, en terribles maldiciones.

Yocasta. — ¿Cómo dices? No me atrevo a dirigirte la mirada, señor.

Edipo. — Me pregunto, con tremenda angustia, si el adivino no estaba en lo cierto, y me lo demostrarás mejor, si aún me revelas una cosa.

Yocasta. — En verdad que siento temor, pero a lo que me preguntes, si lo sé, contestaré.

Edipo. — ¿Iba de incógnito, o con una escolta numerosa cual corresponde a un rey?

YOCASTA. — Eran cinco en total. Entre ellos había un heraldo. Sólo un carro conducía a Layo.

EDIPO. — ¡Ay, ay! Esto ya está claro. ¿Quién fue el que entonces os anunció las nuevas, mujer?

YOCASTA. — Un servidor que llegó tras haberse salvado sólo él.

EDIPO. — ¿Por casualidad se encuentra ahora en palacio?

YOCASTA. — No, por cierto. Cuando llegó de allí y vio que tú regentabas el poder y que Layo estaba muerto[40], me suplicó, encarecidamente, cogiéndome la mano[41], que le enviara a los campos y al pastoreo de rebaños para estar lo más alejado posible de la ciudad. Yo lo envié, porque, en su calidad de esclavo, era digno de obtener este reconocimiento y aún mayor.

EDIPO. — ¿Cómo podría llegar junto a nosotros con rapidez?

YOCASTA. — Es posible. Pero ¿por qué lo deseas?

EDIPO. — Temo por mí mismo, oh mujer, haber dicho demasiadas cosas. Por ello, quiero verle.

YOCASTA. — Está bien, vendrá, pero también yo merezco saber lo que te causa desasosiego, señor.

EDIPO. — Y no serás privada, después de haber llegado yo a tal punto de zozobra. Pues, ¿a quién mejor que a ti podría yo hablar, cuando paso por semejante trance?

---

40 Descubrimos una contradicción en que ha caído Sófocles, si bien es verdad que en un aspecto que no afecta a la trama principal de la obra y que, por tanto, no menoscaba la perfecta técnica dramática del autor. En efecto, el servidor es el que llegó a Tebas para anunciar la muerte de Layo. Ahora, Yocasta deja entrever que este servidor se asombra al descubrir a Edipo en el trono «por la muerte del anterior rey, Layo».

41 Toda súplica formal iba acompañada de gestos rituales, uno era coger la mano a aquel a quien se hacía la súplica o, también, abrazarse a sus rodillas.

Mi padre era Pólibo, corintio, y mi madre Mérope, doria. Era considerado yo como el más importante de los ciudadanos de allí hasta que me sobrevino el siguiente suceso, digno de admirar, pero, sin embargo, no proporcionado al ardor que puse en ello. He aquí que en un banquete, un hombre saturado de bebida, refiriéndose a mí, dice, en plena embriaguez, que yo era un falso hijo de mi padre. Yo, disgustado, a duras penas me pude contener a lo largo del día, pero, al siguiente, fui junto a mi padre y mi madre y les pregunté. Ellos llevaron a mal la injuria de aquel que había dejado escapar estas palabras. Yo me alegré con su reacción; no obstante, eso me atormentaba sin cesar, pues me había calado hondo.

Sin que mis padres lo supieran, me dirigí a Delfo, y Febo me despidió sin atenderme en aquello por lo que llegué, sino que se manifestó anunciándome, infortunado de mí, terribles y desgraciadas calamidades: que estaba fijado que yo tendría que unirme a mi madre y que traería al mundo una descendencia insoportable de ver para los hombres y que yo sería asesino del padre que me había engendrado.

Después de oír esto, calculando a partir de allí la posición de la región corintia por las estrellas, iba, huyendo de ella, adonde nunca viera cumplirse las atrocidades de mis funestos oráculos.

En mi caminar llego a ese lugar en donde tú afirmas que murió el rey. Y a ti, mujer, te revelaré la verdad. Cuando en mi viaje estaba cerca de ese triple camino, un heraldo y un hombre, cual tú describes, montado sobre un carro tirado por potros, me salieron al encuentro. El conductor [42] y el mismo anciano me arrojaron violenta-

---

42 Nombra de tres formas al que parece ser la misma persona: el heraldo, el conductor y el guía. Jebb, en cambio, cree que el heraldo debe ser identificado con el guía, pero que es distinto del conductor.

mente fuera del camino. Yo, al que me había apartado, al conductor del carro, le golpeé movido por la cólera. Cuando el anciano ve desde el carro que me aproximo, apuntándome en medio de la cabeza, me golpea con la pica de doble punta. Y él no pagó por igual, sino que, inmediatamente, fue golpeado con el bastón por esta mano y, al punto, cae redondo de espaldas desde el carro. Maté a todos.

Si alguna conexión hay entre Layo y este extranjero, ¿quién hay en este momento más infortunado que yo? ¿Qué hombre podría llegar a ser más odiado por los dioses, cuando no le es posible a ningún extranjero ni ciudadano recibirle en su casa ni dirigirle la palabra y hay que arrojarle de los hogares? Y nadie, sino yo, es quien ha lanzado sobre mí mismo tales maldiciones. Mancillo el lecho del muerto con mis manos, precisamente con las que le maté. ¿No soy yo, en verdad, un canalla? ¿No soy un completo impuro? Si debo salir desterrado, no me es posible en mi destierro ver a los míos ni pisar mi patria, a no ser que me vea forzado a unirme en matrimonio con mi madre y a matar a Políbo[43], que me crió y engendró. ¿Acaso no sería cierto el razonamiento de quien lo juzgue como venido sobre mí de una cruel divinidad? ¡No, por cierto, oh sagrada majestad de los dioses, que no vea yo este día, sino que desaparezca de entre los mortales antes que ver que semejante deshonor impregnado de desgracia llega sobre mí!

CORIFEO. — A nosotros, oh rey, nos parece esto motivo de temor, pero mientras no lo conozcas del todo por boca del que estaba presente, ten esperanza.

---

[43] Éste es el nudo gordiano de la trama y el momento de mayor ironía trágica en esta obra, en la que constantemente aparecen situaciones irónicas. Edipo se convence de ser asesino de Layo, pero aún no imagina que éste era también su padre.

EDIPO. — En verdad, ésta es la única esperanza que tengo: aguardar al pastor.

YOCASTA. — Y cuando él haya aparecido, ¿qué esperas que suceda?

EDIPO. — Yo te lo diré. Si descubrimos que dice lo mismo que tú, yo podría ponerme a salvo de esta calamidad.

YOCASTA. — ¿Qué palabras especiales me has oído?

EDIPO. — Decías que él afirmó que unos ladrones le habían matado. Si aún confirma el mismo número, yo no fui el asesino, pues no podría ser uno solo igual a muchos. Pero si dice que fue un hombre que viajaba en solitario, está claro: el delito me es imputable.

YOCASTA. — Ten por seguro que así se propagó la noticia, y no le es posible desmentirla de nuevo, puesto que la ciudad, no yo sola, lo oyó. Y si en algo se apartara del anterior relato, ni aun entonces mostrará que la muerte de Layo se cumplió debidamente, porque Loxias dijo expresamente que se llevaría a cabo por obra de un hijo mío. Sin embargo, aquél, infeliz, nunca le pudo matar, sino que él mismo sucumbió antes. De modo que en materia de adivinación yo no podría dirigir la mirada ni a un lado ni a otro.

EDIPO. — Haces un sensato juicio. Pero, no obstante, envía a alguien para que haga venir al labriego y no lo descuides.

(Entran en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Ojalá el destino me asistiera para cuidar de la venerable pureza de todas las palabras y acciones cuyas leyes son sublimes, nacidas en el celeste firmamento, de las que Olimpo[44] *es el único padre y ninguna naturaleza*

[44] No se refiere al monte, sino a la morada luminosa de los

mortal de los hombres engendró ni nunca el olvido las hará reposar! Poderosa es la divinidad que en ellas hay y no envejece.

Antístrofa 1.ª

La insolencia produce al tirano. La insolencia, si se harta en vano de muchas cosas que no son oportunas ni convenientes subiéndose a lo más alto, se precipita hacia un abismo de fatalidad donde no dispone de pie firme. Pido que la divinidad nunca haga cesar la emulación que es favorable para la ciudad. Al dios no cesaré de tener como protector.

Estrofa 2.ª

Si alguien se comporta orgullosamente en acciones o de palabra, sin sentir temor de la Justicia ni respeto ante las moradas de los dioses, ¡ojalá le alcance un funesto destino por causa de su infortunada arrogancia! Y si no saca con justicia provecho y no se aleja de los actos impíos, o toca cosas que son intocables en una insensata acción, ¿qué hombre, en tales circunstancias, se jactará aún de rechazar de su alma las flechas de los dioses? Si las acciones de este tipo son dignas de horrores, ¿por qué debo yo participar en los coros[45]*?*

Antístrofa 2.ª

Ya no iré honrando a la divinidad al sagrado centro de la tierra, ni al templo de Abas[46]*, ni a Olimpia, si estos oráculos no se cumplen como para que sean señalados por todos los hombres. Pero, ¡oh Zeus poderoso!,*

---

dioses, al cielo mismo. Con esta acepción, lo encontramos ya en *Odisea* VI 42.

[45] Coros celebrados para festejar el culto a Dioniso, a Apolo y a otros dioses. Los griegos daban a esta frase un significado más amplio: «¿por qué mantener los ritos solemnes?».

[46] Ciudad focense, donde había un santuario dedicado al dios Apolo consultado por Creso. (Heródoto, I 46, 8.)

si con razón eres así llamado, que riges todo, no te pase esto inadvertido ni tampoco a tu poder siempre inmortal. Se diluyen los antiguos oráculos acerca de Layo, extinguiéndose, y Apolo no se manifiesta, en modo alguno, con honores, y los asuntos divinos se pierden.

(Yocasta sale de palacio acompañada de servidoras.)

YOCASTA. — Señores de la región, se me ha ocurrido la idea de acercarme a los templos de los dioses con estas coronas y ofrendas de incienso en las manos. Porque Edipo tiene demasiado en vilo su corazón con aflicciones de todo tipo y no conjetura, cual un hombre razonable, lo nuevo por lo de antaño [47], sino que está pendiente del que habla si anuncia motivos de temor. Y ya que no consigo nada con mis consejos, me llego ante ti, oh Apolo Liceo —pues eres el más cercano—, cual suplicante, con estos signos de rogativas [48] para que nos proporciones alguna liberación purificadora, puesto que ahora todos sentimos ansiedad, al ver asustado a aquel que es como el piloto de la nave.

(Entra en escena un mensajero.)

MENSAJERO. — ¿Podríais informarme, oh extranjeros, dónde se halla el palacio del rey Edipo?

CORIFEO. — Ésta es su morada y él mismo está dentro, extranjero. Esta mujer es la madre [49] de sus hijos.

MENSAJERO. — ¡Que llegues a ser siempre feliz, ro-

---

47 Una vez más, el problema latente en la Atenas de Sófocles con respecto a las creencias religiosas en materia de adivinación. Es el momento de la nueva sofística, al influjo de la cual no puede sustraerse el poeta. «Tantear lo nuevo» sería hacer conjeturas valiéndose de la razón.

48 Las coronas y el incienso.

49 La pérdida de los recursos orales es sensible en esta frase. Suponemos que el actor haría una pausa, coincidente con la pausa métrica, tras la palabra «madre», acentuando así la trágica ironía.

deada de gente dichosa, tú que eres esposa legítima de aquél!

YOCASTA. — De igual modo lo seas tú, oh extranjero, pues lo mereces por tus favorables palabras. Pero dime con qué intención has llegado y qué quieres anunciar.

MENSAJERO. — Buenas nuevas para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA. — ¿Cuáles son? ¿De parte de quién vienes?

MENSAJERO. — De Corinto. Ojalá te complazca —¿cómo no?— la noticia que te daré a continuación, aunque tal vez te duelas.

YOCASTA. — ¿Qué es? ¿Cómo puede tener ese doble efecto?

MENSAJERO. — Los habitantes de la región del Istmo le van a designar rey, según se ha dicho allí.

YOCASTA. — ¿Por qué? ¿No está ya el anciano Pólibo en el poder?

MENSAJERO. — No, ya que la muerte lo tiene en su tumba.

YOCASTA. — ¿Cómo dices? ¿Ha muerto el padre de Edipo?

MENSAJERO. — Que sea merecedor de muerte, si no digo la verdad.

YOCASTA. — Sirvienta, ¿no irás rápidamente a decirle esto al amo? ¡Oh oráculos de los dioses! ¿Dónde estáis? Edipo huyó hace tiempo por el temor de matar a este hombre y, ahora, él ha muerto por el azar y no a manos de aquél.

(Sale Edipo de palacio.)

EDIPO. — ¡Oh Yocasta, muy querida mujer! ¿Por qué me has mandado venir aquí desde palacio?

YOCASTA. — Escucha a este hombre y observa, al oírle, en qué han quedado los respetables oráculos del dios.

EDIPO. — ¿Quién es éste y qué me tiene que comunicar?

YOCASTA. — Viene de Corinto para anunciar que tu padre, Pólibo, no está ya vivo, sino que ha muerto.

EDIPO. — ¿Qué dices, extranjero? Anúnciamelo tú mismo.

MENSAJERO. — Si es preciso que yo te lo anuncie claramente en primer lugar, entérate bien de que aquél ha muerto.

EDIPO. — ¿Acaso por una emboscada, o como resultado de una enfermedad?

MENSAJERO. — Un pequeño quebranto rinde los cuerpos ancianos.

EDIPO. — A causa de enfermedad murió el desdichado, a lo que parece.

MENSAJERO. — Y por haber vivido largos años.

EDIPO. — ¡Ah, ah! ¿Por qué, oh mujer, habría uno de tener en cuenta el altar vaticinador de Pitón o los pájaros que claman en el cielo, según cuyos indicios tenía yo que dar muerte a mi propio padre? Pero él, habiendo muerto, está oculto bajo tierra y yo estoy aquí, sin haberle tocado con arma alguna, a no ser que se haya consumido por nostalgia de mí. De esta manera habría muerto por mi intervención. En cualquier caso, Pólibo yace en el Hades y se ha llevado consigo los oráculos presentes, que no tienen ya ningún valor.

YOCASTA. — ¿No te lo decía yo desde antes?

EDIPO. — Lo decías, pero yo me dejaba guiar por el miedo.

YOCASTA. — Ahora no tomes en consideración ya ninguno de ellos.

EDIPO. — ¿Y cómo no voy a temer al lecho de mi madre?

YOCASTA. — Y ¿qué podría temer un hombre para quien los imperativos de la fortuna son los que le pue-

den dominar, y no existe previsión clara de nada? Lo más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños [50]. Aquel para quien esto nada supone más fácilmente lleva su vida.

EDIPO. — Con razón hubieras dicho todo eso, si no estuviera viva mi madre. Pero como lo está, no tengo más remedio que temer, aunque tengas razón.

YOCASTA. — Gran ayuda suponen los funerales de tu padre.

EDIPO. — Grande, lo reconozco. Pero siento temor por la que vive.

MENSAJERO. — ¿Cuál es la mujer por la que teméis?

EDIPO. — Por Mérope, anciano, con la que vivía Pólibo.

MENSAJERO. — ¿Qué hay en ella que os induzca al temor?

EDIPO. — Un oráculo terrible de origen divino, extranjero.

MENSAJERO. — ¿Lo puedes aclarar, o no es lícito que otro lo sepa?

EDIPO. — Sí, por cierto. Loxias afirmó, hace tiempo, que yo había de unirme con mi propia madre y coger en mis manos la sangre de mi padre. Por este motivo habito desde hace años muy lejos de Corinto, feliz, pero, sin embargo, es muy grato ver el semblante de los padres.

MENSAJERO. — ¿Acaso por temor a estas cosas estabas desterrado de allí?

EDIPO. — Por el deseo de no ser asesino de mi padre, anciano.

---

50 Pasaje de suma importancia para Freud, punto de partida en sus investigaciones sobre el tema. Cf. PLATÓN, *República* IX 571c.

Mensajero. — ¿Por qué, pues, no te he liberado yo de este recelo, señor, ya que bien dispuesto llegué?

Edipo. — En ese caso recibirías de mí digno agradecimiento.

Mensajero. — Por esto he venido sobre todo, para que en algo obtenga un beneficio cuando tú regreses a palacio.

Edipo. — Pero jamás iré con los que me engendraron.

Mensajero. — ¡Oh hijo, es bien evidente que no sabes lo que haces...

Edipo. — ¿Cómo, oh anciano? Acláramelo, por los dioses.

Mensajero. — ... si por esta causa rehúyes volver a casa!

Edipo. — Temeroso de que Febo me resulte veraz.

Mensajero. — ¿Es que temes cometer una infamia para con tus progenitores?

Edipo. — Eso mismo, anciano. Ello me asusta constantemente.

Mensajero. — ¿No sabes que, con razón, nada debes temer?

Edipo. — ¿Cómo no, si soy hijo de esos padres?

Mensajero. — Porque Pólibo nada tenía que ver con tu linaje.

Edipo. — ¿Cómo dices? ¿Que no me engendró Pólibo?

Mensajero. — No más que el hombre aquí presente, sino igual.

Edipo. — Y ¿cómo el que me engendró está en relación contigo que no me eres nada?

Mensajero. — No te engendramos ni aquél ni yo.

Edipo. — Entonces, ¿en virtud de qué me llamaba hijo?

Mensajero. — Por haberte recibido como un regalo —entérate— de mis manos.

Edipo. — Y ¿a pesar de haberme recibido así de otras manos, logró amarme tanto?

Mensajero. — La falta hasta entonces de hijos le persuadió del todo.

Edipo. — Y tú, ¿me habías comprado o encontrado cuando me entregaste a él?

Mensajero. — Te encontré en los desfiladeros selvosos del Citerón.

Edipo. — ¿Por qué recorrías esos lugares?

Mensajero. — Allí estaba al cuidado de pequeños rebaños montaraces.

Edipo. — ¿Eras pastor y nómada a sueldo?

Mensajero. — Y así fui tu salvador en aquel momento.

Edipo. — ¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?

Mensajero. — Las articulaciones de tus pies te lo pueden testimoniar.

Edipo. — ¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia te refieres con esto?

Mensajero. — Yo te desaté, pues tenías perforados los tobillos.

Edipo. — ¡Bello ultraje recibí de mis pañales!

Mensajero. — Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso.

Edipo. — ¡Oh, por los dioses! ¿De parte de mi madre o de mi padre la recibí? Dímelo.

Mensajero. — No lo sé. El que te entregó a mí conoce esto mejor que yo.

Edipo. — Entonces, ¿me recibiste de otro y no me encontraste por ti mismo?

Mensajero. — No, sino que otro pastor me hizo entrega de ti.

Edipo. — ¿Quién es? ¿Sabes darme su nombre?

Mensajero. — Por lo visto era conocido como uno de los servidores de Layo.

Edipo. — ¿Del rey que hubo, en otro tiempo, en esta tierra?

Mensajero. — Sí, de ese hombre era él pastor.

Edipo. — ¿Está aún vivo ese tal como para poder verme?

Mensajero. — *(Dirigiéndose al Coro.)* Vosotros, los habitantes de aquí, podríais saberlo mejor.

Edipo. — ¿Hay entre vosotros, los que me rodeáis, alguno que conozca al pastor a que se refiere, por haberle visto, bien en los campos, bien aquí? Indicádmelo, pues es el momento de descubrirlo de una vez por todas.

Corifeo. — Creo que a ningún otro se refiere, sino al que tratabas de ver antes haciéndole venir desde el campo. Pero aquí está Yocasta que podría decirlo mejor.

Edipo. — Mujer, ¿conoces a aquel que hace poco deseábamos que se presentara? ¿Es a él a quien éste se refiere?

Yocasta. — ¿Y qué nos va lo que dijo acerca de un cualquiera? No hagas ningún caso, no quieras recordar inútilmente lo que ha dicho.

Edipo. — Sería imposible que con tales indicios no descubriera yo mi origen.

Yocasta. — ¡No, por los dioses! Si en algo te preocupa tu propia vida, no lo investigues. Es bastante que yo esté angustiada.

Edipo. — Tranquilízate, pues aunque yo resulte esclavo, hijo de madre esclava por tres generaciones, tú no aparecerás innoble.

Yocasta. — No obstante, obedéceme, te lo suplico. No lo hagas.

EDIPO. — No podría obedecerte en dejar de averiguarlo con claridad.

YOCASTA. — Sabiendo bien que es lo mejor para ti, hablo.

EDIPO. — Pues bien, lo mejor para mí me está importunando desde hace rato.

YOCASTA. — ¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO. — ¿Alguien me traerá aquí al pastor? Dejad a ésta que se complazca en su poderoso linaje.

YOCASTA. — ¡Ah, ah, desdichado, pues sólo eso te puedo llamar y ninguna otra cosa ya nunca en adelante!

(Yocasta, visiblemente alterada, entra al palacio.)

CORIFEO. — ¿Por qué se ha ido tu esposa, Edipo, tan precipitadamente bajo el peso de una profunda aflicción? Tengo miedo de que de este silencio[51] estallen desgracias.

EDIPO. — Que estalle lo que quiera ella. Yo sigo queriendo conocer mi origen, aunque sea humilde. Esa, tal vez, se avergüence de mi linaje oscuro, pues tiene orgullosos pensamientos como mujer que es. Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna, la que da con generosidad, no seré deshonrado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso. Y si tengo este origen, no podría volverme luego otro, como para no llegar a conocer mi estirpe.

CORO.

Estrofa.

Si yo soy adivino y conocedor de entendimiento, ¡por

---

[51] Compárese esta salida con la de Deyanira (*Traquinias* 814) y la de Eurídice (*Antígona* 1245). En todas, el Coro subraya el funesto presagio que supone el silencio. (Cf. nota 74 de *Antígona*.)

el Olimpo!, no quedarás, ¡oh Citerón!, sin saber que desde el plenilunio de mañana yo te ensalzaré como región de Edipo, al tiempo que nodriza y madre, y serás celebrado con coros por nosotros como quien se hace protector de mis reyes. ¡Oh Febo, que esto te sirva de satisfacción!

Antístrofa.

¿Cuál a ti, hijo, cuál de las ninfas inmortales te engendró, acercándose al padre Pan que vaga por los montes? ¿O fue una amante de Loxias, pues a él le son queridas todas las agrestes planicies? O el soberano de Cilene[52]*, o el dios báquico que habita en lo más alto de los montes te recibió como un hallazgo de alguna de las ninfas del Helicón con las que juguetea la mayor parte del tiempo.*

(Entra el anciano pastor acompañado de dos esclavos.)

EDIPO. — Si he de hacer yo conjeturas, ancianos, creo estar viendo al pastor que desde hace rato buscamos, aunque nunca he tenido relación con él. Pues en su acusada edad coincide por completo con este hombre y, además, reconozco a los que lo conducen como servidores míos. Pero tú, tal vez, podrías superarme en conocimientos por haber visto antes al pastor.

CORIFEO. — Lo conozco, ten la certeza. Era un pastor de Layo, fiel cual ninguno.

EDIPO. — A ti te pregunto en primer lugar, al extranjero corintio: ¿es de ése de quien hablabas?

MENSAJERO. — De éste que contemplas.

EDIPO. — Eh, tú, anciano, acércate y, mirándome, contesta a cuanto te pregunte. ¿Perteneciste, en otro tiempo, al servicio de Layo?

---

52 Hermes, del que se cree que nació en el monte Cilene.

SERVIDOR. — Sí, como esclavo no comprado, sino criado en la casa.

EDIPO. — ¿En qué clase de trabajo te ocupabas o en qué tipo de vida?

SERVIDOR. — La mayor parte de mi vida conduje rebaños.

EDIPO. — ¿En qué lugares habitabas sobre todo?

SERVIDOR. — Unas veces, en el Citerón; otras, en lugares colindantes.

EDIPO. — ¿Eres consciente de haber conocido allí a este hombre en alguna parte?

SERVIDOR. — ¿En qué se ocupaba? ¿A qué hombre te refieres?

EDIPO. — Al que está aquí presente. ¿Tuviste relación con él alguna vez?

SERVIDOR. — No como para poder responder rápidamente de memoria.

MENSAJERO. — No es nada extraño, señor. Pero yo refrescaré claramente la memoria del que no me reconoce. Estoy bien seguro de que se acuerda cuando, en el monte Citerón, él con doble rebaño y yo con uno, convivimos durante tres períodos enteros de seis meses, desde la primavera hasta Arturo [53]. Ya en el invierno yo llevaba mis rebaños a los establos, y él, a los apriscos de Layo. ¿Cuento lo que ha sucedido o no?

SERVIDOR. — Dices la verdad, pero ha pasado un largo tiempo.

MENSAJERO. — ¡Ea! Dime, ahora, ¿recuerdas que entonces me diste un niño para que yo lo criara como un retoño mío?

SERVIDOR. — ¿Qué ocurre? ¿Por qué te informas de esta cuestión?

MENSAJERO. — Éste es, querido amigo, el que entonces era un niño.

[53] Hasta mediados de septiembre.

Servidor. — ¡Así te pierdas! ¿No callarás?

Edipo. — ¡Ah! No le reprendas, anciano, ya que son tus palabras, más que las de éste, las que requieren un reprensor.

Servidor. — ¿En qué he fallado, oh el mejor de los amos?

Edipo. — No hablando del niño por el que éste pide información.

Servidor. — Habla, y no sabe nada, sino que se esfuerza en vano.

Edipo. — Tú no hablarás por tu gusto, y tendrás que hacerlo llorando.

Servidor. — ¡Por los dioses, no maltrates a un anciano como yo!

Edipo. — ¿No le atará alguien las manos a la espalda cuanto antes?

Servidor. — ¡Desdichado! ¿Por qué? ¿De qué más deseas enterarte?

Edipo. — ¿Le entregaste al niño por el que pregunta?

Servidor. — Lo hice y ¡ojalá hubiera muerto ese día!

Edipo. — Pero a esto llegarás, si no dices lo que corresponde.

Servidor. — Me pierdo mucho más aún si hablo.

Edipo. — Este hombre, según parece, se dispone a dar rodeos.

Servidor. — No, yo no, pues ya he dicho que se lo entregué.

Edipo. — ¿De dónde lo habías tomado? ¿Era de tu familia o de algún otro?

Servidor. — Mío no. Lo recibí de uno.

Edipo. — ¿De cuál de estos ciudadanos y de qué casa?

Servidor. — ¡No, por los dioses, no me preguntes más, mi señor!

Edipo. — Estás muerto, si te lo tengo que preguntar de nuevo.

Servidor. — Pues bien, era uno de los vástagos de la casa de Layo.

Edipo. — ¿Un esclavo, o uno que pertenecía a su linaje?

Servidor. — ¡Ay de mí! Estoy ante lo verdaderamente terrible de decir.

Edipo. — Y yo de escuchar, pero, sin embargo, hay que oírlo.

Servidor. — Era tenido por hijo de aquél. Pero la que está dentro, tu mujer, es la que mejor podría decir cómo fue.

Edipo. — ¿Ella te lo entregó?

Servidor. — Sí, en efecto, señor.

Edipo. — ¿Con qué fin?

Servidor. — Para que lo matara.

Edipo. — ¿Habiéndolo engendrado ella, desdichada?

Servidor. — Por temor a funestos oráculos.

Edipo. — ¿A cuáles?

Servidor. — Se decía que él mataría a sus padres.

Edipo. — Y ¿cómo, en ese caso, tú lo entregaste a este anciano?

Servidor. — Por compasión, oh señor, pensando que se lo llevaría a otra tierra de donde él era. Y éste lo salvó para los peores males. Pues si eres tú, en verdad, quien él asegura, sábete que has nacido con funesto destino.

Edipo. — ¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última vez! ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo!

(Entra en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Ah, descendencia de mortales! ¡Cómo considero que vivís una vida igual a nada![54]*. Pues, ¿qué hombre, qué hombre logra más felicidad que la que necesita para parecerlo y, una vez que ha dado esa impresión, para declinar? Teniendo este destino tuyo, el tuyo como ejemplo, ¡oh infortunado Edipo!, nada de los mortales tengo por dichoso.*

Antístrofa 2.ª

Tú, que, tras disparar el arco[55] *con incomparable destreza, conseguiste una dicha por completo afortunada, ¡oh Zeus!, después de hacer perecer a la doncella de corvas garras cantora de enigmas, y te alzaste como un baluarte contra la muerte en mi tierra. Y, por ello, fuiste aclamado como mi rey y honrado con los mayores honores, mientras reinabas en la próspera Tebas.*

Estrofa 2.ª

Y ahora, ¿de quién se puede oír decir que es más desgraciado? ¿Quién es el que vive entre violentas penas, quién entre padecimientos con su vida cambiada? ¡Ah noble Edipo, a quien le bastó el mismo espacioso puerto para arrojarse como hijo, padre y esposo! ¿Cómo, cómo pudieron los surcos paternos[56] *tolerarte en silencio, infortunado, durante tanto tiempo?*

---

[54] Este coro desarrolla el tema de lo vano de la vida humana, tema tópico que encontramos a lo largo de toda la literatura griega.

[55] Es decir, tras acertar las respuestas de la Esfinge.

[56] Imagen que nos parece más desgarrada de lo que parecía a los griegos y muy repetida. En esta misma tragedia, la encontramos en los vv. 1257, 1485, 1497, y en *Antígona*, en el v. 569. En ESQUILO, en *Siete contra Tebas* 753.

Antístrofa 2.ª

Te sorprendió, a despecho tuyo, el tiempo que todo lo ve y condena una antigua boda que no es boda en donde se engendra y resulta engendrado. ¡Ah, hijo de Layo, ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Yo gimo derramando lúgubres lamentos de mi boca; pero, a decir verdad, yo tomé aliento gracias a ti[57] *y pude adormecer mis ojos.*

(Sale un mensajero del palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh vosotros, honrados siempre, en grado sumo, en esta tierra! ¡Qué sucesos vais a escuchar, qué cosas contemplaréis y en cuánto aumentaréis vuestra aflicción, si es que aún, con fidelidad, os preocupáis de la casa de los Labdácidas! Creo que ni el Istro ni el Fasis[58] podrían lavar, para su purificación, cuanto oculta este techo y los infortunios que, enseguida, se mostrarán a la luz, queridos y no involuntarios. Y, de las amarguras, son especialmente penosas las que se demuestran buscadas voluntariamente.

CORIFEO. — Los hechos que conocíamos son ya muy lamentables. Además de aquéllos, ¿qué anuncias?

MENSAJERO. — Las palabras más rápidas de decir y de entender: ha muerto la divina Yocasta.

CORIFEO. — ¡Oh desventurada! ¿Por qué causa?

MENSAJERO. — Ella, por sí misma. De lo ocurrido falta lo más doloroso, al no ser posible su contemplación. Pero, sin embargo, en tanto yo pueda recordarlo te enterarás de los padecimientos de aquella infortunada. Cuando, dejándose llevar por la pasión atravesó el vestíbulo, se lanzó derechamente hacia la cámara nup-

---

57 El Coro, tal vez, alude al respiro que ha supuesto para el pueblo de Tebas el período entre la destrucción de la Esfinge y el presente.

58 Son los ríos Danubio y Rión, que desembocan en el mar Negro. Están ya citados por HESÍODO (*Teogonía* 339).

cial mesándose los cabellos con ambas manos. Una vez que entró, echando por dentro los cerrojos de las puertas, llama a Layo, muerto ya desde hace tiempo, y le recuerda su antigua simiente, por cuyas manos él mismo iba a morir y a dejar a su madre como funesto medio de procreación para sus hijos. Deploraba el lecho donde, desdichada, había engendrado una doble descendencia: un esposo de un esposo y unos hijos de hijos.

Y, después de esto, ya no sé cómo murió; pues Edipo, dando gritos, se precipitó y, por él, no nos fue posible contemplar hasta el final el infortunio de aquélla; más bien dirigíamos la mirada hacia él mientras daba vueltas.

En efecto, iba y venía hasta nosotros pidiéndonos que le proporcionásemos una espada y que dónde se encontraba la esposa que no era esposa, seno materno en dos ocasiones, para él y para sus hijos.

Algún dios se lo mostró, a él que estaba fuera de sí, pues no fue ninguno de los hombres que estábamos cerca. Y gritando de horrible modo, como si alguien le guiara, se lanzó contra las puertas dobles y, combándolas, abate desde los puntos de apoyo los cerrojos y se precipita en la habitación en la que contemplamos a la mujer colgada, suspendida del cuello por retorcidos lazos. Cuando él la ve, el infeliz, lanzando un espantoso alarido, afloja el nudo corredizo que la sostenía. Una vez que estuvo tendida, la infortunada, en tierra, fue terrible de ver lo que siguió: arrancó los dorados broches de su vestido con los que se adornaba y, alzándolos, se golpeó con ellos las cuencas de los ojos, al tiempo que decía cosas como éstas: que no le verían a él, ni los males que había padecido, ni los horrores que había cometido, sino que estarían en la oscuridad el resto del tiempo para no ver a los que no debía y no conocer a los que deseaba.

Haciendo tales imprecaciones una y otra vez —que no una sola—, se iba golpeando los ojos con los broches. Las pupilas ensangrentadas teñían las mejillas y no destilaban gotas chorreantes de sangre, sino que todo se mojaba con una negra lluvia y granizada de sangre.

Esto estalló por culpa de los dos, no de uno sólo, pero las desgracias están mezcladas para el hombre y la mujer. Su legendaria felicidad anterior era entonces una felicidad en el verdadero sentido; pero ahora, en el momento presente, es llanto, infortunio, muerte, ignominia y, de todos los pesares que tienen nombre, ninguno falta.

CORIFEO. — ¿Y ahora se encuentra el desdichado en alguna tregua de su mal?

MENSAJERO. — Está gritando que se descorran los cerrojos y que muestren a todos los Cadmeos al homicida, al que de su madre..., profiriendo expresiones impías, impronunciables para mí, como si se fuera a desterrar él mismo de esta tierra y a no permanecer más en el palacio, estando como está sujeto a la maldición que lanzó. Lo cierto es que requiere un soporte y un guía, pues la desgracia es mayor de lo que se puede tolerar. Te lo mostrará también a ti, pues se abren los cerrojos de las puertas. Pronto podrás ver un espectáculo tal, como para mover a compasión, incluso, al que le odiara.

(Se abren las puertas del palacio y aparece Edipo con la cara ensangrentada, andando a tientas.)

CORO.

¡Oh sufrimiento terrible de contemplar para los hombres! ¡Oh el más espantoso de todos cuantos yo me he encontrado! [59]. *¿Qué locura te ha acometido, oh infeliz? ¿Qué deidad es la que ha saltado, con salto mayor que*

---

59 El escoliasta señala que el Coro volvía la cabeza a la vista de Edipo.

los más largos, sobre su desgraciado destino?[60]. *¡Ay, ay, desdichado! Pero ni contemplarte puedo, a pesar de que quisiera hacerte muchas preguntas, enterarme de muchas cosas y observarte mucho tiempo. ¡Tal horror me inspiras!*

EDIPO. — *¡Ah, ah, desgraciado de mí! ¿A qué tierra seré arrastrado, infeliz? ¿Adónde se me irá volando, en un arrebato, mi voz? ¡Ay, destino! ¡Adónde te has marchado?*

CORIFEO. — A un desastre terrible que ni puede escucharse ni contemplarse.

Estrofa 1.ª

EDIPO. — *¡Oh nube de mi oscuridad, que me aíslas, sobrevenida de indecible manera, inflexible e irremediable! ¡Ay, ay de mí de nuevo! ¡Cómo me penetran, al mismo tiempo, los pinchazos de estos aguijones y el recuerdo de mis males!*

CORIFEO. — No tiene nada de extraño que en estos sufrimientos te lamentes y soportes males dobles[61].

Antrístrofa 1.ª

EDIPO. — *¡Oh amigo!, tú eres aún mi fiel servidor, pues todavía te encargas de cuidarme en mi ceguera. ¡Uy, uy!, no me pasas inadvertido, sino que, aunque estoy en tinieblas, reconozco, sin embargo, tu voz.*

CORIFEO. — ¡Ah, tú que has cometido acciones horribles! ¿Cómo te atreviste a extinguir así tu vista?, ¿qué dios te impulsó?

---

60 Otra idea repetida en la tragedia: que la divinidad manda sufrimientos mayores que lo que se cree puede soportar el hombre.

61 Los dolores físicos, de un lado, y los que soporta interiormente.

Estrofa 2.ª

Edipo. — *Apolo era, Apolo, amigos, quien cumplió en mí estos tremendos, sí, tremendos, infortunios míos. Pero nadie los hirió con su mano sino yo, desventurado. Pues ¿qué me quedaba por ver a mí, a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?*

Coro. — *Eso es exactamente como dices.*

Edipo. — *¿Qué es, pues, para mí digno de ver o de amar, o qué saludo es posible ya oír con agrado, amigos? Sacadme fuera del país cuanto antes, sacad, oh amigos, al que es funesto en gran medida, al maldito sobre todas las cosas, al más odiado de los mortales incluso para los dioses.*

Corifeo. — ¡Desdichado por tu clarividencia, así como por tus sufrimientos! ¡Cómo hubiera deseado no haberte conocido nunca!

Antístrofa 2.ª

Edipo. — *¡Así perezca aquel, sea el que sea, que me tomó en los pastos, desatando los crueles grilletes de mis pies, me liberó de la muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera muerto entonces, no habría dado lugar a semejante penalidad para mí y los míos.*

Coro. — *Incluso para mí hubiera sido mejor.*

Edipo. — *No hubiera llegado a ser asesino de mi padre, ni me habrían llamado los mortales esposo de la que nací. Ahora, en cambio, estoy desasistido de los dioses, soy hijo de impuros, tengo hijos comunes con aquella de la que yo mismo —¡desdichado!— nací. Y si hay un mal aún mayor que el mal, ése le alcanzó a Edipo.*

Corifeo. — No veo el modo de decir que hayas tomado una buena decisión. Sería preferible que ya no existieras a vivir ciego.

Edipo. — No intentes decirme que esto no está así hecho de la mejor manera, ni me hagas ya recomendacio-

nes. No sé con qué ojos, si tuviera vista, hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desventurada madre, porque para con ambos he cometido acciones que merecen algo peor que la horca. Pero, además, ¿acaso hubiera sido deseable para mí contemplar el espectáculo que me ofrecen mis hijos, nacidos como nacieron? No por cierto, al menos con mis ojos.

Ni la ciudad, ni el recinto amurallado, ni las sagradas imágenes de los dioses, de las que yo, desdichado —que fui quien vivió con más gloria en Tebas—, me privé a mí mismo cuando, en persona, proclamé que todos rechazaran al impío, al que por obra de los dioses resultó impuro y del linaje de Layo. Habiéndose mostrado que yo era semejante mancilla, ¿iba yo a mirar a éstos con ojos francos? De ningún modo. Por el contrario, si hubiera un medio de cerrar la fuente de audición de mis oídos, no hubiera vacilado en obstruir mi infortunado cuerpo para estar ciego y sordo. Que el pensamiento quede apartado de las desgracias es grato.

¡Ah, Citerón! ¿Por qué me acogiste? ¿Por qué no me diste muerte tan pronto como me recibiste, para que nunca hubiera mostrado a los hombres de dónde había nacido? ¡Oh Pólibo y Corinto y antigua casa paterna —sólo de nombre—, cómo me criasteis con apariencia de belleza, pero corrompido de males por dentro! Ahora soy considerado un infame y nacido de infames.

¡Oh tres caminos y oculta cañada, encinar y desfiladero en la encrucijada, que bebisteis, por obra de mis manos, la sangre de mi padre que es la mía! ¿Os acordáis aún de mí? ¡Qué clase de acciones cometí ante vuestra presencia y, después, viniendo aquí, cuáles cometí de nuevo! ¡Oh matrimonio, matrimonio, me engendraste y, habiendo engendrado otra vez, hiciste brotar la misma simiente y diste a conocer a padres, hermanos, hijos, sangre de la misma familia, esposas, mujeres y madres

y todos los hechos más abominables que suceden entre los hombres! Pero no se puede hablar de lo que no es noble hacer. Ocultadme sin tardanza, ¡por los dioses!, en algún lugar fuera del país o matadme o arrojadme al mar[62], donde nunca más me podáis ver. Venid, dignaos tocar a este hombre desgraciado. Obedecedme, no tengáis miedo, ya que mis males ningún mortal, sino yo, puede arrostrarlos.

Corifeo. — A propósito de lo que pides, aquí se presenta Creonte para tomar iniciativas o decisiones, ya que se ha quedado como único custodio del país en tu lugar.

Edipo. — ¡Ay de mí! ¿Qué palabras le voy a dirigir? ¿Qué garantía justa de confianza podrá aparecer en mí? Pues de mi enfrentamiento anterior con él, en todo me descubro culpable.

(Entra Creonte.)

Creonte. — No he venido a burlarme, Edipo, ni a echarte en cara ninguno de los ultrajes de antes. *(Dirigiéndose al Coro.)* Pero si no sentís respeto ya por la descendencia de los mortales, sentidlo, al menos, por el resplandor del soberano Helios que todo lo nutre y no mostréis así descubierta una mancilla tal, que ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogerán. Antes bien, tan pronto como sea posible, metedle en casa; porque lo más piadoso es que las deshonras familiares sólo las vean y escuchen los que forman la familia.

Edipo. — ¡Por los dioses!, ya que me has liberado de mi presentimiento al haber llegado con el mejor ánimo junto a mí, que soy el peor de los hombres, óyeme, pues a ti te interesa, que no a mí, lo que voy a decir.

Creonte. — ¿Y qué necesitas obtener para suplicármelo así?

62 Era costumbre arrojar al mar las inmundicias y, a veces, también a los propios condenados a muerte.

EDIPO. — Arrójame enseguida de esta tierra, donde no pueda ser abordado por ninguno de los mortales.

CREONTE. — Hubiera hecho esto, sábelo bien, si no deseara, lo primero de todo, aprender del dios qué hay que hacer.

EDIPO. — Pero la respuesta de aquél quedó bien evidente: que yo perezca, el parricida, el impío.

CREONTE. — De este modo fue dicho; pero, sin embargo, en la necesidad en que nos encontramos es más conveniente saber qué debemos hacer.

EDIPO. — ¿Es que vais a pedir información sobre un hombre tan miserable?

CREONTE. — Sí, y tú ahora sí que puedes creer en la divinidad.

EDIPO. — En ti también confío y te hago una petición: dispón tú, personalmente, el enterramiento que gustes de la que está en casa[63]. Pues, con rectitud, cumplirás con los tuyos. En cuanto a mí, que esta ciudad paterna no consienta en tenerme como habitante mientras esté con vida, antes bien, dejadme morar en los montes, en ese Citerón que es llamado mío, el que mi padre y mi madre, en vida, dispusieron que fuera legítima sepultura para mí, para que muera por obra de aquellos que tenían que haberme matado.

No obstante, sé tan sólo una cosa, que ni la enfermedad ni ninguna otra causa me destruirán. Porque no me hubiera salvado entonces de morir, a no ser para esta horrible desgracia. Pero que mi destino siga su curso, vaya donde vaya. Por mis hijos varones no te preocupes, Creonte, pues hombres son, de modo que, donde fuera que estén, no tendrán nunca falta de recursos. Pero a mis pobres y desgraciadas hijas, para las que nunca fue dispuesta mi mesa aparte de mí, sino que de cuanto yo gustaba, de todo ello participaban siempre, a

[63] Yocasta, cuyo nombre no osa pronunciar.

éstas cuídamelas. Y, sobre todo, permíteme tocarlas con mis manos y deplorar mis desgracias. ¡Ea, oh Señor! ¡Ea, oh noble en tu linaje! Si las tocara con las manos, me parecería tenerlas a ellas como cuando veía. ¿Qué digo? *(Hace ademán de escuchar.)* ¿No estoy oyendo llorar a mis dos queridas hijas? ¿No será que Creonte por compasión ha hecho venir lo que me es más querido, mis dos hijas? ¿Tengo razón?

(Entran Antígona e Ismene conducidas por un siervo.)

CREONTE. — La tienes. Yo soy quien lo ha ordenado, porque imaginé la satisfacción que ahora sientes, que desde hace rato te obsesionaba.

EDIPO. — ¡Ojalá seas feliz y que, por esta acción, consigas una divinidad que te proteja mejor que a mí! ¡Oh hijas! ¿Dónde estáis? Venid aquí, acercaos a estas fraternas manos mías que os han proporcionado ver de esta manera los ojos, antes luminosos, del padre que os engendró. Este padre, que se mostró como tal para vosotras sin conocer ni saber dónde había sido engendrado él mismo.

Lloro por vosotras dos —pues no puedo miraros—, cuando pienso qué amarga vida os queda y cómo será preciso que paséis vuestra vida ante los hombres. ¿A qué reuniones de ciudadanos llegaréis, a qué fiestas [64], de donde no volváis a casa bañadas en lágrimas, en lugar de gozar del festejo? Y cuando lleguéis a la edad de las bodas, ¿quién será, quién, oh hijas, el que se expondrá a aceptar semejante oprobio, que resultará una ruina para vosotras dos como, igualmente, lo fue para mis pa-

64 El poeta anacrónicamente está pensando en las costumbres de la Atenas de su tiempo. Las *homilías* eran las ocasiones en que las mujeres de Atenas podían aparecer en público, y las *heortás* sugieren festivales como las Tesmoforias, Panateneas o las grandes Dionisíacas, en que las mujeres acudían al teatro.

dre?[65]. ¿Cuál de los crímenes está ausente? Vuestro padre mató a su padre, fecundó a la madre en la que él mismo había sido engendrado y os tuvo a vosotras de la misma de la que él había nacido. Tales reproches soportaréis. Según eso, ¿quién querrá desposaros? No habrá nadie, oh hijas, sino que seguramente será preciso que os consumáis estériles y sin bodas.

¡Oh hijo de Meneceo!, ya que sólo tú has quedado como padre para éstas —pues nosotros, que las engendramos, hemos sucumbido los dos—, no dejes que las que son de tu familia vaguen mendicantes sin esposos, no las iguales con mis desgracias. Antes bien, apiádate de ellas viéndolas a su edad así, privadas de todo excepto en lo que a ti se refiere. Prométemelo, ¡oh noble amigo!, tocándome con tu mano. Y a vosotras, ¡oh hijas!, si ya tuvierais capacidad de reflexión, os daría muchos consejos. Ahora, suplicad conmigo para que, donde os toque en suerte vivir, tengáis una vida más feliz que la del padre que os dio el ser.

CREONTE. — Basta ya de gemir. Entra en palacio.

EDIPO. — Te obedeceré, aunque no me es agradable.

CREONTE. — Todo está bien en su momento oportuno.

EDIPO. — ¿Sabes bajo qué condiciones me iré?

CREONTE. — Me lo dirás y, al oírlas, me enteraré.

EDIPO. — Que me envíes desterrado del país.

CREONTE. — Me pides un don que incumbe a la divinidad.

EDIPO. — Pero yo he llegado a ser muy odiado por los dioses.

CREONTE. — Pronto, en tal caso, lo alcanzarás.

EDIPO. — ¿Lo aseguras?

---

65 Otra interpretación es la dada por G. KENNEDY, al conjeturar *taîs emaîs gonaîsi* y evitar, así, este inusual empleo del dativo *goneûsin*. La traducción sería entonces: «que resultará funesto para ella como para sus descendientes».

CREONTE. — Lo que no pienso, no suelo decirlo en vano.

EDIPO. — Sácame ahora ya de aquí.

CREONTE. — Márchate y suelta a tus hijas.

EDIPO. — En modo alguno me las arrebates.

CREONTE. — No quieras vencer en todo, cuando, incluso aquello en lo que triunfaste, no te ha aprovechado en la vida.

(Entran todos en palacio.)

CORIFEO. — ¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo; aquel al que los ciudadanos miraban con envidia por su destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar! De modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso.

ELECTRA

INTRODUCCIÓN

ESTRUCTURA DEL DRAMA

PRÓLOGO (1-120). Orestes explica su plan de acción a Pílades, pero, en primer lugar, van ambos a derramar libaciones y presentar ofrendas sobre la tumba de Agamenón. Desde el v. 86, ocupan el prólogo los lamentos de Electra.

PÁRODO (121-250). El Coro entra durante los lamentos de Electra, e inicia un larguísimo diálogo lírico compuesto por tres pares de estrofas y el epodo final. Cada una de ellas está repartida entre las palabras del Coro y las de Electra. En ellas queda clara la resuelta actitud de Electra de fidelidad a su padre y la esperanza en la venganza de Orestes. El Coro, aunque simpatiza con ella, le recomienda calma, confianza en los dioses y esperanza en la vuelta de Orestes, además de paciencia con su madre y con Egisto. Ella se resiste, diciendo que ello supondría deslealtad para su padre.

EPISODIO 1.º (251-471). Comprende dos partes. La primera (hasta el v. 327) es un diálogo entre Electra y el corifeo. Ella justifica su conducta y se reconforta con la idea de que Orestes volverá. En la segunda parte hay una discusión en tono airado en la que, por oposición a Crisótemis, se ponen de manifiesto los rasgos del carácter de Electra, a quien no afectan las amenazas que sobre ella se ciernen y que ordena a su hermana desobedecer a su madre.

ESTÁSIMO 1.º (472-515). Breve canto coral compuesto de estrofa, antístrofa y epodo. El Coro está esperanzado desde que ha sabido que Clitemestra ha tenido una visión nocturna,

y predice que pronto será vengado el espíritu de Agamenón con el castigo a los autores de su muerte.

EPISODIO 2.° (516-1057). Abarca cuatro escenas. En la primera (hasta el v. 659) Clitemestra dialoga con Electra y ambas se recriminan agriamente. Termina con una plegaria de la primera a Apolo. En la segunda parte (hasta el 803) el Pedagogo entra disfrazado y cuenta en una larga narración la supuesta muerte de Orestes. Clitemestra se siente liberada y Electra perdida. Entra el falso mensajero en palacio para ser agasajado. La tercera escena (hasta el 870) es un diálogo lírico entre Electra y el Coro, en el que la joven gime ante su soledad. En la cuarta escena (hasta el v. 1057) entra alborozada Crisótemis por haber descubierto sobre la tumba de su padre pruebas de la presencia de Orestes. Electra le transmite las noticias recientes del pedagogo y le pide colaboración para llevar a cabo sus propósitos de venganza. Crisótemis no acepta, y la discusión llega a su clímax en la esticomitia final.

ESTÁSIMO 2.° (1058-1097). De dos cortas estrofas con sus antístrofas correspondientes. En ellas hay un eco de la actitud de las dos hermanas. Comparan la conducta de las aves del cielo y reprochan que Crisótemis no se comporte como ellas. Pero la impiedad no escapará al castigo. Desea que Agamenón se entere de cómo están las cosas y de la disposición de Electra, completamente sola ante un destino que ha aceptado, para la que implora el triunfo.

EPISODIO 3.° (1098-1383). Orestes y Pílades se presentan a sí mismos como focenses que vienen acompañados de dos criados, uno de ellos con una urna. Orestes se da a conocer a Electra, que da rienda suelta a su alegría. Hablan de sus planes. El Pedadogo entra en escena (1326) para urgirles a no perder tiempo en palabras. Se da a conocer. Entran los tres en palacio y Electra, tras una breve plegaria a Apolo, les sigue.

ESTÁSIMO 3.° (1384-1397). Brevísimo en extensión, abarca sólo una estrofa y su antístrofa. En ellas el Coro imagina lo que están haciendo los vengadores conducidos a su meta por los divinos poderes.

Éxodo (1398-1510). Se inicia con un diálogo lírico. Electra sale de palacio para describirnos la situación adentro. La muerte de Clitemestra (hasta el 1421) ocurre primero. Luego se aproxima Egisto, al que la joven recibe con ambiguas palabras. Los extranjeros descubren el cadáver de Clitemestra, y Egisto, por su pie, entra en palacio, donde va a correr la misma suerte que aquélla.

NOTA BIBLIOGRAFICA

R. G. Kaibel, *Electra,* Leipzig, 1896.

R. C. Jebb, *The tragedies of Sophocles,* Cambridge, 1904.

— *Electra,* Cambridge, 1908.

A. C. Pearson, *Sophoclis Fabulae,* Oxford, 1924.

A. Dain y P. Mazon, *Sophocle, II: Ajax, Oedipe Roi, Elèctre,* París, 1958.

L. Gil, *Sófocles. Antígona, Edipo Rey, Electra,* Madrid, 1969.

M. Benavente, *Sófocles. Tragedias,* Madrid, 1970.

J. Pallí, *Sófocles. Teatro Completo,* Barcelona, 1973.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Señalamos los pasajes en los que no hemos seguido el texto de A. C. Pearson.

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
33	πατρὸς	πατρὶ
45	Φωκέως	Φωκεὺς
81	κἀπακούσωμεν	κἀνακούσωμεν
84-85	φέρειν / νίκην τέ φημι	φέρει / νίκην τ' ἐφ' ἡμῖν
102	αἰκῶς	ἀδίκως
163	βήματι	λήματι
187	τεκέων	τοκέων
215-216	τὰ παρόντ'; ... αἰκῶς.	τὰ παρόντ' ... αἰκῶς;

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
221	δεῖν' ἐν δεινοῖς ἠναγκάσθην	Δεινοῖς ἠναγκάσθην, δεινοῖς·
257	εἴ τις	ἥτις
364	λαχεῖν	τυχεῖν
483	φύσας ⟨σ'⟩ Ἑλλάνων	φύσας Ἑλλάνων
581	τίθης	τιθῇς
676	τε καὶ τότ' ἐννέπω	τε καὶ πάλαι λέγω
686	δρόμον	δρόμου
783	ἀπηλλάγην	ἀπήλλαγμαι
898	ἐγχρίμπτει	ἐγχρίπτῃ
914	ἐλάνθανεν	ἐλάνθαν' ἄν
1015	πείθου	πιθοῦ
1070	νοσοῦντ'	νοσεῖ
1075	τό γ' ἀεὶ πάρος	τὸν ἀεὶ πατρός
1260	οὖν ἀντάξι' ἂν	οὖν ἀξίαν
1283	ὀργὰν	ὁρμὰν
1457	τυγχάνει	τυγχάνοι

ARGUMENTO DE *ELECTRA*

Está planteada de la siguiente manera: el ayo muestra a Orestes lo que hay en Argos. Pues, siendo él pequeño, Electra, que lo había sustraído cuando su padre fue asesinado, se lo entregó al ayo, temerosa de que también lo asesinaran junto con el padre. Lo envió a Fócide, junto a Estrofio, sobrino de su padre [... junto a Anaxibia, su hermana].

DE OTRA MANERA

Quien presenta el prólogo es el ayo, el anciano pedagogo que tomó y transportó a Orestes a Fócide junto a Estrofio, y ahora le muestra lo que hay en Argos. En efecto, habiéndolo sustraído de pequeño, el pedagogo huyó de Argos y, transcurridos veinte años, volviendo a Argos con él, le muestra lo que hay en Argos.

La escena de la obra discurre en Argos. El Coro está formado por doncellas del lugar. Presenta el prólogo el pedagogo de Orestes.

PERSONAJES

PEDAGOGO.
ORESTES.
ELECTRA.
CORO de doncellas.
CRISÓTEMIS.
CLITEMESTRA.
EGISTO.

(La escena tiene lugar ante el palacio real de Micenas. Desde allí se divisa la llanura de la Argólide. Está amaneciendo.)

PEDAGOGO. — ¡Oh hijo de Agamenón, el que en otro tiempo estuvo al frente del ejército en Troya! Ahora te es posible —pues estás presente— contemplar aquello que siempre deseabas. Ésta es la antigua Argos[1] que anhelabas, recinto sagrado de la doncella, hija de Ínaco, la fustigada por el tábano[2]. Aquí, Orestes, la plaza licia del dios matador de lobos[3]. Éste de la izquierda es el famoso templo de Hera. Desde este lugar, adonde hemos llegado, puedes afirmar que ves Micenas, la rica en

---

[1] La ciudad que están contemplando desde lo alto y de la que va a describir los principales monumentos es, naturalmente, Micenas, y no la ciudad de Argos, aunque, desde Homero, este nombre se asigna también a toda la llanura en la que Micenas está situada. El epíteto de «antigua» se refiere a toda la región, ya que las leyendas más antiguas que conocemos acerca de las relaciones entre Grecia y Asia se sitúan en las costas del Golfo Argivo (HERÓDOTO, I 1).

[2] Ío, hija de Ínaco, recibía culto en la llanura de Argos. Fue amada por Zeus, por lo cual Hera la convirtió en vaca, la puso bajo la vigilancia de Argos, el de los cien ojos, y le mandó un tábano que la persiguió a través de Europa y Asia hasta Egipto (ESQUILO, *Suplicantes* 291 y sigs., y *Prometeo encadenado* 589 y sigs.).

[3] El apelativo de «licio» es hecho derivar popularmente de *lýcos*. Si hubiéramos traducido éste en su transcripción sería «licóctono», lo que hubiera hecho notar la paronomasia que se recoge en la lengua griega. Sófocles, aquí, nos lo presenta como un dios protector de manadas y rebaños.

oro. Y he ahí el palacio de los Pelópidas, desolado por los crímenes, de donde en otro tiempo te saqué después del asesinato de tu padre, habiéndote recibido de manos de tu hermana, la que lleva tu misma sangre, y poniéndote a salvo, te alimenté hasta tanto llegaras a la edad de ser vengador de la muerte de tu padre. Y ahora, ciertamente, Orestes y tú, Pílades, el más querido de los huéspedes, debéis tomar pronto una decisión sobre lo que tenéis que hacer, porque el brillante resplandor del sol provoca los cantos matutinos de las aves, nítidos ya, y la negra noche llena de estrellas nos ha abandonado. Antes de que alguna persona salga del palacio hay que ponernos de acuerdo, pues estamos llegando a un punto en el que ya no hay ocasión de dudar, sino que es momento de pasar a la acción.

ORESTES. — ¡Oh el más querido de los servidores! ¡Cómo me das claras muestras de tu lealtad hacia nosotros! Pues, como un caballo de buena raza, aun siendo viejo, no pierde el coraje en los peligros, sino que yergue las orejas, así también tú nos alientas y tú mismo sigues estando entre los primeros. Por tanto, te revelaré lo que he resuelto, y tú, prestando oído atento a mis palabras, corrígeme si en algo no me ajusto a lo que en este momento conviene.

Cuando yo llegué al oráculo pítico para conocer de qué modo vengaría a mi padre de sus asesinos, me responde Febo lo que al punto conocerás: que yo mismo, desprovisto de escudo y de ejército, con astucias, tramara las muertes justicieras por mi mano. Así, después que hemos oído tal oráculo, cuando se presente la ocasión, entra en palacio y trata de enterarte de todo lo que sucede, para que, una vez conocedor de ello, me lo comuniques claramente. No te reconocerán por tu vejez y por el largo tiempo pasado, ni sospecharán a causa del cabello cano.

Dirás lo siguiente: que eres extranjero, de Focea, que vienes de parte de Fanoteo, porque casualmente éste es el mejor de sus amigos. Anuncia, reforzándolo con un juramento, que ha muerto Orestes debido a un fatal accidente, al rodar desde el carro en marcha durante los juegos píticos. Sea éste tu relato. Nosotros, según lo ordenado, tras adornar la tumba de mi padre con libaciones y rizos cortados de la cabeza, volveremos de nuevo, sosteniendo en las manos la urna de paredes broncíneas que tú sabes tengo oculta entre unas matas, para, después de engañarles con esta historia, llevarles la dulce noticia de que mi cuerpo ha perecido, consumido por el fuego y convertido en polvo. ¿Por qué ha de inquietarme esto cuando, muerto de palabra, estoy de hecho vivo y voy a obtener fama con ello?

Pues me parece que ningún discurso que comporta provecho es malo. En efecto, he visto varias veces que, incluso los sabios, mueren falsamente de palabra, y después, cuando vuelven otra vez a casa, son aún más honrados [4]. Así también yo me jacto de que, como resultado de esta noticia, brillaré vivo entre mis enemigos como una estrella.

Conque, ¡oh tierra patria y dioses locales!, recibidme victorioso en estos caminos, y tú, palacio paterno, pues vengo para purificarte según la justicia, impulsado por los dioses. Y no me expulséis de esta tierra sin honra, sino recibidme dueño de mi fortuna y restablecedor del palacio. Yo ya he hablado; ahora tú, anciano, ve y preocúpate de cumplir tu deber. Nosotros dos partimos. Éste es el momento oportuno y esto constituye precisamente la mayor protección en toda empresa para los hombres.

---

[4] Se decía de Pitágonas y del mago tracio Zalmoxis, discípulo de Pitágoras, que así quería convertir a los tracios a la doctrina de la inmortalidad.

ELECTRA. — *(Dentro de palacio.)* ¡Ay de mí! ¡Infortunada de mí!

PEDAGOGO. — Me ha parecido, hijo, oír dentro, a través de las puertas, el gemido de algún servidor.

ORESTES. — ¿No será acaso la desgraciada Electra? ¿Quieres que permanezcamos aquí y que escuchemos sus lamentos?

PEDAGOGO. — En modo alguno. No emprendamos nada antes de realizar las órdenes de Loxias. De acuerdo con ellas, comencemos derramando libaciones por tu padre. Pues ello nos traerá la victoria y el dominio de las acciones emprendidas.

(Abandonan la escena los tres personajes y se presenta Electra.)

ELECTRA. — ¡Oh luz inocente y aire que recubres por igual a la tierra! Muchas veces escuchaste cantos de duelo y muchas percibiste golpes en el pecho que me hacían brotar sangre, cuando la sombría noche terminaba. Los odiosos lechos de esta casa desdichada son ya conocedores de lo que ocurre durante la noche: cuántas veces gimo por mi infortunado padre, a quien el sangriento Ares no recibió como huésped en tierra extranjera [5], sino que mi madre y el que comparte su lecho, Egisto, como leñadores a un árbol, le abrieron la cabeza con asesina hacha.

Y ningún lamento ante estos hechos parte de otro que no sea yo, por ti, padre, tan injusta y lastimosamente muerto. Pero, ciertamente, no cesaré en duelos y en sombríos lloros mientras vea los resplandecientes centelleos de las estrellas y la luz del día. No dejaré de hacer oír a todos el sonido de mi queja —cual ruiseñor

---

5 Es decir, que Agamenón no encontró la muerte en Troya. Ares es el dios de la guerra y disfruta con la muerte y la sangre.

que ha perdido a su hijo[6]— en un plañido lastimero ante estas puertas paternas.

¡Oh morada de Hades y Perséfone! ¡Oh Hermes, que conduces a los infiernos, y venerable Maldición! Erinias, ilustres hijas de los dioses, que contempláis a los que han muerto injustamente, a los que han sido engañados en sus lechos, venid, socorredme, vengad el asesinato de mi padre y haced venir a mi hermano, pues sola no soy capaz de llevar equilibrado el peso de la pena que cargo al otro lado[7].

(Entra el Coro compuesto de mujeres de Micenas.)

Estrofa 1.ª

CORO. —*¡Oh hija, hija de la más miserable madre, Electra! ¿En qué incesante lamento siempre te consumes por Agamenón, hace tiempo atrapado con engaños, impíamente, por falaz madre, traicionado por infame mano*[8]*? ¡Cómo desearía que muriera el que ha causado esto, si me está permitido gritarlo!*

ELECTRA. —*¡Oh pueblo de noble raza! Habéis venido como consuelo de mis sufrimientos, me doy cuenta, soy consciente, no me pasa inadvertido. Pero no quiero descuidar esto: dejar de gemir por mi infortunado padre. ¡Oh vosotras que me respondéis con el agradecimiento de una total amistad! Dejadme que así vague de un lado a otro, ¡ah, ah!, os lo suplico.*

Antístrofa 1.ª

CORO. —*Pero no sacarás a tu padre de la laguna común a todos, del Hades, ni con gemidos ni con súplicas,*

---

[6] Es una alusión al mito de Procne. Véase nota 9.

[7] Imagen inspirada en la balanza, instrumento popular de fácil captación por el auditorio. En uno de los platillos está el sufrimiento y en el otro, ella misma.

[8] Obsérvese cómo reitera, una y otra vez, la idea de engaño, resaltando así esta circunstancia entre las que rodearon la muerte de Agamenón.

sino que, abandonando la mesura, te destrozas en un dolor irremediable lamentándote siempre, sin encontrar en ello ninguna liberación de las desgracias. ¿Por qué no te evades de las aflicciones?

ELECTRA.—*Insensato el que olvida a un padre que se ha ido de manera tan lamentable; mas, en cuanto a mí, es grato a mi pensamiento el pájaro que, turbado, se lamenta; el que constantemente se lamenta por Itis, por Itis, mensajero de Zeus*[9]. *¡Ah, Níobe, colmada de desgracias!, yo a ti te tengo por diosa, tú que en una roca que te sirve de tumba, ¡ay, ay!, lloras*[10].

Estrofa 2.ª

CORO.—*No se te mostró sólo a ti entre los mortales, hija, el dolor. En esto tú te muestras más desmesurada que los que están dentro, con los que convives y son de la misma sangre por el nacimiento; de otra manera viven Crisótemis e Ifianasa*[11]. *Y en un lugar escondido para las penas, feliz en la juventud, Orestes, a quien la*

---

[9] Itis era hijo del tracio Tereo y de Procne, hija de Pandión, rey de Atenas. Fue inmolado por su propia madre para vengar a su padre, al que se ofreció ella en un banquete. Los dioses transformaron a Procne en ruiseñor para ayudarla a huir de Tereo, y desde entonces se lamenta eternamente llamando a su hijo. En la poesía hay constantes alusiones a este mito (*Odiseo* XIX 518; ESQUILO, *Suplicantes* 60-67; *Agamenón* 1142-1145; etcétera).

[10] Níobe, orgullosa por su numerosa descendencia, ofendió a Leto, quien pidió a sus hijos, Apolo y Ártemis, que la vengaran. Éstos mataron con sus flechas a todos los hijos de Níobe, que, afligida, huyó al monte Sípilo, junto a su padre, Tántalo, y allí fue transformada por los dioses en rosa. Véase *Antígona* 825.

[11] Ifianasa es el nombre que, en la *Ilíada*, recibe una de las hijas de Agamenón. Las otras son Crisótemis y Laódice. No se nombra, sin embargo, a Ifigenia ni a Electra. Sólo aquí en la tragedia se la nombra.

ilustre tierra de Micenas recibirá un día como a un bien nacido, cuando venga por gozosa resolución de Zeus.

ELECTRA. — *A éste yo, esperando incansable, sin hijos, infeliz, sin casamiento, siempre aguardo, bañada en lágrimas, con un destino de males sin fin. Pero él*[12] *olvida las cosas que experimentó y aquello de lo que se ha enterado*[13]. *Pues, ¿qué noticia me ha llegado que no haya sido falsa? Siente añoranza, pero, a pesar de ello, no considera oportuno dejarse ver.*

Antístrofa 2.ª

CORO. — *Ten confianza en mí; confía, hija. Aún está en el cielo el que observa y gobierna todas las cosas, el gran Zeus, a quien, si le transfieres el penosísimo resentimiento, ni estarás apenada en exceso por los que odias, ni los tendrás en olvido. Porque el Tiempo es divinidad que todo lo arregla, y ni el hijo de Agamenón, que está en la costa donde pacen bueyes, en Crisa*[14], *es indiferente, ni el dios que reina junto al Aqueronte*[15].

ELECTRA. — *Pero una gran parte de mi vida se me ha quedado ya atrás, sin que se cumplan mis esperanzas. Y no resisto más, yo que sin padres me consumo, sin que ninguna persona amiga proteja, sino que, igual que una extranjera indigna, soy una administradora de la casa de mi padre. Así, con indecoroso vestido, vago en torno a mesas vacías*[16].

---

12 Orestes.

13 Es decir, la triste situación de Electra, que conoce por los mensajes que ella le manda.

14 Crisa, situada al N. del Golfo de Corinto y al S. de Delfos. La llanura que rodea a esta ciudad estaba dedicada al dios Apolo.

15 Hades, dios de los muertos.

16 Se desprende que, a causa de su rebeldía, era tratada en el palacio peor que sus hermanas.

Estrofa 3.ª

CORO. — *Grito quejumbroso tras el regreso*[17], *quejumbroso también en el lecho paterno, cuando fue contra él lanzado el golpe frontal del hacha broncínea. Engaño fue el consejero, amor quien lo mató tras engendrar de manera terrible una terrible apariencia, ya sea una divinidad, ya un mortal el que ha realizado eso.*

ELECTRA. — *¡Oh día aquel en que te presentaste a mí como el más odioso de todos! ¡Oh noche! ¡Oh terrible aflicción del banquete inenarrable!*[18]. *Mi padre conoció la vergonzosa muerte por las mismas dos manos que se han apoderado de mi vida convirtiéndola en cautiva. Me han destruido; a ellos el gran dios del Olimpo quiera procurarles el padecimiento de penas vengadoras, y ojalá no disfruten del triunfo tras haber cometido tales actos.*

Antístrofa 3.ª

CORO. — *Reflexiona y no sigas adelante en tus palabras. ¿No te das cuenta de qué argumentos te vales ahora para precipitarte ignominiosamente hacia tu propia desgracia? ¿Te has procurado algo mejor que desgracias al originar siempre disputas por tu ánimo malhumorado? Pues tales cosas no son para discutir con los poderosos, en el trato con ellos.*

ELECTRA. — *Por terribles circunstancias he sido forzada, por terribles circunstancias. Lo sé, soy consciente de mi cólera. Pero ni en ellas refrenaré esta obstinada actitud mientras tenga vida. Porque, ¿a quién, oh linaje querido, podría yo escuchar un consejo oportuno? ¿A quién que razone convenientemente? Dejadme, dejadme,*

---

17 De Troya.

18 Para festejar la vuelta de Agamenón a Micenas, Egisto y Clitemestra han preparado un banquete durante el cual es asesinado, según la versión homérica. En los poetas trágicos varía la circunstancia del asesinato: o bien en el banquete, o bien durante el baño (ESQUILO, *Agamenón* 1580 y sigs.).

consoladoras mías. Esto ha de ser considerado irremediable. Nunca pondré fin a mis sufrimientos y habrá un sinnúmero de lamentaciones.

Epodo.

CORO. — *Pero es con ánimo benevolente, como una madre leal, como te digo que no engendres desgracia sobre desgracia.*

ELECTRA. — *¿Y cuál es la medida de la maldad? ¡Ea!, dilo. ¿Cómo puede ser bueno despreocuparse de los que han muerto? ¿En qué hombre se ha engendrado esta idea? ¡Ojalá no sea yo estimada entre éstos, ni habite con ellos satisfecha si estoy en la verdad, dejando de lanzar al aire agudos lamentos que dan honra a mi padre!*

Pues si el muerto, siendo polvo y nada, ha de yacer desgraciado, y ellos, en cambio, no pagan las penas que son precio de su muerte, se podría perder el respeto y la piedad en todos los mortales.

CORIFEO. — Yo, hija, he venido procurando por lo tuyo tanto como por lo mío. Y si no hablo con sensatez, prevalezca tu opinión. Nosotras te seguiremos.

ELECTRA. — Siento vergüenza, mujeres, de pareceros que estoy demasiado afligida por mis muchos gemidos, pero la fuerza de los hechos me obliga a hacerlo. Disculpadme. Mas, ¿cómo la mujer que es bien nacida no haría esto al ver las desgracias paternas? Desgracias que, más que declinar, veo yo crecer incesantemente de día y de noche. Y así, primeramente, las relaciones con la madre que me engendró han resultado aborrecibles. Además, vivo en mi propia casa con los asesinos de mi padre y por ellos soy dominada y en ellos está el que yo reciba algo o, del mismo modo, que quede privada de ello.

Y además, ¿qué clase de días os parece que arrastro, cuando veo a Egisto sentado en el trono paterno y observo que lleva los mismos vestidos que aquél y que ofrece libaciones junto al hogar donde le mató? Y el colmo

del ultraje: veo al asesino en el lecho de mi padre con la infeliz de mi madre, si se debe llamar así a la que yace con éste; ella, tan malvada como para vivir con un infame sin temer a ninguna Erinis; antes bien, como quien se regocija por lo que ha hecho, cuando descubre el día en el que otrora mató a mi padre con engaño, organiza coros y ofrece ovejas para ser sacrificadas mensualmente a los dioses salvadores. Y yo, al verlo, desventurada, lloro dentro de la casa, me consumo y me lamento a solas conmigo misma por este infortunado festín celebrado en el nombre de mi padre. Y ni siquiera me es posible llorar tanto como para complacer a mi ánimo. Pues esa mujer «noble por sus palabras», llamándome a voces, me lanza injurias de esta clase: «Oh ser impío y odioso, ¿acaso se te ha muerto a ti sola el padre? ¿Ningún otro mortal está en duelo? ¡Ojalá mueras miserablemente y los dioses infernales no te liberen nunca de los lamentos actuales!». Con esta arrogancia habla, excepto cuando oye de alguno que Orestes vendrá; entonces, a mi lado, furiosa, me grita: «¿No eres tú la causa de estas cosas? ¿No es esto obra tuya, que, habiéndome arrebatado a Orestes de mis manos, lo pusiste a resguardo en secreto? Pero sábete que pagarás la pena que mereces.» Con estas palabras me insulta y, a su lado, la incita su «ilustre esposo», ese cobarde en todo, la maldad en persona, el que libra las batallas con las mujeres [19]. Mientras que yo, esperando siempre que Orestes se presente para hacer cesar esta situación, me muero, ¡infeliz! Porque, en esa constante demora, ha destruido todas las esperanzas presentes y por venir. En semejante situación, amigas, no

---

[19] Podemos entender dos alusiones en esta dura crítica a Egisto. O que ha dejado a Clitemestra llevar a cabo el asesinato de Agamenón, o que se quedó en su país entre las mujeres mientras los hombres combatían en Troya (cf. ESQUILO, *Agamenón* 1625).

es posible ni ser sensata ni piadosa; antes bien, en las desgracias es forzoso, incluso, practicar el mal.

CORIFEO. — Ea, dime, ¿nos dices esto estando Egisto cerca o porque se ha ido del palacio?

ELECTRA. — ¡Ciertamente! No creas que yo, si él estuviera cerca, vendría ni a las puertas. Ahora está en los campos.

CORIFEO. — Verdaderamente también yo llegaría a hablar más confiadamente contigo si esto es así.

ELECTRA. — Ya que ahora está ausente, infórmate de lo que quieras.

CORIFEO. — Pues bien, te pregunto: ¿qué tienes que decir de tu hermano, si viene ya o se demora? Quiero saberlo.

ELECTRA. — Al menos lo dice, pero, a pesar de ello, nada hace de lo que dice.

CORIFEO. — Cuando un hombre acomete una gran acción suele vacilar.

ELECTRA. — En lo que a mí respecta le salvé sin vacilación.

CORIFEO. — Ten confianza. Tiene un natural noble como para proteger a los suyos.

ELECTRA. — Estoy convencida, ya que, si no, no hubiera vivido tanto tiempo.

CORIFEO. — Ahora no digas nada más, porque veo a tu hermana, a Crisótemis, hija por linaje del mismo padre y de la misma madre, que, procedente de la casa, lleva ofrendas fúnebres en sus manos, como se acostumbra a practicar con los muertos.

CRISÓTEMIS. — ¿Qué noticias has venido a traer junto a las puertas del vestíbulo, oh hermana, sin querer aprender después de tan largo tiempo a no complacer en vano tu cólera inútil? Sé que también yo, ciertamente, sufro en las presentes circunstancias, hasta el punto de que, si yo tuviera fuerza, les haría ver cuáles son mis

sentimientos para con ellos. Pero ahora, en medio de las desgracias, me parece mejor navegar con las velas recogidas [20] y no creer que estoy haciendo algo sin hacer daño en realidad.

Otro tanto quiero que hagas también tú. Aunque lo justo no está en lo que yo digo, sino en lo que tú crees. Pero si he de vivir en libertad, tienen que ser obedecidos en todo los que mandan.

ELECTRA. — Es terrible que, siendo hija de un padre como el tuyo, le hayas olvidado y te preocupes de la que te engendró. Todas las advertencias que me has hecho las has aprendido de aquélla y nada dices por ti misma. Según esto, escoge una de las dos cosas: o razonar imprudentemente o, haciéndolo con prudencia, olvidar a los tuyos. Porque acabas de decir que, si tuvieras fuerza, mostrarías el odio que les tienes, pero, cuando yo me dispongo a vengar a nuestro padre, hasta las últimas consecuencias, no colaboras, y obstaculizas a quien intenta hacerlo. ¿No es esto cobardía unida a las desgracias? Porque, enséñame —o aprende de mí— qué ventaja obtendría si cesara de lamentarme. ¿Acaso no vivo? De mala manera, lo sé, pero me es suficiente. Inquieto a éstos [21], con lo que procuro satisfacciones al muerto, si es que hay algún tipo de gratificación allá abajo. Mientras que tú, que los «odias», lo haces sólo de palabra, pero de hecho convives con los asesinos de tu padre. Yo, por mi parte, nunca condescendería con ellos, ni aunque alguien me fuera a traer los privilegios por los que ahora te envaneces. Que ante ti haya una mesa colmada y te sea la vida fácil. ¡Que tenga yo por único alimento el no

20 Como en tantas otras ocasiones, aquí emplea un término tomado del lenguaje del mar, metáfora de fácil captación por un pueblo eminentemente marinero.

21 Clitemestra y Egisto.

contradecirme a mí misma! No deseo alcanzar tus privilegios, ni tú los desearías si fueras juiciosa.

Y ahora, pudiendo ser llamada hija del mejor de todos los padres, hazte llamar hija de tu madre[22], pues así te mostrarás perversa ante los más por haber traicionado a tu padre muerto y a los tuyos.

CORIFEO. — Nada digas a impulsos de la cólera, ¡por los dioses! Porque en los discursos de ambas partes hay algo de provecho, si tú aprendes a hacer uso de las palabras de ésta y ella, a su vez, de las tuyas.

CRISÓTEMIS. — Yo, mujeres, de alguna manera estoy acostumbrada a las razones de ésta, y no le hubiera dicho nada, si no hubiera oído que una tremenda desgracia se abate sobre ella, tal que la contendrá en sus largos lamentos.

ELECTRA. — Ea, dime eso tan terrible, pues, si me vas a anunciar algo peor que lo presente, no podría objetarte.

CRISÓTEMIS. — Te diré todo cuanto yo sé: van a enviarte, si no cesas en estos lamentos, allí donde nunca verás el resplandor del sol, y habrás de cantar tus desgracias, mientras vivas, en un refugio abovedado, lejos de esta tierra. Ante esto medita y no te me quejes después, cuando lo padezcas. Ahora es un buen momento de juzgar con cordura.

ELECTRA. — ¿Verdaderamente han decidido hacer eso conmigo?

CRISÓTEMIS. — Sí, cuando Egisto vuelva a casa.

ELECTRA. — Si es por este motivo, ¡ojalá volviera pronto!

CRISÓTEMIS. — ¡Qué imprecación has hecho, desgraciada!

---

22 Esto supondría renegar del padre. En Grecia los hombres eran llamados por el patronímico.

ELECTRA. — Que vuelva aquél, si tiene intención de hacer algo de esto.

CRISÓTEMIS. — ¿Qué hace falta para que te muestres sensible? ¿Dónde está tu sentido común?

ELECTRA. — Me lleva a escapar lo más lejos posible de vosotros.

CRISÓTEMIS. — ¿Y no haces mención de tu vida presente?

ELECTRA. — ¡Pues es bella mi existencia como para admirarla!

CRISÓTEMIS. — Pero lo sería, si aprendieras a razonar con cordura.

ELECTRA. — No me enseñes a ser infiel a los míos.

CRISÓTEMIS. — No te enseño eso, sí a someterte a los que tienen el poder.

ELECTRA. — Halágales tú con esas razones. No le van a mi modo de ser.

CRISÓTEMIS. — Bueno es, sin embargo, no sucumbir por insensatez.

ELECTRA. — Sucumbiré, si es necesario, para vengar a mi padre.

CRISÓTEMIS. — Nuestro padre, lo sé, es capaz de perdonar.

ELECTRA. — Esas son palabras para ser aplaudidas por cobardes.

CRISÓTEMIS. — ¿Y tú no te persuadirás y estarás de acuerdo conmigo?

ELECTRA. — No, ciertamente. ¡Que nunca esté yo privada de juicio hasta ese punto!

CRISÓTEMIS. — En ese caso, me iré hacia donde me disponía.

ELECTRA. — ¿Adónde te diriges? ¿A quién llevas esas ofrendas? [23].

---

[23] *Debía llevar una caja con alimentos, aunque a continua-*

CRISÓTEMIS. — Nuestra madre me envía a derramar libaciones sobre la tumba del padre.

ELECTRA. — ¿Cómo dices? ¿Al que le es el más odiado de los hombres?

CRISÓTEMIS. — Al que dio muerte ella misma, pues es esto lo que quieres decir.

ELECTRA. — ¿Por cuál de sus amigos ha sido persuadida? ¿A quién dio satisfacción con ello?

CRISÓTEMIS. — Según creo, a causa de un terror nocturno.

ELECTRA. — ¡Oh dioses patrios! Socorredme al menos ahora.

CRISÓTEMIS. — ¿Tienes alguna confianza en ese temor?

ELECTRA. — Si me cuentas la visión, te lo podría decir.

CRISÓTEMIS. — Pero sólo puedo contártela en una pequeña parte.

ELECTRA. — Dímelo, sin embargo, pues con frecuencia unas pocas palabras han hecho fracasar o prosperar grandemente a los mortales.

CRISÓTEMIS. — Existe el rumor de que ella ha visto que nuestro padre, en una segunda aparición, se presentaba a la luz y, tras coger el cetro que él mismo llevaba en otro tiempo y ahora lleva Egisto, lo clavó en el hogar [24], y que de éste había brotado un nuevo tallo florecido con el que se había ensombrecido toda la tierra de Micenas. Estas cosas se las oí relatar a uno que había

ción hable de libaciones, tal vez porque era lo más frecuente en el rito.

24 Puede clavar el cetro, porque el suelo era de tierra prensada. Este tipo de sueños, como el que narra, tienen un precedente en el que cuenta HERÓDOTO (I 108) que tuvo el rey medo Astiages, que soñó que una vid nacía de su hija y se extendía por toda Asia.

estado presente cuando ella exponía el sueño al Sol[25]. No sé nada más, excepto que aquélla me envía a causa de este terror. Ahora, ¡por los dioses de nuestra raza!, te suplico que te dejes persuadir por mí y que no te pierdas por insensatez, porque, si me rechazas, vendrás a buscarme de nuevo cuando te acompañe la desgracia.

ELECTRA. — ¡Oh querida!, no deberías ofrendar en la tumba nada de lo que tienes en tus manos, pues no te es lícito ni piadoso depositar presentes ni hacer libaciones a nuestro padre de parte de una mujer odiosa. Hazlo desaparecer por los aires o bajo espesa capa de polvo, de forma que ninguno de ellos pueda llegar nunca al sepulcro de nuestro padre. ¡Que, cuando ella muera, se le conserven allá abajo como tesoros!

Si no hubiera sido la más atrevida de todas las mujeres, en modo alguno hubiera ofrecido nunca libaciones malévolas al que había dado muerte. Pues juzga si crees que el muerto recibirá en la tumba estos obsequios con un sentimiento benevolente para aquella por obra de la cual fue muerto indecorosamente y mutilado[26], como si fuera una persona hostil, después que ella, para purificarse, secó las manchas de sangre en la cabeza de él. ¿Acaso crees que esto le reporta liberación de su asesinato? No es posible.

Por ello, suéltalo y, habiendo cortado las puntas de los rizos de tu cabeza, y de la mía —desdichada, aunque esto sea poco, es lo único que tengo—, ofrécele esta

---

25 El Sol es el gran purificador que puede alejar los peligros vistos en el sueño. Cf. EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros* 42.

26 Para evitar que el muerto se vengara de los asesinos, creían dejarle inoperante si le cortaban las extremidades y las ataban al cuello o axilas. Creían también que, si secaban las gotas de sangre que caían del hacha en la cabeza del muerto, la culpa del crimen recaía sobre éste.

lucida cabellera[27] y este ceñidor mío que no está trabajado con lujos, y pídele, cayendo encima de la tumba, que él mismo venga del fondo de la tierra, con ánimo bien dispuesto para nosotras, a vengar a los enemigos, y que su hijo Orestes, vivo, en ataque victorioso pisotee a sus enemigos, a fin de que en el futuro le coronemos[28] con manos más ricas que las ofrendas de ahora. Ciertamente creo, estoy segura, que por algo le interesaba también a aquél[29] enviarle estos sueños siniestros. Pero, a pesar de ello, préstate estos servicios a ti misma y también a mí y a nuestro común padre, el más querido de todos los hombres, que yace en el Hades.

CORIFEO. — La joven habla piadosamente y tú, si eres sensata, oh querida, lo harás.

CRISÓTEMIS. — Lo haré, pues no tiene sentido mantener una discusión entre dos acerca de una cosa justa, sino apresurarse a su ejecución.

Mientras intento llevar a cabo estas acciones, guardad silencio, ¡por los dioses!, amigas, porque, si mi madre se entera de esto, pienso que la empresa a la que me voy a atrever resultará amarga.

CORO.

Estrofa.

Si yo no soy adivino insensato y falto de juicio, está a punto de venir la hacedora de presagios, la Justicia, llevando en sus manos justos poderes. Irá en busca de ellos[30]*, ¡oh hija!, sin dejar transcurrir mucho tiempo. En el fondo tengo confianza, después que he oído gratos sueños. Pues nunca olvidan, ni el rey de los helenos*[31]

---

[27] Véase nota 108 de *Ayax*.

[28] Imagen que significa «aportar ofrendas».

[29] Agamenón.

[30] De Clitemestra y Egisto.

[31] Agamenón, rey de reyes en la *Ilíada*.

que te engendró, ni la vieja hacha de doble filo fabricada en bronce que le mató en medio de los más injuriosos ultrajes.

Antístrofa.

Llegará también la Erinis de muchos pies y manos, infatigable, la que en terribles emboscadas acecha. Pues el empeño de una unión manchada de sangre, sin lecho nupcial, sin casamiento, acometió a quienes no les era lícito. Por lo tanto, existe la esperanza de que nunca, nunca un presagio se nos hará presente sin que cause daño a sus autores y cómplices[32]*. O ciertamente, no existen señales de adivinación para los hombres en los sueños terribles o en los oráculos, si esta visión nocturna no se realiza.*

Epodo.

¡Ah de la antigua y dolorosa carrera de carros de Pélope[33]*! ¡Cómo has venido a ser largamente dolorosa para esta tierra! Pues desde que Mírtilo durmió el sueño de la muerte tras ser precipitado al mar, totalmente destruido al ser lanzado desde su carro de oro por un triste infortunio, no dejó de haber nunca en la casa alguna penosa desgracia.*

CLITEMESTRA. — A lo que parece, vas y vienes libre otra vez. Pues no está aquí Egisto que te impedía aver-

---

32 Otra alusión a Clitemestra, que ejecutó el asesinato, y a Egisto, que fue su cómplice.

33 Pélope, fundador del linaje real de Micenas, consiguió vencer a Enómao en una carrera de carros gracias a haber sobornado a Mírtilo, su auriga, que aflojó el eje del carro del rey. Obtuvo con ello la mano de Hipodamía. Después de la victoria, Mírtilo fue muerto por Pélope, que lo arrojó al mar, según una versión, por intentar abusar de Hipodamía, y, según otra, para no pagarle el precio convenido. Al morir, maldijo a Pélope y a su raza.

gonzar a los tuyos estando en la puerta. Pero ahora, como aquél está ausente, no me haces ningún caso. Sin embargo, muchas veces has dicho a voz en cuello ante mucha gente que yo gobierno con insolencia y contra justicia, injuriándote a ti y lo tuyo. Pero yo no soy insolente, y hablo mal de ti porque con frecuencia oigo lo mismo por parte tuya. Tu padre, y nada más, es siempre para ti el pretexto: que fue muerto por mí. Por mí, lo sé bien, no puedo negarlo; la Justicia se apoderó de él, no yo sola, a la que deberías ayudar si fueras sensata. Este padre tuyo, al que siempre estás llorando, fue el único de los helenos que se atrevió a sacrificar a tu hermana[34] a los dioses. ¡No tuvo él el mismo dolor cuando la engendró que yo al darla a luz! Anda, muéstrame por qué causa la sacrificó. ¿Es que vas a decir que por los argivos? Ellos no tenían derecho a dar muerte a la que era mía. Por consiguiente, habiendo matado lo mío en favor de su hermano Menelao, ¿no iba a pagarme el castigo por ello? ¿Acaso no tenía aquél dos hijos, los cuales era más natural que murieran que ella[35], por ser hijos del padre y de la madre a causa de la que tenía lugar esa expedición?

¿O acaso tenía Hades mayor deseo de devorar a mis hijos que a los de aquélla? ¿Es que en el muy infame padre se había esfumado el amor por los hijos habidos conmigo y existía, en cambio, por los de Menelao? ¿No es esto mentalidad de un padre desconsiderado y perverso? Así lo creo, aunque hable de modo distinto a lo que opinas.

---

34 Sacrificio de Ifigenia por Agamenón. Lo evoca Clitemestra como justificación de su crimen, ya que la decisión fue de Agamenón, Sófocles, como Esquilo, ignora la leyenda que usa Eurípides, según la cual Ifigenia no murió en Áulide, sino que fue raptada por Ártemis y rescatada.

35 Eran dos, Hermíone, la única citada en la épica (*Odisea* IV 14), y Nicóstrato.

Y la que está muerta, si tomara voz, lo confirmaría. Yo no estoy afligida por lo que he hecho. Si a ti, por tu parte, te parece que no tengo razón, censura a los que te rodean, pero con una argumentación razonable.

ELECTRA. — Al menos ahora no dirás de mí que inicié algo molesto después que tuve que escuchar esto de ti hasta el final. Pero, si me lo permites, hablaría con verdad sobre el muerto, a la vez que sobre mi hermana.

CLITEMESTRA. — Desde luego que te lo permito. Si dieras así siempre comienzo a tus palabras, no serías tan molesta de oír.

ELECTRA. — Entonces te hablo. Dices que has dado muerte a mi padre. ¿Qué expresión más vergonzosa que ésta podría ya existir, bien lo hayas hecho con razón o no? Te diré, además, que no lo mataste con justicia precisamente, sino que te arrastró a ello el obedecer al malvado varón con el que ahora vives. Pregunta a la cazadora Ártemis en castigo de qué retuvo en Áulide los frecuentes vientos[36], o yo te lo diré, pues no es lícito aprenderlo de ella.

En otro tiempo, mi padre, según yo tengo oído, cuando cazaba en el recinto sagrado de la diosa, con sus pisadas, hizo levantarse a un cornudo ciervo moteado. En ocasión del sacrificio de éste, sucedió que lanzó lleno de jactancia ciertas palabras. Por esto, habiéndose encolerizado la doncella hija de Leto, retuvo a los aqueos a fin de que mi padre, en compensación por el animal, sacrificara a su propia hija. Así tuvo lugar el sacrificio de aquélla, porque no había otro medio de liberación para el ejército, ni para volver a casa ni hacia Ilión. Ante esto, coaccionado por todas partes y oponiendo

36 Vientos que impedían a la flota de los aqueos echarse a la mar en dirección a Troya, circunstancia que originó que Agamenón sacrificase a su hija Ifigenia para aplacar la cólera de Ártemis y conseguir, con ello, que la escuadra zarpase.

mucha resistencia, la sacrificó muy a su pesar y no a causa de Menelao.

Pero —y voy a hablar con tu razonamiento— si por querer ayudar a aquél lo hubiera hecho, ¿era necesario que, a causa de ello, muriese por obra tuya? ¿Según qué ley? Cuida no sea que, por establecer este principio entre los hombres, reporte dolor y arrepentimiento para ti misma. Porque, si damos muerte a uno en defensa de otro, tú podrías morir la primera si se hiciera justicia. Ten cuidado no establezcas un pretexto inexistente.

Dinos, si quieres, por qué motivo cometes ahora las más vergonzosas de todas las acciones, cuando te acuestas con el criminal, con cuya ayuda has matado antes a nuestro padre, y tienes hijos de él[37] y has desechado a los que engendraste antes en tu matrimonio legal. ¿Cómo podría yo alabar estas cosas? ¿Acaso también dirás que estás vengando a tu hija? Sería vergonzoso si lo alegas. No está bien casarse con un enemigo por causa de una hija.

Pero ni siquiera es posible reprenderte a ti, porque lanzas a toda voz que yo injurio a mi madre. Yo te considero más un ama que una madre para mí, puesto que llevo una mísera vida y soy víctima, por tu culpa y la de tu compañero, de innumerables males. Y el otro, desterrado, que a duras penas escapó de tu mano, el infortunado Orestes, arrastra una vida desgraciada[38]. Muchas veces me has acusado de criarle para que tome venganza contra ti. Y esto, si tuviera fuerza, lo haría yo, entérate bien. Por ello, proclama ante todos, si quieres, que soy malvada y deslenguada y llena de desver-

---

[37] Erígone y Aletes. La primera juega su papel en la leyenda de Orestes, aunque en distintas versiones. Fue el tema de una tragedia perdida de Sófocles con este título.

[38] Considera el destierro motivo suficiente para ser tachada de vida desgraciada. En otros pasajes se evidencia que la vida de Orestes no era precisamente penosa.

güenza. Si por naturaleza soy experta en todas estas cosas, tal vez sea que no desdigo de tu estirpe.

CORIFEO. — Veo que respira cólera[39], pero no veo que le preocupe si tiene razón.

CLITEMESTRA. — ¡Qué cuidado voy a tener por ésta que injuria a su madre con tales insultos y eso a su edad! ¿No te parece que podría llegar a todo tipo de acciones sin ninguna vergüenza?

ELECTRA. — Entérate bien de que yo siento vergüenza por esto, aunque no te lo parezca. Comprendo que hago cosas intempestivas y que no son apropiadas para mí. Pero la hostilidad que de ti me viene y tus actos me fuerzan a hacerlo. En acciones deshonrosas se aprende a obrar deshonrosamente.

CLITEMESTRA. — ¡Oh criatura sin consideración! Ciertamente que yo, mis palabras y mis obras te dan que hablar en exceso.

ELECTRA. — Tú lo dices, no yo. Tú realizas el hecho y las acciones se procuran las palabras.

CLITEMESTRA. — Pero, ¡por la diosa Ártemis! ¡No escaparás por esta osadía cuando venga Egisto!

ELECTRA. — ¿Ves? Te has dejado llevar por la cólera. Aunque me habías permitido decir lo que quisiera, no sabes escuchar.

CLITEMESTRA. — ¿Y no me vas a dejar ni hacer un sacrificio bajo un devoto murmullo[40], después de que te permití soltarlo todo?

ELECTRA. — Te dejo, te invito a ello, haz el sacrificio y no acuses a mi lengua, porque no podría decir ya más.

CLITEMESTRA. — Tú, la que me acompañas, alza la

---

39 Electra.

40 Palabras de difícil interpretación. Creo que la aclaración de esta ambigua petición es que Clitemestra pide a su hija, si no silencio absoluto, que al menos no lance gritos que le impidan hacer su plegaria.

ofrenda de todos los frutos, a fin de que ofrezca a esta divinidad súplicas que sean liberadoras de los miedos que ahora tengo.

Escucha ya, Febo protector, mis palabras ocultas. Pues no te dirijo la oración ante amigos, ni conviene que todo salga a la luz mientras ésa se encuentre cerca de mí, para que no vaya divulgando ya, por toda la ciudad, equívoca fama acompañada de rencor y maldiciente palabra. Por consiguiente, escúchame así, que de este modo yo te hablaré [41].

Las visiones de oscuros sueños que en esta noche he tenido concede, rey Licio, que se cumplan si se han aparecido para bien, pero, si han sido hostiles, remítelas de nuevo a los enemigos. Y si algunos maquinan con engaños despojarme de la riqueza que disfruto, no lo permitas, sino concédeme que, llevando una vida sin daño, rija el palacio y el cetro de los Atridas viviendo con los amigos que ahora tengo en una feliz existencia, y con aquellos de mis hijos en los que no se encuentre animadversión hacia mí o un amargo resentimiento.

¡Oh Apolo Licio! Oyendo benévolo esto, concédenoslo a todos nosotros [42] tal y como te lo pedimos. Todo lo demás, aunque yo lo silencie, supongo que en tu calidad de dios lo conoces. Pues es natural que los hijos de Zeus vean todo.

(Entra el Pedagogo.)

PEDAGOGO. — Mujeres extranjeras, ¿cómo podría yo saber con precisión si éste es el palacio del rey Egisto?

CORIFEO. — Éste es, oh extranjero. Exactamente lo has adivinado.

PEDAGOGO. — ¿Acaso también estoy adivinando que ésta es su esposa? Pues se advierte que tiene la prestancia de una reina.

---

41 Secretamente.

42 A ella, a Egisto y a los hijos que le son fieles.

CORIFEO. — Nada más cierto: ella es quien está junto a tí.

PEDAGOGO. — ¡Te saludo, reina! Llego trayendo gratas noticias de parte de una persona amiga para ti y también para Egisto.

CLITEMESTRA. — Acojo favorablemente tus palabras. Deseo saber de ti, ante todo, quién te envía.

PEDAGOGO. — Fanoteo el Focense, para anunciarte un importante asunto.

CLITEMESTRA. — ¿Cuál, oh extranjero? Habla, porque sé bien que, siendo de parte de un amigo, traerás palabras amistosas.

PEDAGOGO. — Orestes está muerto. Resumiendo, brevemente lo anuncio.

ELECTRA. — ¡Qué desdichada me siento! Acabada estoy en este día.

CLITEMESTRA. — ¿Qué dices, qué dices? ¡Oh extranjero!, no escuches a ésta.

PEDAGOGO. — Digo, como acabo de hacerlo, que Orestes ha muerto.

ELECTRA. — Estoy muerta, ¡infortunada!, ya nada soy.

CLITEMESTRA. — *(A Electra.)* Tú ocúpate de tus asuntos. Y tú, extranjero, dime la verdad, ¿de qué modo murió?

PEDAGOGO. — He sido enviado para esto y todo te lo contaré. Habiendo llegado aquél al famoso certamen, orgullo de Grecia, a la búsqueda de los premios délficos, cuando oyó el agudo pregón del hombre que proclamaba la carrera pedestre, de la que se celebraba la primera prueba, se presentó radiante, objeto de admiración para todos los presentes. Habiendo igualado a la brillantez de su natural el resultado de la carrera[43], salió llevando el muy honroso galardón de la victoria.

---

[43] Si damos por supuesto que su aspecto era brillante, para que su físico se corresponda, el final de la prueba tiene que ser

No sé cómo contarte unas pocas hazañas y victorias entre las muchas realizadas por semejante hombre, pero entérate de una sola cosa: de cuantas pruebas hicieron proclamar los jueces se llevó los premios de la victoria [44]. Se le consideró dichoso cuando fue celebrado como argivo y como Orestes —su nombre—, hijo de Agamenón, el que en otro tiempo reuniera el famoso ejército de la Hélade. Y así estaban las cosas. Pero cuando alguno de los dioses se propone hacer daño, ni aun siendo fuerte se puede uno librar.

Al otro día, cuando a la salida del sol tenía lugar la prueba de la carrera de carros, aquél se presentó entre numerosos aurigas. Uno era aqueo, otro de Esparta, dos eran libios, conductores de carros uncidos. Él era el quinto entre éstos, con yeguas tesalias. El sexto procedía de Etolia, con potras alazanas. El séptimo era de Magnesia. El octavo, con blancos caballos, de estirpe eniana. El noveno, venido de Atenas, la ciudad fundada por los dioses. Otro, beocio, completaba el décimo carro.

Habiéndose colocado donde los jueces encargados les habían designado por sorteo y donde estaban dispuestos los carros, se lanzaron al son de la trompeta de bronce. Al mismo tiempo que excitaban a gritos a los caballos, agitaban las riendas en sus manos. Todo el estadio se llenó del estrépito de los trepidantes carros [45]. El polvo se elevaba hacia el cielo. Todos mezclados a la vez, no escatimaban las picas para que cada uno de ellos pudiera sobrepasar los bujes de los otros carros y a los caba-

---

para éste la victoria, que es también algo brillante en otro orden de cosas.

44 El verso 691 no lo traducimos. Está considerado como una primitiva glosa interpolada para explicar los distintos tipos de pruebas.

45 Esta aliteración recogida en la traducción parece existir, igualmente, en el texto griego, que repite rítmicamente las consonantes oclusivas sordas.

llos que relinchaban. Al mismo tiempo el aliento de los corceles espumeaba e irrumpía en torno a sus espaldas y a las ruedas en movimiento.

Aquél, estando justo al pie del último poste, acercaba una y otra vez el cubo de la rueda hasta rozarlo y, al tiempo que dejaba más suelto al caballo uncido de la derecha, retenía al que estaba en su lado[46]. Al principio todos los carros estuvieron en pie, pero después los caballos del eniano se precipitan con fuerza, desbocados y, al volverse, terminando la sexta vuelta y ya en la séptima, chocan de frente con el carro barceo[47]. Entonces, a causa de un solo infortunio, se destrozan y se caen unos sobre otros, y toda la llanura de Crisa se llenó de restos de carros volcados. Al darse cuenta, el diestro conductor de Atenas se aparta hacia afuera y se detiene, dejando que pasen por el centro los carros y caballos mezclados en confusión. Orestes, que mantenía los potros al final porque confiaba en la última vuelta, avanzaba el último. Pero cuando ve que ha quedado solo aquél, haciendo resonar un agudo chasquido en las orejas de los rápidos corceles, se lanza en su persecución.

Y avanzaban igualados los dos en los troncos, sacando desde los carros, unas veces uno y otras el otro, la cabeza. En todas las demás vueltas se mantuvo erguido con seguridad, derecho, el infortunado, en un carro también derecho. Después, suelta la rienda izquierda en un momento en que el caballo está doblado y tropieza con el extremo de la meta sin advertirlo. Rompió por la mitad el extremo del eje y cayó desde la baranda del carro. Se enrosca en las bien cortadas riendas. Al caer él al suelo, los caballos se dispersaron por en medio de la pista.

---

[46] El caballo más cercano al poste de la meta, el que iba por el interior.

[47] Barce es una ciudad cerca de Cirene, en el N. de África, fundada en el s. VI a. C.

Cuando la multitud le ve derribado, prorrumpe en gritos de lamento por el joven que, habiendo realizado semejantes hazañas, alcanza ahora tales infortunios. Arrastrado unas veces por el suelo y otras apareciéndo las piernas por el aire, hasta que los otros conductores, reteniendo con esfuerzo la carrera de los caballos, lo soltaron cubierto de sangre, de modo que ninguno de sus amigos hubiera podido reconocerle, si hubiera visto el desdichado cuerpo.

Después de quemarle en una pira, unos hombres focenses designados para ello traen en una pequeña urna de bronce un gran cuerpo que sólo es miserable ceniza, para que obtenga enterramiento en la tierra paterna. Tales son los hechos, dolorosos para narrarlos, pero, para nosotros que los vimos, la más grande de todas las desgracias que yo he contemplado.

CORIFEO. — ¡Ay, ay! A lo que parece se ha extinguido para mis antiguos soberanos todo el linaje desde la raíz.

CLITEMESTRA. — Oh Zeus, ¿qué es esto? ¿Acaso debo decir que son acontecimientos afortunados o terribles aunque provechosos? Es doloroso que tenga que salvar la vida con mi propia desgracia.

PEDAGOGO. — ¿Por qué estás angustiada, oh mujer, por mis actuales palabras?

CLITEMESTRA. — Es extraño dar a luz. No se consigue odiar a los que has engendrado, ni aun sufriendo males por ellos.

PEDAGOGO. — En vano hemos llegado, a lo que parece.

CLITEMESTRA. — Ciertamente que no en vano. ¿Cómo podrías decir en vano, si me vienes con pruebas fidedignas de la muerte de quien, nacido de mi vida, pero apartado de mis pechos y de mi alimento, vivía fuera de la patria, desterrado, y no me había visto desde que salió de esta tierra y, reprochándome el asesinato de su pa-

dre, me amenazaba con llevar a cabo hechos terribles, de suerte que ni de noche ni de día podía yo cubrir los ojos con dulce sueño, sino que el tiempo, momento a momento, pasaba como si fuera a morir? Pero ahora, en este día, he sido liberada del temor que sentía ante ésta y ante aquél. Ésta era para mí mayor daño por vivir conmigo y estar bebiendo siempre la sangre pura de mi vida. Ahora, por lo que se refiere a sus amenazas, podré vivir tranquila.

ELECTRA. — ¡Ay de mí, desgraciada! Ahora me es posible, Orestes, lamentar tu desventura, cuando en tal situación eres ultrajado por parte de semejante madre. ¿Acaso está bien?

CLITEMESTRA. — Tú, ciertamente, no. Aquél sí está bien como está[48].

ELECTRA. — Escucha, ¡oh Némesis[49] del que acaba de morir!

CLITEMESTRA. — Escuchó lo que debía y sancionó con razón.

ELECTRA. — Sigue hablando con insolencia, pues ahora te encuentras feliz.

CLITEMESTRA. — Ni Orestes ni tú vais a desposeerme de este estado.

ELECTRA. — Nosotros somos los desposeídos y no estamos en condiciones de desposeerte a ti.

CLITEMESTRA. — *(Dirigiéndose al Pedagogo.)* Si con tu venida hicieras cesar a ésta en sus maldicientes gritos, ¡oh extranjero!, serías merecedor de alcanzar muchas recompensas.

PEDAGOGO. — Así, pues, podría regresar a casa, si la situación está en orden.

CLITEMESTRA. — De ningún modo, porque en este caso

---

48 Quiere decir que Orestes está como ella querría que estuviera también Electra, o sea, muerta.

49 Diosa vengadora, empleada aquí como sinónimo de Erinis.

no podrías obtener un trato digno de mí ni del huésped que te ha enviado. Entra al interior. Deja que ésta vocee fuera sus propias desgracias y las de su gente.

(Entran en la casa Clitemestra y el Pedagogo.)

Electra. — ¿Acaso os parece que llora o se lamenta con excesiva tristeza y dolor, la desdichada, por el hijo muerto de este modo? [50]. ¡Y aun se ha ido riendo! ¡Ay, infortunada de mí! ¡Queridísimo Orestes! ¡Cómo me has perdido con tu muerte! Te has ido y me has arrancado de mi corazón las únicas esperanzas que aún quedaban en mí: que tú habías de llegar un día sano y salvo como vengador de nuestro padre y de mí, ¡desdichada! Así, pues, ¿adónde debo volverme? Pues estoy sola, privada de ti y de mi padre. Preciso es que ahora viva de nuevo sometida entre los que me son los más odiosos de todos los hombres, los asesinos de mi padre. ¿Es eso apropiado para mí? Pero yo no entraré a vivir con ellos de ahora en adelante, sino que, dejándome caer frente a esta puerta, sin amigos, consumiré mi vida. Ante esto, que alguno de los de dentro me mate, si se siente incómodo, que, si lo hace, me hará un favor, mientras que, si vivo, será motivo de tristeza. Ningún deseo tengo de vivir.

Coro.

Estrofa 1.ª

¿Dónde están los rayos de Zeus o dónde el brillante sol si, cuando ven estas cosas, se ocultan tranquilos?

Electra. — *¡Ah, ah! ¡Ay!*

Coro. — *Oh hija, ¿por qué lloras?*

Electra. — *¡Ay de mí!*

Coro. — *No grites tan fuerte.*

Electra. — *Me perderás.*

Coro. — *¿Cómo?*

Electra. — *Si me haces concebir esperanzas por los*

---

50 Clara ironía.

que claramente se han ido al Hades, me pisoteas aún más a mí, que ya estoy agotada.

Antístrofa 1.ª

CORO. — *Pues sé que el señor Anfiarao*[51] *fue ocultado por una diadema de mujer labrada en oro y ahora bajo tierra...*

ELECTRA. — *¡Ah, ah! ¡Ay!*

CORO. — *... reina totalmente vivo.*

ELECTRA. — *¡Ay de mí!*

CORO. — *¡Ay! Sí, pues la funesta...*

ELECTRA. — *Fue muerta.*

CORO. — *Sí.*

ELECTRA. — *Lo sé, lo sé. Apareció un vengador para el que estaba en duelo. Pero para mí ninguno existe ya, pues quien todavía existía se ha ido como arrebatado.*

Estrofa 2.ª

CORO. — *Te sientes desgraciada por acontecimientos desgraciados.*

ELECTRA. — *Lo sé, lo sé muy bien, a lo largo de una vida cargada de numerosas y terribles desdichas.*

CORO. — *Conocemos a lo que te refieres.*

ELECTRA. — *No me conduzcas adonde no...*

CORO. — *¿Qué dices?*

ELECTRA. — *... existen ya esperanzas de ayuda de un hermano noble en su linaje.*

---

51 Historia de Anfiarao, adivino de Argos que tomó parte en la expedición de los siete contra Tebas —a pesar de que conocía el resultado de la guerra, en la que iba a morir—, porque le había obligado su mujer Erífile, a quien, para ello, Polinices había ofrecido un collar de oro. Erífile fue muerta, más tarde, por Alcmeón, hijo de ambos, en venganza. Anfiarao desapareció por obra de Zeus bajo tierra, desde donde siguió formulando oráculos (cf. *Odisea* XI 326 y sigs., y XV 247; también PÍNDARO, *Nemeas* IX 16).

Antístrofa 2.ª

CORO. —*Para todos los mortales es ley natural la muerte.*

ELECTRA. —*¿Acaso también del modo que fue para aquél, infeliz, en carreras de caballos de veloces cascos, enredado con las bien cortadas riendas?*

CORO. —*Impensable fue su destrucción.*

ELECTRA. —*Cómo no, si, desterrado, lejos de mis manos...*

CORO. —*¡Ay! ¡Ay!*

ELECTRA. —*... está enterrado, sin haber obtenido de mí ni sepultura ni siquiera lamentos.*

(Entra Crisótemis corriendo.)

CRISÓTEMIS. —A causa de la alegría me llego corriendo apresurada, descuidando el decoro [52]. Porque traigo motivos de gozo y el fin de las desgracias que te acosaban y te hacían gemir.

ELECTRA. —¿Dónde podrías haber encontrado tú alivio de mis males, para los que ya no hay remedio posible?

CRISÓTEMIS. —Orestes está entre nosotros —entérate, oyéndolo, por mí— de una manera tan real como que tú me estás viendo a mí.

ELECTRA. —Pero, ¿es que estás loca, oh desgraciada y, a más de tus propias desgracias, te ríes de las mías?

CRISÓTEMIS. —¡Por el hogar de nuestros padres! No lo digo en un arrebato, sino porque sé que aquél está presente entre nosotras.

ELECTRA. —¡Ay, desventurada! ¿Y a qué mortal le has oído esta noticia como para tener esa excesiva confianza?

CRISÓTEMIS. —Yo confío en esta noticia, porque he

52 La noción ateniende de *eukosmía* suponía que los movimientos habian de ser pausados (PLATÓN, *Cármides* 159 *b*).

visto claras señales por mí misma y no por medio de otro.

ELECTRA. — ¿Qué prueba has visto, desdichada? ¿Hacia qué has dirigido la mirada para inflamarte con este fuego irremediable?

CRISÓTEMIS. — ¡Por los dioses! Óyeme ahora para que, después de escucharme, digas si soy sensata o si desvarío.

ELECTRA. — Habla, si en la palabra encuentras algún placer.

CRISÓTEMIS. — Te diré todo cuanto observé. Cuando llegué a la tumba antigua de nuestro padre, veo regueros de leche que acaban de derramar desde la parte alta del túmulo, y que la piedra sepulcral de nuestro padre está coronada enteramente alrededor por toda clase de flores. Al verlo, el asombro se apoderó de mí. Miro en derredor, no sea que algún mortal nos acechara de cerca, pero, como vi que el lugar estaba en calma, me fui acercando más a la sepultura. Entonces veo en lo más alto del túmulo un bucle cortado de algún joven. Nada más verlo, infeliz, se me presentó a mi ánimo un rostro familiar, me pareció ver en esto una señal del más querido de todos los mortales, Orestes.

Con el bucle en las manos no digo palabras que puedan resultar de mal agüero, sino que, al punto, se me llena el rostro de lágrimas por la alegría. Y ahora, como antes, sé que esta ofrenda no viene de otro más que de aquél. Porque, ¿a quién le afecta esto sino a ti o a mí? Y yo no lo hice, lo sé bien, ni tú tampoco. ¿Cómo, si no te es posible alejarte de esta casa impunemente, ni siquiera para el servicio de los dioses? Tampoco el buen sentido de nuestra madre suele realizar tales actos, ni pasaría inadvertido si los hiciera.

Estas ofrendas fúnebres son de Orestes, así que, ¡oh querida, ten ánimo! Pues no siempre asiste a los

mismos la misma fortuna. Antes ésta era terrible para nosotras, pero tal vez este día nos confirmará bienes en abundancia.

ELECTRA. — ¡Ay! ¡Cómo te estoy compadeciendo hace rato a causa de tu falta de juicio!

CRISÓTEMIS. — ¿Qué sucede? ¿No proporciono agrado con mis palabras?

ELECTRA. — ¡No sabes a qué juicio ni a qué lugar eres conducida!

CRISÓTEMIS. — Pero, ¿cómo no voy a saber yo lo que vi con claridad?

ELECTRA. — Ha muerto, ¡oh desdichada! Se te ha escapado la liberación que iba a venir de aquél. No pongas ya tus ojos en él.

CRISÓTEMIS. — ¡Ay de mí, infortunada! ¿A qué mortal has escuchado esto?

ELECTRA. — A uno que estaba cerca cuando pereció.

CRISÓTEMIS. — ¿Dónde está ese tal? El asombro se apodera de mí.

ELECTRA. — En casa. A nuestra madre le es grato y no enojoso.

CRISÓTEMIS. — ¡Ay, desventurada de mí! ¿De qué hombre eran, pues, las numerosas ofrendas depositadas sobre la tumba de nuestro padre?

ELECTRA. — Yo mejor pienso que alguien las depositó como recuerdo de la muerte de Orestes.

CRISÓTEMIS. — ¡Ay de mí, desgraciada! Yo me apresuraba alegre con semejantes noticias, sin saber en qué situación infortunada nos encontrábamos, y ahora, al llegar, descubro otras desgracias añadidas a las que había antes.

ELECTRA. — Así están las cosas para ti. Pero, si me obedeces, disiparás la angustia del infortunio presente.

CRISÓTEMIS. — ¿Acaso podré resucitar a los muertos?

ELECTRA. — No hablo en ese sentido, no estoy tan loca.

CRISÓTEMIS. — ¿Qué ordenas que yo sea capaz de hacer?

ELECTRA. — Que te atrevas a llevar a cabo lo que yo te aconseje.

CRISÓTEMIS. — Si en ello hay algún provecho, no me negaré.

ELECTRA. — Observa que nada sale bien sin esfuerzo.

CRISÓTEMIS. — Lo veo. Ayudaré en todo cuanto esté en mi mano.

ELECTRA. — Óyeme, pues, ahora cómo tengo decidido actuar. Tú también sabes que no tendremos ayuda de ningún ser querido, puesto que ninguno está con nosotras, sino que Hades se los ha llevado y nos ha privado de ellos. Nos hemos quedado solas.

Yo, mientras oía decir que nuestro hermano estaba aún con vida y en pleno vigor, tenía esperanzas de que él llegara algún día como vengador del asesinato de nuestro padre. Pero ahora, cuando ya no existe, dirijo mi mirada a ti para que no rehúyas, juntamente con tu hermana, dar muerte al autor de la muerte de nuestro padre, a Egisto.

Ya no debo yo ocultarte nada. ¿Hasta cuándo vas a esperar indiferente? ¿Qué esperanza hay aún sólida en la que pongas los ojos? Tú puedes lamentarte al verte privada de la posesión del patrimonio paterno y dolerte de estar envejeciendo sin lecho nupcial hasta el día de hoy, sin bodas. Pero esto, sin embargo, ya no esperes alcanzarlo nunca, porque Egisto no es hombre tan insensato que permita que tu linaje y el mío germine: ello sería claro motivo de sufrimiento para él.

Si obedeces mis consejos ganarás, en primer lugar, reputación de piedad por parte de nuestro padre, que está en el Hades, muerto, así como de nuestro hermano,

y, después, tal cual naciste, serás llamada libre el resto del tiempo y alcanzarás unas bodas como te mereces. Pues todos suelen poner su vista en la que tiene más méritos.

Y, por otra parte, ¿no ves cuánta celebridad podrías procurarte a ti misma y a mí si me obedeces? Porque, ¿qué ciudadano o extranjero[53], al vernos, no nos saludaría con alabanzas de este tipo: «Ved a estas dos hermanas, amigos, que guardaron la casa paterna y que, con desprecio de su vida, llevaron a cabo la muerte de sus enemigos, para quienes la situación era muy próspera. Todos debemos amarlas y respetarlas. Es preciso que en las fiestas y con ocasión de las asambleas de la ciudad todos las honremos por su valentía»? Cualquier mortal podrá hablar así de nosotras tanto en vida como después de muertas, de modo que nuestra fama no declinará.

¡Ea!, ¡oh querida! Déjate convencer, ayuda a nuestro padre, socorre a nuestro hermano, líbrame de desgracias y líbrate a ti misma, comprendiendo que es vergonzoso vivir en deshonra para los que han nacido nobles.

CORIFEO. — En situaciones así, la prudencia es buena ayuda, tanto para el que habla como para el que escucha.

CRISÓTEMIS. — Si ésta no tuviera pensamientos equivocados, oh mujeres, hubiera conservado la precaución antes de hablar, lo que no ha hecho. Porque, ¿adónde has mirado para proveerte de semejante valor? ¿Y, encima, me llamas a mí para obedecerte? ¿Es que no lo estás viendo? Eres mujer y no hombre, y tienes en tus

---

[53] Las mujeres griegas aparecían muy poco en público. Electra está pensando aquí en ocasiones especiales, festivales o espectáculos teatrales a los que ellas acudían y que, además, contaban con la presencia de extranjeros.

manos menos fuerzas que tus enemigos. La fortuna les sonríe a ellos cada día, mientras que para nosotras se pierde y llega a nada.

En este caso, ¿quién que planeara prender a semejante persona[54] podría escapar a la desgracia sin sufrir daño? Ten cuidado, no vaya a ser que, además de irnos ya mal, obtengamos aún mayores desdichas si alguien escucha semejante razonamiento. A nosotras no nos resuelve ni ayuda el morir ignominiosamente, aunque hayamos obtenido una buena fama. Y no es lo peor la muerte, sino el que, cuando alguien desee morir, no pueda, sin embargo, conseguirlo.

Te lo suplico, antes de perdernos por completo nosotras de la manera más infame y de extinguir nuestro linaje, contén tu cólera. Yo vigilaré para que tus palabras queden como no dichas y sin efecto para ti. Y tú misma ten prudencia de ahora en adelante y, si no tienes fuerza, cede ante los poderosos.

CORIFEO. — Obedece. Nada más provechoso pueden recibir los hombres que el buen juicio y la mente sabia.

ELECTRA. — No has dicho nada que no esperara. Sabía bien que tú rechazarías lo que te he anunciado. Esta acción debe ser hecha solamente por mi propia mano. Yo, al menos, no la dejaré en proyecto.

CRISÓTEMIS. — ¡Ay! Tales propósitos debías haberlos tenido cuando nuestro padre murió. Lo habrías arreglado todo.

ELECTRA. — Por naturaleza ciertamente que sí, pero mi capacidad de pensamiento era entonces menor.

CRISÓTEMIS. — Esfuérzate para que permanezca a lo largo de tu vida tal cual es.

ELECTRA. — Me adviertes esto, aun cuando no vas a ayudar para llevarlo a cabo.

---

[54] A Egisto, tan poderoso.

CRISÓTEMIS. — Es natural que cuando algo se emprende mal salga también mal.

ELECTRA. — Envidio tu razón, pero aborrezco tu cobardía.

CRISÓTEMIS. — Soportaré escucharte de la misma manera cuando vengas a hablarme bien de mí.

ELECTRA. — Nunca tendrás esa experiencia, al menos de mi parte.

CRISÓTEMIS. — El tiempo que falta para juzgar esto es largo.

ELECTRA. — Vete. No encuentro ayuda en ti.

CRISÓTEMIS. — La presto, pero no te das cuenta.

ELECTRA. — Vete junto a tu madre y revélaselo todo.

CRISÓTEMIS. — No te odio yo hasta ese punto.

ELECTRA. — Sin embargo, conoces a qué deshonra me conduces.

CRISÓTEMIS. — A deshonra no. Al contrario: me preocupo por ti.

ELECTRA. — ¿Tengo, pues, que obedecer lo que tú consideras justo?

CRISÓTEMIS. — Cuando razones con cordura, serás tú la que guíes entre nosotras dos.

ELECTRA. — Verdaderamente es extraño que, hablando bien, estés equivocada.

CRISÓTEMIS. — Has expresado claramente el fallo en el que has caído.

ELECTRA. — ¿Y qué? ¿No te parece que hablo con toda justicia?

CRISÓTEMIS. — Pero a veces también la justicia aporta desgracia.

ELECTRA. — Yo no quiero vivir bajo estas leyes.

CRISÓTEMIS. — Pero, si llegas a hacer esto, me darás la razón.

ELECTRA. — Lo haré, porque no me has infundido ningún miedo.

CRISÓTEMIS. — ¿Es esto verdad y no cambiarás de decisión?

ELECTRA. — Nada hay más odioso que una determinación poco firme.

CRISÓTEMIS. — Piensas que ninguna razón tengo en lo que digo.

ELECTRA. — Desde hace tiempo lo tengo decidido y no desde hace poco.

CRISÓTEMIS. — En ese caso me voy, porque ni tú te resignas a aceptar mis palabras ni yo tu forma de actuar.

ELECTRA. — Entra. No te obedeceré nunca, aunque lo llegues a desear ardientemente, ya que es gran insensatez perseguir metas vanas.

CRISÓTEMIS. — Si crees que encuentras algún sentido para ti misma, sigue pensando así. Pero cuando te veas entre desgracias, entonces aprobarás mis palabras.

(Entra en el palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¿Por qué, cuando contemplamos a las más sagaces aves del cielo cuidándose del alimento de los que engendraron y con los que encuentran un goce, no lo hacemos en igual medida? Pero, ¡por el rayo de Zeus y por la celeste Temis, que permanecerán impunes por largo tiempo! [55]. *¡Oh voz de los mortales que llegas hasta los infiernos, haz oír a los Atridas que están bajo tierra mi palabra quejumbrosa, portadora de tristes reproches!*

---

[55] Los asesinos de Agamenón. Anteriormente ha aludido a las cigüeñas, animales que los antiguos consideraban como ejemplo de cuidado por sus crías (ARISTÓFANES, *Aves* 1353 y sigs.), y la relación está en que Crisótemis, con su conducta de inhibición, no se preocupa de los suyos.

Antístrofa 1.ª

Que los asuntos de palacio están viciados y que una doble contienda hace imposible las relaciones entre sus hijas en amistosa convivencia. Que Electra sola, traicionada, está indecisa, llorando siempre, ¡desdichada!, a su padre, como el ruiseñor que siempre se queja y que, sin inquietarse en absoluto por la muerte, se dispone a no ver más la luz después de matar a la doble Erinis[56]. *¿Quién podría haber nacido tan noble de sentimientos?*

Estrofa 2.ª

Nadie entre los nobles quiere deshonrar su fama en medio de una vida de penurias, anónima, ¡oh hija, hija!, como tú, que también preferiste una vida acompañada de llantos sin fin y, tras vencer al deshonor, ganar dos títulos en uno solo: ser llamada sabia y excelente hija.

Antístrofa 2.ª

¡Ojalá vivas por encima de tus enemigos en fuerza y en riqueza tanto cuanto ahora vives sometida! Después que te he encontrado caída en aciago destino, has ganado los mejores premios a los ojos de las leyes que nacieron para ser las más importantes, por tu piedad para con Zeus.

(Entran Orestes y Pílades con dos criados. Uno lleva una urna.)

ORESTES. — ¿Acaso, mujeres, estamos bien enterados y nos dirigimos exactamente a donde queremos?

CORIFEO. — ¿Qué es lo que intentas averiguar y con qué deseo te presentas?

ORESTES. — Desde hace algún tiempo intento averiguar dónde ha fijado Egisto su morada.

CORIFEO. — Has llegado bien, y no se puede hacer ningún reproche a quien te lo indicó.

---

[56] Porque son dos los asesinos, la autora y su cómplice.

Orestes. — ¿Quién de vosotras podría anunciar a los de dentro nuestra llegada, que se presenta cuando era deseada?

Corifeo. — *(Señalando a Electra.)* Ésta, si es necesario que lo anuncie quien les es más allegada.

Orestes. — Ve, oh mujer, y hazles saber que unos hombres focenses buscan a Egisto.

Electra. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿No será que traen pruebas visibles de la noticia que hemos escuchado?

Orestes. — No conozco la noticia a que te refieres. A mí el anciano Estrofio me ordenó comunicar algo acerca de Orestes.

Electra. — ¿Qué? ¡Oh extranjeros! ¡Cómo se apodera de mí el temor!

Orestes. — Como ves, nos cuidamos de transportar en una pequeña urna los exiguos restos del que murió.

Electra. — ¡Cuán desgraciado soy! Aquello es ya evidente. Siento que el dolor está cercano, según parece.

Orestes. — Si te lamentas por alguna de las desgracias de Orestes, sabe que esta urna esconde su cuerpo.

Electra. — ¡Oh extranjero! Permíteme ahora —¡por los dioses!—, si es que este vaso lo oculta, tomarlo en mis manos para, con estas cenizas, llorar y lamentarme por mí misma y por todo mi linaje.

Orestes. — Acercaos y dádselas, quienquiera que sea, pues no pide como alguien hostil, sino que o es amiga o pariente por su raza.

Electra. — ¡Oh recuerdo que me queda de la vida de Orestes, el más querido para mí de los hombres! ¡Cuán lejos de mis esperanzas te recibo, no como te despedí! Ahora te alzo en mis manos y no eres nada; sin embargo, yo te hice salir de casa fuerte, ¡oh hijo! ¡Ojalá hubiera abandonado la vida antes que enviarte a escondidas con mis manos a una tierra extranjera y an-

tes que ponerte a salvo de la muerte, para que tú hubieras podido yacer aquel día, muerto, tras obtener la parte que te corresponde de la tumba paterna! Pero ahora has perecido de mala manera, fuera de casa y como emigrante en otra tierra, separado de tu hermana. Y yo, infortunada, ni con manos amorosas te he preparado con abluciones, ni he recibido del fuego, como era natural, la desdichada carga incandescente, sino que, habiendo sido atendido por manos extrañas, infeliz, llegas como un peso insignificante en pequeña vasija.

¡Ay de mí, desventurada, por mis inútiles cuidados de otro tiempo, que yo frecuentemente prodigué en torno a ti con dulce fatiga! Porque entonces tú no eras más querido de tu madre que de mí, ni los que estaban en casa eran quienes te cuidaban, sino yo, y a mí me llamabas siempre hermana. Ahora ha desaparecido esto en un solo día por tu muerte. Pues, arrebatándolo todo, te has ido como un huracán. Nuestro padre se ha ido. Yo estoy muerta contigo[57]. Tú mismo te has ido, pues has muerto. Los enemigos ríen. Tu madre, que no merece tal nombre, está enloquecida por efecto del placer. Acerca de ella, tú me hacías llegar frecuentes recados a escondidas, en los que decías que te mostrarías tú en persona como vengador.

Pero nos ha privado de ello el aciago destino tuyo y mío, que de esta manera te ha enviado, como ceniza y sombra vana en lugar de la queridísima figura. ¡Ay de mí! ¡Oh cuerpo digno de compasión, ay, ay! ¡Oh amadísimo! ¡Por qué caminos terribles has sido enviado! ¡Ay de mí! ¡Cómo me has perdido! Me has perdido en verdad, ¡oh hermano!, y, por ello, recíbeme en esta morada tuya; acoge a la que nada es en la nada, para que habite contigo, abajo, el resto del tiempo. Porque, cuando estabas arriba, yo participaba por igual contigo.

57 Es decir, se le ha ido el estímulo por la vida.

También ahora deseo morir y no quedar privada de tu sepultura, pues no veo que los muertos sufran.

CORIFEO. — Has nacido de un padre mortal, Electra, piénsalo. Orestes también era mortal. De modo que no te aflijas en demasía. Todos nosotros debemos pasar por ello.

ORESTES. — *(Hablando consigo mismo.)* ¡Oh, oh! ¿Qué diré? ¿A qué palabras acudir estando perplejo como estoy? No tengo fuerzas para contener más la lengua.

ELECTRA. — ¿Qué dolor padeces? ¿Por qué estás diciendo estas cosas?

ORESTES. — ¿Es, por cierto, tu noble figura la de Electra?

ELECTRA. — Ésta es y en muy lamentable estado.

ORESTES. — ¡Ah, por esta penosa desgracia!

ELECTRA. — ¿Y no es cierto, oh extranjero, que te lamentas así por mí?

ORESTES. — ¡Oh cuerpo, deshonrosa e impíamente destrozado!

ELECTRA. — Tus palabras de compasión no se dirigen, extranjero, a otra que no sea yo.

ORESTES. — ¡Ah, tu vida sin matrimonio y de sombrío destino!

ELECTRA. — ¿Por qué, oh extranjero, me miras así y te lamentas?

ORESTES. — ¡Hasta qué punto no conocía ninguna de mis propias desgracias!

ELECTRA. — ¿Cuál de mis palabras te lo ha hecho conocer?

ORESTES. — El ver que te distingues por tus numerosos dolores.

ELECTRA. — Pues ciertamente sólo ves unos pocos de mis males.

ORESTES. — ¿Cómo podría ver otros peores aún que éstos?

Electra. — El que yo esté conviviendo con los asesinos.

Orestes. — ¿De quién? ¿Por qué haces referencia a esa desgracia?

Electra. — Con los de mi padre. Y, además, estoy sometida por la fuerza a ellos.

Orestes. — ¿Y quién te empuja a esa necesidad?

Electra. — La que es llamada madre, pero que en nada se asemeja a una madre.

Orestes. — ¿Qué hace? ¿Acaso con sus propias manos o haciendo difícil tu existencia?

Electra. — Con sus manos, con malos tratos y con todo tipo de humillaciones.

Orestes. — ¿Y no hay quien te socorra y lo impida?

Electra. — No, por cierto. Pues a quien había, tú me lo has presentado en cenizas.

Orestes. — ¡Oh desdichada! ¡Cómo te estoy compadeciendo desde hace rato al mirarte!

Electra. — Eres el único de los mortales, entérate, que me ha compadecido alguna vez.

Orestes. — Porque soy el único que he llegado afligido por tus propios males.

Electra. — ¿No habrás llegado de alguna parte como pariente mío?

Orestes. — Yo te lo explicaría, si tuviera pruebas de la buena disposición de éstas.

Electra. — Existe esa buena disposición, de modo que hablarás ante gente fiel.

Orestes. — Deja, pues, esa urna para que puedas saberlo todo.

Electra. — ¡No me hagas esto, por los dioses, extranjero!

Orestes. — Obedece a quien te está hablando y no errarás nunca.

ELECTRA. — ¡No, te lo suplico[58], no me arrebates lo más querido!

ORESTES. — Digo que no lo permitiré. *(Se dispone a quitarle la urna.)*

ELECTRA. — ¡Ay, desgraciada de mí, si me veo privada, Orestes, de darte sepultura!

ORESTES. — Di palabras que sean favorables. Pues estás gimiendo sin razón.

ELECTRA. — ¿Cómo voy a llorar sin razón al hermano muerto?

ORESTES. — No te conviene hacer tal afirmación.

ELECTRA. — ¿Tan indigna soy del que está muerto?

ORESTES. — Tú no eres indigna de nadie, pero esto[59] no te corresponde.

ELECTRA. — Sí, siempre que lo que sostengo en las manos sea el cuerpo de Orestes.

ORESTES. — No es de Orestes, sino que así se ha dispuesto en la ficción.

ELECTRA. — Y ¿dónde está la sepultura de aquel infortunado?

ORESTES. — No existe, pues no es propio de los vivos la sepultura.

ELECTRA. — ¿Cómo dices, oh hijo[60]?

ORESTES. — Ninguna falsedad hay en lo que digo.

ELECTRA. — ¿Acaso vive?

ORESTES. — Sí, si es que yo estoy vivo.

ELECTRA. — ¿Es que eres tú?

ORESTES. — Mirando este anillo de mi padre, podrás saber si digo la verdad.

ELECTRA. — ¡Oh el día más querido!

---

58 Literalmente dice «por la mejilla». Era un gesto de súplica que debía ir acompañando a la solemne imprecación.

59 Se refiere a la urna.

60 Cambia el tratamiento. De llamarle «extranjero» pasa a decirle «hijo», que es bastante verosímil, teniendo en cuenta la diferencia de edad.

Orestes. — El más querido también para mí.

Electra. — ¡Oh voz! ¿Has venido?

Orestes. — Ya no te enterarás por otros.

Electra. — ¿Te tengo en mis brazos?

Orestes. — Como ojalá me tengas siempre.

Electra. — ¡Oh amadísimas mujeres, oh ciudadanas! Ved aquí a Orestes, muerto con engaños, pero salvado también con engaños.

Corifeo. — Lo vemos, ¡ah, hija!, y por este suceso lágrimas salen gozosas de nuestros ojos.

Estrofa.

Electra. — *Oh vástago, vástago del ser más querido para mí. Has llegado hoy mismo, has encontrado, has alcanzado, has visto a los que buscabas.*

Orestes. — Estoy aquí, pero aguarda en silencio.

Electra. — *¿Qué pasa?*

Orestes. — Es mejor callar, no vaya a ser que alguien de los de dentro nos oiga.

Electra. — *No, por Ártemis, la siempre virgen, no consideraré digno temer a esa carga inútil de mujeres que siempre están dentro.*

Orestes. — Ten cuidado, que incluso en las mujeres se encuentra Ares, y tú lo sabes bien por propia experiencia.

Electra. — *¡Ay, ay! A las claras me has nombrado nuestra desgracia tal cual es, imposible de suprimir y de olvidar nunca.*

Orestes. — También yo lo sé. Pero cuando podamos hablar con libertad, entonces será la ocasión de recordar estos hechos.

Antístrofa.

Electra. — *Todo el tiempo, todo, me convendría tener para hablar con justicia de ellos. Con dificultad retengo ahora mi boca ya libre.*

Orestes. — Yo también estoy de acuerdo. Y, precisamente por ello, consérvala así.

Electra. — *Y ¿qué he de hacer?*

Orestes. — Cuando no haya ocasión, no quieras hablar demasiado.

Electra. — *¿Y quién podría, habiéndote tú presentado, callar así, con dignidad, en lugar de hablar, después de que a ti incomprensible e inesperadamente te he visto?*

Orestes. — Me has visto cuando los dioses me impulsaron a venir.

Electra. — *Das a entender una gracia aún mayor que la presente, si una divinidad te trajo a nuestra morada. Yo lo considero como algo sobrenatural.*

Orestes. — Por una parte, no me atrevo a prohibirte que estés alegre; por otra, temo que seas en exceso vencida por tu alegría.

Epodo.

Electra. — *¡Ah! Después de haberte dignado mostrarte, así, a mí tras largo tiempo por un gratísimo camino, y viéndome tan angustiada, no me...*

Orestes. — *¿Qué temes que haga?*

Electra. — *No me prives del placer de tu persona haciéndome renunciar a ella.*

Orestes. — *Ciertamente, me indignaría mucho contra los demás, si viera que lo hacen.*

Electra. — *¿Lo prometes?*

Orestes. — *¿Por qué no?*

Electra. — *¡Oh amigas, he oído una voz que no hubiera esperado oír! Mantengo —sin un grito— mis impulsos al escucharla, infortunada. Ahora te tengo. Has aparecido con un aspecto queridísimo, del cual yo ni en los malos momentos podría olvidarme.*

Orestes. — Suprime lo que es superfluo en tus palabras y no me hagas saber que nuestra madre es malva-

da, ni que Egisto derrocha los bienes paternos del palacio, echa a perder unas cosas y dilapida otras, porque esta charla te podría hacer perder la ocasión del momento. Indícame lo que me convenga en esta situación ahora presente, dónde, a la vista de todos u ocultos, nos vamos a librar de los enemigos que en su actual modo de vida ríen.

Y que no te descubra nuestra madre por la alegría de tu rostro, cuando nosotros dos[61] entremos en palacio, sino que gime como si fuera a causa de la desgracia falsamente anunciada. Porque, cuando hayamos salido triunfantes, entonces podremos alegrarnos y reír con libertad.

ELECTRA. — ¡Oh hermano! Como te sea grato a ti, así será mi conducta, pues de ti he obtenido mis satisfacciones y no ha sido adquisición mía. No aceptaría conseguir yo misma un gran provecho, si tuviera que disgustarte, aunque fuera un poco. No prestaría un buen servicio a la fortuna que tenemos presente[62]. Tú conoces de qué manera están aquí las cosas, ¿cómo no? Has oído que Egisto no está en casa y nuestra madre sí. En lo que respecta a ella, no temas en ningún momento que vea mi rostro ardiente por la sonrisa. Un antiguo odio ha penetrado en mí, y, puesto que te he visto, no cesaré de derramar lágrimas de alegría. ¿Cómo podría no hacerlo yo, que te he visto en una sola etapa morir y vivir? Tú me has sorprendido, hasta el punto de que, si mi padre llegara vivo, ya no lo consideraría un prodigio, sino que creería estar viéndolo. Puesto que nos has llegado de esta manera, manda a tu gusto. Yo sola hubiera obtenido una de estas dos cosas: o me hubiera puesto a salvo a mí misma con honra, o hubiera perecido con ella.

---

61 Orestes y Pílades.

62 La divinidad que ha traído a Orestes a casa.

Orestes. — Te aconsejo que calles, porque oigo a alguien de los de palacio que se dispone a salir.

Electra. — *(Cambiando el tono de voz.)* Entrad, oh extranjeros, y con mayor motivo al llevar algo que ninguno en palacio rechazaría ni podría alegrarse de recibir[62 bis].

(Aparece el Pedagogo.)

Pedagogo. — ¡Oh insensatos en sumo grado y privados de razón! ¿Acaso os cuidáis tan poco de vuestra vida, o es que no tenéis ningún sentido común cuando no os dais cuenta de que estáis no cerca de los más grandes peligros, sino en medio de ellos? Si no hubiera estado yo desde hace rato vigilando en estas puertas, vuestros proyectos habrían estado en el palacio antes que vuestras personas. En cambio, yo de estas cosas he tenido cuidado. Ahora ya absteneos de largos discursos y de este interminable clamor acompañado de alegrías, y presentaos dentro, porque el dilatarlo en estas circunstancias es malo, y es el momento oportuno de poner fin a esto.

Orestes. — ¿Y cómo me encontraré las cosas allí al entrar yo?

Pedagogo. — Bien. Es seguro que ninguno te reconocerá.

Orestes. — Has comunicado, naturalmente, que yo he muerto.

Pedagogo. — Sábete que, aunque estés aquí, eres uno de los que habitan en el Hades.

Orestes. — ¿Se alegran con estas noticias? ¿Qué palabras dicen?

Pedagogo. — Terminado nuestro cometido, te lo po-

[62 bis] Ambiguas palabras de Electra, que se refieren, por una parte a las supuestas cenizas de Orestes, y por otra, al castigo que van a recibir los culpables.

dría decir. Tal como están las cosas ahora, lo que se refiere a aquéllos está bien, incluso lo que no es bueno[63].

ELECTRA. — ¿Quién es éste, hermano? ¡Por los dioses, dímelo!

ORESTES. — ¿No te das cuenta?

ELECTRA. — No lo tengo en la mente.

ORESTES. — ¿No conoces a aquel en cuyas manos me entregaste un día?

ELECTRA. — ¿A quién? ¿Qué dices?

ORESTES. — En las manos de éste, debido a tu solicitud, fui sacado secretamente al país de los Foceos.

ELECTRA. — ¿Acaso es aquel el único a quien encontré leal entre mucho entonces, con ocasión del asesinato de mi padre?

ORESTES. — Éste es, pero no me interrogues con más palabras.

ELECTRA. — ¡Oh el día más querido! ¡Oh único salvador del palacio de Agamenón! ¿Cómo has llegado? ¿Eres por ventura aquel que nos salvaste a éste y a mí de muchos padecimientos? ¡Oh manos queridísimas[64]! ¡Oh tú, que con tus pies nos prestaste un servicio inestimable! ¿Cómo es que estuviste a mi lado sin advertirlo y no me lo hiciste saber, sino que me matabas con tus palabras, aunque llevabas los más agradables hechos para mí? Te saludo, padre, pues me parece estar viendo a un padre. Te saludo. Sábete que yo en un solo día te he aborrecido y amado lo más que se puede.

PEDAGOGO. — Me parece que es suficiente. Pues muchos días, al sucederse con sus correspondientes noches, te revelarán claramente los relatos de lo acaecido desde entonces, Electra. Y ahora os digo a vosotros aquí

---

63 Pasaje poco claro. Jebb interpreta que las condiciones, en lo que se refiere a Clitemestra y Egisto, son buenas para ellos, Orestes y Pílades, incluso moralmente buenas.

64 Al mismo tiempo debía cogerle las manos.

presentes que ya es hora de actuar. En este momento, Clitemestra está sola y no hay dentro ninguno de los servidores. Si os retrasáis, pensad que os las veréis con otros más diestros y numerosos que ellos.

ORESTES. — No debe ser ya para nosotros tarea de largos discursos, Pílades, sino de entrar cuanto antes, tras inclinarnos a saludar a las imágenes de los dioses patrios que se encuentran en este atrio.

(Entran en palacio Orestes, Pílades y el Pedagogo.)

ELECTRA. — Soberano Apolo, óyeles propicio y a mí junto a ellos, que en muchas ocasiones te he presentado con mano implorante lo que tenía. Y ahora, oh Apolo Licio, a partir de lo que tengo te hago la súplica, me arrodillo ante ti, te lo imploro: sé para nosotros resuelto defensor de estas decisiones nuestras y muestra a los hombres los castigos que aplican los dioses por impiedad.

(Entra también en palacio.)

CORO.

Estrofa.

(Hablando entre ellos.) *Ved hacia dónde se extiende Ares, engendrando sangre inevitable. Acaban de entrar bajo el techo de palacio, vengadores de funestos crímenes, los perros de los que no se puede escapar*[65]. *De modo que ya no espera por mucho tiempo en suspenso el sueño de mis pensamientos.*

Antístrofa.

Es conducido a la casa con paso furtivo, vengador de los muertos, a la habitación en otro tiempo lujosa de su padre, llevando en las manos sangre recién afilada[66].

---

[65] Las Erinias son comparadas con perras que persiguen a los humanos para vengar crímenes de sangre.

[66] La sangre que ha ocasionado la muerte de Agamenón por un golpe de hacha bien afilada.

El hijo de Maya, Hermes[67]*, les conduce, ocultando el engaño en la oscuridad, hacia la misma meta y ya no espera.*

(Sale Electra.)

Estrofa.

ELECTRA. — Oh queridísimas mujeres, enseguida los hombres cumplirán su misión, pero aguardad en silencio.

CORIFEO. — ¿Cómo? ¿Qué hacen ahora?

ELECTRA. — Ella prepara una urna para las ceremonias fúnebres. Ellos dos acechan cerca.

CORIFEO. — Y tú, ¿por qué te has precipitado afuera?

ELECTRA. — Para vigilar que Egisto no entre sin advertirlo nosotros.

CLITEMESTRA. — *(Desde el interior.)* ¡Ay, ay, techos vacíos de amigos y llenos de quienes hacen perecer!

ELECTRA.— Alguien grita adentro. ¿No oís, oh amigas?

CORO. — *He escuchado gritos espantosos de oír, ¡desdichada!, como para estremecerme.*

CLITEMESTRA. — ¡Ay de mí, desgraciada! Egisto, ¿dónde te encuentras?

ELECTRA. — Escucha, alguien grita una vez más.

CLITEMESTRA. — ¡Oh hijo, hijo! Ten compasión de la que te dio a luz.

ELECTRA. — Él, sin embargo, no obtuvo compasión de ti, ni el padre que lo engendró.

CORO. — *¡Oh ciudad, oh raza desventurada! Ahora se te acaba tu destino, el que ha marcado tus días, se te acaba*[68].

---

67 Hermes es el dios de los caminos y, por eso, guía a Orestes. También va a acompañar a Egisto y Clitemestra al Hades, invocándose así la otra cualidad que se le atribuye de acompañar a las almas de los muertos. Cf. *Filoctetes* 133.

68 Es decir, concluye la situación en que ha vivido el palacio desde la muerte de Agamenón.

Clitemestra. — ¡Ay, he sido herida!

Electra. — Hiere una segunda vez, si tienes fuerza.

Clitemestra. — ¡Ay de mí otra vez!

Electra. — ¡Ojalá fuera para Egisto al mismo tiempo!

Coro. — *Las maldiciones se cumplen. Viven los que yacen bajo tierra. Los que han muerto hace tiempo se cobran la sangre nuevamente derramada de sus matadores.*

(Orestes y Pílades salen de palacio.)

Antístrofa.

Ellos están presentes, sus manos ensangrentadas gotean por el sacrificio a Ares. Y no puedo censurarlo.

Electra. — Orestes, ¿cómo estáis?

Orestes. — Los asuntos de palacio están bien, si Apolo bien profetizó.

Electra. — ¿Ha muerto la miserable?

Orestes. — Ya no temas que la audacia materna te deshonre nunca.

Electra. — ... [69].

Coro. — *Cesad, pues veo claramente a Egisto.*

Electra. — ¡Oh hijos! ¿No os iréis atrás?

Orestes. — Ved a nuestro hombre encima... [70].

Electra. — ... viene alegre desde las afueras de la ciudad.

Coro. — *Entrad al vestíbulo lo más aprisa posible. Ya que habéis resuelto bien lo de antes, hacedlo así también ahora.*

Orestes. — Confía, lo haremos.

Electra. — Según lo has proyectado, apresúrate.

---

69 Hay una laguna en el texto. Según Erfurdt, faltan tres versos, dos en boca de Electra y otro en boca de Orestes.

70 Falta una parte de las palabras de Orestes y de la contestación de Electra.

Orestes. — Ya me voy. *(Salen Orestes y Pílades.)*

Electra. — Lo de aquí es cosa mía.

Coro. — *Al oído convendría hablarle amistosamente algunas palabras a este hombre, para que se precipite engañado al combate justiciero.*

(Entra Egisto en escena.)

Egisto. — ¿Quién de vosotras sabe dónde están los extranjeros focenses, quienes, según dicen, nos anuncian que Orestes ha perdido la vida en un naufragio hípico? *(A Electra.)* A ti te pregunto, sí, a ti, tan audaz en otro tiempo. Creo que es a ti a la que más te interesa y la que con más conocimiento podrías hablar.

Electra. — Lo sé, ¿cómo no? ¿Podría yo estar indiferente a lo que afecta a mis seres queridos?

Egisto. — En ese caso, ¿dónde están los extranjeros? Dímelo.

Electra. — Dentro. Ellos han cumplido con una amable huéspeda.

Egisto. — ¿Y anunciaron que está verdaderamente muerto?

Electra. — No, pero lo demostraron con algo más que palabras.

Egisto. — ¿Nos es posible, entonces, saberlo con certeza?

Electra. — Es posible, y también ver el lamentable espectáculo.

Egisto. — Contra tu costumbre me anuncias algo que me alegra mucho.

Electra. — Puedes alegrarte, si ello te resulta alegre.

Egisto. — Ordeno guardar silencio y abrir las puertas y que todos los miceneos y argivos lo vean para que, si alguno de ellos se engrandecía antes, por tener vanas esperanzas en este hombre, al ver ahora su cadáver, acep-

te mi rienda y no tenga que ponerse en razón por la fuerza, al recibir mi castigo.

ELECTRA. — Lo que se refiere a mí está cumplido[71]. Con el tiempo he obtenido inteligencia como para agradar a los más poderosos.

(Se abren las puertas de palacio y se muestra un cuerpo tapado, a cuyos lados están Orestes y Pílades.)

EGISTO. — ¡Oh Zeus, tengo ante los ojos una imagen fantasmal que no ha sucumbido sin la envidia divina! Pero si la venganza hace acto de presencia no hablo. Descorred del todo el velo del rostro para que, como pariente, reciba cantos fúnebres también de mi parte.

ORESTES. — Levántalo tú mismo. No es cosa mía sino tuya el mirar estos restos y saludarlos con afecto.

EGISTO. — Me das un buen consejo y lo seguiré. Y tú *(a Electra)*, si Clitemestra está por alguna parte de la casa, llámala.

ORESTES. — Está cerca de ti. No mires por otro lado.

EGISTO. — ¡Ay de mí! ¡Qué veo!

ORESTES. — ¿A quién temes? ¿A quién no reconoces?

EGISTO. — ¿En las redes de qué personas he caído, infortunado de mí?

ORESTES. — ¿No te has dado cuenta de que, desde hace rato, te estás dirigiendo a vivos como si estuvieran muertos?

EGISTO. — ¡Ay, he comprendido lo que dices! Es imposible que sea otro que Orestes el que me ha hablado.

ORESTES. — ¿Y siendo excelente adivino has estado engañado tanto tiempo?

EGISTO. — ¡Estoy perdido, desgraciado! Pero permíteme hablar, aunque sea un momento.

ELECTRA. — No le dejes decir más, por los dioses, her-

71 Su parte en el plan de venganza de Egisto está ya cumplido.

mano, ni que se extienda en el relato. Pues, ¿qué provecho podría sacar de la demora una persona que, envuelta en crímenes, va a morir? Por el contrario, mátalo cuanto antes y, tras hacerlo, entrégalo a los sepultureros [72], que es justo que tenga, fuera de nuestra vista. Ésta sería para mí la única liberación de las desgracias que me vienen de antaño.

ORESTES. — Entra deprisa. Pues no porfiamos por palabras, sino por tu vida.

EGISTO. — ¿Por qué me conduces a palacio? ¿Cómo, si es ésta una acción noble, se necesita la oscuridad y no estás listo para matarme?

ORESTES. — No des órdenes y avanza adonde mataste a mi padre, para que mueras en el mismo lugar [73].

EGISTO. — ¿Existe tanta necesidad de que este techo contemple las desgracias de los Pelópidas, las presentes y las que se avecinan?

ORESTES. — Por lo menos las tuyas. Yo soy un excelente adivino para ti de éstas.

EGISTO. — Te jactas de un arte que no te viene por línea paterna [74].

ORESTES. — Mucho replicas y el viaje se retarda, así que camina.

EGISTO. — Sírveme de guía.

ORESTES. — Tú eres el que debes marchar delante.

EGISTO. — ¿Para que no huya de ti?

ORESTES. — Para que no mueras de forma que te complazca. Tengo que cuidarme de que te sea amargo.

---

72 Los perros y buitres. Lugar común de la literatura griega que encontramos desde Homero.

73 En el *mégaron* del palacio. Idéntica expresión que en las *Coéforas* de ESQUILO, v. 904, refiriéndose a Clitemestra, a la que hace ir al mismo lugar donde ha caído Egisto.

74 Agamenón no supo adivinar el destino que le aguardaba, al regresar a Micenas.

Sería preciso que esta justicia fuese inmediata para el que quisiera transgredir las leyes: la muerte. Así el malvado no abundaría tanto.

CORO. — *¡Oh linaje de Atreo! ¡Cuánto has padecido hasta llegar a duras penas a la libertad conseguida con el actual esfuerzo!*

FILOCTETES

INTRODUCCIÓN

ESTRUCTURA DEL DRAMA

PRÓLOGO (1-134). Odiseo muestra a Neoptólemo el lugar donde, diez años antes, había abandonado a Filoctetes en la isla de Lemnos. El joven descubre una gruta con indicios de estar habitada. Odiseo le recomienda capturar al héroe y su arco, fingiendo enemistad contra los Atridas y él mismo. Neoptólemo se resiste, pero cede ante el argumento de que sólo así se tomará Troya. Odiseo se vuelve al barco.

PÁRODO (135-218). Entran los quince marineros de la tripulación de Neoptólemo. Comprende tres estrofas y antístrofas seguidas de versos anapésticos. Neoptólemo transmite al Coro lo que sabe y le da las órdenes de acechar a Filoctetes. El Coro siente compasión por los sufrimientos de éste. Finalmente, se oyen ruidos que avisan de la presencia del héroe.

EPISODIO 1.° (219-675). Se reconocen los dos personajes y, seguidamente, Filoctetes cuenta su historia al joven. Éste, a su vez, la cuenta el fingido motivo de pelea con los Atridas y dice que está haciendo el viaje de vuelta a su patria. Filoctetes pide que le lleven y Neoptólemo se lo promete. Entonces llega un emisario de Odiseo (v. 541), disfrazado de mercader, que anuncia que los griegos les están buscando. Filoctetes más que nunca desea huir. Entran en la cueva a por los enseres del héroe. Intercaladas en este

episodio están la estrofa y antístrofa de un canto festivo (391-402 y 507-518). La primera celebra a la diosa Cíbele, y en la segunda el Coro intercede ante Neoptólemo por Filoctetes.

ESTÁSIMO 1.° (676-729). Es el único propiamente tal de la obra. Consta de dos estrofas y dos antístrofas. El Coro en solitario se lamenta por los sufrimientos de Filoctetes y, desde el v. 718, en que aparece éste acompañado de Neoptólemo, se congratula de su pronta liberación merced a la decisión de su amo.

EPISODIO 2.° (730-826). Filoctetes experimenta agudos dolores que le van a privar del sentido, y da su arco a Neoptólemo pidiéndole que lo guarde hasta que él vuelva en sí. No le exige juramento de que se quedará a esperarlo.

ESTÁSIMO 2.°, sustituido por un diálogo lírico (827-864). Abarca dos pares de estrofas seguidas de versos hexámetros en boca de Neoptólemo y el epodo. El Coro urge a Neoptólemo a apoderarse del arco de Filoctetes y a huir aprovechando el sueño de éste. Neoptólemo replica que sería inútil, si no se llevan también a Filoctetes, según ha declarado el oráculo.

EPISODIO 3.° (865-1080). Neoptólemo, dominado por sus remordimientos, confiesa a Filoctetes que le van a llevar a Troya. Filoctetes pide que le devuelvan su arco. Entonces entra Odiseo y lo impide (v. 974). Como Filoctetes se niega a acompañarlos, Odiseo ordena marcharse, abandonándole solo en la isla. Parten Odiseo y Neoptólemo, el cual pide al Coro que se quede con el héroe esperando nuevas soluciones.

ESTÁSIMO 3.°, sustituido por un diálogo lírico (1081-1217). Formado por dos estrofas y dos antístrofas y, a partir del v. 1169, por versos líricos sin correspondencia. En él, Filoctetes se dirige a la cueva lamentándose. La falta del arco le va a acarrear sufrimientos aún peores. El Coro le recuerda que la culpa es sólo suya, por no querer abandonar la isla, y le invita a hacerlo aún. Filoctetes se niega y pide un arma para darse muerte. Entran Neoptólemo y Odiseo.

ÉXODO (1218-1471). Neoptólemo le devuelve su arco, pero intenta convencerle para que vuelva a Troya. Filoctetes, obstinadamente, rehúsa. Aparece Heracles y ordena al héroe embarcarse no a Grecia, sino a Troya, para ser curado y cumplir su destino glorioso.

NOTA BIBLIOGRAFICA

R. C. JEBB, *The tragedies of Sophocles*, Cambridge, 1904.
— *Philoctetes*, Cambridge, 1906.
A. C. PEARSON, *Sophoclis Fabulae*, Oxford, 1924.
A. DAIN - P. MAZON, *Sophocle, III: Philoctète, Oedipe à Colone*, París, 1960.
M. BENAVENTE, *Sófocles. Tragedias*, Madrid, 1970.
J. PALLÍ, *Sófocles. Teatro Completo*, Barcelona, 1973.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Señalamos a continuación los pasajes en los que no se ha seguido el texto de A. C. Pearson.

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
144	ἐσχατιᾶς	ἐσχατιαῖς
426	δύ' αὖ τώδ' ἐξέδειξας	δύ' αὖ τώδ' ἄνδρ' ἔλεξας
498	μέρει	μέρος
533-4	γῆν ... εἰς οἴκησιν	τὴν ... εἰσοίκησιν
705	πόρου	πόρων
755	τοὐπίσιγμα	τοὐπίσαγμα
800	ἀνακαλούμενον	ἀνακαλουμένῳ
1094	ἐλῶσί μ'· οὐδ' ἔτ' ἰσχύς.	ἐλῶσιν· οὐκέτ' ἴσχω
1132	†ἄθλιον†	ἄρθμιον
1138	ἀθροῦν	αἰσχρῶν
1149	πελᾶτ'	πηδᾶτ'
1361	πάντα ... κακούς	τἄλλα ... κακά
1383	ὠφελούμενος	ὠφελῶν φίλους
1407	σῆς πάτρας	[σῆς πάτρας]

ARGUMENTO DE *FILOCTETES*

Habiendo sido elevado, en Crisa, un altar a Atenea sobre el que les había sido predicho por un oráculo a los aqueos que debían sacrificar, sólo lo conocía el hijo de Peante, que, en tiempos, se había relacionado con Heracles. Cuando lo buscaba para mostrárselo a la escuadra marina, mordido por una víbora, fue abandonado, enfermo, en Lemnos. Heleno dijo a los aqueos que Ilión sería conquistada por las flechas de Heracles y por el hijo de Aquiles. El arco y las flechas estaban únicamente en poder de Filoctetes. Enviado a esta misión, Odiseo recogió a ambos.

DE OTRA MANERA

Transporte de Filoctetes desde Lemnos a Troya por Neoptólemo y Odiseo, obedeciendo la profecía de Heleno, el cual —según había vaticinado Calcante—, por ser conocedor de los oráculos que iban a contribuir a la toma de Troya, atrapado en una emboscada de noche por Odiseo, fue llevado atado ante los helenos. La escena se desarrolla en Lemnos. El Coro está compuesto por los ancianos que navegaron con Neoptólemo. La historia la encontramos también en Esquilo. Fue puesta en escena en tiempo de Glaucipo. El primero fue Sófocles.

PERSONAJES

ODISEO.
CORO.
NEOPTÓLEMO.
FILOCTETES.
OBSERVADOR disfrazado de mercader.
HERACLES.

(La escena tiene lugar en un solitario paraje costero de la isla de Lemnos. En el acantilado se divisa una cueva. Aparecen Odiseo y Neoptólemo con un marino.)

ODISEO. — Éste es el acantilado de la tierra de Lemnos, bañada por todas partes, y no pisada ni habitada por los hombres [1], en donde, ¡oh Neoptólemo, hijo de Aquiles, el más valiente padre de entre los helenos!, hace tiempo, dejé yo abandonado al Melio [2], al hijo de Peante. Me habían ordenado hacerlo los que mandaban —le supuraba el pie a causa de un mal devorador—, puesto que no nos era posible acceder a libación ni sacrificio alguno con tranquilidad, sino que continuamente nos invadía todo el campamento con sus agudos lamentos, gritando y gimiendo.

Pero, ¿por qué hay que hablar de esto? No nos es propicio el momento para largos discursos, no vaya a ser que se aperciba de mi venida y eche a perder todo el artificio con el que creo poder cogerle pronto. Tu misión es, de ahora en adelante, obedecer y observar dónde hay aquí una cueva de doble abertura tal que, en in-

---

1 Lemnos, isla de gran tamaño al Noroeste del mar Egeo. Se la cita en la *Ilíada* (VII 467) como una isla habitada. Sófocles, tal vez intencionadamente, la considera desierta para aumentar los sufrimientos del héroe. El escoliasta sugiere que fue abandonado en una costa desierta donde no había encontrado en todo el tiempo habitantes. Esto no es muy verosímil cuando se nos dice que estuvo diez años retenido en ella.

2 Se les llama melios a todos los pueblos vecinos del golfo de Mélide, en Tesalia.

vierno, el sol se pose por dos veces, mientras que en verano la brisa, pasando a través de la gruta de doble boca, propicie el sueño. Un poco más abajo, a tu mano izquierda, tal vez puedas ver una fuente de agua corriente, si es que subsiste. Después de acercarte, indícame, por señas, si ocupa aún el mismo lugar, o si se encuentra en otra parte, para que, a continuación, tú escuches el resto de las instrucciones que te voy a dar y actuemos de acuerdo por ambas partes.

Neoptólemo. — Señor Odiseo, breve trabajo me ordenas. Pues me parece estar viendo una gruta como dices.

Odiseo. — ¿Arriba o abajo? Pues no la descubro.

Neoptólemo. — Allí arriba, y no hay el menor ruido de pasos.

Odiseo. — Mira no se encuentre echado en ella durmiendo.

Neoptólemo. — Veo un habitáculo vacío, sin nadie.

Odiseo. — ¿Y no hay dentro alguna provisión que la haga habitable?

Neoptólemo. — Una hojarasca aplastada como por alguien que pasa las noches en ella.

Odjseo. — ¿Lo demás está vacío? ¿No hay nada bajo el techo?

Neoptólemo. — Una copa hecha de madera —obra de algún mal artesano— y, aquí cerca, unos utensilios para el fuego.

Odiseo. — De él son los tesoros que describes.

Neoptólemo. — ¡Uy, uy! Aquí otra cosa se está secando, unos harapos llenos de repugnante pus.

Odiseo. — Está claro que nuestro hombre habita estos parajes. Y no debe de estar lejos. Pues, ¿cómo un hombre con tal dolencia en el pie a causa de un antiguo mal podría llegarse muy lejos? Eso es que ha hecho una salida en busca de alimento o de alguna planta que

sabe que le calma. Envía al que está a tu lado a un reconocimiento, no sea que me sorprenda inesperadamente. Porque él preferiría capturarme a mí antes que a todos los argivos.

(Neoptólemo da señal al marino de que parta.)

NEOPTÓLEMO. — Se va, y acechará el sendero. Tú, si algo quieres, dilo de nuevo.

ODISEO. — Hijo de Aquiles, preciso es que seas valeroso en la misión para la que has venido, y no sólo con tu cuerpo, sino que, si oyes algo nuevo que antes no habías oído, debes colaborar en aquello en que estás como ayudante.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué ordenas?

ODISEO. — Te necesito para que, al hablarle, engañes con tus palabras el ánimo de Filoctetes. Cuando te pregunte quién eres y de dónde has llegado, dices que hijo de Aquiles —esto no hay que ocultarlo— y que navegas hacia casa, tras abandonar la expedición naval de los aqueos, habiendo surgido un gran odio contra ellos porque te hicieron venir con súplicas desde tu país, como si fueras el único medio de conquistar Ilión, y no te consideraron, una vez que hubiste llegado, digno de las armas de Aquiles. A pesar de que pedías con pleno derecho que te las dieran, se las entregaron a Odiseo. Puedes decir los más mezquinos ultrajes que quieras contra mí. En nada me ofenderás con ello. Y, si no lo haces, lanzarás a la ruina a todos los argivos. Pues si no es capturado el arco de éste, te será imposible conquistar la llanura de Dárdano [3].

Entérate de por qué no puedo yo, y en cambio tú sí, tener un trato confiado y seguro. Tú has viajado sin es-

---

[3] La llanura de Dárdano significa el territorio donde está la ciudad de Troya, que se llamaba antes Dardania y fue fundada por Dárdano, hijo de Zeus.

tar obligado por juramento con nadie[4], ni a la fuerza, ni en la primera expedición; sin embargo, yo no puedo refutar ninguna de estas cosas. De modo que, si él me ve mientras sea dueño del arco, estoy perdido, y te arrastro en la perdición a ti también por estar en tu compañía.

Es necesario que en esto mismo te las ingenies para sustraerle las armas invencibles. Sé, hijo, que no estás predispuesto por tu naturaleza a hablar así ni a maquinar engaños. Pero es grato conseguir la victoria. Lánzate a ello; ya nos mostraremos justos en otra ocasión. Ahora, por un corto espacio del día, préstate para algo desvergonzado, y, después, durante el resto del tiempo, podrás ser llamado el más piadoso de todos los mortales.

NEOPTÓLEMO. — Yo, ¡oh hijo de Laertes!, odio poner en práctica las palabras que me afligen al oírlas. Por mi naturaleza no hago nada con medios engañosos, ni yo mismo, ni, según dicen, el que me dio el ser. Pero estoy dispuesto a llevarme a este hombre por la fuerza y no con engaños. Porque no nos someterá por la fuerza con un solo pie a nosotros que somos tantos. Sin embargo, habiendo sido enviado como colaborador tuyo, temo ser llamado traidor. Pero prefiero, rey, fracasar obrando rectamente que vencer con malas artes.

ODISEO. — Hijo de noble padre, también yo mismo cuando era joven tenía la palabra ociosa y el brazo activo. Y ahora, remitiéndome a las pruebas, veo que entre los mortales son las palabras y no los actos los que guían todo.

NEOPTÓLEMO. — Y ¿qué otra cosa me ordenas sino decir mentiras?

---

4 El juramento a que alude es aquel que hicieron todos los pretendientes de Helena —entre los que el propio Odiseo se encontraba— a Tindáreo, su padre, de prestar ayuda al esposo que ésta tomara, si lo solicitaba. Invocando este juramento es como Agamenón reunió a los principales jefes aqueos para la expedición.

Odiseo. — Te digo que con astucia captures a Filoctetes.

Neoptólemo. — ¿Y por qué hay que llevarlo con engaños, en lugar de convenciéndolo?

Odiseo. — No se deja convencer. Por la fuerza no podrías tomarlo.

Neoptólemo. — ¿Tan tremendamente confiado en su fuerza está?

Odiseo. — Tiene flechas que no fallan y portadoras de muerte.

Neoptólemo. — Y, en ese caso, ¿no es una temeridad acercarse a aquél?

Odiseo. — Sí, a no ser que lo cojas con engaño, como yo te digo.

Nepotólemo. — Y ¿no consideras vergonzoso, ciertamente, decir mentiras?

Odiseo. — No, si la mentira reporta la salvación.

Neoptólemo. — Y ¿cómo se atreverá alguien a hablar así mirando a la cara?

Odiseo. — Cuando haces algo para un provecho, no conviene vacilar.

Neoptólemo. — ¿Qué me aprovecha a mí que éste vaya a Troya?

Odiseo. — Sólo este arco conquistará Troya.

Neoptólemo. — ¿Acaso no soy yo, como decíais, el que va a devastarla?

Odiseo. — Ni tú podrías sin aquél ni aquél sin ti.

Neoptólemo. — Tendrá que ser capturado, si es así.

Odiseo. — Si lo haces, obtendrás dos beneficios.

Neoptólemo. — ¿Cuáles? Si me los haces ver, no podría negarme a hacerlo.

Odiseo. — Serías reputado por sabio tanto como por valiente.

Neoptólemo. — Ea, lo haré, liberándome de todo sentimiento de vergüenza.

ODISEO. — ¿De verdad te acuerdas de todo lo que te he advertido?

NEOPTÓLEMO. — Puedes estar seguro, ya que te lo he prometido.

ODISEO. — Tú te quedas ahora aquí y aguardas a aquél. Yo me voy, no vaya a ser reconocido estando a tu lado. Al vigilante lo voy a enviar de nuevo al barco. Y si me parece que os retrasáis mucho tiempo, otra vez haré venir hacia aquí, después de disfrazarlo para que sea imposible reconocerlo, a este mismo hombre con apariencia de piloto. Acepta lo que te convenga de sus palabras en cada momento, porque él, hijo, hablará de manera ambigua. Yo me voy a la nave, dejándote este asunto a ti. Que Hermes, el dios de la astucia, nos guíe escoltándonos a los dos, y Atenea Vencedora, protectora de la ciudad, que me protege siempre.

CORO.

Estrofa 1.ª

¿Qué es preciso, señor, que yo, extranjero en tierra extranjera, oculte, o qué debo decir ante el varón lleno de desconfianza? Dímelo. Pues una habilidad que supera a cualquier otra y buen juicio sobresalen en aquel que gobierna con el cetro divino derivado de Zeus. A ti, ¡oh hijo!, ese poder te ha venido de tus antepasados. Dime, por tanto, en qué es preciso que te sirva.

NEOPTÓLEMO. — *Ahora, tal vez quieres ver el lugar donde habita, en los confines de la isla. Mira confiado y, cuando llegue el terrible caminante, sal de su morada y, avanzando según las señas que cada vez te vaya haciendo con mi mano, intenta servir a las necesidades del momento.*

Antístrofa 1.ª

Me hablas de un cuidado que desde hace tiempo tengo, señor: mantener mis ojos vigilantes para tu conve-

niencia sobre todo. Y, ahora, dime en qué morada está aposentado y qué lugar ocupa. Pues no me es inoportuno el saberlo, no sea que me lo encuentre en algún sitio sin advertirlo. ¿Cuál es el lugar o cuál la residencia? ¿Qué sendero conduce dentro de la cueva o fuera de ella[5]*?*

NEOPTÓLEMO. — *Estás viendo aquí la casa de doble puerta que es su guarida de piedra.*

CORIFEO. — (Acercándose y viendo que no está en el interior.) *¿Adónde se ha marchado el desdichado?*

NEOPTÓLEMO. — *Para mí al menos es evidente que va arrastrándose por el camino, en alguna parte cerca de aquí, por la necesidad de alimento. Esta es la clase de vida que dicen que lleva, disparando a las fieras con sus alados dardos, miserable, de miserable manera y sin que ningún aliviador de sus males se le acerque.*

CORO.

Estrofa 2.ª

Yo siento compasión por él, porque, desdichado, sin que se preocupe de él ningún mortal y sin ninguna mirada que le acompañe, siempre solo, sufre cruel enfermedad y se angustia ante cualquier necesidad que se le presente. ¿Cómo, cómo, desventurado, se mantiene? ¡Oh recursos de los mortales! ¡Oh razas desgraciadas de hombres, para quienes no existe una vida mesurada!

Antístrofa 2.ª

Ése, sin duda no menos importante que cualquier miembro de familias nobles, yace privado de todo en la vida, abandonado de los demás, en compañía de moteadas o lanudas fieras[6]*, y, digno de lástima entre dolores y hambre, con irremediables preocupaciones, grita. Y el*

---

[5] El Coro no estaba presente cuando Neoptólemo descubrió la cueva.

[6] Opone los animales inofensivos a los animales salvajes.

que no deja de hablar, el eco que se oye a lo lejos, responde a sus amargos lamentos.

NEOPTÓLEMO. — *Nada de esto me sorprende. Pues, por lo que yo deduzco, de origen divino son, tanto aquellos padecimientos que le sobrevinieron de la despiadada Crisa*[7] *como los que actualmente padece sin nadie que lo atienda. Es imposible que no sea que algún dios se preocupa de que él no dirija contra Troya las invencibles flechas de los dioses*[8] *antes de que llegue el tiempo en que, está dicho, debe ser sometida por éstas.*

(Se oyen gritos de dolor.)

Estrofa 3.ª

CORO. — *Guarda silencio, hijo.*

NEOPTÓLEMO. — *¿Qué pasa?*

CORO. — *Un grito se ha oído claramente, cual es habitual en un hombre que sufre, en alguna parte, por aquí o por aquellos lugares. Me alcanzan, me alcanzan efectivamente ruidos de quien se arrastra penosamente en su caminar, y no me pasa inadvertida la voz que desde lejos llega angustiada y afligida. Son claros sus gritos.*

Antístrofa 3.ª

CORO. — *Pero fíjate, hijo.*

NEOPTÓLEMO. — *Dime en qué.*

CORO. — *En nuevas reflexiones. Que no está lejos el hombre, sino por aquí cerca, no entretenido en música*

---

[7] Crisa es la ninfa que da nombre a un islote situado al Sur de Lemnos, desaparecido en el siglo II de nuestra era, y en el cual los griegos tenían que pararse a celebrar sacrificios. De ahí volvió Filoctetes con la herida causa de todos sus males. Según otras versiones, era la isla de Ténedos.

[8] Las armas eran de origen divino porque se las había dado Apolo a Heracles y éste a Filoctetes como recompensa por haberle hecho el favor de quemarlo en la pira. Nuevas alusiones a las armas en el verso 670.

de flauta, cual pastor en el campo[9]*, sino que, por sufrir algún tropiezo a causa de su necesidad, lanza un grito lejano, o por fijar los ojos en un puerto inhóspito para las naves. Lo cierto es que un terrible grito le precede.*

(Entra Filoctetes.)

FILOCTETES. — ¡Ah, extranjeros! ¿Quiénes sois que os habéis dirigido con marino remo hacia esta tierra que ni tiene fácil desembarco ni está habitada? ¿De qué patria o de qué raza podría decir con acierto que sois? La apariencia del vestido es la de los helenos, la que me es más querida. Pero quiero oíros la voz. No os sobresaltéis por el miedo ante mí, temerosos de mi aspecto salvaje; antes bien, apiadaos de un hombre mísero, solitario, abandonado aquí y arruinado, sin amigos, y habladle, si es que habéis llegado en calidad de amigos. Ea, respondedme, porque no es natural que yo me vea frustrado en esto por vuestra parte, ni vosotros por la mía.

NEOPTÓLEMO. — En efecto, extranjero, sabe esto lo primero, que somos helenos, ya que es lo que quieres saber.

FILOCTETES. — ¡Oh queridísimo lenguaje! ¡Nada como recibir el saludo de un hombre como tú después de tanto tiempo! ¿Quién te ha acercado, oh hijo? ¿Qué necesidad te ha dirigido? ¿Qué deseo? ¿Cuál entre todos los vientos el más querido? Hazme saber todo esto para que sepa quién eres.

NEOPTÓLEMO. — Soy por mi origen de Esciros, a la que el mar baña por todas partes[10]. Navego hacia mi patria. Soy llamado Neoptólemo, hijo de Aquiles. Ya conoces todo.

---

[9] Como contraste a la situación en que se halla Filoctetes se evoca la imagen del pastor que toca apaciblemente el caramillo.

[10] Esciros es una pequeña isla al Este de la isla de Eubea.

FILOCTETES. — ¡Oh hijo de un padre queridísimo! ¡Oh tú, de un país amado! ¡Oh retoño del anciano Licomedes[11]! ¿Con qué objeto has abordado a esta tierra? ¿De dónde ha partido la travesía?

NEOPTÓLEMO. — En esta ocasión navego desde Ilión.

FILOCTETES. — ¿Cómo dices? Tú no eras marinero con nosotros al principio de la expedición a Ilión.

NEOPTÓLEMO. — ¿Acaso participaste también tú en esa contienda?

FILOCTETES. — ¡Hijo mío! ¿Es que no conoces a quien estás contemplando?

NEOPTÓLEMO. — ¿Cómo voy a conocer a quien nunca he visto?

FILOCTETES. — ¿Y nunca has oído hablar de mi nombre, ni de la fama de las desgracias en que me consumo?

NEOPTÓLEMO. — Entérate de que nada sé de lo que me preguntas.

FILOCTETES. — ¡Ah, soy muy desgraciado y odioso para los dioses! ¡A pesar de encontrarme en este estado, a ninguna parte han llegado noticias mías, ni a mi patria ni a sitio alguno de la tierra helena! Los que me abandonaron impíamente se ríen guardando silencio[12], mientras que mi dolencia no deja de crecer y va a más. ¡Oh hijo, oh muchacho nacido de tu padre Aquiles! Yo soy aquel de quien, tal vez, has oído decir que es dueño de las armas de Heracles, Filoctetes, el hijo de Peante, al que los dos caudillos y el rey de los cefalonios[13] aban-

11 Licomedes, rey de los Dólopes, en la isla de Esciros, es padre de Deidamía, de la que se enamoró Aquiles cuando, disfrazado de mujer, estaba escondido entre las hijas del rey para evitar ir a la guerra de Troya. De esta unión nació Neoptólemo, que fue educado por su abuelo mientras Aquiles estaba en Troya.

12 Esto es: guardan silencio acerca de él y de sus hazañas.

13 Odiseo, que era rey de Ítaca, Cefalonia y Zante. A sus habitantes en general se los designa como cefalonios, tal vez con un cierto tono de menosprecio, pues era bien conocida de

donaron vergonzosamente, indefenso, cuando me consumía por cruel enfermedad, atacado por sangrienta mordedura de una víbora matadora de hombres. En compañía de mi mal, hijo, aquéllos me dejaron aquí solo y se marcharon una vez que atracaron aquí con la flota naval procedentes de la marina Crisa.

Entonces, tan pronto como vieron que yo estaba durmiendo después de la fuerte marejada, junto a la orilla, en una abovedada gruta, contentos[14] me abandonaron y se fueron tras dejarme, como para un mendigo, unos pocos andrajos y también algo de alimento. ¡Mínima ayuda que ojalá obtengan ellos!

¿Imaginas tú, hijo, qué clase de despertar tuve entonces de mi sueño, una vez que ellos hubieron partido? ¿Qué lágrimas derramé, de qué desgracias me lamenté al ver que las naves con las que había hecho la navegación se habían ido todas y que no quedaba en la región ni un hombre que me socorriera, ni quien pudiera tomar parte en mi dolor cuando sufriera? Observando todo lo que me rodeaba, no encontraba nada que no fuera aflicción, y de ésta en abundancia, hijo.

Y, uno tras otro, transcurrían los días. Y tenía que servirme a mí mismo solo, bajo este humilde techo. A mi estómago este arco le proporcionaba lo necesario cuando hería aladas palomas. Después, cada vez que la flecha disparada por mi arco daba en el blanco, yo mismo, infortunado, me arrastraba tirando de mi pobre pie. Y si me era necesario también tomar alguna bebida y cortar alguna madera cuando, como en el invierno, suele extenderse el hielo, tenía que salir a rastras, desdichado, para procurármelo.

---

los atenienses la habilidad de los cefalonios en tender mortales emboscadas.

[14] La inclusión de este adjetivo añade un rasgo psicológico a la descripción del hecho.

Además, no tenía fuego, pero, frotando una piedra contra otras piedras, a duras penas hice aparecer el invisible resplandor que me salva siempre. Pues verdaderamente un techo bajo el que establecerse con fuego proporciona todo, excepto el que yo deje de sufrir.

¡Ea, oh hijo, conoce ahora también lo que concierne a la isla! Ningún marinero se acerca a ella por su gusto, porque no hay ningún puerto ni lugar donde, al atracar, se pueda obtener una ganancia o recibir hospitalidad. Los viajes de los hombres prudentes no llegan aquí. Tal vez, es verdad, alguno desembarca contra su voluntad. Cosas así suceden frecuentemente en el largo tiempo de la vida humana. Éstos, cuando llegan, oh hijo, se compadecen de mí de palabra; incluso en alguna ocasión me dieron también por lástima algo de alimento o alguna prenda de vestir, pero ninguno quiere, cuando yo le hago mención de ello, llevarme sano y salvo a mi país.

Y yo me consumo, miserable, desde hace diez años ya, entre hambre y sufrimientos, alimentando esta enfermedad que nunca se sacia. ¡Tales son las cosas que me han infligido, oh hijo, los Atridas y el violento Odiseo, a quienes quieran los dioses olímpicos permitir que sufran algún día padecimientos que sean expiación de los míos!

Corifeo. — Me parece que también yo, al igual que los extranjeros llegados aquí, me compadezco de ti, hijo de Peante.

Neoptólemo. — Yo mismo sirvo de testigo a lo que dices. Sé que es verdad, porque también he encontrado villanos entre los Atridas y en el violento Odiseo.

Filoctetes. — ¿Tú también, pues, tienen algún motivo de querella contra los infames Atridas como para estar enfurecido por lo que has soportado?

Neoptólemo. — ¡Ojalá llegara a saciarse alguna vez

mi cólera con la acción, para que Micenas y Esparta[15] conozcan que Esciros es también madre de hombres valerosos!

FILOCTETES. — ¡Bravo, hijo! ¿Y por qué motivo has llegado a inculparles de la gran cólera que sientes contra ellos?

NEOPTÓLEMO. — ¡Oh hijo de Peante! Te referiré, aunque me sea penoso contarlo, aquello en lo que fui maltratado por ellos cuando llegué. Después que le hubo llegado a Aquiles la hora de la muerte...

FILOCTETES. — ¡Ay de mí! No sigas sin que sepa primero si ha muerto el hijo de Peleo.

NEOPTÓLEMO. — Ha muerto, no a mano de hombre alguno, sino de la divinidad, abatido por una flecha de Febo, según dicen[16].

FILOCTETES. — Nobles eran, en verdad, tanto el que ha matado como el muerto. No sé, hijo, interrogarte primero acerca de tu agravio o lamentarme por aquél.

NEOPTÓLEMO. — Creo que te bastan tus sufrimientos, ¡oh desventurado!, de modo que no te lamentes por los de quienes te rodean.

FILOCTETES. — Con razón has hablado. Así, pues, vuelve otra vez a hablarme de tu asunto, de cómo te ultrajaron.

NEOPTÓLEMO. — Llegaron junto a mí, en una nave abigarradamente engalanada, el divino Odiseo y el ayo de mi padre[17] diciendo, sea con verdad o sea sin razón, que no sería lícito que otro, sino yo, tomara la fortaleza, una

---

15 Patrias de Agamenón y Menelao, respectivamente.

16 Este «según dicen» parece revelar que algo misterioso había en torno a la muerte de Aquiles. Fue Paris el que disparó la flecha fatal, pero en la creencia de los hombres el que le mató fue Apolo (*Ilíada* XXII 359 y sigs.). Cf. nota 97 de *Áyax*.

17 Fénix fue expulsado por su padre Amíntor y se refugió junto a Peleo, el cual le confió la educación de su hijo Aquiles. Acompañó a Aquiles a Troya en calidad de mensajero.

vez muerto mi padre. Tras decirme esto, no me retrasé mucho tiempo en embarcarme rápidamente, sobre todo por el deseo de poder ver al muerto antes de sepultarlo —pues no lo había visto—, y, después, por otro lado, se añadía una bella razón, si con mi idea tomaba la ciudadela de Troya.

Era ya el segundo día de navegación para mí cuando arribé con viento favorable para los remos al amargo Sigeo [18]. Y, nada más desembarcar, todo el ejército, rodeándome, *me recibe con muestras de cariño jurando* que veían de nuevo vivo al que ya no existía, a Aquiles. Pero aquél yacía muerto.

Yo, desventurado, una vez que derramé lágrimas por él, no dejé transcurrir mucho tiempo sin ir junto a los Atridas amigos —según era de esperar— y les pedí las armas de mi padre y todas las otras cosas que quedaron. Pero ellos me dijeron, ¡ay!, unas palabras llenas de insolencia: «Hijo de Aquiles, todas las demás cosas de tu padre te está permitido coger, pero otro hombre es ahora dueño de aquellas armas, el hijo de Laertes.» Y yo, sin poder contener las lágrimas, me levanto al punto, presa de vehemente cólera, y con amargura les grito: «¡Oh miserable! [19]. ¿Es que os habéis atrevido a entregar a otro en lugar de a mí las armas que me pertenecen, sin haber contado conmigo?». Y Odiseo, que se encontraba cerca, dijo: «Sí, muchacho, éstos me las han dado con toda justicia. Pues yo estaba presente y las puse a salvo, así como a aquél».

Yo, irritado, empecé enseguida a abrumarle con toda clase de denuestos, sin omitir ninguno, si es que aquél iba a despojarme de mis armas. Y él, una vez llegado a este punto, aunque no es persona propensa a la cólera,

---

[18] Promontorio en el Noroeste de Tróade donde, según la tradición, estaba el túmulo de Aquiles.

[19] Dirigiéndose en singular a Agamenón.

molesto ante lo que había oído, contestó: «No estabas donde nosotros, sino que te habías ido adonde no debías, y, puesto que hablas con tal osadía, no zarparás hacia Esciros con ellas».

Y tras haber oído tales insultos y haber sido así injuriado, navego hacia mi país, despojado de lo que me pertenece por el más malvado y descendiente de malvados, Odiseo. Y no inculpo tanto a aquél como a los que están en el poder. Porque la ciudad y el ejército por entero son de los que mandan, y quienes de los mortales obran contra la ley llegan a ser malvados por los consejos de sus maestros.

Mi relato ha concluido. Que sea querido para los dioses del mismo modo que para mí el que odie a los Atridas.

Coro.

Estrofa.

Tierra montañosa, que a todos alimentas, madre del mismo Zeus[20]*, tú que contienes el gran Pactolo*[21]*, rico en oro, a ti ya allí*[22]*, soberana madre, te invocaba cuando toda la insolencia de los Atridas se abatió contra éste, al entregar las armas paternas, el más preciado honor, al hijo de Laertes. ¡Ah bienaventurada diosa asentada sobre leones*[23]*, matadores de toros!*

Filoctetes. — Habéis navegado hasta aquí, según parece, con un claro motivo de pesar, oh extranjeros, y

---

20 Rea y Cíbele pueden ser identificadas. Se refiere a la gran diosa madre de los dioses, a la que se da culto sobre todo en Asia Menor.

21 Río de Lidia en cuyas orillas se encontraba Sardes, ciudad de gran culto a Cíbele.

22 En Troya.

23 La expresión griega podría haberse traducido también «que estás sentada en un trono sobre leones», más acorde con la iconografía tradicional de la diosa Cíbele.

estáis lo bastante de acuerdo conmigo como para reconocer que estas acciones proceden de los Atridas y de Odiseo. Pues bien sé que ése [24] con su lengua participaría en cualquier bajo pretexto y en cualquier astucia de la que nada justo, al final, resultara [25].

Esto, pues, no es para mí motivo de asombro, sino el que, estando presente el gran Áyax, soportara presenciarlo.

NEOPTÓLEMO. — No estaba ya vivo, extranjero. Si hubiera vivido aquél, nunca hubiera yo sido despojado de esta forma.

FILOCTETES. — ¿Cómo dices? ¿Pero es que también ha muerto éste?

NEOPTÓLEMO. — Sabe que él no contempla la luz del día.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí, desgraciado! ¡Pero el hijo de Tideo [26] y el hijo de Sísifo, comprado por Laertes [27], no hay miedo de que mueran, y ellos son los que no deberían vivir!

NEOPTÓLEMO. — No, ciertamente. Y sabe esto, que al contrario, están ahora en pleno auge en el ejército de los argivos.

FILOCTETES. — ¿Y qué? ¿Vive el valiente anciano, ami-

---

[24] Odiseo.

[25] Como en tantas ocasiones, la ironía trágica del doble plano, el de las palabras de los personajes y el del espectador, está presente.

[26] Diomedes, hijo de Tideo, rey de Argos, héroe valiente, pero violento y orgulloso. Lo trae a colación para reforzar la opinión negativa que tiene sobre Odiseo, de quien es colaborador en las maquinaciones y estratagemas. En el v. 570 lo veremos embarcado con Odiseo en persecución de Filoctetes. En el perdido *Filoctetes* de EURÍPIDES era Diomedes el que acompañaba a Odiseo en lugar de Neoptólemo.

[27] Sobre esta alusión al linaje de Odiseo véase la nota 22 de *Ayax*. Vuelve sobre ello en el v. 625.

go mío, Néstor de Pilos? Él, al menos, solía impedir las fechorías de aquéllos con sus sabios consejos.

NEOPTÓLEMO. — Las cosas le van ahora mal, ya que Antíloco[28], el hijo que estaba a su lado, se le ha muerto.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí! Me has nombrado a estos dos hombres, de los que en modo alguno hubiera querido yo oír decir que habían muerto. ¡Ay, ay! ¿Qué se puede esperar cuando ellos están muertos y Odiseo, en cambio, sigue viviendo allí donde debía ser anunciado como muerto en lugar de éstos?

NEOPTÓLEMO. — Es un hábil luchador aquél, sí, pero incluso las mentes hábiles tropiezan a menudo, Filoctetes.

FILOCTETES. — ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Dónde estaba, pues, Patroclo entonces, que era el más querido amigo de tu padre?

NEOPTÓLEMO. — También estaba muerto. En pocas palabras te lo contaré: las guerras, por su gusto, no se llevan a ningún malvado, sino siempre a los mejores[29].

FILOCTETES. — Estoy de acuerdo con tus palabras y, a propósito de esto mismo, te voy a preguntar por un hombre indigno, pero hábil e ingenioso con la palabra. ¿Cómo está ahora?

NEOPTÓLEMO. — ¿A qué otro te refieres sino a Odiseo?

FILOCTETES. — No hablo de ése, sino que había un tal Tersites que no solía contentarse con hablar una sola

---

28 Es hijo de Néstor, a quien acompañó a la guerra de Troya. Sobre su muerte hay diversas versiones. Unos dicen que murió a manos de Héctor o bien por una flecha de Paris al mismo tiempo que Aquiles, de quien era amado. Otra versión dice que murió cuando protegía a su padre con su cuerpo de un gran número de enemigos que les rodeaban.

29 Sentencia que encontramos repetida en otros lugares. Así en el fragmento 652 de SÓFOCLES, y en ANACREONTE, fragmento 101.

vez, aun cuando ninguno le dejaba. ¿Sabes si se encuentra vivo?

NEOPTÓLEMO.—No le he visto, pero me enteré de que aún vive.

FILOCTETES.—¿Y cómo no? Ya que ninguna cosa mala ha perecido aún; al contrario, ¡bien les protegen los dioses! Y en cierta manera se alegran devolviéndonos del Hades a los perversos y ladinos [30], mientras que no dejan de enviar allí a los justos y honrados. ¿Cómo hay que entender esto y aprobarlo cuando, al tiempo que alabo las obras divinas, encuentro a los dioses malvados?

NEOPTÓLEMO.—Yo, ¡oh hijo de la patria etea! [31], en adelante tendré cuidado de no mirar sino de lejos a Ilión y a los Atridas, entre quienes puede más el depravado que el bueno, se pierden las virtudes y el despreciable es el amo; a esta clase de hombres yo jamás apreciaré. La rocosa Esciros me bastará de ahora en adelante, de suerte que encontraré deleite en el hogar. Y ahora me voy hacia la nave.

Y tú, hijo de Peante, pásalo bien, pásalo lo mejor posible. Que los dioses te saquen de tu enfermedad,

---

30 Alude a la historia de Sísifo, personaje astuto y sin escrúpulos que ordenó a su esposa, en secreto, que no le tributara los honores fúnebres acostumbrados a su muerte. Al llegar junto a Hades, éste le preguntó la causa de que hubiera llegado sin ellos, y él se quejó de la conducta impía de su mujer y le pidió permiso para volver a la tierra y castigarla. El dios se lo concedió, pero, una vez en tierra de nuevo, no volvió y vivió muchos años. Sobre él ya se ha hablado también en nota 22 de *Ayax*.

31 No es una localización geográfica ajustada al verdadero lugar de residencia de Filoctetes. El monte Eta estaba situado al Oeste del golfo de Mélide. Otra posible relación es que Filoctetes estaba presente en la muerte de Heracles, que tuvo lugar en la cima del monte Eta. En el v. 479 vuelve a recoger esta indicación.

como tú deseas. Partamos nosotros para que, tan pronto el dios nos conceda la posibilidad de navegar, en ese mismo momento salgamos.

FILOCTETES. — ¿Ya estáis preparados para partir, hijo?

NEOPTÓLEMO. — El momento actual nos invita a considerar la partida no como algo distante, sino cercano.

FILOCTETES. — *(Echándole los brazos en actitud de súplica.)* ¡Por tu padre, por tu madre, oh hijo, por lo que te es más querido en la casa!, me dirijo a ti como suplicante, no me dejes así solo, abandonado en medio de estas desgracias en las que me ves y con las que has oído que vivo. Considérame como algo añadido. Es mucha la repugnancia que causa esta carga, lo sé. Sin embargo, sopórtala. Para los hombres bien nacidos, lo moralmente vergonzoso es aborrecible y lo virtuoso es digno de gloria.

Si dejas de hacer esto, será una vergüenza infamante, pero si lo haces, oh hijo, tendrás el mayor privilegio de una buena fama, si yo llego vivo a la tierra etea. ¡Ea, el tormento no será cosa de más de un día! Atrévete, méteme donde quieras si me llevas, en la sentina, en la proa, en la popa, donde menos vaya a molestar a los marineros. Accede, ¡por el mismo Zeus suplicante!, hijo, déjate persuadir. Yo me postro ante tus rodillas aunque esté debilitado, infortunado, por mi cojera.

No me dejes así abandonado, lejos de toda huella de los hombres, sino, por el contrario, sálvame, llevándome hasta tu patria o hasta la residencia de Calcodonde en Eubea. El trayecto desde allí no me será largo hasta el Eta y hasta la cordillera traquinia, o hasta el Esperqueo de hermosa corriente[32], para que me pongas

---

[32] Estos tres accidentes geográficos son lo más destacado del país de Filoctetes.

a la vista de mi amado padre, de quien hace tiempo que temo se me haya muerto.

Muchas veces, con los que llegaban, le enviaba demandas suplicantes de que, haciendo venir a su propia escuadra, me llevara a salvo a casa. Pues bien, o ha muerto, o es —creo— cosa de los intereses de los mensajeros, como es natural, quienes tenían en muy poco lo que a mí concierne y apresuraban el viaje hacia su patria.

Ahora me llego a ti para que seas mi acompañante y, en tu misma persona, mi mensajero. Sálvame tú, apiádate tú de mí. Considera que todo es digno de ser temido e inseguro para los hombres y, si una vez lo pasan bien, otras es al contrario. Hay que tener en cuenta los peligros cuando se está alejado de los pesares y cuando alguien vive felizmente: entonces es, principalmente, cuando debe cuidar de que su vida no se le eche a perder sin advertirlo.

CORO.

Antístrofa.

Apiádate, Señor. Nos ha hablado de numerosas pruebas de sufrimientos difícilmente soportables. ¡Que con ésos ninguno de los míos se tope! Y si odias a los aborrecibles Atridas, señor, yo, por mi parte, cambiando el mal que aquéllos te hicieron por un provecho para éste, en rápida y bien equipada nave le conduciría allí donde precisamente está deseando ir, a su patria, escapando a la venganza divina.

NEOPTÓLEMO. — Mira, no te presentes ahora como alguien condescendiente, y luego, cuando estés harto por la cercanía de la enfermedad, no te muestres ya el mismo que ahora en estas palabras.

CORIFEO. — Ni mucho menos. De ningún modo tendrás que dirigir justamente contra mí este reproche.

NEOPTÓLEMO. — Pues bien, sería en verdad vergon-

zoso que yo me mostrara más remiso que tú en esforzarme por el extranjero en lo que necesita. ¡Ea!, si os parece bien, hagámonos a la mar, que él se embarque rápidamente. La nave lo llevará y no se negará. Que los dioses nos concedan sólo salir sanos y salvos de esta tierra y, desde aquí, navegar adonde queramos.

FILOCTETES. — ¡Oh el más querido día, dulcísimo varón, queridos marineros! ¿Cómo podría yo mostraros con acciones que en mí contáis con un amigo? Partamos, hijo, después de que los dos saludemos la morada inhóspita del interior, para que sepas con qué me he mantenido y cuán animoso he sido. Pues creo que nadie, excepto yo, hubiera soportado tener siempre ante los ojos tan sólo este espectáculo. Yo, sin embargo, por necesidad, he aprendido pronto a aceptar las desgracias.

(Se dispone a entrar en la cueva.)

CORIFEO. — Deteneos. Vamos a informarnos[33], pues dos hombres, el uno un marinero de tu nave, el otro un extranjero, avanzan hacia aquí. Después de oírles, entraréis de nuevo.

(Entra el mercader conducido por un marinero.)

MERCADER. — Hijo de Aquiles, a este compañero que, junto a otros dos, hacía guardia en tu nave le pedí que me dijera dónde podías estar, ya que lo encontré sin pensarlo cuando, por un azar, fui precipitado hacia esta tierra. Navegaba como capitán con reducida tripulación desde Ilión hacia mi patria, a Pepareto[34], la rica en vides, y, cuando oí que todos estos marinos navegaban a tus órdenes, me pareció oportuno no continuar en silencio mi viaje sin hablar contigo antes y obtener así la recompensa. Tú no sabes nada acerca de las cosas que

---

[33] De las noticias que traen los dos hombres.

[34] Es una pequeña isla del Egeo cercana a Tesalia, al Noroeste de Eubea y, por tanto, en la zona próxima al país de Filoctetes. Esto hace que el héroe preste mayor atención.

te conciernen, de los proyectos nuevos que sobre ti tienen los argivos, y no sólo proyectos, sino acciones llevadas a cabo y que no han sido descuidadas.

NEOPTÓLEMO. — El agradecimiento por tu solicitud, extranjero, si no soy yo un mezquino, perseverará obligado. Pero háblame de eso a lo que precisamente has aludido, para que yo conozca qué nuevo designio de los argivos me anuncias.

MERCADER. — El anciano Fénix y los hijos de Teseo[35] han zarpado en tu busca con una expedición naval.

NEOPTÓLEMO. — ¿Para llevarme a la fuerza, o con razonamientos?

MERCADER. — No lo sé. Por haberlo oído me presento a anunciártelo.

NEOPTÓLEMO. — ¿Y Fénix y sus marineros hacen esto con tanto celo en favor de los Atridas?

MERCADER. — Puedes estar seguro de que esto son ya hechos y no propósitos.

NEOPTÓLEMO. — ¿Y cómo es que Odiseo, ante esto, no estaba dispuesto a embarcarse y traer personalmente la noticia? ¿O algún temor le detenía?

MERCADER. — Él y el hijo de Tideo se preparaban para salir a por otro hombre cuando yo me hice a la vela.

NEOPTÓLEMO. — ¿Y en busca de qué clase de hombre se hace a la mar Odiseo en persona?

MERCADER. — Era un tal... *(Reparando en Filoctetes.)* Pero antes dime quién es éste, y lo que contestes, que no sea en alta voz.

NEOPTÓLEMO. — Éste es el ilustre Filoctetes, extranjero.

---

35 Estos dos personajes atenienses, Acamante y Demofonte, no figuran en la epopeya homérica, aunque sí en las leyendas posteriores. Parecen traídos aquí como el obligado tributo que en todas las tragedias se rinde a Atenas.

MERCADER. — No me hagas más preguntas, sino que, cuanto antes, recoge y parte apresuradamente de esta tierra.

FILOCTETES. — ¿Qué dices, oh hijo? ¿Qué está negociando contigo a medias palabras el marinero respecto a mí?

NEOPTÓLEMO. — No sé aún lo que dice. Es preciso que él diga abiertamente, ante ti, ante mí y ante éstos, lo que quiera.

MERCADER. — ¡Oh hijo de Aquiles! No me indispongas con el ejército por decir lo que no es oportuno. Yo recibo de ellos, en pago a los servicios que un pobre hombre como yo presta, muchos bienes.

NEOPTÓLEMO. — Yo soy enemigo de los Atridas. Éste es mi mejor amigo, precisamente porque odia a los Atridas. Así que, si tú vienes con sentimientos amistosos para mí, no debes ocultar ante nosotros ninguna de las palabras que has escuchado.

MERCADER. — Considera lo que te propones, hijo.

NEOPTÓLEMO. — Lo vengo considerando desde hace rato.

MERCADER. — Te haré responsable de esto.

NEOPTÓLEMO. — Hazlo, pero contesta.

MERCADER. — Hablaré: en busca de ése navegan los dos que me has oído decir, el hijo de Tideo y Odiseo, tras jurar que lo traerían, bien después de persuadirle con razones, bien por el poder de la violencia. Y todos los aqueos oyeron claramente a Odiseo decir esto. Pues él estaba más resuelto a llevarlo a cabo que el otro.

NEOPTÓLEMO. — ¿Y cuál es el motivo de que los Atridas se vuelvan a preocupar tras tanto tiempo de éste, a quien habían desechado ya desde hace mucho? ¿Qué ansia se ha apoderado de ellos? ¿Qué coacción, qué venganza de los dioses que castigan las malas acciones?

MERCADER. — Yo te lo explicaré todo, pues tal vez no

lo has oído. Había un adivino de noble linaje, hijo de Príamo y de nombre Heleno. A éste Odiseo, el que se oye llamar vergonzosas y ultrajantes palabras, una vez que salió solo durante la noche, le capturó con engaños. Llevándole atado, le mostró en medio de los aqueos como codiciada presa [36]. Él fue quien les profetizó todas las demás cosas y, entre otras, que nunca destruirían la ciudadela de Troya, si no persuadían a éste [37] para llevarle allí desde esta isla en la que ahora habita.

Tan pronto como el hijo de Laertes oyó al adivino decir esto, prometió que se presentaría ante los aqueos con este hombre. Creía, sobre todo, poderle coger sin que opusiera resistencia, pero, si no quería, en contra de su voluntad. Y, si no lo conseguía, permitía a quien quisiera de ellos que le cortara la cabeza. Ya has oído, hijo, todo. A ti y a él os aconsejo apresuraros, si es que algún interés tienes por él.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí, infortunado! ¿Es verdad que aquél, la maldad absoluta, juró que me llevaría ante los aqueos después de persuadirme? De igual manera me dejaría convencer para, una vez muerto, volver desde el Hades a la luz, como el padre de aquél.

MERCADER. — Yo no conozco estas cosas. Me voy a la nave. Que la divinidad os ayude a los dos lo mejor posible.

(El mercader se va.)

FILOCTETES. — ¡Oh, hijo! ¿No es ciertamente horrible

---

36 Heleno, hermano gemelo de Casandra y, como ella, con poderes proféticos otorgados por Apolo, era «presa codiciada» porque Calcante, el adivino aqueo, había anunciado que sólo él podría revelar en qué condiciones sería posible la toma de Troya. Odiseo ordena al mercader que dé esta noticia para convencer a Filoctetes de su próxima llegada y acelerar así la partida del héroe con Neoptólemo hacia Grecia, cuando, en realidad, será a Troya, según han planeado.

37 Filoctetes.

que el hijo de Laertes esté esperando a desembarcarme con suaves palabras y a mostrarme en medio de los argivos? No, antes escucharía a la que me es más odiosa, a la víbora que me ha dejado así impedido. A aquél le es posible decir todo y a todo se atreve. Ahora sé que llegará. Así que, hijo, partamos de suerte que un extenso mar nos separe de la nave de Odiseo. Vayamos. La prisa cuando ha cesado el esfuerzo nos trae sueño y reposo en el momento oportuno.

NEOPTÓLEMO. — Cuando el viento de proa amaine, entonces nos haremos a la mar. Ahora nos es contrario.

FILOCTETES. — Siempre hay viento favorable cuando se huye de peligros.

NEOPTÓLEMO. — No, pues también para ellos les es éste contrario.

FILOCTETES. — No es contrario el viento a los bandidos cuando están dispuestos a robar y a saquear por la fuerza.

NEOPTÓLEMO. — Si te parece bien, partamos, después de que tomes de dentro lo que principalmente te sea de utilidad y eches en falta.

FILOCTETES. — Sí, allí está lo que necesito, aunque no hay mucho de dónde elegir.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué es lo que hay que no encuentres en mi nave?

FILOCTETES. — Una planta con la que adormezco siempre mi herida hasta calmarla por completo.

NEOPTÓLEMO. — Llévatela, pues. ¿Qué quieres coger más?

FILOCTETES. — Alguna de estas flechas si por descuido he dejado extraviada, para impedir que alguien la coja.

NEOPTÓLEMO. — ¿Ese que ahora tienes es el famoso arco y flechas?

FILOCTETES. — Este, pues no hay otro, que llevo en mis manos.

NEOPTÓLEMO. — ¿Es posible verlo de cerca, agarrarlo con mis manos y adorarlo como a un dios?

FILOCTETES. — Para ti, oh hijo, se encontrarán disponibles éste y cualquier otra cosa que te convenga de las mías.

NEOPTÓLEMO. — Ciertamente que lo deseo. Pero mi deseo tiene estos límites: si me es lícito, lo quiero; si no, olvídalo.

FILOCTETES. — Empleas piadoso lenguaje, hijo, y te es lícito porque tú solo me has permitido contemplar la luz del sol, ver la tierra etea, a mi anciano padre, a los míos; porque a mí, que estaba bajo el poder de mis enemigos, me levantaste por encima. Ten confianza, lo tendrás a tu disposición, de modo que puedas cogerlo y devolverlo al que te lo presta y ufanarte por ser el único de los mortales que, gracias a su virtud, puede tocarlo. Por rendir un favor lo obtuve yo también.

NEOPTÓLEMO. — No me pesa haberte conocido y haberte tomado por amigo. Aquel que sabe hacer un favor por haberlo recibido antes llega a ser un amigo mejor que otro bien cualquiera. Entra, si quieres.

FILOCTETES. — Y tú entrarás conmigo. Mi situación de enfermo te requiere como protector.

(Entran los dos en la cueva.)

CORO.

Estrofa 1.ª

He oído contar —no lo he visto— que el poderoso hijo de Crono, al que se acercó una vez al lecho de Zeus, lo retuvo atado a una rueda que giraba[38]*. Sin embargo,*

[38] Historia de Ixión, que trae aquí como ejemplo de atroz castigo. Sólo Zeus entre los dioses le había acogido como suplicante, pues deseaba expiar un crimen cometido anteriormente. Pero él, desagradecido, intentó seducir a Hera. Como castigo a esta insolencia, Zeus lo ató a una rueda encendida que giraba sin cesar y lo lanzó por los aires.

de ningún otro mortal conozco por haberlo oído o por haberlo visto que se haya encontrado con un destino peor que el de éste, el cual, sin haber forzado a nadie ni haberle robado, antes bien, siendo ecuánime con los que lo eran con él[39]*, perece tan indignamente. Esto me tiene admirado: cómo en esta soledad, oyendo el estruendo de las olas que batían a su alrededor, cómo pudo soportar una vida tan lamentable.*

Antístrofa 2.ª

Él mismo era su propio vecino, sin poder andar y sin que ningún lugareño fuera compañero de sus desgracias, ante el cual pudiera proferir un lamento que encontrara respuesta, lamento provocado por la sangrienta herida que le devoraba cruelmente. Y no había quien mitigara el ardiente flujo de sangre que rezumaba de las llagas del ulcerado pie, cada vez que le sobrevenía, con calmantes hierbas cogidas de la fecunda tierra. Él iba de un sitio a otro arrastrándose, como un niño separado de su nodriza, allí donde hubiera recursos a su alcance, cuando cedía el mal que atenazaba su ánimo.

Estrofa 2.ª

No recogía para su alimento el grano de la sagrada tierra, ni otros productos que cultivamos los hombres comedores de pan[40]*, a no ser que, por medio de las rápidas flechas de su certero arco, se procurara algún alimento a su estómago. ¡Oh ser desgraciado, que por un tiempo de diez años no disfrutó de beber vino escanciado*[41]*, sino que, observando dónde podría descubrir un*

---

39 Esta norma de conducta que le atribuyen a Filoctetes forma parte de los valores ideales de la vida para el hombre ateniense.

40 Epíteto homérico que encontramos también en *Odisea* XIII 216.

41 Señal de una vida social refinada.

estanque de agua, a ella se tenia que dirigir siempre![42].

Antístrofa 2.ª

Y ahora que se ha encontrado con el hijo de valientes varones[43] *será, por fin, feliz y poderoso al salir de esos males. Éste, después de un buen número de meses en su nave surcadora del mar, le conducirá a la morada paterna de las ninfas meliades y a las riberas del Esperqueo, donde el varón de broncíneo escudo*[44] *se acercó a los dioses radiante por el divino resplandor*[45], *por encima de las alturas del Eta.*

(Salen de la gruta Neoptólemo y Filoctetes. Éste se detiene de pronto aquejado de un repentino mal.)

NEOPTÓLEMO. — Avanza, si quieres. ¿Por qué te callas así sin ninguna razón y te quedas pasmado?

FILOCTETES. — ¡Ah, ah, ah!

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué ocurre?

FILOCTETES. — Nada que sea terrible. Pero ve, oh hijo.

NEOPTÓLEMO. — ¿Es que notas dolor por la enfermedad que te aqueja?

FILOCTETES. — No, de verdad, antes bien, me parece estar sintiendo alivio. ¡Oh dioses!

NEOPTÓLEMO. — ¿Por qué llamas a los dioses gritando de esta manera?

FILOCTETES. — Para que vengan a nosotros salvadores y benévolos. ¡Ah, ah, ah!

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué sufrimientos tienes? ¿No vas a

---

42 Los marineros, gentes sencillas, están impresionados sobre todo por las privaciones físicas a que está sometido Filoctetes. En este caso ignoran que cerca de la cueva hay un manantial (v. 21).

43 Aquiles y Peleo.

44 Heracles.

45 Puede significar el resplandor de las llamas de la pira funeraria de Heracles, o bien los relámpagos.

decirlo, en lugar de quedarte así, en silencio? A lo que parece te encuentras en un apuro.

FILOCTETES. — Estoy perdido, hijo, y no voy a poder disimular mi mal ante vosotros. ¡Ay, ay! ¡Me invade, me invade, pobre de mí, ay, desdichado de mí! ¡Estoy perdido, hijo, me siento devorado, hijo! ¡Ay, aay, aaay! ¡Oh oh, por los dioses! Si tienes una espada a mano, hijo, hiéreme en el pie, cortámelo cuanto antes. No andes con miramientos por mi vida. ¡Ea, oh hijo!

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué nuevo padecimiento te sobreviene, así, de repente, que te hace dar tantos gritos de dolor y lamentos?

FILOCTETES. — ¿Sabes, oh hijo?

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué?

FILOCTETES. — ¿Sabes, muchacho?

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué te pasa? No lo sé.

FILOCTETES. — ¿Cómo no lo sabes? ¡Ay, aay!

NEOPTÓLEMO. — Es terrible el peso de tu enfermedad.

FILOCTETES. — Verdaderamente terrible y no se puede describir. Apiádate de mí.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué tengo que hacer, pues?

FILOCTETES. — Aunque te espantes, no me abandones. Pues ésta[46] llega después de algún tiempo, tal vez cuando se ha hartado de sus correrías.

NEOPTÓLEMO. — ¡Ah, ah, desdichado tú, desdichado, en verdad, te muestras por sufrimientos de todo tipo! ¿Quieres que te agarre y te coja?

FILOCTETES. — No, eso ciertamente que no, sino que, sujetándome este arco, como hace un momento me pedías, en tanto remita esta crisis actual de mi enfermedad, consérvalo y custódialo. Pues el sueño se apodera

[46] La enfermedad concebida como una fiera salvaje, según el escoliasta.

de mí cuando este dolor sale fuera[47], y no es posible que cese antes. Es necesario dejarme dormir tranquilo. Si durante este tiempo vienen aquéllos[48], ¡por los dioses!, te ordeno que ni por las buenas ni por las malas, ni bajo ningún concepto, lo dejes en sus manos. ¡No vayas a ser tu propio asesino al tiempo que el mío, que soy tu suplicante!

NEOPTÓLEMO. — Tranquilízate en lo que a mi prudencia se refiere. No será confiado sino a ti y a mí. ¡Entrégamelo y que nos acompañe la suerte!

FILOCTETES. — Helo aquí, recíbelo, hijo. Respeta la envidia de los dioses[49]. Que él no te ocasione grandes penas como a mí y al que lo poseyó antes que yo.

NEOPTÓLEMO. — ¡Oh dioses, que esto se cumpla para nosotros dos y que tengamos una travesía favorable y rápida adonde la divinidad quiera y adonde quede cumplido nuestro objetivo[50]!

FILOCTETES. — Temo, oh hijo, que tu súplica sea vana, pues de nuevo la oscura sangre que brota del interior está fluyendo, y sospecho alguna novedad. ¡Ay, ay! ¡Ay de nuevo! ¡Oh pie! ¡Qué dolores vas a causarme! Está próximo, se acerca, ¡desdichado de mí! Ya sabéis de qué se trata. De ningún modo huyáis, ¡ay, ay!

¡Oh extranjero cefalonio[51]! ¡Ojalá este dolor te alcanzara atravesándote el pecho! ¡Uy, uy de nuevo! ¡Ah, los dos jefes, Agamenón, Menelao! ¿Cómo podría ser que

---

47 Términos adecuados si se piensa en el Dolor como algo personificado.

48 Odiseo y Diomedes.

49 Misma expresión encontramos en *Electra* 1466. El recibir el arco era un honor demasiado grande, y Filoctetes le sugiere que con palabras o gestos muestre su temor para alejar de sí la divina envidia que —le recuerda— primero alcanzó a Heracles y luego a él mismo (ver *Traquinias* 265 y sigs., y 714-718).

50 Ambigüedad trágica.

51 Odiseo. Véase nota 13.

vosotros en lugar de mí tuvierais esta enfermedad por igual tiempo? ¡Ay de mí! ¡Oh muerte, muerte! ¿Por qué, si así te llamo sin cesar, día tras día, no puedes llegarte alguna vez? ¡Oh hijo, generoso por tu raza! Ea, cógeme y quémame en este celebrado fuego lemnio[52]. ¡Oh noble amigo! Yo también en otro tiempo consideré un deber hacer esto al hijo de Zeus[53] a cambio de las armas que ahora tú guardas. ¿Qué contestas, hijo? ¿Qué dices? ¿Por qué guardas silencio? ¿En dónde estás?

NEOPTÓLEMO. — Sufro desde hace rato, mientras lamento las desgracias que te afligen.

FILOCTETES. — Ea, hijo mío, ten ánimo; piensa que este mal se me presenta penetrante, pero se va rápidamente. Pero, ¡te lo suplico!, no me dejes solo.

NEOPTÓLEMO. — Ten confianza. Nos quedaremos.

FILOCTETES. — ¿Te quedarás de verdad?

NEOPTÓLEMO. — Puedes estar seguro.

FILOCTETES. — Ni siquiera creo conveniente obligarte por juramento, hijo.

NEOPTÓLEMO. — Porque no es lícito que yo me vaya sin ti.

FILOCTETES. — Dame la mano como garantía.

NEOPTÓLEMO. — Te la doy como señal de que me quedaré.

(Filoctetes señala con la mano la cueva para que le conduzca allí Neoptólemo. Éste parece no entender.)

FILOCTETES. — Allí, ahora, a mí, allí.

NEOPTÓLEMO. — ¿Adónde dices?

FILOCTETES. — Arriba.

---

52 El volcán Mosiclo está en la isla de Lemnos según los antiguos. Lemnos era una isla de naturaleza volcánica, vinculada por ello a Hefesto, dios del fuego, que ha dado lugar a la expresión de «fuego lemnio» para designar un fuego especialmente violento en sentido propio o figurado.

53 A Heracles. Véase nota 8.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué deliras de nuevo? ¿Por qué diriges la mirada al cielo?

FILOCTETES. — Suelta, suéltame.

NEOPTÓLEMO. — ¿Por cuánto tiempo te suelto?

FILOCTETES. — Suéltame por un momento.

NEOPTÓLEMO. — Digo que no te dejaré.

FILOCTETES. — Me perderás si me tocas.

NEOPTÓLEMO. — Te dejaré libre, si es que ya eres más prudente.

FILOCTETES. — ¡Ah, tierra, recíbeme moribundo como estoy, pues este mal ya no me permite tenerme en pie! *(Filoctetes se va quedando dormido.)*

NEOPTÓLEMO. — Parece que el sueño se va a apoderar de él sin que pase mucho tiempo. La cabeza está tendida boca arriba. El sudor le inunda todo su cuerpo, y se ha reventado una vena que chorrea oscura sangre en el extremo del pie. Vamos, dejémosle tranquilo, amigos, para que se sumerja en el sueño.

CORO.

Estrofa.

Sueño que no sabes de dolores ni de sufrimientos, llégate propicio a nosotros, haznos felices, haznos felices, oh señor, y mantén ante sus ojos esa radiante serenidad que ahora se ha extendido. Ven, ven liberador. (A Neoptólemo.) *Y tú, oh hijo, mira qué decides, adónde te diriges y cómo vas a salir de esta preocupación. ¿Ves? Duerme. ¿A qué aguardamos para ponernos en marcha? La oportunidad, que tiene conocimiento de todas las cosas, consigue una gran victoria en el acto.*

NEOPTÓLEMO. — *En verdad que éste no se da cuenta de nada, pero yo sé que en vano habremos logrado capturar este arco si nos hacemos a la mar sin él. La gloria es de él, a él es a quien el dios dijo que lleváramos. Es un oprobio deshonroso jactarse de hazañas incompletas y acompañadas de falsedades.*

CORO.

Antístrofa.

Pero de esto, hijo, el dios, por su parte, se cuidará, y tú, lo que de nuevo me quieras contestar, dímelo, oh hijo, en voz baja, muy baja. Porque en la enfermedad el sueño no es verdadero sueño: tiene buena disposición para percibir. Mira cómo harás a ocultas lo mejor posible aquello, sí, aquello. Sabes de qué hablo. Si tienes la misma opinión respecto a éste, muchas dificultades insalvables prevén los hombres sagaces.

Epodo.

El viento es favorable, hijo, favorable. Nuestro hombre tiene los ojos cerrados y sin posibilidad de defenderse. Yace inmerso en su noche —intenso es el sueño al sol del mediodía—. No domina sus brazos, ni pies, ni ningún miembro, sino que está como quien yace en el Hades. Cuida, mira si tus palabras son oportunas[54]*. Por lo que a mi razón se alcanza, hijo, el trabajo que se hace sin temor es el mejor.*

(Filoctetes se despierta.)

NEOPTÓLEMO. — Te ordeno que guardes silencio y que no vayas más allá de lo razonable. Nuestro hombre mueve los ojos y levanta la cabeza.

FILOCTETES. — ¡Oh resplandor del sol que sucedes al sueño! ¡Oh custodia de estos extranjeros, en la que mis esperanzas no creían! Nunca hubiera yo supuesto, oh hijo, que te resignaras a seguir tan compasivamente a mi lado, ante mis sufrimientos, prestándome tu ayuda. Los Atridas, sin embargo, no pudieron soportarlo tan pacientemente, ¡los valientes jefes del ejército! Pero tu sangre es noble y eres nacido de nobles, y consideraste

[54] Las palabras que ha dicho anteriormente (verso 839). El Coro teme que esto sea una imprudencia y le recomienda que, teniendo ya el arco en su poder, se embarque.

todo esto fácil, aun estando agobiado por los gritos y el mal olor. Ahora, cuando parece que existe un momento de respiro y de tregua en mi enfermedad, hijo, levántame tú en persona, ayúdame a restablecerme, muchacho, a fin de que, cuando la fatiga se aleje de mí, nos dirijamos a la nave y no retrasemos la navegación.

NEOPTÓLEMO. — Me alegro de verte vivo y respirando aún, libre de dolor, ya que los síntomas de los sufrimientos que te aquejaban parecían los de quien ya no vive. Ahora levántate tú mismo, o, si lo prefieres, éstos te transportarán. No vacilarán ante el trabajo, si es que a ti y a mí nos ha parecido bien hacerlo así.

FILOCTETES. — Te lo agradezco, hijo mío. Levántame como piensas. Deja a éstos, no sea que se sientan molestos antes de lo debido por el mal olor. Bastante fastidio les será habitar conmigo en la nave.

NEOPTÓLEMO. — Así será. Ea, levántate y sostente por ti mismo.

FILOCTETES. — Tranquilo, la larga costumbre me tendrá derecho.

(Empiezan a caminar, pero Neoptólemo se detiene de repente.)

NEOPTÓLEMO. — ¡Ah, ah! A partir de este momento, ¿qué debería hacer yo?

FILOCTETES. — ¿Qué ocurre, hijo, adónde quieres ir a parar con tus palabras?

NEOPTÓLEMO. — No sé adónde debo dirigir una embarazosa resolución.

FILOCTETES. — ¿Por qué estás tú angustiado? No hables así, hijo.

NEOPTÓLEMO. — Es que me encuentro ya en una situación de angustia.

FILOCTETES. — ¿No será la repugnancia por mi enfermedad lo que te ha persuadido para no llevarme ya como pasajero?

NEOPTÓLEMO. — Todo produce repugnancia cuando uno abandona su propia naturaleza y hace lo que no es propio de él.

FILOCTETES. — Pero tú no haces ni dices nada que te aparte del que te engendró[55] por ayudar a un hombre noble.

NEOPTÓLEMO. — Voy a quedar como un infame. Esto me atormenta desde hace rato.

FILOCTETES. — No temo, ciertamente, por lo que obras, sí por tus palabras.

NEOPTÓLEMO. — ¡Oh Zeus!, ¿qué voy a hacer? ¿Por segunda vez seré considerado un malvado si oculto lo que no debo y si digo las más infamantes palabras?

FILOCTETES. — Este hombre[56], si mi juicio no es incierto, parece que va a hacerse a la mar después de traicionarme y dejarme abandonado.

NEOPTÓLEMO. — No partiré tras abandonarte, sino más bien te llevaré a disgusto, y por eso estoy atormentado desde hace rato.

FILOCTETES. — ¿Qué dices, oh hijo? No comprendo.

NEOPTÓLEMO. — Nada te voy a ocultar: es necesario que tú navegues a Troya, junto a los aqueos y a la flota de los Atridas.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí! ¿Qué has dicho?

NEOPTÓLEMO. — No te lamentes antes de enterarte.

FILOCTETES. — ¿De qué he de enterarme? ¿Qué piensas hacer conmigo?

NEOPTÓLEMO. — En primer lugar, curarte esta enfermedad y, luego, ir a devastar la llanura de Troya con tu ayuda.

---

[55] Según la concepción ática del hombre, la naturaleza noble era algo que se heredaba de padres a hijos.

[56] El paso a la tercera persona marca una amarga indignación. Otro ejemplo lo tenemos en *Traquinias* 1238, en el diálogo de Heracles con su hijo Hilo.

FILOCTETES. — ¿Piensas hacer esto de verdad?

NEOPTÓLEMO. — Una imperiosa necesidad exige estas cosas. No te enojes por oírme.

FILOCTETES. — ¡Estoy perdido, infortunado, he sido traicionado! ¿Qué me has hecho, oh extranjero? [57]. ¡Devuélveme al punto mi arco!

NEOPTÓLEMO. — No es posible. La justicia y la conveniencia me obligan a obedecer a los que están en el poder.

FILOCTETES. — ¡Oh tú, fuego [58], ser totalmente espantoso y abominable modelo de funesta perfidia! ¿Qué has hecho conmigo? ¡Cómo me engañaste! ¿No sientes vergüenza de mirarme, a mí que me he vuelto a ti, a tu suplicante, oh miserable? Me has quitado la vida arrebatándome el arco. Devuélmelo, te lo suplico, devuélvemelo, te lo imploro, hijo. ¡Por los dioses paternos, no me prives de mi medio de vida! ¡Ay de mí, miserable! Ni siquiera me habla, sino que mira así a otra parte en actitud de no querer devolverlo.

¡Oh calas, oh promontorios, oh animales salvajes de las montañas con las que yo vivía! ¡Oh abruptas rocas! Ante vosotros —pues a ningún otro conozco con quien pueda hablar—, ante vosotros, que estáis acostumbrados a asistirme, me lamento a gritos de los hechos que el hijo de Aquiles me infirió. Después de jurarme que me conduciría a casa, me lleva a Troya. Y aunque había tendido, además, como prenda la mano derecha, se guarda el sagrado arco de Heracles, el hijo de Zeus, del que se había apoderado, y pretende exhibirlo entre los argi-

---

57 Hay que hacer notar que desde el v. 219 no había vuelto a dirigirse con esta fórmula a Neoptólemo. Expresa desencanto y distanciamiento.

58 Aplica a Neoptólemo el epíteto de fuego, que es símbolo de total destrucción. En estas consideraciones sobre su futuro, Filoctetes piensa que, al irse el joven con el arco, sólo le va a dejar desolación y destrucción.

vos. Y a mí mismo quiere llevarme por la fuerza, como si hubiera prendido a un hombre vigoroso, sin darse cuenta de que ha destruido un cadáver, una sombra de humo[59], una mera apariencia. ¡De estar yo fuerte no se hubiera apoderado de mí, ya que, ni siquiera estando así, me hubiera cogido si no es con engaño! He sido engañado, ¡desgraciado!, ¿qué debo hacer?

Conque devuélvemelo. Aún estás a tiempo de volver a convertirte en ti mismo. ¿Qué dices? ¿Callas? ¡Nada soy, desdichado!

¡Oh tú, entrada doble de la gruta, otra vez me vuelvo a ti desarmado, sin recursos. Me iré consumiendo en esta cueva, abandonado, sin poder matar con ese arco pájaros ni montaraces animales; al contrario, yo mismo, infortunado, tras mi muerte proporcionaré con mi persona un festín a aquellos de los que me solía alimentar, y entonces me cazarán a mí los que yo antes cazaba. Y de sangriento modo moriré, infortunado de mí, en represalia por la muerte de ellos, por obra de quien parecía no conocer el mal. ¡Ojalá mueras...! Pero aún no, no antes de saber si cambiarás de opinión otra vez. Y si es que no, ¡que tengas una mala muerte!

CORIFEO. — *(A Neoptólemo.)* ¿Qué vamos a hacer? Depende de ti ya, señor, el que embarquemos o el que hagamos caso a las palabras de éste.

NEOPTÓLEMO. — Una profunda compasión por este hombre se ha apoderado de mí, y no ahora por primera vez, sino ya antes.

FILOCTETES. — Ten compasión, hijo mío, por los dioses. No consientas a los hombres ningún motivo de reproche contra ti por haberme engañado.

NEOPTÓLEMO. — ¡Ah! ¿Qué haré? ¡Ojalá que nunca

59 La misma comparación encontramos en *Antígona* 1170.

hubiera abandonado Esciros! Tanto estoy a disgusto con esta situación.

FILOCTETES. — Tú no eres malvado. Parece que has llegado a estas vilezas por aprender de hombres perversos. Pero ahora, remitiéndolas a los otros como conviene, hazte a la mar cuando me hayas dado mis armas.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué hacemos, amigos?

(Odiseo irrumpe[60] *en escena seguido de dos marinos.)*

ODISEO. — ¡Ah, hombre malvado! ¿Qué vas a hacer? Retrocede y déjame este arco.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí! ¿Quién es este hombre? ¿Acaso estoy oyendo a Odiseo?

ODISEO. — Es Odiseo, entérate bien, el que tienes delante de los ojos.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí! Estoy traicionado y perdido! Éste es, en verdad, quien me cogió y me despojó de mis armas.

ODISEO. — Yo, tenlo por seguro, y ningún otro. Estoy de acuerdo.

FILOCTETES. — Devuélvemelo, suelta, hijo, el arco.

ODISEO. — Esto jamás lo hará, ni aunque quiera; más bien es preciso que tú marches a la vez, o éstos te llevarán a la fuerza[61].

FILOCTETES. — ¡Oh tú, perverso entre los perversos, que estás más allá de toda desvergüenza! ¿Éstos van a llevarme a mí por la fuerza?

ODISEO. — Sí, si no vienes voluntariamente.

FILOCTETES. — ¡Oh tierra lemnia y resplandor todopoderoso producido por Hefesto![62]. ¿Es, pues, tolerable que ése me aparte por la fuerza de vuestros reinos?

---

60 La súbita irrupción en escena de Odiseo está marcada en el recitado porque el mismo verso está en boca de dos interlocutores.

61 Los dos nuevos acompañantes de Odiseo.

62 Nueva alusión al volcán Mosiclo (cf. nota 52). Hefesto te-

ODISEO. — Es Zeus, para que lo sepas, Zeus, que gobierna esta tierra, Zeus, el que lo ha dispuesto así. Yo estoy a sus órdenes.

FILOCTETES. — ¡Oh ser odioso! ¡Qué razones te has inventado! Poniendo por delante a los dioses, los haces mentirosos.

ODISEO. — No, al contrario, veraces. Pues debes seguir tu camino.

FILOCTETES. — Digo que no.

ODISEO. — Y yo que sí. Has de obedecer en esto.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí, infeliz! Está claro que nuestro padre nos engendró como esclavos y no como hombres libres.

ODISEO. — No, sino semejantes a los más valientes, junto con los que es preciso que tú tomes Troya y la devastes por la fuerza.

FILOCTETES. — Nunca, ni aunque tuviera yo que sufrir toda clase de males, mientras exista para mí el escarpado suelo que piso.

ODISEO. — ¿Qué piensas hacer?

FILOCTETES. — Voy a ensangrentar al punto mi cabeza, precipitándome sobre las rocas desde las peñas de arriba.

ODISEO. — Prendedle para que no pueda hacerlo.

FILOCTETES. — ¡Oh brazos apresados por este hombre, cuánto tenéis que soportar a falta del bien amado arco! ¡Oh tú, que no tienes ni un pensamiento sano ni elevado, cómo me has vuelto a engañar! ¡Cómo me has dado caza, tomando por pantalla a este joven, desconocido para mí, a quien tú no mereces, pero yo sí, y que no sabía más que cumplir lo ordenado, quien incluso evidencia ya a las claras que sufre de penoso modo por las

---

nía un culto especial en la isla de Lemnos, donde, según la tradición, había caído maltrecho cuando Zeus lo arrojó desde el Olimpo. Allí lo recogieron los Sintios (*Ilíada* I 593).

faltas que ha cometido y por el mal que me hizo! Pero tu perverso ánimo, que está constantemente acechando desde los rincones, fue enseñando a ser diestro en infamias a quien era sencillo y no estaba dispuesto a cometerlas.

Y ahora, respecto a mí, desgraciado, tienes intención de sacarme atado [63] de este promontorio en donde tú me arrojaste antes, sin amigos, abandonado, sin patria, como un muerto entre vivos. ¡Ah! ¡Ojalá perezcas! En muchas ocasiones he pedido esto para ti, pero los dioses nada agradable me conceden, y, mientras tú disfrutas de vivir, yo me atormento por eso mismo, porque vivo entre abundantes desgracias, miserable, siendo objeto de burla por parte tuya y de los dos jefes hijos de Atreo, de quienes ahora tú estás cumpliendo órdenes.

Sin embargo, tú, sólo obligado por la astucia y la fuerza [64], te hiciste a la mar con ellos. En cambio de mí, ser totalmente desgraciado, que como marino navegué voluntariamente con siete naves [65], se deshicieron ignominiosamente, según tú dices, pero ellos dicen que tú.

Y ahora, ¿por qué me conducís? ¿Por qué me lleváis? ¿Con qué objeto? A mí, que nada soy y estoy muerto para vosotros desde hace tiempo. ¿Cómo es, oh ser aborrecido por los dioses, que ahora ya no me consideráis un cojo pestilente? ¿Cómo podréis quemar ofren-

[63] Aún no lo estaba, pero adivina las intenciones de los marineros.

[64] A pesar de que también Odiseo estaba obligado por juramento a Tindáreo (nota 4), trató de sustraerse a la obligación de ir a Troya fingiéndose loco. Menelao y Palamedes acudieron a buscarlo y comprobarlo, y lo descubrieron. En efecto, Odiseo había uncido al arado un asno y un buey juntos y sembraba sal. A Palamedes se le ocurrió colocar al pequeño Telémaco ante el arado, y Odiseo entonces se paró, dejando patente su buen juicio. Estratagema moralizante que ya encontramos en el famoso juicio de Salomón.

[65] *Ilíada* II 719-720.

das a los dioses si yo voy en la travesía? ¿Cómo hacer libaciones? Pues éste era para ti el pretexto para arrojarme. ¡Así perecierais infamemente! Y pereceréis por haber sido injustos conmigo, si es que a los dioses les preocupa la justicia. Y sé que les preocupa, en efecto, ya que en otro caso nunca hubierais hecho esta expedición por causa mía, desdichado, a no ser que un aguijón de origen divino os hubiera guiado en mi busca.

Pero, ¡oh tierra paterna y dioses que todo lo veis!, castigadlos, castigadlos, aunque tarde, a todos ellos, si sentís alguna compasión por mí. Porque vivo lastimosamente, pero, si pudiera verlos muertos, me parecería que me habría liberado de mi dolencia.

CORIFEO. — El hombre está amargado y dice amargas palabras, Odiseo, que no ceden ni en sus desgracias.

ODISEO. — Podría contestar muchas razones a sus palabras si tuviera tiempo. Sólo puedo ahora dar una. Si se requiere a alguien de esa clase, yo soy ese tal, pero, donde se celebre un certamen de hombres justos y honestos, no podrías encontrar otro más concienzudo que yo. Mi natural me lleva, no obstante, a vencer en toda ocasión, excepto respecto a ti. Y ahora voy a ceder ante ti por mi voluntad. *(A los marineros.)* Soltadle y no le sujetéis ya. Dejad que se quede aquí. Además, no te necesitamos, teniendo como tenemos tus armas. Puesto que entre nosotros está Teucro[66], que es diestro en este arte, y yo mismo, que creo que no las manejaría peor que tú y las dirigiría con mi mano, ¿en qué, pues, te necesitamos? Pásalo bien recorriendo tu Lemnos. Nosotros nos vamos. Tal vez lo que es para ti motivo de

66 Teucro, hijo de Telamón y hermano de Áyax, era considerado como el mejor arquero del ejército aqueo, como ya dijimos (nota 103 de *Ayax*). Cf. *Ilíada* XIII 313. Odiseo lo nombra intencionadamente para excitar la emulación de Filoctetes, viejo y repetido ardid psicológicamente útil.

gloria me conceda a mí una honra que eras tú el que debías conseguir.

FILOCTETES. — ¡Ay de mí! ¿Qué haré, desdichado? ¿Vas a aparecer tú entre los argivos provisto de mis armas?

ODISEO. — Nada me repliques ya, porque me voy.

FILOCTETES. — ¡Oh hijo de Aquiles! ¿Ya no voy a recibir de ti ni una palabra, sino que te marchas de este modo?

ODISEO. — *(A Neoptólemo.)* Tú vete, no le dirijas la mirada, para que no eches a perder nuestra suerte a fuer de ser generoso.

FILOCTETES. — *(Al Coro.)* ¿Es que ante vuestra vista voy a ser dejado así, solo, oh extranjeros, y no os apiadaréis de mí?

CORIFEO. — Este joven es quien tiene el mando de la nave. Cuanto él te diga te lo confirmamos también nosotros.

NEOPTÓLEMO. — *(Al Coro.)* Tendré que oír que éste *(señalando a Odiseo)* dice de mí que estoy lleno de compasión. A pesar de todo quedaos, si a él le parece bien, todo el tiempo que los marineros necesiten para disponer las cosas de la nave y nosotros para hacer plegarias a los dioses. Y tal vez entre tanto éste[67] conciba una forma de pensar más favorable para nosotros. Tú y yo partamos, y vosotros, cuando os llamemos, acudid rápidamente.

(Salen Odiseo y Neoptólemo.)

Estrofa 1.ª

FILOCTETES. — *¡Ah, oquedad de la cavernosa roca, tan ardiente como helada! No voy a abandonarte nunca, infortunado de mí; antes bien, tú serás testigo de mi muerte. ¡Ay de mí, de mí! ¡Ah, desdichada gruta, la*

67 Odiseo.

que está más ahíta de las penas mías! ¿Qué será de mi diario sustento? ¿De quién y de dónde me procuraré, desgraciado, esperanza de proveerme de alimento? Seguirán su camino por lo alto del cielo las aves a través del penetrante aire. Yo ya no lo impido[68].

CORO. — *Tú, sí, tú, oh malhadado, lo has querido. Y esta fortuna no viene de otro, de alguien más poderoso, ya que, siéndote posible entrar en razón, preferiste aceptar, en vez del destino mejor el peor.*

Antístrofa 1.ª

FILOCTETES. — *¡Oh infortunado, infortunado de mí, maltratado también por la miseria! Sin habitar aquí con hombre alguno de ahora en adelante, pereceré. ¡Ay, ay! Sin proporcionarme ya alimentos procedentes de mis aladas armas, las que yo sujetaba con mis fuertes brazos. Pero las inesperadas y confusas palabras de un alma mentirosa se deslizaron en mí. ¡Ojalá viera yo que el que ha proyectado esto obtuviera por igual tiempo un sufrimiento como el mío!*

CORO. — *Un destino, un destino de los dioses, y no una trampa de mi mano*[69]*, te ha alcanzado. Aplica a otros tu odiosa maldición portadora de fatal destino, pues a mí sólo me interesa que no rehúses mi amistad.*

Estrofa 2.ª

FILOCTETES. — *¡Ay de mí! Sentado en cualquier punto de la playa ante el espumoso mar, se está riendo de mí, blandiendo en su mano mi medio de vida*[70]*, desdichado, el arma que nadie alzó nunca. ¡Oh arco querido, arrebatado de mis manos! Probablemente estás viendo*

---

68 Pasaje de difícil interpretación. El sentido, creo, es que las aves que él solía cazar podrán volar a partir de ahora tranquilas sin temor a sus flechas.

69 El Coro se asocia a Odiseo y Neoptólemo.

70 Está pensando en el arco y las flechas.

con piedad, si es que algún sentimiento tienes, que el amigo de Heracles[71] *en adelante no te utilizará ya y que, en sustitución, serás manejado por otro dueño, un hombre fecundo en ardides. Serás testigo de sus vergonzosos engaños y de cómo mi aborrecible enemigo, valiéndose de infamantes artes, hace brotar males sin cuento, cuantos él nunca proyectó contra mí.*

CORO. — *Es propio del hombre*[72] *decir razonablemente lo que es justo, pero, una vez dicho, no echar en cara palabras mortificantes que resulten odiosas. Y aquél*[73], *único designado para esto entre muchos, lo llevó a cabo cumpliendo órdenes como ayuda común para sus amigos.*

Antístrofa 2.ª

FILOCTETES. — *¡Oh aladas presas y fieras de brillantes ojos a quienes esta región mantiene paciendo en sus montes! ¡No os alejéis ya a saltos huyendo de mi gruta! Pues no tengo en mis manos, ¡desgraciado de mí!, las flechas que eran antes mi protección. ¡Oh, cuán desgraciado soy yo ahora! Este lugar no se guarda con cuidado, ya no tenéis que temerlo. Acercaos. Ahora es justo que, en pago de vuestras muertes, saciéis a placer vuestras fauces con mi amoratada carne. Pronto voy a dejar la vida. Porque, ¿de dónde obtendré los medios de subsistencia? ¿Quién puede alimentarse del aire sin poseer ya nada de cuanto envía la fértil tierra?*

CORO. — *¡Por los dioses! Si tienes alguna consideración con el extranjero que se te acerca lleno de buena voluntad, aproxímate. Pero entiéndelo, entiéndelo bien:*

---

71 Él mismo se denomina así.

72 Honrado, se sobreentiende.

73 Odiseo. El Coro rehúsa ultrajar a Odiseo y le disculpa diciendo que sólo ha sido el agente de una decisión de toda la armada griega.

en tus manos está el rehuir este destino[74]*, pues es lamentable que lo alimentes, mientras seas incapaz de soportar el tremendo peso que lo acompaña.*

FILOCTETES. — *De nuevo, de nuevo has mencionado un antiguo dolor, ¡oh tú, el mejor de los que han llegado antes! ¿Por qué me has matado? ¿Qué me has hecho?...*

CORO. — *¿Qué quieres decir?*

FILOCTETES. — *... si has concebido la esperanza de llevarme al aborrecido país de Troya.*

CORO. — *Porque creo que es esto lo mejor.*

FILOCTETES. — *Abandonadme ya, en ese caso.*

CORO. — *Me das una orden que me es grata, sí, grata, y gustoso la cumpliré. Vayamos, vayamos al puesto que tenemos asignado en la nave.*

FILOCTETES. — *¡Por Zeus que escucha a los suplicantes, no partáis, os lo suplico!*

CORO. — *Modérate.*

FILOCTETES. — *¡Oh extranjeros, por los dioses, quedaos!*

CORO. — *¿Por qué gritas?*

FILOCTETES. — *¡Ay, ay, destino, destino! ¡Estoy perdido, miserable! ¡Oh pie, pie! ¿Qué haré contigo en lo que me queda de vida, infortunado? Extranjeros, llegaos de nuevo.*

CORO. — *¿Para qué? ¿Con un propósito diferente a los que antes manifestabas?*

FILOCTETES. — *Nadie tiene la culpa de que, fuera de mí, a causa de tormentoso dolor, grite en contra del buen sentido.*

CORO. — *Ven, pues, desgraciado, como te exhortamos.*

---

[74] Si va a Troya será curado de la dolencia que le aqueja y terminarán los males y molestias que ésta conlleva: hambre, soledad, privaciones, etc.

FILOCTETES. — *Nunca, nunca, tenlo por seguro, ni aunque el señor del fuego, el que lanza el rayo*[75], *venga a inflamarme con las llamaradas de sus relámpagos. ¡Que muera Ilión*[76] *y los que están bajo sus muros, que todos ellos tuvieron el atrevimiento de despreciar este pobre pie mío! Pero, oh extranjeros, concededme un solo deseo.*

CORO. — *¿Qué es lo que quieres decirnos?*

FILOCTETES. — *Hacedme llegar una espada, si hay alguna, o un hacha o un arma cualquiera.*

CORO. — *¿Qué acción violenta piensas llevar a cabo?*

FILOCTETES. — *Voy a cortar de una vez mi cabeza y mis miembros con mi propia mano. De muerte, de muerte son ya mis pensamientos.*

CORO. — *¿Cuáles?*

FILOCTETES. — *Ir en busca de mi padre.*

CORO. — *¿En qué país?*

FILOCTETES. — *En el Hades. No está ya con vida. ¡Oh ciudad, oh ciudad paterna! ¿Cómo podría yo verte, desgraciado de mí, tras haber abandonado tu sagrada corriente para ir en ayuda de los aborrecidos dánaos? ¡Ya no soy nada!*

(Filoctetes entra en la cueva.)

CORIFEO. — Hace rato que me hubiera marchado, y ya estaría cerca de la nave, si no hubiera visto que Odiseo se aproxima junto al hijo de Aquiles y vienen hacia aquí, en dirección a nosotros.

(Entran Neoptólemo y Odiseo discutiendo[77]*.)*

ODISEO. — ¿No podrías decirme qué camino llevas

---

75 Está hablando de Zeus.

76 Esta expresión tenemos que entenderla como que a Filoctetes no le importa cuál sea el final de la guerra de Troya.

77 Son muy raros los casos en que dos actores entran juntos, excepto en escenas iniciales. Sólo en *Traquinias* 971 entran Hilo y el anciano con Heracles moribundo, y en *Edipo en Colono* 1099 Teseo con Antígona e Ismene.

con tanto apresuramiento, después de haber dado media vuelta?

Neoptólemo. — Voy a enmendar cuantos yerros cometí antes.

Odiseo. — Empleas extrañas palabras. ¿Cuál es la falta?

Neoptólemo. — La de haberte obedecido a ti y a todo el ejército.

Odiseo. — ¿Qué acción has cometido que no te convenía?

Neoptólemo. — Someter a un hombre con engaños y embustes vergonzosos.

Odiseo. — ¿A quién? ¿Es que has tomado una decisión inesperada?

Neoptólemo. — Nada nuevo, pero al hijo de Peante...

Odiseo. — ¿Qué piensas hacer? ¡Qué temor me invade!

Neoptólemo. — ... de quien tomé este arco, de nuevo a mi vez...

Odiseo. — ¡Oh Zeus! ¿Qué dices? ¿No estarás pensando en devolvérselo?

Neoptólemo. — Sí, pues lo he obtenido de modo deshonroso y no lo poseo justamente.

Odiseo. — ¡Por los dioses! ¿Es que dices esto para burlarte?

Neoptólemo. — Sí, si es que es una burla decir la verdad.

Odiseo. — ¿Qué dices, hijo de Aquiles, qué palabras has pronunciado?

Neoptólemo. — ¿Quieres que repita las mismas cosas dos y tres veces?

Odiseo. — En modo alguno hubiera querido oírlas ni una sola vez siquiera.

Neoptólemo. — Entérate bien: has oído ya todo lo que yo tenía que decir.

ODISEO. — Hay alguien, lo hay, que te impedirá hacerlo.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué dices? ¿Quién será el que me lo va a impedir?

ODISEO. — Todo el ejército de los aqueos y yo a la cabeza.

NEOPTÓLEMO. — Aunque eres sagaz por naturaleza, no has dicho nada ingenioso.

ODISEO. — Tú eres el que ni dices cosas ingeniosas, ni tampoco tus acciones lo son.

NEOPTÓLEMO. — Pero, si son justas, son preferibles a las ingeniosas.

ODISEO. — Y ¿cómo va a ser justo devolverle de nuevo lo que has logrado gracias a mis consejos?

NEOPTÓLEMO. — He cometido una falta vergonzosa y voy a intentar repararla.

ODISEO. — Y, al hacerlo, ¿no temes al ejército de los aqueos?

NEOPTÓLEMO. — Con la justicia de mi lado no siento el miedo a que te refieres[78].

ODISEO. — ...

NEOPTÓLEMO. — Ni siquiera a tu fuerza obedeceré para actuar.

ODISEO. — Entonces no lucharemos contra los troyanos, sino contra ti.

NEOPTÓLEMO. — Que ocurra lo que ha de suceder.

ODISEO. — ¿Ves mi mano derecha sobre la empuñadura?

NEOPTÓLEMO. — En ese caso, también a mí me verás hacer lo mismo y sin dilación.

ODISEO. — Te dejaré, pues. Pero, al llegar, lo contaré a todo el ejército y él se vengará de ti.

(Odiseo se aleja.)

---

[78] Es decir, no siente miedo de la venganza del ejército, con lo que Odiseo le quiere asustar.

Neoptólemo. — Has vuelto a tus cabales. Si razonas así de aquí en adelante estarás libre de lamentos. *(Dirigiéndose hacia la cueva.)* Y tú, hijo de Peante, Filoctetes, sal, abandona este refugio rocoso.

Filoctetes. — ¿Qué alboroto de voces se elevan otra vez ante mi cueva? ¿Por qué me llamáis? ¿Qué deseáis, extranjeros? *(Aparece ante la entrada de la cueva y ve a Neoptólemo.)* ¡Ay de mí! No es cosa buena[79]. ¿Es que tal vez venís a causarme nuevos males, además de los que ya tengo?

Neoptólemo. — Tranquilízate y escucha las noticias que he venido a traerte.

Filoctetes. — Siento miedo, pues también antes me fue mal con bellas razones, cuando me dejé convencer por tus palabras.

Neoptólemo. — ¿Y es que no ha lugar a arrepentirse otra vez?

Filoctetes. — De este modo te manifestabas también cuando me robaste el arco, leal pero funesto para tus adentros.

Neoptólemo. — Pero en verdad que no es éste el caso. Quiero oír de ti si estás decidido a resistir quedándote aquí o a navegar con nosotros.

Filoctetes. — Detente, no digas más, porque en vano dirás todo lo que siga.

Neoptólemo. — ¿Así está decidido?

Filoctetes. — Sí, y más firmemente, sábelo, de lo que mis palabras expresan.

Neoptólemo. — Hubiera querido persuadirte con mis razones, pero, si no estoy hablando en un momento oportuno, he terminado de hacerlo.

Filoctetes. — Todo lo que hables será en vano, pues nunca conseguirás tener mi ánimo bien dispuesto; tú, que me has privado de mi medio de vida quitándomelo

---

[79] Esperaba, sin duda, encontrarse con los marineros.

con engaños, después me vienes a amonestar; tú, que has mostrado que eres un odioso hijo de un excelente padre. ¡Ojalá perezcáis los Atridas en primer lugar, el hijo de Laertes y tú!

NEOPTÓLEMO. — No hagas más imprecaciones y recibe de mi mano estas flechas [80].

FILOCTETES. — ¿Cómo dices? ¿Es que por segunda vez voy a ser engañado?

NEOPTÓLEMO. — Te lo juro por el sagrado respeto del supremo Zeus.

FILOCTETES. — ¡Oh queridísimas palabras, si lo que dices es verdad!

NEOPTÓLEMO. — Va a ser un hecho ante tu vista. Ea, extiende tu mano derecha y apodérate de tus armas.

(Aparece súbitamente Odiseo en escena.)

ODISEO. — Yo lo prohíbo, ¡sean los dioses testigos!, en nombre de los Atridas y de todo el ejército.

FILOCTETES. — *(A Neoptólemo.)* Hijo [81], ¿de quién es esa voz? ¿Acaso he escuchado a Odiseo?

ODISEO. — Entérate claramente: a tu lado me estás viendo, a mí que voy a enviarte por la fuerza a la llanura de Troya, aunque no quiera el hijo de Aquiles.

FILOCTETES. — *(Tendiendo el arco.)* Pero no lo harás impunemente, si esta flecha da en el blanco.

NEOPTÓLEMO. — *(Sujetándole por el brazo.)* ¡Ah, de ninguna manera, por los dioses, no dejes escapar ninguna flecha!

FILOCTETES. — En nombre de los dioses, suéltame el brazo, hijo muy querido.

NEOPTÓLEMO. — No te soltaré.

(Se va Odiseo.)

FILOCTETES. — ¡Ah! ¿Por qué me has impedido matar

---

[80] Entendiendo también el arco.

[81] Obsérvese el nuevo cambio en el tratamiento, que indica la nueva disposición de ánimo de Filoctetes.

con mis flechas al hombre que es mi aborrecido enemigo?

NEOPTÓLEMO. — Es que ni para mí ni para ti está bien tal acción.

FILOCTETES. — Pero entérate al menos de que los principales de nuestro ejército, esos mentirosos heraldos de los aqueos, son cobardes en la lucha pero osados en sus palabras.

NEOPTÓLEMO. — Sea, pero tienes ya el arco y no existe razón para que tengas enojo ni reproche contra mí.

FILOCTETES. — Estoy de acuerdo. Has demostrado, hijo, de qué estirpe has nacido, que no es de Sísifo, sino de Aquiles, de quien las mayores alabanzas se oían, tanto cuando estaba entre los vivos, como ahora entre los muertos.

NEOPTÓLEMO. — Me complace que hables bien de mi padre, y de mí mismo, pero escucha lo que deseo obtener de ti. A los hombres les es forzoso soportar las fortunas que los dioses les asignan [82]. Pero cuantos cargan con males voluntarios, como tú, no es justo que nadie les tenga clemencia ni compasión. Tú te enfureces y no toleras a un consejero y, si alguien te amonesta, aunque sus palabras sean amistosas, le aborreces y le consideras un enemigo y un adversario. Sin embargo, te hablaré, e invoco a Zeus por quien se hace el juramento.

Entérate de esto y grábalo dentro de tu corazón: tú padeces este mal por un destino que te viene de los dioses, ya que te acercaste a la guardiana de Crisa, a la serpiente [83] vigilante que a escondidas custodia el descu-

---

[82] En esta expresión debemos entender «desgracias», ya que éste es el caso de Filoctetes. Este eufemismo no es único en la literatura griega. Lo encontramos en *Ilíada* III 65; SOLÓN, I 64; EURÍPIDES, *Hipólito* 1411, etc.

[83] Era la serpiente que custodiaba el recinto sagrado de la ninfa Crisa (véase nota 7) en la isla del mismo nombre. A las

bierto cercado. Sabe también que, en tanto el mismo sol se levante por ahí y se ponga otra vez por allí[84], no te vendrá el final de esta penosa enfermedad hasta que por tu propia voluntad vayas a la llanura de Troya y, encontrándote con los dos hijos de Asclepio[85] que están entre nosotros, te cures de esta dolencia y te dejes ver saqueando la ciudadela de Troya con ayuda de estas flechas y con la mía.

Y te diré cómo sé yo que está así dispuesto. Tenemos un prisionero de Troya, el excelente adivino Heleno, quien declara sin lugar a dudas que es necesario que suceda así. Y a esto aún añade que es forzoso que en el verano próximo Troya sea tomada por completo. Y se ofrece a sí mismo voluntario para que lo maten, si resulta equivocado en lo que dice.

Así, pues, ya que estás enterado, consiente de grado. Ganarás mucho si, juzgado como el mejor de los helenos, te pones en primer lugar en las manos de quien te dará la salud y seguidamente, tras tomar Troya, la que hace derramar abundantes lágrimas, alcanzas la más alta gloria.

FILOCTETES. — ¡Ah, odiosa existencia! ¿Por qué, por qué me mantienes vivo aquí arriba sin permitir que me dirija al Hades? ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Cómo voy a confiar en las palabras de quien, con la mejor voluntad, me aconseja? Pero, ¿voy a ceder? Y luego, ¿cómo, desdichado, podré aparecer a la vista de todos si lo hago? ¿A quién podré dirigir la palabra? ¡Oh ojos que habéis con-

---

ninfas y a los héroes se les consagraban lugares o recintos abiertos y no templos.

84 Iba acompañado, naturalmente, de gestos del actor señalando el Oriente y el Occidente.

85 Los dos hijos de Asclepio son Macaón y Podalirio, que recibieron el mismo poder para curar que su padre (*Ilíada* II 731-732). Más adelante, verso 1437, Heracles dice que será el propio Asclepio el que le cure.

templado todos los agravios que me han hecho! ¿Cómo podréis soportar que yo conviva con los hijos de Atreo, los que me perdieron? ¿Y con el hijo de Laertes, grandísimo infame? No es el dolor por los hechos que han pasado lo que me mortifica, sino que creo prever cuántas cosas he de sufrir aún de su parte. Pues, para los que el pensamiento llega a ser la fuente de las iniquidades, éstas les enseñan también otros males. Y esto es también lo que me admira en ti, que tú mismo no debías ir a Troya y debías impedírmelo a mí, ya que aquéllos te injuriaron al despojarte de los honores que tenías de tu padre[86]. Y a pesar de ello, ¿vas a luchar a su lado y me obligas a hacerlo a mí también? No, por cierto, hijo. Antes bien, envíame a casa como has prometido. Y tú mismo quédate en Esciros y deja que ellos, los malvados, perezcan de mala manera. Y así recibirás un doble agradecimiento: el mío y el de tu padre. Y no darás la impresión de ser de la misma calaña que ellos, al ir en ayuda de unos malvados.

NEOPTÓLEMO. — Dices algo que es razonable; sin embargo, yo quisiera que confiaras en los dioses y en mis palabras y zarparas de esta tierra en mi compañía, que soy tu amigo.

FILOCTETES. — ¿Acaso en dirección a la llanura de Troya y junto al odiado hijo de Atreo, con este desgraciado pie?

NEOPTÓLEMO. — Sí, junto a los que te liberarán a ti y tu supurante pie de dolores y te curarán tu enfermedad.

FILOCTETES. — ¡Ah! Tú das extraños consejos. ¿Qué quieres decir?

NEOPTÓLEMO. — Lo que veo que resultará mejor para ti y para mí.

---

86 Se refiere a las armas. Aún no sabe Filoctetes que esta noticia era falsa.

FILOCTETES. — ¿Y no te avergüenzas de hablar así ante los dioses?

NEOPTÓLEMO. — ¿Cómo podría alguien avergonzarse de prestar un servicio a los amigos?

FILOCTETES. — ¿Te refieres a un servicio para los Atridas o para mí?

NEOPTÓLEMO. — Para ti, sin duda alguna, porque soy tu amigo y como tal te hablo.

FILOCTETES. — ¿Y cómo, tú que quieres entregarme a mis enemigos?

NEOPTÓLEMO. — ¡Oh querido amigo!, aprende a no envalentonarte en medio de tus males.

FILOCTETES. — Me perderás, te conozco, con estas palabras.

NEOPTÓLEMO. — Yo ciertamente que no. Pero afirmo que tú no las entiendes.

FILOCTETES. — ¿No sé yo que los Atridas me expulsaron?

NEOPTÓLEMO. — Pero considera si, aun habiéndote expulsado, te van a salvar en esta ocasión.

FILOCTETES. — Nunca, si tengo que visitar yo Troya por mi propia voluntad.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué haré, pues, yo, si ninguna de las razones que doy te pueden convencer? Lo más fácil para mí es dejar de hablar y que tú vivas sin ser curado, como ya estás viviendo.

FILOCTETES. — Deja que yo sufra lo que me es preciso sufrir. Pero lo que me prometiste, estrechándome la mano derecha, de enviarme a mi patria, cúmplelo, hijo, y no te retrases, ni me menciones ya Troya. Pues bastante lo he deplorado ya con mis lamentos.

NEOPTÓLEMO — Si te parece, partamos.

FILOCTETES. — ¡Ah, nobles palabras has proferido!

NEOPTÓLEMO. — Apoya ahora tu pie.

FILOCTETES. — Al menos en tanto yo tenga fuerzas.

NEOPTÓLEMO. — ¿Cómo escaparé de la acusación de los aqueos?

FILOCTETES. — No te preocupes.

NEOPTÓLEMO. — ¿Y qué ocurrirá si devastan mi país?

FILOCTETES. — Yo estaré allí presente...

NEOPTÓLEMO. — ¿Y qué ayudas podrás prestarme?

FILOCTETES. — ... con las flechas de Heracles.

NEOPTÓLEMO. — ¿Qué quieres decir?

FILOCTETES. — Les impediré acercarse.

NEOPTÓLEMO. — Tras despedirte de esta tierra, ponte en marcha.

(Cuando se disponen a marchar, aparece Heracles por encima de los actores[87]*.)*

HERACLES. — *Aún no, sin que escuches mis palabras, hijo de Peante. Puedes afirmar que estás oyendo con tus oídos la voz de Heracles y que estás contemplando su rostro. En atención a ti he venido, abandonando las celestes moradas, para comunicarte los propósitos de Zeus y para impedir que tomes el camino que vas a emprender. Escucha mis palabras.*

En primer lugar te hablaré de mi propio destino, de cuántos trabajos soporté y cumplí hasta obtener la gloria inmortal que te es posible contemplar. También para ti, entérate bien, está destinada una suerte así: que de los sufrimientos presentes obtengas una vida gloriosa. Irás con este hombre a la ciudad troyana, donde, primero, quedará libre de tu penosa dolencia y, luego, elegido por tu valor el más importante del ejército, tras matar con mis flechas a Paris, que fue el causante de estos males, devastarás Troya, y el botín que, como premio, recibas de la armada lo enviarás a tu morada para tu padre Peante, a la meseta del Eta, tu patria. En cuanto

---

87 Las divinidades aparecían en una máquina de teatro, llamada *theologeîon,* que las mostraba en el aire. Este recurso lo emplea frecuentemente Eurípides.

al botín que logres del ejército en memoria de mis flechas, llévalo a mi tumba.

Y a ti, hijo de Aquiles, te aconsejo lo mismo. Pues ni tú puedes tomar la llanura de Troya sin éste, ni él sin ti. Antes bien, como dos leones que van juntos, protegeos el uno al otro.

Por mi parte, enviaré a Asclepio a Troya para que te cure de tu enfermedad. Porque por segunda vez[88] es preciso que Troya sea tomada con mis flechas. Pero tened esto en cuenta cuando hayáis asolado la región: mostrad la debida reverencia para los dioses[89]. Todo lo demás es secundario, según el criterio de nuestro padre Zeus. La piedad no muere con los mortales y, aunque estemos vivos o muertos, ella no perece.

FILOCTETES. — *¡Oh tú que has emitido una voz anhelada por mí y que apareces tras largo tiempo! No desobedeceré tus órdenes.*

NEOPTÓLEMO. — *Y yo doy mi parecer en el mismo sentido.*

HERACLES. — *No os retraséis mucho tiempo en actuar. Os urgen la ocasión y este viento que sopla de popa.*

(Heracles desaparece.)

FILOCTETES. — *Ea, pues, déjame saludar esta tierra al partir. Adiós*[90], *¡oh morada que me has protegido y ninfas de los arroyos y los prados, y tú, enérgico estrépito del promontorio marino donde, muchas veces, en su*

---

[88] En la primera expedición a Troya participó Heracles con su arco, cuando reinaba Leomedonte, padre de Príamo. Le acompañaba Telamón (véase nota 44 de *Ayax*).

[89] Ya sabemos por la tradición posterior que no lo cumplieron.

[90] Parece que Filoctetes hablaba a medida que abandonaba la escena. De ahí que se despida primero de la morada que tiene a la vista, luego de los paisajes de alrededor y, finalmente, del promontorio marino.

interior, se empapó mi cabeza por las trombas del viento sur y donde a menudo el monte Hermeo[91] *me devolvía con el eco, en pleno sufrimiento, el gemido de mi propia voz!*

Y ahora, ¡oh fuentes y agua licia[92]*!, os dejo, os dejo ya a pesar de que nunca había tenido este propósito.*

Adiós, ¡oh región de Lemnos rodeada por el mar! Envíame en feliz e irreprochable travesía adonde me llevan la gran Moira y el consejo de los amigos y la divinidad que todo lo puede y que así hizo que se cumpliera[93].

CORO. — *Marchemos todos juntos, rogando a las ninfas del mar que vengan a tutelar nuestro regreso.*

---

[91] El monte Hermeo, también mencionado por ESQUILO (*Agamenón* 283), está situado al Nordeste de la isla.

[92] Manantial llamado así en relación con el epíteto de Apolo Licio.

[93] Se trata de Zeus, no de Heracles.

EDIPO EN COLONO

INTRODUCCIÓN

ESTRUCTURA DEL DRAMA

PRÓLOGO (1-116). El viejo Edipo se ha sentado a descansar, cuando un habitante de la región le advierte que está en un recinto sagrado y que debe abandonarlo. Es un recinto dedicado a las Euménides. Por esta palabra Edipo conoce que el fin de su vida está cerca y solicita la presencia del rey de la ciudad, Teseo. El hombre va en busca de los ancianos de Colono. Mientras, Edipo invoca a las diosas y se ocultan al notar la llegada del Coro.

PÁRODO (117-253). Consiste en un diálogo lírico entre el Coro y Edipo. Hay dos estrofas y dos antístrofas. El Coro invita a Edipo a abandonar el recinto sagrado y le promete no arrojarlo del país, pero cuando se entera de la identidad del anciano olvida la promesa y le ordena abandonar el Ática. Antígona suplica por los dos.

EPISODIO 1.° (254-667). Edipo pide asilo al Coro. Éste opta por aceptar lo que Teseo decida. Ismene llega (324) trayendo la noticia de la guerra entre sus dos hermanos y le pone sobre aviso de que van a venir a buscarle a la vista del nuevo oráculo de Delfos. Edipo maldice a sus hijos. El Coro recomienda a Edipo celebrar unos ritos de expiación a las diosas Euménides e Ismene sale para cumplirlos (509). Hay un diálogo lírico (510-548) entre Edipo y el Coro en el que se vuelven a recordar las desgracias pasadas de Edipo y, a continuación, entra Teseo y le asegura protección.

ESTÁSIMO 1.º (668-719). Comprende dos estrofas y dos antístrofas. En el primer par de ellas tenemos un canto de alabanza a Colono y en el segundo un canto a la belleza y grandeza de su patria, el Ática.

EPISODIO 2.º (720-1043). Creonte se presenta, esperando persuadir a Edipo para que vuelva con él a Tebas, pero Edipo le increpa duramente y se niega. Creonte le amenaza con llevarse por la fuerza a sus hijas y le anuncia que ya tiene en su poder a Ismene. Se lleva también a Antígona y está a punto de prender a Edipo, cuando entra Teseo y se entera de lo que pasa. Envía entonces servidores en busca de los hombres del séquito de Creonte, y a éste mismo le ordena que le conduzca hasta donde están las muchachas.

ESTÁSIMO 2.º (1044-1095). Dos estrofas y dos antístrofas. El Coro expresa su deseo de estar presente en el escenario de la lucha entre los raptores tebanos y los soldados áticos que han ido a salvarles. Predicen la rápida victoria de estos últimos e invocan la ayuda de los dioses.

EPISODIO 3.º (1096-1210). Entran las dos muchachas rescatadas por Teseo. Satisfacción de Edipo. Teseo comunica a Edipo que un desconocido solicita, en actitud de suplicante en el altar de Poseidón, hablar con Edipo. Antígona intercede para que lo reciba.

ESTÁSIMO 3.º (1211-1248). Consta de una estrofa, una antístrofa y el epodo. Los ancianos de Colono comentan la locura que supone desear prolongar la vida cuando las fuerzas abandonan al hombre. Es una realista y bella evocación de las penalidades que trae consigo la vejez.

EPISODIO 4.º (1249-1555). Está dividido en dos escenas diferentes por un diálogo lírico (1447-1499) que realza el dramatismo de las mismas. Polinices cuenta a su padre el estado de cosas y le suplica que deponga su cólera contra él. Edipo le rechaza con unas terribles maldiciones y Polinices sale consciente del destino que le aguarda. Se oye un trueno (1456) y Edipo conoce que ha llegado su última hora. Manda llamar apresuradamente a Teseo, a quien transmite sus últimas instrucciones. Entonces Edipo, seguido por sus hijas y por Teseo, les guía hacia el lugar donde está fijado que ha de dejar la vida.

ESTÁSIMO 4.º (1556-1578). Comprende una estrofa y una antístrofa en que el Coro suplica a los dioses infernales que le concedan a Edipo un paso no costoso al Hades. Invocación a la muerte.

ÉXODO (1579-1779). Un mensajero cuenta el asombroso final de Edipo. Sus hijas se lamentan en un diálogo lírico intercalado que consta de dos estrofas y dos antístrofas. Antígona pide a Teseo que las envíe a Tebas para evitar, si pueden, el desastre que se cierne sobre sus hermanos. Teseo lo promete.

NOTA BIBLIOGRAFICA

R. C. JEBB, *Oedipus at Colonus*, Cambridge, 1889.
— *The tragedies of Sophocles*, Cambridge, 1904.
A. C. PEARSON, *Sophocles Fabulae*, Oxford, 1924.
A. DAIN - P. MAZON, *Sophocles, III: Philoctète, Oedipe à Colone*, París, 1960.
M. BENAVENTE, *Sófocles. Tragedias*, Madrid, 1970.
J. PALLÍ, *Sófocles. Teatro Completo*, Barcelona, 1973.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Señalo a continuación los pasajes en los que no se ha seguido la edición de A. C. Pearson.

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
47	οὐδὲ μέντοι	οὐδ' ἐμοί τοι
48	δρᾷς	δρῶ
161	τῶν	τὸ
164	ἐρατύοι	ἐρατύει
298	ἔπεμπεν	ἔπεμψεν
381	τιμῆς καθέλξον	τιμῇ καθέξον
487	σωτηρίους	σωτήριον
541	ἐπωφελήσας	ἐπωφέλησα

PASAJE	TEXTO DE PEARSON	TEXTO ADOPTADO
547	ἐφόνευσ' ἀπὸ τ' ὤλεσα	ἐφόνευσα καὶ ἀπώλεσα
570	βραχέα μὴ αἰδεῖσθαι	βραχέ' ἐμοὶ δεῖσθαι
603	ἐξαναγκάζει	ἐξαναγκάσει
639	εἶτ'	εἰ δ'
674	οἰνωπὸν ἔχουσα	οἰνῶπα νέμουσα
683	μεγάλοιν θεοῖν	μεγάλαιν θεαῖν
717	†παραπτομένα†	παραπτομένα
824	τανῦν	τὰ νῦν
864	σὲ καὐτὸν	σὲ τ' αὐτὸν
1016	ἐξειργασμένοι	ἐξηρπασμένοι
1051	ἀντάρει	αὐτάρκει
1061	ἐκ νομοῖ	εἰς νομόν
1082	κύρσαιμι τῶνδ'	κύρσαιμ' ἄνωθ'
1196	τοῦτ'	τοῦδ'
1348	δημοῦχος	δημοῦχοι
1435-36	τελεῖτέ μοι, θανόντ'	θανόντι μοι τελεῖτ'
1454	†ἐπεὶ†	ἐπιὼν
1505	προυφάνης	προυφανής
1584	τὸν †ἀεὶ†	τὸν ἀεὶ
1718	ἔτ' ἀμμένει	ἐπιμένει
1747		ναὶ ναί· ξύμφημι καὐτος
1752	νὺξ	ξύν'

I

ARGUMENTO

El *Edipo en Colono* está en cierto modo relacionado con el *Edipo rey*. En efecto, tras salir exiliado de su patria, Edipo, que ya es un anciano, llega a Atenas guiado por su hija Antígona, pues las hijas sentían por su padre un amor más tierno que los hijos varones. Llega a Atenas para morir junto a las diosas llamadas Venerables según le había predicho la Pitia, como él mismo nos cuenta. En primer lugar, unos ancianos del lugar, de los que está compuesto el Coro, enterados, acuden y dialogan con él. A continuación, Ismene se presenta y anuncia la rivalidad de los hijos y la inminente llegada de Creonte ante él. Éste se presenta luego y quiere llevarse a Edipo, pero se vuelve por donde ha venido sin lograrlo. Tras referir Edipo el oráculo a Teseo, termina así su vida entre las diosas.

La obra es admirable. La hizo Sófocles cuando ya era un anciano, ganándose el favor tanto de su patria como de su propio demo, pues él era de Colono, por hacer a su demo famoso y, por otra parte, por complacer a los atenienses la mayoría de las palabras con las que Edipo da a entender que ellos serían inexpugnables y que vencerían a los enemigos, anunciando de antemano que estarían en pugna con los tebanos alguna vez y los derrotarían, según los oráculos, a causa de su sepultura.

La escena de la obra se sitúa en el Ática, en Colono, la protectora de jinetes, junto al templo de las augustas diosas. El Coro está compuesto por varones atenienses. El prólogo lo presenta Edipo.

II

OTRO ARGUMENTO

El *Edipo en Colono* lo presentó en escena, tras la muerte de su abuelo, su nieto Sófocles, hijo de Aristón, durante el arcontado de Micón, que es el cuarto arconte después de Calias *(Ol.* 93, 3), en cuyo tiempo dicen la mayoría que murió Sófocles. Esto es evidente porque Aristófanes en *Las Ranas* hace subir a tierra a los trágicos en tiempos de Calias y por otra parte Frínico en *Las Musas* (I 379 K.), que es coetánea de *Las Ranas,* dice así:

«Feliz Sófocles que murió después de haber vivido mucho tiempo, bienaventurado varón y hábil, pues compuso muchas y hermosas tragedias y tuvo una buena muerte sin haber soportado ningún mal.»

La obra se sitúa en Colono, llamada de los Jinetes. Existe también otra Colono de los Comerciantes, junto al Eurisacio, en la cual se contrataban los mercenarios hasta el punto de que incluso se ha transmitido el proverbio para los que pierden las ocasiones *(App. Prov.* IV 49).

«Llegaste tarde, pero ve a Colono.»

Las dos Colonos las recuerda Ferécrates en su *Pétale* (I 184, K.) con estas palabras:

«¡Eh, tú! ¿De dónde vienes? A Colono me dirijo, no a la de los Comerciantes, sino a la de los Jinetes.»

III

ARGUMENTO EN VERSO DE LA OBRA ANUNCIADA O *EDIPO EN COLONO*

Llegó de Tebas Antígona, sirviendo de guía a su padre, ciego, nacido de la misma desdichada madre, a la tierra Cecropia y a los campos de Deméter, y se sentó en el recinto sagrado de las Venerables Diosas. Cuando Creonte llegó de Tebas con amenazas, Teseo le retuvo por la fuerza de sus honestos brazos. Dijo que traía noticia cierta de oráculos de Febo, según los cuales el anciano decidiría el triunfo de esta guerra. De Argos llegó como suplicante de los dioses el valiente Polinices contra el que su padre lanzó terribles maldiciones. Las Moiras inevitables condujeron el espíritu, que había vivido largo tiempo reducido a esclavitud, junto a Colono, protectora de Jinetes. Mientras el hijo de Egeo era guardián de las predicciones de Hécate, entre terremotos y relámpagos, desapareció el anciano.

IV

ARGUMENTO DE SALUSTIO, HIJO DE PITÁGORAS

Conocemos todo lo que ocurre en el otro *Edipo* relacionado con Edipo. En efecto está ciego y llega al Ática guiado por una de sus hijas, Antígona. Está en el recinto sagrado de las Venerables (Erinias), que se encuentra en la llamada Colono de los Jinetes, denominada así ya que también existe un templo de Posidón, el del caballo, y de Prometeo, y ya que allí se detienen los que cuidan de los mulos. Pito le había profetizado que allí debía él recibir sepultura. En un lugar que no está per-

mitido para nadie, allí se sienta. Y enseguida lo que va a ocurrir en el argumento se le viene encima. Pues uno de los hombres de allí le ve y corre a anunciar que alguien está sentado en ese lugar. Llegan los que habitan en la región formando el Coro para enterarse de todo. Es el primero en hacer cesar el viaje y en dialogar con la hija. Es extraordinaria la disposición del conjunto en la obra, casi como la de ninguna otra.

PERSONAJES

EDIPO.
ANTÍGONA.
EXTRANJERO.
CORO de ancianos atenienses.
ISMENE.
TESEO.
CREONTE.
POLINICES.
MENSAJERO.

(La escena tiene lugar ante un bosque consagrado a las Euménides. A alguna distancia, la estatuta dedicada a Colono, héroe epónimo del pueblo. Al fondo se ve la ciudad de Atenas. Por el camino entra el anciano Edipo guiado por su hija Antígona.)

EDIPO. — Antígona, hija de un anciano ciego, ¿a qué región hemos llegado o de qué hombres es este país? ¿Quién acogerá en el día de hoy con míseros dones al errabundo Edipo, que exige poco y recibe aún menos? Sin embargo, esto me basta. Los sufrimientos y el largo tiempo que hace que los soporto me enseñan a ser paciente, y, en tercer lugar, la nobleza de ánimo. Pero, hija mía, si ves algún lugar para sentarme, sea en un sitio público o junto a un recinto de los dioses, detenme y acomódame en él para que nos informemos de dónde nos encontramos. Forasteros como somos, hemos llegado para aprender de los ciudadanos y para cumplir lo que oigamos.

ANTÍGONA. — Edipo, desgraciado padre mío, según tengo a mi vista, hay unas torres allí delante que coronan una ciudad. Éste es un lugar sagrado por lo que se puede claramente adivinar: está lleno de laurel, olivos y viñas y, dentro de él, los ruiseñores en compactas bandadas hacen oír hermosos trinos. Descansa aquí tu cuerpo sobre esta áspera roca, porque has realizado un viaje largo para un anciano.

EDIPO. — Siéntame y cuida de este ciego.

ANTÍGONA. — No tengo que aprender a hacerlo, debido al largo tiempo que vengo haciéndolo.

EDIPO. — ¿Puedes decirme ya dónde nos encontramos?

ANTÍGONA. — En verdad sé que en Atenas, aunque no sé en qué región.

EDIPO. — Al menos eso es lo que todos los viajeros nos han dicho.

ANTÍGONA. — ¿Voy a alguna parte a informarme de qué lugar es?

EDIPO. — Sí, hija, si es que es un lugar habitable.

ANTÍGONA. — Está habitado. Creo que no hay que hacer nada. Pues veo cerca de nosotros a un hombre.

EDIPO. — ¿Se dispone a acercarse aquí?

(Aparece en escena un habitante de Colono dando rápidos pasos.)

ANTÍGONA. — Ya está a nuestro lado. Dile lo que te parezca oportuno, pues aquí está el hombre.

EDIPO. — ¡Oh extranjero!, he oído a ésta, que ve por mí y por ella misma, que has llegado como un observador oportuno para nosotros, para decirnos lo que desconocemos...

EXTRANJERO. — Antes de que te informes de más cosas, sal de este lugar. Pues ocupas un sitio en el que no es piadoso poner los pies.

EDIPO. — ¿Qué lugar es? ¿A cuál de los dioses se considera que pertenece?

EXTRANJERO. — Es un lugar sagrado y no habitable. Lo poseen las temibles diosas hijas de la Tierra y de lo Oscuro [1].

EDIPO. — ¿Y con qué venerable nombre podría invocarlas, si puedo saberlo?

---

[1] Las Erinias, llamadas también Euménides. En ESQUILO (*Euménides,* 804-7), Atenea les promete que tendrán una gruta dedicada a ellas en esta tierra. Estas divinidades son fuerzas primitivas que no reconocen la autoridad de los dioses olímpicos. Su intervención en las tragedias es muy frecuente, castigando, vengadoras, a quien ha cometido un crimen de sangre.

EXTRANJERO. — La gente de aquí dice que ellas son las Euménides, que todo lo ven, pero otros epítetos tienen en otros sitios.

EDIPO. — Pues bien, acojan con benevolencia al suplicante, porque no voy a abandonar ya este sitio.

EXTRANJERO. — ¿Qué significa eso?

EDIPO. — La señal de mi destino.

EXTRANJERO. — No tengo la osadía de hacerte salir sin el consentimiento de la ciudad, antes de informarle de tus intenciones.

EDIPO. — ¡Por los dioses, oh extranjero, no me consideres indigno a mí, un vagabundo cual soy, de informarme sobre lo que te pregunto!

EXTRANJERO. — Házmelo saber, que a mis ojos por lo menos no serás indigno.

EDIPO. — ¿Cuál es el lugar en el que nos encontramos?

EXTRANJERO. — De todo cuanto yo sé te enterarás también tú si me escuchas. Este lugar, todo él, es sagrado. El venerable Posidón es su dueño y en él está el dios portador del fuego, el titán Prometeo. El sitio que estás pisando es llamado el «umbral broncíneo» de este país, «bastión de Atenas»[2]. Los campos cercanos se ufanan de que este jinete de aquí, Colono *(señalando la estatua ecuestre del héroe)*, es su fundador y todos llevan en común su nombre, siendo así designados. Tales son las cosas, oh extranjero, no honradas por leyendas[3], sino más bien al frecuentarlas cada día.

EDIPO. — ¿Hay habitantes en estos lugares?

---

[2] Con este nombre parece que se designaba un subterráneo cuya abertura estaba en Colono y que llegaba hasta la entrada de Atenas. El bronce formaba parte de la composición geológica de la roca en que estaba excavado.

[3] Colono no es un héroe digno de ser cantado en poemas, pero los ciudadanos de este demo estaban orgullosos de su héroe y de sus lugares sagrados.

EXTRANJERO. — Por supuesto que sí, llamados con el sobrenombre de este dios [4].

EDIPO. — ¿Les gobierna alguien o la palabra está en poder del pueblo?

EXTRANJERO. — Están gobernados por el rey de la ciudad.

EDIPO. — ¿Y quién es el que manda por la palabra tanto como por la fuerza?

EXTRANJERO. — Teseo es llamado, hijo del que reinó anteriormente, de Egeo [5].

EDIPO. — ¿Alguien de vosotros podría llegarse junto a él como enviado mío?

EXTRANJERO. — ¿Con qué objeto? ¿Para hablarle o para disponer su venida?

EDIPO. — Para que, ayudándome en bien poco, obtenga gran provecho.

EXTRANJERO. — Y ¿qué utilidad puede venir de un hombre que no ve?

EDIPO. — Todo cuanto diga lo diré porque lo veo claramente.

EXTRANJERO. — ¿Sabes, extranjero, cómo no equivocarte ahora? Si es que eres noble, como lo pareces para quien te ve —excepto en la fortuna—, permanece ahí donde te me mostraste mientras yo voy a contar estas cosas a los hombres de este pueblo de aquí, no a los de

---

[4] Se designa con el término genérico de *theós* a aquellos que reciben honores divinos. Esto ocurre con Colono, y lo sabemos también de Anfión y Zeto, héroes tebanos (ARISTÓFANES, *Acarnienses* 905) y de Academo (ÉUPOLIS, fr. 3).

[5] Teseo es el mítico rey de Atenas. Aquí nos lo presenta Sófocles al final de su vida y encarnando todas las virtudes que él reconoce en el pueblo ateniense: humanidad, lealtad y hospitalidad, entre otras. Es un hermoso homenaje a Atenas que, si bien no falta en ninguna tragedia, aquí tiene su más importante manifestación. Este mismo tema de alabanza a Atenas lo encontramos en las *Suplicantes* y en *Heracles*, de EURÍPIDES.

la ciudad. Ellos serán quienes decidan si debes quedarte o continuar tu camino de nuevo.

(Sale el colonense.)

EDIPO. — Hija mía, ¿se ha ido nuestro extranjero?

ANTÍGONA. — Se ha ido, de modo que puedes hablar tranquilamente, padre, porque sólo yo estoy cerca de ti.

EDIPO. — ¡Oh soberanas de terrible rostro[6]! Ya que me he sentado en este recinto vuestro, el primero en esta tierra, no seáis insensibles con Febo y conmigo. Él, cuando anunció aquel cúmulo de desgracias, me habló de este descanso al cabo de mucho tiempo, cuando llegara a una región extrema donde encontraría un asiento y un hospedaje en las venerables diosas. Que allí llegaría el término de mi desdichada vida y que, una vez instalado, aportaría ganancias a los que me habían acogido, pero infortunio a los que me arrojaron y despidieron. Y me dijo que como garantía de ello llegarían señales, un seísmo, un trueno o el rayo de Zeus.

Ahora me doy cuenta que no pudo ser sino un certero auspicio vuestro el que me condujo por ese camino hasta este recinto. En otro caso, nunca me hubiera encontrado en mi marcha con vosotras las primeras, yo que me abstengo de vino con vosotras que tampoco bebéis[7], y no hubiera tomado asiento sobre este venerable pedestal sin desbastar.

Así que, diosas, según los oráculos de Apolo concededme ya el término de mi vida, un desenlace, si no os parezco indigno, yo que soy siervo de las mayores miserias de los humanos. ¡Ea, oh dulces hijas de la ancestral Oscuridad! ¡Ea, oh Atenas, la ciudad más honrada de todas, que tomas el nombre de la gran Palas! Compade-

---

6 Las Erinias. Sobre su aspecto, véase nota 58 de *Traquinias*.

7 A las Erinias no se les ofrecía libraciones con vino, sino que consistían en agua y miel mezcladas (ESQUILO, *Euménides* 107, 727). Otra alusión en la misma obra aparece en los vv. 159-60.

ceos de esta infeliz figura que fue Edipo; pues ciertamente no es éste mi antiguo aspecto.

ANTÍGONA. — Calla. He aquí que se acercan unos ancianos para examinar dónde te has sentado.

EDIPO. — Callaré, y tú ocúltame en el bosque; guía mis pasos fuera del camino hasta que me entere de qué es lo que dicen; porque de enterarnos depende la precaución de nuestras acciones.

(Se ocultan ambos en el bosque. Entran los ancianos de Colono que forman el Coro. Van dialogando por grupos.)

CORO.

Estrofa 1.ª

Atiende. ¿Quién era? ¿Dónde se encuentra? ¿Adónde se ha alejado, fuera del lugar, el más osado de todos, sí, de todos? Mira, acéchalo, insiste en preguntar por todas partes.

Algún vagabundo, algún vagabundo será el anciano, no del país. Pues nunca hubiera pisado el sagrado recinto de las invencibles doncellas ante las que, sólo con llamarlas, temblamos y pasamos por delante sin mirar, sin hablar, en silencio, soltando los labios en devota meditación. Y ahora nos llega la noticia de que alguien que nada las respeta ha llegado; al cual yo, a pesar de que miro por todo el bosque, aún no sé dónde se esconde.

(Edipo y Antígona salen del bosque.)

EDIPO. — Yo soy ése. Veo por la voz, como suele decirse.

CORIFEO. — ¡Ah, ah, terrible de ver, terrible de oír!

EDIPO. — No me miréis como a un malvado, os lo suplico.

CORIFEO. — Zeus protector, ¿quién puede ser el anciano?

EDIPO. — Alguien que no es el primero en ser considerado feliz por su destino, oh vosotros, vigilantes de

esta tierra. Y lo puedo evidenciar, pues no me arrastraría así, con ojos ajenos, ni me apoyaría, mayor como soy, en quienes son pequeños.

Antístrofa 1.ª

CORIFEO. — *¡Oh, oh! ¿Eres desgraciado por los ojos sin vista desde nacimiento? Por lo que se puede conjeturar, lo eres desde hace tiempo. Pero en verdad, si está en mi mano, no añadirás sobre ti estas maldiciones*[8].

Has penetrado, sí, has penetrado ya, pero en este mudo bosque herboso no vayas más adelante, allí donde una crátera llena de agua se mezcla con la corriente de dulces aguas. De esto, infeliz extranjero, guárdate bien, apártate, aléjate. Un largo camino nos separa. ¿Escuchas, desdichado vagabundo? Si tienes algo que replicar a mis palabras, sal de los lugares sagrados, habla donde está permitido a todos. Antes, abstente de hacerlo.

EDIPO. — Hija, ¿qué puedo hacer en mi preocupación?

ANTÍGONA. — Padre, es preciso que practiquemos las mismas costumbres que los ciudadanos, cediendo en lo que sea preciso y obedeciendo.

EDIPO. — Cógeme, pues.

ANTÍGONA. — Ya te sujeto.

EDIPO. — Extranjeros, no sea yo agraviado. Os hago caso y cambio de lugar.

Estrofa 2.ª

CORIFEO. — *Nunca, anciano, te sacará nadie de esos sitios*[9] *contra tu voluntad.*

(Edipo, conducido por Antígona, avanza hacia adelante.)

EDIPO. — *¿Aún más?*

---

8 Las que recaen en el que profana el recinto sagrado.

9 El corifeo señala, con un gesto, el lugar al que se refiere, para que Antígona lo deposite allí.

CORO. — *Adelántate todavía.*

EDIPO. — (Dando otro paso.) *¿Todavía?*

CORO. — (A Antígona.) *Hazle avanzar unos pasos, muchacha, tú que ves.*

ANTÍGONA. — *Sígueme, sígueme, así, con tus pies que se mueven a ciegas, padre, por donde yo te lleve.*

EDIPO. — ... [10].

CORO. — *Extranjero en tierra extraña, resígnate, desventurado, a detestar lo que también la ciudad ha fijado como hostil y a respetar lo que estima.*

EDIPO. — *Llévame tú, hija, adonde, practicando la piedad, podamos hablar y escuchar y no tengamos que luchar contra la necesidad.*

Antístrofa 2.ª

CORIFEO. — *Aquí* [11], *y no apartes el pie fuera de esta grada que forma la roca misma.*

EDIPO. — *¿Así?*

CORO. — *Ya es bastante, según estás escuchando.*

EDIPO. — *¿Me siento?*

CORO. — *Sí, de medio lado, en el borde de la roca, con las rodillas dobladas hacia abajo.*

ANTÍGONA. — *Esto es mi cometido, padre. Acopla tu paso en tranquilo movimiento...*

EDIPO. — *¡Ay de mí!*

ANTÍGONA. — *... reclinando tu anciano cuerpo en mi solícito brazo.*

EDIPO. — *¡Ah, adverso destino!*

CORO. — *Desdichado, ya que ahora estás sosegado, háblame. ¿Quién eres? ¿Quién, tú, que, con tanta des-*

---

10 Hay una laguna en el texto de cinco versos. Dos en boca de Edipo, dos en la de Antígona y otro más en la de Edipo, según la edición de A. C. Pearson que seguimos.

11 Edipo ha avanzado hacia el borde de la gruta sagrada. Allí hay una roca que forma una especie de asiento en el que se instala.

gracia encima, eres conducido? ¿Podría saber qué país es el tuyo?

EDIPO. — *¡Oh extranjero! No tengo patria, pero no...*

CORO. — *¿Qué es lo que nos prohíbes, anciano?*

EDIPO. — *No, no me preguntes quién soy ni trates de averiguar más.*

CORO. — *¿Qué significa esto?*

EDIPO. — *Un terrible origen.*

CORO. — *Habla.*

EDIPO. — (A Antígona.) *Hija, ¡ay de mí! ¿Qué voy a decir?*

CORO. — *¿De quién desciendes, extranjero, dime, por vía paterna?*

EDIPO. — *¡Ay de mí! ¿Qué me va a suceder, hija mía?*

ANTÍGONA. — *Habla, ya que has llegado al extremo*[12].

EDIPO. — *En ese caso hablaré, pues no puedo disimular.*

CORO. — *Os estáis demorando mucho. ¡Ea, date prisa!*

EDIPO. — *¿Conocéis a un hijo de Layo?*

CORO. — *¡Ay!*

EDIPO. — *¿La estirpe de los Labdácidas?*

CORO. — *¡Oh Zeus!*

EDIPO. — *¿Al desventurado Edipo?*

CORO. — *¿Eres tú ése?*

EDIPO. — *No tengáis miedo de mis palabras.*

CORO. — *¡Oh, oh, oh!*

EDIPO. — *¡Desdichado!*

CORO. — *¡Oh, oh!*

EDIPO. — *Hija, ¿qué vamos a encontrarnos ahora?*

CORO. — *¡Fuera, marchaos lejos de esta tierra!*

EDIPO. — *¿Cumplirás lo que prometiste?*

---

12 Es una expresión ambigua. No podemos saber si se refiere a que ha llegado al final de su vida, o a que está acorralado y sin otra escapatoria.

CORO. — *A nadie le llega un castigo fatal por el hecho de vengar cosas que antes uno ya ha experimentado*[13]. *El engaño que se corresponde con otro engaño proporciona sufrimientos, que no beneficios. Tú vuélvete lejos de este lugar, vete rápidamente fuera de mi país, no sea que añadas a mi ciudad una carga más.*

(Antígona se interpone entre Edipo y el Coro.)

ANTÍGONA. — *¡Extranjeros de piadosos sentimientos! Ya que a mi anciano padre no soportáis por haber oído el relato de involuntarios actos, compadeceos al menos de mí, infortunada, os lo suplico. Yo lo imploro por mi padre abandonado; os suplico mirando a vuestro rostro con ojos que no son ciegos*[14] *—como si se mostrara alguien de vuestra misma sangre—, que este desdichado obtenga vuestra consideración.*

Estamos en vuestras manos con nuestras miserias como en las de la divinidad. ¡Ea, pues!, concedednos esta inesperada merced. (Dirigiéndose al corifeo.) *Te lo suplico por lo que te sea grato, hijos, mujer, negocio o dios. Pues si te fijas, no podrás ver a ningún mortal que pueda escapar cuando una divinidad le guía.*

CORIFEO. — Entérate, hija de Edipo, de que a ti y a él os compadecemos por igual a causa de la desgracia vuestra. Pero por temor a los designios de los dioses no nos sentimos con fuerzas de añadir más a lo que acabamos de decir.

EDIPO. — ¿Qué utilidad, pues, reporta la gloria o buena fama en vano extendida, si dicen que Atenas es la

---

13 Es decir, no le amenaza ningún castigo al que se venga con sufrimientos de quien antes los ha producido en los demás, dice el Coro para justificarse.

14 Antígona se compara con las hijas de los ancianos del Coro, para conmover sus sentimientos paternales y ablandarles en sus decisiones, así como para atenuar la impresión de horror que les produce la contemplación de los ojos mutilados del anciano Edipo.

más piadosa y que sólo ella protege al extranjero maltratado y es la única que puede socorrerle? Por lo menos en mi caso, ¿dónde está esa fama si vosotros, tras levantarme de este asiento, me expulsáis sólo por temor a mi nombre? No teméis, ciertamente, mi persona ni mis acciones, ya que éstas las he padecido más que cometido —si es que fuera conveniente hablaros de mis relaciones con mi padre y mi madre a causa de las cuales sentís temor ante mí—. Lo sé bien.

Sin embargo, ¿cómo voy a ser un malvado por naturaleza, yo que devolví lo que había sufrido [15], de suerte que, aun si lo hubiera hecho conscientemente, ni en ese caso hubiera llegado a ser un malvado? Y luego, sin saber nada, llegué adonde llegué y estoy perdido por obra de aquellos que, sabiéndolo, me hicieron sufrir [16].

Por ello os suplico, extranjeros, por los dioses, que así como me habéis hecho levantar, me salvéis y que, si honráis a los dioses, no les deneguéis luego su parte. Considerad que ellos miran al mortal que es piadoso, pero miran también a los que no lo son, y que ningún hombre entre los mortales que fuera impío ha escapado aún.

Con su ayuda no empañes la dicha de Atenas colaborando en acciones sacrílegas. Antes bien, tal como me acogiste suplicante bajo promesa, protégeme y guárdame. No me desdeñes al ver mi espantoso rostro. Pues he llegado protegido por la divinidad y piadoso, trayendo un provecho para los ciudadanos de aquí. Cuando el que tiene autoridad esté presente, quienquiera que sea vuestro jefe, entonces te enterarás de todo al oírlo. Entretanto, de ningún modo seas ruin [17].

---

15 Edipo recuerda que, antes de atacar él al anciano Layo, había sido golpeado por éste. (*Edipo Rey* 806-12.)

16 Cuando le clavaron los tobillos y le llevaron al Citerón.

17 Obsérvese que Edipo, en su discurso, tan pronto se dirige en plural a todo el Coro como en singular al corifeo.

Corifeo. — Tus exhortaciones me tienen que turbar a la fuerza, anciano, pues no las has expresado con palabras triviales. Me basta que decidan en esto los soberanos de esta tierra.

Edipo. — ¿Dónde está el que manda en este país, extranjero?

Corifeo. — Habita en la ciudad de su padre dentro de la región. El centinela que también a mí me hizo venir aquí ha ido a buscarle.

Edipo. — ¿Y creéis que tendrá alguna consideración e interés por este ciego como para que él en persona se acerque?

Corifeo. — Desde luego que sí, cuando conozca tu nombre.

Edipo. — ¿Quién es el que le comunicará esta noticia?

Corifeo. — El camino es largo[18], pero las palabras de los viajeros con mucha frecuencia suelen andar errantes, y cuando aquél las oiga se presentará, ten confianza. Tu nombre, anciano, ha llegado a todas las regiones de modo que, aunque esté descansando, sin ganas de moverse, cuando oiga hablar de ti vendrá rápidamente.

Edipo. — ¡Que llegue en buena hora para su propia ciudad y para mí! Pues, ¿qué hombre generoso no es amigo de sí mismo?

Antígona. — ¡Oh Zeus! ¿Qué puedo decir? ¿Qué conclusión voy a sacar, padre?

Edipo. — ¿Qué pasa, Antígona, hija mía?

Antígona. — Veo que una mujer se acerca a nosotros. Viene sobre una yegua del Etna[19]. En su cabeza un

18 Entre Colono y Atenas hay cerca de dos kilómetros. Actualmente es un barrio de la capital, el Dípilon.

19 Los caballos y mulos sicilianos eran famosos. Ismene probablemente no entraba con la yegua en la escena.

gorro tesalio que protege del sol le cubre el rostro. ¿Qué digo? ¿Es o no es? ¿No me engaña mi juicio? Afirmo y niego y no sé qué decir, ¡infeliz! ¡No es otra! Me saluda con radiante mirada mientras se acerca. Ello indica que este rostro querido no es otro que el de Ismene.

EDIPO. — ¿Cómo dices, oh hija?

ANTÍGONA. — Que veo a tu hija, a mi hermana. Enseguida podrás conocerla por la voz.

(Entra Ismene con un esclavo.)

ISMENE. — ¡Oh padre y hermana, las dos palabras más dulces para mí! ¡Tras encontraros con dificultad, ahora apenas os puedo ver por causa de la tristeza!

EDIPO. — Hija mía, ¿has llegado?

ISMENE. — ¡Oh padre, penosa visión!

EDIPO. — ¡Hija, has aparecido!

ISMENE. — No sin esfuerzo para mí.

EDIPO. — ¡Tócame, oh hija!

ISMENE. — Os abrazo a los dos a la vez.

EDIPO. — ¡Oh hijas de la misma sangre!

ISMENE. — ¡Oh vidas terriblemente desgraciadas!

EDIPO. — ¿La de ésta y la mía?

ISMENE. — Y la mía en tercer lugar, también desdichada.

EDIPO. — Hija, ¿por qué has venido?

ISMENE. — Por atención a ti, padre.

EDIPO. — ¿Acaso porque sentías nostalgia?

ISMENE. — Sí y para ser portadora de noticias por mí misma junto con este servidor, el único que permanecía fiel.

EDIPO. — Y tus hermanos, ¿en qué se ocupan los jóvenes?

ISMENE. — Están donde están[20]. Terrible es la situación entre ellos ahora.

EDIPO. — ¡Ah, cuán de cerca se adaptan esos dos, en su natural y en sus géneros de vida, a las costumbres que existen en Egipto![21]. En efecto, allí los varones se quedan sentados en sus casas tejiendo, mientras que las esposas, siempre fuera de la vivienda, preparan los recursos de vida. En nuestro caso, hijas mías, quienes era natural que se ocuparan de estas cosas están en casa, guardándola como si fueran muchachas, mientras que vosotras dos en lugar de ellos sois quienes soportáis las desgracias de este miserable; la una, desde que dejó de necesitar el cuidado propio de la niñez y fortaleció su cuerpo, anda siempre errante, la infeliz, conmigo, sirviendo de guía a un anciano, vagando unas veces por el agreste bosque sin alimento y descalza, y otras padeciendo bajo frecuentes lluvias o bajo los ardientes calores del sol, ¡infortunada! Piensa que son secundarias las ventajas de la estancia en casa si su padre tiene alimento. Y en cuanto a ti, oh hija, antes ya llegaste junto a tu padre a escondidas de los cadmeos trayendo todos los oráculos[22] que fueron vaticinados

---

[20] Un vago eufemismo para ocultar la situación de tensión que hay entre ambos, situación que aún ignora Edipo.

[21] Se ha sospechado la autenticidad de este pasaje (337-341), coincidente con HERÓDOTO (*Hist.* II 35), acerca de las costumbres de los egipcios. Pero también puede ser un homenaje a Heródoto, contemporáneo y amigo.

[22] Se trata de oráculos sobre Edipo, dados a los tebanos después de que él abandonara Tebas, y de los que en ningún otro sitio se hace mención. Según la interpretación de Jebb, estos oráculos son una invención literaria para justificar una conducta piadosa hacia Ismene, pues no parecería bien que hubiera permanecido tantos años en Tebas sin mostrar interés por su padre, ni tampoco que no pudiese acompañar a Edipo en sus correrías, ya que era Antígona la única compañera del viejo desterrado según la leyenda poética.

acerca de mi persona, y te erigiste en fiel guardiana mía cuando fui expulsado del país.

En esta ocasión de nuevo, ¿qué noticias vienes a traer, Ismene, a tu padre?, ¿qué misión te llevó fuera de casa? Pues de vacío no vienes, lo sé muy bien, sin traerme algún motivo de temor.

ISMENE. — Los padecimientos que he sufrido yo, padre, mientras indagaba qué clase de vida llevabas, dónde habitabas, los dejaré a un lado. Pues no quiero sentir doble pena, una vez al pasarlos y otra cuando los cuento. Pero los males que se ciernen ahora en torno a tus dos hijos, ésos he venido a referirte.

Antes tenían ellos deseo de ceder a Creonte el trono y evitar manchar la ciudad, con el razonamiento de que veían cómo la destrucción que de antiguo azotaba a nuestro linaje envolvía tu desdichada morada. Pero ahora, de parte de algún dios o de alguna mente culpable, ha penetrado en los tres veces desgraciados una funesta rivalidad por apoderarse del mando y del poder real.

El que es más joven y menor en edad ha privado del trono y expulsado de la patria a Polinices, que fue engendrado antes[23]. Éste, según el rumor divulgado entre nosotros, tras marcharse como desterrado a la cóncava Argos, adquiere un nuevo parentesco[24] y amigos que serán compañeros de armas, creyendo que Argos dominará con honra la llanura cadmea o hará que se alce hasta el cielo[25].

---

23 En contra de la tesis, más frecuente, de que Eteocles era el mayor (EURÍPIDES, *Fenicias* 71), Sófocles nos presenta a Polinices nacido antes. Así lo hace aparecer como más ofendido, y facilita la compasión del espectador cuando se presente, más adelante, en escena. Por otra parte, Eteocles resulta doblemente culpable y se justifican las maldiciones que lanza contra los dos.

24 Se casa con la hija de Adrasto, rey de Argos.

25 La gloria de Tebas, quiere decir.

Esto no es una sucesión de palabras, padre, sino hechos terribles. No puedo saber en qué momento los dioses tendrán compasión de tus sufrimientos.

EDIPO. —¿Tenías esperanza de que los dioses mostraran una inquietud por mí como para salvarme alguna vez?

ISMENE. —Yo sí, a la vista de los actuales oráculos.

EDIPO. —¿Cuáles? ¿Qué ha sido profetizado, hija?

ISMENE. —Que tú serás buscado algún día por los hombres de allí[26], vivo o muerto, para su bienestar.

EDIPO. —¿Y a quién podría irle bien por mi pobre mediación?

ISMENE. —Dicen que en tus manos está su poder.

EDIPO. —¿Cuando ya no soy nada, entonces resulta que soy persona?

ISMENE. —Ahora los dioses te encumbran y antes te perdían.

EDIPO. —¡Vano es levantar a un anciano que se arruinó de joven!

ISMENE. —Y, sin embargo, sabe que por este motivo vendrá Creonte dentro de poco tiempo, sin que pase mucho.

EDIPO. —¿Para qué, hija? Acláramelo.

ISMENE. —Con la intención de establecerte cerca de la tierra cadmea, para poder dominarte, pero sin que entres en sus límites.

EDIPO. —Y el provecho de estar sepultado a las puertas, ¿cuál será?

ISMENE. —Si tu tumba no recibe el cuidado debido, será penoso para ellos.

EDIPO. —Cualquiera podría saber esto por sus propias luces, sin la ayuda de la divinidad.

ISMENE. —Por ello precisamente quieren llevarte cer-

26 Por los Tebanos.

ca de su país, pero no donde tú puedas ser tu propio dueño.

Edipo. — ¿Es que también me piensan cubrir con tierra tebana?

Ismene. — No lo permite la sangre derramada de tu familia, padre[27].

Edipo. — En tal caso no se apoderarán nunca de mí.

Ismene. — Esto será, ciertamente, algún día motivo de pesadumbre para los Cadmeos.

Edipo. — ¿Por qué medios se hará visible, oh hija?

Ismene. — Por efectos de tu cólera, cuando estén sobre tu tumba[28].

Edipo. — ¿A quién has oído lo que estás diciendo, hija?

Ismene. — A los emisarios que vinieron del altar délfico.

Edipo. — ¿Y esto es lo que ha dicho Febo sobre mí?

Ismene. — Así lo aseguran los que llegaron a la llanura de Tebas.

Edipo. — ¿Alguno de mis hijos lo oyó?

Ismene. — Los dos por igual y están perfectamente enterados.

Edipo. — ¿Y después de haberlo oído los infames anteponen el poder al deseo de mi persona?

Ismene. — Yo me duelo al oírlo, pero lo admito.

Edipo. — Pues bien, ¡que los dioses no apaguen esta discordia fatal y que en mí esté el resultado final para ellos de esta lucha en la que ahora están ocupados y levantando la lanza! Ni permanecerá el que ahora detenta el poder y el trono ni el que se ha marchado volverá de

---

27 Esto es, el que Edipo haya matado a uno de los de su propia sangre, a Layo, impide que sea enterrado en el mismo sitio que éste, porque sería una impiedad.

28 Algún día, los tebanos invadirán el Ática y serán vencidos por los atenienses cerca de la tumba de Edipo.

nuevo nunca más. Porque ellos, cuando con tanto desprecio fui expulsado de mi país, no me retuvieron ni salieron en mi defensa, a mí, su padre, sino que presenciaron cómo fui enviado al destierro y cómo fue voceada mi condición de proscrito por el heraldo.

Podrías objetarme que la ciudad entonces me concedió, como era natural, el favor que estaba deseando. No, por cierto, ya que durante aquel día, cuando mi ánimo hervía y me era lo más grato morir y ser lapidado, nadie apareció para ayudarme en este deseo [29]. Y pasado el tiempo, cuando ya mi pena estaba apaciguada y me di cuenta de que mi ímpetu me había lanzado a un castigo mayor de lo que merecían las faltas cometidas anteriormente, entonces, en ese momento, la ciudad me arrojó por la fuerza del país tras tanto tiempo. Y ellos, que eran hijos, no quisieron ayudar a su padre aunque podían haberlo hecho, sino que, a falta de una mínima palabra, sigo vagando gracias a ellos, proscrito, desterrado, mendigo.

De estas dos, aunque son sólo unas muchachas, en tanto en cuanto su condición [30] se lo permite, obtengo medios para alimentarme, seguridad de un lugar [31] y el socorro de la familia. Ellos dos en lugar de su padre han preferido el trono, mandar con el cetro y gobernar el país. Pero no me conseguirán como aliado ni les llegará nunca provecho de esa soberanía cadmea. Yo sé tales cosas por oír los oráculos de esta hija, y por meditar sobre las antiguas profecías acerca de mí que Febo hizo cumplir tiempo ha.

Después de esto, que envíen a Creonte a buscarme o a cualquier otro con influencia en la ciudad. Si vosotros,

[29] Hay una cierta contradicción en este pasaje.

[30] Su condición de mujeres.

[31] Frase enigmática, que tal vez se refiera a la seguridad de sus movimientos por los distintos países.

oh extranjeros, queréis defenderme con la ayuda de estas venerables diosas protectoras del país, ganaréis un salvador para esta ciudad y fatigas para mis enemigos.

CORIFEO. — Merecedor eres de compasión, Edipo, tú y las hijas que tienes aquí. Ya que te presentas como salvador con estas palabras, quiero aconsejarte lo más conveniente.

EDIPO. — ¡Oh muy amigo! Sírveme de guía con la seguridad de que todo lo voy a cumplir.

CORIFEO. — Celebra enseguida un rito de expiación a estas divinidades, junto a las que llegaste y cuyo suelo has hollado.

EDIPO. — ¿De qué modo, extranjeros? Enseñadme.

CORIFEO. — En primer lugar, ve a por sagradas libaciones de la fuente que siempre mana, tomándolas con manos purificadas [32].

EDIPO. — ¿Y cuando haya tomado esa libación sin mezcla?

CORIFEO. — Hay unas vasijas [33], obra de hábil artesano, de las que debes cubrir su parte alta, así como las asas de los dos lados.

EDIPO. — ¿Con ramas, copos de lana o con qué otra cosa?

CORIFEO. — Con mechones de lana recién cortada de una oveja joven.

EDIPO. — Sea, y después, ¿cómo debo concluir el rito?

---

32 Esta purificación de que habla consistía en lavarse las manos antes de entrar en el recinto sagrado.

33 Unas cráteras que el sacerdote guardaba en el interior de la gruta para uso de los devotos. Eran vasijas de boca ancha y dos asas laterales, aptas para mezclar el vino y el agua. Aquí ya hemos dicho (nota 7) que las libaciones no se hacían con vino.

CORIFEO. — Debes hacer las libaciones de pie frente a la primera luz [34].

EDIPO. — ¿Con aquellas vasijas a que te refieres debo hacerlas?

CORIFEO. — Sí, y en tres chorros cada una y la última por completo.

EDIPO. — ¿De qué la lleno? [35]. Enséñamelo también.

CORIFEO. — De agua y de miel, sin añadir vino.

EDIPO. — ¿Y cuando las haya recibido la tierra de oscuro follaje?

CORIFEO. — Entonces coloca sobre ella tres veces con las dos manos nueve ramos de olivo y suplica con estas plegarias...

EDIPO. — Quiero escucharlas. Pues es lo más importante.

CORIFEO. — «... Ya que las llamamos las Bondadosas [36], que con bondadoso corazón acojan al suplicante que es un medio de salvación.» Haz tú mismo esta súplica, o cualquier otro por ti, hablando quedamente y sin alzar la voz. Después aléjate sin mirar atrás. Yo te socorreré confiado si haces esto, pero de otro modo temería por ti, extranjero.

EDIPO. — ¡Oh hijas! ¿Habéis escuchado a estos lugareños que nos acogen?

ANTÍGONA. — Les hemos escuchado. Ordénanos lo que hemos de hacer.

EDIPO. — Para mí no es factible. Me lo impide el no tener fuerza y el no ver, doble desgracia. Pero que una de vosotras vaya y lo haga. Pues yo creo que es suficiente una sola persona que lo cumpla por otras muchas,

---

[34] Por donde sale la primera luz, o sea, mirando al Oriente.

[35] Esta última vasija, que va a quedar vacía por completo. Las dos primeras no se vaciaban.

[36] Traduzco aquí «bondadosas», en lugar de transcribir el nombre griego «Euménides», para apreciar la paronomasia que presenta el griego.

si con ánimo bien dispuesto se presenta. Haced algo pronto, pero a mí no me dejéis solo, porque mi cuerpo no tendría fuerza para arrastrarse solo y separado de mi guía.

ISMENE. — Yo iré a cumplirlo. Quiero saber una cosa: dónde tendré que encontrar el lugar.

CORIFEO. — Al otro lado de este bosque, extranjera. Y si algo necesitas, un guardián hay que te informará.

ISMENE. — Parto a hacerlo. Antígona, tú vigila aquí a nuestro padre. Pues aunque uno se tome trabajo por los padres, no se debe recordar el esfuerzo.

(Se marcha Ismene.)

CORO.

Estrofa 1.ª

CORO. — *Es terrible, sin duda, oh extranjero, avivar el mal que desde hace tiempo ya está adormecido. Sin embargo, ardo en deseos de saber...*

EDIPO. — *¿Qué?*

CORO. — *... acerca de la tremenda angustia que se te presentó, irremediable, y en la que te viste envuelto.*

EDIPO. — *En nombre de tu hospitalidad, no descubras los hechos vergonzosos que padecí.*

CORO. — *Deseo escuchar fidedignamente el repetido e incesante rumor, extranjero.*

EDIPO. — *¡Ay de mí!*

CORO. — *Compláceme, te lo suplico.*

EDIPO. — *¡Ay, ay!*

CORO. — *Consiente. Yo, por mi parte, lo hago en lo que deseas.*

Antístrofa 1.ª

EDIPO. — *Sobrellevé el delito, ciertamente, extranjeros, lo sobrellevé contra mi voluntad. Dios lo sabe. Ninguna de aquellas cosas fue voluntaria.*

CORO. — *Pero ¿para qué?*

EDIPO. — *A causa de un infortunado tálamo, a mí, que nada sabía, la ciudad*[37] *me ligó a una desgracia derivada de las bodas...*

CORO. — *¿Es que colmaste, según tengo oído, el lecho de infausto nombre de tu madre?*

EDIPO. — *¡Ay, muerte es oír esto, oh extranjero! Estas dos nacidas de mí...*

CORO. — *¿Cómo dices?*

EDIPO. — *... las dos hijas, dos desgracias...*

CORO. — *¡Oh Zeus!*

EDIPO. — *... nacieron del parto de madre común.*

Estrofa 2.ª

CORO. — *Descendientes de ti son y...*

EDIPO. — *... hermanas de su padre por parte de madre.*

CORO. — *¡Oh!*

EDIPO. — *¡Ah, renacer de innumerables desgracias!*

CORO. — *Has sufrido...*

EDIPO. — *He sufrido cosas insoportables.*

CORO. — *Has hecho...*

EDIPO. — *No he hecho.*

CORO. — *¿Qué, pues?*

EDIPO. — *Acepté un don*[38] *que nunca, ¡infortunado de mí!, debía de haber aceptado de la ciudad.*

Antístrofa 2.ª

CORO. — *¡Desdichado! Pues, ¿qué? ¿Cometiste el asesinato...?*

EDIPO. — *¿Cuál? ¿Qué quieres saber?*

CORO. — *... de tu padre?*

EDIPO. — *¡Ay, ay! Me has infligido un segundo golpe, herida sobre herida.*

---

[37] Tebas.

[38] La recompensa que tuvo que aceptar por vencer a la Esfinge fue la realeza y, con ella, la mano de la joven reina viuda.

CORO. —*Mataste...*

EDIPO. —*Le maté, pero tengo...*

CORO. —*¿Qué?*

EDIPO. —*... algo que me justifica.*

CORO. —*¿Qué es ello?*

EDIPO. —*Yo te lo explicaré. Sin saber lo que hacía maté y destruí. Pero estoy libre ante la ley*[39]*. Ignorante llegué a esto.*

CORIFEO. —He aquí presente a nuestro rey Teseo, hijo de Egeo, que ha venido ante tu recado.

(Entra Teseo con su escolta.)

TESEO. —Te he reconocido, oh hijo de Layo, por haber oído a muchos hablar hace tiempo de la sangrienta destrucción de tus ojos[40]. Ahora, por lo que he escuchado en mi camino hacia aquí, tengo ya la certeza. Pues tu aspecto y tu lamentable rostro nos evidencian que eres quien eres, y tras compadecerte quiero preguntarte, desventurado Edipo, con qué ruego para la ciudad y para mí, tú en persona y tu infeliz acompañante, os habéis presentado. Indícamelo. Pues un terrible suceso tendrías que comunicarme para que yo me desentendiera, cuando sé que yo mismo, como tú, fui educado en el destierro[41] y que más que cualquier hombre arrostré en tierra extranjera peligros con riesgo de mi propia persona, de

---

39 Porque lo hizo en legítima defensa.

40 Recuérdese aquí que el que había ido a buscar a Teseo no sabía aún quién era el anciano, y sólo pudo describir su aspecto físico.

41 Etra, madre de Teseo, era hija de Piteo, rey de Trecén. Allí pasó Teseo su juventud, ignorando que su padre era Egeo, el rey de Atenas. Cuando llegó a la adolescencia, su madre le hizo saber quién era su padre y él se puso en camino hacia el Ática. En el camino por tierra —en contra de los consejos de su madre, de hacer la travesía por mar—, arrostró numerosos peligros de los que, al igual que Heracles, héroe dorio, fue saliendo victorioso.

modo que a nadie que sea extranjero, como tú ahora, dejaría de ayudar a salvarse. Sé que soy mortal y que en nada dispongo más que tú del día de mañana.

EDIPO. — Teseo, tu nobleza de sentimientos en tan corto discurso me obliga a no abusar de largos parlamentos. Tú has dicho ya de mí quién soy y de qué padre he nacido y de qué país he venido. De modo que ninguna otra cosa me queda, sino decir lo que deseo y mi relato se termina.

TESEO. — Dímelo ahora para que me entere.

EDIPO. — He venido para ofrecerte el don de mi infortunado cuerpo. No es apreciado para la vista, pero los beneficios que de él obtendrás son mejores que un bello aspecto.

TESEO. — ¿Con qué provecho pretendes haber llegado?

EDIPO. — Con el tiempo lo podrás saber, no en el momento presente.

TESEO. — ¿Cuándo, pues, se manifestará este beneficio?

EDIPO. — Cuando yo muera y tú seas quien me dé sepultura.

TESEO. — Pides los últimos deberes de la vida; pero, respecto a lo que hay entretanto, o lo tienes en olvido o lo desdeñas.

EDIPO. — Es que, entonces, yo obtendré a la vez eso.

TESEO. — Me pides una gracia que poco cuesta.

EDIPO. — Pero presta atención. No es pequeña, no, esta contienda.

TESEO. — ¿Te refieres acaso a la de tus hijos y yo?

EDIPO. — Ellos presionarán para llevarme allí.

TESEO. — Pues si tú lo quieres... No es hermoso estar en el destierro.

Edipo. — Cuando era yo quien lo quería no me lo concedieron.

Teseo. — ¡Oh insensato! La pasión en medio de las desgracias no es oportuna.

Edipo. — Cuando conozcas mis razones, repréndeme; por ahora déjame.

Teseo. — Explícate, ya que no debo hablar sin conocimiento.

Edipo. — He sufrido, Teseo, males terribles que se añadían a otros.

Teseo. — ¿Aludes al antiguo hado de tu familia?

Edipo. — No, ciertamente, pues de él todos los helenos hablan.

Teseo. — ¿Qué sufres que esté por encima de lo humano?

Edipo. — Así están las cosas para mí: fui expulsado de mi tierra por mis propios vástagos. Me es imposible regresar de nuevo como lo es a un parricida.

Teseo. — En ese caso, ¿cómo te van a hacer buscar, si debes vivir aparte?

Edipo. — El mandato divino les obligará.

Teseo. — ¿Qué desgracia temen que les venga de los oráculos?

Edipo. — Que sea inevitable el ser derrotados por este país.

Teseo. — ¿Y cómo podrían llegar a estar tirantes nuestras relaciones?

Edipo. — ¡Oh queridísimo hijo de Egeo! La vejez y la muerte a su tiempo sólo a los dioses no alcanza. El tiempo, que todo lo puede, arrasa todas las demás cosas. Se consume el vigor de la tierra, se consume el del cuerpo, perece la confianza, se origina la desconfianza y no permanece el mismo espíritu ni entre los hombres amigos ni entre una ciudad y otra.

Para unos, pronto, para otros, más tarde, los placeres se vuelven amargos y, posteriormente, dulces [42]. Asimismo, si a Tebas por ahora le van bien sus relaciones contigo, el tiempo incalculable en su curso engendra días y noches sin cuento durante los cuales se pueden romper por la lanza, con un pequeño motivo, los amistosos acuerdos de hoy. Entonces mi cadáver en reposo, enterrado, beberá, ya frío, la caliente [43] sangre de ellos, si es que Zeus es aún Zeus y Febo hijo de Zeus es infalible.

Pero no es lícito hablar de asuntos que deben ser inviolables. Déjame, pues, en el punto en que comencé: que guardes sólo tu juramento, y nunca tendrás que decir que recibiste en Edipo a un inútil habitante de estos lugares, si es que los dioses no me engañan.

CORIFEO. — Señor, desde hace tiempo este hombre se manifiesta como quien desea cumplir estas y otras promesas para esta tierra.

TESEO. — ¿Quién es el que, en esta situación, rechazaría el favor de un hombre así con quien, en primer lugar, existe siempre un hogar común entre nosotros por los vínculos de hospitalidad [44] y luego, tras venir como suplicante de los dioses, satisface un tributo no pequeño para esta tierra y para mí? Yo, temeroso ante esto, nunca desdeñaré su ofrecimiento y le instalaré en esta región como ciudadano.

---

42 Obsérvese que se completa el círculo de la evolución. No sólo cambia, sino que vuelve otra vez al primitivo estado.

43 Contraste de sensaciones por el que se asocia el frío a la idea de muerte y el calor a la de vida. Véase *Antígona* 88.

44 El adjetivo *dorýxenos* se aplica solamente entre príncipes o jefes que mandan una fuerza armada, cuando hay entre ellos una alianza para la guerra. Aquí los vínculos de hospitalidad a los que se refiere Teseo son una alianza hereditaria entre las dos casas reales de Tebas y de Atenas. También en EURÍPIDES (*Suplicantes* 930), Teseo dice que Polinices es un huésped.

Si le es grato al extranjero permanecer aquí *(dirigiéndose al corifeo)*, te ordeno que le custodies, o si elige partir conmigo... Lo que prefieras de estas cosas, Edipo, te permito escoger, pues con eso estaré de acuerdo.

Edipo. — ¡Oh Zeus, concede beneficios a hombres de este talante!

Teseo. — ¿Qué quieres, pues? ¿Acaso ir a mi palacio?

Edipo. — Si me fuera posible, pero éste es el lugar...

Teseo. — ¿Qué vas a hacer en él? No me opondré.

Edipo. — ... en el que venceré a los que me han expulsado.

Teseo. — Grande sería el don de que hablas por permanecer aquí.

Edipo. — Sí, si por tu parte perseveras en dar cumplimiento a lo que me has dicho.

Teseo. — Confía en lo que a mí se refiere. No te traicionaré.

Edipo. — Yo no te voy a obligar a la fidelidad bajo juramento, como si fueras un malvado[45].

Teseo. — En verdad nada obtendrías de él más que de mi sola palabra.

Edipo. — ¿Cómo actuarás?

Teseo. — ¿Qué es lo que más temes?

Edipo. — Llegarán unos hombres...

Teseo. — Éstos *(señalando a los del Coro)* se cuidarán de eso.

Edipo. — Mira que abandonándome...

Teseo. — No me enseñes lo que debo hacer.

Edipo. — Es necesario, porque temo...

Teseo. — Mi corazón no teme.

Edipo. — No sabes las amenazas...

Teseo. — Yo sé que no te sacará de aquí ningún

---

[45] Encontramos esta misma fórmula en *Filoctetes* 811, dirigida al joven Neoptólemo.

hombre contra mi voluntad. Muchas amenazas se lanzan con frecuencia en momentos de cólera con vanas palabras. Pero cuando uno vuelve a razonar por sí mismo, desaparecen las amenazas. Y si aquéllos tal vez se han envalentonado y han hablado jactanciosamente de tu marcha, sé que el venir hasta aquí les parecerá un mar ancho e innavegable.

Por tanto, yo te aconsejo que te muestres animoso, incluso sin mi decisión[46], si Febo te envió por delante. Y aunque no esté yo presente, sé que mi nombre te guardará de sufrir daño alguno.

·*(Sale Teseo seguido de su escolta.)*

CORO[47].

Estrofa 1.ª

Has llegado, extranjero, a esta región de excelentes corceles[48]*, a la mejor residencia de la tierra, a la blanca Colono*[49]*, donde más que en ningún otro sitio el armonioso ruiseñor trina con frecuencia en los verdes valles, habitando la hiedra color de vino y el impenetrable follaje poblado de frutos de la divinidad*[50]*, resguardado del sol y del viento de todas las tempestades. Allí siempre penetra Dioniso, agitado por báquico delirio, atendiendo a sus divinas nodrizas.*

---

46 Decisión de prestarle ayuda.

47 Cicerón es la autoridad más antigua que conservamos donde aparece la historia (*Catón* 7) de que Sófocles recitó estos versos ante el tribunal que le condenaba.

48 Bello canto a su pueblo natal, Colono, tierra que, por ser de excelentes caballos, tiene a Posidón como protector (EURÍPIDES, *Fenicias* 1707). Por este epíteto, asocia la fama de Colono, a la de Atenas, su país. Posidón ofreció como regalo a esta ciudad el caballo (v. 710).

49 El calificativo «blanco» se debe al color que tenían los terrenos cretácicos de esta región.

50 Se refiere a Dioniso, a quien estaban dedicados la hiedra y el vino.

Antístrofa 2.ª

Aquí, bajo el celeste rocío, florece un día tras otro el narciso de hermosos racimos, antigua corona de las dos grandes diosas[51], *y el azafrán de resplandores de oro. Y las fuentes que no descansan, las que reparten las aguas del Céfiso, no se consumen, antes bien, cada día, sin dejar uno, corren fertilizando con rapidez en inmaculada corriente por los llanos de esta espaciosa tierra. Y no la detestan los coros de las Musas ni Afrodita la de las riendas de oro.*

Estrofa 2.ª

Existe un árbol cual yo no tengo oído que haya brotado nunca en la tierra de Asia ni en la gran isla dórica de Pélope[52], *árbol indomable que crece espontáneamente*[53], *terror de las lanzas enemigas, que abunda en esta región por doquier: el glauco olivo que alimenta a nuestros hijos. Ni un joven, ni quien se encuentra en la vejez, podría destruirlo aniquilándolo con violencia. Pues el ojo vigilante de Zeus protector de los olivos, lo observa siempre así como Atenea, la de brillante mirada.*

Antístrofa 2.ª

Pero aún puedo referirme a otro elogio, al más importante, de esta ciudad madre, regalo de un gran dios y lo que le da mayor lustre: buenos caballos, buenos potros, el dominio del mar. ¡Oh hijo de Crono, sobe-

---

51 Después de mencionar a Dioniso, el narciso sirve para nombrar a Deméter y Core. Fue, al agacharse Core para recoger un narciso, cuando se abrió la tierra y Hades, el raptor, se la llevó. Con el nombre de Yaco está Dioniso asociado a ambas diosas, en los misterios de Eleusis, desde los siglos V y IV.

52 El Peloponeso.

53 Hay aquí una alusión a lo que nos cuenta Heródoto (VIII 55) acerca del olivo del Erecteion en la acrópolis de Atenas, que, prodigiosamente, había brotado al día siguiente de ser quemado por los persas.

rano Posidón! Tú la asentaste en esta gloria cuando instituiste en este país por primera vez el freno que doma a los caballos. Y la prodigiosa pala que sirve para remar, adaptada a nuestras manos, se precipita en el mar, en seguimiento de las Nereidas de cien pies[54].

ANTÍGONA. — *(Dirigiéndose al Coro.)* ¡Oh región la más celebrada en alabanzas! Ahora te corresponde demostrar estas brillantes palabras.

EDIPO. — ¿Qué hay de nuevo, oh hija?

ANTÍGONA. — Aquí está Creonte, que se nos acerca, padre, y no sin escolta.

EDIPO. — ¡Oh muy queridos ancianos! De vosotros depende ya el cumplimiento de mi salvación.

CORIFEO. — Ten confianza, que se cumplirá. Pues aunque yo me encuentro viejo, el vigor de este país no ha envejecido.

(Entra Creonte seguido de hombres armados.)

CREONTE. — ¡Nobles habitantes de esta tierra! Veo en vuestros ojos que un imprevisto temor a mi llegada se ha apoderado de vosotros. No temáis ante mí ni dejéis escapar funestas palabras. No he venido con intención de tramar algo; pues soy anciano y sé que he llegado a una poderosa ciudad cual ninguna en Grecia. Más bien he sido enviado por mi avanzada edad para convencer a este hombre a que me siga a la llanura de los cadmeos, no de parte de uno solo que me haya mandado, sino de todos los ciudadanos, porque me concernía a mí por mi linaje más que a ninguno de la ciudad[55], sentir sus aflicciones.

---

[54] Esta antístrofa está dedicada a Posidón, divinidad a la que estaba consagrada la ciudad en segundo lugar, después de Atenea. Se le celebra como el dios de los caballos —pues, en sus orígenes, tenía un aspecto equino— y del mar; es inventor del freno de los caballos y de los remos de los barcos.

[55] Tebas.

Así pues, infortunado Edipo, escúchame y vuelve a tu casa. Todo el pueblo de los cadmeos te llama, con razón, y yo más que ninguno por cuanto, si no soy el más malvado con mucho de los hombres, he de sufrir por tus desgracias, anciano, porque veo que eres un desventurado en tierra extraña, siempre de un lado a otro, arrastrando una vida sin medios con sólo una acompañante que nunca hubiera creído yo, ay de mí, que cayera en tal grado de infortunio cual ha caído esta infeliz, preocupándose siempre de ti y de tu persona en una vida de mendiga, a la edad que tiene, sin conocer el matrimonio y a riesgo de que el primero que llegue la rapte [56].

¿Es que no es un cruel reproche, infortunado de mí, el que lanzo contra ti, contra mí y contra todo nuestro linaje? Pero no es posible ocultar lo que está a la vista de todos, así que tú, Edipo, por los dioses de tus padres, obedéceme y ocúltate, consintiendo en volver a tu ciudad y a tu hogar patrio, saludando cordialmente a esta ciudad, pues se lo merece. Pero tu propia patria debería ser más honrada en justicia, ya que en otro tiempo fue tu nodriza.

EDIPO. — ¡Ah, tú, que a todo te atreves y que de cualquier razonamiento justo sacas un oscuro provecho! ¿Por qué me seduces así y quieres atraparme por segunda vez en aquello en lo que más me dolería ser cogido? [57]. En otro tiempo en que sufría con mis desgracias personales, cuando hubiera sido una satisfacción para mí ser expulsado del país, no me quisiste otorgar el favor que estaba deseando. Por el contrario, una vez

56 El tema de la joven que no conoce el matrimonio lo encontramos, repetidas veces, a lo largo de *Electra* y de *Antígona*.

57 El anciano no está dispuesto a consentir que los beneficios derivados del lugar de su enterramiento los obtengan los tebanos, sino que está decidido a que se los lleven los atenienses.

que ya estaba saciado de mi furor y me era dulce el residir en el palacio, entonces me echaste y me arrojaste, sin que el parentesco que sacas ahora a relucir te fuera en absoluto motivo de consideración.

Ahora, sin embargo, cuando ves que esta ciudad[58] y todo su pueblo me tratan con benevolencia, intentas llevarme escondiendo crueles propósitos con tus suaves palabras. Pero ¿qué goce es éste de amar a quienes no quieren? Es como si, cuando imploras alcanzar algo, no se te concediera ni se te quisiera socorrer; pero, cuando tuvieras tu alma ahíta de lo que deseas, entonces te fuera concedido, en un momento en que el favor en nada reporta beneficio. ¿Es que no te ibas a encontrar con una inútil satisfacción? Esto es lo que tú también me ofreces, excelente de palabra pero funesto en los hechos.

Y hablaré ante éstos para ponerte en evidencia como a un malvado. Has llegado con el propósito de llevarme, no para conducirme a casa, sino para instalarme en pleno campo y que tu ciudad se vea libre de los peligros que proceden de esta tierra. No lograrás eso, sino esto otro: que allí, en esa región habite siempre mi espíritu vengador y que mis hijos obtengan de mi tierra tan sólo lo bastante para caer muertos en ella.

¿No ves que conozco mejor que tú los asuntos de Tebas? Y mucho más en tanto que mis informaciones proceden de fuentes más fidedignas, de Febo y del propio Zeus, su padre. ¡Hasta aquí ha llegado tu boca mentirosa y llena de malicias! Con tus palabras podrías obtener más males que beneficios. Pero sé que no te convenceré de ello. Vete, déjanos vivir aquí. Pues ni estando así viviremos desgraciados si así nos complacemos.

---

[58] *Piensa en la humanitaria acogida que le ha dispensado Teseo.*

CREONTE. — ¿Es que crees que en esta discusión voy a salir yo más perjudicado por tus desgracias que tú mismo?

EDIPO. — Lo que más me complace es que tú no seas capaz de persuadirme ni a mí ni a éstos que están a nuestro lado.

CREONTE. — ¡Oh desventurado! ¿Ni aun en esta edad vas a mostrar que has adquirido cordura de una vez, sino que das motivos para deshonra de tu vejez?

EDIPO. — Eres hábil con la lengua. Yo no sé que sea justo ningún hombre porque hable bien de cualquier tema.

CREONTE. — Distinta cosa es hablar mucho a hacerlo oportunamente.

EDIPO. — Ciertamente, tú crees que hablas poco pero con oportunidad.

CREONTE. — No es así, desde luego, para quien tenga la misma mentalidad que tú.

EDIPO. — Vete. Te hablo también en nombre de éstos. No me vigiles acechando el lugar donde debo habitar.

CREONTE. — Invoco a éstos como testigos, no a ti, de qué lenguaje usas para replicar a tus parientes. Si alguna vez te cojo...

EDIPO. — ¿Y quién podría prenderme contra la voluntad de éstos que son mis aliados?

CREONTE. — En verdad que tú, incluso sin esto [59], habrás de sufrir.

EDIPO. — ¿En qué hechos te basas para lanzarme esta amenaza?

CREONTE. — De tus dos hijas, a la una acabo de devolver a la ciudad tras prenderla y a la otra me la llevaré pronto.

---

59 Sin ser prendido, ya que la falta de sus hijas le será causa de sufrimiento.

EDIPO. — ¡Ay de mí!

CREONTE. — Enseguida tendrás más motivo para quejarte.

EDIPO. — ¿Te has apoderado de mi hija?

CREONTE. — Y de esta otra sin dejar pasar mucho tiempo.

EDIPO. — *(Al Coro.)* ¡Ay extranjeros! ¿Qué haréis? ¿Es que me vais a traicionar y no arrojaréis al impío de esta tierra? [60].

CORIFEO. — *(A Creonte.)* Sal, extranjero, aprisa. Pues no es justo lo que ahora intentas hacer ni lo que has llevado ya a cabo.

CREONTE. — *(A sus soldados.)* Es momento de que vosotros la saquéis a la fuerza si no os sigue de buen grado.

ANTÍGONA. — ¡Ay de mí, desdichada! ¿Adónde huyo? ¿Qué ayuda puedo alcanzar de los dioses o de los hombres?

CORIFEO. — ¿Qué haces, extranjero?

CREONTE. — No tocaré a este hombre, sino lo que me pertenece.

EDIPO. — ¡Oh soberanos de esta tierra!

CORIFEO. — Extranjero, no obras con justicia.

CREONTE. — Con justicia, sí.

CORIFEO. — ¿Cómo puedes decir eso?

CREONTE. — Me llevo a los míos [61].

Estrofa.

EDIPO. — *¡Ah, ciudad!*

CORO. — *¿Qué haces, oh extranjero? ¿No la soltarás? ¡Pronto probarás nuestros brazos!*

---

[60] Es impío, porque Edipo está bajo la protección de las Euménides y, sobre todo, porque Ismene, como Edipo se imagina, ha sido raptada dentro del recinto sagrado.

[61] No hay que olvidar que Edipo le confía a sus hijas pequeñas. (*Edipo Rey* 1506.)

CREONTE. — *¡Aparta!*

CORO. — *No de ti mientras estés intentando estas cosas.*

CREONTE. — Tendrás que enfrentarte con mi ciudad si me haces algún daño.

EDIPO. — ¿No os lo decía yo?

CORIFEO. — *(A un servidor de Creonte.)* Aparta sin tardar tus manos de la muchacha.

CREONTE. — No des órdenes en lo que no te incumbe.

CORIFEO. — Suéltala, te digo.

CREONTE. — *(Al mismo servidor.)* Y yo que te pongas en marcha.

CORO. — *Acudid, venid, venid, habitantes del país. La ciudad, sí, nuestra ciudad es aniquilada por la violencia. Llegaos aquí, junto a mí.*

ANTÍGONA. — Soy arrastrada, desdichada de mí, ¡oh extranjeros, extranjeros!

EDIPO. — ¿Dónde estás, hija mía?

ANTÍGONA. — Soy conducida por la fuerza.

EDIPO. — Extiende las manos, hija.

ANTÍGONA. — Pero no puedo.

CREONTE. — *(A sus hombres.)* ¿No la llevaréis vosotros?

EDIPO. — ¡Ah infortunado de mí, infortunado!

(Los soldados de Creonte se van llevándose a Antígona.)

CREONTE. — Ya no caminarás nunca más valiéndote de estos dos báculos. Pero ya que quieres vencer a tu patria y a tus parientes —por orden de los cuales hago yo esto, aunque sea también príncipe—, vence. Que con el tiempo, lo sé, te darás cuenta de que ni tú obras bien para contigo mismo ni antes lo hiciste cuando, en contra de los tuyos, cediste a la cólera que siempre te perjudica [62].

---

62 El personaje de Edipo se nos presenta en las dos trage-

Corifeo. — *(A Creonte que había emprendido la marcha.)* No te muevas de aquí, extranjero.

Creonte. — Digo que no me toques.

Corifeo. — No te soltaré mientras esté privado de éstas.

Creonte. — Pues en ese caso, pronto harás que tu ciudad pague una liberación mayor, porque no sólo voy a capturar a estas dos.

Corifeo. — ¿Qué estás tramando?

Creonte. — Capturar a éste y llevármelo.

Corifeo. — Terrible cosa anuncias.

Creonte. — Ten la certeza de que enseguida estará hecho.

Corifeo. — Siempre que no te lo impida el que manda en esta tierra.

Edipo. — ¡Oh voz desvergonzada! ¿Es que tú tienes intención de cogerme?

Creonte. — Te digo que calles.

Edipo. — ¡Que estas divinidades no me dejen sin voz para pronunciar esta maldición! Porque tú, malvado, te vas, tras arrebatarme por la fuerza mi ojo indefenso [63], a mí que había perdido antes los ojos. ¡Ojalá que Helios, dios que todo lo ve, te conceda a ti mismo y a tu familia una vida tal como la que estoy llevando en mi vejez! [64].

Creonte. — ¿Veis esto, moradores de este país?

Edipo. — Nos ven a ti y a mí y comprenden que con

---

dias de Sófocles bajo una misma constante: sujeto a violentos ataques de cólera. Así, contra Tiresias (*Edipo Rey* 345), contra Layo (*ibid.* 807), contra Yocasta (1067) y contra sí mismo (1268).

[63] Le hace reproches con los mismos argumentos que él utilizó antes. El ojo indefenso es Antígona, la muchacha que le sirve de lazarillo. Véase nota 56 de *Antígona*.

[64] Maldición que se cumplirá con creces, ya que, recordémoslo, Creonte pierde a su mujer y a dos hijos.

palabras me defiendo de ti por los hechos que he padecido.

CREONTE. — No voy a contener más mi cólera, sino que lo arrastraré por la fuerza, aunque estoy solo y lento por la edad.

(Avanza hacia Creonte.)

Antístrofa.

EDIPO. — *¡Ay, desdichado!*

CORO. — *¡Con cuánta arrogancia has llegado, extranjero, si crees que vas a llevar a cabo tal cosa!*

CREONTE. — *Lo creo.*

CORO. — *No tendré a ésta*[65] *por una ciudad, entonces.*

CREONTE. — En una causa justa el débil vence al fuerte.

EDIPO. — ¿Escucháis qué cosas dice?

CORIFEO. — Cosas que no cumplirá. [Lo sé.]

CREONTE. — Zeus es quien podría saberlo, no tú.

CORIFEO. — ¿Acaso no es esto insolencia?

CREONTE. — Insolencia, sí, pero hay que soportar.

CORO. — *¡Oh todos los hombres, ah jefes del país! Acudid con premura, acudid, porque éstos intentan ya pasar al otro lado.*

(Entra Teseo con hombres armados.)

TESEO. — ¿Qué griterío es éste? ¿Qué pasa? ¿A causa de qué temor me impedís sacrificar la res en torno al altar del marino dios protector de Colono[66]? Contadme, para que de todo me entere; por qué razón he tenido que venir aquí más aprisa de lo que le va bien a mi paso.

EDIPO. — ¡Oh querido! He reconocido tu voz. Acabo

---

[65] Atenas.

[66] Se refiere, naturalmente, a Posidón. Ahora nos enteramos de que Teseo no había vuelto a Atenas, sino que se había quedado en Colono ofreciendo un sacrificio en honor del dios.

de sufrir terribles afrentas de este hombre que está aquí.

TESEO. — ¿Qué clase de afrentas? ¿Quién es el que las ha causado? Habla.

EDIPO. — Creonte, éste, a quien estás viendo, se va después de arrebatarme las dos hijas, lo único que tengo.

TESEO. — ¿Cómo dices?

EDIPO. — Has escuchado las cosas que he sufrido.

TESEO. — *(A sus criados.)* ¿No habrá alguno de los servidores que, yendo cuanto antes hacia los altares, obligue a que todo el pueblo desde los sacrificios se lance a toda prisa, a pie o a caballo, allí donde confluyen para los viajeros los dos caminos a fin de que no lo sobrepasen las muchachas y yo me convierta, vencido por su violencia, en un objeto de irrisión para este extranjero? Según te ordeno, ve rápido.

En cuanto a ése, si yo me dejara llevar por la cólera de la que es merecedor, no saldría ileso de mi mano. Pero ahora a las reglas con las que él mismo se ha presentado, a éstas y no a otras deberá atenerse. *(Dirigiéndose directamente a Creonte.)* No saldrás de esta tierra hasta que te presentes ante mí con aquéllas sanas y salvas. Has cometido acciones indignas de mí, de aquellos de los que tú mismo has nacido y de tu país, porque, entrando en una ciudad que observa la justicia y que nada realiza que esté fuera de la ley y despreciando las leyes vigentes en esta tierra, irrumpes así en ella, te llevas lo que deseas y por la fuerza lo pones a tu lado. Te has creído que mi ciudad estaba despoblada o que tenía una población esclava y que yo para nada contaba.

Sin embargo, Tebas no te ha educado en la maldad, pues no gusta de criar hombres injustos, ni podría alabarte si se enterara de que has arrebatado lo que pertenece a mí y a los dioses, llevándote por la fuerza a

infortunados mortales que están en calidad de suplicantes.

Yo al menos, si entrara en tu país, ni aun cuando tuviera las más justas pretensiones me llevaría a rastras a nadie sin contar con el que mandara allí, quienquiera que fuese. Antes bien, sabría qué normas debe observar un extranjero entre los ciudadanos. Tú, en cambio, avergüenzas a tu propia ciudad sin que ella lo merezca y, a medida que pasa el tiempo, además de en anciano te estás convirtiendo en alguien sin sentido común.

Pues bien, lo dije ya antes y lo repito ahora: que alguien traiga aquí cuanto antes a las muchachas, si es que no quieres ser, a la fuerza y no por tu grado, un meteco[67] en este país. Y esto te lo digo de palabra tanto como con el corazón.

CORIFEO. — ¿Ves adónde has llegado, oh extranjero? A pesar de que por los de tu linaje pareces justo, has sido sorprendido en actos indignos[68].

CREONTE. — No he cometido tal acción porque considere a esta ciudad carente de hombres ni falta de decisión, hijo de Egeo, como tú dices; sino pensando que ningún ferviente deseo por los míos les iba a entrar a éstos[69], como para alimentarlos en contra de mi voluntad. Sabía que no recibirían a un hombre parricida, además de impuro, para quien las bodas se revelaron impías por la relación con sus hijos. En efecto, yo sabía que teníais en este país el prudente tribunal del Areó-

---

[67] Es un empleo del término *meteco* no exento de ironía. Meteco se le llamaba al residente que se instalaba voluntariamente en la ciudad por el tiempo que quería.

[68] Aquí, también, Teseo intenta desagraviar a la ciudad de Tebas con la que le unían lazos de hospitalidad, diferenciando la actitud concreta de Creonte del comportamiento noble de su familia.

[69] A los habitantes de Colono.

pago[70] que no permite que tales vagabundos se instalen cerca de esta ciudad. Por tener confianza en él es por lo que me apoderé de esta presa.

Y no lo hubiera hecho tampoco si no hubiera lanzado crueles maldiciones contra mi propia persona y mi linaje en represalia de las cuales, afectado por ellas, juzgué conveniente corresponderle con esto. No existe ningún otro envejecimiento para la cólera a no ser la muerte. Y ningún dolor alcanza a los muertos. Ante esto obra como gustes, ya que la soledad me hace estar en desventaja, aunque tenga razón en mis palabras. Con todo, contra estos hechos y a pesar de lo avanzado de mi edad, procuraré actuar en respuesta.

EDIPO. — ¡Oh desvergonzada arrogancia! ¿A cuál de los dos ancianos crees que estás injuriando con este lenguaje, a mí o a ti mismo, cuando lanzas por tu boca contra mí asesinatos, bodas y desventuras que yo, desgraciado, padecí en contra de mi voluntad? Así lo querían los dioses, tal vez porque estaban resentidos desde antiguo contra mi linaje; ya que no me podrías descubrir en mi propia persona ningún reproche de un pecado por causa del cual yo haya faltado así a mí mismo y a los míos.

Porque, explícame: si por medio de oráculos le llegó a mi padre un vaticinio enviado por los dioses de que moriría a manos de su hijo, ¿cómo podrías imputarme a mí esto con razón, cuando aún no había sido engendrado ni concebido por mi padre y mi madre, y aún no había nacido?

Y si luego mostrándome desdichado, como me mostré, me enzarcé en lucha con mi padre y le maté, sin ser

70 Elogio al tribunal del Areópago, frecuente en la tragedia griega. Éste es, en definitiva, el tema de las *Euménides* de ESQUILO. Tenía un importante papel en los juicios de moral derivados de los delitos de sangre.

consciente de nada de lo que hacía y contra quién lo hacía, ¿cómo me podrías reprochar justamente un hecho involuntario?

Acerca de las bodas con mi madre, que es tu hermana, ¿no te avergüenzas de obligarme a hablar? Enseguida diré cómo fueron. Pues no voy a callarme después que tú has llegado en tu impío lenguaje a este punto. Me dio a luz, sí, me dio a luz —¡ay de mis desgracias!— sin que yo supiera nada ni ella tampoco, y, tras engendrarme a mí, engendró conmigo unos hijos que son su propia vergüenza.

Pero una sola cosa sé: que tú te complaces en escarnecernos a mí y a ella con esto. Por lo que a mí se refiere, yo la desposé sin que mediara mi voluntad y contra mi voluntad estoy hablando ahora de estas cosas. Pero ni debo ser tenido por culpable por estas bodas ni por el asesinato de mi padre que tú me echas sin cesar en cara con amargos reproches.

Contéstame sólo a una de las preguntas que te voy a hacer: si alguien que se hubiera acercado a ti, el justo, intentara matarte aquí mismo, ¿acaso te informarías si el asesino es tu padre o te vengarías al punto? Me parece que, si amas la vida, castigarías al culpable y no tendrías miramientos con lo que es justo. En tales desgracias vine a caer, guiado por los dioses, de suerte que, creo yo, ni siquiera mi padre, de estar vivo[71], hubiera podido replicarme. Y tú, pues no eres justo al creer que es conveniente decir cualquier cosa, sea algo decible o no, me lanzas semejantes reproches delante de éstos.

Te parece oportuno halagar el nombre de Teseo y a Atenas diciendo que está muy bien gobernada. Pero después de hacer tantas alabanzas, olvidas esto: que si hay algún país que sepa honrar a sus dioses en sus cultos,

---

71 Una expresión que encontramos también en *Electra* 548, refiriéndose a Ifigenia, en boca de Clitemestra.

éste le aventaja en eso. De este país tú has intentado raptarme a mí, anciano suplicante, reducirme a la impotencia y marcharte con las muchachas. Por eso hago mi súplica yo ahora invocando a estas diosas en mi provecho, y las insto con mis ruegos a venir vengadoras y aliadas, a fin de que aprendas por qué clase de hombres está defendida la ciudad.

CORIFEO. — El extranjero, señor, es honrado. Sus infortunios son tremendamente funestos, pero dignos de que le concedamos ayuda.

TESEO. — ¡Basta de discursos! Porque mientras los que las han raptado se apresuran, nosotros, que sufrimos las consecuencias, estamos aquí quietos.

CREONTE. — ¿Qué le ordenas hacer a este hombre débil?

TESEO. — Que empieces a caminar hacia allí y que me guíes a fin de que, si en esos lugares retienes a las muchachas, me lo puedas indicar tú mismo al llegar. Pero si los que se han apoderado de ellas han huido, no hay que apenarse. Otros serán los que se apresuren y, por escapar de ellos fuera de esta tierra, nunca tendrán que dar gracias a los dioses.

Así que ve por delante y sé consciente de que el que dominaba es ahora dominado y que el destino se ha apoderado de ti mientras tú te apoderabas de otros. Lo que se obtiene con artes poco honestas no se conserva. Y no encontrarás la ayuda de otro para este fin. Porque estoy seguro de que tú no has llegado sin un cómplice o sin preparativos a tal arrebato de audacia cual ahora has mostrado, sino que lo has llevado a cabo confiando en alguien. Es preciso que yo considere tales cosas y no permita que esta ciudad sea vencida por un solo hombre. ¿Comprendes mis palabras o te parece que han sido dichas ahora tan en vano como en el momento en que estabas tramándolo?

CREONTE. — Nada de lo que me digas aquí es para ser censurado. En nuestra patria también nosotros sabremos lo que debemos hacer.

TESEO. — Amenaza ahora, pero camina. Y tú, Edipo, permanece aquí con nosotros confiado en que, si no muero yo antes, no cesaré hasta hacerte dueño de tus hijas.

EDIPO. — ¡Que recibas beneficios, Teseo, por tu generosidad y por los leales cuidados que tienes para nosotros!

(Salen Teseo y sus acompañantes con Creonte.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Ojalá estuviera yo donde las acometidas de los enemigos pronto trabarán un combate de broncíneo estrépito, junto a las orillas píticas o en las riberas iluminadas por antorchas[72], *donde las augustas diosas*[73] *presiden los venerables misterios para los mortales, sobre cuya lengua está la dorada llave de sus servidores, los Eumólpidas*[74]*!*

Creo que allí Teseo, el promotor de combates, y las dos hermanas aún doncellas pronto se verán mezclados en una batalla, en medio de un victorioso clamor, en esos mismos lugares.

---

[72] El primer camino nombrado se llama así por pasar delante del templo dedicado a Apolo Pítico, a la entrada del paso de Dafne, a unos nueve kilómetros de Colono, que se unía a las costas de la bahía de Eleusis. Allí tenía lugar la procesión de las antorchas en los grandes misterios de Eleusis, durante el mes de septiembre. Una imagen de Yaco era traída en procesión, desde Eleusis, a Atenas a lo largo del camino sagrado, lo que formaba una parte fundamental del ritual.

[73] Deméter y Perséfone.

[74] Familia descendiente de Eumolpo que tenía a su cargo la celebración de los Misterios.

Antístrofa 1.ª

Acaso se estén acercando hacia el prado más occidental de la nevada cumbre del Eta, dándose a la huida en potros o en carros que porfían con rapidez. Serán apresados. Terrible es el combate que se les acerca y terrible la fuerza de los súbditos de Teseo.

Por doquier brilla el freno, y se lanza, con las riendas sueltas, toda la cabalgada de los enemigos que honran a la ecuestre Atenea y al marino protector del país, hijo dilecto de Rea.

Estrofa 2.ª

¿Han entrado ya en acción o lo van a hacer? En algo me hace notar mi corazón que pronto liberarán a la que ha soportado terribles pruebas y ha recibido cruel tratamiento por parte de los de su misma sangre. Zeus realizará, sí, realizará algo en el día de hoy. Adivino victoriosos combates. ¡Ojalá fuera una paloma de rápido vuelo que, como un huracán, alcanzara una etérea nube alzando mi mirada por encima de los combates!

Antístrofa 2.ª

¡Oh Zeus, que todo lo puedes entre los dioses, que todo lo ves, tú, su augusta hija, Palas Atenea! ¡Conceded a los habitantes de esta tierra que, con fuerza triunfadora, realicen una emboscada de feliz presa! Al agreste Apolo y a su hermana perseguidora de moteados ciervos de rápidos pies, ruego que lleguen doblemente protectores para esta tierra y sus ciudadanos.

CORIFEO. — ¡Ah, extranjero errante! No dirás que tu vigía es un falso adivino. Pues veo que las muchachas se dirigen de nuevo hacia aquí con una escolta.

EDIPO. — ¿Dónde, dónde? ¿Qué dices? ¿Qué afirmas?

(Entran Antígona e Ismene con Teseo y su escolta.)

ANTÍGONA. — ¡Oh padre, padre! ¿Cuál de los dioses te

podría conceder el contemplar al excelente varón que nos ha conducido aquí junto a ti?

EDIPO. — ¡Oh hija! ¿Estáis las dos presentes?

ANTÍGONA. — Sí, pues los brazos de Teseo y de sus queridos acompañantes nos pusieron a salvo.

EDIPO. —¡ Acercaos, hija, a vuestro padre y dejadme abrazar vuestros cuerpos que ya no esperaba que volviesen!

ANTÍGONA. — Pides algo que vas a obtener, pues tu gusto se une a nuestro deseo.

EDIPO. — ¿Dónde estáis, dónde estáis?

ANTÍGONA. — Estamos a tu lado.

EDIPO. — ¡Oh queridos retoños!

ANTÍGONA. — Todo es querido a un padre.

EDIPO. — ¡Oh báculos de mi persona!

ANTÍGONA. — ¡Desdichados báculos de un desdichado!

EDIPO. — Tengo lo que más quiero. Ni aun si muriera sería ahora enteramente desgraciado, por el hecho de estar vosotras dos a mi lado. Apoyaos, hijas mías, una en cada costado abrazando a vuestro padre, y poned fin a la soledad anterior de este desgraciado vagabundo. Contadme lo que ha sucedido en pocas palabras, ya que a vuestra edad un breve discurso es suficiente.

ANTÍGONA. — He aquí al que nos salvó. A él debes escuchar, padre, y para ti y para mí se simplificará la tarea.

EDIPO. — No te admires ante mi insistencia, si me alargo en la conversación con mis hijas, aparecidas cuando ya no las esperaba. Pues sé que la satisfacción, manifiesta en mí ante su presencia, de ningún otro procede sino de ti. Tú las has salvado y nadie más. ¡Que los dioses te procuren lo que yo deseo a ti y a esta tierra! Porque sólo entre vosotros de los hombres he encontrado yo piedad, honradez y ausencia de falsedad.

Consciente de ello te correspondo con las siguientes palabras: tengo lo que tengo por ti, que no por otro de los mortales. Tiéndeme, oh señor, la mano derecha para que la toque y bese tu rostro, si es lícito...

Sin embargo, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo puedo pretender, siendo como soy un desdichado, que toques a un hombre en quien han hecho su morada todas las desgracias? Yo por mi parte no te tocaré ni te permitiré que lo hagas tú. A los únicos mortales que les es posible tomar parte en mi pena es a los que están experimentados en ellas. Recibe mi saludo desde donde estoy[75] y preocúpate en el futuro de mí con justa solicitud, como lo has hecho hasta hoy.

TESEO. — No me he admirado de que hayas hecho algo más extensas tus palabras por la alegría de tener a tus hijas ni de que hayas preferido hablar con ellas antes que conmigo. No lo tomamos en consideración, pues no aspiramos a hacer nuestra vida gloriosa con palabras, sino más bien con hechos. Y te lo demuestro: en nada de lo que te prometí te he engañado, anciano. Estoy aquí con éstas sanas y salvas, intactas de los peligros que las amenazaban. Y de cómo fue ganada la contienda, ¿por qué voy a jactarme inútilmente de cosas que tú mismo aprenderás de tus hijas?

Pero acerca de una noticia que me acaba de llegar cuando venía hacia aquí, dame tu parecer; ya que es breve de decir, pero digna de admirar. El ser humano no debe menospreciar ningún asunto.

EDIPO. — ¿Qué es, hijo de Egeo? Dímelo, porque no sé de qué me estás hablando.

TESEO. — Dicen que un hombre que no es conciudadano tuyo, pero sí de tu familia, abalanzándose se ha

75 Edipo había dado un paso hacia adelante para abrazar a Teseo, pero, cuando toma conciencia de su situación, se detiene.

sentado[76] en el altar de Posidón —donde yo estaba haciendo un sacrificio—, tan pronto como yo me vine aquí.

EDIPO. — ¿De qué país es? ¿Qué pretende con esta actitud de suplicante?

TESEO. — No sé sino una cosa. Pide, según me dicen, una conversación contigo breve y sin solemnidad.

EDIPO. — ¿De qué clase? Pues esa postura no es propia de unas palabras sin importancia.

TESEO. — Dicen que pide volverse seguro por este camino después de hablar contigo.

EDIPO. — ¿Quién podrá ser el que está sentado en esa actitud?

TESEO. — Recuerda si tenéis algún pariente en Argos que desee alcanzar de ti esto.

EDIPO. — ¡Oh queridísimo! Detente en ese punto.

TESEO. — ¿Qué te ocurre?

EDIPO. — No me pidas...

TESEO. — ¿Qué? Habla.

EDIPO. — Al oír estas cosas ya sé quién es el suplicante.

TESEO. — ¿Y quién es? ¿Podría no censurarle algo?

EDIPO. — Mi hijo, rey, el hijo aborrecido cuyas palabras yo soportaría escuchar más penosamente que las de cualquier otro hombre.

TESEO. — ¿Por qué? ¿No te es posible escucharle y no hacer las cosas que no desees? ¿Por qué te es penoso oírle?

EDIPO. — Odiosa llega esa voz a su padre, señor; no me expongas a la necesidad de ceder en esto.

TESEO. — Pero considera si te obliga su actitud de súplica, no sea que el propósito del dios deba ser cumplido por ti.

ANTÍGONA. — Padre, obedéceme aunque sea una joven

---

76 La postura ritual del suplicante era de rodillas y sentado sobre las piernas.

la que te aconseje. Deja que este hombre[77] ofrezca a su propio corazón y a la divinidad el agradecimiento que desea y concédenos a nosotras que venga nuestro hermano. Tranquilízate, que no te apartará por la fuerza de tu propósito con palabras que no sean dichas para tu provecho. ¿Qué puedes perder por escuchar sus palabras? Las acciones que se han tramado con malos fines se dan a conocer por la palabra. Tú le has engendrado, de suerte que ni por haber cometido contra ti las más impías de las acciones, oh padre, es justo que le devuelvas mal por mal.

Déjale. También otros tienen hijos malvados y violento carácter, pero amonestados por las palabras de los amigos, apaciguan su natural. Dirige tu mirada no a los actuales, sino a los padecimientos de otro tiempo, a los que por tu padre y por tu madre sufriste, y, si los observas, te darás cuenta —estoy segura— de que el resultado de una cólera irracional viene a ser una desgracia. Tú tienes serias advertencias de ello privado como estás de tus ojos sin vista.

¡Ea, cede en favor nuestro! No está bien que los que tienen justas pretensiones rueguen con tanta insistencia, ni que tú recibas un beneficio y después de eso no sepas corresponder.

EDIPO. — Hija, con penoso placer me habéis vencido por vuestras palabras. Sea, pues, como queréis. Sólo una cosa, extranjero; si aquél viene aquí, que ninguno fuerce mi voluntad.

TESEO. — Una vez sólo, y no dos, necesito oírte eso, anciano. No quiero alardear; pero sábete que estarás a salvo si un dios me tiene también a mí a salvo.

(Salen Teseo y su séquito.)

---

77 Teseo.

CORO.

Estrofa.

Quien no haciendo caso del comedimiento desea vivir más de lo que le corresponde, es evidente, en mi opinión, que tras una locura anda. Porque los días, cuando ya se cuentan por muchos, atraen muchas cosas que están más cerca del dolor; mientras que no podrías ya ver dónde están los gozos cuando se ha pasado por encima del tiempo debido. Y quien viene a poner remedio trae igual fin a todos: cuando se presenta la Moira del Hades, sin cantos nupciales, sin música de lira, sin coros, la muerte, para poner fin.

Antístrofa.

El no haber nacido triunfa sobre cualquier razón. Pero ya que se ha venido a la luz lo que en segundo lugar es mejor, con mucho, es volver cuanto antes allí de donde se viene[78]*. Porque, cuando se deja atrás la juventud con sus irreflexivas locuras, ¿qué pena se escapa por entero? ¿Cuál de los sufrimientos no está presente? Envidia, querellas, discordia, luchas y muertes, y cae después en el lote, como última, la despreciable, endeble, insociable, desagradable vejez, donde vienen a parar todos los males peores*[79].

Epodo.

En ella[80] *no sólo estoy yo: he aquí a este desdichado. Como un acantilado que orientado al norte está por*

---

[78] Esta idea Sófocles la recoge de TEOGNIS (425 y ss.), del que la toman también otros poetas. Tenemos noticias (HERÓDOTO, I 31) de que Solón hace decir algo parecido a Creso.

[79] En estas estrofas, el poeta expresa, por boca de los ancianos coreutas, lo que lleva dentro de sí, del modo más poético y emocionante imaginable. No olvidemos que Sófocles escribe esta obra en una avanzada edad, y que la idea de la vejez está presente a lo largo de la obra.

[80] En la vejez.

todas partes batido por las olas durante el invierno, así también contra éste se abaten violentamente terribles desgracias que, acompañándole siempre, se rompen como olas, unas desde donde se pone el sol, otras donde se levanta, unas desde el lado del mediodía, otras desde los montes Ripeos[81] *sumergidos en la noche.*

ANTÍGONA. — Aquí está, precisamente, según parece, nuestro extranjero, padre. Camina hacia aquí, solo, derramando abundantes lágrimas por sus ojos.

EDIPO. — ¿Quién es ése?

ANTÍGONA. — Aquel a quien ya hace rato teníamos en el pensamiento. Está aquí presente Polinices.

(Entra Polinices, poco seguro de sus movimientos.)

POLINICES. — ¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer? ¿Lloraré ante mis propias desgracias, hermanas, o las de éste a quien contemplo, nuestro anciano padre? Me lo encuentro con vosotras dos, en una tierra extranjera, desterrado aquí, con semejante atuendo, cuya repugnante mugre desde antiguo es inseparable para el anciano, marchitando su cuerpo; en su cabeza sin ojos el viento agita la despeinada cabellera, y parejo a esto, a lo que parece, son los alimentos de su mísero vientre.

Demasiado tarde, infame de mí, me doy cuenta de ello. Reconozco que he llegado como el más malvado de los hombres por lo que a tus cuidados se refiere. Mis faltas no las conocerás por otros. Pero sentada con Zeus en su trono está la Compasión para todas las acciones. Que se venga a situar también junto a ti, padre. Remedio existe para mis faltas, y eso que no pueden ya ser mayores. ¿Por qué callas? Di algo, padre, no me des la espalda. ¿Nada me respondes? ¿Es que con desprecio me vas a despachar sin una palabra y sin decir qué me reprochas?

¡Oh hijas de este hombre, hermanas mías!, intentad

[81] Mítica cordillera que representa el N. por excelencia.

al menos vosotras mover los implacables e inexorables labios de nuestro padre a fin de que a mí, suplicante del dios, no me haga marchar así deshonrado, sin haberme dirigido ni una palabra.

ANTÍGONA. — Di tú mismo, oh infeliz, con qué motivo te has presentado. Pues muchas veces las palabras, ya porque produzcan placer, enojo o compasión, procuran voz a los que no pueden hablar.

POLINICES. — En ese caso hablaré. Pues bien me aconsejas. Pongo ante todo como protector mío al dios de donde [82] el soberano de esta tierra me hizo levantar para venir hasta aquí, concediéndome el poder hablar y escuchar a la vez que tener un regreso seguro. Eso es lo que querría obtener de vosotros, extranjeros, de estas dos hermanas mías y de mi padre.

Quiero ya decirte, padre, con qué objeto he llegado. He sido expulsado como un desterrado de mi tierra patria porque me consideraba merecedor de sentarme en tu trono todopoderoso, al ser el de más edad [83]. En respuesta Eteocles, que es más joven, me arrojó del país sin haberme vencido con una razón ni haber acudido a la prueba de la fuerza o de los hechos, sino por haber persuadido a la ciudad. Yo afirmo que la causa de estas cosas es fundamentalmente tu Erinis [84] y, además, lo he escuchado también así de los oráculos.

En efecto, una vez que llegué a la dórica Argos y tomé a Adrasto por suegro, puse de mi parte, ligados por un juramento, a cuantos en la tierra de Apis [85] eran

82 «De cuyo altar...»

83 Véase nota 23, en esta misma tragedia.

84 La maldición que, de antiguo, persigue al linaje de los Labdácidas; no la maldición que Edipo ha lanzado contra sus hijos.

85 Se refiere al Peloponeso. Apis es un profeta-mago, hijo de Apolo, que llegó de Naupacto para purificar el Peloponeso de monstruos homicidas. (ESQUILO, *Suplicantes* 260 y ss.)

considerados los primeros y honrados por su lanza, a fin de que, reuniendo con ellos la expedición de los siete jefes que irá contra Tebas, o muera con la razón de mi parte o arroje del país a los que han cometido estos hechos.

Y bien, ¿por qué, pues, me encuentro ahora aquí? Porque te traigo súplicas de mi parte y de la de mis aliados que, con sus siete batallones y sus siete lanzas, han rodeado por completo la llanura de Tebas. Uno es Anfiarao [86], el de la lanza, que es el primero tanto en el manejo de la misma como en las trayectorias de las aves [87]. Después está un etolio, Tideo, el hijo de Eneo. En tercer lugar, Etéoclo, argivo por nacimiento. El cuarto es Hipomedonte, a quien envió Tálao, su padre. El quinto, Capaneo, se jacta de que destruirá por el fuego la ciudad de Tebas hasta sus cimientos. El que aparece en sexto lugar es Partenopeo el arcadio, así llamado por la que fue virgen en otro tiempo y en matrimonio más tarde le dio a luz [88], leal hijo de Atalanta.

Y yo, tu hijo, aunque no tuyo sino de tu funesto destino nacido, al menos llamado hijo tuyo, conduzco al intrépido ejército de Argos contra Tebas.

Todos nosotros nos presentamos como suplicantes ante ti, por estas hijas tuyas, por tu vida, padre, rogándote que depongas tu violenta cólera contra mí, que me he lanzado a vengarme de mi hermano porque él me arrojó y despojó de mi patria. Si algo digno de crédito

---

86 La lista de los siete guerreros argivos que luchan contra Tebas está dada en ESQUILO (*Siete contra Tebas* 377-652) y en EURÍPIDES (*Suplicantes* 860 y ss., y *Fenicias* 1104-1188).

87 En aplicar las reglas de adivinación según el vuelo de los pájaros.

88 Existe en griego un juego de palabras entre el nombre propio Partenopeo y el calificativo dedicado a su madre, *parthénos*.

hay en los oráculos [89], decían que la victoria estará con aquellos a los que tú te asocies. Yo te pido por nuestras fuentes [90] y por los dioses protectores de nuestro linaje que te dejes persuadir y cedas, ya que mendigos y extranjeros somos los dos y vivimos adulando a los demás tanto tú como yo, ya que el mismo destino hemos obtenido. En cambio en nuestro palacio el rey [91], ¡oh desgraciado de mí!, está engreído burlándose a la vez de nosotros. Pero, si tú tomas partido por mis propósitos, con poca molestia y en breve tiempo le destruiré. De este modo te conduciré para instalarte en tu palacio y me instalaré yo mismo tras echar con violencia a aquél. Podré jactarme de ello sólo si tú consientes; en cambio, sin ti, ni de salvarme tendré posibilidad.

CORIFEO. — Por consideración a quien le envió, Edipo, despide a tu vez a este hombre después de decirle lo que creas oportuno.

EDIPO. — ¡Habitantes de esta tierra! Si no fuera precisamente Teseo el que me lo ha mandado aquí por considerar razonable que oyera de mí unas palabras, en ningún momento habría escuchado mi voz. Ahora se irá satisfecho tras escucharme cosas tales que nunca alegrarán su vida.

(Volviéndose hacia Polinices.) Porque tú, oh miserable, cuando tenías el cetro y el trono [92] que ahora posee tu hermano en Tebas, tú mismo a tu propio padre aquí presente expulsaste y le convertiste en desterrado y le hiciste llevar estas prendas ante las que ahora, al verlas, te lamentas una vez que has venido a dar, al igual que

---

89 Estos oráculos son los que ya anunció Ismene, y que Polinices conoció antes de venir.

90 Juramento solemne que encontramos otras veces. (*Antígona* 844.)

91 Eteocles.

92 Uno de los frecuentes desajustes con el mito, según el cual Polinices nunca llegó a ocupar el trono.

yo, en el mismo infortunio. No es momento de lamentarse sino de soportar, al menos por mi parte, estas cosas mientras viva, con el recuerdo puesto en ti, mi asesino. Pues tú has hecho que viva en esta miseria, tú me has arrojado a ella. Por tu culpa soy un vagabundo y pido a los demás mi sustento de cada día. Y si no hubiera engendrado a estas hijas que me alimentan, ciertamente que, por lo que a ti atañe, ya no existiría. Actualmente a ellas debo mi vida, ellas son mi sustento, ellas son hombres —no mujeres— para participar en mis fatigas, mientras que vosotros habéis nacido de otro, que no de mí.

Por tanto, la divinidad te contempla, y no del modo que lo hará enseguida, si es que esos ejércitos se ponen en movimiento contra la ciudad de Tebas. Es imposible que destruyas esa ciudad; antes caeréis manchados con vuestra propia sangre tú y tu hermano. Tales maldiciones lancé yo antaño contra vosotros dos, y ahora apelo a ellas de nuevo, para que vengan como aliadas mías a fin de que os dignéis reverenciar a los que os engendraron y no seáis desconsiderados si habéis nacido de un padre ciego. Pues éstas no actuaron así. Por ello estas maldiciones tendrán más poder que tu actitud de suplicante y tus tronos, si la Justicia celebrada desde antiguo sigue sentada junto a las leyes de Zeus que rigen desde siempre.

Tú vete en mala hora, aborrecido y sin contar conmigo como padre, más malvado que nadie, llevándote contigo estas maldiciones que invoco contra ti; que ni conquistes por la lanza la tierra de nuestra patria ni regreses nunca a la cóncava Argos, sino que mueras por mano de quien comparte tu linaje y que mates a aquel por quien fuiste desterrado. Tales son mis maldiciones, e invoco a la odiosa oscuridad paterna del Tártaro para que en ella te preparen morada, e invoco a estas dio-

sas[93], así como a Ares[94], que ha infundido en vosotros dos el terrible odio.

Después de oír esto, ponte en marcha y, cuando llegues, anuncia a todos los cadmeos, así como a tus fieles aliados, que tal clase de privilegios reparte Edipo a sus propios hijos.

CORIFEO. — No me congratulo contigo por tus pasados avances, Polinices; y ahora vete cuanto antes.

POLINICES. — ¡Ay de mi viaje y de mi fracaso! ¡Ay de mis compañeros! ¡Qué final del camino, el que emprendimos desde Argos, desdichado de mí, tan aciago que ni puedo hablar acerca de él a ninguno de los camaradas ni puedo retroceder, sino que en silencio debo encontrarme con mi destino! ¡Oh hermanas mías, hijas de éste! Vosotras, ya que habéis escuchado la crueldad de nuestro padre en su maldición, ¡por los dioses!, si ésta se cumple y si regresáis a casa, no permitáis, al menos, mi deshonra, antes bien depositadme en una tumba y tributadme honras fúnebres[95]. Y las alabanzas que os habéis ganado por las fatigas que os tomáis con este hombre, se incrementarán con otras no menores por la ayuda que me prestéis.

ANTÍGONA. — Polinices, te suplico que te dejes persuadir por mí en una cosa.

POLINICES. — ¿En qué, queridísima Antígona, dime?

ANTÍGONA. — Haz volver al ejército a Argos lo más pronto posible y no te destruyas a ti mismo y a nuestra ciudad.

POLINICES. — Ya no es posible. ¿Cómo podría hacer

---

93 Las Erinias, en su papel de diosas vengadoras que castigan las faltas contra los familiares.

94 Repetidas veces sale la figura de este dios de muerte y destrucción, nada grato ni entre los mortales ni entre los inmortales.

95 Alusión tardía que hace el poeta a su propia *Antígona*.

volver de nuevo al mismo ejército porque yo haya sentido temor en un momento?

Antígona. — ¿Por qué tienes que encolerizarte otra vez, muchacho? ¿Qué provecho sacarás de asolar tu patria?

Polinices. — Es vergonzoso huir y también que yo, el mayor, sea así objeto de burla por parte de mi hermano.

Antígona. — ¿No ves que así harás que se cumplan las predicciones de él, que os anuncian la muerte a los dos por vuestras mutuas manos?

Polinices. — Es que lo desea. Nosotros no debemos ceder.

Antígona. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Quién se atreverá a seguirte si escucha lo que este hombre ha profetizado?

Polinices. — No anunciaremos desastres, porque es propio de un buen estratego decir lo bueno y no lo malo.

Antígona. — Así, pues, muchacho, ¿estás decidido a ello?

Polinices. — Sí, y no me retengas. Es a mí a quien tiene que importar este camino, si es desdichado o si funesto a causa de nuestro padre y de sus Erinias. A vosotras, en cambio, que Zeus os colme de gracias si me cumplís esto cuando esté muerto, porque vivo ya no me volveréis a abrazar. Soltadme ya [96]. ¡Adiós! Ya no me veréis más con vida.

Antígona. — ¡Ah, desgraciada de mí!

Polinices. — No gimas por mí.

Antígona. — ¿Y quién no te lloraría, hermano, si claramente te precipitas al Hades?

Polinices. — Si es preciso moriré.

Antígona. — No, hermano; antes bien, sigue mi consejo.

---

96 Esto hace suponer que estaban abrazados.

POLINICES. — No me persuadas a lo que no debo.

ANTÍGONA. — ¡Ah, qué desgraciada soy si de ti me veo privada!

POLINICES. — De la divinidad depende el que eso sea así o de otro modo. Yo pido a los dioses para vosotras dos que nunca os topéis con desgracias, pues, en opinión de todos, no merecéis ser desgraciadas.

(Polinices sale precipitadamente.)

CORO.

Estrofa 1.ª

He aquí males nuevos, recientemente llegados a nosotros, penosos males que provienen del ciego extranjero, a no ser que la Moira no disponga otra cosa. Pues no puedo decir que ninguna resolución de los dioses sea vana. Lo ve, lo ve siempre el Tiempo, precipitando y engrandeciendo las mismas cosas de nuevo en un día. (Se oye un trueno.) *El cielo ha retumbado, ¡oh Zeus!*

EDIPO. — ¡Oh hijas, hijas! ¿Cómo podría cualquier lugareño hacer que viniese aquí Teseo, el más noble de todos?

ANTÍGONA. — Padre, ¿con qué pretensión lo llamas?

EDIPO. — Este trueno alado de Zeus me llevará pronto al Hades. Ea, enviad a buscarle cuanto antes.

(Se oye tronar más fuerte.)

Antístrofa 1.ª

Ved: un enorme, tremendo ruido, helo aquí, enviado por Zeus se abate sobre la tierra. El espanto me invade hasta las puntas de los cabellos de mi cabeza. Se asusta mi corazón. En el cielo los relámpagos brillan de nuevo. ¿Qué final nos deparará? Me da miedo, nunca se presenta[97] *en vano sin que algo grave sobrevenga. ¡Oh inmenso Éter! ¡Oh Zeus!*

---

97 La tormenta, en sí misma, es siempre un peligro para los

EDIPO. — ¡Oh hijas! Llega sobre mí el final de la vida determinado por los dioses y sin que haya escapatoria.

ANTÍGONA. — ¿Cómo lo sabes? ¿De qué lo has deducido?

EDIPO. — Lo sé bien. Que lo más pronto posible vaya alguien y me traiga al soberano de este país.

(Se oyen más truenos.)

CORO.

Estrofa 2.ª

¡Ah, ah, mira! De nuevo nos envuelve por todas partes el estridente ruido. Sé propicio, sé propicio, oh dios, si es que a la tierra nutricia traes algo misterioso. ¡Que encuentre en ti un feliz destino y que, no por haber visto a un hombre maldito, obtenga yo un agradecimiento sin provecho! Zeus soberano, a ti me dirijo.

EDIPO. — ¿Está cerca nuestro hombre? ¿Me encontrará aún con vida y capaz de controlarme en mis pensamientos?

ANTÍGONA. — ¿Cuál es la prueba de confianza que quieres depositar en su ánimo?

EDIPO. — A cambio de los bienes que me otorgó, querría ofrecerle una recompensa tangible, la que le prometí al obtenerlos.

CORO.

Antístrofa 2.ª

¡Ah, ah, hijo, ven, ven! Aunque te encuentres ofrendando bueyes en lo más hondo de la gruta, en el altar de sacrificios, al marino dios Poseidón, ven. Pues el extranjero os considera, a ti, a la ciudad y a los amigos, merecedores de devolveros el favor por el trato recibido. ¡Apresúrate, ven, oh rey!

griegos. El Coro piensa que algún mal les acecha por culpa del extranjero.

(Llega apresuradamente Teseo.)

TESEO. — ¿Qué revuelo de voces provocáis, claras las de los ciudadanos y clara también la del extranjero? ¿No será acaso un rayo de Zeus, o la espesa granizada que ha descargado? Todo es posible suponer cuando la divinidad produce una tempestad semejante.

EDIPO. — Señor, te has mostrado ante quien lo estaba deseando. Algún dios ha dispuesto para ti la buena fortuna de este viaje.

TESEO. — ¿Qué hay de nuevo esta vez, hijo de Layo?

EDIPO. — Es el trance decisivo de mi vida y no quiero morir defraudándote a ti y a esta ciudad en lo que prometí.

TESEO. — ¿En qué señal te basas de que se trata de tu muerte?

EDIPO. — Los propios dioses, como heraldos, me lo anuncian y en nada me engañan de las señales convenidas.

TESEO. — ¿Cómo dices, oh anciano, que te lo hacen manifiesto?

EDIPO. — Los truenos que incesantes se repiten y los numerosos dardos que relampaguean procedentes de una mano invencible.

TESEO. — Me convences. Veo que has profetizado muchas cosas y no falsas. Lo que hay que hacer dímelo.

EDIPO. — Yo te explicaré, hijo de Egeo, las ventajas que habrá para ti y para esta ciudad sin las penas de la vejez. Yo mismo, sin guía, voy a conducirte pronto al lugar donde debo morir. Pero tú no digas jamás a hombre alguno ni dónde está oculto ni en qué pasaje se encuentra, a fin de que te sea siempre una protección mayor que muchos escudos y que la lanza de los vecinos aliados. Las cosas más sagradas que no se pueden remover con palabras, tú mismo las aprenderás cuando allí acudas solo, porque yo no podría decirlas a ninguno de estos

ciudadanos, ni siquiera a mis hijas, amándolas como las amo.

Y tú guárdatelo siempre para ti mismo y, cuando llegues al final de la vida, indícaselo sólo al mejor y que él no deje de revelárselo al siguiente. Es así como habitarás una ciudad que no será devastada por los hombres «sembrados»[98]. Innumerables ciudades, aunque uno las gobierne bien, caen en la insolencia con facilidad. Pero los dioses se dan buena cuenta, a pesar de que haya pasado el tiempo, de cuando alguien se vuelve hacia la locura con desprecio de las normas divinas. Esto no quieras experimentarlo tú, hijo de Egeo.

Sin duda que estamos enseñando algo a quien ya es conocedor de ello. Partamos ya hacia el paraje, pues la señal enviada por el dios me apremia, y no dejemos ya el camino. ¡Oh hijas!, seguidme allí, que ahora soy yo el que me convierto en un desusado guía para vosotras[99], como antes lo erais para vuestro padre. *(Edipo avanza con paso firme y decidido, como si un dios le guiara.)* Avanzad y no me toquéis, sino dejad que yo mismo descubra la sagrada tumba en donde está destinado que mi persona sea enterrada en esta tierra. Por aquí, por aquí avanzad.

Por este camino me conducen el mensajero Hermes[100] y la diosa de los infiernos[101]. ¡Oh luz que no percibo[102], antes eras mía y ahora mi cuerpo por última vez

---

[98] Los tebanos o cadmeos nacidos de los dientes sepultados del dragón que sembró Cadmo.

[99] Un efecto dramático muy conseguido es, según Jebb, el que aquí encontramos cuando el, hasta ahora, torpe e indeciso ciego se convierte en guía para los demás.

[100] Hermes, invocado aquí como conductor de las almas de los muertos.

[101] Perséfone.

[102] La despedida habitual de la vida se hace apelando a la luz del día (véanse *Ayax* 856, *Filoctetes* 415, etc.). En el caso del

está en contacto contigo! Pues ya estoy haciendo el último trecho de mi vida para ocultarme en el Hades. Tú, el más querido de los huéspedes, tú mismo, este país y los que te siguen, sed felices y en el éxito acordaos de mí, aunque muerto, para vuestra duradera felicidad.

(Salen todos detrás de Edipo: sus hijas, Teseo y los servidores.)

Coro.

Estrofa.

Si me es lícito adorar con súplicas a las diosas invisibles y a ti, rey de las tinieblas, Edoneo, Edoneo[103]*, concededme que sin penas y sin lamentos de muerte descienda el extranjero al llano de los muertos, el que a todos oculta, a la morada estigia. Que, tras haberle llegado tantas inútiles penas, un dios justo le ensalce de nuevo.*

Antístrofa.

¡Oh diosas infernales y fiera invencible[104] *de quien se tiene noticia de que, en las muy visitadas puertas, te acuestas como guardián indómito junto al Hades y gruñes desde su cueva! Yo te suplico, hijo de la Tierra y del Tártaro, que éste deje libre el paso para el extranjero que se dirige hacia las llanuras profundas de los muertos. A ti te invoco, a la que das un sueño eterno*[105].

(Llega un mensajero.)

Mensajero. — Ciudadanos, en breves palabras podría decir que Edipo ha muerto. Pero, acerca de lo que ha ocurrido, ni el relato puedo hacerlo brevemente ni son breves los hechos que allí tuvieron lugar.

---

ciego Edipo hay un mayor dramatismo cuando tiene que decir estas palabras.

103 Edoneo, otro nombre de Hades.

104 Se trata de Cerbero, que vigila la entrada al Hades.

105 Posiblemente la divinidad a que se refiere es *Thánatos*, la Muerte.

CORIFEO. — ¿Ha muerto entonces, desdichado?

MENSAJERO. — Ten por cierto que él ha abandonado su vida.

CORIFEO. — ¿Cómo? ¿Acaso con un destino divino que se lo ha hecho fácil?

MENSAJERO. — Esto precisamente es lógico que sea digno de admiración. Cuando salió de aquí —y tú que estabas presente lo sabes— no le servía de guía ninguno de los suyos, antes bien, él en persona nos guiaba a todos nosotros. Una vez que llegó al abrupto camino sólidamente arraigado desde la tierra por broncíneos cimientos [106], se detuvo en uno de los senderos que se bifurcan, cerca de la cóncava hondonada de la roca, donde reposan los pactos de lealtad eterna entre Teseo y Pirítoo [107]. A partir de aquí, colocándose en el medio, entre la roca Toricia y el peral silvestre hueco y la tumba de piedra, se sentó.

A continuación se liberó de las mugrientas ropas, y entonces, llamando a sus hijas, les ordena que traigan de algún manantial agua para lavarse y para las libaciones. Ellas, dirigiéndose a la colina que tienen ante sí dedicada a Deméter, la que produce verdor en los campos, llevaron con prontitud a su padre este encargo y le arreglaron con los baños y con la ropa con que se acostumbra.

Tan pronto sintió la satisfacción de que todo estaba realizado y que no quedaba ya por hacer nada de lo que

---

106 Existía la creencia popular de que la gruta de Colono se comunicaba con el mundo subterráneo. Parece que se habían construido unas gradas artificiales para señalar la bajada.

107 Teseo descendió con Pirítoo, rey de los lapitas, a los infiernos para ayudarle a traerse a Perséfone; pero ambos fueron hechos prisioneros por Hades. Más tarde, Teseo fue liberado por Heracles cuando bajó a capturar a Cerbero; pero, al ir a liberar a Pirítoo, la tierra tembló y el héroe entendió que los dioses no querían.

deseaba, tronó Zeus infernal y las muchachas se estremecieron cuando lo oyeron y, caídas a los pies de su padre, lloraban y no dejaban de darse golpes de pecho[108] ni de lamentarse continuamente. Y él, cuando oyó este repentino y amargo lamento, abrazándolas dijo: «¡Oh hijas, no tenéis ya padre en este día! Está muerto todo lo mío y ya no tendréis que afanaros por mi alimento. Era duro, hijas, lo sé. Pero una sola palabra os redime de todas estas penalidades: no podéis haber recibido de nadie un amor mayor que de este anciano sin el cual vais a pasar desde ahora el resto de vuestra vida.»

De esta manera, teniéndose abrazados entre sí, todos se lamentaban entre sollozos. Cuando hubieron puesto fin a sus plañidos y ningún grito se emitía, se hizo el silencio. De repente una voz de alguien le llama a gritos de tal modo que a todos se nos erizan súbitamente los cabellos por el terror. Un dios le llama repetidas veces[109] de distintas maneras: «¡Eh, a ti, a ti, Edipo! ¿A qué esperamos para marchar? Ya hace rato que hay retraso por tu parte.» Y cuando él se da cuenta que la divinidad le llama, manda que se le acerque Teseo, rey del país, y una vez que lo hizo, le dijo: «¡Oh amigo querido! Da con tu mano a mis hijas la antigua garantía y vosotras, hijas, a él, y promete que nunca las abandonarás por tu voluntad y que cumplirás cuantas cosas debas, creyendo honradamente que les son convenientes siempre para ellas.» Y él, noble como es, sin lamentaciones, accedió bajo juramento a cumplir tales cosas para el extranjero.

Tan pronto hubo hecho esto Edipo, poniendo sus ciegas manos en sus hijas, dice: «Hijas mías, es preciso que

---

108 Gestos de dolor entre las mujeres griegas.

109 Este dios debe de ser Caronte, genio del mundo infernal. Su misión era pasar a las almas a través de los pantanos del Aqueronte hasta la orilla opuesta del río de los muertos.

salgáis de estos lugares soportándolo con nobleza de ánimo y que no pretendáis ver lo que no es lícito ni escuchar lo que hablemos. Ea, marchaos cuanto antes. Sólo el que está autorizado, Teseo, debe quedarse y conocer lo que va a suceder.»

Todos le oímos decir estas cosas. Acompañábamos a las muchachas derramando incesantes lágrimas. Cuando nos hubimos distanciado, al volvernos al cabo de muy poco tiempo, vimos desde allí que nuestro hombre ya no estaba presente en ninguna parte y que el rey, solo, se ponía la mano delante del rostro tapándose los ojos, como si se le hubiera mostrado una visión terrible e insoportable de ver.

Poco después, no obstante, tras un corto espacio de tiempo, vemos que él, arrodillándose, adora, a la vez, a la tierra y al Olimpo de los dioses en la misma plegaria.

Pero de qué muerte pereció aquél no podría decirlo ni uno solo de los mortales excepto Teseo. No le mató ni el rayo portador del fuego de una deidad ni un torbellino que del mar se hubiera alzado en aquel momento. Más bien, o algún mensajero enviado por los dioses o el sombrío suelo de la tierra de los muertos le dejó paso benévolo. El hombre se fue no acompañado de gemidos y de los sufrimientos de quienes padecen dolores, sino de modo admirable, cual ningún otro de los mortales. Y si doy la impresión de que no hablo con sensatez, tampoco suplicaría a los que no les parezco cuerdo[110].

CORIFEO. — ¿Y dónde están las hijas y los que las escoltaban de los nuestros?

MENSAJERO. — No están lejos. Las voces de sus lamentos son nítidas y nos indican que se acercan aquí.

---

110 Es decir que no va a pretender parecer lógico, porque se da cuenta de lo absurdo del relato que responde a hechos en sí nada comunes.

(Llegan Antígona e Ismene.)

CORO.

Estrofa 1.ª

ANTÍGONA. — *¡Ay, ay!, nos corresponde ahora a las dos, desdichadas, lamentarnos, no por otra cosa que por la sangre maldita que de nuestro padre hemos recibido. Por él muchos e incesantes trabajos soportábamos hasta ahora, pero por último*[111] *podremos contar cosas increíbles que, sin embargo, hemos visto y pasado.*

CORO. — *¿Qué son?*

ANTÍGONA. — *Es fácil de conjeturar, amigos.*

CORO. — *¿Se ha ido?*

ANTÍGONA. — *De la forma que más podría apetecer. ¿Y cómo no, si a él ni Ares ni el Ponto le salieron al encuentro, sino que las praderas tenebrosas se lo tragaron, llevado por un oscuro destino? ¡Desdichada de mí! Una noche de muerte nos ha caído sobre nuestros ojos. ¿Cómo, vagando por algún distante país o por las olas del mar, podremos obtener los medios de vida tan difíciles de soportar?*

ISMENE. — *No sé. ¡Que el mortífero Hades se apodere de mí, desventurada, para unirme con la muerte a nuestro anciano padre! Porque para mí la vida que nos resta no es soportable.*

CORO. — *¡Ah, vosotras, las dos excelentes hijas! ¡Lo que redunda en un bien y procede de la divinidad hay que soportarlo! No os consumáis en exceso, pues no os ha sucedido nada que sea reprobable.*

Antístrofa 1.ª

ANTÍGONA. — *Una cierta añoranza hay incluso de los males. Pues lo que de ningún modo sería querido, lo era cuando a él lo tenía entre mis brazos. ¡Oh padre! ¡Oh*

[111] Es decir, en su muerte.

querido! ¡Oh tú, envuelto en la eterna oscuridad bajo tierra, ni aunque te hayas ido te encontrarás sin mi cariño y el de ésta!

CORO. — *Acabó...*

ANTÍGONA. — *Acabó cual deseaba.*

CORO. — *¿Cómo?*

ANTÍGONA. — *Ha muerto en la tierra extranjera que quería, y abajo tiene un lecho bien sombreado para siempre*[112]*. No dejó un duelo sin lágrimas. Pues estos ojos míos, ¡oh padre!, se lamentan con lágrimas. Y no sé, ¡desventurada!, cómo debo hacer para suprimir tanto dolor por ti. ¡Ay de mí! Sobre tierra extranjera deseabas morir, pero lo has hecho así, separado de mí.*

ISMENE. — *¡Oh desdichada! ¿Qué destino nos espera a mí, oh querida, y a ti separadas de nuestro padre?*

CORO. — *Pero ya que felizmente cumplió el desenlace de su vida, haced cesar esta aflicción. Pues ninguno está al abrigo de los males.*

Estrofa 2.ª

ANTÍGONA. — *Partamos de nuevo, querida.*

ISMENE. — *¿Para qué?*

ANTÍGONA. — *Un deseo me domina...*

ISMENE. — *¿Cuál? Dímelo.*

ANTÍGONA. — *Ver la subterránea morada...*

ISMENE. — *¿De quién?*

ANTÍGONA. — *De nuestro padre, ¡infortunada de mí!*

ISMENE. — *¿Y cómo va a ser lícito esto? ¿Es que no lo ves?*

ANTÍGONA. — *¿Por qué me increpas?*

ISMENE. — *Y, además, que...*

ANTÍGONA. — *¿Qué hay más?*

ISMENE. — *Que murió sin tumba, separado de todo.*

---

112 Una tumba bien oculta, de modo que no podrían llevarse su cuerpo los que lo desearan.

ANTÍGONA. — *Condúceme y mátame a mí también.*

ISMENE. — *¡Ah, ah, desventurada! ¿Cómo entonces, de nuevo sola y sin saber adónde ir, soportaré mi desgraciada vida?*

Antístrofa 2.ª

CORO. — *Amigas, nada temáis.*

ANTÍGONA. — *Pero ¿adónde voy a huir?*

CORO. — *También antes habéis escapado las dos.*

ANTÍGONA. — *¿De qué?*

CORO. — *De sucumbir míseramente.*

ANTÍGONA. — *Estoy pensando...*

CORO. — *¿Qué es lo que piensas?*

ANTÍGONA. — *No sé cómo vamos a volver a casa.*

CORO. — *Y tampoco lo busques.*

ANTÍGONA. — *La fatiga se apodera de mí.*

CORO. — *Ya antes te poseía.*

ANTÍGONA. — *Antes situaciones difíciles y ahora aún peores.*

CORO. — *Una gran cantidad de males os han tocado en suerte.*

ANTÍGONA. — *Sí, sí.*

CORO. — *Yo también lo confirmo.*

ANTÍGONA. — *¡Ay, ay, adónde iremos, oh Zeus! ¿A qué situación por presentarse nos empuja aún el destino?*

(Aparece Teseo.)

TESEO. — *Cesad vuestros lamentos, hijas. No se debe estar en duelo cuando el favor de los muertos se nos ha dado a todos. Provocaría venganza divina.*

ANTÍGONA. — *¡Oh hijo de Egeo! Nos echamos a tus pies.*

TESEO. — *¿Qué deseo queréis conseguir, oh hijas?*

ANTÍGONA. — *Nosotras en persona queremos ver la tumba de nuestro padre.*

TESEO. — *Pero no está permitido ir allí.*

ANTÍGONA. — *¿Cómo dices, rey soberano de Atenas?*

TESEO. — *¡Oh hijas! Él me prohibió que mortal alguno se acercara a aquellos lugares y que hablara sobre la sagrada tumba que posee. Y me dijo que, si cumplía rectamente estas cosas, tendría un país siempre libre de penas. Y esta promesa la oyó la divinidad y el que todo lo conoce, el Juramento, hijo de Zeus.*

ANTÍGONA. — *Pues bien, si tales cosas estaban en la intención de aquél, nos basta. Envíanos a nosotras a la muy antigua Tebas, por si podemos impedir la muerte que avanza sobre nuestros hermanos.*

TESEO. — *Haré esto y todo cuanto vaya a ser de provecho para vosotras y del agrado del que está bajo tierra recién desaparecido. No he de desfallecer en ello.*

CORIFEO. — *Ea, pues, cesad y no entonéis más vuestro treno. Pues estas cosas han llegado a su total cumplimiento.*

ÍNDICE GENERAL